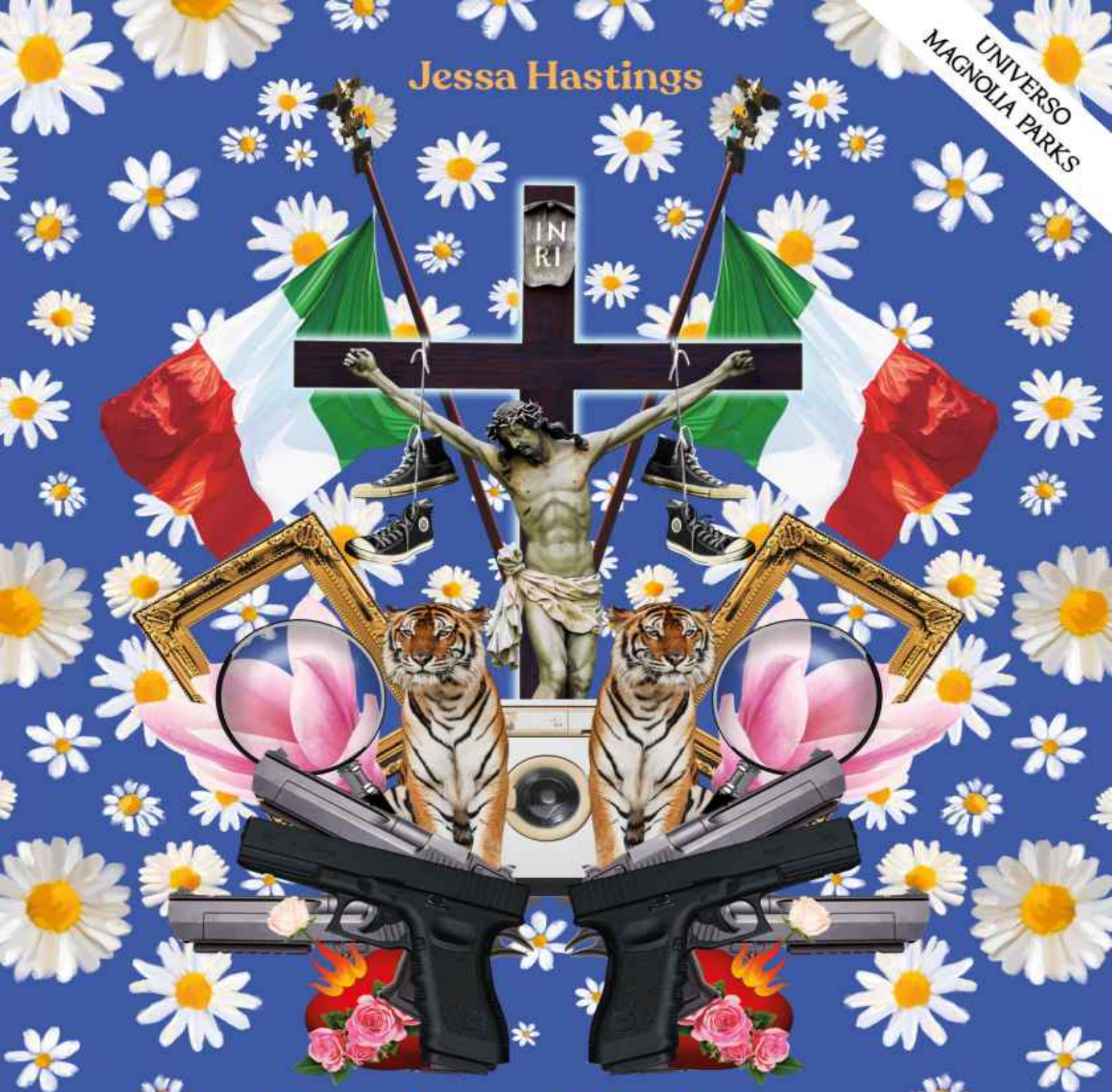
Jessa Hastings

UNIVERSO MAGNOLIA PARKS



Daisy Haites

ELLA QUIERE UNA VIDA NORMAL,
PERO SER LA HEREDERA DE
UN IMPERIO CRIMINAL NO ES FÁCIL

MOLINO

Jessa Hastings

Daisy Haites

ELLA QUIERE UNA VIDA NORMAL,
PERO SER LA HEREDERA DE
UN IMPERIO CRIMINAL NO ES FÁCIL

Traducción de
Martina Garcia Serra

MOLINO

Para mi abuela.
Carol, creo que aborrecerás este más que el primero.
Pero te quiero más que nunca.
Ya puedes cerrar el libro ahora mismo.
No hace ninguna falta que avances más.

UNO

Daisy

Nada de pistolas en la mesa a la hora de cenar. Esa es mi única regla. Llámame antigua, yo qué sé. Es lo que les he dicho siempre a los chicos. Me dan igual los móviles, me da igual si están mandado mensajes, me da igual si llevan sombrero en la mesa. Pero no quiero pistolas mientras les sirvo una falda de res que he cocinado a fuego lento durante nueve putas horas y media.

Julian nos hace bendecir la mesa (como si el Señor le estuviera escuchando y como si Él nos fuera a bendecir) y luego viene el silencio del momento de comer que hace feliz a la cocinera.

El volumen empieza a subir de nuevo al cabo de un par de minutos. Son verdaderos animales cuando hay comida de por medio, estos Chicos Perdidos[1] míos. Los llamo así porque eso es lo que son. Para ser sinceros, no puedes juntarte mucho tiempo con mi hermano sin acabar saliéndote del caminito del jardín, y todos estos chicos se han desviado que da gusto. Ni uno de esos chicos es un chico, por cierto, ni por edad ni por actitud. Cada uno de ellos tiene su lista de pros y contras, cosas que hacen saltar las alarmas, órdenes judiciales y prohibiciones de salir del país, y juntos representan el santuario del núcleo duro de mi hermano.[2]

—Eh, Caradaisy.[3] —Mi hermano me señala con el mentón—.

¿Cómo te ha ido en el examen de Inmunopatología?

—Inmunofarmacología —lo corrijo y él pone los ojos en blanco.

—¿Has aprobado o no?

—Pues claro que ha aprobado —le dice Kekoa con orgullo. Ya no tengo padre, pero cuando lo tenía, Aleki Kekoa[4] era su mejor amigo.

—¿Sobresaliente? —pregunta Julian.

Lo miro con el ceño fruncido, ofendida.

—Obviamente.

Mi hermano me guiña un poco el ojo y se sirve más vino.

—¿Qué temario te toca ahora?

Me encojo de hombros.

—Creo que vamos a avanzar hacia Enfermedades y Terapéutica. —Estudiante de segundo curso de Medicina en el Imperial College.

Jules hace un ademán.

—No te hace falta estudiar esas mier…

—¡Retíralo! —grita de repente Declan Ellis[5] al tiempo que se aparta de la mesa con fuerza, fulminando con la mirada a TK, que está sentado a mi lado.

Los miro con el ceño fruncido. No tengo ni idea de qué les pasa, no estaba atenta.

—No —ríe Teeks.[6]

Declan se lleva la mano a la espalda y saca su Star Model BM.[7] A él le gusta, a mí no. Es demasiado pesada, tiene un retroceso demasiado lento.

—Decks. —Julian pone los ojos en blanco—. Guarda la pistola.

Ahora mismo, Decks está un poco borracho. Me doy cuenta porque cuando va borracho o tiene resaca, un ojo se le pone un poco bizco.

Miro a TK y ya veo que no le hará ningún caso a Declan, sea lo

que sea, le parece demasiado divertido como para retirarlo. Tiene esa risita lisonjera y engreída que pone a Declan como loco porque está siendo irrespetuoso, y Declan está, técnicamente, más arriba en la cadena trófica. Es la mano derecha de mi hermano.[8]

—Retíralo de una puta vez. —Declan recoloca la pistola, ahora apunta a TK de lleno en la cara.

—No. —Teeks se encoge de hombros, indiferente.

—¿Que retire el qué? —Frunzo el ceño.

—Nada. —Declan me mira un instante, pero TK y Booker se echan a reír.

Mejores amigos, idiotas de remate.

Declan amartilla la pistola.

—Declan, no seas estúpido. —Pongo los ojos en blanco.

—No estoy siendo estúpido, él está siendo estúpido.

Intercambio una mirada muy sufrida con Miguel del Olmo,[9] mi guardaespaldas desde que yo tenía catorce años.

—No estoy siendo estúpido… —TK se encoge de hombros—. Es verdad.

—Que no, joder, no lo es.

—¿El qué no es verdad? —Julian frunce el ceño.

Declan achica los ojos retando en silencio al miembro más joven de la banda a atreverse a hablar fuera de tiempo.

Una sonrisa descarada se apodera del rostro de TK.

—Que Decks siempre la tiene empalmada por Dais.

Y entonces…

Disparo.

Parpadeo unas cuantas veces, bajo la mirada hacia mi pecho. Una antiquísima y valiosísima camiseta blanca que hasta hace cinco segundo estaba impecable ahora está mancillada por una gota de sangre californiana.

TK suelta un ruidito de dolor ahogado (apenas audible) como si jamás fuera a darle a Declan la satisfacción de la agonía.

—Puto increíble. —Pego un porrazo en la mesa con los puños apretados—. ¿Cuál es mi única regla? —pregunto a voz en grito a todos los presentes.

Todo el mundo se queda muy quieto. No contesta nadie.

—¿CUÁL ES MI ÚNICA REGLA?

Todos los presentes, incluido mi hermano y el pobre TK (que, por cierto, no se está muriendo) murmuran alguna variante de «nada de pistolas en la mesa a la hora de cenar».

—Esta camiseta vale cuatro mil libras.

Cañón[10] me mira con los ojos achicados.

—Igual pagaste de más por ella, Dais.

—Uy, ¿en serio? —Lo fulmino con la mirada—. ¿Pagué de más por una camiseta promocional original de 1966 de Butcher Cover de los Beatles? —Lo miro con una ceja enarcada—. La semana pasada te vi comprar en eBay un Hot Cheeto con forma de pistola por 560 libras.

Cañón desvía la mirada hacia su mejor amigo, Feliz,[11] que, en cambio, lo mira con expresión de disgusto. Cañón se encoge de hombros como si no pudiera evitarlo.

—Es que parecía mi pistola.[12]

Julian me mira a los ojos y señala con la barbilla a TK.

—Ayúdalo.

Pongo los ojos en blanco al tiempo que señalo a Declan.

—Ve a por mi maletín.

Asiente con cierta timidez.

Miguel ayuda a Teeks a llegar a la cocina y lo sienta en la mesa del desayuno.

Es una casa grande. Mi padre compró una calle sin salida entera en Knightsbridge y la convirtió en una especie de cuartel general. El

Recinto, lo llaman.

Miguel echa una ojeada desganada a Declan cuando aparece con mi botiquín y los labios apretados.

—Siento lo de tu camiseta. —Me lanza una mirada de disculpa, se inclina hacia mí, quizá se acerca más de lo que debería—. Te la llevaré a la tintorería.

Asiento una vez, intento dedicarle un ápice de esa sonrisa que se monta a horcajadas en la línea que separa ser una matriarca indulgente y no querer consentir su comportamiento estúpido.

TK enarca una ceja al ver la proximidad que Declan (no) deja entre nosotros y Decks le hace un corte de mangas al salir de la cocina.

Reprendo a TK con la mirada.

—¿Por qué lo has dicho?

—Porque es verdad.

Miguel ladea la cabeza, lo admite tácitamente con la mirada. No es precisamente hablador mi Miguel. Se le conoce por ser una presencia constante y por sus palabras azuzadoras. Él y yo hemos pasado años creando el equilibrio perfecto entre tenerlo cerca y que me agobie. Es muy consciente de que nunca estoy sola. Y yo soy consciente de que, en consecuencia, él tampoco lo está nunca. Aunque tampoco hay mucho que decirle, él lo ve todo, de todas formas.

—En fin… —Limpio la sangre que rodea la herida con unas compresas de isopropilo—. ¿De verdad crees que es prudente incordiar al oso?

—No es un oso. —TK pone los ojos en blanco—. Es un cachorro con complejo de inferioridad y una polla pequeña.

Le lanzo una mirada.

—No tan pequeña…

TK se echa a reír.

—Venga, pues sé sincera, ¿quién es mejor en la cama: él o yo?

Declan, cien por cien. Completamente, innegablemente, muy bueno, muy recomendable. Me enfadé mucho cuando Julian nos hizo parar. Hace unos años, justo después de que mi exnovio y yo rompiéramos, y fue enorme y traumático y yo era joven.[13] Julian descubrió que me había estado acostando con Declan, que no era tan joven[14] y que creía a pies juntillas que yo tenía veintiún años, [15] aunque no los tenía, y creo que Julian le dijo que tenía que ayudarle con un trabajo o iría a los federales y no sé lo que pasó en ese trabajo, pero Declan se quedó ahí para siempre después de eso.

Teeks… mira. Fue algo breve que coincidió con Julian tratando de atraerlo a él y a Booker para llevárselos del valle. No hablamos de ello, pero creo que yo fui la guinda del trato. Mi hermano hace todo lo humanamente posible para excluirme de la mayor parte de su trabajo, pero me llevó a California con él en ese viaje y pasamos la mayor parte del tiempo convenciendo y cenando con TK y Booker.

Son los tipos más jóvenes que trabajan para Jules, y por mucho. TK tiene veintiséis años; Booker, veintisiete. Amigos de la universidad. Informáticos que se graduaron como los mejores de su clase en Stanford. Los Malotes de Silicon, así los llamamos. Jules los encontró en la web oscura cuando rastreaban las direcciones de las personas que veían pornografía de «dudosa legalidad» y las enviaban al FBI. Nos gustó su estilo. Jules es un fanático del complejo de salvador, él mismo lo tiene. ¿Y yo? A mí me gusta cualquiera que ve algo torcido e intenta enderezarlo lo mejor que puede.

Son chicos divertidos; y TK es guapísimo, tiene un rostro dulce y más joven de lo que realmente es. Besa bien, tiene unos ojos preciosos, así-así en la cama. Pero me sabe fatal decírselo. No

puedo.

Le pincho una inyección de lidocaína en el brazo.

—No lo sé. —Me encojo de hombros tímidamente—. Igual tendrás que refrescarme la memoria.

Es una oferta superficial, pero parece complacido igualmente, levanta la barbilla y todo.

—Quizá lo haga.

Es una aceptación de mierda. No lo hará, los dos lo sabemos, al menos ya no, porque…

Alguien se aclara la garganta en la puerta, detrás de mí.

Miro por encima del hombro.

Christian Hemmes está apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos entornados.

—¿Entonces me voy? —pregunta, enarcando una ceja y metiéndose las manos en los bolsillos.

Me doy la vuelta rápidamente, con las mejillas encendidas (no sé por qué).[16] Parpadeo un par de veces, vuelvo a fijar la mirada en la tarea que tengo entre manos, ignoro a Miguel, que ha puesto los ojos en blanco exagerando mucho, lo cual me parece una traición a nuestra impuesta amistad.

TK me sostiene la mirada, sonríe con complicidad, pero ellos no saben nada… No saben ni siquiera la mitad.

Christian Hemmes se acerca a nosotros, se coloca detrás de mí y me agarra sutilmente el culo mientras inspecciona la herida de bala.

—¿Qué ha pasado aquí?

Exhalo, molesta.

—Declan.

—¿Te ha disparado? —Parpadea, un poco sorprendido.

TK asiente.

—¿Por qué?

Los miro a los dos.

—Teeks estaba siendo hostil.

Miguel entrecierra los ojos, evaluando la validez de mi afirmación.

—Creía que no debían tener armas en la mesa. —Christian se cruza de brazos.

—Pásame las pinzas de veinte centímetros —le digo—. Y no deben.

Christian me acerca unas tijeras de Mayo[17] y Miguel pone los ojos en blanco.

Me aclaro la garganta, cojo la herramienta adecuada y empiezo a rebuscar por el brazo de TK mientras Miguel me da luz.

—¿Va a llevar mucho más rato esto? —pregunta Christian sin miramientos.

—Uy, disculpe usted. —Le devuelvo la mirada—. ¿Te estamos jodiendo los planes?

—Pues sí, la verdad.

Se inclina sobre mí, vuelve a mirar la herida conmigo y se aprieta contra mí.

—Tenía algunos planes para ti.

El estómago me da un vuelco.

—Ah. —Trago saliva, miro el brazo de mi amigo con los ojos achicados y localizo el brillo de una bala alojada en el tubérculo menor del húmero derecho—. A decir verdad, yo también tenía algunos planes para ti, pero entonces va y confundes las pinzas con las tijeras y mi libido se ha evaporado por completo.

Miguel frunce el ceño, no le gusta nuestro acuerdo.[18] No lo ha dicho con esas palabras, pero Miguel tiene la cara de póquer de un niño de preescolar.

—¿Y tú de qué te ríes? —Christian le pega una colleja a TK.

Teeks se echa a reír, pero yo lo miro con fijeza.

—Malas noticias. —Me quito los guantes de látex y él suelta un gruñido—. Se ha alojado a mucha profundidad.

—Mierda. —Deja caer la cabeza.

—Llévaselo a Merrick. —Le hago un gesto a Miguel mientras le vendo el brazo a TK con gasas, que ato por encima de la herida—. Dile que me parece posible que se haya fracturado el hueso o, al menos, fisurado. —Le dedico una sonrisa de disculpa a Teeks—. ¿Ya lamentas haberle regalado tu vida a mi hermano?

—No. —TK aplasta una sonrisa—. Me lo estoy pasando en grande.

Pongo los ojos en blanco.

—Hablando de pasárselo en grande… —Christian me tira de la mano y lo miro con fijeza—. ¿Ya hemos acabado aquí?

—Pues sí. —Bajo la mirada para observar la herida vendada otra vez. Aprieto el esparadrapo contra el brazo de TK una vez más por si acaso—. No incordies al oso.

Me mira con una sonrisita.

—No prometo nada.

—Me alegro de verte, tío. —Christian le pega (medio) con cariño a TK en el brazo herido y él hace una mueca. Yo pongo los ojos en blanco y Miguel se esfuerza para reprimir una sonrisa antes de asentir y dejarme a solas con Christian.

A solas con Christian. Todavía se me antoja un poco extraño, a decir verdad, quedarme a solas con alguien. Hace años que no se me permite estar a solas con nadie.

—Eres un idiota —le digo mientras subimos las escaleras.

Él pone los ojos en blanco.

—Está bien.

Sin embargo, me siento un poco mareada porque me da la sensación de que lo ha hecho porque se ha puesto territorial conmigo.

—No nos ponemos celosos, ¿recuerdas?

—No estaba celoso. —Christian frunce el ceño—. ¿A mí qué más me da si te lo tiraste una vez hace unos meses?

Me vuelvo para mirarlo y me descubro barajando no querer no tener el control y que no me apasione la indiferencia que transmite su voz al hablar de otra persona tocándome.

—Más de una vez. —Sigo subiendo las escaleras.

Él achica los ojos y se detiene un minuto antes de continuar siguiéndome.

—Aunque bastante sexy, pequeña Haites.

Pequeña Haites. Así me llaman.

—¿El qué? —Estoy en lo alto de la escalera, con las manos en las caderas.

—Tú. —Me mira fijamente—. Que seas médica.

Le devuelvo la mirada.

—No soy médica.

—Estás en ello. —Me mira con mala cara, casi como si no le gustara que dijera cosas despectivas de mí misma, aunque no me permito pensar eso—. Pronto serás una médica titulada con carnet de conducir.

Pongo los ojos en blanco, me alejo y me adelanto, intento perseguir ese estúpido corazón mío que cabalga hacia el sol poniente con un chico al que no le gusto de esa manera.

Se supone que somos claros y simples, Christian y yo.

Solo sexo. Amigos que lo hacen. «Echar un polvo», como tan delicadamente lo llama mi hermano…

Me gustaría que fuera así, eso es lo que quise desde esa primera noche. Lo he hecho antes, soy capaz de hacerlo. Eso es lo que fue TK, eso es lo que fue Declan. No es lo que fue Romeo, pero nunca nada será lo que fue Romeo, así que en realidad no es justo

compararlo con nadie más. En fin, a lo que iba es que sé cómo tener sexo ocasional. Christian sabe cómo tener sexo ocasional. Él y sus mejores amigos son medallistas de oro en el sexo ocasional, pero algo acerca de esa primera noche juntos fue tan sorprendentemente poco ocasional…

—Cuéntame... —me pidió Christian mientras se inclinaba hacia mí un sábado por la noche en su local, hace unos meses—. Un sueño secreto, un objetivo en la vida…, alguna mierda así.

Nos conocemos desde hace años por nuestros hermanos. Jonah Hemmes es uno de los mejores amigos de Julian, pero supongo que aquella noche en particular, hace unos cuatro meses, dejé de parecer la hermana pequeña del mejor amigo de su hermano. Es lo que tiene el top ajustado de Orseund Iris.

Fue un momento de lo más oportuno para mí, porque Romeo acababa de largarse y yo estaba triste, y a decir verdad nunca he sabido qué hacer cuando él no está.

Fruncí los labios, fingí que pensaba como si no tuviera la respuesta en la punta de la lengua, como si no la tuviera siempre, y me descubrí ruborizándome al ver lo cerca que estaba su rostro del mío.

—Te parecerá una tontería.

—Ponme a prueba. —Ladeó la cabeza. Era más guapo de lo que me había percatado antes, como si nunca lo hubiera mirado bien hasta entonces. El pelo rubio dorado, peinado hacia un lado y echado hacia atrás a la perfección. Grandes ojos de color avellana. Gran labio inferior carnoso. Grandes problemas.

Lo miré con los ojos entornados, sintiéndome un poco expuesta.

—Me gustaría mucho ser normal.

Me dedicó una pequeña sonrisa de confusión y asintió un par de

veces.

—Me gustaría no tener guardaespaldas, me gustaría sentirme sola a veces, me gustaría caminar por la calle sin preocuparme de que el coche que circula a mi lado está ahí para secuestrarme, me gustaría tener derecho a un seguro de rescate en lugar de ser imposible de asegurar…

—Joder. —Frunció el ceño.

—Me gustaría ir en coche a algún sitio. No que me lleven, conducir yo misma.

—Creo que eso último está al alcance, ¿no?

Fruncí los labios y le cambió la cara, confundido, y le dirigí una mirada avergonzada.

—¿No sabes…? ¿No sabes conducir? —Ladeó la cabeza y me miró con cierta cautela.

Levanté la barbilla, intentando aparentar que me daba igual.

—No.

—Vaya.

Asintió un par de veces. Curvó hacia arriba la comisura de la boca y ahora intento hacerle sonreír de esa manera cada vez que lo veo.

—Yo te enseñaré —me prometió.

Y lo hizo de verdad. Cumplió la promesa, pero ya te contaré más adelante.

Volvamos al presente, un par de horas más tarde,[19] es la una de la madrugada y el móvil de Christian suena por segunda vez en menos de diez minutos. Alargo la mano por encima de su cuerpo desnudo (solo lleva un collar con un corazón que no se quita nunca) y alcanzo su móvil, que está vibrando en la mesilla de noche.

—Kelsey, entre paréntesis Rubia, te está llamando —le digo y él abre los ojos. Se da la vuelta al instante, me quita el móvil y silencia

la llamada.

Me lanza una mirada medio de disculpa. Sesenta por ciento de disculpa, cuarenta por ciento de diversión.

Su pelo de ángel ahora está todo despeinado por lo mucho que he tirado de él y sus labios están extrarrosados tras tanto presionarse contra los míos. Alarga un brazo aceitunado y lo coloca detrás de la cabeza.

Estiro la mano hacia su móvil.

—¿Puedo leer tus mensajes?

Él achica los ojos, aunque no está muy enfadado.

—¿Por qué?[20]

—Mira, me gustaría ver qué quieren de ti Kelsey entre paréntesis Rubia y todas sus amigas busconas.

—Es la una de la madrugada. —Se ríe, divertido—. Creo que ambos sabemos qué quieren.

—¿Una carta de referencia? —Me mira mal—. ¿Que les devuelvas la dignidad? —Sonríe mientras vuelve a poner los ojos en blanco—. Era broma —añado al instante—. Todos sabemos que es demasiado tarde para eso. —Suelta una carcajada y me pasa su móvil—. ¿Código?

—6969.

Achico los ojos.

—La viva imagen de la elegancia.

6969…[21] En realidad me parece bastante gracioso, pero me apetece ser borde con él porque le están llamando delante de mis narices para acostarse con él.

Voy a mirar los mensajes.

—Veintidós mensajes sin leer. Al menos quince de ellos son de chicas… —Se me apaga la voz al repasar la lista—. Kelsey entre paréntesis Rubia. Melanie Watson. Melissa Nigh. Natalie Lamburg.

Natalie Tetas… —Levanto los ojos para mirarlo—. ¿Este nombre le pusieron al bautizarla? —Ahoga una sonrisa—. ¿Tan grandes tiene las tetas como para que guardes su móvil con este nombre?

—Doble D por lo menos.

—Claro —concedo y vuelvo a mirar el móvil para seguir leyendo—. Aimee Aitkins, Olivia XO… —Lo miro con las cejas enarcadas.

—Lo puse por el club, no por el sentimiento.

—Mucho mejor. —Le dedico una sonrisa tensa y juzgona. Abrazo su móvil contra el pecho—. Recibes muchos mensajes de madrugada. —Intenta disimular una sonrisa mientras coge su copa de vino—. Caray. —Abro mucho los ojos—. Menuda boca tiene Kelsey entre paréntesis Rubia.

Christian suelta una carcajada.

—Pues sí.

Le quito la copa de las manos y doy un buen trago.

—Te gusta hablar así con una chica, ¿verdad?

Esboza una sonrisa al tiempo que intenta parecer arrepentido. Me limpia con el pulgar el vino rosado que se ha deslizado hacia la parte gorda del labio inferior. Todo lo que hace este chico es sexy.

—No puedo decir que hayamos hablado mucho.

No cambio la cara cuando dice eso (me recuerdo a mí misma que no me importa), nuestras dos reglas son que no discutimos y que no nos ponemos celosos, así que no me importa, me lo digo por duodécima vez esta semana y evito los ojos del monstruo de los sentimientos que sigue asomando la cabeza y haciéndome creer que siento algo por una persona por la que no podría sentir nada y no siento nada y, aunque pudiera, no puedo igualmente.

Así que respiro hondo y me armo de valor mientras miro fijamente la cara que me está empezando a gustar demasiado.

—Henry quiere saber si vas a ir a casa esta noche —le digo, con

las cejas enarcadas.

Christian me lanza una larga mirada, esperando a que se lo diga.

—No lo sé, pequeña Haites. ¿Voy a casa esta noche?

Me siento, lo miro a la cara, tiro de las mantas para cubrirme el cuerpo casi desnudo. Me encojo de hombros con una indiferencia que no siento.

—No lo sé, Christian Hemmes. ¿Vas?

Me mira achicando los ojos, juguetón.

—Dímelo tú, pequeña.

Mi corazón da un vuelco cuando me llama así, pero sé que no lo dice como yo querría que lo hiciera.

—A ver, creo que la malhablada espera que vayas a visitarla…

Entonces esboza esa mirada. Segura y problemática a partes iguales.

—No quiero ir a visitarla.

—¿No?

Él sonríe y deja vagar la mirada por mi cuerpo al tiempo que niega con la cabeza.

—Estoy bien aquí… —Se le apaga la voz—. ¿Tú estás bien aquí?

—De momento —miento. Y él se ríe.

Para siempre, tengo miedo.

DOS

Julian

No me hizo mucha ilusión que Daisy empezara a follarse a un Hemmes, y eso que quiero mucho a los Hemmes (Jonah es uno de mis amigos más antiguos; su madre es una santa en lo que a mí respecta), pero Christian Hemmes me parece un poco un follador y, como follador absoluto que soy, puedo decir que eso no es lo que quieres para tu hermana.

Sin embargo, en mi época de figura paterna de sustitución aprendí que decirle un no rotundo solo garantiza que haga exactamente lo que yo no quiero que haga. Con Rome me salió el tiro por la culata que no veas y, ahora, ni ella ni yo nos hemos acabado de librar nunca de ese puto capullo.

—Eh. —Christian me saluda con la cabeza al entrar en mi cocina sin camiseta y muy sudado…, como nunca quieres ver al colega que se está tirando a tu hermana. Lleva una toalla colgando del hombro, un pequeño detalle, supongo, mientras se dirige a mi nevera y saca uno de los zumos de mi hermana como si fuera el puto dueño de la casa.

Lo miro. Hago un gesto con la cabeza hacia la toalla.

—Dime que traes estas pintas porque has hecho ejercicio.

Él suelta una carcajada y me mira, divertido.

—Tu hermana acaba de pegarme una paliza.

—Me alegro de oírlo. —Resoplo—. ¿Fuiste suave con ella?

—No, hermano. —Sacude la cabeza y frunce un poco el ceño—. Al principio sí, pero… va como una puta loca.

Sí. Mandé que la entrenara el mejor.

—¿Krav magá? —le pregunto. Doblo el papel.

—Y un poco de sambo. —Asiente—. Me ha dado una patada en la cabeza.

Se la frota sin darse cuenta, yo intento que no se me note demasiado que me complace la idea. Tenemos una tensión extraña porque me cae bien, en realidad. Siempre me ha caído bien. Es bastante buen tío. Pero no me cae tan bien ahora que se está follando a Dais, aunque ella ya es mayorcita y va a hacer lo que quiera. Lo ha hecho toda la vida igualmente.

Un tipo como él es como las arenas movedizas para alguien como mi hermana, no hay mucha gente que tenga las pelotas o el respaldo para decirme que no, pero este idiota, por desgracia, tiene ambas cosas.

Si no fuera el hermano de uno de mis mejores amigos, le habría pegado un puñetazo en la cara el día que me enteré de que se estaban liando.

Booker me lo contó la mañana después de que ocurriera. Me lo dijo como si fuera su deber decírmelo, pero sé que era solo porque llevaba meses intentando tirarse a Dais y Christian había dejado de pasarle hierba. Me enfadó más de lo debido que se acostaran, no fue culpa del chico. No es que él supiera lo que pasó. Pero ella y otro segundo…; no sé, solo quería mantenerla a salvo, ya que no pude hacerlo la última vez.

Después de que me lo contara, entré en su habitación, saqué a Christian de su cama y lo lancé contra la pared. Lo inmovilicé allí,

con el antebrazo contra su garganta. Listo para matar al hermano de mi mejor amigo por el honor de mi hermana. Al menos pensé que era por honor en ese momento. En terapia me hicieron comprender que en realidad fue más por seguridad.

—¿Qué cojones estás haciendo? —gruñí.

Él me fulminó con la mirada.

—¿Y a ti qué cojones te parece?

Me sorprendió esa respuesta. No creí que los tuviera tan bien puestos. Así que me volví hacia ella.

—¿Qué estás haciendo con él?

La pregunta iba con segundas. Con él. No podemos hacer toda esa mierda otra vez.

Intenté decírselo con los ojos, pero ella se limitó a arquear esas cejas perfiladas suyas.

—Tener sexo.

Christian sonrió con satisfacción.

—¿Con él? —La miré con fijeza.

—Sí. —Parpadeó, aburrida.

—¿Él? —repetí más alto.

—Él —asintió ella.

—¿Por qué? —pregunté, todavía más alto.

Christian puso una cara que podría haberle partido.

—¿Qué tal porque tiene veinte años y le da la gana? —manifestó Christian. A Daisy le encantó. Se le notaba. Apreté la mandíbula. Fulminé al chico con la mirada antes de salir de la habitación de mi hermana.

—Vamos a tener una buena charla, tú y yo.

—Me muero de ganas —contestó Christian.

—Tú no, gilipollas. —Escupí—. Ella.

No fue una gran charla, en realidad. Le dije que era peligroso, ella

contestó que no lo era. Él tiene seguridad, ella tiene seguridad, ahora ella sabe pelear, me vino con una pequeña charla sobre por qué me equivocaba y no era lo mismo. No son pareja, no hay sentimientos, no hay más razones que las habituales para que nadie la mate, etcétera, etcétera. Le dije que no me gustaba y me mandó a tomar viento. Va bien para la autoestima, mi hermana. Te mantiene humilde.

Eso fue hace unos meses y esos dos siguen follando. Daisy aparece vestida de deporte. Lleva las vendas de boxeo Everlast alrededor de los nudillos y se las va desenrollando frente al fregadero. Nos mira a Christian y a mí.

—¿Qué? —Frunce el ceño.

Me encojo de hombros.

—Que me alegro de que uno de los dos le pegue.

Él suelta una risita y yo le doy un golpe juguetón en el estómago. Agarro a mi hermana por la cabeza y le beso la coronilla.

—Venga, me voy —digo.

—¿Adónde? —me pregunta ella.

Señalo a Christian con la barbilla.

—Almuerzo con los chicos. —Jonah Hemmes y Carmelo Bambrilla. Señalo a mi hermana—. Tú tienes clase por la tarde, ¿verdad?

Ella asiente con la cabeza.

¿Cuántos hombres en mi posición crees que tienen memorizado el horario semanal de su hermana pequeña?

No los suficientes, probablemente. Aunque probablemente por eso la mía sigue viva.

Kekoa entra en la cocina y yo le pego un cate.

—Tómate la mañana —le digo—. Ya conduzco yo.

Él niega con la cabeza, tiene la cara un poco seria para mi gusto.

—¿Qué? —Frunzo el ceño.

Se encoge de hombros como si nada, pero hay algo que acecha bajo la superficie.

—Nada, habladurías.

Daisy se detiene junto al fregadero y nos mira. Parece molesta y asustada a la vez. Odio esto último, pero siempre está molesta, así que…

—¿Dónde? —le pregunto a Koa.

—He estado escuchando por ahí, Jules, no me ha gustado lo que he oído.

Está siendo evasivo. Intento mantener a raya mis niveles de estrés. Espero a que Daisy mire hacia otro lado y luego hago un gesto entre mi hermana y yo, preguntando sin palabras: ¿ella o yo?

Se vuelve a encoger de hombros, pero sé que sabe la respuesta.

Sea como fuere, si alguien quisiera llegar a mí, iría a por ella. Otra vez. Joder.

—Vale. —Asiento con la cabeza—. Dais, tú te llevas a Feliz.

—Tengo a Miguel —gimotea, porque nunca nada es fácil con ella.

—Y ahora también tienes a Feliz. —Le lanzo una mirada y ella me mira a la cara durante unos segundos, se plantea replicar y resistirse, pero tengo la sensación de ver esa noche de la que no quiere hablar rebotándole por la cabeza, y entonces suspira y dice:

—Vale.

Señalo a Christian.

—¿Vienes al almuerzo?

Él niega con la cabeza.

—No, me voy a hacer ejercicio con tu hermana arriba.

Lo dice sin inmutarse, ese puto engreído. Aprieto la mandíbula y lo miro negando con la cabeza.

—Sé dónde vives, hermano…

Sonríe.

—Me muero de miedo.

—La cara —le digo a mi hermana—. Pégale otra patada en la cabeza.

Ella me hace un gesto con el pulgar hacia arriba.

Llego al Invernadero al cabo de cuarenta minutos. Kekoa se queda atrás, junto a la puerta, intenta dejarme espacio, cosa que agradezco. Veo a los chicos en la parte de atrás y voy hasta ellos. BJ Ballentine se levanta para irse cuando me ve.

Me tiende una mano y se la estrecho con las dos.

—Jules. —Sonríe—. Me alegro de verte, tío.

Señalo la puerta con la cabeza.

—¿Ya te vas?

—He venido a dejar a Jo de camino a una cosa. —Señala a su mejor amigo con la cabeza.

—Se va para tirarse a una modelo de Miu Miu —anuncia Jonah Hemmes.

Carmelo Bambrilla se echa a reír, pero Ballentine pone los ojos en blanco.

—No es verdad. —Niega con la cabeza mientras yo me siento junto a Jonah—. Solo le estoy dando algún consejo profesional —nos dice, y todos nos echamos a reír. Se va y nos hace un corte de mangas por el camino.

Me quedo mirándolo un par de segundos y espero a que no pueda oírme.

—¿Ya vuelve a follarse a todo el mundo?

Jo niega con la cabeza. Siempre tan leal.

Carmelo parece confundido.

—¿No está con esa tía buena de la que el *Daily Mail* no se cansa nunca de hablar?

Jonah se encoge de hombros.

—No están juntos.

—Y una mierda —le digo a mi amigo más antiguo.

—Que no. —Jo niega con la cabeza—. Ella acaba de dejar a su novio de la semana, hace un par de días.

—¿En serio? —se mete Carmelo con las cejas arqueadas—. Oye, ¿puedo ir a por ella?

Jonah pone los ojos en blanco y Carms se alegra de haberlo hecho enfadar. Se burla más de él.

—La trataré bien…

Jonah se cruza de brazos.

—Estoy seguro de que lo harías, tío, pero sigue siendo un no firme por mi parte.

Carmelo frunce el ceño.

—¿Qué eres, su cinturón de castidad?

Podría ser algo así, en realidad. Forma parte de una mezcla graciosa, ese grupito de la alta sociedad londinense, la Colección Completa es como los llaman los periódicos. Todos Viejos Valarios que se tienen los unos a los otros en el bolsillo porque se volvieron codependientes cuando eran adolescentes. Problemas de apego en el internado. No saben cómo procesar la mierda si están separados los unos de los otros.

Aparte, Magnolia Parks es una de esas chicas que tiene a todo el mundo en el bolsillo, y uno puede vivir muy feliz en él. Al menos yo lo hago. Tiene a todos esos chicos comiendo en la palma de su mano, y Jo pierde rápido la paciencia cuando se trata de ella. Es ir a lo fácil, pero me encanta.

—Yo voy a intentarlo —le digo, sentándome más erguido.

Y al oír eso, Jonah empieza a partirse de risa. Suelta una buena carcajada desde lo hondo de la barriga, el muy imbécil.

Lo miro con los ojos achicados, molesto.

—Lo siento, tío. —Jonah se ríe, le parece genuinamente divertido —. Pero ella jamás lo haría.

Suelto una carcajada. Sopeso mentalmente si le voy a decir algo que le deje jodidamente alucinado. Decido guardármelo en la recámara para otro día…

Fue hace unos años, ha prescrito y esas mierdas. Además, de todos modos, creo que dice más de mí que de ella. Que íbamos camino de una noche espectacular y se puso a llorar por su exnovio, así que comimos tortitas en mi cama y vimos *Nick at Nite*. Jodidamente malo para el negocio. No puedo permitirlo. Prefiero no tener el poder que me daría aquello antes que arriesgarme a que alguien se entere de que en realidad hasta tengo corazón.

—Sí. —Asiento con la cabeza—. Supongo que tienes razón. Las chicas como ella odian a los hombres más mayores y poderosos.

—Tienes veintinueve años, tío. —Carmelo me mira—. Yo todavía no empezaría a escribir tu necrológica.

Carmelo Bambrilla. Hijo de Santino. Son los grandes de Liverpool. Es un romántico que te cagas, achácalo al italiano que lleva dentro. Es uno de mis amigos más antiguos. El mejor, incluso. ¿Tal vez? Amigos es una palabra rara para todos nosotros, pero es lo más cercano a lo que somos. Es una vida extraña. Ninguno de nosotros la pidió, todos nacimos en ella. Como la realeza. Probablemente, con menos beneficios. Pero más diversión.

Salí con su hermana por un segundo cuando era niño. Gia. Un gran error (enorme, en realidad), pero el hermano pequeño de Carmelo y Daisy fueron novios de críos… Hay mucha historia ahí. Más de la que querría que hubiera y definitivamente más de la que debería haber.

Le lanzo una sonrisa a la camarera mientras me tiende otra copa. Muy guapa. Luego me la llevaré a casa.

Carmelo me atiza en la espalda.

—¿Algo destacable en el horizonte?

Niego con la cabeza.

—Reunión la semana que viene. No sé de qué. Un posible trabajo.

—¿Arte o armas? —Carms se rasca la barbilla.

—Arte, creo —le digo encogiéndome de hombros.

—Oye. —Jo echa la cabeza hacia atrás para señalar a Kekoa—. ¿Qué hace tu sombra aquí? ¿Todo bien?

Hago un ademán en el aire.

—Todo fetén.

22.39

Daisy

Pequeñaaa

Dónde estás?

De camino

Date prisa.

Qué quieres de beber

Lo de siempre

Gin-tonic?

Sí, por favor 😘

Estás flipando porque me he acordado?

No mucho.

Hace unos días memoricé las bases de la enfermedad.

Sí, pero tú eres un genio

Sí. Y tú no.

Jaja

Estoy aquí. Dónde estás?

En mi despacho

Sin mí?

Te estoy esperando.

Voy corriendo.

Ahora sí que lo harás.



TRES

Daisy

Me gusta hacer la colada. Es raro, lo sé. Sé que podría mandar a lavarla, pero no lo hago, es que me gusta hacerla. Me parece algo que hace la gente normal. Los profesores hacen la colada. Los trabajadores sociales hacen la colada. Los secretarios hacen la colada. Los mecánicos hacen la colada.

Hace unos años le pedí a Julian que mandara construir mi lavadero de ensueño. Tengo dos lavadoras Samsung Smart Washer de doce kilos con FlexWash[22] además de la secadora Samsung de quince kilos Smart Electric Dryer con FlexDry, ambas de acero inoxidable negro antihuellas. Una tabla de planchar y una mesa de estilo ranchero para doblar la ropa en el centro, alguien pone ahí tulipanes blancos cada día, pero no sé quién.

Es mi refugio aquí.

Las lavadoras, a decir verdad, ahora mismo son dolorosamente silenciosas.

Cuando era una cría, si estaba pasando algo en la casa que nadie quería que yo viera u oyera, Julian me llevaba al lavadero. Encendía la lavadora vieja, aunque estuviera vacía. A veces hasta echaba monedas dentro para que hiciera más ruido.

En ese tiempo me parecía una cosa guay y un poco rara que mi

hermano y yo hacíamos juntos, pero ahora creo que lo más probable es que hubiera una persona moribunda en la casa y esa era su manera de mantenerme al margen de todo. Cuesta bastante olvidar a alguien muriendo una vez lo has oído. Oigo a mis padres muriendo casi todos los días, aún hoy, por ninguna razón en particular más que, sencillamente, porque es la clase de recuerdo de mierda que mi cerebro usa para llenar el silencio. Casi siempre es el ruido que hizo mi padre al caer sobre la arena. Casi todo quedó ahogado por la arena, pero se oyó un golpe sordo que suena en bucle en mi cabeza.

En fin, también tengo una butaca de cuero reclinable y un montón de revistas de cocina junto a la gran ventana mirador del lavadero que da a parte de los terrenos de atrás, Feliz los cuida[23] aunque no forme parte de sus tareas como mercenario.

Una taza de té, el rumor casi imperceptible de mi lavadora[24] y puedo tirarme horas aquí.

Creo que es la recompensa instantánea de los chorros prelavado.

O quizá es que aquí todo se está limpiando.

Esta tarde estoy lavando ropa blanca.

Voy escogiendo y tratando las piezas del cesto.

Ahora mi quitamanchas favorito es el Vanish Gold para ropa blanca. Además, me gusta la pastilla de jabón que hacen, por su textura. Y la lejía. Adoro la lejía. Absolutamente todo. Cómo huele. Cómo devuelve el brillo. Cómo elimina todo rastro de pecado.

¿Sabes qué es el pecado original?

Es el concepto teológico de que todos nacemos pecadores de manera innata y a mi hermano le encanta.[25] Dice que es uno de sus dos «vales para escapar de la cárcel».[26]

Que como todos hemos nacido ya pecadores, él solo está viviendo acorde con su naturaleza.

Pero a mí no me gusta. No me gusta la idea de que nacemos

malos porque si todos naciéramos pecadores, no sé si podríamos lavarnos hasta llegar a quedar limpios.

¿Tú crees que los hijos cargan con los pecados de sus padres? ¿Lo habías oído? Pecados generacionales, pecados ancestrales… ¿Tú crees en ellos? Mi hermano sí. Como nuestro padre hizo lo que hizo, Julian toma el relevo. De hecho, ya que lleva los pecados de papá, ¿qué importan unos pocos más?

Él dice que no es más que el negocio familiar, pero yo lo llamo el pecado familiar. A él no le gusta que diga eso, pero me parece que cree que tengo razón, solo que no sabe qué hacer al respecto. Ni él ni yo lo sabemos. Somos quien somos y lo que somos es lo único que hemos conocido.

Tenemos unas reglas que me inventé yo cuando era pequeña y que no rompemos, cosas que Julian prometió no hacer nunca y logran que todo lo que hacemos parezca algo menos malo.

Personas con las que no trabajará nunca, bajo ninguna circunstancia. Sapanta Asad, Mata Tosell, Roisin MacMathan…, personas que joden a la gente y de la manera que la joden son zona prohibida para nosotros. Julian jamás lo haría. Necesito que así sea.

Y es entonces cuando saco del cesto de la ropa una camiseta blanca de mi hermano.

Tendría que prohibirle comprar blanco; es lo que me lo digo a mí misma cada vez que hago la colada, basta de permitirle que se compre prendas blancas. Es que en realidad no tiene ningún sentido, es dinero que tira por el agujero del retrete, es una pérdida de tiempo y el blanco es irrecuperable hagamos lo que hagamos. Ya se sabe cómo son los chicos, solía decirme a mí misma. Ya se sabe cómo son los chicos… y ya se sabe cómo son los capos.

Es una camiseta bonita. Se la compré yo.

Es de Mastermind Japan. Blanca y lisa.

Y trato de que no me dé un vuelco el corazón cuando la repaso y la encuentro toda manchada.

No hace falta ser estudiante de Medicina para darse cuenta, alguien con un par de ojos que funcionen te lo podría decir: hay demasiado rojo en la camiseta para que la persona de la que viene siga viva.

16.04

Julian

La chica del desayuno no era la misma que la chica de la comida.

Qué astuta, Caradaisy… muy bien.

Eso te enseñan en la facultad de Medicina?

No

Sabes qué nos enseñan en la facultad, Julian?

Enfermedades venéreas.

Estoy limpio y puro.

Eso me parece tan falso como erróneo.

Entiendo que hoy no puedo traer a casa a la camarera buenorra de la cena?

3 por 3?

Estás de broma?

… sí.

Entonces no, no?

UGH!!!

CUATRO

Christian

Estoy tumbado en el sofá de casa cuando llaman a la puerta. No esperábamos compañía, no que yo supiera al menos. Henry se levanta de su butaca y va hacia la puerta, la abre de par en par.

Magnolia Parks entra, seguida de Paili Blythe; aunque apenas la veo porque, joder, Magnolia es preciosa.

Nuestras miradas se encuentran, aunque no deberían. Ella desvía los ojos al caminar hacia mí antes de abrazarse a Henry.

Ella cree que no es cariñosa, pero siempre está tocándonos a unos u otros. Su hermana dice que es porque todos somos codependientes. Yo estoy convencido de que es porque Magnolia no sabe estar sola.

—¿Dónde están los chicos? —pregunta Magnolia echando un vistazo por el salón, toda inocente y esas mierdas. Lo que en realidad quiere decir es: «¿Dónde está BJ?», y la pregunta me cabrea, así que me siento, me crujo la espalda y bostezo antes de responder.

—Jo ha salido con Banksy y BJ está intentando hacerse a Feaven Lusk.

A Magnolia se le paraliza el rostro, lleno de dolor y tensión como si alguien le hubiera dado una bofetada, y me genera un pinchazo de

satisfacción (lo cual está fatal por mi parte, lo sé), no puedo evitarlo, pero…

—¿La modelo? —aclara ella parpadeando. Yo asiento—. Pero es estadounidense —balbucea, como si eso significara una buena mierda. Me encojo de hombros y Henry me está mirando de una manera que prefiero ignorar porque sé lo que pasa cuando BJ la hiere—. Bueno, pues muy bien… —Se aclara la garganta.

Y actúa como un puto hechizo. Activa lo que Hen y yo llamamos el modo QTJBJ (que te jodan, BJ) y está sedienta de sangre. Me busca con los ojos como yo ya sabía que haría porque ella es así.

Se cruza de brazos sobre ese precioso pecho suyo y se deja caer a mi lado. Se acerca mucho más de lo que es estrictamente necesario. Me coloca la cabeza en el brazo.

Frunce los labios, dedica unos segundos a recuperar la compostura.

Casi me siento mal por ella un momento porque se le ve en la cara lo herida que está; imaginarte lo que está haciendo la persona que amas con otra persona te jode mucho. Pero ¿sabes qué? Únete al puto club, Parks.

Llevo tres años sintiéndome así y quiero compañía, así que me encojo un poco de hombros y digo:

—Está bastante buena.

Paili me tira un libro a la cabeza desde la otra punta del salón (no me duele mucho porque es de tapa blanda, pero no me hace gracia) y Henry resopla por la nariz. Bastante mala señal viniendo de él, deja que me porte como un capullo solo hasta cierto punto.

Parks tiene los ojos vidriosos. Mierda. Si la hago llorar, entonces Henry se peleará conmigo, aunque no me ganaría. No sería una pelea justa, sin embargo, porque él jamás ha necesitado aprender a pelear como yo. Él se las apaña bien en una enganchada tonta, eso

sí, incluso para ser un chico que creció en Belgravia.

Estiro los brazos hacia arriba y apoyo uno detrás de Magnolia, pero sin abrazarla. Una aclaración importante.

Henry me mira con los ojos entrecerrados. Me conoce demasiado bien. Sé que esta mierda entre nosotros le pone en una situación complicada. Beej y yo. Parks y yo. La amo y punto. Y no todo es una mierda todo el rato.

Magnolia y Henry se hicieron mejores amigos en el jardín de infancia, llevan un rollo muy de hermanos. A veces le resulta difícil, creo, decidir a quién tiene que serle más leal. ¿A su hermano o a su mejor amiga? Normalmente es a ella. De vez en cuando le cubre las espaldas a BJ, pero sospecho que tiene más que ver con lo que pasaría si Magnolia se enterara.

Ahora bien, nosotros cuatro (Henry, Magnolia, Paili y yo) somos los originales. Los tres nos hicimos amigos el primer año. Paili llegó a nuestro colegio el segundo año. Y fuimos solo nosotros cuatro hasta que entramos en Varley. Jo y Beej estaban por ahí, pero eran mayores, iban un curso por encima. No les importaba una mierda. A ver, a BJ sí le importaba Magnolia porque lleva puto obsesionado con ella desde que tenía seis años.

Parks antes me quería a mí. Me quiso a mí primero, en realidad.

Henry era mi mejor amigo y ella era la mejor amiga de Henry, y Parks me seguía como un cachorrito. La besaba a la hora de la comida y en las fiestas y cuando estaba aburrido como se aburre un chiquillo rústico que mandan al internado. Y entonces solo nos hizo falta un puto verano para que todo se fuera a la mierda.

Lil y Ham nos llevaron a todos a San Bartolomé durante tres largas semanas.

Ese fue el verano que Parks se colgó de BJ. También resultó ser el verano que yo me enamoré de Magnolia. Sí, sí, menuda

coincidencia, lo sé. Es mi culpa. Lo dejé demasiado tiempo, en fin.

Siempre me ha gustado que yo le gustara antes que él, hacía que la sintiera un poco menos suya en mi lógica mental por sentir lo que siento por ella, lo cual es (para que conste) amor, pero bastante jodido ahora mismo.

—¿Qué estamos viendo?

Henry señala la tele con la cabeza.

Paso de mirarlo a él para mirar a Magnolia.

—Pelis de m…

—¡No! —gimotea ella—. ¡Odio las pelis de miedo!

Mira a Paili en busca de ayuda, ella se encoge de hombros, pobre muchacha.

—A mí me gustan.

—Bueno, pues a mí no. —Magnolia se cruza de brazos, resoplando —. Y luego tendré miedo y tendré que irme sola a casa.

Henry la mira con fijeza, atónito.

—Tu padre mide metro noventa. Y entrena cada semana con Leon Edwards.

—¡Está en Atlanta! —exclama al tiempo que deja caer la cabeza hacia atrás en el sofá. Aterriza en mi brazo. La deja ahí durante unos segundos. Traga saliva. Se yergue—. Y Bridget dice que sabe taekwondo, pero yo nunca lo he visto con mis propios ojos, y según se dice… —Ella pone una cara muy seria y yo me echo a reír porque está zumbada—. Bushka desertó de los soviéticos, así que quizá es útil, pero es que está bastante vieja y además tal vez son ellos los que vienen a por nosotras.

—Claro. —La miro con fijeza—. Mis contactos me dicen que los soviéticos justo están al acecho de los ancianos que sufrieron la Segunda Guerra Mundial… —Parks me fulmina con la mirada—. Quédate aquí —digo encogiéndome de hombros. Se le congela la

expresión al oírlo. Henry alarga el cuello y me mira con los ojos como platos—. Con Henry, digo —añado enseguida.

Ya noto que me pongo colorado.

Ella vuelve a tragar saliva y mira a Henry.

—¿Puedo, Hennypen?

Él resopla por la nariz, irritado.

—Vale.

Como si fuera capaz de decirle que no. Como si cualquiera de nosotros lo fuera. No sé qué es, por qué no podemos, por qué hacer que Magnolia Parks se ponga triste parece equivalente a traicionar a tu país. Nos pasa a todos, por eso, incluso a Jo, y a Jo le importa una mierda hacer que quien sea se ponga triste.

—¡Hurra! —Da una palmada—. ¡Fiesta de pijamas!

—Buena suerte, Henry. —Paili asiente con solemnidad. Magnolia la mira con el ceño fruncido—. Lo siento, cielo, es que… Es un suplicio compartir la cama contigo.

Magnolia mira a Henry y luego a mí, pidiendo un salvavidas. Henry le dedica una sonrisa de disculpa.

—Sí, es verdad.

Magnolia me mira de nuevo a mí, parpadeando fuerte. Ya veo el dolor en sus ojos.

—Es verdad —le digo.

Se vuelve hacia la tele, se cruza de brazos y le da un berrinche.

—Nunca me pareció que te quejaras antes —dice con un hilo de voz y los ojos fijos en el televisor.

Me inclino hacia su oreja, con la vista fija al frente y le susurro:

—Tampoco me quejaría ahora.

Vemos *La matanza de Texas*, Parks se asusta por cualquier mierda todo el rato. Es tierno. Me agarra la mano un montón de veces y luego me la suelta cuando se da cuenta de que lo hace.

A media peli se le cae un M&M's en la camiseta.

Baja la mirada para observarlo con el ceño fruncido.

Me fijo unos segundos yo también, miro a Henry y a Paili (ni el uno ni la otra nos hacen caso) y entonces lo cojo.

Lo pesco con el índice y el pulgar y me lo meto en la boca con una risita.

Ella me mira con fijeza, los ojos grandes y brillantes.

Pienso en su cuerpo contra mí toda la tarde, no presto atención a la película.

Es una versión de lo más inofensiva del contacto físico, lo sé: su cabeza sobre mi hombro y toda acurrucada contra mí, uno de sus amigos de toda la vida. Probablemente estoy buscando más significado que el que tiene, pero tal vez no.

Daisy me manda un mensaje a media peli y yo miro el móvil, me doy cuenta de que Magnolia ve que me están mandando un mensaje. Ella aparta la mirada a consciencia, intentando darme intimidad o una mierda por el estilo, pero yo no lo oculto. Me gusta que vea que otras personas me desean en las formas en que ella no quiere tenerme.

También es falso porque Magnolia Parks es la chica más jodidamente entrometida del mundo. Ha inclinado la cabeza, pero está intentando leer mis mensajes por el rabillo del ojo, me doy cuenta. Se está esforzando tanto que le va a dar una puta migraña.

qué haces

Le doy un minuto. No sé por qué. Porque soy un poco capullo, supongo.

Viendo una peli

vienes a casa?

quizá?

No, quizá no… No voy a ir a ninguna parte…, no teniendo a Magnolia así.

qué haces, pequeña Haites

Imbécil, lo sé, pero es lo que hay, y somos lo que somos.

¿Daisy y yo? Somos amigos. A decir verdad, últimamente somos buenos amigos. Amigos que follan. A mi madre le daría un puto colapso si se enterara, pero aquí estamos. Me estoy tirando a la hermana del capo más conocido de Gran Bretaña y la estoy rechazando, pero somos amigos, así que no pasa nada. A Daisy le da igual, ya llevamos unos meses liados; no somos exclusivos, eso está claro. A los Haites no les va el estar con una sola persona.

Joder, a mí no me va el estar con una sola persona. Excepto esa única vez y todo se fue a la mierda. Está sentada justo a mi lado tres años más tarde como un peso muerto atado al tobillo de mi puto corazón.

nada.

jugando al GTA con los chicos

qué chicos

Booker y TK.

Frunzo el ceño y siento una punzada de celos. Qué raro.

Se ha acostado con TK. ¿También se ha acostado con el otro? No me acuerdo, son los más jóvenes de los Chicos Perdidos. Los estadounidenses. Bastante atractivos. Creo que lo hace para cabrear a su hermano. Creo que por eso se acostó conmigo.

Siento una opresión en el pecho un instante. Qué raro.

quién gana?

tú qué crees?

Es solo mi amiga, pero está muy muy buena.

jaja. Hoy no puedo

vale

mañana?

quizá

Me guardo el móvil y veo que Magnolia me está mirando, tiene una expresión en la cara que adoro, pero, bueno, es que adoro todas sus caras.

—Bueno, bueno, bueno. —Frunce los labios. Yo me río por la nariz —. Entonces ¿hay algo ahí? —pregunta con las cejas enarcadas.

Y como soy un mierda, dejo que la pregunta penda un segundo y deseo que la haga sentir como me siento yo siempre que está con otro. Luego hago una mueca.

—Nah.

—Eh, Parks —nos interrumpe Henry, mirándonos de hito en hito—. Hora de irse a la cama.

—Venga ya, tío. —Me río—. Creo que es mayorcita para saber a qué hora tiene que irse a la cama.

Henry me mira de una manera que me hace sentir como una mierda, me hace sentir como el capullo soy yo.

Me ignora y mira a Parks a los ojos. Señala con la cabeza hacia las escaleras y luego echa a andar hacia ellas.

—Buenas noches, Pails —añade con voz fuerte—. Manda un mensaje cuando llegues a casa, ¿vale?

Ella se levanta, nos besa a mí y a Parks en la mejilla, y se va.

Bajo la mirada hacia Magnolia y ella la levanta hacia mí. Hago todo lo que puedo por no besarla. Me descubro preparándome para hacerlo de todos modos, me lamo el labio inferior, me trago la sensación de lo mucho que la deseo. Aunque ya me he hecho profesional de no besarla. Llevo tres años no besándola.

Deja caer la mirada hasta mi regazo. Un M&M’s perdido descansa en la bragueta de mis vaqueros.

Aparta los ojos de los míos, los fija en el M&M’s y vuelve a clavarlos en mí. Tamborilea con los dedos sobre la boca, los ojos muy abiertos y menos inocentes de lo que creerías que son. Lo está mirando fijamente y siento todo el cuerpo eléctrico.

Luego lo coge, se lo mete en la boca, lo muerde con fuerza y se ríe.

Me quedo con la boca abierta mientas la miro irse hacia las escaleras, volviendo la vista atrás por encima del hombro para mirarme con una risita.

Duermo como una mierda esa noche. Hay algo en el hecho de que esté en casa y no esté conmigo que me jode un poco. Claro que llegado este punto estoy acostumbrado a que no esté conmigo.

Que se quede a dormir en casa tampoco es algo insólito (mejor en la cama de Henry que en la de BJ), pero ¿por cuántas camas pasará antes de volver a la mía?

Se meterá en ella por la mañana de todos modos, eso lo sé.

Le parece menos peligroso tumbarse en mi cama de día, como si no se fiara de sí misma si está conmigo de noche.

La mañana siguiente, me despierto como había pensado que lo haría: con Magnolia Parks saltando sobre mi cama, a mi lado, mirando el techo con fijeza.

Me giro para verle la cara, pero ella solo tiene ojos para el techo. Agarra el león de peluche que me regaló cuando cumplí seis años y que todavía está en mi cama, aunque ya no debería estarlo, y lo lanza al aire, atrapándolo luego sin fijarse.

—¿Feaven es buena en la cama? —le pregunta Magnolia al techo.

La miro. Es una cabrona. Una cabrona por preguntármelo y una cabrona por sentir que puede hacerlo. Sé qué quiere que le conteste, sé cómo podría responder sin hacerle daño, pero creo que tengo muchas ganas de pincharla con eso porque, oye, que la jodan por preguntarlo.

—Creo que es bastante buena en la cama, sí —asiento.

Se le cambia la cara y me mira.

—¿Mejor que yo?

Me siento y enarco una ceja.

—Nosotros nunca nos acostamos, ¿recuerdas?

Frunce los labios, mirándome con fijeza.

Esta parte siempre es un poco mierda porque si nos ponemos técnicos, y yo quiero serlo, quizá sí que tuvimos sexo. Sin embargo, ella no cuenta el Maserati como su primera vez con Beej, de modo que tampoco cuenta como sexo lo que sea que pasara entre nosotros. Y no sé cuánto sabe Beej, pero ella se lo pintaría distinto de todos modos, agitándolo por ahí como un banderín del que se siente orgullosa (que nunca llegamos a hacerlo) como si así le llevara una de ventaja. Como si pensara que lo traicionó menos que él a ella porque ella y yo jamás hicimos lo que él hace con todo el mundo todo el rato. Ahora bien, hay una gran llanura abierta de posibilidades sexuales, que van desde besarse hasta el sexo con penetración literal, y Magnolia Parks y yo exploramos toda la puta sabana.

Y ella lo proclamará tan fuerte como pueda cada vez que le venga en gana (que nunca nos acostamos), pero lo que siempre se calla estratégicamente es que lo intentamos. En todo momento, y cada vez que lo intentábamos, ella lloraba.

Por eso, cuando ella se las da de puta santa propalando que «nunca nos acostamos», el gigantesco y negro abismo que arrastra esa frase es: «pero no fue por falta de ganas».

Y soy un idiota, lo sé, porque si eso no hace saltar las putas alarmas, no sé qué lo hará.

Porque yo nunca la forzaría, la mayoría de las veces era ella quien empezaba. Y no lloraba porque no estuviera lista. No lloraba porque estuviera borracha. Ahora sé (entiendo lo jodidamente atados que están el uno al otro y sus monumentales niveles de disfunción) que lloraba porque estaba intentando acostarse con una persona que no era BJ. Tendría que haberlo sabido, tendría que haberlo visto, pero

ya me había pillado para entonces. Yo iba a por todas, estaba enamorado de los pies a la cabeza y toda esa mierda. Podría haberme jodido o traicionado, me habría dado igual. No iba a irme a ninguna parte.

Sigo sin haberme ido a ninguna parte.

No creo que Beej sepa esa parte, ni siquiera sé si debería saberlo. Tampoco quiero ser yo quien se lo diga porque es nuestro punto débil; si él y yo llegamos a matarnos por algo, será por ella. Con ella de por medio, él es incapaz de pensar con la cabeza, claro que yo también soy incapaz. Ambos la amamos y ni el uno ni el otro podemos hacer una mierda al respecto.

Ahora bien, Parks se enfada conmigo por decirlo, por recordarle que no nos acostamos. Ella puede recordárselo a todo el mundo, pero arde todo el puto infierno si soy yo quien se lo recuerda a ella. Hemos tenido esa discusión alguna vez, si quieres llamarlo así. Es más una no conversación y creo que le jode porque o bien nos invalida o bien la hace sentir deficiente. Y ni una cosa ni la otra son verdad.

El hecho de que ella sea la única chica con la que he estado y con la que no me he acostado dice más de ella que si lo hubiéramos hecho.

Y ella no tiene ni una puta sola cosa deficiente.

Alguien llama a la puerta de mi cuarto y la abre de golpe sin esperar respuesta. Henry le hace un gesto a Magnolia.

—BJ está subiendo.

Se sienta de golpe, con los ojos muy abiertos y llenos de esperanza y patetismo. Se coloca el pelo detrás de las orejas, como si fuera un perro y el amo estuviera llegando a la puerta.

Sale corriendo y está tan contenta que me entran putas ganas de vomitar. Henry me mira y luego hace un gesto.

—Haz el puto favor, tío.

Pongo los ojos en blanco y suelto un suspiro. Luego les sigo.

BJ cruza la puerta de nuestra casa. Parks se pone colorada.

Él le dedica esa media sonrisa que la desarma siempre, es puto triste que yo lo sepa, pero ¿sabes qué? Yo también soy puto triste. Estoy enamorado de la chica de mi mejor amigo.

Soy un mierda.

—Hola. —Le dedica una sonrisa tímida y va corriendo hacia él para abrazarlo.

Él la rodea con los brazos y le coloca la barbilla en la cabeza antes de bajar los ojos para mirarla.

Le da un tironcito a la camiseta demasiado grande que viste y que es, claramente, de hombre. No deja de abrazarla.

—¿De quién es? —Me mira sin querer y luego vuelve a mirar enseguida a Parks. Está más inseguro de lo que quiere que yo sepa.

—De Henry. —Ella lo mira con el ceño fruncido como si fuera una pregunta putamente ridícula.

Él asiente una vez.

—Entonces ¿has dormido aquí esta noche? —le pregunta, pero no la suelta.

Ella asiente al tiempo que levanta los ojos parar mirarlo.

—¿Por qué? —pregunta y me mira directamente a mí.

Es una pregunta trivial de bordes afilados.

—Porque vimos *La matanza de Texas* anoche, Bushka está en la lista negra de rusos, al parecer, y Magnolia no puede defenderse ni queriendo —contesta Henry, encogiéndose de hombros. No me mira cuando lo dice, pero sé que me está cubriendo, incluso aunque nada de lo que ha dicho sea mentira—. La peor noche de mi vida. —Henry estira mucho los brazos por encima de la cabeza, haciendo aspavientos.

—Oye… —suelta ella.

Beej la mira con la cabeza ladeada, los ojos muy dulces, mirándola como si fuera solo suya.

—Es verdad que cuesta un poco dormir contigo… —concede BJ y ella se revuelve entre sus brazos. Sí, todavía están abrazándose. Sí, así de retorcidos son.

—Ahora tiene calor, ahora frío, ahora miedo, ahora hambre. —Henry suspira y luego la mira con elocuencia—. No me extraña que estés soltera.

Hen es el único que puede decirle esas mierdas y que ella no se ponga insolente. Es que son así.

BJ niega con la cabeza.

—Debes tener una barrita de cereales en la mesilla de noche para dársela, si no es como un grano en el culo.

Henry le desordena el pelo al pasar junto a ellos.

—Es como un grano en el culo de todas formas.

BJ se ríe.

—Venga, vístete. —Le pasa el brazo por los hombros y la lleva escaleras arriba con él—. Te llevo a desayunar.

—Vale, entonces ¿yo me voy solo a desayunar? —pregunto.

BJ se vuelve para mirarme.

—Sí.

CINCO

Julian

Me quedo mirando mi *Vista del mar en Scheveningen*. El Museo Van Gogh dice que han recuperado este ejemplar. Mienten. Les colamos la copia. El real está estratégicamente colgado en mi despacho, en una pared donde este maldito poli entrometido no lo verá cuando asome la puta cabeza para mirar a mi hermana.

Mi despacho está bastante guapo, de hecho. Hay muchas obras de arte que he «acumulado» con los años.

Tengo un Edvard Munch, un Kandinsky, dos de Franz Marc, un Egon Schiele y el Van Gogh. Las circunstancias de las adquisiciones de las obras recién enumeradas tal vez fueran de legalidad precaria, pero ¿quién va a detenerme?

Dais odia el expresionismo, así que mi despacho es el único lugar donde puedo tenerlos.

Impresionismo, fauvismo y expresionismo: yo.

Renacimiento, barroco y romanticismo: todo suyo.

Estoy sentado en mi mesa, Dais está jugando a los dardos. Más o menos con Declan, más o menos sin él; si están jugando, ella le está dando una paliza. Si no están jugando, le está dando una paliza de todos modos.

No es ningún secreto por aquí que a él le gusta, que está

perdidamente enamorado de ella, siempre lo ha estado. Estuvieron juntos una vez, duró poco. Fue al cabo de no mucho de lo de ella y Rome; un poco por despecho, si me lo preguntas, claro que para ella todos son fruto del despecho, creo. Decks también estaba en la universidad, no estudiaba Medicina. Derecho, creo.

Se acostó con ella. Tuvieron una cita. No tenía ni idea de que ella tenía diecisiete años cuando él tenía veinticuatro hasta que aparecí yo.

Aunque tampoco fue culpa suya. ¿Cuántas personas de diecisiete años van a la universidad? Todo aquello fue bastante divertido. Hice un par de amenazas, abusé un poco de mi poder. Al final, casi me caía bien el chico, me lo traje al redil poco después. Una feliz consecuencia de ello fue, y sigue siendo, que Daisy pierde absolutamente todo el interés en los hombres que trabajan para mí. Lo dejó bastante rápido, pero él nunca terminó de olvidarla.

Resulta un poco doloroso verlo con ella, y creo que ella hace todo lo que buenamente puede para no alimentarlo, pero, en fin, Daisy siempre ha sido el centro de atención de todo el mundo desde el día que nació.

«Una flor entre espinas», solía decir mi padre. Y luego mamá contestaba que las margaritas eran flores vulgares, y cada vez que pienso en ello siento una extraña sensación de alivio por no tener que lidiar con esa mierda ya. No es que uno quiera que sus padres se mueran (yo no quería), pero mamá se pasaba muchísimo con Daisy. Es probable que sea por eso por lo que Daisy no sabe interactuar con otras mujeres, aunque supongo que eso en parte es culpa mía. No es que haya muchas influencias de matriarcas en la escena del crimen londinense, solo Delina Bambrilla (que indudablemente es la salvación de todos). Rebecca Barnes también, la madre de Jo (una buena mujer), pero para cuando nos hubiera

ido bien tenerla, ella estaba tremendamente distraída por la muerte de su propia hija. No fue muy buen año, a decir verdad, con todo aquello. Remy Hemmes y luego nuestros padres, con poco tiempo de diferencia.

Todo eso alimenta la patología de mi hermana, por qué es quien es, por qué parece incapaz de hacer amigas, por qué gravita hacia los hombres del modo en que lo hace. No pretendía hacerlo, pero supongo que la eduqué de esa manera.

Daisy vuelve a hacer diana, como hace con casi cada tiro, y le lanza a Decks una mirada de suficiencia por encima del hombro, aunque es innecesario porque hasta Dios y su madre saben que Declan piensa que Daisy ilumina las estrellas.

La puerta de mi despacho se abre de repente y entra brincando el mejor amigo de infancia de mi hermana. Se deja caer en la butaca que está junto a mi mesa.

—¿No será el estilista de famosos Jack Giles? —Lo miro con una sonrisa al tiempo que mi hermana se dirige hacia él y se planta en su regazo.

Un buen hombre, Jack Giles, le tocaron unas cartas bastante de mierda, pero sacó lo mejor de ellas. Se hizo un nombre por sí mismo a pesar de todo. Y es un puto pibón. La gente se lo queda mirando allá donde vaya, rompe corazones a diestro y siniestro, pero creo que su corazón está bastante jodido ahora mismo ya de por sí.

—Ey. —Lo señalo con la barbilla—. ¿Cómo os va con Hot John?

Giles mira y hace una mueca.

—¿Todavía anda jodiéndote? —pregunta Decks desde la otra punta del despacho, cruzándose de brazos.

—Siempre. —Daisy pone los ojos en blanco, le aparta un mechón de pelo a Jack y se lo coloca detrás de la oreja—. Pero Jacky tuvo una cita la otra noche con cierto gay famoso…

—No fue una cita. —Jack pone los ojos en blanco.

—¡Te pidió salir después de que le hicieras de estilista!

Le lanza una mirada.

—¡Para darme las gracias!

—¿Quién era? —Me meto, interesado.

—No podemos decirlo —anuncia Daisy, con la nariz de niñata levantada—. Pero ya te digo que lamentablemente no era Anderson Cooper, pero danos tiempo, que ya llegaremos.

Alguien llama a la puerta.

Papá compró una calle sin salida entera en mitad de Knightsbridge en los ochenta. El Recinto. Parece un poco un palacio. No tendrías ni idea de lo que sucede ahí dentro de no ser por lo que cuentan las malas lenguas. Desde fuera no tendrías ni idea de que es muchísimo más que una puta casa grande normal. Piscina cubierta, cancha de baloncesto, gimnasio, un bar en la azotea, habitaciones para mis chicos, un par de habitaciones de seguridad y una caja fuerte de bioseguridad donde guardo un montón de mierdas que no voy a revelarte. Parece una casa de gente de clase media-alta como cualquier otra. La alta seguridad quizá atrae un par de miradas más de la cuenta, pero por lo que a todo el mundo respecta, podríamos ser de la realeza.

—Abre tú —le digo a mi hermana, haciendo un gesto hacia la puerta. Sea quien sea, ya lo han aprobado los de seguridad. Además, sé quién es.

Daisy me mira y pone los ojos en blanco, luego se va hacia la puerta.

Me levanto al cabo de un segundo, camino hasta el marco de la puerta, mirando como si no lo supiera, como si en la vida fuera a permitir que ella abriera la puerta si no lo supiera.

Es él.

Son las nueve de la noche de un miércoles.

Siempre es él.

Y pierde el culo por ella.

—¡Tiller, tenemos que dejar de encontrarnos así! —Lo mira radiante, poniéndole ojitos.

Killian Tiller, un detective de la Agencia Nacional del Crimen, la NCA, que lleva obsesionado con mi hermana desde el primer momento en que fijó en ella esos ojos de idiota estadounidense. Como si yo no tuviera ya suficientes cosas con las que lidiar, ahora tengo que vigilar a un poli que está intentando acostarse con mi hermana.

El problema es que creo que ella le dejaría. Siempre le han gustado los chicos que se parecen al rubio ese de *Fast & Furious*, y ese muchacho se le parece que no veas.

—¿Así cómo? —La mira—. ¿Presentándome en tu casa porque tu familia está bajo investigación criminal? Estoy de acuerdo.

—Perfecto. —Sonríe ella con falsa modestia—. Entonces ¿el viernes? ¿Cena a las ocho?

Esto se le da jodidamente bien. Me da hasta náuseas.

Él suelta una carcajada.

—¿Cuántos años tienes ya, dieciséis?

—No bromees, sabes que tengo veinte. —Lo mira con el ceño fruncido.

—¿Quieres un premio? ¿O ya estás contenta con el que te viene con el Happy Meal?

Le pone mala cara.

—No sé por qué hablas de los Happy Meals de forma despectiva. Están perfectamente proporcionados y son absolutamente deliciosos. —Enarca una ceja—. Sabes que son mis favoritos…

—¿Lo sé? —pregunta él, sonriéndole.

Ella señala con la cabeza la carpeta que lleva debajo del brazo.

—Puedes dejar de fingir que ese archivo no son un millón de fotos que me has hecho, viejo pervertido.

Él ahoga una carcajada.

—Ah, me has pillado.

—Estoy bastante bien con esa lencería azul marino, ¿verdad? —le dice con la nariz levantada.

Joder. Me quiero morir. Persevero con mi espionaje de todos modos.

Tiller ladea la cabeza, la mira con más afecto del que debería tener un hombre que investiga a su familia.

—No sabría decirte.

—Vale —le contesta ella, entrecomillando en el aire y él al fin suelta una carcajada auténtica, se le ilumina la cara.

Que me jodan, ni siquiera le he pedido que se gane a este tío, lo está haciendo ella sola.

Él niega con la cabeza y se obliga a recuperar algo parecido a la seriedad.

—¿Dónde estaba tu hermano hace dos noches?

Ella le dedica una sonrisa tensa y se encoge de hombros.

Me muevo un poco para asegurarme de que no me ve.

—¿Sabes algo de alguna obra de arte desaparecida?

—No. —Niega con la cabeza enfatizando mucho—. Pero suena muy serio…

—Un cuadro de Fernand Léger valorado en ciento cincuenta mil libras desapareció esa noche.

Se mira atentamente las uñas.

—No me gusta, ¿y a ti?

—¿Tu hermano?

—Léger. —Lo fulmina con la mirada—. No soy muy fan del arte

pop ni del abstracto.

—¿Con quién estaba tu hermano hace dos noches?

—¿Dónde estabas tú hace dos noches, Tils? —Se muerde el labio inferior y él pone los ojos en blanco—. ¡Cada vez que señalas con el dedo, hay otros tres que te señalan a ti! —le dice alegremente.

Él vuelve a poner los ojos en blanco, exasperado.

—Te acabarás lesionando si sigues así. —Le señala con un gesto de la cabeza.

—Bueno. —Él la mira, elocuente—. Es difícil controlar contigo.

—¿No puedes controlarte conmigo? —Ella le vuelve a poner ojitos y yo niego con la cabeza, intentando no reírme—. Qué mono… —suspira.

El poli mira divertido a mi hermana y ella le da un codazo juguetón en el brazo.

—Entonces ¿cómo hemos quedado para el viernes?

Tiller la mira con los ojos entrecerrados.

—No salgo con criminales.

Ella apoya la cabeza en el marco de la puerta y suspira.

—Me encanta que me digas guarradas.

Él esboza una sonrisa, niega con la cabeza y baja las escaleras de mi casa.

—Yo tampoco, por cierto… —le dice ella.

Él echa la vista atrás.

—¿Qué?

—Que no salgo con delincuentes.

—Solo te los follas, ¿no? —Tiene unos ojos penetrantes y habla con tono atrevido.

Los labios de ella se redondean por la sorpresa; está disfrutando demasiado de la atención, como si estuviera hambrienta de ella.

—¡Vaya, vaya! —Ahoga una sonrisa—. Menuda carpetita más

completa llevas ahí. Si sabes eso, entonces sí que sabes lo bien que me queda la lencería azul marino.

Él se detiene y achica los ojos un segundo, luego se encoge de hombros.

—Me gustaste más con la blanca.

Se queda boquiabierta y suelta una única carcajada, pero yo quiero que me traigan la puta cabeza de ese tío en una bandeja por lo que ha dicho.

Vuelvo a mi mesa, me siento como si no les hubiera estado escuchando a escondidas, y ella vuelve tranquilamente a mi despacho.

—¿Quién era? —pregunto fingiendo que no lo sé.

—Tiller.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Qué quería esta vez? Además de una cita contigo.

—Por desgracia —suspira—, como suele ser la historia de mi vida, me temo que no es conmigo con quien quiere una cita.

—¿Es gay el inspector Tiller? —pregunta Declan desde la otra punta del despacho, con los ojos como platos y muy serio—. ¡Giles, aprovecha, tío!

—Una cita en el juzgado, jugada maestra. —Ella pone los ojos en blanco.

—Espera, ¿estáis hablando del policía sexy? —pregunta Jack al tiempo que se sienta más erguido.

—Así es —asiente Dais.

—Hombre… —Frunzo un poco el ceño—. Yo no lo llamaría sexy —digo encogiéndome de hombros.

Daisy me mira como si fuera idiota.

—Entonces yo te llamaría ciego.

—Está jodidamente bueno —asiente Jack sin levantar la vista del

móvil—. Tendría que haber sido modelo. ¿Para qué es policía? Hace que le falte al respeto a la placa por querer echar un vistazo.

Siento que frunzo un poco el ceño, intento disimularlo porque no quiero otro sermón de mi hermana diciéndome que necesito ser la persona más atractiva del lugar porque si no, al parecer, me pongo insoportable. No es verdad. Además, jamás he estado en ningún lugar donde no fuera el más atractivo.

—En fin. —Daisy se planta delante de mí con los brazos cruzados —. ¿Has robado alguna obra de arte esta semana, Julian? —Me mira con los ojos entrecerrados.

Sip.

Lo hice. Bueno, no fui yo en persona.

Fueron algunos de los Lacayos.

Ella prefiere no enterarse de las idas y venidas de nuestro negocio familiar, y yo prefiero mantenerla al margen con todo lo que puedo. Es más seguro así.

—Yo no robo, Cara. —La reprendo con la mirada—. Yo adquiero.

—Eso me suena a «robar» dicho en dialecto «ladrón erudito». —Me dedica una sonrisa cortante.

Yo imito el gesto.

—Vale, ¿y cómo se diría «vete a la mierda» en dialecto «hermana entrometida»?

—*Casse-toi*.

Sonrío.

—Nup… —Niego con la cabeza—. Así se diría en «hermana pretenciosa»…

Magnolia

Buenos días, campeona

Hola

Cómo estamos

Hemos estado mejor

Imaginamos

Qué pasó

Ya sabes lo que pasó

Recuérdamelo

Se acostó con Taura

la llevó a la presentación.

Imbécil

Te pusiste ciega.

Y luego…

Y luego nada.
Henry estaba de guardia. Yo me encargué de la grata tarea de arrastrarte a casa.

Estaba para el arrastre

Sí

Lo siento

No pasa nada.

Qué haces? Hen y yo vamos a almorzar al Annabel

Beej y yo estamos en New Bond St.
Os llamamos en un rato 😘 😘 😘

02.02

Jack

Actualización de monadas, por favor

No conozco ninguna.

Capo de rostro angelical y un culo impecable.

No es un capo…

Porque eso es lo que importa.

El culo es impecable, eso sí

Poesía pura, diría yo

Culo Impecable está bien. Me dejó del revés.

Es algo sexual?

No me contestes.

Me parto.

Por qué te dejó del revés?

Porque es un grano en el culo impecable.

Qué manera de atarlo todo.

Quizá mañana por la noche vayamos a tomar algo.

Sexy

Crucemos los dedos.

SEIS

Daisy

Un par de meses atrás fue mi cumpleaños. No se lo dije, pero al día siguiente Christian se presentó en mi casa, sin avisar y sin que le invitara, vestido con una camiseta gris, vaqueros rajados y unas Vans. Entre los brazos llevaba el ramo de margaritas y manzanillas más grande que he visto en mi vida.

Sonrió de oreja a oreja, orgulloso.

—¿Qué haces? —Lo miré de hito en hito, desconfiada.

—Es tu cumpleaños. —Se encogió de hombros—. Imaginé que no tendrías planes…

Lo miré con el ceño fruncido.

—Vaya.

Señaló con el pulgar el despacho de mi hermano.

—Además, ¿adónde va a dejarte ir dos días seguidos?

Lo fulminé con la mirada

—Podría dejarme ir adonde sea.

Fruncí el ceño y él hizo una pausa, me recorrió el cuerpo fugazmente con la mirada, de la cabeza a los pies. Vestía el mono de punto Pure-Wrap de la línea de ropa interior de Calvin Klein y sé que él sabe que me lo pongo para dormir.

Soltó una risita, ese imbécil engreído.

—¿Y… no tendrás… planes?[27]

—Bueno, no, pero…

—Ahora sí. —Entró en el vestíbulo de nuestra casa y giró sobre el talón, esbozando una sonrisa.

Puse los ojos en blanco, cerré la puerta y me crucé de brazos. Controlé la cara e intenté que no se me viera más satisfecha de la cuenta.

Me dio miedo haberme puesto colorada, de modo que le quité las flores de las manos y me fui a la cocina a encontrar un jarrón.

—Entonces ¿qué idea tenías? —lo miré, llenando con agua del grifo el jarrón Baroque and Roll de Versace. Mi madre decoró nuestra casa antes de morir y Jules nunca la cambió demasiado. Le iba mucho el rollo barroco,[28] un montón de mármol y oro. Podrías cerrar los ojos, levantar la mano y girar sobre ti mismo, y nueve de cada diez veces estarías señalando algo de Versace.[29]

—Tengo un plan —me contó con fingida modestia.

—Bueno, ¿y cuál es?

—Sorpresa.

—Odio las sorpresas. —Fruncí el ceño.

—¿En serio? —me preguntó, algo disgustado.

Y no sé por qué, pero verle esa expresión algo desanimada me hizo sentir una pizca de felicidad.

—En realidad no —concedí, y él volvió a animarse al instante.

—Bien.

—Dímelo, venga.

Él sonrió e hizo un gesto con la cabeza hacia mi cuarto.

—Ve a hacer la maleta para una noche.

—¿Para ir adónde? —pregunté haciendo un puchero.

—No te lo puedo decir.

—Entonces ¿cómo voy a hacer la maleta?

—Ay, claro —gruñó—. Vale, iré a hacerla yo.

—Bueno, espera —le grité cuando fue hacia mi cuarto—. No vayas a meter solo ropa interior en la maleta.

—¡Buena idea! —exclamó por encima del hombro—. Ahora fijo que solo voy a poner ropa interior en la maleta.

Subí detrás de él. Decidí que, fuéramos adonde fuéramos, probablemente, debía cambiarme.

Me puse los vaqueros negros Le Skinny de Jeanne de Frame y rebusqué en mi cajón en busca de una camiseta blanca lisa y carísima.

Christian me miró, tenía un puñado de ropa interior en cada mano solo para fastidiarme, luego esbozó una risita y la metió sin cuidado ninguno en la bolsa de deporte que había encontrado.

Me tiró un par de zapatillas. Las Star Kicks bajas de ante de Converse.

—Vámonos. —Señaló la puerta con la cabeza.

—¿Dónde está Miguel? —pregunté, mientras bajaba las escaleras detrás de él.

Negó con la cabeza al bajar las escaleras al trote, luego se volvió para mirarme, teníamos los ojos a la misma altura gracias a los peldaños.

—Miguel no viene.

Lo miré de hito en hito.

—Tiene que venir, Julian le obliga.

Negación con la cabeza.

—Hoy no.

Lo miré con escepticismo.

—¿Julian deja que yo me vaya a alguna parte sin Miguel? —Parpadeé—. ¿A alguna parte para pasar la noche allí?

—Sí.

—Pero…

—Él confía en mí —me dijo.

Lo miré.

—¿Desde cuándo?

Christian negó con la cabeza, decidido, con el ceño fruncido de esa manera que he acabado aprendiendo que significa que habla en serio.

—No permitiré que te pase nada, Dais.

Nos metimos en su coche[30] y nos fuimos sin más.

No sé a dónde. Al norte.[31] Llevábamos unos cincuenta minutos conduciendo, fuera de la ciudad, y él cantaba a pleno pulmón desafinando bastante canciones de Leon Bridges y yo no podía creerme que se supiera todas las letras porque le había puesto la etiqueta de amante de la música puramente electrónica.[32] Luego paró el coche en un lateral de la carretera.

Apagó el motor y me miró y… Imagínatelo conmigo un segundo, ¿quieres?, el rostro de Christian. Siempre parece un poco tenso. Siempre tiene los ojos un poco entrecerrados, la mandíbula un poco apretada, pero cuando me miró allí en el coche, durante una décima de segundo fue como si alguien le hubiera cubierto el rostro con seda. Con una sombra de suavidad.

—Esto es el freno de mano. —Lo señaló—. Esto es el cambio de marchas. Esto… —hizo un gesto con los pies— es el freno. —Me miró con ojos severos—. Importante. —Yo puse los ojos en blanco, intentando no sonreír demasiado, intentando no montarlo ahí mismo, intentando no derretirme hasta enamorarme sin querer—. Y el acelerador. El volante, evidentemente. —Lo agarró fuerte y sentí celos—. Hay quien dice que a las dos menos diez, pero a la mierda, tú pon las manos como quieras. —Se encogió de hombros—. Intermitentes y luces. Limpiaparabrisas. —Habló de la posición de

los espejos y del asiento. De las luces del motor y de lo que significaba cada una de ellas. Puntos ciegos. Señaló su puerta con la cabeza—. Venga, vente a este lado.

Obedecí, extrañamente callada y algo más atolondrada de lo que me hubiera gustado.

Abrió su puerta, me agarró por la muñeca y tiró de mí para sentarme en su regazo.

—Yo llevaré los pedales, ¿vale?

—Vale —dije apenas al tiempo que asentía imperceptiblemente.

—Tú encárgate solo del volante. Concéntrate en la carretera. Cógele el tacto.

Asentí. Tenía el corazón desbocado, pero seguramente se debía a que nunca había llevado un vehículo y no al hecho de que podía oler su fragancia de John Varvatos y me encantaba.

Él me rodeó con un brazo y el motor se encendió.

—Bien —dijo con calma—. Pon el intermitente para reincorporarte a la carretera. —Asentí—. Comprueba que no venga nadie y luego salimos.

Lo hice, con un cuidado exquisito y más suavidad de la que había imaginado, así que, a decir verdad, estaba bastante satisfecha conmigo misma.

—Bien —dijo—. Enciende las luces. —Hizo un gesto hacia el cielo, que ya oscurecía.

Asentí y lo hice.

Me encantó. Conducir. Me encantó al instante. Sentí que tenía el control por primera vez en mi vida.

Sentí que respiraba.

Mis ojos danzaban por la carretera que tenía delante, buscando peligros que no podían existir en un mundo en el que Christian Hemmes me estaba enseñando a conducir un coche a solas en

mitad de la campiña inglesa. Y no me extraña que Miguel siempre conduzca, no me extraña que nunca me haya propuesto enseñarme, cabrón avaricioso, guardándose toda la magia para él solito.

—Nunca habías estado tan callada —me dijo Christian, arrancándome de mis pensamientos—. Tendría que haberte enseñado a conducir hace siglos…

Solté una carcajada de indignación y él volvió a rodear mi cuerpo para enderezar un poco el volante.

—Te estás yendo un poco hacia el arcén.

Asentí, aunque no sabía mucho a qué se refería; lo único que sabía es que su coche era jodidamente grande y me daba miedo chocar con alguien y, por eso, no paraba de alejarme del otro carril.

Volvió a enderezar un poco el volante.

—Un poco más hacia el centro.

Asentí, pero lo ignoré.

Esperó unos diez segundos, me dejó pegarme al arcén, y luego acabó por rodearme con ambos brazos y colocar las manos en el volante, encima de las mías.

—Suelta un poco. —Me tocó las manos.

Lo hice.

Y luego las dejó allí. Sobre las mías. Manteniéndome en mi carril. [33]

Apoyó la barbilla en mi hombro y me gustó el sonido de su respiración.

No había pensado en su respiración hasta ese día, pero en ese momento y en ese lugar, nuestras manos en el volante, su barbilla en mi hombro, me di cuenta de que me gustaba, de que me había acostumbrado a ella, a lo estable que era. Empecé a sonrojarme y me dio miedo que empezaran a sudarme las manos. ¿Por qué tenían que sudarme? ¿Estaba sudando yo? No.[34]

—Izquierda —me recordó con dulzura.

Asentí deprisa para que se callara.

Recuerdo que en ese momento me dio miedo que estando tan cerca el uno del otro pudiera oír mis pensamientos. ¿Transferencia por osmosis?

—Eres una conductora muy seria —me dijo y supe que estaba sonriendo.

—¿En serio esta es la mejor manera de enseñar a conducir a alguien? —le pregunté, con los ojos en la carretera.

—Sin duda, no —concedió deprisa, con voz sonriente—. Pero pensé que aumentaría mis posibilidades de tener sexo después.

Dejé que cuajara un poco.

—Lo ha hecho.

Se echó a reír y un trozo de su risa se me enganchó en el corazón y no quise que parara.

Nos quedamos así un rato, al menos un cuarto de hora, con sus manos sobre las mías. Yo en su regazo, su barbilla en mi hombro.

No hablamos. Ya no cantaba las canciones, aunque la música seguía sonando.[35] Fue algo exquisito, aunque solo fuera porque era lo más a solas que me había sentido desde la mañana en que murieron mis padres, y la soledad era fascinante.

—Muy bien. —Al rato acabó por señalar con la cabeza un tramo de la carretera al que nos acercábamos—. Paremos allí un segundo.

—¿Por qué? —me quejé, pero obedecí de todas formas.

—¿Y tú qué crees? —Soltó una única risotada y apagó el motor.

Con un gesto que fue tan fluido que tuvo que haberlo hecho con multitud de personas antes, reclinó el asiento con una mano y con la otra me dio la vuelta para que quedáramos de cara.

Me caí encima de él, me incorporé lo justo para mirarlo.

—¿Cuántas veces lo has hecho? —pregunté, escéptica.

—Es la primera vez. —Le centellearon los ojos, complacido.

—No te creo. —Puse los ojos en blanco.

Me miró muy serio.

—Yo no te mentiría, Dais. —Y luego esbozó una sonrisa—. ¿Tan fluido ha sido?

Solté un suspiro de frustración.

—Sí.

—Oh. —Sonrió como el gato que ha conseguido la leche. Se pasó las manos por la mandíbula—. ¿Crees que he encontrado mi vocación? ¿Profesor de autoescuela?

—¿Has enseñado a alguien más?

—Eres mi primera vez.

—¿Cuántos años hacía que no podías decirlo?

—¡Oye! —Se rio.

—Has sido bastante buen profesor —admití, apoyando la barbilla en su pecho, lo cual era algo que no solía hacer.

—Es bastante fácil enseñarte —concedió.

—¿En serio?

—Sí, a ver, eras un completo desastre cuando empezamos a acostarnos y ahora…

Le aticé en el brazo y soltó una carcajada que capté porque su risa es un poco así. Sacudió un poco la cabeza.

—Se te da bien todo lo que haces. —Me dedicó una media sonrisa —. Resulta casi irritante.

—Eh. —Fruncí los labios—. Gracias. Por esto.

Me dedicó una media sonrisa y luego me colocó la mano por detrás de la cabeza; recuerdo que en ese momento pensé: «Oye, normalmente no lo haces». Desvió la mirada de mis ojos a mi boca, incapaz de decidir dónde fijarla. Los ojos, al final.

—Dije que lo haría.

08.34

Jack

Dime todo lo que sepas de Gus Waterhouse.

Amigo de Jules. Atractivo. Gay. Soltero.

Que yo sepa.

Interesante…

Os presento?

No, no eres muy sutil

Oye, perdona?

Te quiero. Eres una gran amiga. Una chef de primera. Muy aplicada. Pero la última vez que te pedí que me presentaras con disimulo, chasqueaste los dedos en la cara de Luke Evans, dibujaste un corazón en el aire y me señalaste guiñando un ojo…

Denúnciame

Ojalá pudiera.

SIETE

Julian

Miro fijamente a mi mejor amigo, sentado en el sofá, sangrando, el puto imbécil. Hago todo lo que puedo para que no se me note el enfado, pero es un sofá Art Nouveau de Georges de Feure de principios del siglo XVIII que vale cuarenta y seis mil libras. Al menos es negro, me digo. Aunque igualmente me duele un poco…

Carmelo se mira el brazo sangrante.

—Bueno, vamos. —Hace un gesto con la barbilla hacia la puerta—. Ve a buscarla.

Hospital de Santa Daisy para los Dementes y los Desesperados, así es como lo llama ella cuando vienen aquí, y muchos lo hacen.

Es que casi siempre está más cerca del centro que Merrick, que está en Clapham.

—¡Daisy! —La llamo.

Breve pausa.

—¿Qué? —contesta ella a voz en grito desde algún lugar de la casa.

—Ven aquí —le digo—. Y tráete el kit de sutura.

Otro resoplido de la niña que he criado desde que tenía nueve putos años. Al cabo de unos segundos, mi hermana entra arrastrando los pies en mi despacho con el entusiasmo de un

carcelero.

—¿Qué pasa ahora? —Me fulmina con la mirada.

Señalo con la barbilla a Carmelo, que le enseña la herida abierta que tiene en el antebrazo.

Ella la mira con los ojos achicados.

—¿Qué ha pasado aquí?

Él frunce los labios, pensativo.

—El suelo es lava —le dice.

—Y una mierda —le contesta ella sin inmutarse.

Intento no sonreír.

—¿Me caí encima de una mesa de cristal? —ofrece como alternativa.

Inspecciona el corte.

—Eso sí me lo creo.

—De todas formas, no importa. —Carmelo se sienta erguido y me llama la atención al tiempo que me dedica una sonrisa de regodeo —. No importa. Lo que importa es, Caradaisy, ¿cuándo te has vuelto tan jodidamente sexy?

Pongo los ojos en blanco. Putos italianos. Daisy está a punto de echarle la bronca cuando se oye junto a mi puerta una voz que siempre me produce sentimientos encontrados.

—Pero ¿qué dices? —pregunta Romeo Bambrilla mirándola de arriba abajo—. Siempre ha sido jodidamente sexy.

Siento una mezcla de odio y agradecimiento hacia Romeo Bambrilla.

Y mi hermana… le mira fijamente, con los ojos abiertos como platos, colmados de esa clase de esperanza que uno nunca quiere ver en alguien a quien ama, porque sabes que es vana.

—Rome… —dice, parpadeando mucho.

—Dais. —Él esboza una sonrisita y sus miradas se cruzan como

siempre lo han hecho.

Me siento mal durante un segundo por toda la mierda que han pasado, por todas las formas en que los he mantenido separados, pero entonces me acuerdo de esa noche y el sentimiento desaparece en el acto. Hice lo correcto. Mantenerla viva, esa es la cuestión. La felicidad es irrelevante, no puedes atender a la felicidad, pregúntale a cualquier padre. Es efímera. Mantenerla a salvo, esa es la parte importante.

—¿Cuándo has vuelto? —Daisy traga saliva.

Carms y yo intercambiamos una mirada, y Rome la mira durante unos segundos antes de responder.

—Hace un par de días…

Daisy echa la cabeza hacia atrás y se libera del encantamiento. No es un cambio espectacular en su comportamiento, pero yo lo noto y él también. Cuello erguido, labio inferior contraído, ojos achicados.

—¿Y no me llamaste? —Sonrisa tensa.

El chico entra tranquilamente en mi despacho, rascándose la barbilla.

—La última vez que te vi, no te alegraste mucho de verme…

—Te estabas follando a Tavie Jukes.

—¿Y? —Me meto, un poco porque no quiero que mi hermana se convierta en una chica idiota y posesiva—. Cara, rompisteis hace como dos años.

—Sí. —Me mira fijamente durante unos segundos—. ¿Y de quién fue la culpa?

Se me desencaja un poco la mandíbula y dejo de mirarla porque no puedo. No quiero mirarlos a ninguno de los dos porque no quiero verlo: ese dolor desgarrado que se interpone siempre entre ellos, el que quizá yo mismo he metido ahí con calzador.

Daisy coge unas gasas y las presiona contra el brazo de Carmelo.

—Estaban en mi cama —aclara ella, y yo miro a Rome con las cejas enarcadas y la lengua pegada al labio superior. Vaya cojones.

—*Stronzo*… —Carmelo exhala, sacudiendo la cabeza.

Romeo suelta una pequeña carcajada que me dan ganas de matarlo.

—¿Podemos hablar? —Señala la puerta con la cabeza.

Daisy lo fulmina con la mirada y le hace esperar unos segundos.

—Vale.

—¿Hola? —Carmelo agita el brazo bueno—. ¡Que me estoy desangrando!

Mi hermana pone los ojos en blanco.

—Uy, ¿el gran capo tiene un rasguñito en el brazo y necesita una tirita?

—No. —Carmelo frunce el ceño—. Necesito un punto.

—A decir verdad —reflexiona Daisy—, necesitas unos veinte. Mantén la presión ahí. —Le señala—. Enseguida vuelvo.

Salen de mi despacho y le lanzo a Carms una mirada muy sufrida, ni el uno ni el otro estamos preparados para la ronda nueve mil de ese par de idiotas desafortunados. No es que tengamos elección. En realidad, ellos tampoco la tienen.

OCHO

Daisy

Se fue y punto. Había más que eso, supongo.[36] La versión corta es que lo encontré en mi cama con mi némesis,[37] le tiré una lámpara a la cabeza, nos gritamos un rato y por la mañana ya se había ido. Unos días después él estaba en Nueva York rodeado de un montón de mujeres.[38]

La versión larga es que él es de mi familia. Crecí con él. Me enamoré de él cuando tenía, no sé, ocho años. Es mi amigo más antiguo. Es mi mejor amigo.[39] Hemos pasado por más mierdas de las que me habría gustado, pero no quiero hablar de ello. Creo que terminamos de verdad hará tres años, aunque define «de verdad». Hay demasiada mierda en nuestro pasado para hacer las cosas «de verdad», no hay un «de verdad» posible. Él y yo solo romperemos de verdad cuando uno de los dos muera. Aunque a nadie le gusta que diga eso, y a él menos que a nadie…

Ahora, Romeo Bambrilla me acompaña desde el despacho de mi hermano hasta mi cocina. Se conoce esta casa como la palma de su mano; cada rincón y cada recoveco memorizados tras un millón de juegos del escondite cuando éramos renacuajos, y más adelante utilizados para cuestiones más adultas cuando todavía no éramos adultos, pero ¿qué esperaban con la forma en que nos criaron?

Jamás un no por respuesta, bajo la tutela de mi hermano,[40] capos por padres… Es musculoso, atlético, mide 1,90 m, tiene la piel morena, el pelo castaño, los ojos marrones.

Eso es venderlo fatal, pero tengo que hacerlo, para mantener a raya lo mucho que lo echo de menos.

Se apoya en el banco de la cocina y es tan precioso como su nombre te sugiere que es. Mestizo. Su madre es eritrea, su padre siciliano. Romeo me mira fijamente con esos ojos rasgados suyos que son más broncíneos que marrones. Ojos del color de una moneda de un céntimo nueva, igual de brillantes.

—¿Te alegras de verme?

—Siempre me alegro de verte —le respondo al tiempo que asiento, y creo que esa frase es cierta1[41]

Me acerco un paso y él tira de mí un poquitín hacia él. Desvía la mirada de mis ojos a mi boca, y yo presiono el pulgar contra su cuello. Tiene una cicatriz allí donde hubo una navaja y él me sujeta la mano contra él un segundo antes de cogerla y besarla sin pensar. Besar sin pensar, últimamente es nuestro estilo. Me dedica una media sonrisa, pero tiene los ojos colmados de dulzura.

—No siempre. —Intenta provocarme porque es lo nuestro, siempre ha sido lo nuestro, incluso cuando estábamos juntos nos peleábamos. Discutíamos y nos reconciliábamos, alejábamos al otro solo para luego acercarnos tanto como pudiéramos… Es nuestro día a día, a decir verdad. Sin embargo, todavía me siento extraña por lo que pasó la última vez que lo vi. No estoy lista para volver a acercarlo a mí, aunque tampoco quiero volver a sentirme lejos de él todavía, de modo que rechazo su invitación para discutir y me aclaro la garganta al tiempo que me aparto un paso de él.

—¿Qué tal por los Estados Unidos?

Él también se aclara la garganta, se yergue.

—Bien.

Lo miro con suspicacia.

—¿Cómo de bien?

Esboza una sonrisita.

—Mejor de lo que te gustaría.

—Maravilloso. —Le dedico una mirada frívola y Rome ladea la cabeza, intentando encontrar de nuevo mis ojos.

—Aun así, he vuelto…

—Sí, ya lo veo. —Me cruzo de brazos y le dedico una escueta sonrisa—. ¿Y a qué debemos el honor?

Él ahoga una sonrisa al tiempo que alarga la mano para poder encontrar la mía.

—Te echaba de menos.

Pongo los ojos en blanco mientras lo quito de en medio de un empujón para ir al fregadero. No hay nada en el fregadero que me haga falta, solo quería pegarle un empujón.

—Y una mierda.

—Que sí —insiste, encogiéndose de hombros.

—Vale. —Asiento una vez—. ¿Me echabas de menos a mí y…?

Romeo se echa a reír y me encanta hacerle reír. Hubo un tiempo en nuestras vidas en que me lo tomaba como si fuera mi trabajo a jornada completa.

Se pasa la lengua por los dientes, sonriente y divertido.

—Te echaba de menos y… la chica con la que quedaba en Nueva York estaba loca de remate. Tenía que huir de allí.

Chasqueo los dedos.

—Ahí está.

Me pincha en las costillas.

—Pero te echaba de menos…

Le pongo los ojos en blanco.

—No me has llamado ni me has mandado mensajes.

—Vete a la mierda. —Pone los ojos en blanco—. Intenté llamarte todos los días durante las primeras semanas.[42]

—Bueno —empiezo a vaciar el lavavajillas—, ya sabes lo que pienso de las llamadas…[43]

—Te compré un billete para que vinieras a verme, pero…[44]

Giro la cabeza y lo miro por encima del hombro.

—Claro, porque a Julian le encantan los viajes transatlánticos improvisados.

Suelta una carcajada.

—Intentabas que pareciera que querías arreglarlo, pero en realidad todos tus intentos de arreglarlo no eran más que formas de evitarme. —Le lanzo una mirada.

—Bueno —concede—, estabas muy enfadada.

Y tiene razón, lo estaba. Más de lo que quizá tendría que haberlo estado… o quizá mi respuesta fue la perfectamente adecuada tras ver lo que vi, pero es difícil de confirmar dado que no se puede cuantificar lo que somos. Puedo contarte en unos cuarenta y cinco idiomas distintos lo que no somos, pero me quedaré en blanco si me planteas la pregunta al revés.

Rome se mete las manos en los bolsillos y me repasa la cara con los ojos.

—¿Estás saliendo con alguien?

—No —contesto.[45]

—¿En serio?

—En serio. —Me encojo de hombros.

Aprieta un poco la mandíbula.

—La gente habla… de ti, me hablan de ti… —Se encoge de hombros—. No sé por qué. ¿Por qué iba a querer oír que te estás tirando a un tipo cualquiera?

—¿Un tipo cualquiera? —Lo miro con fijeza, sintiéndome ofendida —.[46] Es tu amigo.

Él me mira con la misma fijeza.

—Eso es mucho, pero que mucho peor. Cara, ¿cómo no te das cuenta de que es peor?

Me echo a reír al ver su agobio porque es mono y todavía lo echo de menos.

Parece que le irrita que a mí me complazca, hace todo lo que puede por no sonreír, pero fracasa.

—¿Qué haces esta noche?

Pongo los ojos en blanco.

—Tú no.[47]

—Ven aquí… —Vuelve a hacer ademán de cogerme la mano.

Dejo que la encuentre.

—Lo nuestro no funciona —le digo, con las manos todavía agarradas.

Él me levanta el mentón con el pulgar y hace que lo mire a los ojos.

—Estás mal de la puta cabeza, hermana…

Le pego un golpe en el brazo porque odio que me llame así.

—Desde luego que lo nuestro funciona, Daisy. Por eso estamos siempre metidos en este puto desastre.

Enlaza sus dedos con los míos. Y yo sigo permitiéndoselo.

—Lo nuestro no funciona —le repito, sin moverme.

Él se me acerca.

—Funciona bien.

—No funcionó la última vez.

Enarca las cejas con la clase de esperanza que, probablemente, fue lo que hizo que me enamorara de él.

—Quizá esta vez sí.

—No lo hará. —Le dedico una sonrisa triste y él responde con una expresión taciturna.

—Podríamos…

Me aparto un poco.

—No podemos.

Inconscientemente, se aparta un paso de mí, la cara le cambia como si le hubiera hecho daño, como si le hubiera dicho algo que no sabía ya. Me mira con fijeza unos segundos, escrutando mi rostro.

—¿Esto es por Hemmes?

—No. —Me cruzo de brazos a la defensiva—. ¿Por qué? ¿Qué has oído?

—Oh —se encoge de hombros con ligereza—, nada, mis más profundos temores subiendo hasta la superficie de la realidad.

Enarco las cejas.

—¿Por ejemplo…?

—No lo sé. —Se encoge de hombros, mosqueado—. ¿Os estáis acostando?

Vuelvo a encogerme de hombros.

—Sí.

Asiente una vez y aparta la mirada.

—¿Qué? —Busco sus ojos—. ¿Tú te abstuviste en Nueva York?

—Claro que no… —empieza a responder y lo interrumpo.

—¡Listo! Entonces ¿por qué iba yo…?

—Yo no he dicho que no pudieras…

Suelto un bufido.

—¿Crees que necesito tu permiso?

—No. —Echa la cabeza hacia atrás, molesto.

—¿Que iba a quedarme esperándote?

—No.

—Entonces ¿qué? —pregunto, lanzándole una mirada elocuente.

Romeo frunce el ceño y me agarra por la muñeca.

—Deja que te lleve a desayunar mañana.

—No. —Aparto las manos con fuerza de él sin ninguna razón concreta, aparte de que sé que volverá a buscarme.

Se inclina como si fuera a besarme, y yo le esquivo al tiempo que agarro una cuchara de madera amenazadoramente.

—¿Por qué? —Se ríe.

—Porque no. —Frunzo el ceño—. Tengo uni.[48]

—¿Comemos? —Romeo ofrece una alternativa—. Dais, di que sí, venga, me presentaré allí de todas formas…

Pero en realidad no tengo un Christian, no creo. No como desearía tenerlo.

Frunzo los labios fingiendo que lo pienso.

—No puedo hasta el viernes.

Parece indignado.

—¡Queda casi una semana!

Lo ignoro.

—Tengo cuarenta y cinco minutos entre clases. Estate allí a la una y cuarto. —Le doy en el pecho con la cuchara—. Sé puntual. —Vuelvo a pincharlo.

Asiente con una risita, obediente.

—Llegaré pronto.

Pongo los ojos en blanco.

—Tú nunca llegas pronto.

Entonces Julian se aclara la garganta desde la puerta y lo fulmino con la mirada.

—Bien, entonces. —Nos mira con expresión molesta—. Si esta lamentable discusión entre tortolitos ya está, ¿te importaría volver al despacho para coser el jodido brazo del estúpido de su hermano?

07.25

Jack

Ha vuelto.

Quién.

Rome?

Sí.

Mierda

Sí.

Mierda.

Cómo estás?

Bien, supongo.
No lo sé.

Te quedaste hecha un poco una mierda cuando se fue

Una mierda torpe y tonta

Gracias, Jack, me acuerdo.

Por qué ha vuelto?

Dice que me echaba de menos

Típico.

Lo sé.

Típico pero también cierto.

Se ha disculpado?

No

Que le follen

Seguramente lo haré, pero… no sería darle un mensaje confuso?

Uyyy..., alguien se ha vuelto divertida con su novio de vuelta.

Qué le parece a Culo Impecable?

No lo sabe y sospecho que tampoco le importaría.

La Idiota Imposible subestima el poder de su culo impecable…

NUEVE

Christian

—¿Planes para esta noche? —Henry me mira desde el sofá—. ¿O has vuelto a quedar con la parienta?

—No es mi parienta —contesto sin cambiar de tono al tiempo que disparo a su personaje de *Call of Duty*.

—Claro —contesta, aun sabiendo de sobra que no lo es—. Entonces… ¿planes?

—Tengo que pasarme un rato por el curro esta noche. Dejarme ver.

Se le ilumina un poco la cara.

—¿Noche de chicos?

—Esto… —Hago una pausa. No quiero darle la satisfacción, pero él lo capta y empieza a reírse por lo bajo—. Lo siento, ya la he invitado —le digo con tono de disculpa.

—Claro que sí.

Lo miro unos segundos.

—¿No te gusta?

—No, Chris, la adoro. —Henry me mira con una risita—. ¿Y tú?

—Que te den. —Le tiro el mando.

—¿Hemos quedado con ella allí? —pregunta. Yo me encojo de hombros—. ¿Vendrá aquí después?

Dispara a mi jugador.

Vuelvo a encogerme de hombros. Supongo que sí. Espero que sí.

—¿Podríais no tener sexo ruidoso y raro?

—No tenemos sexo ruidoso y raro. —Frunzo el ceño—. ¿Hace ruido ella? —pregunto, algo entusiasmado.

Me lanza una mirada de desdén.

—Joder, qué dependiente eres.

Jugueteo sin darme cuenta con mi collar en forma de corazón.

Parks me lo regaló.

Nos regaló uno a cada uno, a decir verdad. Cuando íbamos al colegio. Medallas en forma de corazón de Tiffany con nuestros apellidos grabados. «Collares de mejores amigos», los llamó.

Al principio lo odiaba, ahora creo que me encanta.

—¿Cómo va, por cierto? —pregunta Henry, mirando la tele—. Tú y la pequeña Haites.

—No va —le contesto, aburrido.

Le pillo poniendo los ojos en blanco.

—Me cae bien —me dice, aunque no se lo he preguntado.

—¿Quieres salir con ella, entonces? —bromeo, pero lo observo con atención esperando respuesta.

—Eso te lo dejo a ti. —Se ríe.

—No estamos saliendo. —Suspiro, aburrido.

—Si tú lo dices.

—Sí, lo digo. —Lo digo como lo he dicho ya mil novecientas putas veces. Aunque no hay manera de que se le quede a Hen.

Henry me mira.

—Oye, una pregunta rápida…

Pone el juego en pausa y tira el mando encima del sofá.

—¿Qué? —lo fulmino con la mirada.

—¿Cuántas de las otras chicas que tienes en rotación vienen a

nuestra casa a pasar el rato y no te acuestas…?

—Siempre nos acostamos —interrumpo.

—Sí —concede—. Pero no traes a las otras aquí y punto. Y sin duda no traes a las otras chicas aquí para pasar el rato durante nueve horas antes de acostarte con ellas.

Achico los ojos.

—¿Adónde quieres llegar?

Mi mejor amigo me sonríe de una forma irritante.

—No quiero llegar a ninguna parte. —Se encoge de hombros—. Solo hago una observación.

Esa misma noche en el trabajo, siento que tengo más ganas de ver a Daisy de lo que quiero admitir. Llevo días sin verla. La eché de menos un segundo, eso es todo (lo cual es raro, sí), pero supongo que habíamos pasado algo de tiempo juntos estos días.

Aparece cerca de una hora más tarde de lo que le había dicho, con Miguel pisándole los talones porque, al parecer, no puede ir a ninguna parte sin él. Les encanta hacer un poco de drama a estos Haites, tanto si es necesario como si no (que no lo es). Julian opera con mano dura.

Nuestras miradas se encuentran desde lados opuestos del local y está, no puedo insistir suficiente en ello, jodidamente buena.

El pelo castaño cortito, ojos marrones, un poco bronceada, sonríe con los ojos como una chiquilla que jamás, ni una vez en toda su vida, ha oído la palabra «no».

Me dedica una sonrisita y voy hacia ella, la cojo por la cintura y le pego la boca al oído.

—Dime que esta noche vendrás a casa conmigo.

Ella se encoge de hombros con indiferencia.

—Ya veremos.

Enarco una ceja.

—¿Tienes otros planes?

—Podría… —Me sonríe con falsa modestia.

—¡Pequeña Haites! —exclama con alegría Henry Ballentine. La rodea con un brazo y la abraza con fuerza.

A ella se le ilumina la cara y hunde la nariz en el cuello de Hen.

—Qué sorpresa… —Henry me mira por encima de la cabeza de Daisy de un modo que espero que ella no vea. Y, si lo ve, que no lo entienda.

Es una puta pesadilla este chico, pensando que me gusta Daisy. Seguramente tiene la esperanza si piensa en sí mismo, porque su vida sería mucho más fácil si a su mejor amigo no le gustara la chica de su hermano. Lo siento, colega, aquí estamos.

Daisy se aparta un poco de él para mirarlo, pero no corta el abrazo.

—¿Qué tal te fue el examen?

Haré una pausa aquí para decir esto: las chicas puto adoran a Henry. Desde el colegio hasta la uni. Él no va follando al mismo ritmo que nosotros, pero no es por falta de oportunidades. Una noche de fiesta cualquiera, te diría que Henry se va a casa con unos siete números de teléfono de chicas que no ha pedido.

Resulta bastante irritante, la verdad. Parks también es así con él, es distinto con los demás, supongo, por todos los años que llevan juntos y esas mierdas. Sin embargo, Daisy solo lo conoce por mí y ella siempre está corriendo a sus brazos, contenta de verlo.

Henry la mira avergonzado.

—¿Quizá un sobresaliente? Y eso con suerte.

—¡Bueno, no está mal! —Daisy se encoge de hombros. Solo ese par de idiotas pensarían que un sobresaliente está mal: el hombre con la ética de trabajo de un marine y ella, la genio en miniatura que se sacó el bachillerato a los dieciséis y se fue derechita a estudiar

Medicina en el Imperial.

Henry asiente mirando a Daisy y se acaba la copa de un trago.

—¿Y a ti?

—Ella solo saca excelentes —le digo, y parezco más orgulloso de ella de lo que debería estar porque ahora no pienso llegar hasta el final.

Evito los ojos de mi mejor amigo para no tener que ver la mirada que sé que me está lanzando y decido fijarme en otras chicas porque cada vez que me dice que cree que estoy colgado de Daisy, me jode y me agobia. Porque no lo estoy. No es así. No quiero a Daisy y tengo que asegurarme de que Henry lo sepa. Le doy un golpecito en el brazo a Daisy y le digo que tengo que dar una vuelta por el local (por trabajo), pero al instante me voy de cabeza hacia un grupo de modelos.

Creo que Daisy parece dolida un instante, pero el tiempo que tarda en recuperarse es prácticamente inexistente, se inclina sobre la barra para pedir una copa y le sonríe al camarero.

Todas estas modelos son preciosas, como suelen serlo las modelos, supongo. Se me echan todas encima, se ríen por todo lo que digo, me tocan el brazo, hambrientas de atención; una de ellas está tan ansiosa que empieza a arreglarme el pelo. No soporto que las chicas hagan eso, es tan jodidamente obvio. No me importa cómo piense una chica de Miami que yo debería llevar pelo, y yo mismo la detendría si no estuviera completamente distraído por Daisy y mi puto camarero, teniendo la charla de sus putas vidas.

No la he dejado allí para que hablara con Matthew, el camarero australiano buenorro. La he dejado con Henry, a quien sé que nunca se tiraría, pero ahora él se ha esfumado, desaparecido, y Daisy está con el camarero, a quien la semana pasada oí a alguien referirse como «Matt el follable».

Ahora Daisy está sentada junto a la barra, con las piernas cruzadas y riendo. Se pasa el pelo por detrás de los hombros y yo hago un ademán con la mano para silenciar a la puta radio que tengo al lado, que no para de darme la turra sobre una película que vio y que le dio por reír cuando no debía, y es la historia más jodidamente inofensiva que apenas he oído en mi vida, porque no la estoy escuchando. Necesito que se calle de una puta vez para poder leerle los labios a Daisy y saber qué le está diciendo al camarero.

—¿Estás ahí? —se ríe Henry cuando se deja caer a mi lado.

—¿Qué? —Parpadeo—. No, sí…, estoy bien. ¿Por qué?

—No lo sé —sonríe Henry—. Se te ve un poco alterado…

Le miro y luego vuelvo a mirar a Daisy.

—No lo estoy, estoy bien. Estoy bien, en serio. Pero ¿tú crees que ella está bien?

—¿Quién? —pregunta con una risita.

—Pues Daisy, imbécil. ¿Quién va a ser?

—Quién va a ser, ¿eh? —Resopla y le lanzo una mala mirada—. ¿Que si creo que Daisy está bien con ese camarero australiano tan sexy que parece un vigilante de la playa? Sí, tío, creo que está bi…

Me pongo de pie antes de que termine la frase.

No me gusta. No me gusta nada…

Y no estoy celoso, pero es jodidamente inapropiado.

Todo el mundo sabe que Daisy y yo estamos juntos. Bueno, no juntos, pero ya sabes…, en fin. Estamos…, ya sabes. Y él trabaja para mí.

Es una puta falta de respeto.

Henry ya me las pagará por esto luego, pero me da igual. Me acerco a ella, que sigue sentada en la barra, y la hago girar para que me mire.

Miro fijamente detrás de ella, fulmino al camarero con los ojos y él

baja la vista y se aleja al instante. Observo cómo se aleja de ella, de nosotros, y espero a que se haya ido para mirarla a ella, ahogando las ganas que tengo de besarla. Besarla en público no es nuestro rollo. En lugar de eso, le he puesto una mano en cada pierna, se las acaricio un poco sin pensar, antes de rodearle la cintura y bajarla de la barra.

—¿Quieres que nos larguemos? —Le coloco un mechón de pelo detrás de la oreja.

Ella traga saliva y asiente sin decir nada.

Me gusta cuando se pone así. Se queda callada cuando tiene ganas de mí.

Le rodeo la cintura con un brazo y la llevo hasta la puerta, donde espera Miguel.

Nunca sé si le caigo bien o mal a su guardaespaldas.

Me mira de arriba abajo mientras la llevo hacia él. Parece un poco molesto conmigo, la verdad (no sé por qué), así que le doy un golpe en el brazo, juguetón, porque quiero estar a buenas con él. Si no, mi vida sexual se va a la mierda.

—¿Qué margen de maniobra tenemos hoy, colega?

Miguel enarca una ceja y me mira a mí y luego a Dais.

—¿Quién pregunta, tú o el camarero?

Daisy reprime una sonrisa, pero yo me mosqueo, aunque intento ocultarlo. Lo miro de reojo.

—¿A ti qué te parece?

—Me parece que él ha pasado más rato con ella que tú —me responde, y echo la cabeza hacia atrás, sorprendido.

Daisy le lanza una mirada severa y Miguel aparta la mirada, molesto. Da un poco la sensación de que ya han tenido esta conversación.

Me hace un gesto con la barbilla.

—¿Has venido en coche?

—Sí.

—¿Adónde vas?

—A mi casa.

Asiente una vez.

—Esperaré fuera.

Niego con la cabeza.

—Se quedará a dormir —le digo, aunque ella y yo aún no lo hemos hablado. Se quedará. Y quiero que lo haga.

Su amigo guardaespaldas me dedica una sonrisa tensa.

—Entonces esperaré fuera toda la noche.

DIEZ

Daisy

Después de cenar una noche,[49] vuelvo a casa de Christian con él y Hen. Miguel también, pobrecito mío, lleva ya tres noches durmiendo en el coche, aparcado enfrente. Intento mandarlo a casa, pero él no quiere irse. Christian lo invita a subir cada vez, pero Miguel se limita a esbozar una especie de mueca y a contestar:

—Ya, no, gracias.

En fin, entramos a su casa, al salón de los chicos y doy la luz. Pero no pasa nada.

Lo miro con aprensión. Ya es un hábito, supongo. Ojalá no lo fuera, ojalá no pensara de inmediato que alguien intenta matarme, pero aquí estamos.[50]

—Vaya. —Christian hace un ademán para quitarle importancia—. Se ha fundido la bombilla.

—Tendremos que llamar a mantenimiento —añade Henry.

Me relajo.

—O podríais, no sé, ¿cambiarla vosotros mismos? —Frunzo el ceño.

—El techo mide más de tres metros —señala Christian—. Y no encontramos la escalera.

—Aúpame. —Me encojo de hombros—. Y lo hago yo.

Henry y Christian intercambian miradas dubitativas, lo cual me parece una ofensa personal.

—¿Tenéis un foco? —pregunto, ignorándolos, con más determinación que hace un momento.

Christian frunce el ceño.

—Esto…

—Es una bombilla hecha de cristal. —Dibujo la forma con las manos—. Que al recibir calor, se calienta tanto que emite luz…

Christian achica los ojos, juguetón.

—Menudo genio…

Henry se va a buscar una mientras yo me quito las botas altas hasta el muslo. Y luego, con una facilidad que me provoca un retortijón de hambre que no tiene relación ninguna con la comida, Christian me levanta.

Trasteo la toma de la bombilla, intentando meterla, antes de mirarlos.

—¿Por qué uno no aupó al otro y lo hicisteis vosotros mismos?

—Lo pensamos —contesta Henry desde abajo—. Pero quería que Christian tuviera la oportunidad de mirar debajo de tu falda.[51]

Bajo la mirada con una risita un segundo, antes de volver a centrarme en la tarea que tengo entre manos.

—Menuda premeditación. Podría haberlo pedido sin más.

—¿Habrías dicho que sí? —pregunta Christian con alegría, alzando los ojos para mirarme.

Acabo de enroscar la bombilla y la luz inunda el salón.

Me encojo de hombros.

—Supongo que sí. Si antes me hubieras llevado a cenar.

Christian vuelve a bajarme despacio y con cuidado, aunque más despacio de lo necesario y no puedo ni siquiera empezar a imaginarme lo fuerte que tiene que estar para poder bajarme con

tanto control, y todo es absolutamente intencionado, dónde coloca las manos, cómo se mueven por mi cuerpo, por dónde me agarran.

Me baja hasta el punto en que le saco una cabeza y lo miro desde arriba, y él me sujeta contra su cuerpo hasta que Henry suelta un silbido de disgusto.

—Sigo aquí, chicos.

—Pues vete —le contesta Christian sin mirarlo.[52]

—Llevo veinte años siendo tu puto mejor amigo y ¿así es como vas a hablarme? —Henry lo reprende con la mirada—. ¿Tan enchochado estás?

—¿Ahora mismo? Mucho. —Christian asiente una vez, aunque sigue sin mirarlo[53] y yo tengo la sensación de tener la cabeza en las nubes porque hablan de mí y me encanta cuando se pone así,[54] tan serio y solemne, con una concentración férrea en la tarea que tiene entre manos, que resulto ser yo.

Henry nos mira impasible.

—No pinchéis en el sofá.

Christian ahora sí que lo mira, frunciendo el ceño.

—Tú siempre pinchas en el sofá.

Henry se encoge de hombros.

—Y tú nunca lo haces, ¿para qué empezar ahora?

Christian lo fulmina con la mirada y luego vuelve a mirarme a mí, asintiendo con la cabeza.

—Vamos a pinchar en el sofá.

—Bueno, pues entonces espero que hagáis un bebé —nos chilla Henry mientras se va.

Después, estoy tumbada encima de él. Nos hemos tapado con una manta, la tele está encendida, *Expediente X*, no sé por qué nos ha dado por ver eso últimamente, pero nos ha dado. ¿Quizá es por lo ridículo que llega a ser? Es el que creen que han encontrado un

extraterrestre congelado y, a decir verdad, llegado este punto, estoy bastante metida en la serie, Christian también, pero él no la mira, él me mira a mí. Con fijeza, de hecho, se limita a contemplar mi rostro. Lo escruta, casi como si lo viera por primera vez.

—¿Qué? —pregunto, sintiéndome cohibida.

Él se encoge de hombros.

—Tienes unos ojos bonitos.

—Son marrones.

Se acerca un poco y niega con la cabeza.

—Tienen motas doradas. —Achica los ojos—. Tienes una peca en la comisura del labio —me dice.

Suelto una carcajada.

—¿Llevamos liados cuánto tiempo, cuatro meses ya, y te das cuenta ahora?

—Cinco. —Me lanza una miradita que imito, luego me cubre los ojos con la mano—. Vale, muy bien. ¿Dónde tengo pecas yo?

Me encanta que no dude en tocarme, que de algún modo hayamos cruzado ese umbral imaginario en el que tocarnos se convierte en algo natural, casi irreflexivo, así que extiendo la mano y le toco la cara, tanteándola a ciegas, agarrándola más de lo necesario solo porque sí.

—Aquí. —Un poco más abajo, un poco más a la derecha—. Y ahí. —Tanteo el camino hasta su ojo izquierdo, acaricio suavemente la zona con el dedo, discerniendo por la cuenca dónde estoy, y luego lo muevo a la izquierda—. Y aquí. —Luego bajo un poco el dedo y lo muevo a la derecha—. Y aquí.

Aparto su mano de mis ojos y lo miro, y él me está mirando a mí. Tiene el ceño fruncido, el rostro serio y colmado de esa confusión que uno puede tener cuando se da cuenta de que le gusta a alguien más de lo que esa persona te gusta a ti, y yo me siento totalmente

transparente, como si acabara de revelarlo todo de mí. Y él se sorprende de que conozca su cara, pero lo que no sabe es que su aspecto por la mañana está grabado a fuego en mi memoria y que un día, cuando todo esto acabe y ya no estemos liados, y él esté con otra, y yo haya encontrado la manera de superarlo y ya no estemos juntos[55] (porque no creo que tenga espacio en su corazón para verme de esta manera porque solo tiene ojos para ella, aunque a veces ahora parezca que tal vez[56] él podría verme así), incluso entonces, veré su rostro cuando cierre los ojos.

ONCE

Julian

Soy un hombre de negocios, primero y ante todo. También pueden usarse un puñado de adjetivos más para describirme, pero a la mierda, porque yo trabajo duro.

Legalmente, soy traficante de armas. También controlamos casi todos los canales de entrada y salida de las islas británicas para la producción y el contrabando, pero lo que me gusta de verdad es el arte.

Me apasiona. Me apasiona el arte. Siempre lo ha hecho. Me apasiona observarlo. Me apasiona robarlo.

Y ahora ya tenemos reputación: podemos conseguirte cualquier cosa que desees. Da igual dónde esté, da igual quién la esté vigilando o quién la esté guardando; si alguien es capaz de conseguirla, esos somos mis chicos y yo.

Es divertido, como un juego, encontrar la manera de robar en un recinto de alta seguridad. Grandes intereses, grandes beneficios, mucha diversión, normalmente. A veces se trata de museos, otras veces de residencias privadas: las dos caras de una misma moneda, y todavía no la he jodido con ningún encargo.

En fin, estoy de camino hacia una reunión con un nuevo cliente. Así es como los llamaba papá. Clientes.

No sé de qué tipo de cliente se trata, si quiere apoderarse de armas o de bienes robados, o si solo quiere meter alguna mierda en Inglaterra y yo soy el único medio para conseguirlo.

Intenté mandar a Declan primero, pero él solo quería hablar conmigo.

Tiene cojones.

A Kekoa no le gustó, insistió en que me llevara a toda la puta caballería. Él, Declan, Feliz y Cañón entran conmigo en el bar clandestino que tiene Jonah debajo de uno de sus locales más legítimos, en el sótano.

Este es tan secreto que ni siquiera tiene nombre, pero todos nosotros lo llamamos, simplemente, Abajo.

Es fácil de localizar, todos los viejos que quieren trabajar conmigo, pero que no lo han hecho nunca…

Siempre con esta necesidad de demostrar su valía, y este gilipollas está ahí sentado en un rincón got-got-goteando Fendi de los pies a la cabeza, pero es demasiado viejo. Parece un puto idiota.

Al acercarme a él, me repasa con la mirada, como si me estuviera evaluando. No le gusta cómo voy vestido, gorro de pescador, vaqueros rajados y una camiseta. Cree que soy poco profesional, lo cual está bien porque yo pienso que él es un hijo de puta y todavía no he hablado con él.

Me siento delante de él.

—¿Julian? —Me dedica una sonrisa educada.

Enarco las cejas.

—¿Y tú quién eres?

—Eamon Brown. —Alarga la mano para encajarla conmigo, yo la miro de soslayo y niego con la cabeza. Me echo para atrás en la silla.

—¿Y por qué has pedido una audiencia conmigo, Eamon Brown?

—Porque me gustaría que trabajáramos juntos.

—Ah, ¿sí?

Mira detrás de mí y hace un gesto hacia la Caballería.

—¿Siempre te mueves con una manada de lobos?

Niego con la cabeza, algo aburrido.

—Están aquí para hacer el papel. Estate tranquilo, dada la necesidad, puedo matarte yo solito.

Me dedica una sonrisa tensa, como de disculpa.

—Eso no será necesario…

—Eso ya lo veremos —interrumpo.

Él traga saliva.

—¿Qué puedo hacer por ti? —le pregunto al tiempo que la camarera me coloca delante un vaso de whisky escocés del bueno.

No sé cuál es, pero ella sabe lo que me gusta… de múltiples maneras. Se llama Lacey. Bonita. Buena boca. Manos intrépidas.

—Hay una obra de arte que me interesaría… obtener. —Escoge muy bien sus palabras.

Asiento una vez.

—¿Y de qué obra de arte estamos hablando?

—*Adán y Eva*, de Gustav Klimt —me dice con cara seria.

Suelto una carcajada y oigo a los chicos, que están a unas pocas mesas, riéndose entre dientes.

—Sí, claro. —Asiento con la cabeza—. Y después, ya puestos, ¿quieres que me lleve la *Mona Lisa* también o…?

Eamon Brown me dedica una sonrisa tensa y sin gracia. Cruza las manos sobre la mesa.

—Esa obra es muy importante para mí.

—Seguro que valdrá unos cien millones… —Le lanzo una mirada.

—El dinero no es un problema.

—¿No lo es? —Vuelvo a sentarme y le hago un gesto con la barbilla—. ¿Cómo has dicho que te llamabas?

Tensa la mandíbula.

—Eamon Brown.

—Si el dinero no es un problema, ¿por qué nunca había oído hablar de ti, Eamon Brown?

—Acabo de heredar.

—Qué oportuno.

—Quiero esa obra —insiste.

—No puedes permitirte contratarme —le respondo encogiéndome de hombros.

No parece muy contento con esa afirmación.

—Ponme a prueba.

—Mis honorarios son el cincuenta por ciento del valor total.

—Está bien. —Él asiente con la cabeza y yo miro a Declan, preguntándome si se lo cree.

—Costes aparte —añado, solo porque me cae mal.

Se encoge de hombros.

—Vale.

Me lamo el labio inferior y lo miro con el ceño fruncido, luego señalo a Cañón.

—Dale tu número. Teléfono, pasaporte, carnet de conducir y número de la seguridad social.

Brown me mira a mí y luego a Cañón.

—¿Por qué?

—Procedimiento estándar para investigar a alguien antes de meternos en la cama con él.

—De acuerdo —asiente.

—Me encanta una buena comida un martes, y esta ha sido una mierda. —Me pongo de pie y me aparto de la mesa, al tiempo que lo señalo—. Por tu bien espero que no me hayas hecho perder el tiempo.

DOCE

Christian

Llevo a Daisy a una cafetería que hay cerca de su universidad algunas mañanas, cuando se queda a dormir. Normalmente, no dejo que las chicas que me estoy tirando pasen la noche en casa, pero cómo coño le voy a decir a la hermana de Julian Haites que se vaya.

Después de acostarme con alguien, a menudo me muero de ganas de que se pire, a veces me siento un poco raro después de hacerlo, no sé por qué, supongo que porque no es Parks.

Lo jodido de eso es que nunca ha sido Parks y, aun así, me acuesto con otras chicas y después me odio un poco a mí mismo porque estoy con una chica que no es la chica con la que, para empezar, ni siquiera he estado nunca.

Daisy es diferente.

No se lo digas porque ya se lo tiene bastante creído, pero posiblemente es una de mis personas favoritas ahora mismo.

Divertida, inteligente, muy atractiva, y ella sabe que está buena de cojones. De algún modo eso hace que esté todavía más buena.

En fin, que me da absolutamente igual que ella se quede y se ha quedado unas cuantas noches ya esta semana, a decir verdad. Un poco raro, pero creo que no acababa de querer que se fuera. No sé por qué, es que me lo paso bien con ella, supongo… Quizá incluso

me gusta tenerla cerca.

Me gusta desayunar con ella. Me gusta cómo le queda el pelo por las mañanas, lo carnosos que tiene los labios. Me gusta que nunca pida lo mismo, jamás, ni siquiera cuando noto a la legua que quiere tomarse lo mismo que el día anterior, no lo hace. Hace algunas cosas raras, aprendidas, creo, del extraño mundo del que venimos.

Una vez le pregunté al respecto, lo de no pedir nunca lo mismo dos veces, aunque le encante.

—Así es más difícil envenenarme. —Se encogió de hombros como si no tuviera importancia. Siguió comiéndose la tartaleta de frambuesa, aunque no es muy fan de las frambuesas.

Creo que al principio pensé que bromeaba, pero resulta que no. Como ya te he comentado, son un poco dramáticos.

No sé por qué, quizá es que a Julian le da miedo que le pase algo a su hermana como lo que les pasó a sus padres.

Daisy casi nunca va sin Miguel. A veces Julian permite que ella y yo estemos a lo nuestro, pero es algo puntual. Podría ser algo menos esporádico, últimamente confía en mí.

Hoy no, desde luego, porque Miguel está sentado a unas cuantas mesas de la nuestra, dándonos el espacio que puede y aprovechando como un loco el tiempo para leer. Va a libro por día. Encuéntrame a un guardaespaldas que haya leído más que él, a ver si puedes.

En realidad, es medio santo. Todavía lleva puesta la ropa de ayer.

Igual que Daisy, ahora que lo pienso. Aunque ella no es tan santa, y menos tras la actuación de ayer.

Me gusta tenerla sentada delante de mí, otra vez vestida con la ropa que le quité ayer. Me hace sentir alto.

Estoy intentando convencerla para que venga a verme jugar un partido de rugby un sábado por la mañana (nunca había tenido que

convencer a una chica para que viniera a verme, normalmente les hace ilusión que se lo pida), pero ella se queja del tiempo, del frío y de la hora.

—Te levantas a las ocho de la mañana igualmente, el sábado, para krav magá —le digo.

—Sí. —Suspira—. Pero estoy muy cansada después y me gusta tener la opción de volver a meterme en la cama si me apetece, y en realidad he…

Se calla a mitad de frase, levanta la mirada y le dedica una sonrisa radiante a un hombre que yo no había visto nunca.

—Tiller. —Le pone ojitos.

Es atractivo, este tipo. Corpulento, alto, rubio, parece un surfista. Me pregunto si será uno de los chicos de Julian.

Él esboza una sonrisita.

—Dais. —Luego me mira, esperando una presentación.

—Christian, este es Killian Tiller. Mi acosador.

Los miro alternativamente, con el ceño fruncido, sin pillarlo, pero ella se ríe.

—Tiller es un agente de la NCA que está perpetuamente interesado en mi hermano.

Frunzo el ceño todavía más. Y una mierda. Está perpetuamente interesado en ella, se ve a la legua.

Él me señala con el mentón, mirándonos alternativamente, pero no dice nada.

—No seas desconfiado, Christian —me dice con alegría—. Tiller lo sabe todo sobre nosotros porque Tiller está obsesionado conmigo.

Ella lo mira radiante y no me gusta el rollo que se traen. Es demasiado juguetón.

Tiller se ríe por la nariz.

—Ya le gustaría a Daisy.

Cuadro la mandíbula.

—A Daisy no le gustaría.

Cruza las manos. Está disfrutando de la atención. Se le da bien coquetear. Demasiado bien, incluso. Me hace sentir como una mierda porque está haciendo sentir al tío este como el puto rey del mundo, y hace un par de minutos me estaba haciendo sentir así a mí, de modo que me jode un segundo, pero luego me relajo porque no estamos juntos y yo estoy enamorado de otra persona, así que a la mierda.

—A Daisy le gustaría desayunar en paz.

—A Christian le gustaría que Daisy parara de hablar en tercera persona —intervengo.

Daisy me fulmina con la mirada.

Tiller suelta una carcajada, se pasa la lengua por el labio superior, hace un gesto con la cabeza hacia Daisy.

—¿Dónde estaba tu hermano anoche?

Daisy se encoge de hombros con desdén.

Su vida es bastante distinta de la mía, aunque se parezcan. A mí los polis no me vienen a ver cada dos por tres. Aunque, claro, yo no tengo el aspecto de Daisy.

No me creo ni por un puto segundo que ese imbécil esté ahí solo para preguntarle cuatro cosas a Dais sobre el paradero de su hermano. Ese payaso se ha dejado caer por ahí porque Dais tiene tarros de miel en lugar de ojos y él quiere bañarse en ellos.

Hago una mueca al verlo mirarla.

—¿Dónde estabas anoche? —le pregunta.

—Conmigo. —Lo fulmino con la mirada.

—Ah. —Asiente, algo molesto al respecto—. Qué oportuno.

Estiro los brazos por encima de la cabeza.

—Está claro que nunca has pasado un rato con ella porque de

oportuna tiene lo que un examen de próstata…

Ella pone los ojos en blanco.

—Hablas por experiencia, ¿verdad?

Finjo que la fulmino con la mirada.

Daisy me mira y frunce el ceño.

—¿Qué estabas haciendo anoche? —le pregunta a Daisy en voz más alta para recuperar su atención y me parece un capullo por ello.

Ella abre la boca para contestarte, pero yo me avanzo.

—¿Y a ti qué te parece, colega?

Tiller la señala con un gesto y me mira con mala cara.

—¿Vas a dejarla hablar o…?

Daisy se aprieta el meñique contra los labios y dedica al pobre desgraciado un par de parpadeos lentos.

—No hablamos mucho anoche, si es lo que preguntabas, Tils.

Él suelta una carcajada y niega con la cabeza. Ella lo apunta con el mentón, con una ceja enarcada.

—¿Has venido hasta aquí para preguntarme por mi vida sexual?

Él imita su expresión.

—¿Y qué si lo hubiera hecho?

Pego un palmetazo en la mesa muy fuerte para llamarle la atención. Le dedico una sonrisa seca.

—Creo que ya has terminado, tío. —Le aguanto la mirada, espero que se achante.

Daisy nos mira alternativamente, casi como si estuviera inquieta.

Él la mira a ella, me ignora.

—Te veré pronto.

Ella asiente y él se va.

—Oye —le grita, y él se vuelve—. ¿Puedes prestarme tus gafas de visión nocturna? Quiero espiar a un policía muy sexy.

Él le hace un corte de mangas sin siquiera volverse y ella está

encantada.

Luego me mira, sonriendo, esperando mi aprobación. Le lanzo una sonrisa que, con suerte, es débil.

No puedo decir que me haya encantado, lo cual es raro. No nos ponemos celosos. Y, en cualquier caso, yo no lo estoy… ¿Por qué debería estarlo?

Es que ha sido raro.

Me pregunto si se han besado.

Me pregunto si han hecho más que eso.

—¿Tomas la píldora? —le pregunto, frunciendo un poco el ceño.

Me mira por encima de la carta.

—Llevamos acostándonos, ¿cuánto, cuatro meses?, y ¿se te ocurre preguntármelo ahora?

—Cinco —la corrijo, un poco irritado. Luego me encojo de hombros, con la intención de que parezca más despreocupado de lo que me siento, no sé por qué no me siento así, la verdad—. A ver, siempre llevo cosas encima…

—¿Cosas? —Parpadea, sorprendida.

—Siempre llevo encima al menos cinco píldoras del día después. —Me lanza una mirada abatida y yo suelto una carcajada—. Es broma.

Niega con la cabeza, intentando no sonreír. Lo intenta y no falla.

Un par de chicas de la mesa de detrás de la nuestra nos están mirando con fijeza, murmurando. O hablan de mí o de ella, es difícil de decir, aunque… probablemente de mí. La mierda de la Colección Completa. Además, nadie es tan estúpido como para susurrar sobre Daisy. Aun así, ella las fulmina con la mirada de una manera que te pondría de punta el vello de la nuca, y se callan de una puta vez.

—La tomo. —Asiente Daisy, alargando la mano para quitarme mi café de las manos. Da un sorbo. Ya se ha bebido el suyo y la

paciencia no es su punto fuerte.

Me apoyo en el respaldo y la miro como si hubiera dicho algo absurdo.

—Entonces ¿por qué usamos condones?

Cambia un poco la cara y luego suelta una carcajada.

—Esto… —Frunce los labios—. ¿Te han contado alguna vez lo de las enfermedades de transmisión sexual?

—Sí. —Me encojo de hombros—. Pero no tengo ninguna… —La miro con fijeza—. ¿Y tú?

—Lo dudo. —Pone los ojos en blanco.

La miro parpadeando.

—¿Cómo dices?

—A ver… —Cambia la cara—. Tienes un montón de sexo.

¡Pero bueno!

Echo la cabeza para atrás, parpadeo muchísimo. ¿Por qué me ha sentado como una bofetada? No se equivoca, supongo. Aunque un poco sí. A ver, es probable que en general tenga tantas relaciones sexuales como un león, pero últimamente no es así. Como si tuviera tiempo de follarme a multitud de chicas cuando me estoy tirando a esta idiota.

Pero Daisy… me mira muy confundida, frunce el ceño y niega con la cabeza.

—Lo siento, ¿creías que eras… virgen?

Me paso una mano por la mandíbula, con el ceño fruncido.

—¿Crees que soy un putón?

Ella suelta una risotada.

—A ver, es casi un objetivo para los chicos como tú, ¿no? —Se la ve confundida—. ¿Te has ofendido?

¿Qué cojones?

No puedo creer que me vea así.

Frunzo el ceño.

—¿En serio eso es lo que piensas de mí?

Ella sonríe con cierta aprensión.

—¿Más o menos?

Aprieto los labios y asiento con frialdad.

—Es bueno saberlo.

—¿En serio? —Suelta otra carcajada—. ¿Me equivoco?

No respondo, solo suelto un bufido.

¿Sabes lo que me jode? Que se la ve encantada.

Me ha puesto de mal humor y está allí sentada feliz como una puta perdiz por haberme jodido la mañana. Y con eso solo consigue hacerme enfadar.

Hacerme sentir como un putón cuando ella está tirándose los tejos con ese madero que parece el guaperas sacado de una película de los años noventa. A la mierda.

—Muy bien. —Le lanzo una mirada—. Entonces, si yo soy un putón, ¿tú qué eres?

Me mira impasible.

—¿Qué me estás preguntando?

—Ya sabes lo que te estoy preguntando.

—Acláramelo. —Me señala con la barbilla.

Nos fulminamos con la mirada desde lados opuestos de la mesa y ni siquiera sé de qué estamos hablando ya. ¿De qué estamos discutiendo?

—¿Puedes traernos la cuenta? —Le toco el brazo a una camarera que pasa junto a nuestra mesa.

—¿Estamos discutiendo? —susurra Daisy inclinándose sobre la mesa.

—Nosotros no discutimos —gruño, desviando la mirada.

Ella me pega una patadita por debajo de la mesa, mirándome con

esos enormes ojos suyos, que se vaya a la mierda por tener esos ojazos que me hacen tragar saliva con dificultad. No sé por qué.

—Parece que estemos discutiendo —me dice.

Niego con la cabeza, desinteresado.

—Pues no.

Un silencio se cierne sobre nosotros.

Compartimos silencios a menudo.

Normalmente me gustan.

Normalmente, cuando ella está callada yo tengo la sensación de estar a solas, y yo nunca me siento como si estuviera a solas cuando estoy con otra persona.

—Entonces ¿hay un número mágico al que llegas y te conviertes en un putón, o es solo la impresión que doy? —La fulmino con la mirada.

Ella me mira, sorprendida por la brusquedad de mi tono. La gente no le habla con brusquedad. ¿Cómo iban a hacerlo? Normalmente morirían.

—Vale. —Cuadra los hombros y tengo la clara sensación de estar con el agua hasta el cuello—. Juguemos a un juego. Dame tu móvil.

—No. —Frunzo el ceño y coloco una mano encima para que no pueda cogerlo.

—¿Por qué? —pregunta con las cejas enarcadas.

Suspiro, molesto, y deslizo el móvil hacia ella.

Ella lo desbloquea.

—6969… —Levanta los ojos. Me mira con elocuencia—. Prueba número uno.

Pongo los ojos en blanco.

—Es la única combinación numérica que recuerdo.

Vuelve a levantar la vista para mirarme.

—Desde luego.

Me dedica una sonrisa seca y yo contengo una carcajada porque no quiero darle esa satisfacción.

Se abre paso hasta mis contactos, cierra los ojos con fuerza y luego, con mucho teatro, empieza a deslizar hacia arriba y toca la pantalla al azar. Le da la vuelta para que la vea.

—¿Te has acostado con esta persona? —pregunta alegremente.

Desvío los ojos hacia la pantalla: «Casey Hayes», y luego hacia ella.

Mierda.

—Sí.

Vuelve a hacerlo. Desliza la pantalla. Me enseña el móvil de nuevo.

—¿Y con esta persona?

«Jamie Davies».

Achico los ojos, irritado.

—Sí.

Vuelve a deslizar.

—¿Y con esta?

«Leah Warshawsky».

Ahora la fulmino con la mirada, con la mandíbula tan apretada como los párpados.

—Sí.

—¿Esta?

«Pierce Norton».

Ja, ja. Le dedico una mirada triunfal.

—Es un chico.

Ella se pasa la lengua por los dientes y baja el dedo un centímetro. Enarca las cejas.

Su dedo aterriza sobre «Pippa Moore».

Mierda.

—Sí —le digo entre dientes tras una pausa.

Estoy muy molesto con ella. Aunque también quiero llevármela al asiento trasero de mi coche.

Deja el móvil bocabajo encima de la mesa y me lo devuelve deslizándolo hacia mí.

Lo cojo y me lo meto en el bolsillo.

Suelto una carcajada, a la defensiva. ¿Por qué estoy a la defensiva?

—¿Qué pretendías con eso? —le pregunto, mirándola de hito en hito.

—No pretendía nada. —Se encoge de hombros como si nada—. Solo soy una beneficiaria de tu apetito sexual.

Me lanza una sonrisa petulante y la puto odio.

También tengo ganas de besarla.

—¿Y eso? —Hago un ademán con la cabeza, intentando no sonreírle.

—Se te da bastante bien —me dice, dando otro sorbo de mi café.

—¿Bastante? —Parpadeo.

—Muy bien. —Asiente muy seria.

La miro de hito en hito.

—Mejor.

Se señala a sí misma.

—La mejor.

TRECE

Daisy

Salgo de mi clase de Inmunofarmacología[57] y doblo la esquina con expectativas muy bajas. Sin embargo, ahí está, apoyado contra la pared de enfrente, con los brazos cruzados, lleva unos vaqueros anchos, una gorra del revés, una vieja sudadera Vans, un par de Old Skools, y tiene una sonrisa petulante pintada en la cara.

No me beneficia mucho a mí, creo, que sea incapaz de mirar esa boca suya sin pensar en el verano que yo tenía quince años y estábamos en el yate de su familia,[58] en Scala dei Turchi, en la costa siciliana, su piel oscura, y lo rojos que se le ponen los labios cuando le toca el sol y las ganas añadidas que tenía de besarlo a raíz de eso, y lo hice…, y mucho, ese viaje. Hicimos muchas cosas en ese viaje.[59]

—Estás aquí. —Intento que no se me note que estoy contenta y él asiente, impresionado consigo mismo—. Y puntual. —Parpadeo. Apenas puedo creerlo.

Se mira el reloj.

—A decir verdad, he llegado pronto.

Me acerco hasta quedar a unos centímetros de él y achico los ojos.

—¿Sorprendida? —pregunta y luego mira a Miguel, detrás de mí.

Rome se inclina hacia delante y saluda con la mano. Sorprendentemente, a Miguel siempre le ha gustado Romeo Bambrilla. Supongo que Rome se ha ganado los galones a ojos de mi guardaespaldas, y supongo que en cierto modo se los merece.

—Pues sí que estoy sorprendida, la verdad. —Me acomodo los libros entre las manos antes de que Rome los coja sin pensar. Echamos a andar igual que lo hacíamos en el instituto.[60]

—Soy un hombre distinto, Cara…

—Qué pena… —Lo miro de reojo—. Me gustaba el viejo tú.

—Vaya. —Me mira—. ¿Por eso me tiraste un jarrón en la cabeza?

—Era una lámpara —matizo.

—Era de mármol.

—Período de la *belle époque*, siglo XIX.[61]

Hace una mueca.

—Entonces ¿Jules se enfadó?

—Uy, sí… —Hago una mueca yo también—. Era parte de un conjunto. Le propuse tirarte la otra si así lo arreglaba.

—¿No lo arregló?

Lo miro.

—A ambos se nos pasó por la cabeza.

Se inclina y me enseña la pequeña cicatriz que tiene en la frente.

—Cuatro puntos.

—No seas llorica. —Pongo los ojos en blanco, pero la verdad es que estoy luchando para reprimir el impulso de bajarle la cabeza para poder besarle la cicatriz. Le he besado todas las cicatrices. La mayoría de ellas son culpa mía, pero… ¿no va siempre así con el primer amor?

Lo miro con más vulnerabilidad en los ojos de lo que desearía, pero es él, así que supongo que no me importa.

—¿Por qué lo hicisteis en mi cama?

Suspira.

—No lo sé.

Le lanzo una mirada de exasperación.

—Es mi cama, Rome.

Se encoge de hombros.

—Te estabas liando con Booker.

—¿Y?

—Pues que te estabas liando con Booker.

Pongo los ojos en blanco.

—Solo nos emborrachamos una noche y nos besamos.[62]

—Delante de mí.

Frunzo los labios.

—Creía que te habías ido…

—Daisy… —Su voz transmite irritación—. Nunca te dejo sola en las fiestas.

Lo reprendo con la mirada.

—La fiesta era en mi casa.

Él niega con la cabeza.

—Da igual, nunca te dejo en las fiestas, Dais.

—Bueno, pues esa noche lo hiciste —lo corto.

—¡Porque te estabas morreando con Booker!

—¡Porque te había visto tocándole la cara a otra chica!

—Se le había metido una cosa en el ojo…

—Una mierda…

—¡Que sí! —insiste, tozudo.

—¿Qué era? —Me cruzo de brazos.

—Purpurina —me contesta, desafiante.

Hago un ruido en lo hondo de la garganta[63] y Romeo pone los ojos en blanco, exasperado, pero no hace falta que te preocupes, nosotros somos así. Más o menos lo hemos sido siempre, demasiada

tensión para saber qué hacer con ella.

—Estaba ayudando a esa pobre chica que no podía ver, joder…

—Vale, vale. Cálmate —lo interrumpo—. Se le había metido purpurina en el ojo, no era ácido…

—¡Y tú estabas a punto de meterte mano con el puto malote californiano!

—Son los Malotes de Silicon.

—¡Me da puto igual, Cara!

—¡Fue solo un beso! —grito, lo bastante fuerte como para que Miguel nos mire con desaprobación.

—¿Solo os besasteis? —Romeo me mira de hito en hito, escéptico.

—Sí.

—¿Solo os besasteis? —repite con condescendencia, como si se me hubiera olvidado lo que constituye un beso.

—Sí —insisto vocalizando mucho.

—¿No os acostasteis?

Lo miro impasible.

—No.

Aquello cala y se manifiesta en sus rasgos en forma de ceño fruncido. Un extraño alivio y una revelación incómoda.

—Mierda. —Romeo pone mala cara—. Igual me pasé…

Lo miro parpadeando.

—¿Tú crees?

Suspira y se vuelve hacia mí, me agarra la muñeca.

—Estaba celoso. ¿Qué querías que hiciera?

—Literalmente cualquier cosa menos esa. —Lo reprendo con la mirada—. Tuve que tirar la cama.

Le cambia la cara.

—Era nuestra cama matrimonial.

Me cruzo de brazos.

—Sí, lo era.

Ahora tiene el ceño fruncido, como si le hubiera traicionado.

—¿Y la tiraste sin más?

Suelto un bufido.

—Pues igual que lo hiciste tú, figuradamente, cuando te acostaste ahí con la puta Tavie Jukes.

Frunce los labios y asiente una vez.

—Lo siento.

Lo miro con elocuencia.

—Lo nuestro no funciona.

Sigue sin mirarme a los ojos, pero asiente.

—No, sí… Tienes razón. —Me lanza una sonrisa rápida—. No funciona. —Romeo suspira, se mete las manos en los bolsillos ahora que le parece que no puede tocarme. Aunque es un idiota, él siempre puede tocarme—. ¿Qué tal está Jacky-Boy?

—Pues está pasando una mala racha últimamente, la verdad.

—¿El mismo idiota de siempre?

—¿John? —aclaro, y Rome asiente—. Sí, sigue siendo un gilipollas de categoría.

Al cabo de unos veinte minutos, estamos en el restaurante y Romeo alarga la mano para coger un puñado de patatas fritas de mi plato y zampárselo.

—Tú y Hemmes…, ¿de qué va eso? ¿Follamigos?

—No lo sé. —Me falla un poco la expresión, la pregunta me duele, pero, aun así, sé la respuesta—. Supongo que sí.

Él asiente, pensativo.

—¿Se acabará ahora que he vuelto?

Pongo los ojos en blanco.

—¿Por qué iba a acabarse porque tú hayas vuelto?

Se come unas cuantas patatas fritas más de mi plato y me sonríe.

—Pues porque he vuelto.

—Acabamos de aclarar que lo nuestro no funciona…

Rome hace un ademán desdeñoso con las manos.

—Es distinto.

—¿Cómo va a ser distinto?

—Porque es distinto. No podemos salir juntos, pero… —Se retira un poco, mirándome con elocuencia—. ¿En serio pensabas que el sexo quedaba fuera de cuestión entre nosotros?

—Sí. Bueno, a ver…, para mí sí.

Me mira como si fuera una idiota.

—Para ti nunca está fuera de cuestión.

—Bueno, pues ahora sí. —Lo miro con fijeza, fingiendo que me he ofendido.

Él pone los ojos en blanco.

—Nunca lo está entre nosotros.

Tiene razón. Nunca lo está. Hay muchas metáforas distintas para las cosas con las que podría compararlo, pero la mejor que puedo darte es: inosculación.

Érase una vez, éramos dos árboles, y un día nuestras ramas se tocaron y nuestras cortezas se erosionaron, nuestro cámbium se mezcló,[64] y entonces nos enredamos entre nosotros y nuestras extremidades se fusionaron y ni el infierno ni las inundaciones ni Haites han logrado por completo separarnos el uno del otro. Julian ha cortado partes de lo que éramos, nos ha prohibido ser lo que queríamos ser, pero seguimos teniendo esto.

—¿Si no me hubiera ido a Nueva York, no te habrías liado con Christian?

—¿Cuál de las veces?

Suelta una risotada seca. Tiene cierta inclinación para pasar a toda velocidad de un punto a otro. Su primer delirio neoyorquino fue

lo que acabó de condenarnos, creo. Este quizá se ha limitado a empujarnos a la Era de Hemmes.

—Esta vez. —Me mira con elocuencia.

La respuesta probablemente es que sí, pero no quiero decírselo, así que la esquivo.

Suelto un silbido.

—Estás muy preocupado por lo de Christian, ¿verdad?

—Sí —asiente con efusividad—. Lo estoy.

—¿Por qué? —Le pongo ojitos, como si le hiciera falta una razón.

—Porque sois él y tú… y tú eres tú. Y yo… —Se le apaga la voz y yo enarco las cejas, esperando más explicaciones. Me mira con los ojos achicados—. Lo estás disfrutando.

—Pues sí. —Suelto una risita y luego me encojo de hombros—. Follaste en mi cama.

Aprieta los labios y asiente una sola vez.

—Follé en tu cama.

14.10

Julian

Cara.

Harás la cena?

Puedo

Sí

Qué quieres?

No te diría que no a un buen salmón…

Rollitos de salmón?

Ñam

Para cuántos

Los de siempre

Y eso es...

Yo, Koa, Migs, Declan...
los malotes...

Jack vendrá.



CATORCE

Julian

Daisy y yo vamos a cenar a casa de los Bambrilla al menos una vez a la semana, generalmente. Lo hacemos desde que nuestros padres murieron. Santino Bambrilla era uno de los amigos más íntimos de mi padre, así que nos acogieron después de lo sucedido.

Delina siempre ha sido importante para Daisy, Carms dice que su madre vio algo en la manera que nuestra madre tenía de tratar a Dais, y que intentó suavizarlo con comidas y cenas y quedadas de niñas que a Gia Bambrilla, su propia hija, no le hacían especial ilusión, pero que estaban bien. Son buenos padres. Y esas cenas de los lunes para Daisy probablemente eran el único atisbo del funcionamiento de una familia medio normal.

La mitad de las veces Daisy llega pronto y cocina ella misma. Dice que es porque Delina es una cocinera desastrosa (que lo es), pero todos sabemos que es porque adora a Delina y quiere pasar tiempo con ella.

Mi hermana parece nerviosa mientras vamos en coche a su casa, en Little Venice, se frota el pulgar con el dedo índice; su tic nervioso desde que era una renacuaja. Es el efecto de Rome, puto capullo. Antes no era así. Cuesta describir lo que eran antes: a medio camino entre el amigo que has tenido toda la vida, con el que te sentabas a

jugar en los charcos de barro cuando erais críos, y ese extraño encaprichamiento que tienes con la primera persona de la que te enamoras. Yo tuve una novia en bachillerato. La quise. Gran error.

Daisy se pasa los dedos por el pelo, se da golpecitos bajo los ojos y se toquetea la cara. Le lanzo una mirada.

—Estás guapa, Cara.

Se vuelve para fulminarme con la mirada.

—Me da igual.

Suelto una carcajada.

—Vale.

Cuando entramos, Delina aparece y coge el rostro de mi hermana entre las manos, le da un beso en cada mejilla.

—Te echaba de menos —le dice; a estas alturas suena muy británica, aún le queda un deje de su acento eritreo, pero es muy leve—. No viniste a comer la semana pasada.

—Lo sé. —Suspira mi hermana—. Tenía que entregar un trabajo de Microbiología sobre la resistencia patogénica y se me escapó.

—¿Aprobaste?

—Siempre, mamá —dice Rome, mirando fijamente a Daisy desde el pie de las escaleras.

Sus miradas se encuentran y yo respiro más fuerte de lo que pretendo. Delina me reprende con la mirada, y Dais flota hacia él.

—Hola. —Él la mira con fijeza, reprimiendo una sonrisa.

Ella no contesta nada y se limita a mirarlo con una sonrisa radiante sin mover, no sé cómo, ningún músculo del rostro.

Pongo los ojos en blanco y Delina me toma del brazo para llevarme a otra habitación. Me mira con aire impasible.

—Estás descontento. —Los señala con la barbilla y yo le contesto con una mirada.

—No estoy descontento… Es que entre ellos hay la misma mierda

de siempre.

—¿Quizá es hora de dejarlos hacer? —Se encoge de hombros con recato, poniéndome ojitos.

Es una maestra en conseguir que los hombres cambien de opinión. Es una mujer a la que resulta bastante difícil decir que no por múltiples razones, la menos importante de ellas es el hecho de que se parece bastante a Halle Berry. Tiene el pelo distinto, pero aparte de eso es clavada a ella. Delina le enseñó a Daisy todo lo que sabe. El puto Santino cree que es quien manda, pobre diablo, pero tras solo veinte segundos con Delina ya sabes que es ella quien mueve el cotarro como se le antoja.

Aunque no esta vez. Niego con la cabeza.

—No.

—Encontrarán sus maneras igualmente —me advierte.

Esbozo una mueca.

—No nos interesa saber nada de esas maneras, Del…

Suelta una carcajada y en su rostro se ve la expresión reflexiva de una madre. Los observa desde donde estamos.

—Son más felices juntos.

Asiento una vez.

—Siempre lo han sido. Eso no era lo que tendía a ser el problema…

Ella me mira con detenimiento y yo la observo recordando por qué los mantenemos separados, y asiente una vez. Luego me deja y se va hacia ellos.

Los abraza a los dos a la vez.

—Esto me hace feliz.

—Mamá… —Romeo la aparta, con ese deje avergonzado que muestran los críos con sus padres cuando todavía los tienen.

Delina coge a Daisy de la mano.

—Ven. —Tira de ella hacia la cocina—. No podría cocinar un pollo ni aunque mi vida dependiera de ello.

QUINCE

Daisy

No sé por qué, pero una mañana después de quedarme a dormir en su casa, Christian y yo nos vamos al Holland Park Café. No está muy cerca del piso de los chicos y es algo inofensivo. A una parte de mí le gusta la banalidad que entraña, que sea tan corriente, tan de persona normal. No tiene nada de ostentoso ni de mafioso.

Y Christian está siendo dulce, a decir verdad, y normalmente no es dulce. Vamos a ver, eso es mentira, no es un tipo dulce, tú tampoco dirías que lo es. Sin embargo, de vez en cuando es atento y se da cuenta de cosas como cortes de pelo nuevos o que llevo un color distinto en los labios. No sabe qué es lo que cambia, pero siempre parece saber que algo ha cambiado. Siempre es muy educado, eso sí, te sujeta la puerta para que pases, lo paga todo él y bla, bla, bla.

Sin embargo, hoy es dulce. Me pone la mano en la parte baja de la espalda y me acompaña al cruzar la puerta del café y pasaron siete gloriosos segundos durante los cuales me enamoró y me embelesó por completo la sensación de su mano contra mi cuerpo en un gesto tan genuinamente de pareja que empecé a preguntarme si quizá yo estaba empezando a gustarle también, del modo que tan desesperadamente anhelo gustarle. Y fue

exactamente entonces cuando la vi.

A ella.

A Magnolia Parks.

En una mesa con su hermana.[65]

Es una desgraciada absoluta, cada parte de ella.[66]

La manera que tiene de acercarse el café a los labios, la manera que tiene de colocarse el pelo detrás de las orejas…; joder, incluso la manera que tiene de parpadear.

Sus movimientos son gráciles y de algún modo innato te atrae y te cautiva. Dios, imagínate tenerla de hermana. La hermana también es guapa, no estoy diciendo que no lo sea, pero es que Magnolia Parks tiene algo, supongo. Algo que pensarías que solo sale en las películas, pero que en ella es de verdad. Como si fuera la versión real de Helena de Troya o algo así. Su mirada danza por el café, rebotando en cada rincón, probablemente deslumbrando con esos estúpidos ojos suyos a todas las personas que se le pongan a tiro, y entonces aterrizan sobre nosotros. Joder, menuda pesadilla.

Abre los ojos como platos y se queda boquiabierta por la sorpresa y quizá incluso el deleite, y la odio más de lo que la odiaba antes porque se la ve verdaderamente contenta de verme y no quiero que se alegre de verme porque yo me he puesto de puto mal humor al verla.

Se pone de pie de un salto,[67] qué cansina. Dios, es lo peor. Tan jodidamente grácil. Como si fuera una puta princesa elfa que va colocada de cocaína y vestida de Miu Miu.

—¡Christian! —grita, agitando su brazo largo y oscuro.

Christian le contesta haciendo un gesto con la barbilla. No parece en absoluto sorprendido de verla y es entonces cuando sé con una certeza absoluta[68] que encontrarnos con ella no ha sido una coincidencia, sino algo intencionado.

Vuelve a ponerme la mano en la parte baja de la espalda para guiarme hasta ella. Comprendo, y el hecho de comprenderlo se lleva por delante cómo me he sentido hace solo unos segundos, tan esperanzada e ilusionada y estúpida, y mi odio ardiente hacia Magnolia quema todavía más fuerte porque las manos de Christian sobre mi cuerpo se me antojan contaminadas ahora que sé que no son en absoluto por mí.

—Parks. —Se inclina y le da un beso en la mejilla—. Bridge. —Le desordena el pelo.

Es demasiado familiar con ellas. El corazón empieza a hundirse dentro de mi pecho.[69]

—Daisy… —Magnolia me dedica una sonrisa de oreja a oreja, rodeándome con los brazos. Yo no le devuelvo el abrazo. Primero, porque yo no doy abrazos a la gente. Pero también porque, bajo ningún concepto, abrazo a gente como ella.

—Hola. —Le dedico mi sonrisa más sosa.

—Sentaos, sentaos. —Parpadea y sus pestañas parecen alas de mariposa y esa chica se vuelve más aborrecible cada segundo que pasa. Como si no se hubiera dado cuenta de lo poco que quiero estar ahí, o como si no le importara.

—Es que no queremos molestar. —Me quedo mirando el asiento que sobra, sin querer sentarme.

—Uy, no, en absoluto. —Hace un gesto con la mano—. Bridget es una conversadora terrible. Por favor, insisto.

Su hermana pone los ojos en blanco y Christian se traga una risita, se pasa la lengua por el labio inferior y se sienta.

Resoplo por la nariz y me dejo caer a su lado.[70]

Magnolia señala a Bridget Parks.

—¿Conoces a mi hermana?

—Nos hemos visto unas cuantas veces… —asiento—. Hola.

—Hola. —Bridget sonríe—. Estudias Medicina en el Imperial, ¿no?

—Sí —asiento—. ¿Tú, Psicología?

Al menos esta Parks es lista.

Asiente, tan implicada en esta conversación como yo, pero un poco más amistosa y luego… nada.

Nada en absoluto.

Un enorme y extraño silencio se cierne sobre nosotros como una sombra. Christian está mirando fijamente a Magnolia de una manera que me hace sentir *voyeur* por estar presenciándolo, sin embargo, ella le devuelve la mirada como si nada, como si fuera un miércoles normal, parpadeando con esos estúpidos ojos suyos que parecen joyas y como si su mera presencia en el mundo no estuviera destruyendo el mío como una bola del ocho.

Magnolia Parks me deslumbra con una de sus estúpidas sonrisas que parecen merecedoras de ganar un premio.

—¿Qué tal los estudios?

Me encojo de hombros porque no estoy ahí para eso.

—Bien.

—¿Te están gustando? —pregunta con alegría.

Vuelvo a encogerme de hombros.

—Claro.

—¿Cuál es tu asignatura favorita?

—Procedimientos mortuorios —contesto, impasible1[71]

Parece nerviosa. Hago un verdadero esfuerzo por no echarme a reír. Mira a Christian muy inquieta, y me molesta que lo mire para tranquilizarse.

—Genial.

La hermana lo observa todo, intrigada. A Christian le parece divertido, pero no sabría decirte qué parte exactamente; la parte en que estoy consiguiendo que Magnolia Parks se muera de vergüenza

o la parte en la que todo lo que ella hace, incluso cotorrear incesantemente como si sufriera el peor caso de diarrea verbal que ha visto el mundo desde que Trump se marchó del Capitolio.

—¿Es… a lo que… quieres dedicarte? —Magnolia coloca las manos delante de sí con recato.

—No. —La miro como si fuera la idiota que estoy convencida que es, la idiota que tiene que ser para no desear a Christian de la manera que él tan obviamente la desea a ella. Aunque, comprendo lo de Ballentine, supongo.[72],[73]

Magnolia se muerde el labio inferior que descansa en su cara como una fresa de verano.

—¿Qué tal tu hermano?

Desde luego que iba a puto preguntarme por mi hermano, esa puta asquerosa, lo adoraría. A las pijas como ella les va lo duro. Eso me cabrea de más porque a Jules siempre le ha gustado un poco ella,[74] así que le lanzo un poco una mala mirada, que es lo que hago con todas las chicas que se interesan por mi hermano: lanzarles una mala mirada.

—Bien.

—¿Y tus padres? —pregunta, creo que lo hace porque sí. Por automatismo.

Christian se tensa a mi lado.[75] Se siente incómodo por mí.

—Muertos —le digo con voz neutra.

Abre los ojos como platos y traga saliva; incluso con dificultad, creo.

—Genial —chirría.[76]

La hermana hace un ruidito raro que creo que es una mezcla de emoción y horror al ver a su hermana dando bandazos de esa manera en la conversación, como si fuera un pez en tierra firme.

Christian se está tapando la boca con la mano e intentando

mantener la compostura, y me gusta la sensación de hacerle reír.

—Vale, vale. —Levanta las manos como si fuera a arrestarla—. Afloja. No hace falta abrumarnos con tanta información.

Christian se ríe, pero yo no.

Yo me limito a mirarla con fijeza, con el rostro hierático, completamente impasible, aunque sí me parezca un poquito divertida,[77] pero creo que es a la manera en que a un gato le parece divertido jugar con un ratón.

Suelta una risita de sorpresa.

—Cuánto me alegro de que os hayáis sentado con nosotras, chicos.

—Yo no quería… —Me pongo de pie de un salto, cruzándome de brazos—. Él me ha obligado.

Magnolia lo mira con fijeza, frunciendo el ceño.

—¿Obligado?

Parece confundida ante la idea de que no todo el mundo se muere por estar en su estúpida presencia.

—Adiós —le digo mientras echo a andar.

Christian sale corriendo detrás de mí al cabo de un segundo y me agarra por la muñeca. Me gusta la sensación de que salga corriendo detrás de mí, una vez más me confunde para sentir que somos pareja y que estamos medio peleados y que ahora yo estoy borde y por eso él ha salido corriendo a buscarme. Tendrá que esforzarse un poco, aunque no mucho, porque todo el rato estoy luchando contra el impulso de pasarle las manos por el pelo. O al menos así es como creo que sería si no me lo estuviera inventando todo, pues todo esto no tiene nada de real…

—Pequeña Haites. —Se ríe, negando con la cabeza—. Florecilla mía.

Mía.[78] Trago saliva con dificultad, hago un verdadero esfuerzo

para no darle más peso del que tiene, ya que él lo ha dicho porque sí y tengo clarísimo por qué me ha llevado allí.

Lo miro con fijeza, cabreada porque no puedo reprocharle esta mierda.

Él no sabe que yo lo sé.

Nunca nadie me ha dicho nada al respecto, que tampoco es que sea algo de dominio público (a decir verdad, no sé si hay alguien que realmente lo sepa), pero lo deduje con el tiempo yo solita a partir de conversaciones normales, la ausencia de conversaciones y, no lo negaré, de escuchar conversaciones que no eran de mi incumbencia.

Aquí va lo que he descubierto: pasó algo entre Magnolia y Christian,[79] y fuera lo que fuera, pasara como pasara, hizo que las cosas entre los chicos de ese grupo se volvieran raras y de mierda. También sé que es algo que todos ellos ahora ignoran, fingen que jamás pasó, aunque ya te digo que sí pasó, joder, y ahora es solo algo que sucedió y que ellos no aceptan, pero que van moviendo como si fuera un cadáver en un cuarto.[80]

Se queda ahí tirado, pudriéndose, apestándolo todo, y lo único que han hecho ha sido echarle una manta por encima y fingir que no hay un puto elefante pudriéndose entero en mitad de su grupo de amigos.

Durante un tiempo, eso fue todo lo que sabía, pero necesitaba saber más porque soy una cotilla y me di cuenta de que me había pillado de Christian Hemmes,[81] y fue error mío,[82] pero fue lo que fue y es lo que es, y necesitaba saber con qué me las tenía.[83]

Estábamos en una fiesta que organizó Jonah hará quizá dos o tres meses, una de esas fiestas infames de Park Lane.[84]

Para entonces yo llevaba un tiempo cavilando sobre Magnolia en relación con Christian, solo cositas que había ido pillando aquí y allá,

pero cuando Christian y yo empezamos a quedar,[85] Magnolia estaba fingiendo que salía con un tipo australiano para esconder lo que obviamente[86] sentía por BJ Ballentine y, en fin, llegó a la fiesta de Park Lane sin el novio.

Cuando yo llegué a la fiesta, Christian me vio casi al instante desde donde estaba él. Caminó hacia mí y me besó más de lo normal, fue uno de esos enormes besos en los que la tierra tiembla y sentí que me caía con él, la clase de beso que te deja sin respiración y te hace ver las estrellas; pero la cosa fue que él estaba ahí con BJ, que rodeaba a Magnolia con el brazo sin fijarse, y para besarme Christian pasó por delante de ellos (podría haber ido por detrás, llegar a tocarlos para venir hasta mí fue intencionado) y vino hasta mí y me rodeó el cuerpo con las manos, y me besó la puta alma.

Fue un beso de cojones con una motivación de cojones. Pude sentir en ese beso que no tenía absolutamente nada que ver conmigo.

—Hola, pequeña —dijo un poco más fuerte de la cuenta. Y si te soy sincera, para darle credibilidad al chico, es cierto que vi a Magnolia poniendo un poco de cara de sorpresa.

Ella pensó que decía «pequeña» del mismo modo en que, no me cabe duda, BJ la llama a ella «pequeña» cuando están solos, pero no es el mismo significado que le da Christian. Yo lo sé y él lo sabe, pero ella no lo sabe, y que Magnolia Parks no sepa por qué Christian Hemmes me llama pequeña es posible que sea la verdadera razón por la cual él me llama así. Y, a decir verdad, con total honestidad, eso me mata un poco.

Christian me tocó la cara, miró por el rabillo del ojo para ver si ella miraba. Pero ella no miraba porque ella no ve nada aparte de BJ.

Resulta fascinante, a decir verdad, compartir espacio con ellos.

Da igual quién tengan al lado o qué estén haciendo. Parece casi propia de un trance la manera que tienen de moverse el uno hacia el otro.

Como las polillas a la luz.

Es casi romántico.

Ella no vio a Christian deseando que se fijara en sus manos tocando a otra chica, no vio sus manos agarrándome el culo ni su nariz hundida en mi cuello porque ella solo tenía ojos para Ballentine. Parks alargó la mano y encontró una razón para tocarle el pecho, abrocharle un botón o algo, meterle alguna cosa en el bolsillo, quizá, no lo sé, fue una razón inexistente para tocarlo y esos celos resonaron por todo mi cuerpo porque yo quería ser capaz de tocar así a Christian, pero no podía y no puedo, porque no es a mí a quien él desea. Y entonces BJ hizo un gesto con la cabeza hacia las escaleras que bajan a su cuarto y ella lo siguió. Se quedaron ahí toda la noche. Así que, para resumírtelo, esa chica no solo es aborrecible porque al chico que me gusta[87] le gusta[88] ella y porque es preciosa, sino también porque le puso los cuernos a su novio australiano de mentira con el mejor amigo de Christian.

Y pude notárselo a él, que lo destrozó un poco.

Bebió mucho. Estuvo un poco distante y raro. Me besó de una manera que me hizo sentir triste y no excitada, porque para entonces yo ya lo sabía.

Me gustaría decir aquí mismo que esa noche no fui a la fiesta con el plan de sonsacarle información a un Henry Ballentine muy borracho, pero el modo en que Christian me besó me hizo sentir que necesitaba saberlo, porque llegado ese punto, me sentía en la cuerda floja con lo de que me gustara.

La verdad es que creo, si no me falla la memoria, que acabé acostándome con un piloto de Fórmula Uno para demostrarme a mí

misma que, en verdad, no me gustaba Christian, lo cual en realidad fue un fracaso estrepitoso porque, tal y como me daría cuenta al cabo de unos días, ya me había enamorado de Christian Hemmes.

Antes de aquello, pensaba que no me importaba ni si a mí me gustaba ni si yo le gustaba, era solo para pasarlo bien, me repetía sin cesar. Él era mi amigo y sacaba un enorme beneficio[89] y él no era más que eso, pero entonces esa noche me besó delante de ellos y fue un beso que significó una cosa para mí y otra para él, y entonces necesité saberlo.

Vi a Henry Ballentine en un rincón con una chica de Varley.

—Hola. —Dediqué una sonrisa tensa a la chica.

—Hola. —Ella sonrió con calidez—. Soy Tibby.

—¿Como el gato? —Parpadeé.

—El gato es *Tabby*. —Pareció molestarse.

—Lo siento —dije encogiéndome de hombros, aunque no lo sentía.

—¿De qué conoces a Jonah? —preguntó Tibby.

—Ella y Christian… —gritó Henry, aunque no había necesidad—.[90] Están, ya sabes… —Intentó guiñar un ojo.

—¡¿Por qué chillas?! —le contesté también a gritos, imitándolo.

Tibby hizo acción de beber y esbozó una expresión incómoda.

—Estoy sobrio como un juez —me dijo con orgullo.

—¿El juez es alcohólico? —pregunté, y Tibby se rio.

Henry me fulminó con la mirada al tiempo que Tibby miraba detrás de nosotros, murmuró algo así como: «¿Ese es Perry?» y se excusó.

Le pinché en las costillas.

—¿Estás borracho?

Me miró forzando la vista.

—Sí.

—Qué bien. —Sonreí.

—¿Por qué? Donde tengo la olla no meto la polla.

Negué con la cabeza.

—Esta expresión aquí no te vale.

Reflexionó un momento.

—No cojo monedas de la hucha de Christian. —Sonrió de oreja a oreja.

Me apunté al pecho.

—¿Soy una moneda?

Henry asintió y luego puso cara de horror.

—Por favor, no mandes a tu hermano a matarme.

—Flipa. —Parpadeé y luego me reí.

—¡Por favor, no!

—No, a ver, en serio, flipa.

—Pero ¿en serio?

—Vale. —Me reí—. No lo haré.

Henry suspiró y se acabó la copa de un trago.

—Bueno. —Me incliné hacia él.

—Bueno… —Me imitó él.

—¿Qué pasa con Christian y Magnolia?

—¡Oye! —Sonrió, remilgado—. ¿Cómo te has enterado? Nadie lo sabe.

Me crucé de brazos.

—Porque no tengo las habilidades de deducción de un bebé ciego.

—¡Buena deducción! —Me apuntó con un dedo larguirucho y borracho. Se echó para atrás para apoyarse en la pared—. ¿Qué quieres saber?

—¿Cuándo pasó?

—Hará unos tres años.

—¿Cómo?

—Aquí está la cosa… —Pausa dramática. Sonreí, me estaba encantando su dramatismo—. Parks estaba colada por Christian en su día. Te diría que, más o menos, desde los nueve hasta los catorce años, ella le quería. Todos lo sabíamos. Estaba loca por él.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo acabó con BJ?

—Christian no quería saber nada de ella cuando éramos unos críos. Y entonces… No sé qué pasó, pero algo pasó y Parks y mi hermano se enamoraron de esta estúpida manera en que todavía lo están. Hasta que, ya sabes, quedó ese rollo entre Christian y ella.

—Vale. —Fruncí los labios—. Pero ¿cuándo empezaron a… lo que sea?

Soltó una risa.

—Lo que sea. —Achicó los ojos, recordando—. Hacía un par de meses que Beej y Parks habían roto. Beej estaba superjodido, de modo que nunca la veíamos, entonces creo que Christian y Parks se encontraron por casualidad un día y charlaron. Después siguieron quedando en secreto. Se liaron al cabo de unas semanas, siguieron liándose, y luego los pillaron… Beej y Jo… Horrible. —Negó con la cabeza, sumido en su propio recuerdo—. Muy mal.

—¿Cómo de mal? —Fruncí el ceño, odié la mera idea de que le pasaran cosas malas.

—Mal de acabar en urgencias al día siguiente. —Me miró con elocuencia.

Sentí horror.

—¿Por qué no se defendió?

—Christian ya no se pelea. —Henry se encogió de hombros como si fuera así de simple.

—¿Por qué? —Volví a fruncir el ceño.

Henry me dedicó una mirada extraña y seria.

—Se le da demasiado bien.

Esa afirmación se quedó ahí colgando y me pregunté si significaba lo que creí que significaba, pero no lo pregunté porque no quería distraerme de lo que estaba intentando descubrir.

—¿Y eso fue todo? ¿Entonces rompieron?

Henry negó con la cabeza.

—Salieron en secreto.

—Vaya. —Suspiré—. ¿Durante cuánto tiempo?

Se encogió de hombros.

—Un par de meses. —Dio un sorbo de una copa que no sé de dónde había sacado.

—¿Por qué se terminó?

Henry forzó la vista, pensando, y miró hacia la otra punta de la estancia.

BJ y Magnolia estaban en la cocina, a por un tentempié postcoital, imagino. Ella estaba encaramada en el banco, él estaba justo delante de ella, ella balanceaba las piernas, él tenía las manos a ambos lados del cuerpo de ella, ella le tocaba la nariz con el índice.

Henry señaló a su hermano con la cabeza.

—Porque se miran el uno al otro de esa manera. —Sonrió con demasiada ternura para un chico tan guay como él—. Siempre lo han hecho… —Se encogió de hombros—. Nunca han dejado de quererse.

—¿Ni siquiera cuando estaba con Christian? —Parpadeé.

Henry me miró.

—Ella nunca ha dejado de querer a mi hermano. —Volvió a encogerse de hombros—. Solo que Christian se dio cuenta demasiado tarde.

Y entonces vi a Christian observando a BJ y a Magnolia desde la otra punta de la estancia y, honestamente, el corazón se me encogió

por él.

Ahora lo he sentido en mis carnes. Ahora vivo con eso.

Se le veía tan triste. Tan desesperado. Tan atrapado.

Y aquí está lo más jodido: verlo amarla hizo que me gustara más de lo que me gustaba antes.

No porque yo sea masoquista, sino porque mi amigo con derecho a roce se convirtió en un ser humano con corazón. Pude ver las profundidades de su corazón y supe que amar a la novia de su mejor amigo acabaría con él, pude verlo en el modo en que los miraba: ese dolor tan reciente bañándolo entero y él haciendo todo lo posible para ocultarlo.

Si hubiera visto el futuro, habría sabido qué significaba todo esto: que él hiciera todo lo posible para ocultarlo significaría que tendría que arrancarme el corazón del pecho, frotarse mi amor por todo su cuerpo para ahogar el perfume y luego tirarlo. Si hubiera visto el futuro, habría sabido que acabaría conmigo.

Pero, viendo o no el futuro, se lo permitiría una vez y otra y otra.

—Dímelo del uno al diez: ¿hasta qué punto sigue enamorado de Parks? Yo te diría que un ocho. —Pinché a Henry en las costillas. Él negó con la cabeza, leal—. Todavía la quiere —le dije a Henry mientras yo observaba a Christian observándolos a ellos.

Henry puso cara de culpabilidad, como si hubiera revelado sin querer el secreto de su mejor amigo.

—Yo no he dicho…

Negué con la cabeza para cortarlo. Luego le dediqué una sonrisa que me salió más triste de lo que pretendía.

—No era una pregunta.

Daisy

Dónde estás?

Fuera

Oh!

Fuera!

Excelente.

Dónde, Daisy.

En casa de Romeo.

Cálmate.

Sin Miguel?

Sí.

Te estás puto cachondeando?

Ven a casa ya.

No.

Iré a buscarte yo mismo.

23.46

Julian

Relájate, Jules.

Ya vamos para allá.

"Vamos"

Se usa el plural cuando es más de una persona

No te echaba de menos.

DIECISÉIS

Christian

Los recuerdos son raros, ¿no te parece? Te acechan, se abren paso como un hierbajo en la tierra de tu mente, incluso cuando no tienen permiso para estar ahí.

Jo y yo, un par de meses después de que Rems muriera. Mamá y papá se habían ido a la mierda, no podían hablar, no sabían hacerlo. Yo estaba de pie ante el despacho de papá, tendría unos once años. Papá y mamá se estaban destrozando el uno al otro, culpándose, llorando, lanzándose mierda, y yo estaba ahí de pie, mirándolos por la rendija de la puerta, bastante asustado. Hasta ese día nunca los había visto de esa manera. Fue el principio de su fin, supongo, aunque técnicamente siguen casados aún. En fin, que Jo se puso detrás de mí y me colocó una mano en el hombro.

—Todo irá bien —me dijo.

Levanté la mirada hacia él, sin tenerlo claro, y me dio una mochila.

—Lily está a punto de llegar —añadió—. Nos quedaremos unos días en su casa.

Nuestros padres no pidieron a Lil que nos cuidara un tiempo, fue Jonah quien le pidió si podíamos ir. Es de los que solucionan las cosas, Jo, siempre lo ha sido.

Me acuerdo de ese momento cada vez que paso ante ese despacho. Papá sigue ahí, ahora ya casi nunca sale. A decir verdad, yo ya no voy mucho a casa. Es parte de la finca de St. George's Hill, y es bonita, grande y como un castillo. Un montón de terreno que es la hostia para practicar golpes de golf o conducir *quads*, pero la casa entera resulta deprimente. Tendrían que haberla vendido hace una eternidad, pero creo que papá la conserva porque quiere sentirse más ceca de Remy. Como si abandonar la casa fuera abandonarla a ella.

La cara de BJ cuando nos vio a Parks y a mí besándonos en The Box. Ese recuerdo aparece mucho. Siempre que Parks y yo tenemos un minuto para nosotros, no tarda mucho en asomar las narices.

Fue raro, casi sentí alivio de que nos pillaran, de que lo descubrieran. Nunca había mentido a los chicos antes de aquello, aunque supongo que ahora les miento todo el rato. Sentí náuseas al verlo, eso sí. Le habría destrozado verla con cualquiera, pero ¿conmigo? ¿Con uno de nosotros? Joder.

Y luego tengo este recuerdo de Daisy y no acabo de entender por qué está ahí. Alrededor de una semana antes de que empezáramos a liarnos, la vi. Estábamos en uno de los locales de Jo. Ella estaba con los Chicos Perdidos, yo estaba con la Colección Completa, y ni siquiera hablé con ella, pero sí recuerdo mirarla desde la otra punta del local y verla; ella hablaba con Booker y el chico dijo algo y el modo en que ella echó la cabeza para atrás al reírse, el modo en que abría toda la boca al sonreír, no solo la curvaba hacia arriba, solamente recuerdo verla y pensar que era jodidamente preciosa, y me pregunté si debería ir a hablar con ella, pero entonces BJ hizo enfadar a Parks y ella se puso en modo QTJBJ y de repente tuve bastante entre manos. La imagen de Daisy esa noche vive en mi cerebro, de gorra, 365 días al año. Pidiendo café: la cara de Daisy.

Poniendo gasolina: la cara de Daisy. Comprando: la cara de Daisy.

Es que es una buena cara, supongo.

Parpadeo un par de veces, me la quito de la cabeza, me concentro en el presente. Estamos en Seven Park Place (el favorito de Magnolia) y es una cena con todos. Nos han puesto donde nos ponen siempre. Yo estoy al lado de Hen. Beej está delante de mí, rodea con el brazo la silla de Parks.

Esta noche soy invisible. No me ha mirado ni una puta vez.

Ella cotorrea con Henry, le comenta por qué piensa que la piel de caimán es «el equivalente en piel del suministro controlado de diamantes», cuando una canción suena de fondo y ella se queda quieta y entonces nuestras miradas se encuentran desde lados opuestos de la mesa.

Nunca pretendí que pasara, lo de Parks y yo.

Cuando Beej y Parks rompieron fue una absoluta pesadilla.

Estaban juntos un día (no podías separarlos ni con un machete) y al siguiente ya no lo estaban.

Las señales estaban ahí si las buscábamos. Hubo una fiesta y Magnolia no fue, pero honestamente, tratándose de ellos y siendo como eran, jamás se me pasó por la cabeza, fue algo muy impropio del BJ de esa época. Él la amaba, estaba loco por ella, pensaba en ella día y noche, habría matado a quien fuera por mirarla de reojo.

Lo que yo sentía por ella en ese entonces estaba en segundo plano, visible pero ignorado. Hice las paces con la idea bastante rápido cuando empezaron a salir. Perdí la oportunidad, lo sabía, y lo nuestro ya no iba a pasar. Lo sabía porque se miraban el uno al otro del mismo modo que siguen mirándose ahora.

No la llamé cuando pasó. Su ruptura fue una fractura extraña por el centro de nuestro grupo. Fue como si ella no supiera estar con nosotros ya, en realidad ni siquiera habló con Henry durante un par

de semanas; hasta ese punto se separó de nosotros.

Habían pasado ya un par de meses o algo así, todo seguía estando raro (ella y las P desaparecieron de la faz de la tierra) y entonces la vi por la ventana de Papillon, desayunando sola. Me pareció raro. Ella no sabe estar sola, nunca ha sabido. La silla vacía que tenía delante se me antojó una invitación. El destino, quizá, pero, en retrospectiva, sin duda no la fortuna.

Entré, me senté delante de ella y no hablamos de la ruptura, ni siquiera le pregunté cómo estaba; me limité a comerme una tostada, le conté la cita de mierda que había tenido la noche anterior con una chica de James Allen y se echó a reír. Luego me contó que su madre y una marquesa se quedaron atrapadas en un establo a las tres de la mañana, y luego vimos una peli y la dejé en su casa.

Y no fue algo consciente, no pretendí que volviera a gustarme, es solo que todo volvió a estar en primer plano y la cámara volvía a enfocarla.

Estaba bastante convencido de que eran imaginaciones mías, las cosas que me parecía que estaban encendiendo la chispa entre nosotros. Eran un montón de mierdas tontas: miraditas, manos rozándose, hombros tocándose cuando estábamos el uno junto al otro, intercambios de miradas más largos de la cuenta… Cosas que no eran nada y que a decir verdad hubieran podido no significar una mierda.

Sin embargo, llegó ese día en que nos pilló la lluvia y la metí en una cabina de teléfono y ella estaba completamente empapada y estaba jodidamente preciosa. Le aparté el pelo del rostro y sentí que podía besarla, antes de hacerlo ya sabía que no debería haberlo hecho, pero ella tenía los ojos fijos en mí, me miraba como si esperara que lo hiciera, hasta se estaba mordiendo un poco el labio inferior, y ¿sabes qué? Cuando pienso en ese momento, puedo sentir

una nube cubriendo el horizonte. Aparece ese leve rumor de los truenos que ya no es tanto algo que oigas, sino más bien algo que sientes en la tierra, y tuve miedo porque me pareció algo enorme y pesado, y entonces la besé de todas formas.

La cosa avanzó bastante rápido a partir de ese momento, casi tuvimos sexo en el asiento de atrás de mi coche ese mismo día. Supongo que eso ya tendría que haber hecho saltar las alarmas, porque no era nada propio de ella; no había estado nunca con una persona que no fuera Beej y ¿tras un beso en una cabina de teléfono ya me estaba desnudando en el asiento trasero de mi coche?

Puedo ver qué fuimos durante la mayor parte del tiempo: ella estaba en llamas, se estaba quemando viva. Yo fui la manta isotérmica en la que ella se envolvió.

Y eso habría estado bien de haber sido todo. Incluso pienso que podría superarlo. Pero entonces un día le dije que la quería y ella me dijo que también me quería, y la creí. Me quería. ¿Me quiere? No lo sé.

La canción es *The Tennessee Waltz*, y cuando Magnolia la oye en el Seven Park Place se le abren los ojos más que de costumbre y traga saliva.

Desvía la mirada hacia mí y no puedo ocultar la sonrisa que se me pinta en el rostro antes de que BJ lo pille todo y los ojos se le vuelvan rendijas.

Me señala con la barbilla, mirándonos alternativamente a Parks y a mí.

—¿Por qué sonreís vosotros dos?

Entonces el humor de toda la puta mesa cambia, incómodo.

—Por nada —dice Magnolia, restándole importancia.

—Por nada, tío —contesto yo a la vez, haciendo un gesto con la mano.

—¿Nada? —repite Beej.

Henry se revuelve, incómodo, a mi lado.

—Sí. —Parks le sonríe tranquila y él la mira durante un par de segundos antes de apartar el brazo que tenía en su silla.

BJ me mira con los ojos llenos de resentimiento.

—Esa puta sonrisa no ha sido por nada, colega…

—Beej… —Magnolia le toca el brazo y a mí me dan ganas de vomitar.

—¿Qué cojones ha sido esa sonrisa? —le pregunta mientras la fulmina con la mirada y, si te soy sincero, no me apasiona cómo le está hablando. Tampoco a Hen, que ha cuadrado la mandíbula y lo observa todo de cerca, sin perder detalle.

Beej se pone de esta manera cuando va borracho. Se vuelve desagradable, recuerda que una vez Parks también me deseó y no puede con ello. Peor, esta noche los ojos de Magnolia ocultan unos nervios con los que no quiero jugar. Se la ve tan triste. Puto odio que esté triste. Lo único que quiero es hacerla sentir mejor.

—Cuando estábamos juntos, fuimos a Gwynedd. Llovía a cántaros. Nos quedamos atrapados en el barro. Lo único que había a kilómetros a la redonda era un puesto de fritos, y entramos. Sonaba esta canción, eso es todo. —Me encojo de hombros como si no fuera nada.

Magnolia traga saliva con esfuerzo porque sabe que es mentira que no fue nada.

Dormimos en mi coche, empañamos las ventanas, la abracé contra mí toda la noche. Probablemente fue una de las mejores noches de mi vida, bailar en el puesto de fritos con ella al son de esta canción.

Sin embargo, esto no lo aplaca; de hecho, casi parece más enfadado.

—BJ… —Magnolia le coge el brazo—. Fue hace muchísimo tiempo…

—Sí, y tú has superado todo lo que yo hice hace siglos, ¿verdad?

Ella lo mira sorprendida.

—No es lo mismo.

Beej se levanta de la mesa, mirándonos a Parks y a mí.

—Que os follen a los dos. —Y luego arremete con la estocada final —. A eso voy yo.

Y se va caminando tranquilamente hacia la barra.

—¿Estás bien? —le susurra Paili, pero ella no la escucha. Tiene los ojos fijos en BJ, que ya está tirándole los tejos a una chica que hay en la barra y me pregunto cómo acabará esta noche. ¿Parks se pondrá en modo QTJBJ o se va a disolver hasta formar un charco que Henry va a tener que arrastrar hasta casa y cuidar toda la noche?

Parks me mira, se pone las manos en las mejillas, se le hace una arruguita en el ceño como siempre que se pone nerviosa.

—¿Qué haces luego? —me pregunta con una débil sonrisa y no sé por qué eso me sienta como una bofetada en toda la cara, pero me sienta así.

Siento que la fulmino con la mirada.

—Que te follen —contesto vocalizando mucho. Ella echa la cabeza hacia atrás, sorprendida—. Pero, en serio, que te follen.

Cojo mi copa, la apuro de un trago y me voy de su puto lado.

Saco el móvil.

Escribo a Daisy.

Hola

Hola

Qué haces?

Miro una peli

Dónde?

En casa

Quieres que vaya?

No, estoy con un amigo.

Miro la pantalla y parpadeo sorprendido.
¿Un amigo? ¿Qué cojones?

Guay.

Vuelvo a meterme el móvil en el bolsillo y saco las llaves.
—¡Eh! —Henry viene corriendo hasta mí—. ¿Estás bien?
Asiento con la mandíbula apretada.
—¿Te vas a ver a Daisy?
Lo miro con elocuencia.
—Está con alguien.
—¿En plan liados?
—No lo sé… —Frunzo el ceño. Aunque me jode bastante pensarlo y, oye, ¿por qué coño me pregunta eso?
Me sonríe un poco.
—¿Te molesta?

—No. —Pero sí. Frunzo más el ceño—. Me da igual.

Henry pone los ojos en blanco.

Señalo hacia dentro con la cabeza.

—¿Dónde está el charco?

—Se han ido sin decir adiós. —Se encoge de hombros.

—¿Juntos? —No puedo evitar sorprenderme y señalo hacia atrás con el pulgar—. ¿Me voy cinco minutos y esos dos se convierten en una pareja funcional?

Henry lo reflexiona.

—Yo no diría funcional, exactamente…

Suspiro, aprieto los dientes. ¿Por qué cojones Daisy no puede quedar?

—¿Ese suspiro es por Magnolia o por Daisy?

Lo fulmino con la mirada.

—Por ninguna.

—Y una mierda.

—¿Qué amigo? —pregunto.

—Entones, por Daisy… —dice Henry con un hilo de voz y yo le ignoro.

—A ver, ¿con qué amigo está que prefiere estar con él antes que conmigo?

—Pensaba que no estabais juntos —me dice, fingiendo que está confundido. Lo reprendo con la mirada—. ¿Lo estáis? —presiona.

Me señalo a mí mismo.

—¿Sabes? Soy el segundo al mando de la segunda familia de criminales más importante de Inglaterra.

—Uuuh. —Henry mueve los hombros con sarcasmo.

Pongo los ojos en blanco y echo a andar hacia mi coche.

—Vete con otra chica y a vivir. —Henry se encoge de hombros.

No viene siendo la clase de consejo al que me tiene

acostumbrado, así que lo miro con suspicacia.

Tiene las cejas enarcadas y una expresión irritante en el rostro. Me está provocando. Intenta demostrar algo.

—No. —Me encojo de hombros con indiferencia.

—¿Por qué?

—No quiero. —Me encojo de hombros una vez más, desafiante, al tiempo que me meto en el coche.

Enciendo el motor lo más rápido que puedo para que haya un ruido llenando el espacio en mi mente. Sin embargo, la pregunta llega de todos modos: ¿por qué no quiero?

13.12

Daisy

Actualización sobre Culo Impecable, por favor.

no hay

Parece improbable.

Todavía le gusta.

Magnolia?

Sí.

Cómo lo sabes?

Lo sé y punto.

No serán pelis tuyas?

No.

DIECISIETE

Julian

Tenemos un montón de frentes. La mayoría son los que ya te esperas: un poco de crimen organizado, extorsión, drogas en fiestas. En general se reduce a abrir medios para que otras personas hagan el trabajo, trabajen en y por toda mi jurisdicción. Lo del contrabando de armas era cosa de mi padre, de modo que yo lo mantengo, pero lo que más me gusta es el arte. Me gusta planear los robos. Cuanto más difícil sea robar, más me divierto.

Tengo una reputación (tipo peligroso, no te acerques, mucho drama), mataría a alguien si tuviera que hacerlo, aunque probablemente preferiría que no. Diré si alguien tiene que morir, seré yo quien apriete el gatillo. No me gusta que otros me hagan el trabajo sucio. Todo es trabajo sucio. Es de débil mandar a otros que lo hagan por ti. Si no tienes el valor para hacerlo tú mismo, no vale nada lo que tengas que decir.

Tengo un barquito en los muelles de St. Katherine. Un pequeño Rivamare negro.

Casi siempre lo tengo ahí parado en el muelle. Me gusta para tomar el sol y es una alternativa bastante buena a un hotel para llevar a las chicas cuando Daisy se está comportando como una tocapelotas en casa. Le encanta ser una tocapelotas, a mi hermana.

Cree que su misión personal en la vida es joderme tantas citas como pueda cuando las llevo a casa. Hace una semana le dijo a una chica que encontró en mi cama que le recordaba a nuestra madre. Se cargó bastante el ambiente.

El barco también me va bien para pensar. Hay silencio, incluso cuando no lo hay literalmente. El sol y el agua tienen ese efecto para mí, y me gusta la combinación. Me gusta cómo pega en el agua, hace que mi cerebro se sienta bien, más suelto.

El arte tiene el mismo efecto. En el mejor de los casos, me saca de lo que sea que esté haciendo en ese momento y me lleva a otra época. En el peor, hace que ladee la cabeza y lo mire todo de un modo un poco distinto.

Me gusta Klimt. *Judith con la cabeza de Holofernes* es mi favorito. Hace un tiempo que le eché el ojo.

—¿Vas a aceptar el encargo? —pregunta Declan al tiempo que me mira.

Lo miro a él y luego a Koa, que está tomando el sol sin camiseta en la proa del barco. Se incorpora sobre un codo y nos mira.

—No me gusta —me advierte.

Me encojo de hombros.

—A mí tampoco me gusta.

—No vale sesenta mil, Jules. —Kekoa niega con la cabeza.

—No, no los vale. —Me inclino, estirando los brazos por encima de la cabeza, mirándolo por el rabillo del ojo—. Aunque sí vale cien millones.

Declan parece confundido, pero Kekoa se pone de pie y viene hacia mí, mirándome con los ojos achicados.

—¿Vas a llevarte el *Holofernes*?

Asiento.

—Robaré un Klimt y lo pagará otro hombre.

Kekoa asiente, lo reflexiona.

—¿Estáis listos? —Miro a los chicos.

Decks se encoge de hombros.

—Siempre.

Kekoa vuelve a encogerse de hombros.

—Sí, claro, ¿por qué no? —Luego se sienta a mi lado y me mira por el rabillo del ojo—. Oye, ¿cómo estás ahora que Rome ha vuelto?

Es una pregunta estratégica porque Kekoa es lo más parecido que tengo a un padre y es un papel que representa con cautela y orgullo.

—¿Tú cómo estás? —le planteo porque seguramente es una pregunta más importante. Él me mira.

—Entonces ¿ha vuelto-vuelto? —pregunta Declan.

Asiento.

—Sí, eso dijo Carms.

Kekoa suspira.

—Problemas, ¿crees? —Declan frunce el ceño.

—¿Con ese par? —Kekoa enarca una ceja—. Siempre.

Alguien pega dos palmetazos en mi barco con la mano abierta y nos sentamos todos erguidos de golpe, Koa acerca una mano a la pistola.

—¿Quién se ha metido en problemas? —pregunta Killian Tiller, con su compañero detrás de él. El tonto. Hoover se llama, o algo así. Como si fuera una aspiradora.

—Joder, vete a la mierda, Tiller… —suspiro—. Daisy no está aquí.

Se cruza de brazos.

—No he venido por Daisy.

Declan se pone de pie de un salto.

—Y una mierda que no.

Tiller lo mira sorprendido y yo le doy un golpecito a Decks en el pecho para que se calle.

—¿Qué quieres? —le pregunto mientras me pongo de pie.

—Anoche desapareció una chica de Watford.

—¿Y me preguntas a mí? —Me echo para atrás, ofendido—. Vete a la mierda —escupo.

Tiller parece sorprendido y yo lo fulmino con la mirada.

—Nosotros no hacemos esas mierdas —le dice Kekoa cuando yo no digo nada más.

—¿En serio? —pregunta Tiller, enarcando una ceja.

—En serio. —Lo fulmino con la mirada.

No lo hacemos.

Nunca lo hemos hecho y nunca lo haremos.

El tráfico de personas mueve muchísima pasta, el negocio de esclavos está en auge, pero no tengo agallas para eso. ¿Drogas y armas? Claro. ¿Arte? Cuando quieras. Gente, joder, no.

Tenemos una línea infranqueable y hay tres cosas que no suceden jamás bajo mi vigilancia: nada de tráfico de personas; nada de abusos sexuales; nada que tenga que ver con críos, ni siquiera secuestros. Esas son las reglas que me impuso Daisy cuando tenía diez años. ¿Qué clase de niña de diez años sabe lo que es el tráfico de personas?

Sigo las reglas. Mis hombres las siguen. Si no lo hacen, no es que los eche, es que los mato. La acusación de Tiller no se toma a la ligera por una buena razón.

Me observa un segundo, evaluándome. Asiente una vez.

—Vale. —Empieza a irse.

—¿Cuántos años tiene? —le pregunto con un grito.

—Veinte —me contesta su compañero.

Aprieto los dientes. Me toca demasiado de cerca. Te juro que odio

esta puta mierda.

—Si oís algo… —Tiller me mira a los ojos.

Asiento.

—Sí. Te lo diré.

Y lo haré.

16.32

+44 7700 900 959

Hola

Hola

Estás bien?

Sí. Bien. Tú?

Bien.

Solo quería saber que todo bien.

Qué mono.

No tienes veinte años, verdad?

Pues no.

Por qué?

Por nada.

Vale… jaja.

Qué misterioso…

Estás bien?

Claro.

Sí, estoy bien.

Vale.

Puedes llamarme, si me necesitas.

Si pasa algo de mierda, puedes llamarme.

Eso me han dicho…

DIECIOCHO

Christian

Han pasado unos días desde que Daisy y yo hablamos. Es un poco raro, supongo. Me sentí raro la otra noche, pero no me apeteció darle más bola, así que no se la di. Aunque… sí me pregunté con quién estaba que no quería echar por mí. No tiene muchos amigos porque no es una chica muy amigable. ¿Jack? Seguramente solo era Jack.

No le dije nada al día siguiente, sin embargo, para hacerle saber que no estaba pensando en ello; pensé que me escribiría ella primero. No lo hizo.

Decidí no darle más bola tampoco a eso, porque ¿por qué iba a hacerlo? No somos nada.

En cambio, he ido a uno de mis locales favoritos: Nysa. Esto es como *El sueño de una noche de verano*, idea de Magnolia, la verdad.

Y ya que la menciono, el panorama se está convirtiendo un poco en un circo. Está hablando con otro tipo; un clásico. Le encanta una buena evasiva. Le doy un mes a Tom England.

En Nysa hay muy buen ambiente hoy, buen equipo; estoy repasando el terreno cuando veo aparecer un viejo rostro conocido.

Le doy un golpe en el brazo con una gran sonrisa.

—¡Rome! —Le sonrío.

—Hemmes. —Me abraza.

—Me alegro mucho de verte, tío. ¿Cuándo has vuelto?

—No hace mucho. —Se encoge de hombros.

—No sabía que venías, tío… —Doy un sorbo de mi sazerac—. Te habría organizado una mesa. ¿Con quién has venido?

Señala a alguien que está detrás de él y luego una chica asoma la cabeza junto a su hombro.

—Daisy. —Parpadeo.

—¡Hola! —Luce una sonrisa radiante.

Dios. Joder. ¿Joder por qué? Mierda. Lo retiro, nada de joder.

—Hola. —Le sonrío, pero parece forzado. Desvío la mirada de Daisy hacia Romeo y la expresión me cambia más de lo que debería.

Entonces no digo nada. ¿Por qué no digo nada?

Habían salido juntos, ¿verdad? Ya lo sabía. Aunque hacía tiempo que no pensaba en ello. A decir verdad, no pienso mucho en que Daisy haya salido con nadie, si te soy sincero; aunque no hay que darle importancia, porque no pienso en que nadie salga con nadie exceptuando a Magnolia, así que, en fin, eso te dice todo lo que te hace falta saber.

Daisy se revuelve un poco.

—¿Cómo estás?

—Sí… —Asiento—. Bien. Sí. Ocupado. He estado ocupado, pero estoy bien.

Le cambia la cara.

—Bien.

—Yo también estoy bien —anuncia Romeo, con los hombros algo tensos.

Lo miro, intentando que no se me vea molesto.

Daisy nos mira incómoda. Está siendo jodidamente raro.

—También bien.

—¡Hermano! —Julian me agarra del brazo. Gracias a Dios—. ¡Me flipa tu chaqueta!

—Gracias, tío. —Vuelvo a mirar a Daisy—. ¿Vamos a por una copa? —Me aseguro de mirar también a Romeo porque sería raro si no lo hiciera.

—Claro —asiente Romeo—. Yo me tomaré un old fashioned y ella…

Lo corto.

—Sé lo que le gusta a ella.

Daisy se queda quieta.

—Sí. —Romeo adelanta el mentón y asiente una vez, nada impresionado—. Eso he oído…

Julian suelta un silbido grave y luego le pasa un brazo por los hombros a su hermana, entre risas se la lleva de allí.

Rome y yo nos miramos fijamente unos segundos, luego hago un gesto con la cabeza hacia la barra.

Estamos raros. Hace años que somos amigos, aunque admito que, probablemente, era una amistad circunstancial. A ver, ¿cuántas personas más podrían entender las mierdas familiares que conlleva ser quienes somos?

Supongo que Daisy tiene un tipo.

No es que ella y yo seamos…, en fin. Ya sabes.

Pido una ronda de copas y me vuelvo hacia él.

—¿Qué tal Nueva York?

—Ya sabes… —Se encoge de hombros—. Siempre mola.

—Se pueden tener muchos problemas por allí…

Suelta un bufido.

—Era un poco la intención…

Me rasco el cuello, intento calarlo, descubrir por qué ha vuelto.

—¿Por eso has vuelto?

Achica un poco los ojos.

—No.

—Es que… —Me encojo de hombros—. Es guay que hayas vuelto, tío.

—Ah, ¿sí? —Habla con un tono raro.

Asiento, sobre todo con la barbilla.

—Sí.

Soy más grande que él. Y más alto. Mido metro noventa y él medirá solo… ¿A quién coño le importa? Soy más alto. Y también mayor que él.

Suelto una risita desenfadada y niego con la cabeza. Superrelajado.

—Se me había olvidado que ella y tú habíais estado juntos.

Romeo me observa un segundo.

—Y una mierda —dice y no puedo creerlo. Vaya putos cojones que tiene el puto tío este.

Me presiono la lengua contra el labio inferior, parpadeo un par de veces.

—¿Perdona?

—Ya quisieras, colega. —Rome niega con la cabeza—. Estuvimos juntos como seis años. No se te había olvidado, ¿cómo se te iba a olvidar?

Lo miro como si fuera idiota.

—Si te soy sincero, hasta hace un par de meses todavía pensaba en vosotros dos como si fuerais críos.

—Ah, ¿sí? —Me fulmina con la mirada, el resentimiento empieza a burbujear bajo la superficie—. ¿Qué pasó hace unos meses?

Le lanzo una sonrisa rápida.

—Que descubrí que Daisy tenía veinte años y empecé a follármela.

Aprieta la mandíbula.

Podría machacarlo en una pelea, fácil, cuando quisiera, con los ojos cerrados.

No me gusta meterme en peleas, la verdad. Se me dan bien. Demasiado bien. Maté a un tipo una vez. Una pelea en el callejón de atrás de uno de los locales de Jo. Estúpido. No merecía morir y yo no pretendía matarlo. Aunque no cambia mucho las cosas. Él está muerto igualmente y yo lo maté igualmente, por eso ahora no me meto en peleas. A no ser que deba hacerlo.

Me pregunto si Romeo va a intentar empezar algo. Carmelo no permitiría que fuera demasiado lejos. Jo me mataría, pero yo me llevaría un palo en la cara por Daisy. Que no es que esto venga por Daisy. Aunque un poco sí es por Daisy, supongo.

Y entonces alguien me agarra del brazo y me hace girar para quedar de cara. Alguien. Como si no supiera quién. Unas manitas. Reconozco su contacto.

Daisy Haites me está fulminando con la mirada, está muy enfadada y ha puesto los brazos en jarras.

La miro y frunzo el ceño, luego le ofrezco su gin-tonic.

Ella me ignora.

—¿Has despedido a Matt?

Mierda.

Aprieto los labios.

—Sí.

Enarca las cejas.

—¿Por qué?

Suelto una risita incómoda, desvío la mirada hacia Romeo, que ha fruncido el ceño y nos mira atentamente.

Daisy se cruza de brazos.

—¿Ha sido por mí?

Me cambia la cara.

—No —le digo, y la pregunta me hace sentir sucio.

—Entonces ¿por qué? —insiste.

La miro a ella y luego otra vez a Romeo.

—¿Podemos hablarlo luego?

—No. —Niega con la cabeza, obstinada—. Podemos hablarlo ahora.

No me gusta que me regañen en mi propio local, de modo que señalo el pasillo con la cabeza.

—En mi despacho entonces, ¿vale?

Romeo suelta una risa irónica y pone los ojos en blanco.

Daisy le toca la muñeca (no me gusta) y lo mira a los ojos.

—Vuelvo en un segundo.

Él asiente, parece molesto.

Me apoyo en la barra, hago un chasquido para llamar la atención del camarero. Señalo a Romeo y digo:

—Pon en mi cuenta lo que quiera…

El camarero asiente, luego coloco una mano en la cintura de Daisy y la guío por el pasillo.

Le agarro la muñeca en cuanto llegamos al recodo, la meto en mi despacho y cierro la puerta.

No le suelto la muñeca. Sé que probablemente debería. Aunque no puedo decir que quiera en realidad…, es un poco raro.

Ella se apoya contra la puerta y me fulmina con la mirada.

Baja los ojos hacia el punto donde la estoy tocando, nuestras miradas vuelven a encontrarse y la beso tan fuerte que se golpea contra la puerta.

Es un beso muy fuerte, angustioso, y ella está cabreada conmigo, lo sé, pero me lo está haciendo pagar en la boca. Es como si se derritiera dentro de mí. Deslizo una mano bajo su vestido y ella me atrae hacia sí. Me encanta besarla, lo admito. Más de lo que me

gusta besar a otra gente, y podría resultar raro ser consciente de ello, pero es que también se le da mejor que a cualquier otra persona a la que haya besado últimamente.

Invierto mucho tiempo pensando en besarla. Qué partes de su cuerpo podría tocar, cómo reacciona cuando lo hago. La sensación de sus labios rozándome el hombro… Alargo una mano y cierro la puerta y el sonido del pestillo la arranca del momento. Me empuja un poco para apartarme y vuelve a fulminarme con la mirada.

—¿Por qué lo has despedido? —Vuelve a bajarse el vestido de un tirón, recomponiéndose.

Respiro con dificultad, alargo la mano para colocarle un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Por qué te disgusta que lo haya hecho?

—¿Por qué lo has hecho? —Pega un pisotón con su piecito y lo miro, divertido.

Me rasco el cuello, incómodo, luego me encojo de hombros.

—Es que no estaba funcionando.

—Porque…

Vuelvo a encogerme de hombros.

—Estaba apuntando en mi cuenta las copas de otra gente.

—¡Mis copas! —Se señala a sí misma.

Frunzo el ceño.

—Sí, pues…

—¡Pues nos estamos acostando! —me interrumpe—. ¡Hace un mes despediste al belga ese que quiso hacerme pagar las copas!

La miro mal porque no es lo mismo.

—Sí, pero eso es porque eres mi… —me callo de golpe. Mierda.

Enarca las cejas, de repente borracha de poder.

—¿Soy tu qué?

Cambio el peso del cuerpo de un pie al otro, me cruzo de brazos.

Creo que se me ha cambiado la cara. ¿Es mi qué? No lo sé. No sé qué cojones me está pasando.

Niego con la cabeza.

—Es que no me caía bien Matt.

—¿Por qué? —Se encoge de hombros, irritante como ella sola. Me dan ganas de besarla, pero…—. ¿Qué razón tenías?

—No había razón.

—Claro que había razón. No eres tan irrazonable como para que no hubiera una razón de verdad para que despidieras a un camarero perfectamente bue…

—No era tan bueno… —Niego con la cabeza.

—Era muy bueno. Uno de tus mejores camareros, de hecho. El único de tus trabajadores de aquí que sabe hacer un long island perfectamente equilibrado…

—Es una bebida de mierda. —Pongo los ojos en blanco—. Nadie la pide.

—¡Tú te tomaste uno hace un par de noches! —Pega un pisotón.

Mierda. ¿Por qué es tan observadora?

—¡¿Qué razón tenías?!

—No había razón…

—¡Dime la razón!

—Porque no me gustaba cómo te mi… —Cierro la boca de golpe. Mierda. ¿De dónde coño ha salido eso? Mi boca decide esbozar una sonrisa que ojalá no estuviera allí y los putos ojos de Daisy se iluminan como si fueran un jodido árbol de Navidad. Lisonjera de mierda.

—¿Cómo me qué? —pregunta, toda altiva.

La miro con los ojos achicados, aprieto los dientes, incómodo y divertido a la vez.

Ella enarca las cejas hasta el techo, esperando.

—¿En serio me obligarás a decirlo? —bufo, intentando no sonreír.

Ella asiente orgullosa y yo reprimo el impulso de besarla, aunque me muero de ganas.

—¿En serio? —Parpadeo, intentando fingir impasibilidad.

—Ajá. —Me dedica una sonrisita tensa, sigue esperando.

Suelto un bufido, niego con la cabeza ante la niñata consentida que tengo delante.

—No me gustaba cómo te miraba —digo muy deprisa y encogiéndome de hombros.

—Oooh —canturrea ella, y yo pongo los ojos en blanco. Dios, es un fastidio.

—¡Para! —Me río, negando con la cabeza.

—No. —Se encoge de hombros con una sonrisa radiante—. Es que me resulta interesante, porque creía que no nos poníamos celosos.

—No estaba ce… —empiezo a decir y luego vuelvo a callarme, porque me estoy metiendo en el hoyo yo mismo. En lugar de seguir, suelto una carcajada seca de irritación—. ¡Joder! ¿Puedes ser más creída?

—Seguramente sí, si lo intento. —Me sonríe juguetona. Se la ve muy feliz. Me encanta que esté feliz.

Echa a andar y se sienta en mi escritorio.

—A ver, ¿te das cuenta de que has despedido al que es tu mejor camarero porque no te gustaba cómo me miraba mientras tú estabas ocupado tocándole el muslo a una chica de *Geordie Shore* asquerosa y ordinaria?

Me paso la lengua por el labio inferior y esbozo una sonrisa que dejo durar un segundo.

—Creía que no nos poníamos celosos, ¿no?

Frunce el ceño al instante.

—No estaba celosa —me dice.

La miro con elocuencia.

—Lo parecías.

Ella pone los ojos en blanco.

—«Sé lo que le gusta a ella» —dice, imitándome.

Aprieto un poco los dientes, achico los ojos, señalo la puerta con la cabeza.

—¿Era él el amigo con el que estabas la otra noche?

Frunce mucho el ceño.

—Sí.

—Vale. —Asiento. He sonado impasible.

—¿Qué?

Me encojo de hombros.

—Aunque no es tu amigo en realidad, ¿no?

Pone cara de ofendida, como si algo de lo que he dicho le hubiera hecho daño de verdad. No me gusta esa sensación.

—Desde luego que es mi amigo.

—¿Qué clase de amigo? —le pregunto, y no sé por qué.

De todos modos, no quiero saber la respuesta, en realidad. Ella vuelve a ofenderse con la pregunta.

—Mi mejor amigo —dice en voz baja, y no sé por qué, pero que su respuesta sea esa me da putas ganas de vomitar y creo que odio a Romeo Bambrilla, lo cual es raro, porque hace media hora no tenía absolutamente nada en su contra y ahora estoy aquí, encogiéndome de hombros con aire desdeñoso, en la cara de su supuesta mejor amiga, echando pestes sobre él.

—Es un follador —le digo. No sé por qué.

Ella me fulmina con la mirada.

—¿Y qué eres tú? ¿Un leñador?

Pongo los ojos en blanco y me acerco a ella más de la cuenta, la miro con fijeza, sentada en mi escritorio.

—En realidad no te gusta —le digo.

Ella suelta una carcajada que me hace sentir tonto.

—Ah, ¿no?

—No. —Me encojo de hombros—. ¿Cómo iba a gustarte? Es un puto matado. No está haciendo nada con su vida…

—Ah, claro —me interrumpe, chasqueando los dedos una vez—. Se me había olvidado tu Premio Nobel de la Paz…

—Al menos yo tengo un trabajo. —La miro con elocuencia—. Él desaparece durante meses y se funde la pasta como un puto cocainómano.

Su mirada se vuelve oscura.

—Cállate.

No lo hago.

—Con una modelo distinta cada mes. Sin ir a ninguna parte…

—No hables así de él. —Niega con la cabeza.

Me agacho para que nuestros ojos queden al mismo nivel, y no sé por qué estoy peleándome con ella. Aunque no quiero parar.

—¿Cómo dices?

—He dicho que no hables así de él —repite con voz grave.

Suelto un bufido, porque al parecer me he vuelto un petulante.

—Hablaré de él como me dé la puta gana.

Me aparta para pasar, negando con la cabeza.

—Delante de mí, no lo harás.

—¿Y eso por qué? —Voy tras ella, la agarro por la muñeca y la hago girar para que me mire.

Parece no tener respuesta para esa pregunta. Frunce el ceño, ordena sus pensamientos, pero no los comparte.

—Porque es importante para mí.

La miro de arriba abajo. No me gusta.

—¿Qué rollo os traéis vosotros dos?

—Ningún rollo. —Se encoge de hombros como si fuera simple, pero ya veo que no lo es.

—Y una mierda —le contesto—. Yo también os conocí cuando estabais… Lo que sea.

Espero que no se lo cuente.

Pone una cara rara, se pierde en un lugar lejano y sin esperanza.

—No lo sé. Es solo que es… ese chico.

Odio eso. Asiento.

—¿Qué chico? —La voz me suena impaciente.

Ella se encoge de hombros como si no pudiera evitarlo.

—Ese… chico… especial.

La miro con fijeza y por un segundo me siento como si alguien le pegara una patada a un piano para tirarlo por las escaleras y yo estuviera al final.

—Bueno —la miro con elocuencia—, pues ese chico especial tuyo es una puta broma…

Y entonces me mira a los ojos, y si las miradas mataran…

—Esa puta broma me salvó la vida.

Me echo para atrás.

—¿Qué? —Hago ademán de agarrarla por la muñeca de nuevo, pero ella se aparta con ímpetu—. ¿De qué?

No dice nada, se limita a fulminarme con la mirada y me odio a mí mismo. He entrado en bucle. ¿De qué cojones necesita que la salven? Me dan ganas de vomitar solo de pensar en que le pase algo, y no sé de qué habla, tampoco quiero saber de qué habla. Si él la salvó, entonces ellos tienen una de esas putas conexiones místicas y no quiero que la tengan, así que lo único que puedo hacer es intentar arrojar un poco de luz al asunto.

—¿Te salvó la vida porque estabas a punto de darle un bocado a un entrecot echado a perder o…?

Me lanza una mirada oscura, se cruza de brazos y luego gira sobre sus talones.

—Vete a la mierda.

DIECINUEVE

Daisy

Requerí de toda mi fuerza de voluntad tras esa discusión[91] tan rara con Christian para no besar a Rome. Me hizo enfadar tanto, y fue tan capullo, y fue tan borde al hablar de Romeo, y encima de golpe y porrazo, sin ningún motivo en absoluto. Y sé que está enamorado de Magnolia, así que no sé por qué se puso de esa manera, pero fue raro y luego me quedé disgustada y quise hacer algo para disgustarlo a él, aunque no sé qué podría disgustarlo, porque estoy desarrollando la sospecha de que nunca le importaré una mierda, no como me importa él a mí.

En fin, que me sudaron las manos y me puse roja, y antes de poder siquiera intercambiar una mirada con Rome, Julian me vio y mandó a Miguel llevarme a casa.

Christian no me escribe, no me llama. No me pide venir a casa. Hace ya un par de semanas[92] que no nos acostamos, y supongo que no pasa nada, pero siento una oleada de náuseas al pensarlo porque si no se está acostando conmigo, sin duda alguna lo está haciendo con otra persona, y quiero tirarme por una ventana cuando pienso en la boca de otra recorriéndole el cuerpo.

Romeo, sin embargo, se presenta a la mañana siguiente.

El pelo rizado hecho un desastre, los ojos cansados, las manos en

los bolsillos de los vaqueros anchos que lleva. Me abraza por la cintura sin decir absolutamente nada y apoya la barbilla en mi cabeza y no sé por qué.

Puedo sentir cierta tristeza en él, como si estuviera preocupado por algo.

El abrazo dura más de la cuenta y me alegro mucho de que no nos vea nadie porque realmente me hace dudar de toda mi discusión de «lo nuestro no funciona», porque ahora mismo, en este momento en particular, eso parece una mentira. Pero como todos sabemos, eso solo es una parte de la ecuación.

La gran tragedia de Romeo y yo[93] es que hubo una vez en que lo nuestro sí funcionaba. Y tengo suficientes estudios para saber que hay un millón de razones distintas que pueden explicar la conexión que tenemos: infancias parecidas, traumas compartidos, circunstancias, proximidad…; todas esas cosas pueden ser ciertas, y ninguna de ellas importa porque Romeo está congelado en mi mente como el chico de diecisiete años que fue con el sol poniéndose detrás de él en Formentera. Tiene los hombros rosados, el pelo hecho un desastre, arena en el puente de la nariz, y yo estoy sobre sus pies, igual que los críos cuando bailan con sus padres.

Ese es él para mí. También es el chico que en el baño, con una navaja en el cuello, articuló con los labios que lo sentía y lloró cuando otra persona intentó matarme.[94]

No sé si lo nuestro funcionaría ahora, si puede funcionar, si deberíamos siquiera intentarlo…, pero lo que sí sé es que hay pocas cosas que me hagan sentir tanta seguridad como notar su cabeza sobre la mía.

Es la manta de seguridad viviente más sexy que conozco. Al menos para mí.

Romeo se queda todo el día.[95]

Mi hermano esconde su disgusto ante la vuelta de Rome (aunque a duras penas) porque ellos también tienen una relación complicada.[96]

A Julian le cae bien en el fondo.[97] Y eso es lo que cuenta.

Pero es que no podemos estar juntos, no funciona, eso es lo que dice mi hermano.

En fin, estamos todos en la sala de cine viendo una peli de Marvel cuando suena el timbre. Julian mira el reloj.

—Me da que es para ti, Cara.

—Es que no quiero levantarme. —Pongo los ojos en blanco y salgo de la sala.

Él bosteza.

—Sip —me dice.

Abro el portal de par en par.

—Tiller.[98] —Le pongo ojitos al tiempo que sonrío de oreja a oreja.

La expresión severa que lucía empieza a resquebrajarse, le tiemblan los labios mientras pone todo su empeño en ser un buen agente de la ley.

—¡Estas citas de portal se están haciendo ya semanales!

—Sí, a mí también me hacen mucha ilusión, Dais. —Mira detrás de mí—. ¿Tu hermano está en casa?

—Nop.[99]

—¿Sabes dónde estaba anoche?

—Nop.[100] —Sonrío con firmeza.

—¿Sabes con quién estaba?

—Creo que ya sabes adónde iremos a parar con esto, pero te lo diré porque ya es lo nuestro: nop.[101]

Aprieta los labios y niega con la cabeza. Yo apoyo la mía en el marco de la puerta y levanto la vista para mirarlo.[102]

—¿Qué tal está esa novia que tienes?[103]

Tiller me mira de hito en hito un segundo.

—¿Cómo sabes que tengo novia?

—Las relaciones en el trabajo son muy complicadas.

Lo miro con una mueca y él niega con la cabeza.

—La cosa no funciona así.

—¿A qué te refieres? —Parpadeo, fingiendo confusión—. Nuestra relación se fundamenta por completo en que me hagas preguntas sobre mí y mi familia que no son asunto tuyo… ¿Ahora me dirás que la comunicación no va en los dos sentidos?

—Pues no, solo va en un sentido, Dais. Soy investigador para la NCA, ¿recuerdas?

—Oooh. —Sonrío juguetona—. Ya me tiemblan las piernas.

Baja la vista y me mira hasta los pies, que llevo enfundados en unas pantuflas UGG.

—¿Nuevas? —Vuelve a mirarme a la cara.

—Sí. —Sonrío, contenta de que se haya dado cuenta—. ¿Te gustan?

Suelta una risita y me repasa con la mirada, desde las piernas hasta volver a los ojos.

—Claro.

—¿Todo bien por aquí? —pregunta Rome desde detrás de mí.

Vuelvo la mirada hacia él y noto que me pongo colorada. No tengo claro por qué.

—Sí —contesto enseguida.

Tiller se yergue y olvida su habitual gesto de apoyarse en la puerta.

—Bambrilla. —Hace un gesto con la cabeza hacia Romeo.

Romeo frunce un poco el ceño.

—Sí, ¿y tú quién coño eres?

Tiller suelta una risita de diversión e indiferencia.

—Este es Killian Tiller —le cuento a Romeo—. Está investigando a Julian.

—Bueno, pues vete a tomar viento —gruñe Romeo.

Tiller y yo nos miramos a los ojos. No le sonrío, aunque me apetece.

Camina de espaldas hasta los escalones de la entrada de nuestra casa.

—Dile a tu hermano que me llame, ¿vale?

—No lo haré.

Romeo se cruza de brazos, esperando a que Tiller se marche.

—Dile que he venido —se corrige Tiller.

Le dedico una sonrisa diminuta.

—Tampoco lo haré.

Él pone los ojos en blanco y luego baja los escalones a buen ritmo.

—No tengo novia[104] —dice Tiller cuando ya está al pie de la escalera—. Ya no.

Rome se tensa, pero yo me llevo las manos al pecho fingiendo emoción[105] y Tills pone los ojos en blanco de nuevo, sin embargo, esta vez los tiene brillantes y juguetones. Me dice adiós con la mano de un modo un poco insulso y luego se va.

Y, mira, te mentiría si te dijera que no me he planteado cómo sería salir con alguien como Tiller…, alguien completamente normal. Completamente ordinario, que no lo busque ningún estado ni agencia federal, un mero ciudadano común y corriente muy sexy. Creo que él piensa que yo soy emocionante. Me pregunto si yo soy para él lo que él es para mí: una huida absoluta de nuestras realidades y de nuestras vidas cotidianas; él para mí, una persona normal, y yo para él, una criminal.[106] Es solo una extraña manera

de soñar despierta, algo que no podría funcionar nunca, pero que sería divertido probar. Que no es que algún día fuéramos o pudiéramos hacerlo, pero a veces imagino cómo sería meterme en su coche y decirle que condujera, sin más. A veces creo que lo haría, que me besaría y que pisaría el acelerador sin mirar atrás. Otras veces creo que me llevaría derechita a la cárcel.

Olvida que he mencionado nada. No siento nada por Tiller, solo siento algo por la idea de ser normal.

Rome me mira con las cejas muy enarcadas.

—Bueno, ¿qué le parece a Jules que tengas algo con un poli?

Pongo los ojos en blanco y paso a su lado.

—No tengo nada con él.

—Lo siento… —Vuelve a señalar hacia la puerta—. Pero ya te digo que ahí había algo.[107]

Le lanzo una mirada.

—Son solo coqueteos.

—¿Con un policía? —Parece incrédulo.

—Es inofensivo. —Le lanzo otra mirada.

Él suelta una risotada por la nariz y vuelve a la sala de cine.

—Subestimas lo bien que se te da coquetear.

VEINTE

Christian

Me siento desequilibrado. No acabo de comprender del todo qué pasó entre Dais y yo; hice que se pusiera triste, eso lo sé. No me ha llamado, no me ha pedido venir a casa. Y normalmente me da igual, pero ahora no me lo quito de la cabeza. Es casi como si la echara de menos, pero no puede ser. ¿Por qué iba a hacerlo? Creo que es porque somos amigos. Amigos raros, en eso te doy la razón, pero amigos, a fin de cuentas. Ella es la persona a quien le cuento todas mis mierdas, ¿sabes? Y se fue de mi despacho la otra noche, ostras, bastante enfadada, y no me importa que esté enfadada, ya se ha enfadado conmigo antes, y volverá a enfadarse porque tiene muy mal genio y me resulta bastante divertido hacerla cabrear y me gusta su manera de gestionar la frustración. Lo que me importa es el gesto que hizo con la boca cuando hice que se pusiera triste. Su maldita boca se ha convertido en una puta caverna en mi puta mente y no puedo pensar en otra cosa durante más de un puto minuto sin pensar en su labio inferior haciendo ese puchero, y ahora que no me habla no puedo besarla para arreglarlo.

En fin, estoy en la casa de Park Lane, Henry, Jo y Jules están jugando al GTA y Hen se queja de que le sacan una ventaja injusta, teniendo en cuenta nuestros orígenes familiares. Beej está abajo con

una chica y yo estoy a mi puto rollo.

Me preparo un sándwich de queso fundido, me siento en el sofá y luego no me lo como. Me quedo mirando a Julian unos segundos, intento centrarme y preguntarle sin más.

Me aclaro la garganta.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro —contesta sin apartar la vista de la tele.

—Esto… —Me rasco la nuca—. ¿Qué pasa con tu hermana y Rome Bambrilla?

Julian pone los ojos en blanco y pausa el juego.

—Uy, bueno, eso depende. ¿Tienes cuarenta y ocho horas para que te ponga al corriente de la historia de amor más sobregirada de todos los putos tiempos?

Pongo los ojos en blanco y él me observa, parece hasta interesado.

—¿Sabes? La otra noche podríais haberos bajado los pantalones para compararos las pollas allí mismo. —Me reprende con la mirada —. De hecho, a la larga nos habría ahorrado mucho tiempo a todos.

Mi hermano suelta una risita, divertido.

—Me da igual… —empiezo a contestar.

—Y una mierda. —Tose Henry.

Yo le ignoro, pero Julian se ríe tontamente.

Jonah vuelve a activar el juego.

—Si te da igual, Chris, ¿por qué preguntas?

—Porque me dijo una cosa rara, eso es todo. —Le doy un bocado al sándwich.

Julian vuelve a poner el juego en pausa.

—¿Qué dijo?

—Nada. —Me encojo de hombros—. Solo que él la salvó.

Observo el rostro de Julian en busca de una respuesta.

—Ah —dice él y parece triste un instante. Asiente, luego vuelve a mirar hacia la tele—. Sí. Es cierto, la salvó. Unas cuantas veces.

Frunzo el ceño.

—¿De qué?

Julian vuelve a activar el juego y se encoge de hombros.

—Mierda.

No me dice más. Solo «mierda».

Lo miro con fijeza.

—¿Mierda? —repito—. ¿Qué clase de mierda?

Julian gruñe y vuelve a poner el juego en pausa.

—¿Todo esto no tendrías que estar preguntándoselo a mi hermana?

Henry se anima, me mira con las cejas tan enarcadas que parece que le toquen el puto techo.

—Sí, Christian —asiente Henry—, ¿todo esto no tendrías que estar preguntándoselo a su hermana?

Ignoro a Hen y me centro en Jules.

—¿Fue grave?

Julian me mira un largo momento y pienso durante un mero segundo que percibo el peso que carga por ella.

—Sí, tío… —Suelta una carcajada—. Fue grave.

—Pero ¿cómo de grave?

—Joder —suspira Julian, exasperado—. Pues grave al nivel de que alguien intentó llevársela del colegio una vez, grave al nivel de que alguien intentó dispararle en esa mierda de parque temático que hay en Cheadle.

Me quedo mirándolo.

—¿Qué?

—Sí, en los tronquitos. —Se encoge de hombros—. Él los mató en ambas ocasiones.

Creo que noto cómo el color abandona mi rostro y luego, porque quiero todas las razones del mundo para separarla de él, digo:

—Eso solo son dos veces.

Julian me mira fijamente.

—Hubo una ocasión más —contesta y entonces no dice nada más que eso.

Henry nos mira sin poder creerlo.

—¿Y ella está bien?

—Sí. —Julian se encoge de hombros—. Normalmente está mejor cuando Rome anda cerca, supongo.

Eso me hace sentir como una mierda y creo que se me nota en la cara porque Julian se queda mirándome unos segundos.

—Tampoco le ha ido mal teniéndote a ti cerca.

Muerdo el anzuelo.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé. —Vuelve a activar el juego—. Daisy, cuando te le acercas por detrás o lo que sea, te destroza. Te pega un puñetazo, se levanta y va a por más. —Se encoge de hombros—. Ahora lo hace menos.

Asiento, intento no sonreír. Aunque lo hago un poco. Y entonces me pregunto…

—¿Romeo ha estado mucho en vuestra casa últimamente?

Julian me mira por el rabillo del ojo y se ríe.

—Sí.

Mierda.

Achico los ojos y Jules se ríe.

—¿Te gusta mi hermana, Hemmes?

—No. —Niego con la cabeza y le lanzo una sonrisa torcida—. Solo me interesa por el sexo.

Me mira con fijeza.

—¿Estás seguro?

VEINTIUNO

Julian

Era corredor de poder en Varley, jodidamente bueno, además. Me ficharon. Es a lo que me quería dedicar. Sabía que no estaba escrito en mi destino, en realidad, esta vida que tenemos era la única vida que podría tener jamás, pero quería ser el mejor para saber por mí mismo que si quería ser otra cosa, lo podría haber sido.

Tenía dieciocho años, Daisy tenía ocho.

Un sábado por la tarde, yo estaba a punto de terminar los estudios, volvíamos en coche a casa después de un partido de rugby.

Varley está de camino a Kent, así que queda a cerca de una hora en coche un sábado, y estaba siendo un día de puta madre.

Yo había jugado bien, hacía sol, y Daisy solía ponerse pesada en los trayectos en coche que duraban más de veinte minutos y uno solo podía escuchar la banda sonora de *High School Musical* cierta cantidad de veces antes de querer acabar con todo, de modo que papá decidió parar junto a la playa de vuelta a casa.

Llevábamos guardaespaldas, como siempre, pero en esa época nos dejaban mucho espacio para estar a nuestro aire. Se quedaron junto a los coches, esperándonos, vigilando en nuestro lugar. Muriendo en nuestro lugar, según acabó resultando.

Ese día nos acompañaban cuatro hombres. El único que acabó el día con vida fue Kekoa.

Mi padre corría, perseguía a Daisy, y mamá intentaba sacarnos fotos a mí y a ella cuando un hombre se nos acercó.

—Disculpe —dijo con una sonrisa. Sonreía, ¿no te parece de lo más jodido?

Mi padre lo miró con suspicacia y le sonrió con cautela porque él era de esa clase de hombres. Oirás a la gente decir mierdas de mi padre, y aunque era un montón de cosas y tenía un montón de caras, Hadrian Haites era, primero y ante todo, un buen hombre.

—Hola —dijo papá, acercándose instintivamente hacia él—. ¿Puedo ayudarlo?

El hombre volvió la mirada hacia el aparcamiento.

—¿Ese Range Rover negro es suyo?

Papá asintió y entonces todo pasó muy deprisa. El hombre sacó dos pistolas. Apuntó con una a Daisy y con la otra a mamá.

Acto seguido, sin siquiera pensar, papá se lanzó delante de Daisy justo cuando el tipo apretaba el gatillo.

Mamá recibió el disparo, cayó al suelo, empezó a desangrarse.

Mi padre, sin embargo, no cayó, él se mantuvo en pie, haciéndole de escudo a Daisy mientras el hombre disparaba una y otra y otra vez.

Papá me miró con la muerte en los ojos.

—Cógela y corre —me dijo al tiempo que se abalanzaba sobre el atacante.

Levanté en volandas a mi hermana y corrí tan rápido como pude hacia la otra punta de la playa. El hombre nos disparó, falló, mi padre forcejeaba con él.

Escondí a Dais detrás de unas rocas, la agarré por los hombros.

Estaba blanca. Nunca la he visto tan asustada, exceptuando esa

otra noche.

—¿Te has hecho daño, Dais?

Ella negó con la cabeza y le agarré la cara para inspeccionársela. Todavía se lo hago. Puedo leerla como si fuera un puto libro abierto.

Levanté la mirada, miré hacia donde nuestros padres yacían sin moverse. Ella miró también hacia donde estaban nuestros padres.

—Vendrá a por nosotros, Dais. —La señalé a ella y me odié un poco porque, aunque asintió con toda su valentía, el labio inferior le temblaba un poco.

Negué con la cabeza.

—No dejaré que te pase nada.

Jamás permitiría que le pasara nada. Ni un solo día en toda su vida.

Pensé durante un minuto qué hacer. No llevaba pistola. Ese tipo era grande. Quizá podría placarlo, pero el elemento de la pistola… Podría disparar a Daisy mientras yo forcejeaba con él, eso lo sabía.

El mejor plan que se me ocurrió ahí mismo fueron las piedras.

Encontré dos grandes que podía agarrar bien con las manos y luego esperamos.

Me pareció una puta eternidad.

Nuestros padres estaban muriendo en una playa perdida, mi hermanita estaba entre mis brazos, esperando el mismo destino.

Iba asomando la vista desde detrás de las rocas cada pocos segundos.

Intenté que no se me notara el miedo, no quise asustar a Daisy más de lo que ya lo estaba.

Estaba bastante convencido de que íbamos a morir de todos modos, pero no quería que ella me viera asustado los últimos momentos de mi vida.

Y, entonces, al fin vi que el hombre venía a por nosotros, no sé

qué había estado haciendo todo ese rato, tardó mucho. No había nadie más por allí.

Acuné el rostro de mi hermana entre las manos otra vez y la miré más serio que nunca en la vida.

—Si me pasara algo, Daisy, tú huye. No mires atrás. No pares. No vayas a ver cómo están mamá y papá. Tú corre. Hasta que encuentres una familia, una madre, un padre y dos niños, ¿entendido?

Asintió.

Y luego una sombra cayó sobre la arena que nos rodeaba.

Di una patada a una piedra en dirección contraria y el hombre se asomó a buscarnos.

—Cierra los ojos —le susurré, y le pedí a Dios que lo hiciera, porque no puedo soportar la idea de que mi hermana viera lo que hice después.

Me abalancé sobre él por detrás, le estrellé las piedras contra las sienes una y otra vez hasta que sangró y cayó. Entonces seguí pegándole hasta que su cráneo cedió un poco y vi materia gris y entonces supe que estaba muerto y bien muerto.

Encontré su pistola, me la metí en el bolsillo y, empapado de la sangre del hombre que había matado a nuestros padres, el primer hombre que yo había matado en mi vida, corrí hasta Daisy. Recuerdo su carita surcada por las lágrimas mirándome, creo que buscaba algo familiar, ¿tal vez? Y yo lloraba, ni siquiera fui consciente de que llorara hasta que ella me cogió la cara con sus manitas de niña y me secó las lágrimas, y aunque en ese momento no sabíamos con certeza que nuestros padres estaban muertos, lo supe. Pude notarlo, el cambio en el aire, a partir de entonces Daisy era mía. Mi responsabilidad.

—Vamos. —La cogí en brazos y me la llevé. La llevé con cautela y

en silencio por la playa hacia nuestros padres, que estaban muy quietos. No fue hasta que estuvimos a unos pocos metros de ellos cuando me di cuenta de que ambos seguían vivos.

—¡Papi! —Saltó de mis brazos y se lanzó sobre nuestro padre.

Estaba bañado de sangre, manaba de su estómago y se encharcaba en la arena y odié el modo en que la penetraba y hacía terrones. Ya no puedo mirar la arena de la misma manera. Lo único que veo es rojo.

—¿Mamá? —Me abalancé sobre ella. Estaba a herida de muerte, el disparo era fatal. Más tarde sabríamos que le había rozado el corazón.

Era un milagro que siguiera viva cuando llegamos allí.

—Mamá, te pondrás bien… —mentí.

—Te quiero, hijo —dijo, y se llevó mi mano a su rostro. Miró a Daisy un segundo y luego nada.

No dijo una puta palabra.

Le solté la mano.

—Julian… —me llamó.

Negué con la cabeza.

Ahora me arrepiento.

Se estaba muriendo. Tendría que haber sido más compasivo. No tendría que haberla hecho morir sola de esa manera, pero ya está hecho.

—Julian —me llamó papá con esfuerzo.

Fui hacia él, ignoré los gritos de mamá, le cogí la mano.

—Ahora es todo tuyo —me dijo.

Tragué saliva, nervioso, pero asentí de todos modos.

—Ella… —papá tosió y sangró un poco por la boca— ahora es tuya.

Asentí deprisa, llorando de nuevo.

—Daisy —susurró papá, y se le quebró la voz. Ella empezó a llorar —. Mi flor. Eres… —tomó un poco de aire con dificultad— quien guarda… —respiró—… a tu hermano.

Vi en sus ojos aquello de no poder enfocar, y sus palabras empezaron a hacerse ininteligibles. La respiración empezó a sonar húmeda y trabajosa y entonces… silencio.

Daisy dice que contó ocho disparos ese día.

Jamás he tenido el valor de decirle que una vez que mamá hubo caído, el atacante usó ambas pistolas contra papá, de modo que al final acabó recibiendo quince balazos.

Quince… Una puta exageración.

Alguien estaba enviando un mensaje.

Jamás permitiré que nadie vuelva a enviar un mensaje a costa de mi familia.

11.51

Christian

Hey

Hola

Estoy en casa.

no lo estabas?

me fui a Praga.

oh, guay. Buen viaje?

Sip. Viaje de chicos.

Mola

Quiero verte

Ah, sí?

Sip.

Ven a casa esta noche.



VEINTIDÓS

Christian

Tuvimos esa cena jodidamente rara el otro día, la Colección Completa y Tom England.

Raro. Beej no lo llevó bien. Prácticamente le dio un berrinche de camino hacia el restaurante y se comportó como un niñato durante toda la cena. Daba vergüenza ajena, la verdad.

Acabamos en Praga después de eso, pasamos el fin de semana allí. No sé por qué. Es adonde voy para procesar la mierda. Bueno, en realidad es adonde voy para evitar procesar la mierda.

Intenté que fuera un viaje de chicos, pero no lo fue de verdad porque Beej no quiso venir.

Tom está fuera, ¿sabes?, entonces él y Parks han vuelto a lo suyo como de costumbre. Me irrita un poco porque siempre he tenido esta mierda de esperanza secreta de que en uno de nuestros viajes Beej se pasará demasiado de la raya y la joderá para siempre y ella se hartará de verdad, pero no parece importar lo que él haga o cuántas veces lo haga, ella siempre lo quiere igualmente.

Sé que es una cabronada por mi parte, por cierto, querer que él la pierda para poder tenerla yo, pero yo también la amo y, joder, tío, ella se enamoró de mí primero.

Un pro inmenso de que Beej no viniera es que todo fue muchísimo

más tranquilo. Nadie tuvo que hacerle de niñera a nadie, Jo no le contó las copas, Henry y yo no tuvimos que hacer guardia para cuidarlo. Fuimos tan a muerte como quisimos, sin preocuparnos de que nadie tuviera una sobredosis, porque Beej es el único lo bastante irresponsable para hacerlo.

Salimos a comer. Besamos chicas guapas. Follé un par de veces. Aunque todo fue un poco raro, y no me lo pasé tan bien, lo cual es extraño porque normalmente me encanta esta mierda.

Estoy molesto por lo de Tom, claro, pero no es en Parks en quien no paro de pensar sin querer…, es en Daisy.

No me ha mandado ningún mensaje, ni uno. Ni siquiera me ha preguntado qué tal el viaje. ¿Cómo no sabía que he estado en Praga? ¿Acaso no mira mis historias? Es raro, he pensado mucho en ella, a lo cual Henry daría cierto significado, pero supongo que es solo que echo de menos a mi amiga. Me puso muy contento que me dijera que fuera a su casa. Me llené el día con un montón de mierdas para no llegar demasiado pronto y parecer ansioso. Aunque sí me siento un poco ansioso.

La observo durante unos segundos desde la puerta, está tumbada en la cama, estudiando, moviendo las piernas en el aire. Mordisquea un boli y tiene la nariz metida en un libro.

Resuena en mi mente un instante, lo que Julian me preguntó el otro día. «¿Te gusta mi hermana, Hemmes?».

Y me planteo… No puede ser, sé que no puede ser, porque sigo enamorado de otra persona y no me parece lo mismo.

Llamo a la puerta y entro de todos modos.

—Hey.

Ella levanta la mirada y se le ilumina la cara cuando me ve. Es una buena sensación.

—Hola. —Se sienta.

Yo me siento en su cama.

—Cuánto tiempo. —La miro y luego suelto una risita.

—Sí. —Suspira y me mira a la cara—. ¿Me evitabas?

La miro con el ceño fruncido.

—Tú me evitas a mí.

—No es verdad —replica con un mohín.

Adoro su boca, joder. Digo… que no, qué va.

Suspira y se cruza de brazos.

Antes no era así. Antes era fácil, pero ahora resulta difícil.

Pienso en todas las otras chicas que me han escrito hoy, todas las invitaciones para ir a casas y a cenas y ni una sola propuesta me suena mejor que intentar discutir con Daisy Haites ahora mismo.

—¿Qué tal tu fin de semana? —me pregunta cerrando el libro.

—Brutal. —Asiento con frialdad. No sé por qué estoy siendo frío, quizá es para combatir el impulso que tengo de levantarle el mentón y besarla.

—¿Sí? —Sale de la cama y hace un pequeño estiramiento, indiferente.

—Sí. Nos pasamos bastante en Old Square. —No sé por qué le he dicho esto. Es cierto, lo hicimos, pero no me lo pasé muy bien.

—Oh… —Tensa la boca—. ¿Guay?

Me doy cuenta de que la he hecho sentir insegura, y es raro porque parte de mí al instante se siente como una mierda por haberla hecho sentir como una mierda, pero otra parte de mí se alegra un poco, como si fuera alguna clase de alivio alejarla un poco porque ni siquiera sé por qué pensé tanto en ella, además. Si te soy sincero, probablemente me quedaría muy tranquilo si se largara de mi cabeza de una puta vez.

—Sí. —Asiento, observándola—. Me acosté con una chica que estaba buenísima…

… Y pensé en ti todo el rato. Eso, desde luego, es una parte de la historia que no le cuento. No podía decírselo, ¿verdad? Porque, a ver, ¿qué cojones significa? No tengo ni idea. No me enorgullezco. Y tampoco es un puto cumplido, ¿verdad? Resulta raro de una manera o de otra. De una manera o de otra estoy jodido.

Y lo lamento al instante, habérselo dicho.

Se ha quedado boquiabierta, un poco como si le hubiera dado una bofetada, parpadea un montón de veces y suelta una bocanada de aire. Me dedica una sonrisa fría.

—Pero bueno, chico —dice.

Me siento como una mierda después de eso. No me gusta hacerle daño, pero ahora es demasiado tarde.

Alargo las manos para colocarle unos mechones de pelo detrás de las orejas porque sé que a ella le gusta que lo haga (y a mí me gusta hacerlo, ahora que lo pienso), pero me aparta la mano de un golpe y suelta un bufido.

—¿En serio?

—¿Qué? —La miro con mala cara.

—¿Te acostaste con una chica que estaba buenísima?

—Sí…

—Pero ¿por qué me lo cuentas? —pregunta.

Contesto para que parezca que pienso que es una idiota, aunque no es así.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —Aunque sé la respuesta—. Somos amigos.

Ella pone los ojos en blanco.

—Sí, claro, pero…

—Y no nos ponemos celosos… —Le recuerdo—. ¿Estás celosa?

—¿Quieres que lo esté? —me pregunta, con los brazos en jarras.

—No —miento. Pero sí.

Mierda. ¿Por qué quiero que se ponga celosa?

—Vale, entonces ¿por qué me lo cuentas?

—¡Porque somos amigos! —grito.

—Muy bien, amigo —dice como si fuera una palabrota—. Me alegro muchísimo de que este fin de semana te acostaras con una chica que estaba buenísima.

—Gracias. —Le sonrío, incómodo.

—Me alegro muchísimo de que os pasarais un montón en Old Square —añade.

Sigo asintiendo, con una sonrisa tensa, algo nervioso por haber provocado al oso.

—Quizá yo me pasaré un montón este fin de semana —me dice con una mirada elocuente.

—Genial. —Me encojo de hombros. Genial, no.

—Hace mucho que no voy a Italia… —Enarca una ceja—. Igual me dejo caer por allí…

—Bien —le contesto, pero no está bien.

—A pasar un fin de semana brutal con los chicos —me dice con una sonrisa tensa que solo esconde dolor, ni rastro de felicidad.

Joder.

Frunzo los labios y la miro un segundo.

—¿Qué chicos?

Me mira como si fuera estúpido y señala la puerta.

—Lárgate de mi puto cuarto.

23.33

Jack

Vamos a Italia este fin de semana, sí o no.

Sí. Pero no.

Jaaaaaackkkkkk

Lo siento! No puedo.

Por quéééé

(CENSURADO) quiere llevarme a París.

!!!!!!!!!!!!

De compras.

!!!!!!!!!!!!

… para su novio.

Oh.

Menudo giro de los acontecimientos.

Sip.

Y el novio de (CENSURADO) sabe lo que pasó en el baño?

Creo que no.

Que le den. Vente a Italia.

Ya le dije que sí a ir a París antes de saber que aclarara que era para su novio. Si me echo para atrás, sabrá que me gusta.

Lo siento…

Pero no crees que igual ya supo que te gustaba cuando os acostasteis después de esa cena?

Y en el baño tras la corrida?

No me ayudas.

Vente a Italia...

Debo guardar las apariencias.

Quieres que mande a uno de los chicos a…

Daisy.

Es broma.

(No es broma)

(En serio, lo hago?)

Es broma @scotlandyard

Hola, Tiller @scotlandyard

JAJAJA

@Tiller Daisy te quiere

@Tiller no te quiero

@Tiller pero le gustaría follarte

@Tiller medio cierto.

VEINTITRÉS

Daisy

Le voy con el cuento a Jules de que los chicos hace mucho que no se toman un descanso.[108] Sabía que era imposible irme sola, convencerle de que Jack y yo nos las apañaríamos allí solos, y además Jack está ocupado.[109] Con tal de conseguir mi gran fin de semana, de pasarlo brutal como había presumido ante Christian, sabía que tendría que convertirlo en una experiencia con todos los Chicos Perdidos.

Booker y TK se apuntaron al instante y me ayudaron a forzar mi petición a la Vieja Guardia,[110] que así los llamamos.

En cuanto Koa piensa que algo debería pasar, está casi garantizado que va a pasar.

—¿Por favor, por favor? —le pido a Julian poniendo ojos de corderito—. No nos hemos relajado ni un segundo, yo he estado currando un montón en la uni, Feliz ha perdido todo el moreno…, ¡está fatal!

—Lo estoy —concede Feliz.

—Y a mí apenas me miran —declara Cañón, y Julian pone los ojos en blanco.

—Italia está preciosa en esta época y…

Él niega con la cabeza.

—Tengo una reunión mañana, Cara.

—Sáltatela —le digo.

Julian pone los ojos en blanco una vez más.

Kekoa se encoge de hombros.

—Aplázala. Es un capullo arrogante, que se espere.

Miro a mi hermano con ojos suplicantes.

Julian se inclina hacia mí.

—¿Hasta qué punto estas vacaciones improvisadas tienen que ver con ese viajecito de chicos que Hemmes hizo la semana pasada? —me pregunta lo bastante bajito para que nadie más lo oiga. Frunce el ceño mientras me analiza el rostro sin mi permiso.

No tiene sentido mentirle. Ya lo sabe.[111]

—Tiene un poquitín que ver con eso —le contesto con un hilo de voz, lo cual es quedarse cortísima, pero no pasa nada. Él lo sabe y yo lo sé, y lo único que necesito es demostrarle a Christian que me importa una mierda del mismo modo que yo le importo una mierda a él.

Asiente.

—A la mierda, nos vamos a Italia.

Al cabo de unas cuantas horas, paramos el coche en el London Elstree Aerodrome, donde nos espera nuestro jet.

Me bajo del coche y tropiezo con la mirada con un par de Vans negras. Vaqueros anchos, una camisa de franela roja abierta, una camiseta blanca debajo y una gorra del revés. Malote buenorro, ya conoces el estilo.

—Hola —me saluda Romeo Bambrilla con una sonrisa.

Me cruzo de brazos como si no sintiera una pizca de alivio al verlo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Soy tu guía italiano auténtico.

Camino hasta él, me acerco más de la cuenta, e intento no respirar su aroma porque huele a mi hogar.

—No necesito un guía. Hablo italiano. —Lo miro con elocuencia—. Mi exnovio me enseñó.

—Creo que te enseñó francés. —Suelta una risita.

Pongo los ojos en blanco ante mi exnovio infantil que es mucho más mono de lo que querría que fuera.

—Venga, dilo —me pide mientras me sigue hasta el avión—. Te alegras un poquito de que esté aquí.

Me siento en el final del avión, él se sienta delante de mí.

Se inclina hacia delante, yo me reclino hacia atrás, no digo nada con la boca, pero sospecho que mi cara está delatándome un poco de todos modos.

—Pues en realidad no. —Le dedico una mirada afilada—. He venido aquí a tomar imprudentes decisiones de cariz sexual con un hombre precioso.[112]

Se inclina un poco más y me ofrece su mano.

—Romeo Bambrilla, a su servicio.

Lo miro y le aparto la mano de un palmetazo. Él se ríe y me hace feliz e intento no imaginármelo en mi cama, riéndose mientras mirábamos *Drunk History* bajo las sábanas.

—Nadie me besa cuando tú estás —me quejo con un puchero.

—Como Dios manda. —Esboza una sonrisa radiante.

—Rome…

—¡Te besaré yo! —exclama con alegría.

—No harás tal cosa —gruño.

—Vaaale —dice, entrecomillando con los dedos, y me río.

Lo miro con fijeza. Pelazo, unos pómulos con los que podrías cortarte, unos labios tan rosados que casi parecen una estupidez contra su piel oscura…, casi, pero dentro del gran abanico de ese

casi reside el miserable hecho de que en realidad solo resulta sexy. Y sí, lo echo de menos.

Y hay una sensación de comodidad entre nosotros que no hay con nadie más. Ni siquiera con Christian, con quien deseo tantísimo que haya esa comodidad, me muero por que haya esa comodidad, pero no la hay, no hay más que un esfuerzo y yo sola haciéndolo mientras él está por ahí tirándose a la chica que está más buena de Praga.

Luego, Rome… A ver, nunca me importó que Julian nos prohibiera estar juntos, siempre hemos sido capaces de encontrar la manera de salvar la prohibición (maneras complicadas, sudorosas y más que prohibidas de salvarla), pero sé que me puse más triste por lo de Tavie de lo que debía. Sé que Romeo y yo no estábamos juntos en ese tiempo. Pero un poco sí lo estábamos.

Un poco siempre lo habíamos estado hasta entonces.

Romeo estira los brazos y se los coloca detrás de la cabeza, observándome.

—¿De verdad no quieres que te bese?

—Rome… —Suspiro porque es lo máximo que puedo hacer.

Hay maneras mucho mucho peores de pasar el rato que besando a Romeo Bambrilla, eso ya te lo digo gratis.

—Vamos, Cara… —Me da una patada juguetona—. Piensa lo mucho que cabrearía a tu hermano.

Desvío la mirada hacia Jules, que está con el móvil y hace un verdadero esfuerzo por ignorarnos.

—Eso es cierto…

—¡Eh! —Levanta la mirada—. Ni pensarlo, vosotros dos.

—Uy, Jules… —Rome le lanza una mirada afilada—. Lo pienso todo el rato.

Julian pone los ojos en blanco y Rome sigue en sus trece:

—Cuando estoy con otras chicas, cuando estoy en la ducha,

cuando no puedo dormirme por las noches, es un verdadero milagro que todavía no se me haya caído.

Pongo los ojos en blanco porque está siendo muy cargante y siempre se pone así con mi hermano, pero Julian cruza de un salto el pasillo del avión y lo inmoviliza contra el suelo.

Un 97 % es en plan broma, pero está ese 3 % restante que asoma a través de una buena torta en la cara.

Julian vuelve a poner a Romeo contra el suelo para que el mensaje cale antes de volver a acomodarse en su asiento.

—¿Por qué le has invitado? —Señalo con un gesto a mi exnovio, que ha aprovechado el placaje como excusa para cambiarse de sitio y ahora estamos sentados de lado. Rome me rodea con un brazo.

—No lo he hecho —contesta Julian, que vuelve a tener la nariz en el móvil.

Miro a Carmelo, que me sonríe a modo de disculpa.

—Ya me arrepiento. —Carmelo asiente—. Si sirve de algo…

—Pues no —contestamos Julian y yo al unísono.

Nuestra residencia está justo en el lago Como, nuestro abuelo la compró en los setenta, entonces papá la renovó no mucho antes de morir, así que creo que ahora no la cambiaremos nunca. Es absolutamente preciosa. Los techos altos y pintados, muy influenciados por el renacimiento… Supongo que es por eso por lo que me encanta ese período, en realidad. Porque me recuerda a este lugar. Es palaciego.

Diez habitaciones, pero resulta que nos falta una de todos modos.

Julian nos cuenta a todos con los dedos y frunce el ceño.

—Mierda —gruñe.

Vuelve a contar y luego suelta un improperio con un hilo de voz.

—¿Qué? —Declan frunce el ceño.

—Nos falta una habitación.

Declan vuelve a contar, como si a él fuera a darle otro resultado, y yo pongo los ojos en blanco.

Rome se avanza y vuelve a rodearme con el brazo.

—Dais y yo nos sacrificamos por el equipo.

—Ya, claro. —Julian pone los ojos en blanco.

Romeo hace un ademán desdeñoso con las manos.

—Así me ahorraré tener que escabullirme luego para ir a tu cuarto.

Lo miro impasible y él suelta una risita.

Sin embargo, veo el ceño fruncido de mi hermano, el dilema que siente. Porque no quiere que yo comparta habitación con Romeo, pero tampoco es que él vaya a compartirla conmigo.

Por lo que respecta al resto, podría ladrarles y alguno tendría que compartir habitación, pero no lo hace porque él no es así.

Es muy exigente con ellos, pero creo que de verdad intenta no ser nunca injusto con ellos. De todos los presentes a los que verdaderamente se plantearía importunar obligándole a compartir habitación, sé que soy la primera de la lista.

Julian achica los ojos, mirándonos a uno y otro.

—Vale —concede Julian y Rome ya sonríe de oreja a oreja—. Pero dormiréis en el cuarto de al lado del mío…

Pongo los ojos en blanco mirando al tonto de mi hermano.

—Jules, escucha, de amigo a amigo. —Rome camina hasta él y le agarra el brazo, juguetón, y Julian baja los ojos como si le molestara el contacto—. Solo quería decirte que, y a los hechos me remito, estar muy cerca de nuestros respectivos guardianes nunca ha sido un efecto tremendamente disuasorio en lo que al sexo respecta.

Julian aprieta la mandíbula al tiempo que le pego un codazo en el estómago a Romeo.

—Cállate —le digo.

—En cualquier caso —Romeo se encoge de hombros y pone cara de travesura—, lo silenciosos que teníamos que ser hacía que todo fuera muchísimo más picante.

—Ay, por Dios. —Niego con la cabeza.

Carmelo mira a Romeo como si estuviera loco (que lo está), es la única persona que he conocido que provoca a mi hermano de esa manera y vive para contarlo.

—Te matará. —Carmelo señala a Jules con el pulgar—. Y yo le ayudaré si así te callas de una vez. —Lanza una mirada de advertencia a su hermano pequeño.

Suelto un gran suspiro para decir tácitamente que me he hartado de la conversación, cojo mi maleta y subo las escaleras con ella.

Al cabo de unos segundos, Rome aparece corriendo detrás de mí y me quita la maleta de las manos.

Ya sabe cuál es mi cuarto.

Cuando estábamos juntos y veníamos, mi cuarto también era el suyo.

Deja mi maleta encima de la cama.

Me mira con fijeza.

—¿Sigues durmiendo en el mismo lado de la cama?

Asiento.

—¿Y tú?

—Nah. —Se encoge de hombros.

Le lanzo una mirada de incredulidad.

—¿Qué?

—Sí. —Se encoge de hombros de nuevo, como si no se pudiera hacer nada al respecto—. Ahora yo también duermo en el lado izquierdo, así que supongo que ambos tendremos que dormir allí…

—Romeo. —Lo miro impasible y luego él suelta una risita, poniendo los ojos en blanco.

—Vale, pues dormiré en el lado derecho… —Suspira al mismo tiempo que pone el móvil a cargar en ese lado de la cama. Luego me lanza una mirada—. Dormiría en una cama de clavos si así pudiera dormir a tu lado, Caradaisy.

VEINTICUATRO

Julian

No salgo con nadie.

Lo he hecho. Siempre es complicado y al final no acaba mereciendo la pena.

Tengo una reputación, sé que la tengo. Esta noche iré a un local y le haré justicia: rompecorazones, mujeriego, llámame como quieras, hay algo y nada de verdad en ello.

Y podría dar un discurso de hombretón, decir que todo se trata del sexo, que soy un alma libre, que nadie me retiene, lo que sea. Es un poquitín de eso, y esas cosas es verdad que tienen sus méritos, pero no son suficiente razón. A decir verdad, me gusta el compromiso.

Puedo comprometerme, estoy inclinado hacia esa dirección por naturaleza porque el compromiso y la lealtad son dos caras de la misma moneda, y soy leal como un cabrón.

Si criar a Daisy me ha enseñado algo, es que puedo comprometerme con algo; ni siquiera había terminado los estudios cuando nuestros padres murieron. Estaba a punto, pero me faltaba un poco. Alegué circunstancias especiales e hice lo que me quedaba de trabajo desde el suelo del cuarto de mi hermana.

Después de aquello pasó meses sin hablar con nadie, excepto conmigo. No se separaba de mi lado, se convirtió en un adhesivo.

Dormía en mi cama, comía en mi regazo, esperaba delante del baño a que saliera cuando me duchaba. Estaba jodidísima por lo que había visto, tenía pesadillas cada noche, y eso cuando dormía, porque hacía todo lo que podía para evitarlo. Se convirtió en una pequeña insomne, esa sombra mía de ocho años.

Hicimos un montón de terapia, juntos y más adelante separados. Trabajamos para que estuviera cómoda no solo conmigo, sino con el tiempo también con Romeo y Kekoa, y después no solo conmigo y con ellos, sino que luego también fue con Feliz, y más adelante con Cañón, y llevó un tiempo, pero al final acabó lográndolo. Fue un proceso muy largo, es lo más difícil que he hecho en mi vida. Aunque supongo que también lo que ha merecido más la pena.

Así que sé que puedo comprometerme, solo que no lo hago.

¿La verdad verdadera? Es un punto de presión menos.

En el segundo mismo que mis padres murieron, el peso del imperio del crimen británico cayó sobre mis hombros. No te equivoques: para nuestra gente, en nuestro mundo, Daisy y yo somos la realeza.

Sin embargo, a diferencia de los que llevan las coronas, nuestra dinastía puede caer y la forma de caer en un mundo como el nuestro es el asesinato.

Y un día moriré y, si Dios quiere, estaré en mi cama en manos de la edad, del tiempo y de nadie más. No me importa morirme, la verdad, aunque preferiría no hacerlo pronto. Me divierto muchísimo estando vivo, pero no soy uno de esos hombres que se estresa por querer dejar una marca en el mundo. El mundo funcionaba bien antes de que yo formara parte de él, y seguirá estando bien cuando me vaya. Toda esa mierda no me preocupa, lo que me preocupa es mantener con vida a mi hermana.

Ella es el punto de presión y no puedo hacer nada al respecto.

No puedo deshacerme de ella, no puedo amarla menos; es un nervio inmenso y expuesto que tengo y que todo el puto mundo entero puede presionar. Así que hago lo que puedo: equipos de seguridad, guardaespaldas, clases de autodefensa, rodearla de personas en las que confío, prohibirle estar con personas que considero peligrosas. Y sobre eso: no es que Romeo en sí sea peligroso, es solo que, tras la tercera vez que alguien intentó algo mientras estaban juntos, nos resultó evidente que eran un poco un dos por uno a ojos de los asesinos.

Así que después de esa noche (esa noche particularmente terrible de la que no hablamos) los obligamos a romper, Carms y yo, aunque sobre todo yo. Han sido lo que son desde entonces.

Unos dos tercios de pareja, pero sin llegar a serlo del todo.

Es una cuestión polémica ahora, lo sé. Y él la ama. Moriría por ella, lo cual valoro. Cuenta para algo.

Pero también lo haría Christian, me parece, aunque no creo que Christian lo sepa todavía. Claro que mi hermana tampoco lo sabe.

21.37

Christian

Qué tal va tu gran fin de semana italiano?

bien.

Bien. Grande?

Enorme.

Genial

Qué tal tu finde?

Normal.

Guay…

Estás bien?

Sí, claro.
Por qué?

Nada.

Vale.

Vale…

qué?

estamos discutiendo?

Nosotros no discutimos.

VEINTICINCO

Christian

Henry y yo entramos en el Harry's Bar, el de Knightsbridge, y justo al entrar en el restaurante veo a Taura Sax, sonriendo y saludándonos desde la mesa que normalmente ocupamos la Colección Completa.

—Hola, ¿qué es esto? —Miro a Henry—. ¿Qué le parece a tu mejor amiga, Magnolia Parks, que quedes con su autoproclamada némesis?

—No lo sé. —Henry se encoge de hombros y achica los ojos—. ¿Qué le parece a mi hermano que estés enamorado de su novia de toda la vida?

Le suelto un gruñido, no me parece que sea lo mismo.

Últimamente aparece cada vez más a menudo, Taura. La veo tanto con Henry como con Jo.

A Magnolia le afectaría si supiera que cualquiera de los dos está quedando con ella, pero le afectaría todavía más si fuera Henry. No diría nada, pero sé que se pondría triste por ello.

—Hey. —Me siento delante de ella. Le doy un beso en la mejilla.

Henry se sienta al lado de Taura y le da un abrazo. Me percato de que ella alarga el intercambio… Interesante.

—¿Qué tal? —le pregunta exclusivamente a Henry.

—Bien. —Henry asiente—. Sí, bien. La uni está siendo durísima,

pero estoy bien. Me gusta el reto.

Y le gusta, al bicho raro. Ha sido así desde el colegio. El más listo de todos nosotros de esa manera tan irritante y natural.

—¿Y tú? —Taura me hace un gesto—. ¿Recuperado del pequeño fin de semana de joderlo todo?

Pongo los ojos en blanco.

—No tuvo nada de pequeño… —La señalo con la barbilla—. Pero bueno, ¿tú cómo te has enterado?

—Jonah. —Se encoge de hombros.

Y me pregunto si lo detecto en el rostro de Henry, un destello de celos.

Le he preguntado por Taura unas cuantas veces últimamente, más que nada porque aparece hasta en la sopa. Él dice que solo son amigos, y a su favor diré que él es el único del grupo que no se ha acostado con ella, y a mí déjame, ya sé que es raro.

Internados y la élite londinense, al final es una charca limitada.

Creo que a Jo le gusta un poco, en realidad, y me parece que es recíproco, pero ahora que estoy aquí sentado con estos dos, tampoco pondría la mano en el fuego de que a Taura no le guste también Henry.

—Estuvo bien. —Me encojo de hombros; me irrita que haya sacado el tema porque ahora que Taura ha mencionado Praga, estoy pensando en Daisy en Italia, lo cual es lo único en lo que puedo pensar ahora mismo, que, vale, lo admito, es un poco raro y sin duda me pone de los nervios, pero a la vez tampoco quiere decir mucho más que, posiblemente, estábamos pasando demasiado tiempo juntos—. Es Praga, ¿sabes? Siempre está bien… —Echo un vistazo por el restaurante y luego vuelvo a mirarlos a ellos, frunciendo el ceño—. ¿Por qué hemos venido a un restaurante italiano, eh?

—¿Qué? —Henry me mira extrañado.

—La comida italiana, joder, la odio.

Henry frunce mucho el ceño.

—Tío, te encanta la comida ita…

—Es que Italia es una puta mierda, ¿no os parece? Con todos esos edificios viejos. Todo el mundo les da tanta bola, pero, vamos a ver, que construyan un edificio nuevo, ¿me entendéis?

—Eh… —Taura me mira a mí y luego a Henry, de nuevo a mí—. Pues no, no mucho.

—¿Y por qué están tan orgullosos de ese puto edificio torcido? Se regodean en los errores de un tío, es que es de locos.

Henry vuelve a fruncir el ceño.

—Vale…

—Es que es un país sobrevalorado. Es de tontos. Tan básico…, una bandera de tres colores…

—¿Cuántos colores crees que tiene nuestra bandera? —dice Henry.

Lo ignoro.

—Y ¿la pasta? ¡A la mierda! Háblame de algo nuevo, colega.

—Vale. —Taura asiente, apoya la barbilla en una mano, casi cautivada—. ¿Y qué nos parece la pizza?

—A la mierda la pizza —gruño.

—De acuerdo… —Taura hace una mueca.

—¿Qué está pasando? —Henry se inclina hacia mí.

—No está pasando nada, es que no sé por qué de pronto a todo el mundo le encanta Italia. Es que es una estupidez, es pequeña, históricamente no ha hecho nunca nada impresionante. Nombradme a tres italianos importantes…

—Da Vinci, Galileo, Robert de Niro, Michaelangelo…

—Isabella Rosellini, Guccio Gucci, Valentino Garavani, Giambattista Valli, Salvatore Ferragamo… —añade Taura.

—He dicho tres —gruño—. Aunque os olvidáis de que no todos fueron tan buenos… —Miro con fijeza al par de idiotas que tengo delante.

—¿Vale? —Asiente Taura, esperando.

Me encojo de hombros.

—Mussolini.

—Claro. —Taura vuelve a asentir.

—Al Capone…

—Perdona —me interrumpe Taura—, ¿él no era estadounidense?

—Italoamericano —aclaro.

—Vale. —Asiente—. Y otra cosa, ¿tú no te dedicas a lo mismo que se dedicaba él?

Suelto un bufido. Sí. Pero no lo digo en voz alta.

—Pero no era tan buen tipo, ¿verdad? A eso iba yo.

Henry se cruza de brazos y asiente una vez.

—Sí, vale… ¿Qué está pasando?

—Nada… Es que no sé por qué esta noche hemos venido a un restaurante italiano.

—Porque te encanta la comida italiana —me dice Henry vocalizando mucho—. ¡Te encanta Italia! Una vez llegaste a las manos con un hombre que ensució la Fontana di Trevi.

—Estaba siendo irrespetuoso. —Pongo mala cara—. ¿Aquello tiene doscientos cincuenta años y ese iba a tirar una lata de Coca-Cola como si nada? No estando yo de guardia, colega. —Empiezo a ver que se me está yendo de las manos—. Aun así, odio Italia, pero…

—Hace una semana y media me enseñaste una villa en el lago Como y me dijiste: «Dame unos cuantos años y me jubilaré allí».

—No lo hice. —Me enfado. Claro que lo hice—. A la mierda el lago Como.

Henry suelta un suspiro cansado.

—¿Qué tiene de malo el lago Como?

Me encojo de hombros por millonésima vez.

Taura me mira con los ojos achicados.

—¿Tu novia está en el lago Como sin ti? —pregunta, la puta astuta.

—No es mi novia —le contesto con la mandíbula apretada.

Ella pone los ojos en blanco.

—Pero te gusta.

—No me gusta. —Me encojo de hombros.

—Sí le gusta —le dice Henry.

—Que no. —Niego con la cabeza—. ¿Nos acostamos a veces? Sí. ¿Está en Italia ahora mismo? Sí. ¿Odio Italia independientemente de eso? También sí.

Henry me mira con suspicacia.

—Parece bastante relacionado, colega.

—A ti te relacionaré yo tu puta cara. —Le lanzo una mirada y él bosteza.

Tomo nota para de ahora en adelante quedar solo con gente que sepa quién soy en el contexto de lo que hace mi familia. La auténtica falta de respeto que estoy recibiendo por parte de mi maldito mejor amigo es inaudita.

—Entonces ¿está en Italia pasando su propio fin de semana de joderlo todo? —pregunta Taura, y lanzo una mirada asesina a la chica entrometida con quien todavía no sé por qué estoy cenando. Esboza una expresión incómoda—. Me lo tomaré como un sí.

—Tómatelo como te dé la puta gana, porque a mí me importa una mierda. Ella no me gusta de esa manera, yo…

—Demuéstralo. —Taura me dedica una sonrisa tensa.

—¿Qué?

—Demuéstralo —repite Taura vocalizando.

Henry está radiante, está disfrutando de lo lindo con todo esto.

La miro y pongo los ojos en blanco.

—¿Cómo?

—Besa a alguien. —Henry se encoge de hombros.

Lo miro y pongo los ojos en blanco una vez más.

—No voy a coger a una chica y darle un beso. Mirad dónde estamos, idiotas, no me apetece que me echen hoy.

—Bésame a mí —propone Taura encogiéndose de hombros.

La miro con los ojos achicados.

—¿Qué? —Me mira con indiferencia—. Nada que no hayamos hecho ya…

—Sí, pero…

—A no ser que no quieras —me interrumpe.

Henry se inclina hacia delante, sonríe de una manera que me dan ganas de pegarle.

—Pero ¿por qué no iba a querer? Él está soltero, tú estás soltera…

—Sin ningún vínculo en absoluto. —Taura asiente—. A no ser que… ¿Tú estás emocionalmente vinculado a alguien?

—No.

—De acuerdo. —Asiente—. Vale, pues venga.

Pongo los ojos en blanco y me muero de ganas de poner fin a esto, de quitármelos de encima.

Aunque tienen razón, porque yo estoy soltero y ella no me gusta, así que no pasa nada, debería besar a Taura y a vivir. Está buena.

Debería tener ganas de besarla. A ver, que las tengo, así que lo haré. Besarla. Ahora.

Trago saliva una vez, me muevo despacio hacia ella, aunque me siento un poco mareado al hacerlo, si te soy sincero. Lo cual es raro, porque ya la he besado antes. Más que besarla, de hecho, y fue genial. Bien. Y beso a chicas sin parar, aunque supongo que hace un

tiempo que no. Excepto por Praga, que fue lo mejor, aunque no lo fue, pero fue así porque yo estaba rayado por Daisy, y eso fue culpa de Henry, porque me dijo que todas las chicas con las que estaba ligando esa noche se parecían a Daisy, pero ni que eso fuera mi puta culpa, ahora resulta que Daisy se parece a ciertas mujeres de la República Checa. Es cosa suya. Y yo no habría pensado en ella si Henry no hubiera dicho eso, pero luego solo podía pensar en ella y lo eché todo a perder, pero aquello tampoco significó nada, ¿sabes? Como esto de ahora, que no significa nada para mí…, es solo un beso, solo tengo que besar a Taura.

Besa bien. Muy buena boca, buenos ojos, algo más verdes que los de Daisy, que los tiene más de color miel en cualquier caso, si me preguntaras de qué color son, que no lo has hecho, ya lo sé. Buena boca también, a ver, está bien. La de Daisy es mejor. El labio inferior carnoso. Más divertido de besar. Aun así, me inclino más hacia delante porque me alegro de quitarme a Henry de encima, joder, y es como… que mi boca está a un par de centímetros de la de ella, si llega, puedo sentir su aliento sobre mi piel. Trago saliva. Siento un retortijón en el estómago cuando me acerco a ella y nuestros labios se rozan y pienso en cómo me miró Daisy la última vez que la vi, me miró como si fuera estúpido, que lo soy, y me gusta cuando piensa que parezco estúpido. Me da la sensación de que ahora pensaría que soy estúpido, me pregunto cómo le sentaría que besara a Taura Sax para demostrar que no siento nada por ella, que no lo siento, aunque… ¿lo siento?

Me aparto de Taura y me quedo mirándola, con el ceño fruncido.

Ella enarca una ceja y espera hasta que llego hasta allí.

—Ay, joder —digo con voz inaudible—. Mierda.

Taura aplaude flojito una vez y susurra:

—¡Viva!

—Mierda. —Miro a Henry con fijeza—. Que me gusta.

—Sí. —Asiente Henry.

—No. —Niego con la cabeza, me paso las manos por el pelo—. ¡Mierda! ¡Joder! ¿Cómo ha pasado?

—No lo sé. —Henry se encoge de hombros—. ¿Porque es genial?

—¿Quién es genial? —pregunta Jonah a mi espalda.

Se me había olvidado que venía. Tan inoportuno como siempre.

—Nadie —le contesto.

—Daisy —le dice Taura y yo le lanzo una mira sombría.

—Oh. —A Jo le cambia un poco la cara.

Veo cómo procesa cierta información que le ronda por esa cabeza suya, valorando si decírmelo o no. Se lo plantea. Jo puede ser un gilipollas, puede ser un provocador, puede ser el típico hermano mayor tonto del culo, pero se preocupa. A su manera rara. Se me acerca como si fuera a saludarme con un abrazo.

—Está ahí con Rome —susurra.

Me aparto.

—¿Qué?

Se rasca la nuca, desvía la mirada de mí hacia Hen y Taura, hablo más fuerte de lo que cree que debería. Él se guarda todas sus cartas con mucho celo, pero especialmente las cartas del corazón.

—Los Bambrilla se unieron al viaje en el último momento. Carms ha publicado una foto de ellos en un barco… —Pone mala cara—. Y, sí, parece que están juntos.

Suelto un bufido y me encojo de hombros a la vez.

—Bueno, pues no lo están.

—Joder, qué inoportuno. —Henry hace una mueca.

—Ya, pero no es cierto —les digo. La nuca empieza a arderme.

—¿Y tú cómo lo sabes? —pregunta Taura, y no ayuda nada.

—Porque no lo es, joder —gruño.

Espero.

VEINTISÉIS

Daisy

Los Bambrilla tienen unos cuantos bares a lo largo de los lagos italianos, desde Como hasta Cazzanore, más al norte, y todos ellos tienen la reputación de ser «adyacentes al inframundo». No porque tengan nada impropio, ni tampoco porque lo que te cobran por un vermú sea (me atrevería a decir) lo más cercano a lo criminal que te vas a encontrar, sino porque son la clase de lugares exclusivos y nada turísticos que parece que solo puedas encontrar si alguien te lleva, y solo pueden llevarte las personas que saben que estos lugares existen, y solo sabes que existen si eres uno de los nuestros.

Entramos en uno de sus locales, uno que no queda muy lejos de nuestra casa, que está escondido en una vieja mansión que quedaría que ni pintada en las estribaciones de Blevio.[113]

Rome y yo hemos estado exactamente como pensé que estaríamos en este viaje, que es como si no hubiera pasado un solo minuto. Me he puesto muy firme con lo de no besarnos y todavía más firme con la barrera de almohadas que nos separa por las noches.[114]

Él tiene las manos largas y yo tengo una fuerza de voluntad pésima para pararle los pies, especialmente porque la verdad más verdadera es que no quiero, nunca quiero decirle que no. Las manos

de Romeo Bambrilla sobre mi cuerpo son como una toalla recién salida de la secadora después de una ducha caliente en un día muy frío.

No hace falta, puedo sobrevivir sin ello, pero es una de las mejores sensaciones del mundo.

Al andar se me acerca más que si fuéramos los amigos que no paro de insistirle que somos, se me acerca como lo ha hecho desde que éramos críos, desde que éramos demasiado pequeños para saber que lo necesitaba. Él siempre ha andado cerca de mí. Éramos un par de críos que siempre iban pegados a todas partes, que se escabullían bajo las mesas en las reuniones de sus padres, que se escondían en los armarios para no tener que despedirse, que encontraban cadáveres en dichos armarios y empezaron a entender la naturaleza del negocio familiar. Cada detalle horrible que me parece haber descubierto sobre el mundo, lo he descubierto con Romeo. Fue su mano la que me tapó la boca cuando hallamos ese cadáver. Fue mi mano la que él apretó cuando estábamos en el despacho de su padre sin que nadie supiera que estábamos allí y oímos a su padre matando a un hombre que le había fallado. Romeo era la única persona con quien yo hablaba además de Julian, después de lo que les pasó a mis padres.

Al final, la persona que él era para mí entonces hizo que fuera mucho peor la persona en quien se convirtió.

Vuelvo la vista por encima del hombro para mirar a Rome y me apoyo un poco, y él me deja descansar ahí porque no se nos dan muy bien los límites.[115]

—¿Un gin-tonic? —susurra Rome más cerca de mi oreja de lo necesario.

Asiento y él me lleva hasta la barra.

Nuestros hermanos y los Chicos Perdidos se dispersan, se

apoderan del lugar, se reparten por los rincones y por el balcón.

Rome me coloca las manos en la cintura, a veces en el pelo.[116]

Nos damos un poco la mano,[117] y no creo que sea mi culpa porque quizá quiero a Christian o quizá no, pero sé con certeza que él no me quiere a mí. Sin embargo, Romeo sí. Y, sí, han pasado una cantidad insalvable de mierdas entre nosotros, lo sé, pero él moriría por mí, mataría por mí, me calentaría en las noches frías.

Apoyo la barbilla en su pecho y levanto la mirada hacia sus ojos. Él me aparta el pelo y me besa en la frente.

Y luego alguien grita desde la otra punta del local:

—¡Romeo Bambrilla!

Y se queda un poco quieto.

Ni siquiera es que la voz me resulte tan familiar, es cómo reacciona él lo que me alerta más que otra cosa. Algo está a punto de ir horriblemente mal.

Su rostro se convierte en una especie de mueca.

—Vaya, vaya… —ronronea la voz de Tavie Jukes[118]—. Mira a quién tenemos aquí.

No tiene el típico acento de centro oeste, aunque su familia mueve el cotarro de Birmingham. Fue al colegio en Londres, como todos nosotros.

Es mayor que yo, tiene la misma edad e iba al mismo curso que Rome. Siempre se ponía muy pesada para que no se me olvidara que ella era mayor que yo. Lleva esos dos años que Rome rompió conmigo para estar con ella como si fueran una medalla de honor, aunque él dijo que si lo hizo fue solo porque Julian le obligó.

No sé si eso es verdad o no (nunca he querido preguntar), no quiero saber que mi hermano hizo tal cosa si la hizo.

Aunque, a ver, yo era una cría. «Romper» es una manera muy estúpida de llamarlo, pero supongo que entonces no resultaba

estúpida.

Él perdió la virginidad con ella, no conmigo. Me jode bastante esa parte.

—Tavs. —Asiente Romeo, se aclara la garganta—. Hola.

—Rome… —Aprieta la mejilla contra la de él y luego me mira a mí, con una sonrisa tensa—. Y la pequeña Daisy Haites. Qué sorpresa.

Le lanzo una sonrisa de aburrimiento.

—¿Lo es?

Tavie señala vagamente a los Chicos Perdidos, que abarrotan el local.

—Veo que os habéis traído a toda la caballería. Qué triste que no podáis viajar solos… —Me dedica una sonrisita seca que dirige más bien a Romeo—. Os tiene que resultar muy difícil estar solos.

Y, por un momento, me pregunto qué le habrá contado de mí. De nosotros. Me siento insegura y un pelín asustada, pero mi respuesta al estrés agudo[119] es lucha total, así que me enfundo los guantes Everlast rosas y le pego un gancho.

—Lo sé. —Suspiro, fingiendo que eso me pone triste—. Tiene que ser un gran alivio no ser lo bastante importante como para necesitar seguridad.

La sonrisa se le muere en los labios y Romeo suelta una carcajada a mi lado.

Me coloco delante de él, protegiéndolo.

No se me da bien compartir. Aunque, honestamente, con él no creo que tenga que hacerlo.

—Rome. —Tavie se acerca a él—. Recuérdamelo, ¿cuándo nos vimos por última vez?

La miro y pongo los ojos en blanco.

—En mi cama, lo sé.

—No. —Niega con la cabeza, chasquea los dedos como si

intentara recordar—. No fue entonces —dice mientras mira a Romeo con fijeza, esperando.

Levanto los ojos hacia él, frunzo un poco el ceño y espero a que diga algo. Al ver que no dice nada y que solo me mira con una mueca, vuelvo a mirarla a ella.

Chasquea los dedos una vez más y lo señala a él como si hubiera atrapado por fin el recuerdo que perseguía.

—En Nueva York, un par de días antes de que volvieras a Londres.

Miro a Romeo, con unos ojos más abiertos de lo que debería delante de alguien de la calaña de Tavie Jukes, puta zorra extraordinaria.

—¿En serio? —Lo miro.

—Dais… —empieza a decir.

—No te pedí que volvieras. —Niego con la cabeza mientras lo miro —. No te pedí que me dijeras que me echabas de menos…, ni siquiera te pedí que vinieras a Italia. Volviste, te metiste de nuevo en mi vida, yo estaba bien. —Alarga la mano hacia la mía y yo lo aparto con brusquedad—. No me toques.

—Dais, no significó nada…

—Eso es verdad. —Tavie asiente, mirándome de reojo—. Aunque sí me dijo en mitad del tema: «Daisy no haría jamás algo as…».

Y luego me largo de allí. Oigo a Rome gritando mi nombre mientras me marcho, pero sigo andando, me voy directa a mi hermano, a quien sé que Rome no se va a acercar porque Julian aprovecharía cualquier oportunidad para pegarle un puñetazo en cualquier momento.

Está sentado a una mesa con Declan, Carmelo y Booker, y prácticamente salto encima del regazo de Booker.[120]

A Julian le cambia la cara un segundo, confundido. Pasea la mirada por el local y tropieza con los ojos de Tavie y en un segundo

lo ha entendido todo sin necesidad de una sola palabra. Pone los ojos en blanco y me mira muy irritado y luego me baja de un tirón del regazo de Booker para sentarme en la silla vacía que tiene al lado.

Julian tiene el ceño muy fruncido cuando mira más allá de mí.

—¿Estás bien?

—Sí. —Me encojo de hombros.

—¿Te ha dicho algo esa?

Nuestras miradas se encuentran y mis ojos responden «sí», aunque mi boca no lo haga y luego él lo sabe. Me pregunto si también seríamos así de haber tenido la oportunidad de ser una pareja de hermanos normales, de esos que se pelean por decidir quién se sienta de copiloto en el coche o que el uno mantiene fuera del alcance de la otra una chuchería que le apetece mucho, en lugar de haber estado a punto de morir entre sus brazos y de que me criara él solo cuando solamente tenía dieciocho años.

Sigue poniendo mala cara.

—¿Quieres irte?

Niego con la cabeza.

—Te he dicho que estoy bien.

—Vale. —Julian se encoge de hombros y señala a Booker—. Pero no vas a liarte con él.

—Ya lo he hecho —le digo, levantando la nariz.

—Esta noche no lo harás.

—Que te den. —Pongo mala cara—. ¡No puedes decirme a quién puedo o no besar!

Mi hermano señala a Booker con la cabeza.[121]

—Pero a él sí que puedo decírselo.

Suelto un leve gruñido de enfado y me aparto de la mesa. Me voy hacia la otra punta del local, lejos de donde Rome está quieto junto

a Tavie, mirándome con ojos arrepentidos.

No sé por qué sigue ahí parado con ella como un idiota. Tampoco sé por qué me importa, porque me gusta Christian,[122] pero quizá a una pequeña parte de mí siempre le gusta Romeo también.

Ya no.

Me inclino sobre la barra, pido una copa justo cuando un alma valiente se me acerca.

Un tipo alto y fuerte. Piel olivácea, algunas pecas que le han salido por el sol y que, de otro modo, claramente no tendría. Parece que sea deportista.

—¿Puedo sentarme? —pregunta.

—Sí, claro. —Lo miro con fijeza, aburrida ya—. Sí.

Se sienta en el taburete que tengo al lado y doy un buen trago de mi copa.

—¿Has discutido con tu novio? —pregunta.

Fijo la vista al frente.

—No es mi novio.

—Entonces ¿quién es ese tío que está hablando con esa chica que no es tan guapa como tú?

Miro al hombre, luego a Rome, que pone esa mala cara de cuando está en guardia.

—Ese es mi exnovio con su exnovia. —Doy otro trago largo.

El tipo suelta una risita.

—Suena complicado.

—No tienes ni idea. —Doy otro sorbo.

—Entonces, cuéntamelo —me pide y yo suelto una risotada seca antes de mirarlo con fijeza.

—No cuento mis secretos a desconocidos.

—Bueno… —Me toca la mano—. ¿Y si encontráramos una manera de conocernos más?

Echo la cabeza atrás sorprendida, lo miro.

—No, gracias.

Él suelta una carcajada, asiente una vez y aparta la mano.

—Aun así, ¿puedo invitarte a otra copa? —pregunta—. Parece hacerte falta.

Frunzo los labios, pensativa, luego me encojo de hombros.

—Vale.

Pide otro gin-tonic para mí y un ron, solo, para él.

—Salud. —Me acerca mi copa y te juro que ha hecho el juego de manos más rápido y se ha oído el «plop» más silencioso del mundo entero y seguramente a ti te pasarían por alto ambas cosas porque la gente no ha intentado matarte toda tu vida.

Sujeto la copa en alto, mirándolo.

Me lanza una sonrisa, preguntándose si lo han pillado.

Miro el vaso fijamente.

—¿Era Rohypnol?

Él suelta una carcajada y niega con la cabeza.

—GHB.

—Joder. —Suspiro y me froto los ojos con cansancio—. ¿Por qué lo has hecho? —Lo miro y niego con la cabeza. Vuelvo a suspirar—. ¿Por qué?

Él se encoge de hombros impertérrito, se ríe como si le pareciera divertido y me alegro de que me lo haya hecho a mí. Imagínate si se lo hubiera hecho a otra persona. Mejor a mí que a otros.

Y luego sucede deprisa, más deprisa de lo que él podría haber previsto, creo.

Tumbo de una patada su taburete y le estampo la cabeza contra la barra mientras cae.

Este hombre morirá esta noche, eso es así, no hay vuelta de hoja.

Julian tiene mano de hierro con los agresores sexuales. Los

matará donde se los encuentre sin pensarlo dos veces, los considera la escoria del mundo.

Julian aparece como un relámpago.

—¿Qué cojones está pasando aquí?

—Me ha puesto algo en la copa —le digo.

Julian baja la mirada hacia el hombre que está en el suelo, le sangra la nariz[123] y me fulmina con la mirada.

—Esta zorra está loca, yo no…, yo solo…

Julian lo levanta por el cuello de la camisa y Romeo aparece a mi lado.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta y lo ignoro.

Julian estampa la cabeza del hombre contra la barra,[124] se la arrastra por toda la barra.

—¿Qué ha pasado? —insiste Romeo, al tiempo que me agarra la muñeca y busca mis ojos. Me aparto de él de un tirón.

Julian le pega un puñetazo en la cara al tipo y luego le pega una patada en el estómago. Sale despedido hacia atrás y choca contra una mesa llena de gente.

Y entonces, a partir de ahí, se desata el caos.

Él tenía amigos allí, creo. El hombre. Porque entonces otra persona agarra a mi hermano e intenta pegarle.

Feliz se lo quita de encima y luego otro tipo placa a Feliz.

Carmelo chasquea los dedos dos veces para atraer la atención de mi hermano, le hace un gesto para que se lleve el jaleo fuera.

Julian cruza una mirada con Miguel y Kekoa, luego me señala con la cabeza. Ya saben de qué va la historia: tienen que sacarme de allí y llevarme sana y salva a casa, cueste lo que cueste.

—¿Por qué no me has llamado? —pregunta Romeo, agarrándome por la muñeca mientras me llevan fuera.

—Suficiente tenías entre manos. —Lo fulmino con la mirada.

—No, joder, no es… Te has ido tú. Me he quedado ahí parado. —Romeo está tenso—. ¿Te ha tocado?

—No. —Frunzo el ceño—. Estoy bien.

Romeo señala a mi hermano, que está pegando al tipo en la cara, y me lanza una mirada interrogativa.

Niego con la cabeza.

—Solo ha intentado drogarme.

Romeo cuadra la mandíbula y asiente una vez.

—Rome… —lo llamo, pero me ignora, se va de cabeza hacia quien habría sido mi agresor y lo levanta del suelo, donde mi hermano le está pegando una paliza, y se lo lleva a rastras escaleras abajo—. ¡Romeo! —vuelvo a llamarlo, pero Kekoa me mira negando con la cabeza, me pasa un brazo firme por los hombros y me lleva hasta el coche.

—Ya sabes cómo van estas cosas, tesoro. —Me sonríe con tristeza —. No quieres oírlo.

Me sube al coche y cierra la puerta tan rápido como puede para que no lo oiga, pero lo oigo. El sonido de huesos que se rompen en mi nombre, de un cuerpo que recibe una paliza. Odio esta parte.

Hay tantas variantes de ello, tantas maneras en que todo esto puede salir mal, y lo están haciendo por mi honor, pero mi mayor honor sería que todos mis seres queridos estuvieran a salvo y vivos, pero eso nunca está garantizado por aquí.

—¿Estás bien? —pregunta Kekoa, mirándome a través del retrovisor plano.

—¿Has llegado a beber? —me pregunta Miguel, enfocándome los ojos con la linterna del móvil.

—Estoy bien.

—¿Estás segura? —Miguel frunce el ceño.

—He visto cómo lo metía. —Me cruzo de brazos—. No he llegado a

beber, no soy idiota. Estoy bien.

—Bien y gruñona. —Miguel me reprende con la mirada y luego salta al asiento del copiloto para alejarse de mí. Lo miro y pongo los ojos en blanco, y entonces empiezan a hablar de mí como si yo no estuviera.[125]

Pasan un par de horas bien largas entre que nos marchamos del bar y que los chicos empiezan a llegar a casa, y yo me paso todo ese rato andando arriba y abajo.

Veo los faros de los coches inundando la carretera y me asomo a la ventana.

Mi hermano sale del coche y yo suelto un suspiro de alivio. Espero que Romeo baje detrás de él, pero no lo hace.

Aprieto los labios, frunzo el ceño.

Estoy sentada en la cama de Julian, esperándolo, cuando entra.

Un rasguño en la cara, los nudillos ensangrentados, el cuello de su camiseta Lanvin blanca estirado y desgarrado.[126]

Me mira con fijeza un par de segundos, suspira, y luego se sienta a mi lado.

Me acerco a él y me rodea con un brazo.

—¿Estás bien? —Apoyo la cabeza contra él.

Niega con la cabeza, como si no tuviera en orden mis prioridades.

—¿Y tú?

—Estoy bien.

—¿Te ha tocado, Dais?[127]

Niego con la cabeza. Suspira.

—¿Dónde está Rome? —levanto los ojos hacia él.

Julian frunce los labios, pensativo, luego baja la mirada hacia mí.

—Ha llevado a Tavie a su casa.

—Oh. —No digo nada más.

—No creo que signifique nada… —Hace una especie de mueca.

Asiento.

—Vale.

Me pongo de pie y voy hacia la puerta.

—No seas capulla con él cuando vuelva, ¿vale? —me pide Jules y yo le miro—. Acaba de enviar a un hombre al otro barrio en tu honor, Cara.

—No le he pedido que lo hiciera —espeto.

Mi hermano se encoge de hombros.

—Y aun así lo ha hecho.

Luego mi hermano me hace un gesto con la mano hacia la puerta, para que me vaya. Le lanzo una mirada de menosprecio y pongo los ojos en blanco, me voy dando un portazo.

—Te quiero… —me grita como si se le hubiera ocurrido tarde, y no le digo que yo también porque me siento petulante y arrogante con Romeo.

Vuelvo a mi habitación y me siento en la cama. Ya no ando de aquí para allá porque sé que han sobrevivido todos, pero pasan casi cuarenta y cinco minutos[128] hasta que la puerta de mi cuarto se abre y Romeo aparece.

Tiene un corte en el labio, la camisa sucia, manchada de sangre.

—¿Dónde has estado? —le pregunto.

Él me mira.

—Sé que te lo ha dicho.

Asiento una vez, mirando el suelo.

—¿Te has…? —Apenas puedo mirarlo mientras lo pregunto—: … Ya sabes.

Frunce el ceño.

—¿Qué? ¿Ahora…? ¿Con Tavie? —Asiento de nuevo—. No, Dais…, joder. ¿Qué coño te pasa?

Me pongo de pie de un salto y le pincho en el pecho.

—¿A mí? ¿Qué coño te pasa a ti? —Vuelvo a pincharle—. Eres tú quien volvió a Londres declarando que me echaba de menos…

—Te echaba de menos…

—¿Mientras seguías tirándote a tu exnovia? —Pinchazo.

—Solo pasó una vez —grita muy fuerte.

—¿Cuántas «solo una vez» habéis tenido tú y Tavie en nombre de echarme de menos? —Pinchazo.

—Bueno, Dais… —Aprieta la mandíbula—. Puedes estar jodidamente segura de que ya no te echo de menos.

Frunzo el ceño, me ha herido un poco los sentimientos.

—Daisy. —Suspira, exasperado—. No estábamos juntos.

—¡Ya sé que no lo estábamos! —Salto, pinchándolo otra vez—. Somos amigos.

Me dedica una mirada cansada.[129]

—Claramente.

Lo miro airada y luego, de golpe y porrazo, me agarra la cara con ambas manos y me besa deprisa.

Besar a Romeo tiene algo que no pasa con ninguna otra persona, y aunque no soy Alicia y no me he caído por ese espejo, estoy cayendo, y es a través de algo parecido al espacio-tiempo. Tiene unas manos que siento como un infinito, y siento el modo en que presiona su cuerpo contra el mío igual que lo sentía desde que lo empezamos a hacer cuando éramos demasiado pequeños para estar haciéndolo. Solo que más grande, sus manos ahora son más grandes. Y él también es más alto. Nuestros cuerpos encajan distinto de como lo hacían antes porque yo dejé de crecer a los dieciséis y él todavía no ha parado, pero el modo en que siento sus manos sobre mi cuerpo ha sido siempre el mismo. Pesadas, como una manta de calor.

Me levanta del suelo y camina de espaldas hacia la cama, se deja

caer en ella, me hace caer con él, pero evita que note la caída, igual que ha hecho con todas y cada una de las veces que me he caído en mi vida.

Levanta los ojos para mirarme, me acuna el rostro con ambas manos, sonríe, y luego se pone las manos detrás de la cabeza, esperando a que le desabotone la camisa.[130]

Lo hago, me tomo mi tiempo, voy botón a botón, hago caso omiso de la sangre que se ha derramado por mí y, al fin, la camisa queda abierta.

Siempre tiene la piel oscura por su madre, pero hoy lo está más porque hemos pasado el día en el lago y él se pone moreno muy rápido.

—¿Qué miras? —Le cambia la expresión, un poco divertido.[131]

—A ti —le digo con valentía.

Suelta una risa.

—¿Qué pasa conmigo?

—Nada… —Niego con la cabeza—. Es que eres… mi jersey favorito.

Me tira suavemente del pelo para acercarme a él y quedar nariz con nariz, frente con frente.

—Jamás dejaré de echarte de menos, Dais.

Y luego me besa.

01.09

+44 7700 900 959

hey

Hola

Cuánto tiempo.

Lo sé. Estás bien?

En Italia con los chicos.

No te he preguntado dónde estabas.

Te he preguntado si estabas bien.

Jaja.

Bien, sí. Una pelea de nada.

Estás bien?

Sí. Siempre.

Por qué siempre me escribes después de tus "peleas de nada"?

No lo sé. Lo hago.

Qué mono.

No.

En serio ha sido “de nada”?

Minúscula.

Te han hecho daño?

No.

En fin

Qué tal estás tú?

Pues como siempre…

He oído que sales con otro.

Jaja. No lo sabías? Siempre estoy saliendo con otro.

Y cuándo saldrás conmigo?

Buenas noches, Julian.



VEINTISIETE

Daisy

Dos veces y media más tarde, Romeo me mira, respirando con dificultad, todavía tiene una mano enredada en mi pelo.

—Somos una puta mierda de amigos, ¿eh? —Se ríe.

Suelto una carcajada bastante sincera.

—Sí.[132]

Se pone un poco serio cuando me agarra por la barbilla para que lo mire a la cara.

—Pero eres mi mejor amiga, ¿lo sabes, Cara?

Asiento.[133]

—Lo sé.

—Venga, pues. —Me mira muy serio—. Dímelo tú también…

Lo miro fijamente un par de segundos, solo para irritarlo, y luego entierro la cara en su pecho para que la confesión salga amortiguada.

—… Tú también eres mi mejor amigo.

Me tira un poco del pelo para que lo mire.

—¿Mejor que Jack? —pregunta enarcando las cejas.

—No… —gruño y luego claudico—. Pero sí. Supongo. Solo porque…

—Lo sé —me interrumpe.

Agradezco no tener que decirlo. Odio decirlo.[134] Asiento, intento no llorar cuando lo miro.

—Nadie más lo entiende.

Él asiente también.

—Lo sé.

—Gracias —le digo, rodeándole la cintura con un brazo.

—¿Por?

—Por lo que hiciste por mí.

Me sonríe con tristeza.

—Cuando haga falta.

VEINTIOCHO

Julian

Me siento enfrente de Eamon Brown para nuestra segunda reunión.

Estamos en uno de los establecimientos que el padre de Carmelo tiene en Islington. La mejor comida italiana de la ciudad y, de largo, el mejor Il Cardinale que no probarás jamás porque no te dejarán entrar.

Hoy el señor Brown lleva un traje de Philipp Plein demasiado llamativo para ese vejestorio y un par de Yeezys (las odio, me da igual que estén de moda, parecen putos zapatos ortopédicos) y él es un gilipollas pretencioso y no solo porque vaya vestido como va vestido. Vístete como Big Bird tanto como quieras, campeón, me importa una mierda, pero sigue siendo un gilipollas y lo sé.

Lo he investigado. Tenía que hacerlo.

Todo el mundo esconde mierda, eso lo pillo, pero escucha, cuanto mayor me hago más claro tengo esto: las personas más peligrosas del mundo son las que no tienen claro quiénes son en realidad. La gente me mira como si fuera portador de malas noticias porque mis mierdas están esparcidas por la mesa (sí, soy impulsivo e insensato y me acostaré contigo y luego no te llamaré), te cortaré con la misma facilidad usando las palabras que con la navaja, pero no te

daría miedo sentarte a mi lado en un restaurante porque sabes lo que hay. Soy un libro abierto.

No tiene sentido avergonzarme de lo que he hecho, ya está hecho. ¿Me arrepiento de algunas cosas? Sí, claro, pero ¿quién no? La cuestión es que yo soy yo mismo el ciento por ciento del tiempo, o lo tomas o lo dejas, así que no estoy de acuerdo con las personas que fingen ser lo que no son.

Pongamos a Eamon Brown de ejemplo: una búsqueda sencilla en Google te dirá que está casado y tiene dos hijos, que es un hombre de negocios respetado en la comunidad, que hace donativos al colegio privado aconfesional de sus hijos, y que pertenece a la junta de dos empresas distintas de la Fortune 500.

Pide a los Malotes de Silicon que investiguen el caso y el juego cambia por completo.

Negocio en bancarrota, pero consiguió algo de dinero tras la muerte de un abuelo extremadamente rico, su matrimonio se ha ido a la mierda, pero es un padre muy entregado, y tiene un interés floreciente en el mercado negro de arte, gracias en gran medida a…

—Lyra Iordanou. —Le dedico una sonrisa tensa y coloco las manos encima de la mesa.

Le cambia la cara y se aclara la garganta.

—¿Perdona?

—Tu amante —le recuerdo con una sonrisa—. Lyra Iordanou. Buen polvo. —Lo miro con elocuencia.

Pone mala cara. Lo he disgustado. Bonus.

Lyra Iordanou es la hija de un magnate de barcos griego a quien más recientemente se ha relacionado con Stavros Onassis. Daisy se lio con un Onassis un momento, creo, pero Lyra tiene inclinación por cierto tipo de hombre en el que yo encajo a la perfección: ricos y poderosos.

Cómo su listón ha podido caer tan bajo como para ahora ser la amante de este imbécil venido a menos no lo sabré nunca, pero que Dios le guarde y lo acompañe, porque Lyra Iordanou se las trae.

—Me preguntaba cómo has dado con mi nombre. —Lo señalo con el mentón—. No nos movemos en los mismos círculos, o eso pensaba yo, pero Lyra, vamos a ver, no encajas mucho en el perfil, viejo. —Desvío la mirada hacia Decks para recibir una confirmación tácita—. El dinero, supongo.

Brown aprieta la mandíbula.

—Eh, tío, escúchame. —Me encojo de hombros a la defensiva—. El amor es el amor, tú a lo tuyo. Me da igual que tu novia esté contigo porque tu abuelo se ha muerto y te ha dejado esa empresa tan honesta de bolsitas de té de producción local y llenadas a mano que ha ganado todos esos premios éticos, y que ahora tus recolectores de té sean prácticamente esclavos laborales. Esa mierda tiene que pesarte en la consciencia.

Resopla por la nariz.

—¿Adónde quieres llegar?

—A que no eres un coleccionista de arte.

—¿Y? —me pregunta con los dientes apretados. No le gusta que le insulten. Aunque ¿a quién le gusta?

—Pues que es un regalo caro para tu amante. —Lo miro con fijeza.

Brown suelta una carcajada y se reclina en el asiento.

—Pero eso no es problema tuyo, ¿verdad?

—No. —Niego con la cabeza alegremente—. Solo quería que supieras que será el tuyo si no cumples con tu parte del trato. —Lo miro con elocuencia—. Última oportunidad.

Eamon Brown da un sorbo de su amaretto sour fingiendo tranquilidad.

—¿Te está superando este encargo, Julian?

La silla de Declan hace un ruido al tiempo que él achica los ojos, observa de cerca a Brown. Yo me río por la nariz, divertido.

—Tranquilo, que estoy bien.

—Estás hablando mucho y dándotelas de importante. —Sonríe Brown—. Pero todavía no has conseguido ningún resultado.

Declan y Kekoa se ponen de pie, y yo les hago un gesto para que se calmen.

—Lo siento muchísimo, tío. Supongo que se me ha escapado el pago de setenta millones por mis servicios…

Brown me dedica una sonrisa tensa.

—Te pagaré cuando hagas algo.

—Me pagarás cuando yo te diga. —Me inclino hacia delante y lo miro a los ojos—. Sé que eres nuevo por aquí, y sé que conoces mi puto nombre, por eso has recurrido a mí. Soy tan bueno como cuenta el rumor. No soy el hombre indicado para el encargo, soy el único hombre que puede con el encargo. La única persona que tiene el equipo y las habilidades requeridas para meterse en el puto Belvedere. Todas estas cosas de mí son ciertas, pero esto es igual de cierto: si me haces enfadar, te mataré. Si me faltas al respeto, te mataré dos veces.

Traga saliva, alterado, y yo apuro la copa de un trago, me levanto de la mesa y me voy.

—Eh. —Me paro en el umbral de la puerta y me vuelvo para mirarlo—. Mi tarifa acaba de subirte otros cinco millones.

VEINTINUEVE

Daisy

Romeo y yo pasamos lo que queda del fin de semana siendo una mierda de amigos, porque es lo que hacemos.[135] Nunca había pensado que quizá no es algo que deberíamos estar haciendo, y ni siquiera estoy diciendo que ahora lo piense. No sé qué pienso ahora,[136] si te soy absolutamente sincera.

Estoy soltera, no estoy saliendo con nadie y, sí, quizá siento algo por otra persona,[137] pero he amado a Romeo toda mi vida.

Y Romeo tiene una cosa que lo convierte un poco en arenas movedizas para mí. Fácil de caer en ellas, difícil de salir. Quizá amar a otra persona es eso, no lo sé. Resulta complicado desenredar lo que siento por él de lo que pasó porque se han fusionado, los recuerdos y el sentimiento que hay detrás de ellos, y no puedo hacer nada al respecto. No importa que desaparezca durante meses,[138] no importa que se acueste con Tavie en mi cama[139] para vengarse de mí porque creía que yo estaba haciendo algo[140] que no estaba haciendo, ni siquiera importa que una vez lo amé y él me amó y mi hermano nos rompió y luego Rome se fue y me rompió a mí. Todo eso es cierto y nada de eso importa porque Romeo sigue habiéndome salvado la vida tres veces[141] de maneras horribles, terribles, y cuando me despierto en mitad de la noche sintiendo las

manos de ese hombre rodeándome la garganta,[142] no grito el nombre de mi hermano, llamo a Romeo.

Desearía que no fuera así.[143] Desearía no sentirme vinculada a él como me siento, como si estuviéramos atados, enlazados por las cosas malas que nos han pasado. Desearía gritar el nombre de Christian,[144] pero no lo hago, llamo a Romeo, y cuando estamos separados siento en las entrañas un tirón horrible, como si estuvieran tirando de mis propias costuras y luego cuando volvemos a estar juntos, ese tirón afloja y ya no me tira nada ni me siento incómoda, y lo sé, ¿vale?, sé lo que es. Estudio Medicina y no soy idiota. Tengo trastornos de apego y traumas por abandono, y Romeo tiene un complejo de salvador[145] y, no lo sé, quizá lo mueve un deseo subconsciente y constante de arreglar los problemas, de tomar decisiones distintas, de no dejarme atrás, de no follarse a todo el Upper East Side para superar lo nuestro porque le dije que no me fugaría con él cuando tenía dieciséis años.[146]

Hay una parte de mí a la que le preocupa que estemos en un camino, amándonos de esta forma tan estúpida, odiándonos en los momentos intermedios y que sencillamente somos… sencillamente somos lo que somos. Esta versión desfigurada e inadaptada de una pareja comprometida, pero el compromiso no es necesariamente algo que hayamos elegido, es solo un hábito inquebrantable que te hace sentir mejor y peor de golpe.

Y si me preguntaras si es un hábito que quiero romper, en realidad no sé cuál sería mi respuesta. No sé si quiero dejarlo. Y aunque lo hiciera, no tengo ni idea de cómo empezaría otra cosa.[147]

De vuelta a Knightsbridge,[148] alguien llama a la puerta de mi cuarto y luego Christian asoma la cabeza. Me ve en el escritorio y esboza ese cuarto de sonrisa que hace que mi corazón lata a mucha

más velocidad de la que debería tras la mirada de un chico al que no le importo.

—Hola. —Me pongo de pie y me quedo ahí parada como una tonta.

Viene hasta mí y me mira.

—Hola… —Se inclina casi con prudencia para darme un beso en la mejilla, lo cual es rarísimo. Nosotros no nos damos besos en la mejilla. Nosotros nos besamos en callejones oscuros y bajo luces de locales y en los asientos de atrás de los coches. Nuestros besos siempre van acompañados de manos largas y desesperadas, pero este no. Este es rápido y dulce, las manos quietas, solo un deje del aroma de John Varvatos y la sensación de tener el corazón en la garganta.

Retrocede un paso.

—Estás morena.

—Hacía sol.[149]

Le aparece una sonrisa en el rostro.

—¿Te lo has pasado bien?

Asiento. Te he echado mucho de menos, no lo digo.

Hice todo lo que pude para no imaginarlo con chicas checas, hice todo lo que pude para no imaginarme todo lo que él estaría haciendo en Londres sin mí, él aquí con Magnolia Parks y Taura Sax y Vana Ripley y todas las otras chicas con las que sé que ocupa sus días.

—¿Has hecho muchas cosas, pues, este fin de semana? —pregunta, cruzándose de brazos.

—Qué va. —Me encojo de hombros.

—¿Cómo fue? —pregunta, amable.[150]

—Bien. —Me encojo de hombros, consciente de que parezco evasiva, y quizá lo soy—. Bien. Bastante tranquilo. Fuimos a la

piscina, en barco, fuimos a tomar algo, jugamos a Dedos Pegajosos.

Le cambia la cara.

—¿Qué es eso?

—Oh… —Hago un gesto con la mano—. Un juego que Romeo y yo nos inventamos cuando éramos críos. Es un poco como el suelo es lava, pero intentas agarrar algo que está rodeado de un montón de mierdas que no puedes tumbar ni mover… Es un juego tonto.[151]

Asiente con frialdad.

—¿Ha pasado algo mientras estabas fuera?

Esbozo una mueca de curiosidad.

—¿A qué te refieres con «algo»?

—Algo… —Se encoge de hombros—. Quiero decir, ¿algo destacable? ¿O importante?

—Ah —asiento, ahora pillo la pregunta—. Te has enterado de lo del tío que me drogó…

Le cambia la cara.

—Espera, ¿qué? —Niega con la cabeza.

—Ah… —Hago una pausa, le quito importancia—. Nada.

—No, ¿qué? —Sigue negando con la cabeza y luego me agarra la muñeca y baja la cabeza para que nuestros ojos queden al mismo nivel—. ¿Alguien te drogó?

—No, lo intentó… —Niego con la cabeza—. Estoy bien.

—¿Qué pasó?

—Nada…

Se le tensa la mandíbula.

—¿Dónde está el tío ese?

Y le lanzo esa mirada, tan cargada de una realidad que solo conocen algunas personas como nosotros.

—Ah. —Asiente, pasa el peso del cuerpo de un pie al otro—. Bueno, bien. —Me dedica una sonrisa diminuta que carga el peso de

una preocupación que seguro que son imaginaciones mías,[152] luego me pasa una mano por el pelo de esa manera que tiene de hacerlo sin ser consciente de que lo hace—. ¿Estás bien?

Asiento.

—Estoy bien. Lo pillé haciéndolo…, no pasó, ya sabes…

Asiente un poco, aplacado. Luego sigue asintiendo.

—Entonces ¿no pasó nada más mientras estabas allí?

Frunzo el ceño un poco confundida.

—A ver, fue algo bastante fuerte, ¿no?

—Acabas de decir que no te pasó nada, que estás bien…

—¡Lo estoy! —Lo miro y niego con la cabeza, me siento confundida—. No me han hecho daño, es solo… ¿Qué clase de hecho distinto estabas anticipando?

—No, bueno, a ver… —Pone los ojos en blanco—. ¿Pasó algo contigo y… —hincha las mejillas— alguien? —Lo miro con el ceño fruncido—. ¿O alguien y… tú? —pregunta y yo frunzo más el ceño—. ¡O alguien y alguien!

Hago una mueca, confundida.

—¿Qué?

—Nada… —Niega con la cabeza y pone muy mala cara—. ¿Entonces nada?

Traga saliva y yo lo miro con fijeza,[153] preguntándome si realmente me está preguntando lo que me está dando la sensación que me está preguntando.

—Si quieres preguntarme algo, Christian, pregúntalo y punto.

Adelanta el mentón, testarudo.

—No, nada.

—Vale.

Asiente con frialdad.

—Vale. —Retrocede unos cuantos pasos y luego se lame el labio

inferior y me mira con los ojos entornados—. ¿Te follaste a Rome?

La pregunta me pilla con la guardia baja, aunque ya me había planteado si eso era lo que estaba intentando preguntarme.

Hay cierta angulosidad en ello, unos bordes que siento afilados. Me quedo casi boquiabierta y lo miro con fijeza, intentando comprender en los pocos microsegundos de extraño silencio entre nosotros unas pocas cosas:

1. ¿Por qué pregunta?[154]
2. ¿A él qué le importa?[155]
3. ¿Por qué me siento mal?[156]

Y no sé ninguna respuesta.

Me aprieto el labio superior con la lengua.

—Sí.

Y me pregunto si por un brevísimo instante se le ha cambiado un poco la cara. Es muy rápido, como un abrir y cerrar de ojos, y probablemente son imaginaciones mías, porque quiero que a Christian se le cambie la cara cuando piense que otras personas también tocan mi cuerpo, pero luego cuadra la mandíbula y asiente.

—Vale.

Busco entre todos sus rasgos una pista de por qué me lo pregunta, pero no hay nada, ha levantado el muro de piedra y no puedo ver por encima de él.[157]

—¿Por qué?

Se encoge de hombros.

—Solo preguntaba.

—Pero ¿por qué? —le pregunto.

—Porque es bueno saberlo.

—¿El qué? —Me yergo.

Frunce los labios.

—Que lo estás haciendo.

—Pero ¿qué dices? —Le lanzo una mirada—. Tú te fuiste a Praga la semana pasada.

Levanta las manos como diciendo: «¿Y qué?».

—¿Y…?

—Que te tiraste a un millón de chicas. —Le recuerdo y niega con la cabeza.

—Dos, pero en fin…[158]

—¿Hay algún problema? —pregunto en voz alta.

—No.

Frunzo el ceño.

—¿He hecho algo mal?

—No. —Cada vez suena más irritado.

—¿Estás celoso?

Aprieta la mandíbula.

—Que yo no me pongo celoso, joder —me dice, vocalizando.

Asiento una vez.

—Vale.

Christian se encoge de hombros con un aire despreocupado que no lo es en absoluto.

—Me alegro por ti.

Echo la cabeza hacia atrás y parpadeo un poco.

—¿Te alegras por mí?

Me dedica una sonrisa tensa.

—Sip.

—Vale. —Me encojo débilmente de hombros, sintiéndome un poco mareada, como si me hubieran dado un golpe en la cabeza.

Odio discutir con él, aunque nosotros no discutimos, odio hacerlo.[159]

Christian se pasa unos segundos asintiendo como para sí.

—Te estás acostando con él —me dice, no sé muy bien por qué.

Lo miro.

—No me estoy acostando con él. Me he acostado con él.

—Semántica. —Niega con la cabeza.

—No. —Le devuelvo el gesto.

—Bueno, yo me estoy acostando con otras personas —me dice, enarcando las cejas.

Presiono la lengua contra el paladar, trago saliva y me aseguro de que no se me llenan los ojos de lágrimas solo de pensarlo.

—Lo sé, lo daba por hecho…

—¿Por qué ibas a darlo por hecho? —Me mira mal y yo le devuelvo la mala mirada.

—Pues porque eres tú.

Suelta una carcajada.

—¿Ya estamos con eso? —Me mira—. ¿Me estás llamando puto cuando eres tú quien se ha tirado a su ex en un lago?

—Para un momento… —Me aparto, enarco una ceja—. ¿Me estás llamando puta?

—Mierda… —Frunce los labios y niega con la cabeza—. No… Lo retiro…

Señalo la puerta.

—Lárgate.

—No. —Me fulmina con la mirada—. ¿Puedes parar de decirme que me largue cada vez que te pongas imbécil conmigo?

Nos miramos fijamente, él con los brazos cruzados y yo con las manos en las caderas. Siento como si hubiera todo un subtexto bajo nosotros del que ninguno de los dos hemos sido informados.

—¿Hay alguna razón por la que esté mal que me haya acostado con Romeo? —le pregunto, y entonces se queda ahí, espesa como una nube horrible, pero la nube no es la parte horrible, sino la plata que bordea su contorno, colgando ahí toda esperanzada y

reluciente, y me pregunto durante un brevísimo segundo si quizá la respuesta es sí.

Entonces él frunce los labios y niega con la cabeza.

—Nop.

Le miro fijamente, ignoro lo agotada que estoy por la indiferencia que muestra hacia mí, me recuerdo a mí misma que siempre tendré a Romeo y que quizá hasta sea mejor, más seguro, cercado, predecible. No me gusta sentirme así por alguien, esta cosa desenfrenada, en caída libre, resbaladiza y frágil que es amarlo, porque él (Christian, que está de pie ante mí) nunca va a quererme como yo lo quiero a él. Aunque a veces, durante un segundo, parezca que sí, es solo un truco. Es la oxitocina la que habla y nada de lo que me parece ver en su cara es real, porque le estoy mirando a través de los ojos de alguien que lo ama y esos ojos no son de fiar.

Y él tampoco lo es.

Asiento con la cabeza una vez y vuelvo a sentarme en mi escritorio, mirando la revista que estoy leyendo: «Impacto del monocultivo frente al cocultivo de queratinocitos y monocitos en las respuestas de citocinas inducidas por importantes sensibilizadores cutáneos».[160]

—Daisy… —empieza a decir, pero yo me limito a señalar la puerta.

Suspira, se queda ahí unos segundos más y luego se va.

Espero a oír el portal cerrándose de un portazo y entonces rompo a llorar.

TREINTA

Christian

Me despierto al día siguiente y me aprieto la cara con las manos.

Sentí ganas de vomitar inmediatamente (inmediatamente) nada más salir de su casa. Sentí ese extraño terror dentro de mí, no solo de que soy un mierda, sino de que, en fin, la cagué. Pero de malísima manera, y no sé cómo arreglarlo. Así que volví a casa, me bebí una botella de tinto entera, no sé de qué clase, era de Henry. Él es más exquisito que yo con el vino, él se fija en los aromas y el cuerpo y todas esas putas mierdas. En fin, que me desmayé en mi cama, dormí hasta la mañana y ahora estoy aquí tumbado y ese puto terror sigue aquí.

Me aprieto los pulpejos de las manos con más fuerza contra las cuencas de los ojos, suelto un gruñido y salgo de la cama.

Bajo trotando las escaleras, medio desnudo, solo llevo el chándal gris oscuro de Les Tien, y me irrita encontrarme a Henry allí sentado con Magnolia, que está tan alegre y animada como el puto lucero del alba.

—Hola. —Saluda, con los ojos brillantes de cojones.

Henry me evalúa con la mirada.

—¿Mala noche?

No digo nada, me limito a sentarme en la butaca y a mirarlos

fijamente.

Ella está sentada con las piernas cruzadas delante de él, le lee tarjetas para la universidad. Él tiene en el regazo un paquete de esas almendras de chocolate Skinny Dipped que Magnolia manda que le traigan a carretadas de los Estados Unidos, y él va haciendo puntería y los tira a la boca abierta de ella desde la otra punta del sofá.

Ella atrapa una (sorprendentemente) y sonríe a Henry orgullosa. Le lee otra tarjeta:

—¿Cuáles son las limitaciones del crecimiento económico?

Él empieza a enumerar la respuesta contando con los dedos.

—La exclusión de las transacciones no comerciales. El hecho de no tener en cuenta o no representar el grado de desigualdad de ingresos en la sociedad… —Ella asiente; él sigue—: La incapacidad de indicar si la tasa de crecimiento de una nación es sostenible o no. —Ella asiente de nuevo—. La incapacidad de contabilizar los costes impuestos en la salud humana y el medioambiente de las externalidades negativas que derivan de la producción o el consumo de la producción de una nación.

—Muy bien. —Le sonríe a Henry orgullosa y él le tira otra almendra. Le da en la cara y ella se echa a reír a carcajadas.

Solo es así con Henry, ni siquiera con Beej. Tiene que volverle loco, imagino, que sea así con su hermano y con él no. Es triste, pero creo que ella piensa que fue su culpa, que tenía algún defecto o que metió la pata con algo y eso abrió la puerta para que BJ le pusiera los cuernos. Y creo que piensa que tiene que ser perfecta cuando está con Beej, absolutamente impecable todo el rato, con todo bajo control siempre, y quizá si es capaz de hacerlo, tal vez lo suyo acabará funcionando con el tiempo, pero no funcionará porque ella no es quien la jodió en su relación. Y no creo que ella sea

consciente de eso.

Me mira, más preciosa de lo que nadie debería estar por la mañana, y me dedica una sonrisa discreta.

—¿Y a ti qué te pasa?

—Nada. —La miro con mala cara.

No me apetece que esté simpática conmigo hoy.

Henry me mira mal, irritado. Delante de él nunca es buena idea que sea seco con ella.

—¿Tienes resaca? ¿Quieres que pida que te traigan algo?

Niego con la cabeza.

—¿Te preparo un té? —propone ella.

Niego con la cabeza.

—Venga… —Me mira—. Le echaré dos azucarillos…

Pongo los ojos en blanco, pero le hago un gesto permisivo. Dos azucarillos en un té es lo más amable que Parks puede ofrecerle a otra persona. También es lo único que sabe preparar.

—Adelante entonces —le digo.

Ella me sonríe contenta porque le gusta que la necesiten y se va corriendo a la cocina. Henry balancea las piernas y me mira.

—Bueno, pues… ¿Qué pasó?

—Nada.

Suspira.

—¿Ahora vamos a hacer el baile?

—¿Qué baile? —Frunzo el ceño.

Henry pone los ojos en blanco, ya está aburrido.

—«¿Qué pasa?». «Nada». «No, venga, dímelo». «Te he dicho que estoy bien». «¿Por qué estás tan capullo entonces?». «No estoy capullo». «Sí lo estás…».

Lo fulmino con la mirada.

—No estoy capullo.

Hace un ademán impaciente con la mano.

—Venga, vamos, suéltalo…

Lo miro largo y tendido y luego resoplo, frustrado.

—Daisy ha vuelto…

—¿Vale? —Asiente.

—Se ha acostado con él.

—¿Con quién? —pregunta, sin pillarlo, ¡el muy idiota! Pero ¿qué coño está pillando? El puto crecimiento económico, esa es la mierda importante.

—Romeo —digo con los dientes apretados.

—Ah. —Pone mala cara—. Mierda.

Suelto el aire con fuerza.

—Es que ¿por qué?

Él vuelve a poner cara de confusión.

—Por qué ¿qué?

Suelto un gruñido de exasperación.

—Es que no sé por qué se está tirando a Romeo Bambrilla…

—¿Quién? —pregunta Magnolia mientras me da el té.

—Nadie —contesto al instante.

Odio la idea de que Parks sepa que Daisy preferiría estar con otra persona antes que conmigo. La historia se repite y esas mierdas.

—Daisy —dice Henry de todos modos y lo fulmino con la mirada.

—Oh. —Magnolia frunce el ceño—. Pensaba que estabais…

Niego con la cabeza, desdeñoso.

—Exclusivamente, no.

—Ah. Vale. —Asiente y parece confundida—. Bueno, entonces ¿dónde está el problema?

Suelto un bufido y pongo los ojos en blanco.

—Es que no entiendo por qué se está acostando con él.

Entonces Magnolia pone una puta cara que odio.

—A ver…, tenéis ojos en la cara, ¿verdad? —Nos mira a mí y luego a Henry—. Ese chico es un bellezón total y absoluto…

—¿Se puede saber a qué has venido? —espeto.

Ella retrocede al instante, un poco herida, y espero notar ese subidón que normalmente siento cuando le hago un poco de daño, pero no llega.

Magnolia me mira con fijeza, esperando que lo retire.

—Dijimos que iríamos todos a comer hoy —contesta con un hilo de voz, y me alegro de que parezca herida porque, que se vaya a la mierda, ¿«es un bellezón»? En serio, que se vaya a la mierda. De modo que niego con la cabeza y dejo a un lado el té que me ha hecho. Demasiado dulce.

—No quiero ir a comer contigo.

Henry me mira con fijeza y me doy cuenta de que está mosqueado. Es raro cabrear a Henry porque siempre parece que haya algo más. Él es bastante estoico, tiene la cabeza bastante bien amueblada, es bastante razonable…, aunque quizá no tanto cuando se trata de Magnolia. A BJ le gusta pensar que es su protector, pero se equivoca, él la putea demasiado para poder tener una oportunidad real de ser su protector. Lo es Henry, y se ha enfadado conmigo por lo de ahora.

No dice nada, pero sé que luego me vendrá con ello. Hen me fulmina con esa larga mirada; luego levanta a Parks del sofá.

—Vamos. —Hace un gesto con la cabeza hacia la puerta y le sonríe a Parks con ternura—. Yo te llevaré a comer.

TREINTA Y UNO

Daisy

En otra vida,[161] soy historiadora del arte.

Profesora de Historia del Arte y quizá restauradora de obras de arte, pero allí es donde estaría. Rodeada de cosas hermosas, cosas que te inspiran y que hacen avanzar al mundo y dicen lo que significa ser humano, y no habría nada malo, nadie moriría, y si lo hicieran sería en dos dimensiones. No habría sangre, solo pintura roja, y el amor sería sincero porque hay muchos tipos distintos de amor en el mundo y el arte captura un momento en cada uno de ellos. Y es solo un momento, no toda una imagen (eso lo sé), pero hay algo encantador en ello, ¿o no? En el momento de una instantánea que puede mirar todo el mundo, congelado en el modo en que lo vio y sintió esa persona que lo pintó de esa forma para siempre, para que nosotros intentáramos verla y sentirla de la misma manera. Pendiendo en los anales de la historia, y es lo que será y seguirá siendo para todo el mundo hasta que alguien como mi hermano lo robe.

Este fin de semana estamos en París. Julian está haciendo picar el anzuelo a la Interpol.

No me ha dicho que está haciendo picar el anzuelo a la Interpol, pero sé que lo está haciendo.

Un encargo grande como el Belvedere… Sencillamente necesita despistarlos. Si la Interpol piensa que estamos planeando un encargo en París, entonces no estarán mirando en Austria.

No le gusta mucho que yo me involucre en los encargos, pero de vez en cuando debo hacerlo. Tengo mejor ojo que cualquiera de ellos, exceptuando tal vez a Julian.

Nos hemos especializado en períodos distintos. A él le gustan el impresionismo y el expresionismo, y a mí me gustan el romanticismo y el renacimiento, y eso nos ha dado buenos frutos profesionalmente, aunque es verdad que discutimos un poco respecto a dónde van determinadas obras en casa.[162] Julian dio prioridad a mi educación artística más que a cualquier otra cosa. Di seminarios privados con los mejores restauradores del mundo entero, y ahora me resulta difícil decir si lo hizo porque le apasiona o porque vio una oportunidad.

No sé si te has fijado en ese detalle de mí, pero no tuve una infancia al uso. Dediqué la mayor parte de mi tiempo a estudiar. Estudiar libros y Romeo, esas eran mis dos aficiones, y no sé si creo en los recuerdos eidéticos, pero si lo hiciera, tendría uno. La gente piensa que soy lista (y lo soy, sin duda, lo soy), pero también tengo la capacidad de recordar con todo lujo y maravilla de detalles. Mi padre y yo, lo nuestro era cocinar. Nos pasábamos noches en vela mirando programas de cocina, y él me dejaba llevar a cabo todas las partes más sencillas de la preparación de un plato y luego le contaba a todo el mundo que yo lo había preparado y me sentía muy orgullosa. Y supongo que así, cuando era pequeña, pensaba que lo nuestro era el arte, lo que Julian y yo hacíamos juntos. Hemos visitado galerías y museos por todo el mundo, escuchando y aprendiendo, tanto en público como en privado. He tenido entre las manos reliquias y documentos a los que no tenía ningún derecho

siquiera a acercarme y he observado a mi hermano enamorarse de obras de arte como no lo he visto jamás enamorarse de ninguna mujer. Creo que es su verdadero amor.

Creo que su manera de adorarlo es la razón por la que yo lo adoro como lo adoro.[163]

Y estoy muy contenta de estar aquí, contenta de estar en París, contenta de distraerme de lo que esté pasando con Christian, joder, pero en realidad tampoco, porque la ciudad del amor no es lo más indicado para conseguir no pensar en la persona que quieres. Así que he tapado con una manta lo que siento por él y ahora está ahí parado en un rincón de mi ser, este bulto enorme y deforme de hombre al que me niego a amar, pero que obviamente amo, y ahora proyecta una sombra que lo cubre todo[164] y lo odio, y a esta patética versión de mí misma en la que me ha convertido el hecho de amarlo. Paso de largo sus fotos en Instagram sin siquiera mirarlas porque no quiero saber que está en Grecia con Magnolia y todos sus estúpidos y guapísimos amigos.[165]

La mente de mi corazón es un pequeño desastre, eso ya lo sé, porque en el coche volviendo del aeropuerto, Romeo está en un lado y Christian no está en el otro y en eso pienso. Y cuando Romeo me besa por las noches en la cama donde no está Christian, en eso pienso…, y no hace falta que me lo digas, ya sé que está fatal.

Miguel dice que es un mecanismo de defensa porque Romeo me ha hecho daño demasiadas veces y yo le he contestado que sí, pero que Christian me está haciendo daño ahora y Miguel me ha respondido: «Lo sé, eres idiota», en su idioma.

Odio sentir que estoy haciendo lo incorrecto, eso sí. Y siento que lo estoy haciendo todo el rato.

Lo cual es raro, lo pillo. Para ti, mi vida entera es hacer algo malo, una serie de crímenes tanto bajo como fuera de mi control, pero

indiscutiblemente relacionados con, alrededor de y hechos por y para mí. Hago todo lo que está en mis manos para ser mejor siempre que puedo. Intento forzar la balanza a nuestro favor. Siempre doy dinero a los sin techo. Nunca ensucio las calles. Intenté dejar de beber leche durante un tiempo, pero soy incapaz de beber la leche de una almendra, lo siento, es que no puedo.[166] Tengo una libretita en el cajón de la mesilla de noche y en ella intento llevar la cuenta de todas las personas que ha matado mi hermano para al menos poder salvar la misma cantidad y quizá eso equilibrará un poco el universo y no tendremos que ir al infierno por todo lo que hemos hecho.

Aunque hoy no, hoy vamos al Louvre.

Y sé lo que estás pensando: ¿quién cojones está dejando que esta panda entre en el Louvre?

Soleil Cousineau. Recién nombrada presidenta-directora del Museo del Louvre y, muy convenientemente, la examante de mi queridísimo hermano.

Y lo admito, de todas las chicas con las que se ha relacionado mi hermano, Soleil era mi favorita con diferencia porque, en fin, en primer lugar, las chicas francesas son muy chic. Además, ella no estaba muy preocupada por impresionarme, lo cual hizo que yo quisiera su aprobación. Le saca diez añazos a mi hermano y, en conjunto, se me antojó una decisión inteligente.

Eso, y que una vez me trajo un Sandro Botticelli auténtico[167] para que lo viera mientras lo trasladaban para restaurarlo. Me ganó para siempre con eso.

—*Mon ange fille !* —Extiende los brazos al verme y voy corriendo a darle un abrazo. Me planta un beso en cada mejilla y, muy discreta, señala a Romeo, que está detrás de mí—. *Que fait le garçon ici ? Je pensais que tu avais fini ?*[168]

Hago un gesto impreciso.

—*Comme ci comme ça.*

Se ríe y lo saluda con un beso.

Romeo está aquí porque sí, no hay una razón real con la que pueda excusarlo. Es que hemos pasado mucho tiempo juntos últimamente, no hay más.

Yo iba a París y él dijo: «Oye, iré a París», y yo respondí: «Vale», al tiempo que Julian contestó: «¡No!».

Pero le ignoramos.

Soleil saluda a los chicos y deja a Julian para el final; le planta la clase de beso que, probablemente, no debería dar en la escalinata de su puesto de trabajo[169] y luego nos acompaña dentro.

Aquí hay un plan en marcha y ese plan es *La encajera*[170] de Johannes Vermeer. El plan también es Soleil. El beso que le ha dado me hace dudar de si ella está al tanto del plan, o si sencillamente Julian es así de bueno, pero ella también es el plan.

Nunca sé si las mujeres saben lo que son para Julian, lo cual, por cierto, es nada.[171] Son vehículos que lo llevan al destino que desea.

En este preciso instante lo que él desea es engañar a la Interpol para que piensen que planea robar el Vermeer.

Una parte de este plan, ya lo voy pillando, es conseguir que la Interpol piense que vuelve a tener un idilio con la directora del Louvre y que ella va a ayudarlo.

No sé si lo haría.

Soleil es una de esas personas cuya naturaleza es un misterio, pero eso mismo pienso de muchísimas personas que meten los pies en la gran charca de las Bellas Artes.

El agua es preciosa, esos azules que parecen de otro mundo y que te invitan a meterte en ellos, pero las cavernas son más profundas

de lo que crees y no conozco a muchas personas que hacen lo que hacemos nosotros que no hayan utilizado el cuerpo inerte y sin vida de otra persona para mantener su propia cabeza por encima del agua en que el arte les hace nadar.

—Es increíble. —Rome señala con la cabeza a mi hermano, que tiene a Soleil pegada contra la pared.[172] Le miro y me rodea con el brazo—. Vamos. —Me saca de allí—. No tenemos por qué estar aquí viendo esto…

Y me lleva a dar un paseo. Nos cogemos de la mano.

No sé cuándo ocurrió, pero así es el contacto con él, así es estar con él, supongo.

Como cuando no te das cuenta de que está lloviendo. Y no parece algo repentino, no es que el cielo estuviera azul y tú te dieras la vuelta y de golpe y porrazo estuviera lloviendo a cántaros. Es más bien como si todo el rato hubiera estado nublado y luego cayera una gota, y luego otra, y luego otra, y luego otra, y entonces estás empapada y no sabrías decir cuál de esas gotas te ha mojado, pero ha pasado despacio y a hurtadillas a tu lado.

Así es tener las manos de Romeo encima.

Paseamos por el ala de Denon porque es mi favorita. Olvídate de la *Mona Lisa*. Es pequeña y anodina y ha sido el centro de atención demasiado tiempo.[173]

Ahora bien, *Santa Ana, la Virgen y el Niño*, que no recibe la atención ni el tiempo adecuados, es un cuadro que me interesa. Porque es raro.

Es extraño ver cómo el niño Jesús agarra al cordero, como si ambos supieran lo que les espera, pero las dos adultas están en paz al respecto. Que él va a morir. ¿Qué clase de gilipollez es esa?[174]

Se me tuerce la boca y mi exnovio me observa atentamente.

—Has venido tú —me dice, mirándome—. Yo no te he hecho venir

y plantarte aquí.

—Lo sé…

—Te cabrea.[175]

—Bueno, la historia de Cristo siempre me cabrea.

—Ya empezamos… —Pone los ojos en blanco.

—Le tendieron una trampa —digo por milésima vez—. El sistema está urdido. Sediento de sangre, siempre hay alguien que tiene que morir. No es justo. Dios es mezquino.

Me rodea la cintura con los brazos y me atrae hacia él.

—Nos ha salvado a ti y a mí un montón de veces.

Lo miro largo rato.

—Tú me has salvado un montón de veces.

Romeo suspira y traga saliva, desvía la mirada de mis ojos hacia mi boca y luego me besa con más ternura de la que debería, pero le devuelvo el beso de la misma manera por hábito.[176]

—¡Eh! —exclama mi hermano, apoyándose en una escultura en la que, sin ninguna duda, no debería apoyarse—. Ojito con esas manos.

—¿Por qué? —sonríe Rome y las va bajando mientras señala con la cabeza a Soleil—. Tú no lo has hecho.

—Te voy a pegar en las orejas hasta que te sangren, mierdecilla —dice Julian mientras se lanza hacia él y le hace una llave en la cabeza, dándole puñetazos (más o menos) en broma en el estómago.

Soleil y yo intercambiamos miradas mientras Romeo se aleja de mi hermano de un salto, riendo.

—Vamos —me sonríe Jules mientras señala con la cabeza el corredor—. Vamos a ver a tu amiga.

Hersilia.[177]

Siempre la he querido. No sé por qué. Es que sentí una especie de

afinidad hacia ella, mucho antes de saber lo que significaba «afinidad».

Lo pura que es, como si no solo le diera una luz, sino que la emanara ella, y sintiera en lo más profundo de su ser el encargo de traer la paz.

Se sitúa entre los dos grandes amores de su vida, marido y padre, con sus bebés entre los hombres en guerra a sus pies, un recordatorio esperanzador de que tienen más en común de lo que creen.

Y funciona.

El amor gana.

Me gusta cuando hay un conflicto, y las mujeres son lo suficientemente valientes como para lanzarse en medio para ponerle fin.

Me gusta cuando el amor gana.

—Tú y este puto cuadro. —Romeo pone los ojos en blanco.

Me limito a murmurar un distraído «Mmm», lo ignoro y dejo que sea ella quien me hable a mí.

Hay cierta calma concentrada en ella, también en los dos hombres; todos los demás están angustiados o afligidos, pero ellos no, y ella es la razón. Ella es quien los ata, quien los une. ¿Qué clase de mujer hacía eso en la antigua Roma?

Sé que es una farsa, que forma parte del mito de cómo se construyó Roma, pero sigo queriéndola y sigo pensando que es la mujer más importante del Louvre. Espero llegar a ser como ella algún día.

—¿Quieres que te lo consiga? —me pregunta mi hermano con un susurro grave.

Le miro divertida mientras observo el óleo sobre lienzo que medirá, fácilmente, unos veinte metros cuadrados. Mangarlo sería el

robo en mayúsculas.

—Bueno… —le sonrío—, si no va a ser mucha molestia…

—De acuerdo. —Hace un gesto con la cabeza hacia Soleil—. Tú distraes a la parisina y yo… —Hace como que lo descuelga de la pared y me guiña un ojo.

Pongo los ojos en blanco, divertida.

—Para tu próximo cumpleaños importante —me dice, y me pregunto si lo hará. Un trabajo de la hostia. Aunque suena divertido.

Terminamos para cuando se pone el sol y nos vamos por la salida de incendios del lateral del edificio Denon, donde nos esperan algunos de nuestros chicos con los coches. En cuanto salimos de ahí aparece mi estadounidense favorito, apoyado contra un Peugeot Sport 508 negro tuneado.

Camiseta gris, vaqueros azules anchos y unas Converse.[178]

Romeo pone los ojos en blanco, molesto, y yo lo miro para aplacarlo.

—Te toca, Cara. —Mi hermano me da un empujoncito hacia mi policía favorito.

—Tiller. —Le dedico una sonrisa juguetona mientras me acerco.

—Dais.

—¿No se te ven los ojos extraazules iluminados junto al Sena y todo eso?

Vuelve la vista para mirar por encima del hombro.

—Hoy está un poco guarro.

—Como a mí me gusta. —Le lanzo una miradita y él pone los ojos en blanco entre risas—.[179] Te estaba tirando los tejos —le digo.

—Lo sé. —Me lanza una mirada de falsa exasperación.

—Veo que estás llevando nuestras pequeñas citas a nivel internacional…

—No son citas, Dais. —Se cruza de brazos—. Estoy recogiendo

pruebas para una investigación en curso.

—Claro. —Entrecomillo con los dedos y él se vuelve a reír.

Tiller señala con esa gloriosa cabeza suya a mi hermano.

—¿Cuánto tiempo lleva liado con Cousineau?

Me encojo de hombros, juguetona.

—¿Hasta qué punto su relación tiene que ver con el hecho de que ella se haya convertido en la nueva directora del Louvre?

Me encojo de hombros de nuevo.

—¿Ella sabe quién es él?

—Todo el mundo sabe quién es él —le recuerdo y él pone los ojos en blanco.

Son de un azul loco. Las chicas se vuelven locas con los ojos de mi hermano (azul medianoche, de ese extraño azul oscuro que no se ve muy a menudo en los ojos), pero los de Tiller son otro cantar. Como de un azul real con el agua refractándose a través de ellos.[180]

—¿Qué miras tan fijamente? —pregunta, y me entra la vergüenza porque no me había dado cuenta de que me había quedado embobada.

—Nada. —Parpadeo para ahuyentar todo rastro de asombro y me pongo las manos en las mejillas sin darme cuenta. Me arden.

Su cara cambia un instante y siento el sudor perlándome la nuca porque soy consciente de que mi hermano y Romeo y todos los chicos me están mirando, así que me yergo y le doy un golpecito juguetón a Tiller en el brazo, recuperando el control de la situación.

—Dios mío —exclamo, de nuevo al mando—. No puedo creer que todavía no hayamos hablado de esto… —Me mira con los ojos entornados—. Cuéntamelo todo sobre la ruptura.

Me observa.

—No.

—¿Decisión tuya? ¿Decisión suya? —le pincho—. Era broma… —Le

doy un empujón—. ¿Quién va a romper contigo con esta cara?[181]

Intenta no sonreír y pone los ojos en blanco.

—Eres incorregible.

Me señalo a mí misma, inquisitivamente.

—¿Increíble?

Exhala ruidosamente por la nariz mientras abre la puerta de su coche.

—Eres tú quien me está siguiendo por exóticos destinos europeos.

—Esto no tiene mucho de exótico…

—Solo de romántico. —Le guiño un ojo y él suelta una única carcajada.

Echo a andar para volver con los chicos.

—Creía que no salías con delincuentes —me dice, y yo me vuelvo para mirarlo. Señala a Romeo con la cabeza.

Y le lanzo una sonrisa.

—¿Quién ha dicho nada de estar saliendo?

Suelta una risa desdeñosa y niega con la cabeza al tiempo que cierra la puerta del coche.

Cruzamos una mirada a través del cristal y tiene una sonrisa en los labios que no debería estar ahí, no cuando mi hermano puede verla, tampoco en general, así que la borra y se va a toda velocidad.

Me doy la vuelta y me encuentro a Julian con una ceja enarcada y los brazos cruzados.

Romeo ya se ha ido,[182] no sé adónde, supongo que a otro coche.

—¿Qué? —le pregunto a mi hermano, desafiante.

Él presiona la lengua contra la mejilla y niega un poco con la cabeza.

—Eres un puto desastre.

14.48

Jack

Qué tal París de momento?
Mucho sexo con el ex?

No llevamos ni 48 horas fuera de Londres.

Es tiempo más que suficiente.

Pues te equivocas.

Solo una vez en el avión.

Un poco mal con Jules ahí, no?

Sin duda.

Lo sabe?

Espero que no.

Qué tal (CENSURADO)

Bueno, su novio va bien vestido.

Por qué no me habéis invitado a París?

No eres un criminal.

Hablando de eso…

Qué tal Culo Impecable?

No quiero hablar.

Dais…

Adióóósss

TREINTA Y DOS

Christian

Hemos decidido hacer un viaje improvisado a Grecia porque resulta que el viejo de Parks se lo ha estado haciendo con la niñera durante los últimos no sé cuántos años y Magnolia se lo está tomando tan bien como cabría esperar.

Se lo ha soltado a los medios de comunicación, le ha dado un soplo a *The Sun*. Joder, ni el infierno tiene la furia de una Magnolia despechada, eso ya te lo digo yo de gratis.

El vuelo hacia allí es largo y pienso en Daisy todo el rato, cuánto desearía que se me dieran bien estos sentimientos, joder, que supiera cómo pedir perdón, decir lo que pienso en realidad. No puedo decirlo en voz alta. No puedo arriesgarme.

Llevo ya tres años queriendo a una chica que no me corresponde, ser consciente de mis sentimientos no me ha llevado a ninguna parte, y antes estaba bien, antes de saber que me gustaba Daisy. Joder, seguro que hace meses ya que me gusta y no me había dado cuenta, y durante meses y meses he estado bien, y entonces el puto Henry lo olió y lo estropeó al sacarlo a relucir ante mi conciencia, ese capullo de mierda.

Así que ahora solo pienso en Daisy, en eso me he convertido. Solo pienso en Daisy Haites todo el rato, y estoy enfadado por eso todo el

rato.

Lo digo en serio. Me tiro todo el camino pensando en ello.

No ayuda que Parks y Beej estén metidos en la parte de atrás del avión del novio de ella y que ella le esté tocando de esa forma en la que ni siquiera sabe que lo está haciendo; es totalmente inconsciente. La mano de ella cae en el regazo de él y los ojos de él no se apartan de ella y me hace enfadar porque estoy aquí sentado, joder, y no sé por qué eso me hace enfadar, pero me hace enfadar.

Estoy enfadado con ella, enfadado con él, enfadado con Daisy, bastante enfadado conmigo mismo, en realidad.

El hotel es bonito, sin embargo, le concederé eso a Parks.

Nunca dejan de ser bonitos, ella preferiría darle su propia mano a un puto león marino para que se la comiera antes que alojarse en un sitio de cuatro estrellas.

Aunque este lugar está bastante guapo. Hotel Kinsterna. Parece un pueblecito viejo escondido al pie de una montaña, pero por dentro es lujoso que te cagas.

Me quedo en mi habitación casi toda la tarde. No me molesto en ver a Magnolia revoloteando entre BJ y Tom y, además, la cobertura en la piscina es una mierda y no paro de mirar el móvil para ver si Daisy me ha mandado un mensaje.

Que no lo ha hecho, por cierto.

—Chico, ponle un tono distinto a sus mensajes. —Henry me mira molesto al abalanzarme sobre mi móvil cuando vibra.

—No. —Lo fulmino con la mirada—. No soy patético.

Henry me lanza una larga mirada.

—Si tú lo dices… Vamos. —Me señala la puerta con la cabeza—. Que llegaremos tarde a la cena.

La cena es lo que esperabas: el espectáculo de Magnolia, en su parte nueve mil.

Todo el mundo habla de la aventura, de que no se lo pueden creer, de cómo está su madre, de cómo está Bushka, un poco sobre que Jonah se pilló de Marsaili cuando hacía bachillerato (a mi hermano le encantan las figuras de autoridad. Ya hablaremos más de eso otro día), mucho sobre que su padre es un mierda…

Y finalmente Paili se cruza de brazos y se inclina hacia Magnolia.

—¿Te acuerdas hará un año, cuando estábamos en un evento, algo para tu madre, y nos fuimos al baño y Marsaili salió del lavabo adaptado muy ruborizada…?

Magnolia se echa hacia atrás, asqueada.

—¡Dios mío!

—Y tu dijiste: «Parece que acabe de tener un orgasmo», y tu madre no paraba de preguntar por todas partes dónde estaba tu padre. Te apuesto lo que quieras a que estaban follando en el lavabo. —Paili asiente para sí misma y BJ suelta una extraña risa ahogada.

Henry lo mira mal.

—Como si tú pudieras decir algo, colega, has tenido un millón de orgasmos en lavabos adaptados.

—Oye —aclara—, no solo en lavabos adaptados, yo no discrimino; en todo tipo de lavabos.

A Magnolia, sin embargo, no le ha gustado, hace un puchero. Parece triste.

Perry levanta la copa de vino.

—Yo nunca nunca he tenido un orgasmo en público.

Todos los chicos y yo damos un trago.

Le hago un gesto con la cabeza a Beej y lo miro de hito en hito.

—Tú ya puedes ir apurando la copa entera, amigo.

Pero él me ignora porque tiene los ojos fijos en Magnolia, intentando ganarse su aprobación de nuevo por una broma estúpida

que ha hecho y eso me jode.

—Y tú —digo, aunque no debería. Miro a Parks de arriba abajo desde la otra punta de la mesa— tendrías que haber dado un trago.

Echa la cabeza para atrás, con las cejas enarcadas.

—¿Disculpa?

Y lo sé de inmediato. He despertado a un montón de osos: ella se cabrea al instante, pero también lo hace Beej, también lo hace Henry y también lo hace Tom, pero me importa una buena mierda.

Estoy enfadado. Me apetece joderla, me apetece pelearme con alguien para poder dejar de pensar en Daisy y en sus manos tocando a Rome.

—Aquí todos sabemos que una vez tuviste un orgasmo en público —le digo.

BJ me fulmina con la mirada.

—¿Todos lo sabéis? —repite ella, mirándome con los ojos como platos, cabreadísima.

—Sí —asiento.

Henry me hace el pellizco vulcano por debajo de la mesa y Paili me susurra muy nerviosa que me calle, pero Parks ha levantado la nariz y eso me da energías renovadas.

—Pues no.

Me encojo de hombros, indiferente.

—Solo que sí lo tuviste.

Más de una vez. No voy a hablar de las veces que los tuvo conmigo porque no me apetece morir en Grecia esta noche, pero bueno, igual lo haré de todos modos, viendo cómo Beej me está fulminando con la mirada.

—Yo nunca… —Magnolia se está poniendo colorada, está asustada. No sabe adónde voy a llevar todo esto—. Es de lo más indecoroso.

—Ya. —La miro con elocuencia—. Estabas tú muy preocupada por la etiqueta social en ese momento.

Y voy un poco borracho, lo admito.

Estoy borracho y capullo con todos, y cuando estoy borracho me encanta meterme con ella porque ahora mismo es lo único que puedo hacer con ella.

—En el tugurio ese de París. Tú y él. —Señalo a Beej con la cabeza, aunque no lo miro, porque creo que si lo hago me va a pegar. Que me apetece un poco que pase…, quizá esta vez sí le devolvería los golpes. Ganaría. Siempre gano cuando peleo—. En el rincón del fondo. Con su mano. Debajo de la mesa.

BJ se presiona el labio inferior con la lengua y Parks se tensa a su lado.

—Christian —dice Paili, perrito faldero de Magnolia esta noche y siempre, hace lo que puede para calmar los ánimos—, ¿qué vas a saber tú?

Y esa frasecita que escupe Paili es algo que me jode en la puta alma. Me pone furioso que Parks haya pintado lo que fuimos para que suene como un puto puñado de puta nada ante todo aquel que conocemos, de modo que miro fijamente a Magnolia a los putos ojos y digo:

—Porque sé qué cara pone cuando está teniendo un orgasmo.

Y lo sé. Lo sé muy bien. Mejor de lo que cualquiera de ellos comprende.

Henry me mira con fijeza.

—¿Qué cojones, tío?

Beej niega con la cabeza, exhala, cansado, y me siento mal un segundo.

—No soporto todo esto…

Tom está fulminando la mesa con la mirada.

—Yo tampoco puedo decir que me apasione…

Beej se está planteando pegarme, sé que lo hace. Valora pros y contras mentalmente. Creo que la parte que está teniendo más en cuenta es la insinuación que he hecho de que su preciosa Parks tuviera un orgasmo.

Nunca he sabido lo que ella le ha contado de nosotros, aunque salta a la vista que no mucho.

A veces me siento mal por ello, por el hecho de que ella y yo hiciéramos el tonto, por la mierda de amigo en lo que me convierte haberme liado con la chica que ama mi mejor amigo, pero yo también la amo, así que a la mierda. Es lo que es y el problema es ella, no nosotros.

Magnolia se ha quedado paralizada en la mesa.

No sabría decirte si está a punto de llorar o no. Me pregunto si BJ saltará a defenderla; si hay lágrimas, lo hará, porque se le ponen unos ojos estúpidamente preciosos cuando llora y él cae cada vez. Supongo que yo también. Un poco es por eso por lo que me gusta hacerla llorar, para poder mirarla, darle un abrazo, disculparme, hacer que pare.

Beej se aparta de la mesa.

—Voy a por una copa…

Tom me fulmina con la mirada antes de ponerse de pie él también.

—Sí, voy contigo.

Magnolia me mira con esos ojos heridos, mordiéndose los labios.

—Imbécil —me llama desde el otro lado de la mesa.

—Zorra —escupo, apenas antes de que Henry me levante de mi silla.

—Vale, ya basta. —Me empuja hacia la salida, negando con la cabeza.

Parks me observa cuando me vuelvo y la fulmino con la mirada por encima del hombro y Henry me pega otro empujón.

—¡Basta! —Me agarra por el hombro y me gira para que lo mire a él—. No le hables de esa manera, joder…

—Le hablaré como me salga de los cojones —contesto con un gruñido.

—No, no lo harás, Chris. —Niega con la cabeza—. Es mi mejor amiga y…

—También es mi mejor amiga —le interrumpo, y Henry se echa para atrás.

—¡Oh! Casi me convences… —Señala hacia a su espalda—. Uno no le habla así a su mejor amiga, y entiendo que han pasado mierdas entre vosotros dos, y sé que no lo has superado, pero no puedes…

Y entonces lo corta BJ pegándome un empujón tras doblar la esquina.

—¿Qué cojones ha sido eso?

Suspiro, genuinamente cansado de todo esto ya, y lo miro.

—No seas idiota, tío, sabes que nos enrollamos…

Beej ladea un poco la cabeza.

—Dímelo otra vez.

Y niego con la cabeza, no estoy de humor hoy para guardarme nada y mantener a raya el ego de ese capullo.

—¿Te parece normal hablar en la puta mesa mientras cenamos de los orgasmos que le hiciste tener a Magnolia delante de mí… —deja que se quede ahí un segundo— y de su nuevo novio?

Me encojo de hombros con desdén.

—Yo no he dicho nada de haberle hecho tener un orgasmo.

BJ me pega un empujón.

—Y una mierda que no.

Le devuelvo el empujón.

—¡Eh! —Henry me aparta un poco a BJ de encima—. Calma.

—¿Acaso he mentido, joder? —le pregunto, con la mandíbula tensa.

—Christian…, no sé cómo coño puedo explicarte esto de forma que puedas entenderlo y metértelo en la puta cabeza de una vez. —BJ me lanza una mirada turbia—. No es tuya. Nunca ha sido tuya. Nunca lo será. Fuera lo que fuera lo que brevemente tuviste con ella —hace un gesto con la mano hacia el espejismo de mi pasado—, era por mí. No fue por ti, no fue porque te deseara, fue porque me echaba de menos y me quería a mí y no podíamos estar juntos, ¿lo pillas?

¿Sabes esos vídeos de TikTok en los que una prensa hidráulica aplasta cualquier cosa que te puedas imaginar que pueda aplastarse?

Yo soy cada una de esas cosas en todos los vídeos que han hecho jamás. Cada pelota, cada botella de agua, cada piruleta, cada tarta, cada vela… Soy todo eso.

Aplastado.

No puedo replicar nada.

Todo lo que acaba de decir en voz alta en mi cara es todo lo que he pensado en silencio, y para mis adentros, desde que ella y yo terminamos.

Cada miedo, cada paranoia…, y él acaba de proclamarlo como si fuera el puto premio gordo de la lotería.

Henry pega a su hermano en el pecho dos veces (diciéndole sin decirle nada que ya basta) y se lo lleva, vuelve la vista atrás para mirarme mientras lo hace.

Veo en los ojos de Henry que se compadece de mí, te juro que puto odio que la gente se compadezca de mí, y entonces me doy la

vuelta para volver a mi habitación.

Joder.

23.54

Magnolia

Por qué lo has dicho?

Porque es cierto.

Qué parte?

Todo.

Sí lo tuviste y sí lo sé.

Intentas hacerme daño?

Qué va.

Intentas hacerle daño a él?

A qué él, Parks?

Guau. Daisy y tú estáis peleados?

Que te follen

Vaya, qué divertido…

Creía que ya lo habías hecho.

TREINTA Y TRES

Daisy

Tenemos una casa en el *distrito* 16, en el Seine-Village d'Auteuil de París. Un palacete de estilo francés con el tejado de pizarra en un tono oscuro y en pendiente, y las ventanas abuhardilladas asomando.[183] A Julian no le van mucho los hoteles (por razones evidentes), considera que hay demasiado margen de error (lo cual, históricamente, se ha demostrado cierto).

Romeo está sentado en la cama que estamos compartiendo en la habitación que también estamos compartiendo, no porque esta vez haga falta (aquí hay habitaciones de sobra), sino porque somos así, incluso cuando no deberíamos, y tengo la palpable sensación de que quizá no deberíamos, viendo cómo me mira.

—¿De qué cojones iba todo eso? —Señala la puerta con el mentón y doy por hecho que está hablando de Tiller.

—¿Qué? —pregunto de todas formas.

Se pone de pie.

—¿Te estás acostando con él?

—No. —Frunzo el ceño, ofendida.

—Es de la yuta.[184]

—Lo sé…

—¡Y estás ahí haciéndole la rosca como una puta idiota!

Retrocedo un poco.

—Oye, ¿qué pasa?

—Que es un puto poli —repite Romeo.

—¿Estás celoso? —Frunzo el ceño—. ¿Por qué estás celoso? No tenemos exclusividad…

Parece que eso lo sorprende. ¿Le ofende, quizá?

—¿No la tenemos?[185]

—No. —Me aparto el pelo de los ojos, me está poniendo nerviosa la deriva de esta conversación.

Él enarca una ceja.

—¿Puedo acostarme con otras personas?

Niego con la cabeza.

—Siempre has podido acostarte con otras personas…

—Ah, ¿sí? —Suelta un bufido—. ¿Por eso me tiraste un jarrón en la cabeza cuando estaba en la cama con Tavie…?

—¡Mi cama! —grito más fuerte que él.

—Entonces te habría parecido bien que me acostara con ella en mi cama, ¿verdad?

—Te has acostado con ella en tu cama… —le digo con voz fuerte— un millón de veces.

Se pone de pie.

—¿Y te pareció bien?

Me cambia la cara, refleja más disgusto del que querría delante de él.[186]

Rome me hace un ademán con la mano.

—Exacto…

Suspiro y niego con la cabeza.

—No quiero hacerlo ahora, Rome…

—¿El qué, Dais? —Ladea la cabeza—. ¿Hablar o follar? Porque últimamente no se te da muy bien ni una cosa ni la otra …

Me quedo boquiabierta y lo fulmino con la mirada, le pido a Dios que no se me vea en la cara lo muchísimo que eso me ha sentado como una bofetada (que todas las inseguridades que tengo con él y yo y el sexo y que Tavie fuera su primera vez y yo fuera la segunda menos sexy, y que ella lo hace mejor que yo y que por eso sigue rondando por aquí al cabo de ya tantos años), le pido que nada de todo esto asome a la superficie de mi rostro, pero creo que se me ha tenido que ver, porque él pone cara de lamentarlo al instante.

—Mierda, Dais… —Niega con la cabeza—. No quería decir eso. No lo decía por eso…

Le señalo la puerta con la mano.

—Venga, lárgate.

Él niega con la cabeza y me coge ambas muñecas.

—No lo decía por eso…

—Vale.

—De verdad que no, Dais… —Vuelve a suspirar y se pasa las manos por el pelo—. Lo decía porque ya no me hablas como lo hacías y ahora solo soy yo quien te busca.

—Eso no es verdad. —Niego con la cabeza.[187]

—Antes te tumbabas en la cama conmigo y no te callabas, nunca parabas de hablar. Me lo contabas todo, todas esas mierdas que yo no quise saber nunca, me las contabas porque eras tú y yo y… —hace un ademán con las manos entre los dos— nosotros. Y ahora es distinto.

Me encojo un poco de hombros.

—Es que ahora es distinto.

—¿Por qué? —pregunta, respirando con dificultad.

—No lo sé. —Aunque sí lo sé.

—Hemmes —me dice.

—No… —contesto al instante.

—Y una mierda —me interrumpe—. Nunca, en tu vida, no has querido que tuviéramos exclusividad, siempre has querido que estuviéramos juntos y ahora ya no.

—No. —Niego con la cabeza al tiempo que hago gesto de tocarlo. [188]

—Admítelo. —Niega con la cabeza él también—. Nunca me has perdonado del todo que me fuera. —Eso es cierto. No lo he perdonado. Ni la primera vez que se fue, ni la última vez que se fue, ni ninguna de las veces que se fue entre la primera y la última. Está claro que él no tendría que haberlo hecho.

Y yo no tendría que levantarme cada mañana y preguntarme si todavía está en la ciudad, preguntarme si esta es la mañana que habrá vuelto a desaparecer.

Me cruzo de brazos a la defensiva.

—Y tú nunca me has perdonado que no me fugara contigo —le digo.[189]

—¡Desde luego que no, Cara! —grita—. Habría sido distinto, ¡habríamos sido distintos! Lo nuestro podría haber funcionado. Y en lugar de eso, somos lo que sea que somos, joder, y tú estás enamorada de otro puto hombre…

—N-no lo estoy… —tartamudeo como una estúpida, y él suelta una risa triste e incrédula y niega con la cabeza.

—¿Crees que no sé cómo estás cuando estás enamorada? —Sus ojos lucen un pesar que hacía años que no veía en ellos—. Me cago en Dios, Daisy, es lo que veo cada noche cuando cierro los ojos para irme a dormir.

Y mi corazoncito se hunde como una roca.

—Romeo… —Me acerco a él y me besa de esa manera triste y salvaje y desesperada, ambas manos en mi cara, me lleva hasta una pared y me presiona contra ella, me acuna el rostro como si fuera

suyo.[190] Su pecho sube y baja contra el mío mientras me besa de los labios hasta el cuello, pero entonces, me asalta la duda de si tendría que dejar de besarme para siempre…

Se aparta un poco.

—Ese chico es una fase, Daisy.

Niego con la cabeza.[191]

—Él es… Tú y yo estamos hechos el uno para el otro, ¿sabes? Siempre va a ser así, siempre volveremos el uno junto al otro.[192] Así que sí, quizá folle con otras chicas, y sí, me acosté con Tavie en Nueva York. ¿Y sabes una cosa? Es probable que vuelva a hacerlo cuando tú me hagas una putada, pero somos tú y yo, Dais. Nadie tiene lo que tenemos nosotros. Nadie ha vivido todo lo que hemos vivido nosotros. Así que ve… —Hace un gesto desdeñoso con la mano—, fóllate a Hemmes. Sé lo que somos.

Lo miro con fijeza, siento una opresión en el pecho, no puedo respirar. Me siento mareada y tengo náuseas. No sabría apuntar del todo por qué, pero sospecho que todos los motivos se basan en el miedo.[193]

—¿Qué somos entonces? —le pregunto, desafiante, interponiendo algo de distancia entre nosotros, que él acorta con un paso. Me da un beso en la mejilla.

—El uno del otro.

TREINTA Y CUATRO

Christian

Salí a correr después de mi encontronazo con Beej.

Cuando volví a mi cuarto, todavía no sabía nada de Daisy. Magnolia me había escrito, eso sí, muy enfadada y esas mierdas. Me pasé una hora intentando dormir, pero no pude, así que salí a correr.

Corrí hasta que me sangraron los pies, literalmente, pero fue una buena distracción.

A fin de cuentas, todo lo que dijo BJ es todo lo que siempre he pensado. Me daba miedo que fuera verdad, aunque no creo que lo sea. Entre Parks y yo hubo más de lo que él piensa, de lo que ella le cuenta.

La versión de nuestra historia que le ha hecho llegar está descafeinada y debilitada. No sé si lo hizo porque es una puta mentirosa o porque lo que tuvimos no significó una mierda para ella. Quizá son ambas cosas.

Me dijo que me quería. Me parece que es algo que merece la pena decir, algo que puedo creerme, supongo. Algo que puedo usar en su contra. No creo que él lo sepa.

Ella jamás se lo contaría. Tampoco quiero decírselo yo porque no paro de pensar en lo culpable que soy en todo esto y la mierda de amigo que debo de ser por haber permitido que pasara.

Depende del día, depende del momento. Me gusta pensar que buena parte de ello es responsabilidad de ella y de esa característica suya que se parece a la gravedad, que hace que los hombres vayan hacia ella como las polillas a la luz, y ella es la fuerza con la que hay que lidiar, una tormenta que intentamos alcanzar. No es su culpa (en realidad no), pero no se lo diré. Tampoco se lo diré a él, porque yo quise amarla. Resultó fácil hacerlo, estuve contento de permitírmelo.

Y odio eso de mí, que se haya convertido en esto, que buena parte del tiempo, para mí, amarla se parezca a odiarla, pero es el punto donde estoy y es lo que tengo.

Por eso Daisy es una distracción tan buena de todo esto, es como un respiro entre toda esta mierda que me oprime el pecho todo el rato. Y sé que no es lo mismo con Daisy, sé que amo a Parks y no a ella, no es lo mismo, no lo siento igual, sé lo que se siente al estar enamorado y no es esto. Es demasiado fácil con Daisy para que sea amor. Aunque es bueno. Y es raro, floto entre estar obsesionado con Daisy, pensando en todo lo que le digo, todo lo que le quiero decir, todas las cosas de las que quiero hablar con ella, y luego cuando estoy con ella en realidad no pienso en nada.

Daisy es esa sensación que tienes cuando estás haciendo el muerto en una piscina y hay tanto puto ruido a tu alrededor hasta que sumerges las orejas y todo se queda en silencio. Eso es lo que siento que es ella.

Probablemente la he jodido con ella de todas formas porque no pude decirle a la cara que, en realidad, había una razón por la que estaba mal que se acostara con Romeo. Debería haberle dicho que no quiero compartirla con nadie.

Odio compartir en general, pero especialmente odio compartirla a ella. Me he hartado de compartirla. No sé por qué no pude encontrar las palabras para decírselo; ojalá estuviera aquí, pero no está, y no

me manda mensajes, y sé que debería mandarle un mensaje, ser el primero en dar el primer paso para que volvamos a hablar, pero no puedo.

He pasado demasiados años en los que todo me importaba una mierda y tratando de estar cerca de una chica que no me quiere. No puedo exponerme como ella quiere, porque no creo que pueda soportar lo que sentiría dentro de unos meses si ella se girara y decidiera que, a fin de cuentas, le gusta Romeo más que yo.

Unos cuantos meses buenos, creo que solo valgo para eso.

Para Parks solo fui eso.

A la mañana siguiente salgo a correr otra vez y acabo en la piscina. Veo a Gus primero (con los auriculares puestos, tumbado bocarriba) y luego a ella. Un bikini rosa fuerte de triángulo con unas braguitas verdes, los ojos cerrados, toda estirada y demasiado pibón como para que a ninguno de nosotros nos venga nada bien.

Me acerco a ella, la observo unos segundos más de lo que debería porque yo solo soy humano y ella no, y entonces entreabre un ojo y me fulmina con la mirada.

Le doy una patadita y señalo con la cabeza la tumbona que tiene al lado.

—¿Puedo sentarme aquí?

Se apoya sobre los codos.

—Uy, desde luego. —Hace un gesto desdeñoso con la mano—. Aunque ándate con cuidado, se ve que tengo orgasmos espontáneos en público… Ay, no, espera…, que ya sabes qué cara pongo cuando los tengo. No te pasará nada.

Molesto, exhalo.

—No seas imbécil.

Me siento a su lado y suspiro mirando al cielo.

Ella me mira con las cejas enarcadas.

—¿Disculpa?

Vuelvo a suspirar.

—Lo siento.

Se cruza de brazos.

—Eso me parecía.

Gruño al recostarme en la tumbona y siento sus estúpidos ojos inmensos taladrándome.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunta flojito, como si le hubiera hecho daño.

Aprieto los dientes, me paso las manos por el pelo.

—No lo sé.

Pero sí lo sé. Porque la odio tanto como la amo y no sé cómo dejarla ir, así que nos mantengo a todos enredados.

—Es divertido joderte —digo encogiéndome de hombros, siendo un poco capullo.

—Ah. —Asiente con los ojos muy abiertos—. Estupendo.

Exhalo por la nariz.

—Ya sabes qué quiero decir.

Me fulmina con la mirada.

—No, Christian, no lo sé. A mí no me gusta joder a la gente.

—¿En serio? —bufo. Te juro que esta chica es increíble—. ¿A ti no te gusta joder a la gente? Has salido con, ¿cuántos?, cinco tíos en los últimos dos años y medio, sin contar a un servidor, ¿y no los estabas jodiendo? —Abre la boca para contestar, pero le corto—. Me jodiste a mí.

Parece triste.

—No, no lo…

—¿Entonces qué hacías? —pregunto, sentándome y girando las piernas para ponerme de cara a ella, desafiándola a demostrarme que me equivoco. Te juro que me puto encantaría que me

demostrara que me equivoco.

Achica los ojos.

—Ya sabes qué hacía.

—No. —Niego con la cabeza—. Sé lo que yo hacía. —La miro de una manera que me da miedo que sea demasiado evidente, que me vea en la cara que sigo enamorado de ella como lo estaba entonces —. Tú… No tengo ni puta idea.

Parece cansada, coge aire con dificultad.

—¿Has terminado?

—No. —Tendría que haber terminado, siento que estoy cruzando una línea que no debería cruzar, esa línea en la que me enfado con ella y grito porque son las ascuas del fuego que tuvimos, que antes sabía atizar de formas distintas y ahora solo me queda poder pegarle gritos. La miro desafiante—. ¿Qué pasa con Tom?

Parks pone los ojos en blanco.

—¿Qué pasa con Tom?

—¿Estás con él o no?

Suelta una carcajada sin humor, me fulmina con la mirada, ha bajado el mentón.

—¿Y a ti qué te importa?

Esa respuesta me ha sentado como la bofetada que pretendía ser, un recordatorio tácito de que ella se ha olvidado de mí de la manera en que yo no me he olvidado de ella. La odio por ello.

Echo la cabeza hacia atrás, indignado.

—¿Que a mí qué me importa? —La miro con fijeza—. ¿En serio?

Achica los ojos como rendijas.

—Sí, en serio.

Adelanta la barbilla.

—Verdaderamente te las traes, Parks. ¿Lo sabes?

—¿Qué te pasa? —me pregunta, mirándolo de hito en hito—. No

he hecho nada.

Me pongo de pie, aprieto la mandíbula y cruzo la línea sobre la que he estado bailando. Adoro cruzar líneas con ella.

—Es divertido… Creo que la única persona a la que crees que no estás jodiendo en realidad es a Beej, pero lo estás haciendo. Le estás jodiendo a él y él te está jodiendo a ti. Y él está jodiéndose a todo lo que encuentra. Todo el…

—Deberías irte, tío —dice Gus, poniéndose de pie.

Si te soy sincero, se me había olvidado que estaba allí.

Lo miro, con una sonrisita irónica, divertido.

—Ah, ¿sí?

—Sí —responde Gus, asintiendo de nuevo con frialdad—. Le estás diciendo de todo a ella como si fueras un gran hombre porque tu hermano no está aquí para mantenerte a raya.

Suelto una risotada, aparto la mirada, porque no puedo luchar contra él. No es una pelea justa, lo cual es una gilipollez, por cierto. Soy el mejor luchador allí donde vaya y no peleo porque ya lo hice una vez y no mereció la pena. Es la peor sensación del mundo, que alguien muera en tus manos. La forma en que el cuerpo se queda flácido, toda la sangre que sale de una cabeza… Las cabezas sangran mucho.

—Venga —dice Gus, señalando con la barbilla hacia mi habitación —. Lárgate de una puta vez y relájate.

Lanzo una mirada larga a Magnolia, niego con la cabeza y me doy la vuelta para irme.

—Que vaya muy bien la cita con Beej hoy… —digo con un grito—. ¿O era con Tom? ¿O era con Beej? ¿O era con Tom? ¿O era…?

—Da igual con quién sea, no es contigo… —contesta Gus—. Creo es con lo que tienes que quedarte.

Le hago una peineta. Él me imita y me voy con cara de asco.

Me paso el resto del día tomando el sol con Hen, que está bastante capullo conmigo, pero es lo que hay.

No hemos hablado de verdad de lo de anoche. Lo odia, no sabe qué hacer. Se enfadó mucho cuando se enteró de todo, aquella noche en The Box, y de que también le habíamos estado mintiendo a él. En realidad, no le miento a Hen, no mucho, pero Parks jamás le miente, solo que con eso sentimos que teníamos que hacerlo. Y con aquello se pilló un cabreo que alucinas, medio por su hermano, pero creo que sobre todo por sí mismo. Estamos todos demasiado unidos. No nos mentimos los unos a los otros y entonces empezamos a mentir.

Primero estaba más enfadado con ella, y lo entiendo. Son otro cantar esos dos, hermanos por derecho propio. Magnolia dijo que aquella noche él le gritó durante todo el trayecto de vuelta a casa, la única vez en toda su vida que él le había gritado, que no podía creerla, que cómo había podido hacerle eso a BJ, y que no, que no le importaba que hubieran roto, que eran gilipolleces y que no importaba, que si estaba intentando matarlo, que en qué estaba pensando… y ella no dijo nada hasta que llegaron a su casa. Aparcaron delante y ella se volvió hacia él.

—Se acostó con otra, Henry —dijo—. Por eso rompimos.

Y luego salió del coche y entró corriendo a su casa.

Hen dio un giro completo después de aquello.

Estaba tan enfadado con Beej que empezó a ayudarnos para quedar a escondidas.

Creo que por eso ahora le resulta complicado, porque en esa época marcamos líneas entre las que no creo que esté cómodo ya.

—Eh. —Me mira y bebe un trago largo de su sangría—. ¿Estás mentalmente preparado para que vuelvan a estar juntos después de hoy?

—Sí —contesto sin desviar la mirada.

Se han ido porque tienen una cita, Beej y Parks. No lo llaman una cita, pero todos sabemos que es una cita. Hasta Tom tiene que saber que es una cita, y no sé a qué coño está jugando, pero supongo que Magnolia tiene olfato para encontrar hombres que hagan cualquier cosa por ella, y que le dejen ser lo que quiera ser con BJ es su requisito número uno para salir con alguien.

—Creo que ya han vuelto —me dice Henry, observando de cerca mi respuesta.

Asiento.

—Yo igual.

—¿Y estás bien?

Asiento con la cabeza.

Por alguna razón, lo estoy. Lo siento casi como un alivio. Como si con el hecho de que volvieran a estar juntos, el capítulo se cerrara o algo así, pero mientras no lo estén, mientras haya un final abierto para ellos, hay un final abierto para ella y para mí.

Así que estoy listo. Estoy preparado y a la espera de que ella cierre nuestra historia de amor con el clavo ardiente del compromiso con otro hombre.

Pero no sale según lo previsto.

Su cita se va a la mierda.

Ella le ha preguntado por milésima vez con quién la engañó, y por milésima vez él no ha querido decírselo. Él jura que no fue con Taura, así que yo apostaría por esa chica del instituto, Alexis. Ella siempre perdió el culo por él, ni siquiera fingió nunca lo contrario, ni siquiera cuando él y Parks estaban juntos. Estuvieron a punto de romper una vez en el instituto por ello, un rumor sobre Beej y Alexis una noche casi lo quemó todo hasta los cimientos, pero al final lo solucionaron.

En fin, que no se lo ha querido decir a Parks (el puto idiota) y la cosa ha empeorado bastante rápido.

Están discutiendo enfrente del restaurante del hotel, y ese par pueden tener una competición de gritos durante siglos. ¿Te parece que yo la trato mal? Esos dos son armas diseñadas para poner fin al otro.

En realidad, es difícil de ver, cuando se ponen así. Uno pensaría que eso me da cierta esperanza, pero no cuando llegan tan lejos: ella le empuja y él le deja y él se le acerca a la cara y le puto ruge y ella le contesta gritando tanto que ni siquiera se da cuenta de que está llorando y tienes que darte cuenta de que, te prometo que esto es verdad, aunque estoy enamorado de ella, los quiero a los dos.

Estos son ellos en su versión más tóxica. Si Jo estuviera aquí, obligaría a BJ a parar, porque tal y como van las cosas nos van a separar a todos (a este paso ya no habrá Colección Completa por la mañana), pero no creo que yo pueda intervenir sin que Beej piense que lo hago por ella, así que espero a que Henry empiece para poder seguirlo. Al final lo aparta y yo le doy un puto empujón a England para devolverlo a su sitio, pero es más fuerte de lo que habría pensado y el empujón no hace mucho. El muy capullo tampoco parece tenerme miedo.

Rodea con fuerza a Magnolia y se la lleva, y yo la persigo con la mirada, pensando en el momento en que el otro día Daisy me dijo que me fuera cuando la puse triste y no había nadie allí para apartarla de mí. Me pregunto si estará bien.

Pero Beej no está bien. Se va un momento a su habitación y luego vuelve al bar del hotel, y se le nota en cuanto se sienta.

Lo miro fijamente, tratando de ubicarlo.

—¿A ti qué te pasa?

Me mira con desdén.

—Nada.

Lo observo unos segundos más, me pregunto si es posible. ¿En serio ha sido capaz? No pensaba que fuera a ser capaz, pero luego… es que se lo veo. Me inclino hacia delante, le agarro la barbilla con la mano y le echo la cabeza hacia atrás, hacia la luz; él me pega un manotazo, pero lo ignoro, lo sujeto con más fuerza hasta que vea lo que buscaba. Y entonces lo veo. Exhalo por la nariz, cabreado, y le suelto la cara con un gesto fuerte. Tiene que estar de puta broma.

—Joder, tío… —Niego con la cabeza—. Me piro, tíos…

—¿Qué? —Henry frunce el ceño—. ¿Por qué?

Señalo a su hermano.

—Se ha metido algo.

Henry suelta una carcajada como si fuera una locura. Como si su hermano fuera incapaz.

—No, no es verdad. —Mira al instante a Beej. Necesita que no sea cierto—. ¿Te has metido algo? —Parpadea otra vez—. ¿Te has metido algo?

Beej hace un gruñido tonto que lo delata y le deja indiferente a la vez.

Me aparto de la mesa, levanto las manos como si estuviera harto, y lo estoy. Me he hartado de todo esto. Odio que Beej se drogue. Resulta demasiado estresante, no sabe comportarse y se convierte en un capullo integral.

—¿Vamos a fingir que el hecho de que te vayas no tiene nada que ver con Magnolia? —me grita.

No me doy la vuelta, pero le hago una peineta y sigo caminando.

Sin embargo, no se equivoca. Y algo tiene que ver con ella, pero no por los motivos que crees. Es la misma razón por la que sé que Henry se ha levantado y lo deja también, porque estuvimos allí. Vimos cómo sucedió, cómo va la cosa cuando se pone así… Vimos

cómo estuvo a punto de morir una vez en Ámsterdam y luego otra vez en esa habitación de hotel con esa chica de nuestro instituto que no era Parks. Parks estuvo allí viendo cómo su cuerpo empezaba a fallar mientras estaba en la cama con otra, y esa chica estaba fatal, y él lloraba y gritaba, y Jo y yo lo arrastramos hasta la ducha, y Magnolia lloraba entre los brazos de Henry, y se le veía en la cara que pensaba que se había acabado, que iba a morir. Tenía una mirada… (olvídate de que la amo, olvídate de que para mí ella es algo más de lo que debería ser). Podría haber visto a una desconocida con una mirada como la que tenía ella en ese momento y me habría cambiado para siempre. Sin embargo, verla de esa manera (tan asustada, tan pálida, blanca como un papel) y que BJ volviera a consumir después de haberle prometido que no lo haría…

Es un puto idiota.

TREINTA Y CINCO

Julian

Dais y Rome tienen un rollo raro cuando terminamos en París. Un viaje que, por cierto, ha merecido la pena.

La presencia de Tiller me ha confirmado lo que ya sospechaba. Que la NCA está vigilando y que voy a tener que planear dos intervenciones para poder llevar a cabo una de ellas.

Me lo he pasado bien con Soleil, aunque siempre me lo paso bien con ella.

Es una buena chica. En general. Su gusto por los hombres no sería el preferido de su madre: nobles franceses aburridos del dinero y de las reglas.

Creo que cuando la llamé sabía que tenía que ver con una intervención, pero no pareció importarle.

Ha sido un buen toque para el viaje. Tanto personal como profesionalmente.

Imagino que será un pequeño dolor de cabeza para ella que la vean conmigo, pero ya es mayorcita, se las arreglará.

Cuando entro en mi avión para volar a casa me encuentro una escena extraña.

Daisy está en el mismísimo fondo, con la nariz metida en un libro; Rome en el otro extremo del avión, con los auriculares puestos y

mirando el móvil.

Frunzo el ceño mientras los miro. Hace un par de días ese chico no podía quitarle las manos de encima a mi hermana, ¿y ahora esto?

Me acerco a Dais y le doy una patada en el tobillo para que me mire.

—¿Está ocupado este asiento?

Niega con la cabeza.

Me siento.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. —Mira por la ventana.

—Eh. —Le doy un codazo—. De eso nada. Dime qué ha pasado.

Tiene el ceño muy fruncido y se encoge de hombros.

—No lo sé.

Suspiro, me paso la mano por los labios sin darme cuenta.

—Cara, he estado pensando… —Me mira, a la espera—. Si quieres estar con Rome, puedes.

—¿Qué? —Parpadea, se echa un poco para atrás en el asiento, como si no supiera cómo procesar la información—. ¿Por qué me dices eso?

Suspiro.

Fue un desastre y probablemente una mala decisión (estaban tan tremendamente enamorados), pero hubo quien intentó matarlos cuando estaban juntos en tres ocasiones distintas. Eran prácticamente un puto imán para el desastre. Y entonces una noche, estaban en un hotel; odio los putos hoteles y odio hablar de esa noche, me dan ganas de vomitar, ella estuvo a punto de morir…, así que no diré más. En ese momento me pareció más seguro cortarlo de raíz, obligarlos a romper, enviar al chico lejos de casa. Santi mandó a Romeo a Nueva York, le hizo terminar allí los pocos meses que le quedaban del instituto. Daisy se quedó hecha polvo.

Totalmente fuera de sí. Enfadada conmigo, enfadada con él, traicionada por ambos. No hace mucho descubrí que él le pidió que huyera con él y ella dijo que no. Por mí. Ella no quiso huir y dejarme, y no sé si me pone triste o lo agradezco.

Sé que ella y yo tenemos una relación extraña; está a medio camino entre ser mi hermana, mi hija y mi mejor amiga. Puede que sea todo lo anterior, pero de todas las cosas que es para mí, es absoluta e irrevocablemente mi camino a casa. Por ella sé distinguir lo que está bien y lo que no, lo bueno y lo malo; si a Daisy alguien le cae bien, merece tu tiempo; si no le cae bien, puede irse a tomar viento. Sus instintos son una locura, y quiero decir que son innatos, pero puede que los haya aprendido y agudizado tras todas las veces que alguien ha intentado matarla o secuestrarla.

Así que no huyó con él, sino que se quedó en casa conmigo.

Se tiró casi un mes sin hablarme, eso sí, me hizo pagar por ello que no veas, como hacen las adolescentes. Empezó a tirarse a Theseus Onassis, duró poco, hasta que le puse fin también a esa historia. No me gustaba: ella tenía dieciséis años y él diecinueve. No me apasionaba.

Así que al tiempo fue y se acostó con Declan. Así es como lo encontramos. Ella mintió, le dijo que tenía veintiún años. Él tenía veinticuatro. Casi lo maté allí mismo. Él no tenía ni idea. Al final acabó trabajando para mí.

Creo que se lo he estropeado todo y creo que si les hubiera dejado en paz, probablemente habría sido más feliz y odio esa idea.

Le doy un codazo.

—Porque sí. —Me encojo de hombros—. Ahora me parece bien.

Frunce el ceño.

—¿Por qué ahora?

—No lo sé. —Pongo los ojos en blanco. Joder, qué quisquillosas

son las chicas—. Porque ya ha pasado un tiempo. No creo que nadie esté planeando quitarte de en medio…

Me lanza una mala mirada.

—Quiero que seas feliz, Dais.

Suspira y se rasca la cabeza.

—Gracias —dice, pero suena lejano.

—Eh. —La miro, un poco molesto de que no esté más encantada con mi gesto—. Llevas queriendo estar con él desde que terminasteis hace cuatro años, y ahora estoy aquí sentado diciéndote que puedes, y te quedas en blanco… —Miro a mi hermana, esperando una pista—. ¿Qué está pasando?

Se cruza de brazos y resopla un poco. Cambia de postura para mirarme de frente y, no sé…, le veo algo raro en la cara. ¿Está asustada?

—Creo que estoy enamorada de Christian —me susurra.

Me echo hacia atrás, sorprendido.

—¿Qué?

No dice nada.

—Joder. —Exhalo—. Joder. ¿Desde cuándo?

Traga saliva, encogiéndose de hombros como si no hubiera nada que hacer.

—Hará un par de meses.

—¿Un par de meses? —Repito, con los ojos muy abiertos. No puedo creer que no me haya dado cuenta, tendría que haberlo visto. Sabía que le gustaba más de lo que decía, pero ¿amor? Enamorarse es como el cáncer para la gente como nosotros. Te da una debilidad que todo el mundo puede ver. Le da a todo el puto mundo algo para usar en tu contra.

—¿Él lo sabe? —le pregunto.

—No. —Niega con la cabeza.

Señalo con la cabeza a Rome.

—¿Él lo sabe?

Me mira apenada.

—¿Qué ha dicho?

Suelta una carcajada triste.

—Que es una fase.

—¿Y es una fase? —pregunto, observándola de cerca en busca de una respuesta. Puede que ni ella misma lo sepa, pero yo lo sabré. Puedo leerla como a un libro abierto.

—Um… —Aprieta los labios—. Nunca he amado a nadie más que a Rome, así que quizá… —Se encoge de hombros.

Asiento.

—Quizá.

—¿Tú crees que es una fase? —Ladea la cabeza. Parece triste.

—Podría ser. —Me encojo de hombros y la rodeo con el brazo—. O podría ser el amor de tu vida.

Vuelve a mirar por la ventana.

Señalo a Romeo con la barbilla.

—Aunque creo que será mejor que no te acuestes con Rome durante un tiempo.

Me mira.

—No me digas.

TREINTA Y SEIS

Christian

Desayuno con los chicos. El primero desde Grecia, y no se puede decir que Beej y yo hayamos hablado.

Sin embargo, se nos da bastante bien, no prestamos atención a la sirena que retumba en un rincón de nuestro grupo de amigos. Llevamos años ignorando alarmas y hoy no es diferente, Beej alarga la mano por encima de la mesa y hacemos el mismo apretón de manos que hemos hecho desde que éramos críos. Actuamos como si nada hubiera pasado hace una semana.

—Muy bien, chicos. —Jo hace un redoble con las manos en la mesa—. Ponedme al día. Sé que Grecia no salió según lo planeado para Ross y Rachel. —Señala con la cabeza a Beej, que pone los ojos en blanco.

—BJ ha vuelto a consumir —anuncia Henry, fulminando con la mirada a su hermano.

BJ lanza a su hermano una mirada de desagrado.

—¿Sí? —Jo mira a Beej con cautela—. Ya hablaremos de eso… —Luego me mira a mí—. ¿Y tú, tío? ¿Qué pasa contigo y la pequeña Haites?

—Nada. —Frunzo el ceño.

—A Christian le gusta Daisy —anuncia Henry por enésima vez.

Lo miro mal y pongo los ojos en blanco.

—¿En serio? —Beej me mira.

Me encojo de hombros con desdén. No sé por qué.

—Pero da igual —dice Jo—. Ha tardado demasiado.

Le miro con el ceño fruncido.

—¿De qué estás hablando?

Se encoge de hombros.

—Hablé con Jules hace un par de días. Están en París.

—¿Quién? —Doy un trago de mi sazerac—. ¿Daisy y Julian?

Jonah asiente y me lanza una mirada.

—Y Romeo.

Me cambia un poco la cara, así que me encojo de hombros para disimular.

—¿Bambrilla? —BJ se sienta más erguido en la silla, sonriendo interesado—. Joder, qué pedazo de tío… —Y luego le lanzo una mirada lúgubre y él niega con la cabeza—. Digo… —Se aclara la garganta—. Pedazo de loco, vaya capullo.

Beej lanza una mirada incómoda a Jo. Me observa de cerca, Jo es un grano en el culo cuando se trata de mierdas como esta, puede leerme como a un libro abierto.

—Creo que están juntos —me dice con cautela.

Niego con la cabeza. Ni hablar.

—No lo están.

—¿Y tú cómo lo sabes? —Henry pone los ojos en blanco—. Llevas una semana sin hablar con ella.

Lanzo una mirada abatida a mi mejor amigo porque es un puto grano en el culo.

—¿Qué te dijo Jules?

—No lo sé. —Jonah se encoge de hombros—. Fue justo cuando llegaron allí. Dijo no sé qué de que Romeo no le quitaba las manos

de encima…

Se me revuelve el estómago. Mierda. ¿En serio?

Me aprieto la mano contra la boca sin pensarlo y me delato.

—Eh. —Beej me mira y niega con la cabeza—. No te llega ni a la suela del puto zapato.

Exhalo por la boca y apuro el resto de la copa.

Esta sensación es la peor del mundo. Que me guste es la puta peor sensación del mundo. No quiero que me guste. Nunca acaba bien cuando me gusta una chica, siempre la joden. ¿O soy yo? No sé quién, pero uno de los dos la está jodiendo. Pero odio esta sensación, odio la sensación de haberla perdido incluso antes de tenerla. Hasta hace dos semanas no sabía siquiera que quería estar con ella, me pilló desprevenido. Empiezo a plantearme que quizá no soy el hombre más consciente de sí mismo del planeta.

—¿Debería pegarle una paliza? —le pregunto a Jonah, y él y Henry se echan a reír a carcajadas.

—Claro —suelta Henry entre risas—. ¿Por qué no te bates en duelo con él por la mano de Daisy?

Jonah sigue riéndose como si yo fuera idiota y me pone de los nervios.

—No les hagas caso, este par van a morir solos. —BJ niega con la cabeza, técnicamente es el único de los presentes calificado para dar consejos porque es el único que ha tenido una relación con compromiso durante más de cinco minutos. Y, aun así, sus cualificaciones son, con suerte, una mierda—. Díselo y punto, tío.

TREINTA Y SIETE

Daisy

Jack y yo salimos de fiesta a uno de los locales de Jonah al cabo de unos días.

Eleventh Hour. Bastante exclusivo. Más que nada es un lugar para los amigos de Jonah y los ricos y famosos.

Hemos estado a punto de no ir porque no quiero ver a Christian, pero al final sí vamos porque en realidad sí quiero verlo.[194]

Ha pasado más de una semana desde la última vez que hablamos y bastante más de un mes desde que hicimos nada[195] y me siento rara porque no somos amigos, en realidad no, así que no tengo ninguna razón para llamarlo si no es para hacer lo que hacíamos antes.[196]

Voy al local de su hermano vestida de punta en blanco. Llevo el minivestido blanco de crepé de tirantes de eslabones de David Koma con los tacones Lido de cuero blanco de Bottega Veneta.

—¡Dichosos los ojos! —exclama Henry Ballentine cuando entro.

Christian levanta la mirada desde la otra punta del local. Está solo en una mesa con, pongamos, un millón de chicas, y se me encoge un poco el corazón, pero no se me nota en la cara.[197]

No lo miro a los ojos y le doy un abrazo extrafuerte a su mejor amigo solo para joderlo.

Henry alarga la mano para estrechársela a Jack y luego se sienta, riéndose para sí.

—Vas a por todas con ese vestido, ¿eh? —Me mira juguetón.

Jack pone los ojos en blanco.

—Dios, antes te juro que ha intentado salir de casa con solo un picardías…

Le pego un sopapo para que se calle. Él cierra el pico de golpe y me sonríe a modo de disculpa.

Henry hace un gesto hacia la chica que tiene al lado.

—¿Conoces a Tausie?

Me dedica una cálida sonrisa y se inclina hacia delante para encajar la mano conmigo.

Sí que conozco a Taura. Sé que se ha acostado con Christian y con mi hermano. Qué asco. Tiene el pelo rubito, unas facciones así del sudeste asiático,[198] pecas perfectas, piel olivácea, ojos claros que son como una almendra tanto por la forma como por el color. Es muy hermosa. Resulta hasta irritante.

Achico un poco los ojos y me quedo así un par de segundos más de la cuenta, por lo que Jack suelta un ruido de disgusto y hace un gesto delante de mí.

—Tiene problemas de confianza, pero los estamos trabajando —le dice.

—En realidad ya habíamos coincidido —asiente Taura Sax, señalándome.

Desvío la mirada de ella a los chicos, impasible.

—Se lo ha hecho con Jules.

—Bueno. —Se encoge de hombros—. ¿Y quién no?[199], [200]

Jack suelta una risotada y yo me quedo mirándola, sorprendida. Suelto una carcajada seca.

Henry y Jack se van hacia la barra para traernos unas copas y

Taura se cambia de sitio para sentarse a mi lado. Observo cómo se me acerca como lo harías con un insecto.

Me ve la cara y se ríe.

—Los chicos ya me han advertido que no eras la más cercana del mundo, ¡pero esto es otro nivel! —Niega con la cabeza como si estuviera perpleja—. ¿Qué pasa contigo?

La miro y parpadeo.

—¿Disculpa?

—¿Qué? —Se encoge de hombros—. ¿Tu madre era una borde contigo o algo?

La miro con fijeza unos segundos y siento ese mareo repentino de cuando te comprenden que es a medias emocionante y a medias da miedo. Aunque más que nada me parece una especie de truco.[201]

—Sí. —La miro con suspicacia—. Mucho.

—Tú no eres borde —me dice al cabo de unos segundos de observarme agresivamente de cerca.

—Soy muy borde —le contesto, convencida.

Niega con la cabeza.

—No lo eres, solo eres insegura.

Lo dice como si fuera un hecho y no creo que esté intentando ser una zorra.

La observo, medio fascinada, pero ella ni siquiera me mira, tiene los ojos clavados en la otra punta del local, en Henry.

Frunzo el ceño al mirarla.

—Creía que te estabas acostando con Jonah.

—Y lo hacía. —Frunce los labios—. Lo hago. Más o menos. Me he acostado con todos ellos menos con Henry…

—¿Por qué? —La miro con mala cara, a la defensiva—. Henry es perfecto.

—Ya. —Me sonríe un poco—. Lo sé.

Me siento un poco más erguida, de pronto estoy muy interesada.

—¿Te gusta?

—Sí. —Se muerde el labio inferior—. Estoy obsesionada con él, me parece… cada constelación en el firmamento.[202]

—Entonces ¿por qué no…?

—Porque… —me interrumpe aunque no me está mirando, sigue sin perder a Henry de vista— no sabría decir si me he encaprichado de él porque no me he acostado con él y por eso me resulta tan fascinante, o si es porque estoy verdaderamente enamorada de él y punto.

—Oh. —Parpadeo sin saber cómo proceder o ayudar.

Me mira y suelta una carcajada.

—Esto último es un secreto. No se lo cuentes a nadie.

—¿Por qué ibas a contarme un secreto? —La miro con el ceño fruncido porque quizá está un poco chalada—. No me conoces de nada.

Se encoge de hombros, impasible.

—A una chica como tú tienen que dársele bien los secretos.

—Sí, pero no tengo por qué guardar los tuyos —replico, cruzándome de brazos.

Se encoge de hombros y se pone de pie.

—Ya, pero no eres tan borde como piensas, así que lo harás.

Y luego se va.[203]

Me quedo mirándola, confundida, y luego BJ Ballentine asoma la cabeza por mi visión periférica y me sonríe.[204]

—Es rarita, ¿eh? —Se sienta a mi lado.

Asiento con solemnidad.

—Mucho.

—¿Qué te trae esta noche por aquí, pequeña Haites? —Me lanza esa famosa sonrisa suya y siento que mis piernas se convierten en

gelatina, pero no es culpa mía, no es más que la reacción fisiológica de BJ Ballentine dedicándote una sonrisa.[205]

—Me he enterado de que ibas a estar aquí. —Me encojo de hombros, juguetona.

—Eh… —Me pega con el dorso de la mano—. No coquetees conmigo, pequeña Haites. No nos conviene echar más leña al fuego.

Me río y él señala a Christian con la cabeza.

—¿Qué tal os va?

—Pues… solo somos amigos. —Le sonrío con los labios apretados y me encojo de hombros—. Si llega.

—Vaya gilipollez. —Se ríe por la nariz y resulta evidente que va colocado. Tiene unas pupilas enormes, completamente dilatadas.[206]

—¡Que sí! —contesto a la defensiva, deseando en mi fuero interno que sepa algo que yo no sé.

—Tuve un montón de «solo amigas» en mi época, pequeña…, y tú no eres su amiga.

Niego con la cabeza.

—Él no me ve así.

—¿Qué? —BJ frunce el ceño—. ¿En plan romántico? —Asiento—. Se está acostando contigo, ¿no?[207]

Suelto un bufido.

—Tengo la sensación de que precisamente tú tendrías que saber que cuando se trata de chicos como tú y como él eso en realidad no significa una buena mierda.

—Oh. —Suelta una carcajada triste—. Claro. ¿Quieres que te cuente un secreto? —Asiento—. Me he pasado los últimos tres años acostándome con chicas que no son Magnolia Parks porque estoy enamorado de Magnolia Parks.

Se me rompe un poquito el corazón porque creo que,

probablemente, le sucede lo mismo a Christian.

—No es solo por el sexo. —Ballentine me da un codazo con suavidad—. Significas más que eso para él.

—¿Y tú cómo lo sabes? —Parpadeo, con los ojos demasiado abiertos y esperanzados.[208]

Se encoge de hombros al tiempo que se apoya en la silla de detrás.

—No nos ha contado ni una sola vez cómo es estar contigo.

—¿Hablas del sexo? —lo miro con fijeza, en parte horrorizada. Eso no puede ser algo positivo.

BJ se pasa las manos por el pelo y se encoge de hombros.

—Los chicos y yo intercambiamos historias de guerra. Mierdas de vestuario, ¿sabes? La única persona de quien jamás les doy detalles es de Parks.

—¿Por qué? —Frunzo el ceño.

—Porque es mía.[209]

Esboza una sonrisita que, aunque no va conmigo ni es por mí, hace que el corazón me lata como un maníaco igualmente porque soy una romántica empedernida y adoro el amor y Magnolia Parks es una puta idiota si no escoge a BJ Ballentine. Pero si no lo hace, entonces estupendo, quizá yo le daré una oportunidad porque esa sonrisa es perfecta.

Miro hacia Christian, que no nos pierde de vista, tiene el ceño fruncido…, y todas esas chicas perdiendo el culo por él, tocándolo, tirándole de la camisa para que les haga caso. Vanna Ripley es la peor de todas,[210] le ha puesto la mano en la rodilla como si fuera un apósito permanente. Luego alarga la otra mano y le quita una pelusa de la camisa, y lo hace como si nada, como si estuviera a gusto allí, como si siempre estuviera quitándole cosas del cuerpo, y yo me estoy muriendo. Creo que me estoy muriendo. Siento una

opresión en el pecho. Quiero llorar. Odio ver cómo lo toca.

—Tiene un montón de «solo amigas» —digo en voz alta sin querer.

BJ sigue mi mirada.

—Sí, es verdad. —Me mira con elocuencia—. Pero tú no eres una de ellas.

Doy una profunda bocanada de aire y hago un esfuerzo para apartar los ojos de Christian justo cuando Vanna se inclina para besarlo.

—Bueno… —Levanto la vista para fijarla en BJ e intento que no se me note que estoy hecha pedazos.[211] Cojo aire y lo suelto rápidamente un par de veces para serenarme y él me dedica una sonrisa que me hace pensar que lo sabe y que está triste por mí, y eso lo odio, joder—. ¿Cómo lo lleva tu novia?

Me mira.

—No tengo novia.

Le ignoro.

—¿Cómo lleva tu novia que te drogues en discotecas sin ella?

Me lanza una sonrisa tensa y achica los ojos.

—No muy bien.

—¿Lo sabe? —pregunto con las cejas enarcadas.

Él niega con la cabeza. Le doy un golpecito en el brazo.

—Eres un idiota —le digo, y entonces oigo una pequeña pelea detrás de mí.

Alguien dice:

—Eh, cuidado, m… —Y luego llama a alguien con una palabra que no voy a decir porque es repugnante, pero que rima con bravucón.

Me doy la vuelta y veo que esos tíos están hablándole a Jack.

—¡Eh! —BJ se levanta de un salto al mismo tiempo que yo.

Están a solo un par de metros de nosotros, esos gilipollas

patéticos y sexualmente reprimidos que creen que hablar de «coños» ahogará sus ganas de comprar *Men's Health* por las fotos.

—¿Cómo cojones le has llamado? —pregunta BJ, avanzando un paso.

El chaval mira a BJ, evaluándolo. Nunca he visto a BJ en acción, pero he oído hablar de él.

—Le he llamado… —Gilipollas vuelve a usar esa palabra para referirse a mi mejor amigo.

Atraigo a Jack hacia mí.

—Me gustaría que te retractaras y le pidieras perdón —le digo a Gilipollas.

Él suelta una carcajada y me mira de arriba abajo.

—¿Sabes qué me gustaría a mí?

BJ da un paso adelante para forcejear con él, y yo levanto la mano para detenerle.

—Yo me encargo —le digo sin mirarle. No aparto los ojos de Gilipollas, lo fulmino con la mirada—. Me gustaría que le pidieras perdón a mi mejor amigo porque le has insultado.

—Dais… —Jack niega con la cabeza—. Estoy bien, da igual…

—No da igual. —Le dirijo a Jack una mirada solemne. Vuelvo a mirar a Gilipollas—. Dile que lo sientes.

Él suelta otra carcajada y mira a su amigo.

—Es bastante mona.

El amigo asiente con la cabeza.

—Yo me la llevaría a casa.

Lo reprendo con la mirada.

—Dudo que te deje.

—¿Prefieres irte a casa con este *queer*? —Gilipollas señala a Jack con la cabeza, y BJ, es un amor, ya está listo. Puños cerrados, mandíbula apretada.

—Cada día de mi vida. —Asiento una vez—. Venga, esta es tu última oportunidad…

Gilipollas y Amigo intercambian miradas divertidas y yo suelto un suspiro, negando con la cabeza y murmurando en voz baja que hoy no tenía muchas ganas de pelearme con un intolerante, pero que aquí estamos. A Gilipollas le cambia la cara cuando me mira con fijeza, dolorosamente confuso, y entonces lo hago todo con bastante rapidez: le estampo el pulpejo de la mano contra la nariz y se la rompo al instante. Luego lo agarro por los hombros, tirando de él hacia abajo y hacia mí al tiempo que le pego un rodillazo en la entrepierna. Todo ha terminado y él está en el suelo antes de que la gente pueda emitir siquiera un grito ahogado. Gilipollas cae con un ruido sordo, y el amigo se queda mirándome, como aturdido, y luego se lanza hacia mí, no sé muy bien por qué. ¿Reflejos tal vez? Y estoy a punto de pegarle un puñetazo y también BJ y entonces alguien me agarra por la muñeca, así que BJ descarga su puñetazo y yo no,[212] y después Christian me esconde detrás de él y le pega un empujón al amigo.

—No la toques en tu vida —le grita en la cara, agarrándolo por el cuello de la camisa—. En tu puta vida. Vuelve a intentarlo y te mataré con mis propias manos.

Miguel ya está a mi lado, con la pistola en la mano, apuntando a Gilipollas.

—Dame la orden. —Miguel me mira, pero Christian niega con la cabeza—. No trabajo para ti —le dice Miguel, mirándolo.

—Ya está, Miguel. —Aparto el arma—. Estoy b…

—¿Qué cojones ha sido eso? —me grita Christian en la cara, y me agarra de la muñeca, me saca del local y prácticamente me arroja a la calle.

—Eh, calma —le advierte Miguel,[213] como si Christian fuera

capaz de llegar a hacerme daño, al menos no de una forma que los demás puedan ver con sus propios ojos.

Christian le lanza otra mala mirada.

—Daisy, ¿qué cojones ha sido eso? —vuelve a gritar Christian.

—Nada. —Le pongo mala cara, pero no lo miro a los ojos.

—¿Te has metido en una pelea con un hombre por nada? —Él, enfadado.

—Ha llamado a Jack… —articulo la palabra con los labios—. ¡Dos veces!

—Vale… —Christian se encoge de hombros—. ¡Pues ven a por mí y yo me pelearé con él!

—¡No necesito que pelees por mí! —escupo—. Puedo luchar por mí misma.

—Pero ¿para qué? —pregunta Christian en voz alta.

—¡Porque ha insultado a mi mejor amigo! —grito.[214]

—¡Y es repugnante, estoy de acuerdo! Está rematadamente mal…

—¡Exacto! —intervengo, pero él me ignora y sigue con el discurso.

—… Y me sabe fatal que le haya pasado a Jack, pero BJ estaba allí, así que o le dejas que él se pelee por ti o vienes a por mí, joder.

—Ah, vale, de acuerdo… —Asiento con la cabeza, algo alterada—. Y ¿dónde estabas tú?

—¿Qué? —Retrocede un poco.

—Que. Dónde. Estabas. Tú. ¿Dónde estabas tú, Christian? —pregunto más alto—. Cuando yo estaba con BJ y ese hombre insultó a mi mejor amigo, ¿dónde estabas tú? ¿Qué estabas haciendo?

—Yo… —Se le atragantan las palabras. Sé lo que estaba haciendo. Lo estaba viendo por el rabillo del ojo.

Lo miro y niego con la cabeza.

—¿Por qué coño iba a ir a buscarte? —espeto.

Parece que lo ha pillado desprevenido, parpadea mucho, triste,

sabiéndose pillado.

Y entonces, en el momento perfecto, Vanna Ripley sale del local y llega hasta la calle, va girando la cabeza buscándonos. Fija los ojos en Christian y se cruza de brazos, esperando junto a la puerta un poco incómoda.

La señalo con un gesto.

—Te está esperando —le digo, con las cejas enarcadas al máximo para parecer más dura de lo que me siento.

Christian la mira, luego vuelve a fijar los ojos en mí, y algo le cruza la cara y podría ser arrepentimiento, pero ¿por qué iba a serlo?

—Dais, nosotros…

—Sé lo que somos tú y yo —le interrumpo—. Por eso nunca «iría a por ti».

Parpadea, desconcertado y algo dolido.

—¿Qué coño te pasa?

—¡Daisy! —Jack aparece a mi lado—. Ahí estás, te había perdi… —Percibe la tensión y se calla a mitad de frase, mirando nervioso entre Christian y yo. Enlazo mi brazo con el de Jack y me lo llevo hacia el coche. Miguel nos espera con la puerta abierta.

Miro a Vanna y luego vuelvo a mirarlo a él.

—Pasadlo bien esta noche.

Christian me sigue con la mirada y niega con la cabeza. Me hace una peineta.

—Buena chica —aprueba Miguel desde el asiento delantero.

TREINTA Y OCHO

Christian

No se lo dije, no cuando la vi entrar en el local de Jo. Quería hacerlo, pero para entonces ella ya me había visto en aquella mesa de chicas, ya parecía dolida, y se entretuvo rápidamente hablando con Taura. Quise decírselo, lo pensé, quizá hasta estuve a punto de hacerlo… y entonces empezó a hablar con Beej y me enfadé. Sentí calor en el pecho y bajo la piel. ¿De todas las personas con quien podía hablar? ¿BJ? ¿Estás de coña?

No es que ella lo sepa, pero…

En fin, que perdí la concentración.

Vanna me besó.

Se lo permití.

No debería habérselo permitido. Quería poner celosa a Daisy, recordarle que yo le gusto más que Rome, pero ni siquiera sé si es cierto y, de todas formas, no funcionó, porque ahora lo único que tengo es a una exestrella de Nickelodeon zorrona y empalagosa pensando que tenemos algo cuando no es así, y he cabreado a la chica que me gusta.

La chica que me gusta, que es una puta idiota. ¿Luchando contra un puto gigante ella sola? Y estoy furioso porque ¿y si hubiera pasado algo? Es una puta idiota.

En eso pienso mientras llevo a Vanna Ripley a mi casa. Me ha puesto la mano en la pierna y me la está acariciando, va subiendo la mano cada vez más y luego pongo la mano encima de la suya sin siquiera pensarlo.

La miro con el ceño fruncido.

—¿Dónde vives?

Ella suelta una carcajada divertida.

—¿En Nueva York?

—Vale, pues ¿dónde duermes?

Mira detrás de mí, hacia mi piso, y enarca las cejas.

Niego con la cabeza.

—Esta noche no.

Aparta la mano de un tirón.

—¿Disculpa?

—Te llevaré a tu hotel, ¿en cuál estás?

—¿Estás de broma? —Parpadea.

La miro fijamente, a la chica increíblemente sexy y famosa que tengo delante. Cualquier tío estaría encantado de irse a casa con ella y yo lo he hecho, llevármela a casa, estamos como a quince pasos de lo que no me cabe duda sería una noche de sexo espectacular, y estoy por pirarme. Y no la quiero, con ella no la quiero.

Quiero esos dichosos ojos marrones enormes que me fulminan con la mirada porque la he hecho enfadar porque soy un capullo, pero le gusto de todas formas. Quiero que se me enrede la mano en su pelo porque tiene demasiado y llevo un anillo que se atasca, y antes ya se me ha ocurrido que quizá debería quitármelo para que no pasara, pero la forma en que dice mi nombre cada vez que ocurre (es esa risa medio gruñido) me hace no querer parar. Creo que esa debería haber sido la señal… Que me gusta quedarme literalmente enredado con ella, eso dice algo: que soy un idiota y

que aprendo despacio.

Así que dejo a Vanna (que no está muy contenta con el avance de la noche, eso seguro, pero me da igual) y conduzco directamente hasta casa de Daisy. Si te soy sincero, me da un poco de miedo lo que pueda encontrarme, ya han pasado unas horas desde lo del local, tiempo de sobra para llamar a un italiano para que venga a tu casa y liarte con él, si eso es lo que te va.

Julian abre la puerta y me mira un poco sorprendido.

—Me preguntaba cuándo aparecerías.

—¿Está aquí? —Entro.

—Ajá… —Me señala las escaleras con la cabeza—. ¿En serio se ha peleado con un culturista en el local esta noche?

Le lanzo una mirada.

—Pues sí.

Niega con la cabeza, molesto.

—Es un grano en el culo.

—Pues sí. —Asiento con la cabeza y no pierdo el tiempo charlando, subo corriendo las escaleras para llegar a su cuarto.

Me quedo ante la puerta un segundo, preparándome para lo que pueda ver. Supongo que de haber estado Rome allí, Julian me habría advertido, pero como puede ser un poco capullo, vete a saber.

Llamo una vez y abro, sin esperar respuesta.

Está tumbada en la cama y se incorpora cuando entro. Frunce el ceño en cuanto me ve.

Parece cohibida, a decir verdad.

Baja la mirada hacia su cuerpo, lleva una vieja camiseta negra de Harley Davidson, que creo que es mía. Y se levanta de la cama de un salto. No lleva pantalones.

Me quedo mirando sus piernas desnudas y sonrío un poco.

—Hola. —Le hago un gesto con la barbilla.

Cierro la puerta tras de mí.

Achica los ojos y parece más enfadada al instante.

—¿Tan pronto has acabado?

Aprieto los dientes.

—Cierra la puta boca.

—¿Perdona? —Parpadea, con la cabeza echada hacia atrás, y yo me acerco a ella muy rápido y me pongo frente a frente con esos ojos marrones que no puedo sacarme de la cabeza.

—He dicho que cierres la puta boca, Daisy. —No me sale mejor la segunda vez, así que niego con la cabeza—. No me he ido a casa con ella.

Le cambia la cara.

—Bueno —corrijo—. La llevé a casa. No me acosté con ella.

—¿Por qué? —pregunta con cautela.

—¡Porque no me acuesto con ella! —Le lanzo una mirada elocuente.

Parpadea un par de veces.

—¿Por qué?

—¡Porque no me acuesto con nadie! —grito con fuerza y ella se limita a mirarme.

Exhalo con fuerza, me paso las manos por el pelo y me alejo unos pasos de ella.

—¿Te fuiste a París?

Se queda quieta, se cruza de brazos.

—Sí.

—¿Con Romeo? —La miro con fijeza.

Hace un rictus con boca.

—Más o menos.

La miro.

—¿Más o menos?

Suspira y se presiona los ojos con las manos.

—Es complicado.

—Házmelo fácil, entonces. —Me cruzo de brazos, esperando, y ella se queda mirándome, con los ojos muy abiertos y una especie de nerviosismo confuso. Entonces le pregunto—: ¿Te estás acostando con él?

Ella respira por la nariz, se lame el labio inferior y niega con la cabeza.

—Eso también es complicado.

—Y una mierda que lo es… —Suelto un bufido—. Es una pregunta de sí o no.

—No, no lo es… —Niega con la cabeza, avanzando un paso hacia mí.

Me froto la cara, ya empiezo a estar cansado de hablar las cosas en voz alta. No me sienta bien. Me sienta como una mierda.

—¿Te acostaste con él en París?

Y no dice nada, pero hace un gesto con la boca que parece triste, como si se sintiera culpable, y yo hago un ruido en lo hondo de la garganta, me presiono las sienes con el pulpejo de las manos.

—¡Joder!

Daisy me mira a la defensiva.

—¿Qué más te da? ¿Qué tiene que ver contigo?

—¿Cómo dices? —Parpadeo un par de veces y me acerco unos pasos hacia ella—. ¿Que qué tiene que ver conmigo que te acuestes con otra persona?

—Sí. —Se encoge de hombros—. Porque no estamos juntos…

—Joder, pues ahora lo estamos, ¿vale? —grito fuerte y ella echa la cabeza un poco hacia atrás—. Así que para de joder con él…

—¿Qué? —Parpadea, pero tiene las mejillas sonrosadas.

—Estoy harto… —La miro—. Estoy harto de las otras chicas, ¿vale?

Solo quiero estar contigo…

Parpadea. Parpadea cuatro veces. Las cuento. Decir que tiene los ojos marrones es venderlos fatal. Son como el interior de una chocolatina Galaxy. La de caramelo.

—¿Lo dices en serio? —pregunta, y ahora habla con voz más baja.

—Sí.

—¿En serio? —Parece verdaderamente confundida y me siento como una mierda.

—Sí. —Me encojo de hombros—. ¿Qué? ¿No quieres hacerlo?

Me mira con cautela y traga saliva.

—Hacer… ¿el qué?

—No lo sé. —Me encojo de hombros, con las mejillas sonrosadas, y no quiero que se dé cuenta—. Estamos…, ya sabes…, en fin.

Vuelve a cambiarle la cara.

—¿En fin?

—Juntos. —Me encojo de hombros como si no fuera para tanto, aunque, joder, sí que es para tanto.

—¿Juntos? —repite, sonriendo un poco, y yo reprimo una sonrisa y niego con la cabeza.

—Te estás regodeando —le digo, y ella se ríe mientras la agarro por la cintura y la atraigo hacia mí.

—Puede que sí. —Me mira desafiante, pero aun así me rodea la cintura con los brazos.

Le miro la cara y niego con la cabeza.

—No tienes que jugar a nada conmigo, Dais… —Me encojo un poco de hombros—. Voy con todo.

Se aprieta contra mí. Se pone de puntillas y ni así me llega a la boca casi, pero me da un beso rápido y yo muevo las manos para ponerle una en la cintura y la otra en el pelo. La llevo hacia atrás, hacia la cama, y entonces ella se aparta y me mira con curiosidad.

—¿Te has puesto celoso?

—¿Por ti? —Parpadeo—. ¿Porque te acostaste con él? —Asiento con la cabeza una vez—. Sí.

Sonríe un poco, con suficiencia.

—Nosotros no nos ponemos celosos…

Le dedico una media sonrisa.

—Ahora sí.

02.02

Jack

Cuéntamelo todo!!!

Ha venido a casa y me ha besado.
Me ha dicho que no va a acostarse con nadie más ya y que quiere que yo tampoco lo haga.
Creo que estamos juntos...

ay, Dios mío.

bendito sea

el fin de la locura!!!!!!

Y gracias a alguien que te ha insultado.

Estás bien?

Sí, cariño.

Ahora estoy encantado.

Sin duda le has partido la tocha al tío ese.

Bien.

Gracias.

No hay de qué 😘

TREINTA Y NUEVE

Julian

Yo, Declan y la Vieja Guardia estamos en Oberndorf, Alemania, porque es el mejor lugar de toda Europa para comprar armas, me da igual lo que digas.

La mierda rusa está bien, los fabricantes italianos y austríacos también se apañan, pero no supero los chicos de Oberndorf.

Llevo tratando con ellos desde que empecé a mandar yo y siempre ha ido como la seda.

Siempre me han hecho el favor de mostrarme a mí primero la mercancía nueva, de venderme a mí primero las cosas, de hacerme pases privados, etcétera.

Hemos llegado esta tarde.

Declan me mira al tiempo que sopesa un rifle nuevo, le da la vuelta entre las manos, lo prueba para ver si le encaja el tamaño.

—¿Con quién estabas esta mañana? —pregunta sin mirarme.

—Con Quinn Miller —contesto mientras escojo otra arma. Abro el cañón y echo un vistazo.

Declan me mira.

—¿Quién?

—La camarera pibón de Greenhouse.

Decks niega con la cabeza, medio divertido.

—Joder, tío, qué bien se te dan los nombres…

—Sí, soy un verdadero príncipe por acordarme de los nombres de las personas con quien me acuesto.

Aunque se me dan bien los nombres, siempre ha sido así. Intencionadamente. La gente responde bien a este tipo de mierdas. Les hace sentir validados, que se les tiene en cuenta. Hacen más cosas por ti así.

—¿Te has quedado en su casa? —Me mira con el ceño fruncido.

—En un hotel —le contesto con un arma distinta.

Deja el arma que tenía en las manos, parece confundido.

—¿Por qué?

—Pues… —vuelvo a cogerla— porque Daisy y Christian están yendo a toda máquina y este corazoncito casi paternal puede aguantar el sexo hasta cierto punto. —No se ríe ante mi comentario, me dedica una sonrisa muy débil, así que supongo que lo suyo por Daisy sigue en plena forma.

—¿Les va bien, entonces? —pregunta, sin mirarme a los ojos.

—Sí. —Me encojo de hombros—. Se la ve muy contenta.

Asiente.

—Vale, bueno, a ver… —Se aclara la garganta—. ¿Qué nos hace falta para este encargo?

Me rasco la barbilla. La verdad es que no lo acabo de tener claro. El plan no está tomando forma como me gusta a mí. Scotland Yard me está vigilando desde demasiado cerca para que llevemos a cabo el robo sin más. Creo que tengo un plan, pero hay muchos cabos sueltos.

—Creo que haremos un ataque paralelo… —Lo miro con los ojos achicados—. No se me ocurre otra manera de quitármelos de encima.

—¿A Scotland Yard?

—Y a la Interpol. —Lo miro con elocuencia.
—El Tiller ese es un puto grano en el culo.
Asiento.
—Va a por todas.
Declan me lanza una mirada con aire desdeñoso.
—Va a por todas con tu hermana…
Algo excesivo viniendo de él, lo sé, pero no va desencaminado.
—Eh… —Miro a Declan con los ojos achicados, pensando.
—¿Qué? —Frunce el ceño.
Niego con la cabeza.
—Acabas de darme una idea.

CUARENTA

Daisy

Lleva toda la semana que no habla de otra cosa, de la cita (esta cita de verdad que vamos a tener) y aunque somos lo que sea que somos[215] desde hace bastante más de una semana ya, y que apenas nos hemos separado más que para que yo vaya a la universidad, esta cita se ha convertido en un tema del que ha hablado sin parar.

No se quedó a dormir anoche (un rollo), se fue después de cenar y dijo que sería más divertido si él no estaba ahí cuando empezara la cita. Cuando le pregunté a qué hora quedábamos, me dijo que todo el día.

—Nos vemos a las nueve de la mañana —se despidió, besándome[216] en el portal de mi casa antes de irse.

Me levanto supertemprano, como si fuera el día de Navidad y yo tuviera cinco años.

Dedico horas a arreglarme, lo cual no hago nunca. Preparo una máscara facial, me peino, me pongo más maquillaje que mi habitual rímel y pintalabios Gucci[217] que uso para boca, mejillas y ojos, y todo esto es absurdo si lo piensas, porque ya me ha visto desnuda unas novecientas[218] veces. Sabe cómo soy al natural, me ha dejado al natural muchas muchas veces, pero a pesar de todo, son

las 8.45 y llevo un vestido largo de Brandon Maxwell, negro, asimétrico, muy ajustado y con apertura hasta el muslo. El uso de la palabra «vestido largo» quizá sea engañoso, no voy vestida como si fuera a una gala, sino como si estuviera a punto de embarcarme en un superyate para la cita más importante de mi vida, porque quién sabe, quizá lo sea.

¿Un yate?[219] ¿Un avión a alguna parte?[220] ¿Una cena privada en la Torre Eiffel?[221] No sé qué vamos a hacer, y a decir verdad tampoco me importa mucho, con él es la parte que más me gusta.

Llaman a la puerta de mi habitación al cabo de unos minutos.

—Adelante —le digo a mi reflejo mientras me pongo los pendientes Mini Daisy de Jennifer Meyers.

—Caray —exclama Christian detrás de mí.

Me giro para mirarlo, pero al hacerlo me doy cuenta de que su aspecto no es el que yo esperaba.

Lleva los vaqueros negros Chitch Boneyard de Ksubi, una camiseta gris de Balenciaga y, como de costumbre, unas Converse negras y ese collar.

—Oh —hago sin querer frunciendo el ceño. Le cambia la cara, divertido.

Siento una punzada de tristeza y nervios por el poco esfuerzo que está haciendo (¿tiene el mismo aspecto de siempre?) y una gran parte de mí se siente cohibida por lo que llevo puesto. Me esfuerzo, lo cual parece ser una metáfora de nosotros…, de que no soy nada por lo que merezca la pena esforzarse, de que él no se esforzará por mí en absoluto y que yo moriré intentándolo por él.

Levanto la vista hacia Christian, me aclaro la garganta, intentando sonar despreocupada.

—Llevamos ropa muy diferente.

—Sí. —Asiente y me dedica una sonrisa incómoda—. Tienes que

cambiarte, vas demasiado arreglada.

—Ah. —Mis mejillas han estallado en llamas—. Vale. ¿Qué haremos?

Se frota la nuca.

—Nada especial.

Le miro con el ceño fruncido y él dibuja una sonrisa.

—Nada, mierdas normales. —Se encoge de hombros.

Me quedo con la boca abierta mientras intento procesar lo que está pasando y me pregunto si, un poco, soy una broma para él. Entonces se me acerca un paso, coge mi mano entre las suyas y entrelaza nuestros dedos.[222]

—Ese es el sueño, ¿verdad? —Ladea la cabeza en busca de mis ojos. Lo miro—. Una vida normal, gente normal, la mediocridad de todo ello, no ser lo que somos, ¿no?[223]

Abro mucho los ojos.

—Un día entero normal. —Me sonríe orgulloso—. Tenía pensado un supermercado, una gasolinera…, ¿IKEA, quizá?

—¡Nunca he estado allí! —Le miro con asombro y él se echa a reír, con los ojos fijos en mí, sonriendo un poco.

—Me gusta mucho. —Me tira del vestido antes de quitármelo del cuerpo.

Se me queda en los tobillos y me acuna la cara con las manos, me besa de una forma distinta a la habitual (sin mover las manos, abrazándome contra su cuerpo y ya está, con su boca flotando sobre la mía) y luego se separa.

—Vamos. —Señala mi armario con la cabeza—. Ponte normal.

Se sienta en mi cama y me mira mientras me cambio y es una especie de emoción divertida, que él me mire como si esto tan mundano que estoy haciendo fuera una tarea complicada, traga saliva con esfuerzo cuando me recorre el cuerpo con la mirada

mientras me pongo los vaqueros *boyfriend* azul claro de Saint Laurent.

Camiseta blanca lisa. Normal. Los botines Chelsea negros de piel con cristales de Gucci. Normal.[224]

—Vámonos. —Señala la puerta con la cabeza y me ofrece su mano y una sonrisa y yo ignoro la parte en la que parece una promesa sin palabras.

Nos dirigimos directamente a una gasolinera y él tiene una mano en el volante y la otra en mi rodilla (mi corazón, en realidad) y no dice mucho, pero no deja de mirarme y sonreír de esa forma[225] que casi nos hace reír a los dos, y pienso que es muy extraño ser humano, ¿no crees? Cómo mi boca ha recorrido cada centímetro del cuerpo de Christian Hemmes, me ha visto completamente desnuda, me ha visto furiosa, nos hemos gritado, nunca he llorado delante de él porque no lo hago con nadie, excepto con mi hermano,[226] pero me ha visto y me conoce, creo. De verdad. Me conoce como quieres que alguien te conozca y aun así le gusto de todas formas. Está aquí al lado en el asiento del conductor, esbozando una sonrisa, lamiéndose el labio inferior, sin decir una puta palabra, ¿y yo me siento tímida? Yo nunca soy tímida. Sin embargo, no me importa. Sentada a su lado sin decir nada es como quitarse un corsé. Un deshacerte por completo, si quieres, y lo hará. En todos los sentidos.

—Vale… —Entra en una gasolinera, se para junto al surtidor y apaga el contacto. Me mira—. Todo tuyo, pequeña. —Mueve las cejas, juguetón, mientras me desabrocha el cinturón—. ¿Sabes abrir el depósito?

—Claro que sé abrir el depósito, soy una puta médica —le gruño, aunque en realidad no tengo ni idea. Busco el botón, paso las manos por el salpicadero y miro a mi alrededor. No tengo mucha experiencia con los coches, ¿sabes? Y todos son distintos, según voy

aprendiendo.

Christian hace un rictus con la boca, divertido, mientras me observa. Vuelve a sentarse bien, se cruza de brazos y levanta la vista.

—Vale, doctora… —se aclara la garganta—. No hay botón en un G Wagon. Presionas la puerta del depósito y listo.[227]

Me dedica una sonrisa cortante y yo lo fulmino con la mirada. Se echa a reír al tiempo que salgo del coche, y luego se baja también.

Se apoya en el coche y me observa con frialdad.

—No necesito ayuda. —Le miro con cara de circunstancias.

—No, ya lo sé. —Se encoge de hombros, pero me doy cuenta de que le hace gracia—. Puedes hacerlo.

Miro fijamente las opciones de combustible. Demasiadas opciones para una novata. Diésel. Gasolina. Sin plomo. E10. Sin plomo *premium*.

Frunzo los labios mientras las repaso todas, desde luego no pido ayuda porque soy una puta médica.[228]

Suelta una risita y se me acerca por detrás, me rodea la cintura con un brazo y luego pone el otro encima de mi mano y la guía hacia *premium*.

Se mueve conmigo, sujetándome la mano mientras yo sujeto la boquilla de la gasolina, mientras me estrecha contra él.

Me besa la nuca y yo me reclino hacia él. Todo es espectacularmente anodino y me dejo llevar por una ensoñación en la que, por un segundo, yo no soy quien soy y él no es quien es. No hay guardaespaldas, ni padres muertos, ni hermanas muertas. No sé krav magá y no soy prácticamente una experta en lanzar cuchillos. Solo soy una veinteañera normal y corriente que todavía va a casa a hacer la colada.

Lo siguiente de la lista: IKEA.[229]

¿Has estado? En realidad, te diría que es horrible. Es demasiado grande, parece un laberinto…

Aunque hay muchas habitaciones en las que enrollarse, eso lo reconozco.

—¿Y luego lo montas todo tú? —Miro fijamente a Christian, ciertamente horrorizada por su explicación del lugar.

Él asiente, sonriendo.

—¿Por qué?

—Porque vienen desmontadas en un paquete plano.

—Pero ¿por qué?

Él se encoge de hombros.

—No sé, ¿para abaratar costes?

—Pero el tiempo es oro[230] —le digo, y se echa a reír, me empuja hacia atrás y me pone contra la pared de una cocina de mentira, me pone la mano en la mejilla, me roza la boca con el pulgar y luego me besa sonriendo, después se aparta.

—Muy bien. —Señala con la cabeza la barra de la cocina que tenemos detrás—. ¿Qué nos parece esto?

—¿Para qué? —Frunzo un poco el ceño.

Cambia un poco la cara y frunce un poco el ceño él también.

—Para nuestra cocina de ensueño…

Y aunque sé que es un juego, la suposición de que en algún lugar, en algún momento, en algún país de ensueño, Christian Hemmes y yo tengamos una cocina juntos me deja sin respiración un segundo.

Trago saliva, esperando que los ojos no se me vean tan grandes como los noto. Exhalo por la nariz para recuperar la compostura.

—Nada de nuestra cocina de ensueño saldrá de un paquete plano. —Le lanzo una mirada que él iguala.

—Pequeña,[231] ahora somos normales. —Me coge de la mano y me lleva hasta otra cocina, me besa la mejilla—. ¿Dónde vivimos?

¿En Paddington? ¿En Fitzrovia?

Niego con la cabeza, sintiéndome tímida de nuevo.

—No vivimos en Londres.

Él parpadea, sorprendido.

—Caray.

Le sonrío un poco y él asiente una vez antes de señalar un comedor de ratán y pino.

—¿Este es nuestro rollo?

Le dirijo una mirada afilada.

—Nada más lejos de la realidad.

Me mira y señala las mesas de alrededor.

—Venga, adelante.

—Es una casa de estilo colonial —le digo.

Él asiente una vez.

—Me gustan…

—¿Sí? —Le sonrío.

Me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja y me sonríe.

—Sí.

Esta es la sensación que tengo todo el día. Que todo es completa y perfectamente inofensivo. Damos un lento paseo por los jardines de Kensington, me mete mano debajo de la Alcoba de la Reina Ana, damos de comer a los patos, nos columpiamos un rato, vamos al supermercado, vamos a Nero's[232] y, cuando por fin empieza a ponerse el sol, compramos *fish and chips* y aparca en Chepstowe Place. Se queda ahí sentado un segundo antes de mirarme, orgulloso de sí mismo.

—El gran final de tu día normal…

Lo miro confundida y me señala por la ventanilla.

Lavandería y Tintorería Brillante.

Me quedo boquiabierta y él sonríe aún más. Sale del coche de un

salto y saca del maletero una bolsa enorme con ropa para lavar, se queda delante del establecimiento, esperándome.

Me acerco a él despacio y me ofrece la mano para luego llevarme dentro.

—¿Dónde está todo el mundo? —Echo un vistazo a la lavandería vacía. Las lavadoras plateadas se alinean en sendas paredes de azulejos blancos, que tienen bolsas de ropa doradas encima. Hay cestos blancos esparcidos aquí y allá por el suelo, huele a sábanas y a toallitas de secadora[233] y la música que suena flojito de fondo se parece a la que escucha Christian. Tranquila, folk, más calmada que las cosas que pensarías que escucha.

—Ah. —Me mira y baja la voz—. La he alquilado para que estuviéramos solos. —Hago una mueca y él agita la mano para quitarle peso—. Muy normal.

Suelto una carcajada mientras empiezo a clasificar su colada.

—En realidad no tienes por qué hacerlo —me dice, un poco cohibido.

Frunzo un poco el ceño y sigo clasificando, miro las lavadoras de mi alrededor con cariño.

—¿Cómo has sabido lo mío con la colada?

Se lame el labio inferior.

—A tu hermano le caigo mejor de lo que crees.

—¿Te lo ha dicho Julian? —Parpadeo, sorprendida.

—Me dijo que era tu habitación favorita de toda la casa y pensé que estaba siendo un gilipollas y un poco sexista, pero entonces me contó lo de las monedas de cuando eras pequeña y comprendí que…

Aprieto los labios para no sonreír tanto como querría y le empujo mientras pone toda su ropa blanca en una máquina y entonces empieza a sonar la versión de Edith Whiskers de *Home*[234] y Christian se me acerca por detrás y me rodea la cintura con los

brazos.

—Hay un error fatal en tu plan de normalidad, ¿sabes? —me dice.

Me giro para mirarle, enarco las cejas, pero me aseguro de que no me suelta.

—¿Y cuál es?

Cierra con llave la puerta que tengo detrás.

—Teniendo esta cara y este cerebro que tienes, nunca serás normal… —Niega con la cabeza—. No podrías serlo ni aunque lo intentaras.

Trago saliva nerviosa y él también.

Me coge la mano y me pone la otra en la cintura, me atrae hacia sí, me besa en la frente, y no sé qué buena fortuna ha encontrado el destino para tejerla en mi vida ahora mismo, pero me descubro bailando pegada con Christian Hemmes en una lavandería y no hay nada normal en ello…

El universo, en realidad, está en llamas. Los planetas pierden el hilo de sus órbitas, los pájaros son poetas y todas las canciones que se han escrito antes de esto y todas las que vendrán después hablan de este momento; de cómo, estando aquí de pie, poso la oreja justo donde está su corazón, de cómo una de sus manos se traga la mitad de mi cintura. La hermosa nada de este momento, el más íntimo de mi vida hasta la fecha, una vida que, en realidad, ha estado salpicada de mucha intimidad, y creo que nada superará el instante en que él apoya la barbilla sobre mi cabeza.

Me aparto un poquito y levanto la mirada.

—Tienes algo en la camisa. —Señalo la nada que tiene.

Él baja la vista y luego me mira, sonríe divertido.

—Ah, ¿sí?

Asiento con la cabeza.

—Sí.

Él traga saliva una vez.

—¿Y vas a hacer algo al respecto?

Acerco la mano a los botones de la camisa y los desabrocho lentamente. No aparta los ojos de los míos, me observa, me espera, y su mirada es tan intensa, tan pesada y cargada con un nuevo tipo de deseo, que ni siquiera puedo mirarlo porque soy una flor y él es el sol entero y me marchitará, sé que lo hará, así que me concentro en los botones, los desabrocho con la precisión con la que practico con cadáveres y, cuando la camisa queda abierta, recorro su pecho durante un segundo antes de que me levante la barbilla con el índice y el pulgar, baje la mirada hacia mi camiseta y luego vuelva a fijarla en mi rostro.

Levanto los brazos en el aire, esperando.

Suelta una carcajada. Traga saliva. Me la quita muy despacio, recorriéndome el torso con las manos al hacerlo. Tira la camiseta al suelo y, antes de siquiera darme cuenta, me rodea la cintura con un brazo, acerca su boca a la mía y me levanta del suelo, me lleva hacia atrás y me sube a una máquina que tenemos detrás.

Primero me pone las manos en la cara, luego en el pelo, se inclina sobre mí y me besa de una forma que me recuerda a un barco atravesando la niebla, es agua dulce, cielos despejados, navegación tranquila, los pájaros piando… Los planetas que somos se alinean ahí fuera como nuestros cuerpos lo hacen aquí dentro, y yo le desabrocho el primer botón de los vaqueros y él sonríe contra mi boca. Le muerdo el labio inferior porque sé que cuando lo hago sonríe más. Me arrastra hacia delante para quedar contra su cintura, me baja los vaqueros y me los quita, y luego me mira fijamente durante un par de segundos. Creo que comprendo por un instante por qué todo lo malo, doloroso y triste merece la pena si amas a alguien, porque siempre recordaré cómo me está mirando ahora. Me

recorre el rostro con los ojos como la brisa mece las hojas en un día ventoso. Presiona la lengua contra el labio superior y traga saliva con fuerza. Me acuna el rostro con una mano y me besa por el cuello con más ternura de la imaginable y me recuesta de nuevo sobre la máquina, besándome por todas partes y por abajo, se toma su tiempo, y yo adoro mi piel cuando estoy con él. No soy consciente de mi piel en ningún otro momento del día; solo pienso en ella cuando siento el cosquilleo eléctrico de cuando Christian Hemmes me está tocando o está a punto de hacerlo y, cuando lo hace, con sus labios sobre los míos, me siento como cuando caes sobre un colchón mullido el día que más cansada te encuentras. Como la lluvia que golpea el agua y no puedes ver dónde empieza una y acaba la otra, así son nuestras bocas. Vuelve a incorporarme para que quedemos al mismo nivel, me acaricia el pelo con la mano y luego se pega a mí.

La sensación que me produce sentirlo es mi favorita en el mundo, en toda la historia y en todos los tiempos, escríbelo, toca la campana de la ciudad y díselo a los escribas: llevaré siempre en el corazón que lo amo. Sin embargo, siento que me alejo cada vez más de un puerto seguro, y debería haberme atado a algo, pero no lo he hecho. Puedo sentirlo ahora. Me he atado a él.

Me agarra por la cintura, su boca no se separa de la mía y siento la respiración entrecortada en el pecho, y cuando terminamos, y mueve un poco la cabeza y nuestras miradas se encuentran y me observa como si escuchara *Don't Think Twice* por primera vez, a medias muerto de miedo, a medias asombrado, me pregunto si tal vez él también está atado a mí.

Me dedica una media sonrisa y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—A ver —dice, sin aliento, mirándome mientras se seca la frente

con rudeza—. Sé que es tu primera vez en una lavandería, pero generalmente no se usan para esto.

CUARENTA Y UNO

Christian

A ver, mira… Desde nuestra cita del otro día (que fue espectacularmente bien, por cierto), Daisy y yo no nos hemos despegado prácticamente.

No he pasado mucho por casa, solo para coger un par de mierdas de vez en cuando. Además, de todas formas, no puedo quedarme mucho en casa sin que Henry se monte un puto desfile en honor a él mismo para celebrar que tenía razón. Y la tenía. Pero no se lo digas.

Todo eso aparte, es más fácil estar en casa de Daisy.

Miguel no está merodeando cuando está en el Recinto, Julian no le está mandando mensajes cada par de horas para saber si todo va bien, tiene su cocina y su lavadero, que he descubierto que son cosas importantes para ella.

No le gusta mi cocina, eso también lo he descubierto.

Cuatro fogones no son suficientes, mi procesador de alimentos es «una puta broma» y «¿Dónde está tu cortador de verduras en espiral? ¿Cómo que no tienes uno, eres idiota o qué?». Y cuando me preguntó de qué forma me gustaban las zanahorias y contesté «¿En forma de zanahoria?», me lanzó una puta mirada, colega…

Batonnet, resulta. Esa es mi forma favorita de cortar la zanahoria. Hace una semana no lo sabía, pero ahora sí.

Estamos en su cama y ya hemos visto cuatro temporadas de *The Great British Bake Off*, y ojalá odiara el programa, pero Noel Fielding me gusta mucho.

—¡No me jodas! —grito.

—¿Qué? —Sale corriendo del baño y aparece con una toalla de cara—. ¿Qué ha pasado?

—¡Paul acaba de decir que la tarta de esa chica era impecable! Paul, tío, el puto gruñón…

Mira la tele con el ceño fruncido.

—¿Y lo era?

Me encojo de hombros.

—El diseño podría haber sido mejor, en mi opinión.

—¿Has matado alguna vez? —pregunta así sin venir a cuento, reclinándose contra mi pecho. No me mira cuando pregunta, no despega los ojos de la tele.

Frunzo los labios.

—Sí. —Trago saliva—. ¿Y tú?

Asiente.

—Sí.

—¿A cuántos?

Frunce los labios.

—Solo a los tíos que intentaron matarme.

La rodeo con más fuerza, la muevo un poco para abrazarla más, resoplo para expulsar lo mucho que odio que alguien intentara ponerle un dedo encima.

—Yo me metí en una pelea —le cuento, aunque no me lo ha preguntado—. Estúpido. Fue una estupidez…

Se vuelve para mirarme.

—¿Y el otro murió?

—Sí.

—¿Le disparaste?

Niego con la cabeza. Le pegué una paliza, no se lo digo, pero ella lo sabe igualmente, se lo noto. Vuelve a encararse a la tele, exhala por la nariz, no dice nada. Y me pregunto si es algo demasiado jodido como para habérselo contado, si ahora estará rara conmigo, si se sentirá distinta conmigo. Porque yo sí me siento distinto…

Me coge la mano y me besa el dorso antes de abrazársela contra el pecho, y yo le doy un beso en la coronilla, y no digo que tengamos una relación, porque no sé lo que tenemos, pero entiendo por qué la gente está que no caga con eso, está bien…, es tan fácil estar con ella. Me siento feliz cuando estoy con ella, no es complicado, es…

—¡DAISY! —retumba la voz de Declan, aparecida de la nada.

Daisy suspira, irritada.

—¡DAISY! —vuelve a gritar.

—¡Estoy ocupada! —contesta también a gritos, sin moverse.

—DAIS… —gruñe Declan y hay algo en su tono que hace que se siente más erguida—. YA.

Hace un ruidito en lo hondo de la garganta y sale de la cama, recoge una camiseta mía del suelo y se la pasa por la cabeza. Algo en el hecho de verla hacer eso me hace sentir feliz. Voy tras ella, me pongo el chándal negro Escobar de John Elliot, y salgo corriendo.

—¿Qué? —pregunta cuando ha cruzado medio pasillo. Se asoma al vestíbulo y se queda paralizada—. Mierda… —susurra con un hilo de voz y suspira.

Es Julian. Desplomado sobre el hombro de Declan, sostenido entre él y Kekoa.

Hay sangre por todas partes, su cara es un poema.

—¿Qué cojones ha pasado? —Bajo corriendo las escaleras hacia su hermano, pero ella va bajando más despacio, negando con la

cabeza.

—Nada, Dais, tú tranquila… —le dice Declan—. Tómate tu puto tiempo.

Lo ignora, coge la corona de la cabeza caída de su hermano y se la echa para atrás agarrándolo por el pelo para poder verle la cara.

—¡Hola! —Se ríe él, con los ojos enturbiados y la cara llena de sangre.

Ella lo fulmina con la mirada, le agarra la barbilla con la mano y le mueve el rostro haciéndole pruebas y no tengo ni idea de qué cojones está pasando.

Estoy ahí de pie, parado, mirándolos.

No está preocupada, está enfadada.

Se pone de puntillas, le limpia un poco de sangre de la mejilla con las manos y examina un buen corte.

—Te quiero —balbucea Julian, borracho y sincero.

—Cállate. —Le riñe y luego desvía la mirada hacia Declan—. Llevadlo al comedor y traedme el botiquín.

Se la ve disgustada cuando se vuelve para mirarme.

La miro y niego con la cabeza.

—¿Qué cojones está pasando?

Ella traga saliva y niega con la cabeza también.

—Noche de pelea.

Julian está tumbado en la mesa del comedor, brazos y piernas estirados, riéndose, borracho perdido.

—Quítate la camisa —le ordena Daisy, y él lo hace.

Me he tapado la boca con las manos, tengo el ceño fruncido, todavía no he acabado de entenderlo.

—Pelea en la jaula —me dice al tiempo que Kekoa le acerca el kit de sutura.

Merodeo detrás de ella, intentando descifrar cómo me hace sentir

todo esto, porque siento unas cuantas cosas… Es extraño. Me flipa lo racional que es, me pone bastante observarla haciendo de médica y esas mierdas, resulta sexy ver cómo a otra persona se le da bien hacer su trabajo. Tiene cierta expresión en la cara cuando se pone en modo doctora. Frunce el ceño, arruga un poco la nariz…, está examinando las costillas de su hermano.

—Rota —dice mientras va palpando el costado derecho—. Rota… —Niega un poco con la cabeza—. Esta de aquí… —la señala— podría haber perforado un pulmón.

—Pero no lo ha hecho —le dice Julian.

Ella lo reprende con la mirada.

—Eres un desastre —le contesta.

Él se encoge de hombros.

—No es para tanto.

—Puntos de aproximación. —Señala un corte que su hermano tiene en el puente de la nariz—. Puntos de aproximación. —Señala uno de los cortes de las mejillas, luego se acerca un poco más al otro para examinarlo y cambia la cara—. A este igual hay que darle un par de puntos de sutura.

Sigue examinándolo, suspirando mientras lo hace, y yo ya he descubierto cómo me siento: me siento triste. Me he puesto triste porque, ahora me doy cuenta, ella está triste.

Mira con fijeza un largo momento un corte bastante irregular que su hermano tiene en el brazo y resopla con fuerza por la nariz.

Coge unas gasas y empieza a secar la sangre.

—Julian —dice, con los ojos fijos en el corte.

—¿Mmm?

—¿Por qué tienes cristal en este corte de aquí?

Nadie dice nada.

Levanta la mirada, expectante, mira a su alrededor, a la espera de

que alguien diga algo, pero nadie dice nada.

—Esto no es de un combate en una jaula —afirma a la nada.

Coge las pinzas y empieza a rebuscar por la herida, sacando cristales. Julian está ahí riendo y llorando de dolor.

—He ganado —le gruñe, quizá como si ella fuera a estar orgullosa de él.

Desvía la mirada hacia su hermano.

—No jodas —contesta, y me da esa extraña sensación de querer rodearla con un brazo, llevármela otra vez arriba y no dejar que nadie le hable en toda la noche. Hay cierto pesar en sus ojos, algo así. ¿Quizá siente vergüenza? No acabo de ubicarlo, pero sea una cosa o la otra, lo odio.

—Ha venido y me ha pegado un botellazo después del combate —le dice Julian aunque ella no ha preguntado.

Daisy suspira y luego mira a su hermano y al mejor amigo de él.

—¿Y dónde está ahora?

Julian se pasa la mano por la cara con brusquedad.

—Muerto.

Ella vuelve a negar con la cabeza, suelta un suspiro, luego coge aguja e hilo de sutura y empieza a coserlo sin avisar.

—¡Oye! —gruñe Julian con los dientes apretados, fulminándola con la mirada.

Y es en ese preciso instante cuando descubro que no me gusta que la gente la fulmine con la mirada.

—¡Ponme una puta anestesia local! —le grita.

—No. —Le lanza una mirada afilada, y me pregunto si parece a punto de echarse a llorar. Nunca la he visto llorar, no sé cómo detectarlo—. Si quieres pelear como un hombre, puedes aguantar las suturas como un hombre.

Julian resopla por la boca y aparta la mirada.

Ella acaba de coserlo y se inclina para inspeccionar su labor. Luego (¿puedes creerlo?) el puto Declan Ellis ladea la cabeza y se queda mirando el culo de Daisy.

No lleva nada, joder, solo unas braguitas diminutas que no son para que él las vea y mi camiseta, y antes de siquiera darme cuenta de lo que estoy haciendo, le pego un leve empujón.

—¿Todo bien por aquí? —bufo, indignado.

—Venga ya, joder —se ríe Declan con ironía.

Dais se da la vuelta, frunce el ceño.

—¿Qué está pasando?

La agarro por el brazo y la pongo detrás de mí. Declan me pega un empujón.

—No la agarres de esta puta manera…

—¿Qué ha pasado? —Daisy parece confundida.

—No me toques, colega… —Le devuelvo el empujón.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Daisy más fuerte. Nos mira alternativamente, pero Ellis la ignora.

—Entonces ¿vas a pararme, colega? —Rota los hombros hacia atrás y yo empiezo a cuadrarme y Daisy me aparta de un empujón.

—Basta. —Vuelve a empujarme—. Christian, para… —Me agarra la cara para obligarme a mirarla y aparto los ojos de mi némesis recién estrenado para fijarlos en la chica que, supongo, ya me gusta del todo—. ¿Qué ha pasado?

Niego un poco con la cabeza, me presiono la lengua contra el labio superior.

—Que te… te estaba mirando. —Hago todo lo que puedo para no parecer el capullo celoso y territorial que creo que soy con ella ahora.

Ella baja la mirada hacia su cuerpo, como si se le hubiera olvidado que solo lleva una camiseta y las braguitas, como si se le

hubiera olvidado que es la chica que está más buena de todo el planeta. Parece darle vergüenza eso también, se tira un poco de la camiseta hacia abajo, muy cohibida, se esconde un poco detrás de mí y yo crezco un metro.

Señalo a Declan.

—Si vuelves a mirarla de esa manera, te juro que te mataré con mis propias manos.

Luego le cojo la mano a Daisy y empiezo a llevármela arriba.

—Christian… —me llama Julian.

Me vuelvo para mirarlo.

Y se limita a esbozar esa sonrisa. Esa sonrisa tonta de borracho de ojos enturbiados.

Me la llevo a su cuarto, cierro la puerta detrás de ella y la miro con la cabeza ladeada. Intento situarme con ella, leerle las facciones del rostro, lo cual a decir verdad tampoco resulta tan difícil, porque lo lleva escrito por todas partes. Está destrozada.

—¿Pasa mucho?

Ella aparta la mirada. Traga saliva.

—¿Qué parte?

La miro exasperado.

—Joder, Daisy… Escoge algo.

Suelta una bocanada de aire ahogada sin pretenderlo, creo.

—Jules se pelea cuando se siente fuera de control.

Asiento una vez.

—¿Borracho?

Se encoge de hombros, mirando a otra parte.

—¿Y Declan?

Hace una pausa.

—¿Qué pasa con él?

—¿Se comporta así contigo a menudo?

—Bueno… —Se rasca el cuello—. Hay una aceptación tácita entre los chicos de que está un pelín enamorado de mí.

—Ah. —La miro con los ojos muy abiertos—. Genial.

Pone los ojos en blanco y yo me aclaro la garganta.

—Oye, solo para saber a lo que me enfrento… ¿Con cuántos de los chicos te has acostado?

Enarca las cejas, sorprendida.

—Ahora sí que nos ponemos celosos, ¿recuerdas? —le refresco la memoria.

Suelta un bufido, niega un poco con la cabeza, se cruza de brazos y suspira.

—Declan y yo nos acostamos hace mucho tiempo, justo después de que Romeo y yo rompiéramos, estaba enfadadísima con Julian. Yo tenía diecisiete años, él tenía veinticuatro…

Echo la cabeza hacia atrás, sorprendido.

—Mentí —prosigue—. Le dije que tenía veintiuno. Me creyó porque… —Se señala el pecho y yo me paso la lengua por el labio inferior, esperando a que continúe.

—Así empezó a trabajar para mi hermano. —Se encoge de hombros—. Y luego TK.

Asiento.

—Y más o menos con Booker.

—¿Más o menos? —repito, frunciendo el ceño.

—¿Quieres que te haga un dibujo?

La miro impasible.

Ella se cuadra de hombros, parece a la defensiva.

—¿Algún problema?

Más o menos, pero no lo entiendo.

De repente, siento una opresión muy extraña en el pecho al pensar en esos dos capullos viéndola como la veo yo. Me hace sentir

desequilibrado.

Le rodeo la cintura con los brazos y la atraigo hacia mí.

—No. —Le toco la cara para que me mire, fijo los ojos en ella unos cuantos segundos, deseo que pueda ver en mis ojos que me importa una mierda, aunque un poco sí me importa, pero no en ese sentido. Sino en el sentido de que me pongo celoso y no acabo de entender qué sucede dentro de mi cabeza, así que la beso de una forma que me hace sentir que es mía, y ya está.

Me pasa los brazos por el cuello y se le engancha la mano con el collar en forma de corazón que no me quito nunca.

—Siempre lo llevas puesto. —Lo coge entre los dedos.

Asiento.

—¿De dónde es? —Le da la vuelta y lo observa. Lleva «Hemmes» grabado.

—¿De Tiffany's? —Me encojo de hombros.

Asiente una vez y frunce levemente el ceño y supongo que tras estos últimos días he llegado a conocerla bastante bien porque al ver ese único asentimiento, me doy cuenta de que está cargado de celos y de un interrogante que la reconcome.

—¿Te lo regaló Magnolia? —pregunta tras unos segundos de silencio y entonces me planteo si lo sabe. Si sabe lo de mi sucio y jodido secreto.

Pero ¿cómo iba a saberlo? Seguramente lo pregunta porque ¿quién cojones aparte de ella iba a regalarme un collar de Tiffany's en forma de corazón?

Asiento y le sonrío al instante.

—Sí. Nos dio uno a cada uno. —Busco sus ojos, porque ya no me mira—. ¿Te gusta?

Sigue sin mirarme, pero asiente.

Y no pienso mucho en lo que hago, de algún modo pasa sin más.

Me quito el collar, se lo paso por la cabeza y se lo coloco en el cuello.

Me mira parpadeando.

—¿Qué haces?

Me encojo de hombros.

—Ahora es tuyo.

CUARENTA Y DOS

Julian

—Venga… —Miro a mi mejor amigo—. Será divertido.

—No lo sé. —Carmelo me hace una mueca. Se cruza de brazos y se reclina en la silla que hay delante de mi escritorio—. ¿Qué ganamos nosotros?

Suelto un poco de aire por la boca.

—¿Qué? —Lo miro—. ¿Mi amistad no es suficiente?

Romeo, que está tumbado en el diván en el que su hermano se desangraba hace no tanto y hojea una *GQ*, levanta la vista y me mira.

—Sí, claro.

—¿Qué? —Frunzo el ceño.

—¿Vas a robar dos Klimts? ¿Cuánto valen? —pregunta Carms.

—Su valor en la calle es… —empiezo a decir, pero me interrumpen de nuevo.

—No, no. —Rome niega con la cabeza—. Su valor de verdad.

Miro al mierdecilla y pongo los ojos en blanco.

—Unos setenta millones.

Carms suelta un bufido.

—Os doy dos millones —ofrezco.

—A cada uno —me replica Carmelo.

Pongo los ojos en blanco, pero es justo. Asiento. Cerramos el trato con un apretón de manos.

—Pero, oye, ¿para qué nos necesitas? —pregunta Carms—. ¿Te faltan hombres?

—Más o menos. —Me encojo de hombros—. Voy a enviar la caballería a París.

—¿Para qué? —Rome frunce el ceño.

Le lanzo una mirada.

—Luego seguimos, tío —le digo y entonces oigo que se abre la puerta y que mi hermana va hablando por los codos—. ¡Eh! —la llamo.

Ella aparece sin prisa, con Christian detrás.

Romeo se incorpora sobre los codos y los mira con el ceño fruncido.

—Hola, Rome —saluda, parece un poquito nerviosa.

Él le hace un gesto frío con la barbilla.

—¿Dónde habéis estado vosotros dos? —pregunto, con ganas de que siga la conversación. Ya empiezo a percibir la tensión y no me fascina.

—La he recogido en la uni —dice Hemmes antes de lanzar una mirada de suficiencia hacia Rome.

—¿Cómo ha ido? —La señalo con la cabeza.

—Bien. —Se encoge de hombros y se adentra en la habitación. Sé, porque conozco a mi hermana, que está revoloteando por culpa de Romeo. No sabe funcionar sin su aprobación. La necesita, aunque sea respecto a estar con otro chico—. ¿Qué estáis haciendo? —pregunta, mirándonos a los tres.

—Negocios. —No le digo más. Prefiero mantenerla al margen.

—Vale. —Asiente y Rome la mira con fijeza, impasible.

Daisy se cruza de brazos y Christian se le acerca por detrás, rodea

a mi hermana con los brazos, le apoya la barbilla en la cabeza, hunde una daga en el corazón de Rome, y me mira.

—¿Qué tal las costillas?

—Me duelen un poco. —Me encojo de hombros—. Mi médica no me da analgésicos.

Mi hermana me mira.

—Tu médica cree que deberías aprender la lección y dejar la lucha clandestina.

Le dedico una sonrisa tensa.

—Mi médica debería ocuparse de sus asuntos.

—Así no se consiguen las cosas —me susurra Carmelo.

—¿Esto va en serio, entonces? —Rome se incorpora, gira las piernas y se levanta. Desvía los ojos de mi hermana hacia Christian —. ¿Es oficial?

Carmelo y yo intercambiamos miradas, no los perdemos de vista.

Daisy abre la boca para hablar, pero Christian la interrumpe.

—Sí. —Mira a Rome con una sonrisa tensa y abraza a Daisy con más fuerza.

—¿Es oficial? —Los miro, bastante divertido.

Daisy se vuelve para mirar a Christian.

—En realidad no lo hemos hablado… —Lo mira, insegura.

Y entonces se crea ese momento de mierda: Christian parece avergonzado, Daisy parece sorprendida con la guardia baja, y Romeo y Carmelo se están riendo a carcajadas. ¿Yo? Yo me limito a disfrutar del espectáculo, esperando a que mi hermana estalle como sé que está a punto de hacerlo.

—¿De qué os reís? Cerrad el pico —les espeta a los dos hermanos antes de volverse hacia Christian, que la ha estado mirando con el ceño fruncido todo el rato—. ¿Lo nuestro es oficial?

Él suelta una risa superficial, con la boca tensa.

—A ver, no voy a darte un anillo…

—No quiero un anillo. —Niega con la cabeza.

—Entonces, sí… —Christian se encoge de hombros, le coloca un mechón de pelo detrás de la oreja—. Lo nuestro es oficial. —Dice «oficial» como si fuera una palabra absurda, pero me percato de que en realidad está muy entusiasmado con todo esto.

Ella se queda mirándolo unos segundos, con los ojos muy abiertos y esas mierdas, luego le dedica una pequeñísima sonrisa, y no sé cómo, quizá porque lo conozco de toda la vida, pero puedo notar en tiempo real que Romeo se hace pedazos a mi lado. Es jodidamente desalentador, y sé cómo se pone ese chico. Me acuerdo de cómo se puso cuando Daisy no quiso fugarse con él. Se folló a la mitad de las academias de Manhattan, su madre se quedó lívida. Delina me suplicó que volara hasta allí, que metiera a su hijo en vereda, pero no funcionó. No le importó una mierda. Por un lado, me culpaba por la parte que me tocaba en esa situación, lo cual era justo, seamos sinceros, yo instigué enormemente en la caída de su relación. Pero si alguien intentara matar a tu hermana cuando salía con su novio, ¿tú qué harías? ¿Cuántos intentos de asesinato son demasiados? Yo diría que uno, pero tres y ya te estás riendo, colega…, tenía las manos atadas.

Rome los mira, le lanza a mi hermana una mirada que odio pero que dejaré pasar, teniendo en cuenta las circunstancias y que ella le acaba de partir el corazón como si fuera una puta calabaza.

—Os doy un mes —les dice.

—Oye —gruño, un poco molesto ya.

Daisy lo mira con fijeza, herida.

—¿Qué tal si yo te doy un mes a ti para que te vayas a la mierda? —Christian lo fulmina con la mirada al tiempo que coloca a Daisy detrás de él y ya sé qué significa eso.

—Venga, ven… —Romeo da un paso hacia él.

—No. —Le señalo amenazadoramente con el dedo y Daisy tira del brazo de Christian hacia la puerta.

—No, déjalo —le dice, mirándome a mí, la veo muy nerviosa.

Intento que no se me vea molesto con ella, intento no pensar en las implicaciones que tendría que las cosas se pusieran feas de verdad. No solo sería una situación de mierda para mis dos mejores amigos si Romeo siguiera así con mi hermana, sino también para sus familias. Acarrearía problemas que estuvieran a malas.

Agito la mano para decirle a Daisy que se vaya y Carmelo le da un empujón a su hermano pequeño.

—*Sei un cretino* —le dice en voz baja. Y luego niega con la cabeza —. ¿Vas a empezar una puta guerra porque estás celoso?

Romeo le lanza una mirada impetuosa.

—Tal vez.

Carms niega con la cabeza.

—En mi guardia, no.

CUARENTA Y TRES

Christian

Cena de la Colección Completa, pero hay un ambiente extraño porque Parks está con Tom de esa manera extraña en que están juntos. Claro que también estuvo a punto de follarse a BJ en un probador de Gucci, al menos fue lo que dijo Jo.

Y aquí están en la cena, como una pareja de verdad, ella y Beej dándose las manos y esas mierdas, tal vez un nivel por debajo de cómo eran antes, y me ha puesto de puto mal humor todo esto. No sé por qué, todo el asunto me hace enfadar, sobre todo porque de algún modo creo que ella es una mierda.

No me mira en toda la cena, y no necesito que lo haga. Joder, creo que ya ni siquiera quiero que lo haga. Resulta algo embarazoso que la quiera, pero todavía la quiero. En realidad, eso también me saca de quicio. Amo a Parks, desde hace mucho tiempo, pero en realidad ya no me gusta. Y no pienso en otra cosa que en Daisy. Ella es a quien quiero tocar y con quien quiero pasar todo mi tiempo. Me gusta, me gusta cómo es, pero sé que no estoy enamorado de ella porque llevo años enamorado de Magnolia y no siento lo mismo.

Cuando BJ va a pagar la cuenta, es la primera vez que cruzo una mirada con ella en toda la puta noche.

—Me gusta este jersey… —Me pincha con el dedo—. Jersey de

lana virgen con detalles del logo. Off-White —me dice, aunque no se lo he preguntado.

Le hago un gesto impasible con las cejas y se lo veo en la cara, la confusión que siente ante mi indiferencia hacia ella, y me afecta un poco.

Parks se pone de puntillas y echa un vistazo por el cuello de mi jersey. Un ceño fruncido se cierne sobre sus rasgos como si fuera niebla.

—¿Dónde está tu collar?

Henry pone mala cara y hace un ruido incómodo.

Yo me encojo de hombros como si no me importara una mierda.

—Lo regalé… —Y, para ser sincero, no he vuelto a pensar en ello desde que lo hice, menos cuando veo que Daisy se lo pone y pienso en que es mi nombre el que lleva colgado.

—Disculpa… ¿Qué? —Magnolia parpadea varias veces—. ¿Lo has regalado?

Exhalo por la nariz, asintiendo.

Ella parpadea dos veces.

—¿A quién, si puede saberse?

Me paso la lengua por los dientes.

—A Daisy.

Y entonces pone una cara como de no poder entenderlo.

—Pero… Te lo di yo…

Le dedico una sonrisa tensa.

—Y ahora yo se lo he dado a Daisy. —Añado un encogimiento de hombros al final.

Resopla por la nariz.

—¿Por qué?

Cambio la cara.

—Porque le gustó…

—¿Y se lo diste sin más?

—Pues sí.

—¿Acaso no tienes sentimentalismo? —Da un pisotón con su piececito.

Hago una mueca de indiferencia con los labios.

—Contigo, no.

Echa la cabeza hacia atrás y respira entrecortadamente, toda herida y esas mierdas. Me mira con el ceño fruncido, confundida, como si le hubiera dado una bofetada o algo así, y entonces BJ se acerca por detrás de ella.

—Eh. —Beej le busca los ojos y entrelaza la mano de ella con la suya, la rodea con el brazo como el escudo que siempre será para ella—. ¿Qué pasa?

Ella niega con la cabeza.

—Nada.

Él frunce el ceño, me mira y vuelve a mirarla.

—Pareces disgustada.

BJ me mira con fijeza. Parks niega con la cabeza.

—Nada, que Christian está de mal humor.

Beej me lanza una mirada lúgubre.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

Parks se cruza de brazos y me mira.

—Regaló el collar que os regalé. —Hace un mohín y yo pongo los ojos en blanco porque no es justo. Parks no juega limpio. Él siempre se pondrá de su lado, no puede no hacerlo. Podría haber dicho: «No me dará su pulmón derecho» y BJ seguiría pensando que soy un capullo.

—¿El del corazón? —le pregunta, y luego me mira a mí—. ¿El que tenía el apellido?

Ella asiente con los ojos grandes como los de un cachorro y BJ me

mira mal.

—¿Por qué?

Señalo a Magnolia con la barbilla.

—Oye, ¿dónde está Tom esta noche, Parks?

—¿A qué viene eso? —BJ me señala la cara con el dedo y yo niego con la cabeza.

—Eres un puto idiota, Beej.

—Repítelo si tienes cojones, grandullón… —Me fulmina con la mirada, yo le miro también y les contesto con un suspiro. A la mierda, me largo. Me da igual.

Henry viene corriendo detrás de mí, me agarra del brazo, me da un tirón para que me detenga y me mira.

—¿Qué coño estás haciendo, hermano?

Suelto un bufido.

—¿No deberías preguntárselo a tu mejor amiga?

—No —me dice con la mandíbula apretada—. Sé lo que está haciendo. Se está revolcando… —Señala hacia atrás, en dirección a ella—. Está haciendo lo que siempre hace cuando se siente inestable en una relación con alguien a quien quiere, y está intentando llamar tu atención y tú te lo estás tragando, joder…

Le corto con la mirada.

—No es verdad.

—Y una mierda. —Me mira negando con la cabeza.

—¡Que no! —insisto, pero quizá un poco sí.

Henry me mira de esa manera.

—Para ya, Chris.

—¿Que pare el qué? —pregunto, enarco las cejas, pero creo que ya lo sé.

Henry me lanza una mirada larga que me hace sentir como un imbécil, porque Henry lanza buenas miradas largas.

—Te alegras de que esté triste —me dice.

—No, no me alegro. —Le pongo mala cara—. Me importa una mierda.

—Sí te alegras. —Me agarra de los hombros y me mira fijamente —. Te lo noto y es muy jodido, Christian. Y no significa lo que tú crees que significa.

Aprieto la mandíbula.

—Vale, ¿y qué creo que significa?

Henry se lame el labio inferior, como si estuviera triste por mí o algo.

—Que todavía te quiere…

Suelto otro bufido, pero él me ignora.

—Y no te quiere, tío. En toda su vida, solo le ha querido a él.

—Vete a la mierda. —Le doy un empujoncito—. No quiero que me quiera.

Y creo que eso es casi cierto. No quiero que me quiera como sí lo hacía antes (no me paso el día soñando despierto con ella como hacía antes), pero hay algo de validación en su necesidad de recibir mi atención y te juro que odio que Henry vea a través de mi mierda. Porque es una mierda, sé que lo es. Soy un mierda.

—Bien. —Henry se encoge de hombros un poco porque sí—. Le pido a Dios que sea verdad porque Daisy está jodidamente fuera de tu alcance…

Lo miro de soslayo.

Él me mira con elocuencia.

—Y más te vale no echarlo a perder.

CUARENTA Y CUATRO

Julian

Llegado este punto, lo he intentado de un montón de maneras distintas, en serio. He puesto el plan del derecho y del revés, me estoy gastando millones para conseguir que este puto encargo vaya más allá, y odio decirlo, pero la necesito.

—Daisy —la llamo.

Nada.

No hay respuesta.

Los Chicos Perdidos se agitan en el sitio, les divierte un poco la indiferencia que mi hermana muestra hacia mí.

—¡Daisy! —grito más fuerte.

Carmelo y Rome intercambian miradas.

Al cabo de poco más de treinta segundos, ella aparece por la puerta vestida con una sudadera grande con capucha, de color negro, que no es ni suya ni mía (puede que los pantalones estén haciendo o no acto de presencia) y tan solo unos cinco segundos más tarde, Christian aparece detrás de ella.

Romeo hace un ruido audible de disgusto y Daisy desvía la mirada hacia él, pero yo lo ignoro.

—¿Qué? —Se cruza de brazos.

Suspiro y luego la miro con los ojos entornados.

—Necesito que vengas a un trabajo —le digo, y ya sé qué se viene ahora: se le ilumina la puta cara.

—¿En serio? —pregunta radiante.

Pongo los ojos en blanco.

—En serio.

Aplaude entusiasmada, pero Christian frunce el ceño detrás de ella. Dais suelta un gritito de emoción y corre hacia la mesa del comedor para ver los planos.

—Casi nunca me dejas participar en los trabajos, a pesar de que todo el mundo sabe que soy el miembro más cualificado de tu equipo —anuncia mientras la recibe un coro de «Oye», «Eso…», «¡Pero bueno!» y «Tranquilita». La miro.

—No estás en mi equipo. —Me cruzo de brazos y me pongo de pie.

Mi hermana me lanza una mirada mordaz.

—Para empezar, esa no es manera de levantar la moral. Y sinceramente, Julian, haces bien en traerme ahora que lo estás haciendo, porque, conociéndote, seguro que…

—Espera —interrumpe Christian, negando con la cabeza y mirándome con fijeza—. Dime que estás de broma.

Enarco una ceja.

—¿Me estás hablando a mí?

—Sí. —Asiente una vez, sin inmutarse—. ¿Vas a dejar que vaya a uno de tus trabajos? ¿Tú? —Me hace un gesto con la barbilla—. ¿Tú, que no la dejas doblar la esquina para ir a comprar un puto cartón de leche sin guardaespaldas?

Suelto un bufido, divertido.

—¿Crees que haría algo para ponerla en peligro?

—Pues mira, no lo pensaba. —Se encoge de hombros—. Pero está claro que me equivocaba…

Declan se levanta.

—Será mejor que vigiles ese tono, colega.

Christian le lanza una mirada.

—¿Tú crees? —Vuelve a mirarme a mí—. Yo creo que es apropiado…

Y no me pasa desapercibido que todos mis chicos piensan que estoy a punto de cortarlo en pedazos, pero no lo haré porque me cae bien. Cualquiera a quien mi hermana le guste tanto como para alterarse de esta manera por su seguridad es bastante bueno para mí.

—De acuerdo. —Me encojo de hombros—. Entonces tú también vendrás.

Christian se señala a sí mismo.

—¿Yo?

—No —gime Declan.

Le lanzo una mirada afilada.

—¿Qué has dicho, Decks? —Se achanta y miro a Christian—. Te daré dos millones por ello.

Él niega con la cabeza y Daisy lo mira con el ceño fruncido.

—No necesito tu dinero —dice mientras atrae a Dais hacia sí y la rodea con los brazos.

Tanto Romeo como Declan dejan de mirarla y me da la sensación de oler problemas en el horizonte, pero no tengo tiempo para ocuparme de ellos ahora.

—Pero sí. —Le besa la coronilla—. Me apunto.

Me encojo de hombros.

—Eso me vale.

CUARENTA Y CINCO

Daisy

Es un trabajo en Viena, entrar y salir, pero es un plan a gran escala.

Hemos enviado a nuestros hombres, a todos ellos, a París.

La Interpol ha estado demasiado atenta últimamente, le siguen desde muy cerca para el gusto de mi hermano, así que ha decidido ir a lo grande.

Financió anónimamente una gala benéfica para el Departamento de Pediatría del Hospital Necker, que se celebra en el Louvre, gracias a la ayuda de Soleil. La Interpol cree que vamos a robar allí. Para que parezca que enviamos a todos los chicos. La Vieja Guardia, los Malotes de Silicon y todos los Subordinados y los Lacayos. La Interpol no tiene ni idea de que la cuantiosa donación para los niños es una maniobra de distracción.

El Museo Belvedere también celebra una gala, a la que voy a asistir con Christian, para comprar un cuadro para el cercano trigésimo cumpleaños de mi hermano.[235] Esta es la única parte del plan que por ahora te hace falta saber. Y ya hemos empezado con buen pie.

La tensión está por las nubes. A Rome le molesta que Christian venga y a Christian le molesta que Romeo venga, y a mi hermano le

importa una buena mierda todo esto, como deja bien claro cuando le da a Romeo un corsé de Kevlar que está hecho a medida para mí.

—Ajústaselo bien —le dice.

Romeo asiente y yo me pongo de pie, me quito el chándal y al cabo de pocos segundos Christian se levanta, horrorizado, se pone delante de mí y le quita el corsé de las manos a Rome.

—Joder, tío, ya lo hago yo…

Rome lo recupera de un tirón.

—Estoy bien, colega.

Pongo los ojos en blanco.

Christian vuelve a quitárselo.

—Seguro que sí, hermano. Pero lo haré yo igualmente.

—¿Y si se lo ajustas mal y muere? —interviene Miguel, un poco aburrido, desde la otra punta de la estancia. Intercambiamos una mirada y yo pongo los ojos en blanco, porque está siendo un pesado.

—Una manera bastante triste de romper… —interviene Carmelo.

—¿Por qué tiene que dispararme nadie? —Frunzo el ceño.

—No lo sé, grano en el culo. —Mi hermano se encoge de hombros —. ¿Quizá porque estás en un triángulo amoroso caótico con dos bebés de la mafia?[236]

—¿Qué necesidad había de decir «bebés», eh? —murmura Romeo al tiempo que Christian niega con la cabeza—. Me parece una falta de respeto, ha sido innecesaria…

Pongo los ojos en blanco y hablo por encima de ellos.

—No hay ningún triángulo amoroso.

—No —vuelve a intervenir Miguel—. Será más bien un cuadrado amoroso en cuanto añadamos al policía ese.[237], [238]

Rome le arrebata el corsé a Christian.

—No añadamos nada… —Niega con la cabeza mientras sujeta en

alto el corsé para que me lo ponga.

Christian niega con la cabeza, y está genuinamente disgustado, me doy cuenta. Rome mira a Christian mientras me toca, sin decir ni una palabra, contrariándolo de todos modos.

Miro a Christian.

—No hay triángulo amoroso.

Romeo me mira con unos ojos llenos de pesar[239] y los ignoro todavía más mientras me pone una mano en la espalda y con la otra me aprieta los cordones.

—Como un guante. —Me dedica una sonrisita que me pone un poco triste.

Christian me coge la mano y me atrae hacia sí, me rodea con los brazos con la mirada fija en mi exnovio.

Julian los mira.

—Oye, la próxima vez échale una meadita en la pierna. Iremos más rápido que con esta mierda.

—No me va mucho. —Niego con la cabeza mientras me levanto la falda.[240]

Christian se queda mirándome un par de segundos, me coloca un par de mechones de pelo detrás de las orejas, y me cohíbe que Romeo y Julian lo estén viendo mirarme de esta manera, porque su forma de mirarme hace que me pregunte si él también me ama, y que ellos lo estén viendo hace que, de algún modo, parezca menos cierto.

—Muy bien, tortolitos. —Mi hermano me lanza una mirada y luego hace un gesto con la cabeza hacia la puerta—. Os está esperando un avión.

Viena está a solo dos horas de vuelo desde Londres, y tal y como marca el plan, Christian y yo volamos en el avión privado de los Hemmes. No te preocupes, Christian y yo aprovechamos el tiempo a

solas como lo hemos hecho siempre,[241] pero ahora lo siento distinto y no sabría decirte si son imaginaciones mías o es que realmente ahora es distinto. Como si me abrazara distinto, si se entretuviera más.

—¿Qué? —Frunzo el ceño, con las mejillas un poco sonrojadas por lo que estábamos haciendo. Se mueve para estar encima de mí, se incorpora sobre un codo, se tapa los ojos con una mano y alarga la otra para tocarme el rostro. La comisura derecha de mi labio superior, para ser precisos. Luego sube un poco, toca a medio camino entre el ojo y la boca. Luego baja a la barbilla, al centro. Luego hacia la otra mejilla, justo encima de la boca.

Parpadeo unas cuantas veces cuando se descubre los ojos.

—Yo también me sé tus pecas de memoria —me dice.

El Belvedere[242] es uno de mis museos favoritos del mundo entero porque es precioso en sí mismo. Colección aparte, es una maravilla, y la colección no debería dejarse aparte porque también es espectacular.

Sin embargo, el palacio se construyó como residencia de verano para el príncipe Eugenio de Saboya a principios del siglo XVIII.[243]

Es la primera vez que voy a un museo con Christian, pero me está encantando la sensación, caminar con él por allí, dos cosas que adoro bajo un mismo techo.

Lleva un esmoquin de lana negra de Tom Ford, con camisa blanca, sin pajarita ni corbata, y la lleva más desabotonada de lo que cabría esperar, con las cuentas del rosario asomando por debajo. Es el tipo de atractivo que todas las chicas del lugar miran boquiabiertas, y siento cierta emoción de que sea conmigo con quien va de la mano.

—*Las madres malvadas* —dice Christian, fijándose en la obra de Giovanni Segantini—.[244] Esta es bastante jodida.

—Pues sí —asiento—. Las madres malvadas suelen serlo.

Christian me mira y luego me da un beso en la mejilla, me lleva a la sala siguiente. Allí es donde lo veo nada más entrar y nuestras miradas se encuentran. Vuelvo la cabeza, toco el pinganillo casi invisible que llevo en la oreja y susurro sin mover los labios:

—Plan C en marcha.

—Joder, va. —Christian pone los ojos en blanco al tiempo que Tiller se nos acerca con una sonrisa rígida.[245]

—Dais. —Me hace un gesto con la cabeza, luego mira a Christian de soslayo—. Hemmes.

—Qué sorpresa encontrarte aquí, colega… —Christian lo mira de hito en hito—. No sabía que habías llevado el acoso a mi novia a nivel internacional.

Tiller me mira.

—¿Novia?[246]

Ladeo la cabeza, sin morder el anzuelo.

—¿Qué haces aquí, Tils?

Y luego él niega con la cabeza.

—Esa no es la pregunta, Dais.

—Ah, ¿no? —Parpadeo—. Entonces ¿cuál es?

—¿Qué estáis haciendo aquí tú y el ladrón mundialmente conocido de tu hermano?

—Pero ¿qué dices? —Lo miro con el ceño fruncido—. Julian no está aquí…

Tiller pone los ojos en blanco.

—Sí, sí está.

—No, no está. —Christian niega con la cabeza frunciendo el ceño —. Hemos venido solos.

Tiller frunce un poco el ceño.

—Muy pronto cumplirá treinta años. —Miro a Tiller con firmeza—.

Iba a intentar convencerlos para que me dejaran comprar *El cocinero*.[247]

Parece confundido y lo miro impasible.

—¿El padre Paul?

Nada.

—¿Monet?

Tiller niega con la cabeza.

—¿Acaso no trabajas para la policía? —Christian lo mira con el ceño fruncido.

—Sí —asiento yo—. En la Unidad de Arte y Antigüedades, nada menos. —Fulmino a Tiller con la mirada—. Qué vergüenza.

—Tu hermano está aquí —afirma Tiller, ignorándonos—. Acabo de verlo.

—¿Aquí? —Parpadeo fingiendo no entender nada.[248]

Tiller asiente justo cuando mi hermano dobla la esquina.

—¿Qué cojones? —interviene Julian en el momento perfecto—. ¿Qué cojones estáis haciendo aquí?

—¿Qué cojones estás haciendo tú aquí? —pregunto, poniéndome las manos en las caderas.

—Nada, echar un vistazo. —Mi hermano frunce el ceño y luego mira a nuestro alrededor—. ¿Dónde está Miguel?[249]

Señalo hacia el rincón en su dirección. Julian le saluda levemente con la mano antes de apuntarme con la barbilla.

—Desembucha.

—No voy a decirte por qué estoy aquí —le contesto a mi hermano, orgullosa.

—Ah. —Asiente—. Entonces has venido por mi cumpleaños.

Frunzo el ceño, miro detrás de él y sonrío a Carmelo. Ignoro a su hermano.

—Cara… —Rome me mira de arriba abajo con una sonrisa burlona

que irrita de inmediato a Christian y a Tiller.[250]

Christian suelta un pequeño gemido y me atrae hacia él.

—¿Qué coño haces aquí?

Romeo lo mira.

—Podría hacerte la misma pregunta…

—¿Dónde están los chicos? —Miro a mi alrededor.

Julian entrecierra los ojos con aire juguetón.

—En París.

—Pero tú no estás en París. —Tiller lo observa atentamente.

—No me hace falta. —Mi hermano sonríe con suficiencia.

—Qué bonito… —Rome me hace un gesto con la cabeza, señalando mi corsé y rozándome levemente con las manos. Christian lo aparta de un manotazo, cabreado al instante.

—Vete a la mierda…

Rome se echa hacia atrás, sonriendo de mala manera.

—Vuelve a tocarme…

Y Christian, que normalmente es tan comedido, tan estoico y tranquilo, pierde los papeles al instante y le pega un empujón a Rome. Con fuerza.

Romeo suelta una risita y le devuelve el empujón.

Christian pega el primer puñetazo, Rome le da uno después… Julian pone los ojos en blanco. Corro hacia ellos, agarro a Christian del brazo y lo alejo. Todo sucede muy deprisa, pero él me aparta de un codazo, me da en toda la cara y me parte el labio.

Y se oye una especie de exclamación ahogada extraña entre todos los que nos miran. Christian se da la vuelta (parece devastado, más que otra cosa) y se acerca a mí al mismo tiempo que Romeo y aparto de un manotazo las manos de Christian. No le miro a los ojos, sino que niego con la cabeza mientras me alejo un momento para serenarme. Tiller se acerca corriendo, ladea la cabeza, me mira

fijamente la boca.

—¿Estás bien? —Me ofrece un pañuelo.

Le fulmino con la mirada.

—Ha sido un accidente.

—Lo sé. —Asiente y se encoge de hombros—. Es lo que pasa cuando sales con críos.

—Tiene veintitrés años. —Reprendo a Tiller con la mirada y él pone los ojos en blanco.

—Entonces ¿puede salir pasadas las diez?

Le echo otra mirada y él se acerca a mí, me levanta la barbilla con la mano para verme mejor a la luz. Me quita el pañuelo que me acababa de dar y me lo pone él mismo en la boca.[251] Está más cerca de lo necesario. Nunca habíamos estado tan cerca. Me gusta cómo huele.

Huele bien. Y lo digo como el sustantivo «bien». Limpio, como el agua. Fresco y ligero.

—¿Qué te has puesto? —le pregunto sin pensar.

Me vuelve a limpiar la boca.

—¿A qué te refieres?

—¿A qué hueles?

Levanta los ojos para fijarlos en los míos, claramente complacido por la pregunta. Traga saliva, vuelve a mirarme la boca y se lame el labio inferior.

—Estás bien —me dice—. No necesitas puntos.

—Gracias. —Pongo los ojos en blanco—. Soy estudiante de Medicina.

Se queda mirándome un poco más de lo que debería, sobre todo con mi hermano, mi novio y mi exnovio mirándonos.

—Tienes buena boca —me dice como si no debiera hacerlo, sosteniéndome la mirada demasiado tiempo. Y entonces ocurre.

Una ráfaga de disparos.

Todo el mundo empieza a gritar a nuestro alrededor y una decena de hombres enmascarados doblan la esquina.

Todos de negro, de los pies a la cabeza. Con pasamontañas.

—Muy bien —grita un acento irlandés—. Esto, damas y caballeros, es un atraco.

Apunta su semiautomática[252] a uno de los guardias y le dispara, lo mata en el acto.

Luego se da la vuelta, encuentra a otro guardia que ya ha puesto los brazos en alto y lo mata de otro disparo.

Más gritos.

Me quedo inmóvil. Miro fijamente a mi hermano, que se limita a devolverme la mirada.

Tiller mueve lentamente la mano hacia su pistola.[253]

—No —le digo, negando con la cabeza.

Me mira, sospechando al instante, y siento que me juzga y lo odio.

—¿Sabes quiénes son? —susurra.

—No —le contesto con otro susurro, fulminándole con la mirada.

Y es verdad.

—Ahora, si no os importa, os pondremos a todos contra las paredes… —Empiezan a apuntar a la gente con las armas—. Vamos, todo el mundo contra las paredes, eso es, de cara a la pared. Justo así, bien…

Christian me mira desde la otra punta de la pared, el pecho le sube y le baja agitado, los ojos apesadumbrados, y entonces se lanza hacia mí; uno de los hombres con pasamontañas se gira y apunta a Christian con el arma.[254]

—¿Adónde cojones te crees que vas?

Christian levanta los brazos, pero sigue avanzando hacia mí.

—Allí, con mi novia…

—Oooh. —Otro interviene, ahora nos apuntan con un arma a cada uno—. Qué dulce. Qué guapa es, ¿no? —Christian lo fulmina con la mirada—. ¿Te apetece morir por algo bonito hoy?

—Cualquier día. —Christian parpadea, impasible.

Yo, sin embargo, miro a mi hermano con los ojos muy abiertos y aterrada. Julian niega imperceptiblemente con la cabeza.

—Eso tiene fácil arreglo. —El hombre apunta con la pistola a la cabeza de Christian.

—¿Sabes quién soy? —pregunta Christian con calma.

El hombre armado se encoge de hombros.

—No me importa.[255]

—Quizá sí te importe quién soy yo. —Me coloco delante de Christian.[256]

El hombre me mira, molesto. No me gustan sus ojos. Lo único que veo de él, en realidad, son los ojos. Son demasiado azules, azul claro, y las pupilas son demasiado pequeñas. Es una amenaza tácita por mi parte, porque cualquiera que sea alguien sabe que la única persona en toda Inglaterra más peligrosa que Julian soy yo cuando tengo un mal día. Cuento con el peso y el respaldo del imperio entero de mi hermano y tengo aproximadamente la mitad de su autocontrol.

Al fondo, los otros hombres están arrancando obras de la pared. Primero el *Judith con la cabeza de Holofernes*, y luego *Adán y Eva*. Cogen un Waldmüller[257] y están manipulando los cuadros de una forma que…, Dios, me dan ganas de vomitar. Son tan rudos. Tratan con tan poca delicadeza estos pedazos de historia pintada e inmortalizada y de valor incalculable que la gente que no entiende el arte no lo entenderá, pero yo sí, y mi hermano también, y resulta casi una tortura. Todo es tan ruidoso y caótico, y la mitad de los hombres están empujando a la gente contra la pared, pasándoles las

armas por las nucas, y los otros van a por el cuarto cuadro, pero hay un rezagado que se concentra en Tiller y lo apunta.

—Eres policía. —Mira a Tiller de hito en hito y siento una oleada de náuseas—. ¿Verdad?

Tiller no dice nada.

—Eres detective —corrige el hombre para sí mismo, lo cual debe significar que se mueve en nuestros círculos. Tiller se pone un poco rígido y le cambia la respiración. Se le acelera. Yo tengo náuseas y mi hermano ha fruncido el ceño; todo esto no formaba parte del plan.[258]

—A decir verdad… —el hombre amartilla el gatillo—, eres hombre muerto.

Y lo que sucede a continuación, que ni siquiera es algo consciente, ocurre casi sin más, aparto de un manotazo el brazo del hombre y falla el disparo, alcanza la pared que tiene detrás, y soy rápida, estoy entrenada para ser rápida, así que antes de que Tiller o el tipo de la pistola se den cuenta, le he pasado la mano a Tiller por detrás, he cogido su Glock y he disparado al hombre que intentaba matarlo.

Cae muerto.[259]

Se hace un silencio espantoso durante un segundo en el que Tiller me mira incrédulo y yo miro al tipo al que he matado: la forma en que ha caído, su muñeca expuesta ahora como antes no lo estaba. Un tatuaje.[260] Lo reconozco y sé inmediatamente lo que ha pasado aquí. Fulmino a mi hermano con la mirada, él me mira con los ojos muy abiertos.

El hombre del pasamontañas que parece estar al mando se gira, tremendamente furioso, y me apunta con su pistola. Se produce una reacción en cadena.

Julian saca sus pistolas,[261] una en cada mano, y luego lo hace Romeo,[262] con los ojos desorbitados porque está hecho para

protegerme. Miguel tiene una pistola[263] y una navaja,[264] Carmelo es el siguiente,[265] y luego, a mi lado, Christian saca dos[266] y, de repente, este grupo aparentemente variopinto de ladrones de arte desorganizados se enfrenta a una guerra de bandas.

Muevo mi arma[267] y apunto al hombre que me apunta con la suya, sin ningún miedo, porque sé que no puede hacer nada.

Me mira fijamente, con los ojos entrecerrados y furioso. A los hombres como él no les gusta que les arrebaten el poder, eso ya de entrada, y mucho menos alguien a quien yo te diría que ellos consideran una chiquilla. Y aunque quizá sea pequeña y sea una chica, él sabe tan bien como yo que, para él, soy totalmente intocable, aunque al parecer[268] acabe de disparar a su hermano. Me siento mal un momento, no me gusta matar a la gente, por eso me hice médica, pero ni siquiera lo pensé, simplemente lo hice. No me pareció justo matar a Tiller de esa manera sin motivo. No están aquí para eso. Nadie debía morir.[269]

—Creo que ya tenéis lo que habéis venido a buscar —le digo, volviendo a amartillar el arma.

Me mira fijamente.

—Esto no acaba aquí.

Parpadeo varias veces, indiferente.

—Si tú lo dices. —Me encojo de hombros despreocupadamente.

Silba y todos los hombres con pasamontañas empiezan a retirarse, con los cuadros en la mano y apuntándonos con las armas, mientras salen por las puertas por las que han entrado hace un momento.

Tiller no me quita los ojos de encima y yo no puedo mirarle porque me parece peligroso hacerlo, así que me limito a mirar a mi hermano, que tiene la mandíbula apretada y niega con la cabeza y no quiere mirarme, lo cual es una mala señal. Mira a Christian y me señala con la cabeza.

Christian me agarra y me lleva hacia la salida de emergencia, intercambio una mirada con Tiller mientras lo hace, y veo que me mira con el ceño fruncido, y yo no digo nada y él no dice nada, pero me da las gracias con la mirada.

CUARENTA Y SEIS

Julian

Un puto desastre, eso es lo que ha sido.

Odio meter a mi hermana en los encargos porque es demasiado emocional, joder, y al instante hace que todo sea sustancialmente más peligroso. La única razón por la que ella estaba allí era porque tenía la sensación de que Tiller aparecería y como tiene tal jodida predilección por ella, sabía que le distraería en tal caso.

Subimos al coche que nos espera junto a la salida de emergencia. Prácticamente tiro a Daisy dentro porque estoy muy enfadado con ella. Christian me da un empujón para avanzarme, vaya par tiene ese cabrón, y se la sube a su regazo.

Le pasa el pulgar por el labio donde le ha dado el codazo, que también formaba parte del plan, el encontronazo, la pelea…, todo formaba parte del plan.

—¿Estás bien? —Él frunce el ceño.

Ella asiente, le toca fugazmente la cara antes de mirarme con fijeza.

—¿Qué cojones…?

La miro fijamente.

—Estaba a punto de preguntarte lo mismo…

Me fulmina con la mirada, cada vez más enfadada.

—¿Contrataste a los hombres de Roisin MacMathan?

Mierda. No sabía que lo sabía. Los MacMathan están en la lista negra de Daisy.

Pongo los ojos en blanco y me encojo un poquito de hombros.

—Fue un plan de última hora…

—¡No trabajamos con ellos! —me grita—. ¡Julian, es una traficante de personas!

—Lo sé. —Sacudo la cabeza. Sé que no va a dejarlo estar, siempre me doy cuenta cuando mi hermana se pone así, como un perro con un hueso. He roto sus reglas y ahora está cabreada—. Solo necesitaba a alguien convincente para conseguirlo, alguien que no pudieran relacionar conmigo.

Va negando con la cabeza, murmurando en voz baja.

—No puedo creerte…

La miro fijamente, molesto.

—¿Cómo lo has sabido?

—Llevaba la serpiente celta en la muñeca. —Suspira y mira por la ventana.

El símbolo de la familia MacMathan.

—Y lo has matado, Daisy, joder. —La miro y niego con la cabeza—. Va a ser un puto dolor de cabeza.

—¡Iba a matar a Tiller! —me contesta, con los ojos muy abiertos y horrorizada. Es en ese momento cuando me doy cuenta de que Tiller no necesariamente es el único que tiene un flechazo aquí. Que me jodan, en serio, las chicas son un dolor de cabeza, ¿a que sí? ¿Cuántos chicos necesita tener en la manga?

—¿Y qué? —Rome se encoge de hombros, mirando a Daisy—. Es un puto poli…

Ella mira a Rome fijamente, con los ojos muy abiertos.

—¿Y por eso tendría que morir?

—Sí —dice Rome, con la mandíbula tensa, más que nada para cabrearla, porque creo que él también sabe lo que yo sé.

Mi hermana se mueve en el regazo de Christian, él la rodea con los brazos, inconscientemente los usa un poco como escudos.

Le besa la coronilla sin pensar y todo es un puto lío…, ya veo cómo está tomando forma. Rome sigue queriéndola, Christian se está enamorando de ella y no me hagas hablar del puto Tiller…

Chicas, ¿queréis aseguraros de que alguien se enamore de vosotras hasta la médula y en un instante? Sacad una Gen4 G19 y salvadle la puta vida, nunca os libraréis de él.

Me froto las sienes y expulso aire por la boca.

Christian me llama la atención, parece estresado.

—¿Se ha metido en un lío?

Me paso las manos por el pelo y niego con la cabeza.

¿Tal vez? Esa es la verdadera respuesta. Los MacMathan son tan reactivos como Daisy. Roisin da a sus chicos mucha cancha, y no puedo decirlo con certeza, pero creo que el que Daisy ha matado de un tiro era el hermano de Cian Gilpatrick, Darragh. Para contextualizar, sería como si alguien matara al hermano de Declan.

—Qué va… —Niego con la cabeza y Miguel me mira. Él lo sabe.

—Y una mierda que no —interviene Romeo, negando con la cabeza también. La fulmina con la mirada y luego la fija en mí—. ¿Por qué cojones la has traído? Es un puto lastre, es demasiado emocional…

Daisy parece dolida y confundida. Dolida, supongo, porque él está siendo cruel con ella delante de sus narices y ella lleva la opinión que Rome tiene de ella como una puta medalla, quiera o no, y luego confundida porque no puede comprender, ni aunque la vida le fuera en ello, cómo la gente puede ser caprichosa con la vida.

—¡Iban a matarlo sin motivo!

—¿A quién coño le importa? —Rome la mira y niega con la cabeza.

—¡A mí! —Se encoge de hombros como si no pudiera remediarlo —. Nosotros no somos así, no hacemos esas cosas, no dejamos que la gente muera sin motivo, porque sí. Es repugnante…

Rome la mira.

—Eres una puta idiota perdida…

—Creo que te interesa vigilar ese tono, tío. —Christian lo mira de hito en hito.

Romeo le dirige una mirada comedida.

—Nah, creo que está bien así.

Daisy vuelve a moverse, se apoya más en Christian, que la rodea mejor con los brazos.

—Has hecho lo correcto —le dice en voz baja—. Si no lo hubieras hecho tú, lo habría hecho yo.

Y ahora entiendo un poco, por qué está tan loca con él. Vienen a ser lo mismo. Ella es peor, pero ninguno de los dos quiere estar aquí, a ninguno de los dos les gusta lo que son nuestras familias, pero hay que adaptarse, es instinto humano. Es lo que hacemos para sobrevivir, por eso se adaptaron, hicieron que lo que somos todos nosotros les fuera bien a ellos. Sin embargo, en el fondo lo rechazan en silencio. Y entonces se me ocurre que podrían ser una combinación más peligrosa que ella y Rome. A Romeo le encanta lo que somos y lo que hacemos, está orgulloso de ello, moriría por el honor y la lealtad en cualquier momento; la idea de él y Daisy siempre me hizo sentir intranquilo. Porque Cara, a todos los efectos, es mi hija; yo crie a Daisy, ha salido a mí. Es impulsiva, un instinto con patas, pero a diferencia de mí, es completamente emocional. Yo soy reactivo por naturaleza, pero he aprendido a controlarme. He tenido que hacerlo.

Ella nunca ha tenido que hacerlo. Ella vive en el castillo acolchado

que construí para ella, este vacío tan cómodo, sin consecuencias ni reacciones por ninguna decisión que haya tomado, porque yo me hago cargo de todo, igual que me haré cargo también de esto.

Me aprieto la boca con la mano, saco el teléfono y le mando un mensaje a Kekoa.

Daisy ha matado un MacMathan

Estás de broma?

Creo que estamos jodidos

Ya te digo

Estamos volviendo.

Daisy me mira y parece nerviosa, odio que parezca nerviosa, no puedo evitar verla como a la chiquilla de ocho años que estaba en la playa viendo cómo morían sus padres.

—No pasa nada, Dais. —Le sonrío—. Ya lo arreglaré.

CUARENTA Y SIETE

Daisy

Transcurre cerca de una semana y se puede decir que la paso entera metida en casa. Julian está más preocupado por lo que hice de lo que admite, a mí no me engaña.

¿Lo habría hecho si hubiera sabido que el hombre al que disparaba era un MacMathan? Me gustaría poder decir que no, pero, honestamente, ni siquiera lo pensé, le disparé y punto. No sé qué es Tiller para mí,[270] pero quizá ahora que lo pienso, imagino que él es algo… No creo que sea mi amigo, tampoco creo que se nos permita ser amigos, pero bueno, no sé de qué otra forma puedo llamarlo. Sea lo que fuere, no quería que muriera.

Christian también está un poco nervioso, en las comisuras de su sonrisa parece haber cierta preocupación por mí que, hace tiempo, creía que eran imaginaciones mías, que era algo que esperaba que existiera, pero que en realidad no era así, y ahora me despierto cara a cara con él todos los días y poco a poco me voy haciendo a la idea de que realmente parece quererme también.[271]

Quererme como yo a él conlleva un coste, porque estoy bajo arresto domiciliario no oficial. Nadie me ha dicho que no pueda ir a ningún sitio, pero nadie me deja ir tampoco. Solo a la universidad, e incluso entonces tengo a Miguel y a Feliz y a veces también a Kekoa.

[272] Christian me acompaña hasta clase. Creo que intenta hacerlo menos raro, pero es raro, porque vuelve a estar ahí cuando acaba la clase, y te diría que no sé lo que piensan que va a pasar, pero sospecho que todos sabemos exactamente lo que piensan que va a pasar.

A la gente de nuestro mundo le van mucho las represalias. Creen que los MacMathan van a venir a por mí para vengarse.

Personalmente, creo que están exagerando porque no es como si hubiera matado a Roisin, ni siquiera maté a su hermano. Maté quizá al hermano de su tercero al mando, y en mi defensa diré que se salió mucho del guion del trabajo para el que lo contrataron.

Además, sería muy descuidada si no mencionara que matarme crearía una absoluta vorágine. Todo el inframundo caería en el pandemónium y mi hermano nunca se detendría[273] si algo me pasara. Sería una carnicería pura y dura.

Así que no creo que esté condenada a muerte, dudo que alguien piense que el hermano de un tercero al mando cualquiera merece que todas las familias del crimen de la Unión Europea caigan en el caos más absoluto.

De todos modos, es una gran noche en uno de los locales de Christian, y nadie me dice que no vaya, pero él le quita importancia. Hay una especie de sensación de «ni siquiera quiero estar allí, me pasaré un minuto, entraré y saldré, volveré enseguida, de verdad, ni siquiera merece la pena que te vistas para eso…» al respecto. Hubo un tiempo en el que si me hubiera dicho eso, me habría llevado a un estado en el que estaría profundamente convencida de que solo estaba intentando ligar con otras chicas, y ahora creo que es porque está preocupado por mí, y que se preocupe por mí es[274] una de mis sensaciones favoritas. Es indicativo de lo mucho que le importo, y eso todavía no ha dejado de ser una novedad.

No hace mucho que se ha ido cuando suena el timbre.

No voy a abrir porque no quiero que Kekoa sufra un ataque de nervios, así que lo ignoro y sigo jugando a Tomb Raider en la Xbox de mi hermano en uno de los salones de la planta baja. Alguien carraspea junto a la puerta y vuelvo la mirada.

Killian Tiller en persona, junto al marco de la puerta.

Lo miro fijamente, desconcertada.

—Has entrado en mi casa.

Me siento más erguida.

Él ladea la cabeza.[275]

—No has venido a abrir la puerta.

Pongo los ojos en blanco, tiro el mando en el sofá y me acerco a él.

—Sí, mira, al parecer el clan MacMathan ahora intenta matarme, así que… —Le miro con desconfianza—. ¿Quién te ha dejado entrar?

—Tu amigo que te sigue a todas partes… —Señala hacia atrás con la cabeza, hacia Miguel, que sin duda está justo al otro lado de la puerta.

—Debes tenerlos muy bien puestos para venir aquí. —Le miro.

Suspira, frunce el ceño y se cruza de brazos.

—Me salvaste.

—Supongo. —Pongo los ojos en blanco para quitarle importancia —. Un poco.

Se pasa la lengua por los labios.

—¿Por qué?

Suelto un bufido y pongo los ojos en blanco.

—¿Cómo que por qué? —Niego con la cabeza, un poco dolida—. ¿Crees que te dejaría morir?

Se rasca la nuca, encogiéndose de hombros.

—Tal vez.

Me cruzo de brazos, sintiéndome enfurruñada y ofendida.

—Bueno, entonces no me conoces en absoluto.

Su expresión se suaviza un poco.

—Menos de lo que pensaba, supongo.

Lo fulmino con la mirada y él ladea la cabeza, traga saliva.

—Lo siento… —Levanta una de las cejas y me dedica media sonrisa—. Y gracias.

CUARENTA Y OCHO

Daisy

—Cambio de planes —anuncia Christian en cuanto me subo a su coche.

Frunzo el ceño y me aprieto contra el cuerpo el collar que me regaló. Es probable que no me lo quite nunca.

—Hemos quedado con mi madre[276] y mi hermano en el Berkeley —me dice con una gran sonrisa de disculpa.

—¿Qué? —Parpadeo—. No…

Me pasa la mano por delante del cuerpo y me abrocha el cinturón.

—Sí.

—No, no me he vestido acorde para eso.[277]

Me mira mientras sale del Recinto.

—Estás guapa.

—¡Llevo un vestido vaquero[278] y katiuskas![279]

—Sí, y estás monísima, Pequeña. —Me dedica una gran sonrisa, intentando conquistarme.

Lo reprendo con la mirada.

—No para el Berkeley.

Se encoge de hombros.

—Solo vamos a las cabañas de la playa. Estás bien.

—Esto no es un atuendo adecuado para conocer a la madre… —

Me miro a mí misma y noto que tengo las mejillas encendidas—. Da media vuelta.

—No. —Niega con la cabeza—. No podemos llegar tarde. Además, yo llevo vaqueros.[280]

Exhalo por la nariz, le miro, molesta.

—¿Qué ha pasado con nuestra comida en Annabel's?

—Secuestrada.

—Ya veo —le digo, con la barbilla en la mano y la mirada fija en la ventana.

—Mi madre quiere conocerte. —Se encoge de hombros.

—¿Por qué?[281]

—Porque, según parece, ya no acostumbro a estar nunca en casa… —Me lanza una mirada en tono divertido—. No entiendo por qué, de repente, esto se ha convertido ahora en un problema. Hace ya cerca de seis años que casi no vivo en casa.

—Da igual, ya la conozco. —Me cruzo de brazos.[282]

—Sí, bueno… —Se encoge de hombros—. Es distinto.[283]

—¿Por? —le pregunto. Ahora estoy petulante porque las madres me ponen así.

Él me reprende con la mirada porque sé por qué, y me hace sentir feliz que responda ese comentario con una mirada porque responder con una mirada es la clase de cosas que hacen las parejas…

Las madres me ponen nerviosa. No solo la suya, todas menos Delina, no solo «incluso la mía», sino especialmente la mía. Creo que fue su total indiferencia hacia mí. Pude superar su obsesión con mi hermano con bastante facilidad, porque lo entiendo: Julian es una fuerza a tener en cuenta y hay algo en él, incluso cuando era niño, que te hacía querer su aprobación.[284] Mi madre, no sé, es difícil explicarlo de una forma completamente coherente porque todas las formas en que la conocí, la conocí a través de la óptica de una cría.

Murió en aquella playa antes de que yo pudiera verla con ojos de adulta, pero si yo fuera una mujer de apuestas, si la conociera del modo en que se supone que se conoce a una madre, creo que me parecería que su madre probablemente también fue mala con ella. [285]

Mamá nunca tuvo amigas cerca, no recuerdo a ninguna mujer a mi alrededor al crecer. Quizá eso podría darse porque las organizaciones criminales están mayoritariamente dirigidas por hombres, pero no parecía que ella tuviera amigas, y yo no supe que eso era raro hasta que conocí a la tía de Jack, la tía Eileen, y ella era tan tan divertida y tan alocada, y cuando nos fuimos de su fiesta del día de San Esteban le comenté a Jack que en realidad ella no se parecía en nada a su madre, y él me dijo: «Ah, es que en realidad no estamos emparentados, no es más que una de esas personas a las que ves mucho al crecer. Como si fuera mi tía, ¿sabes?».

Pero yo no lo sabía.

Santino venía a mis partidos de fútbol con mi padre. Feliz y Cañón venían a mis recitales de baile. Koa iba a las reuniones de padres de mi colegio cuando mi hermano no podía. Me crio un pueblo, pero el pueblo estaba hecho de hombres.[286]

Exhalo por la nariz y miro por la ventana.

Christian alarga la mano y me aprieta la rodilla.

—Te veo nerviosa.

Frunzo los labios.

—Históricamente no me he llevado muy bien con las madres…

Me mira de reojo sin perder de vista la carretera.

—Tenía entendido que Delina te quería, ¿no?

—Y me quiere. —Suspiro—. Me refería a la mía.

—Ah. Ja, ja. —Resopla, divertido—. Bueno, eso es solo una madre…

Lo reprendo con la mirada.

—Podría decirse que la más importante, ¿no?[287]

Me paso la mano por el pelo y vuelvo a mirar por la ventana, con la barbilla en la mano.

—Cuéntame, ¿cómo era? —me pregunta mientras desliza su mano entre las mías—. Sé que tuve que coincidir con ella, pero no consigo recordarla.

Me hurgo el dedo.

—Pues… Egoísta... egocéntrica... sosa, fría… —Le lanzo una sonrisa—. Acabó resultando que no me tenía demasiado cariño.

Christian niega con la cabeza y frunce el ceño.

—Eso son imaginaciones tuyas, Dais.

Le sonrío un poquito.

—No.

Se lame el labio inferior y me doy cuenta de que no lo entiende porque la gente que tiene padres que los quieren es incapaz de concebir un mundo en el que un padre pueda albergar una apatía espectacular hacia sus propios hijos.

—No es posible no tenerte cariño —me dice mientras se aparta a un lado de la carretera.

Miro a mi alrededor. Ha tomado el camino largo. Estamos cerca de Cadogan Place Park.[288]

—¿Qué haces? —Frunzo el ceño.

—Hablo contigo… —Me mira y se cruza de brazos—. Habla.

—No vas a entenderlo… —Le dedico una sonrisa de disculpa—. No pasa nada…

—¿No voy a entenderlo? —Parpadea.

—Tus padres te quieren —le digo y él parpadea un par de veces más.

—Después de la muerte de mi hermana, mi padre se fue.

Eso no es verdad. Frunzo el ceño.

—¿Qué?

—Técnicamente está allí… —Echa la cabeza hacia atrás—. Técnicamente siguen juntos, mis padres…, pero él se fue. Cuando Rem murió, él murió. La perdió a ella y a nosotros nos dio por perdidos… —Christian se encoge de hombros, pero hay cierto pesar en sus ojos—. Así que, venga, dime lo que no voy a entender…

Le lanzo una sonrisa de disculpa y me pregunto por qué cuanto más sabes de una persona, más la quieres.

—Fue mi padre… —Frunzo los labios—. Él quería otro hijo. Ella no. Él la presionó, pero ¿qué iba a hacer ella? Si lo rechazaba, él habría encontrado otra forma de tenerlo igualmente, ¿sabes? Uno no le decía que no a mi padre…[289]

Christian asiente.

—Así que se quedó embarazada. —Me encojo de hombros—. Rezó por tener un niño…

—¿Y tú cómo lo sabes? —me interrumpe con las cejas fruncidas.

Le dirijo una sonrisa tensa y trago saliva.

—Porque ella misma me lo dijo.

—Joder. —Exhala y alarga una mano para colocarme un mechón de pelo detrás de la oreja—. ¿Por eso estás tan unida a Delina?

Asiento con la cabeza.

—Por eso.[290]

—¿Y tu padre? —pregunta, arrancando de nuevo y saliendo a toda velocidad.

—Era bueno, creo. Raro, probablemente… —Me encojo de hombros—. Intentó mantenerme al margen de lo que hacía, pero ya sabes cómo se filtran las cosas… —Asiente—. Cómo se filtraron en su persona… de una manera fundamental.[291]

—Ya. —Sus ojos están cargados con el peso de toda la mierda que

hemos hecho por haber nacido en las familias en las que nacimos.

—Sí sé que me quería… y que luchó por tenerme…, intentó protegerme de la mierda rarísima que, de otro modo, habría visto.

—¿Sí? —Christian sonríe, ladea un poco la cabeza—. ¿Cómo qué?

Trago saliva.

—Como gente muriendo en su despacho.

Hace un rictus con la boca.

—¿Y aun así lo viste?

Asiento con la cabeza.[292]

Aparta sus ojos de los míos y creo que está pensando qué decir.[293] Esta vida nuestra, tan tremendamente de mierda durante una parte tan grande del tiempo, tan horriblemente anormal que no puede decir nada.

—Vale. —Me mira un instante cuando paramos frente al aparcacoches del hotel. Christian da una bocanada de aire y me mira de reojo—. Un par de cosas que debes saber sobre mi madre…

Lo miro nerviosa.

—Vale…

Las va enumerando con los dedos.

—Se le dan fatal los límites.

—Vale.

Siguiente dedo.

—Es invasiva.

—Genial.

Siguiente dedo.

—No se le escapa una.

—Perfecto.

Siguiente dedo.

—No tiene un buen filtro.

—Vale. —Asiento con la cabeza—. Crees que no le voy a gustar…

Y entonces Christian me mira, riéndose divertido.

—No, creo que se volverá loca contigo. —Me lanza una mirada—. Y tú no vas a saber qué hacer porque eres rara con otras mujeres y no confías en ellas por culpa de tu madre, pero, eh, escúchame, ¿vale? —Me pincha en las costillas—. Puedes confiar en ella.

Le da las llaves al aparcacoches, le estrecha la mano y le da veinte libras, luego me abre la puerta.

—Y si no confías en ella, se abrirá paso a la fuerza de todos modos, así que mejor que lo hagas. —Me saca del coche.

Se levanta cuando caminamos hacia la mesa, con los ojos iluminados de una forma que parece sacada de una película cuando una madre ve a su hijo.

La madre de Christian es absolutamente preciosa. Por supuesto que lo es, habiendo tenido unos hijos como los suyos. Piel aceitunada, pelo castaño, ojos color avellana, labios carnosos y rojos. Tiene una cara cálida, lo cual es extraño porque Rebecca Barnes[294] es posiblemente la persona más formidable del país después de mi hermano.

—Cariño. —Recibe a Christian con los brazos abiertos. Le besa ambas mejillas.

—Barnesy. —Abraza con fuerza a su madre y cuando ella se aparta, le sostiene la cara entre las manos.

—Este color te favorece muchísimo, ¿no crees, Jo? —Deja de mirar a Christian y fija los ojos en mí—. Y tú, cariño mío… —Me coge la mano y sus ojos pasan de los de Christian a los míos y de vuelta a los de Christian, y están llenos de emoción y son grandes, y siento que la mejor forma de describirla es como un colibrí. Zumbante y preciosa, de movimientos rápidos, es encantador tenerla cerca. Me atrae hacia ella, pero sospecho que Rebecca Barnes podría atraer a la mayoría de la gente hacia su gravedad con muy poco esfuerzo. No

es que no le devuelva el abrazo, pero probablemente tampoco lo hago con el entusiasmo que debería alguien en mi posición. Es posible que esa mujer sea la segunda en todo el planeta a la que he abrazado en toda mi vida.

—Jonah, saluda, no seas tan grosero, cariño.

—Hola, Daisy. —Jonah pone los ojos en blanco.

—Y tú, mi querida niña… —Me mira de arriba abajo[295]—. Puede que no me recuerdes, ha pasado mucho tiempo…

Asiento rápidamente.

—Me acuerdo de ti.

—Eras muy pequeña. Corrías de aquí para allá con el Bambrilla pequeño.

Jonah emite un sonido incómodo y Christian hace una bola con una servilleta y se la tira.

Rebecca los mira, enarcando una ceja.

—¿Qué?

—Que es su exnovio. —Jo me señala con la cabeza.

—Oh, vaya. —Hace una mueca—. ¿Un ex reciente?[296]

—Mamá… —gime Christian.

—Muy reciente.[297] —Jonah sonríe, porque es la versión humana de Loki.

—Jo… —gime Christian.

—Oh. —Rebecca se echa hacia atrás en la silla y me mira con curiosidad—. ¿Tan reciente?[298]

Y Christian se tensa un poco: es algo nuevo que hace conmigo ahora que tenemos celos. Esta vez no son los celos en sí, sino más bien el protector del hermano mayor de los celos. Se lame el labio inferior y mira a Jonah, molesto. Sé que pensarías que estoy sudando la gota gorda, pero no es así. Estoy hecha para esta mierda.

Le dedico una sonrisa rápida.

—Romeo y yo rompimos cuando yo tenía dieciséis años. Y estuvimos a punto de volver hace unos meses, pero se acostó con Tavie Jukes…

Rebecca suelta un grito ahogado dramáticamente.

—¡No![299]

—Sí. —Asiento una vez, feliz de que haya aceptado mi historia de citas parafraseada—. Oye, Jo, ¿cómo os va a ti y a Taura? —Le dedico una sonrisa cortante—. Te tiene que estar resultando muy difícil que tanto Henry como tú estéis enamorados de ella… —Le dedico una sonrisa burlona y él me mira con los ojos convertidos en rendijas al tiempo que su madre se vuelve hacia él con mucho dramatismo.

—Vete a la mierda —articula en silencio por encima de la cabeza de su madre.

Yo le hago una peineta y Christian suelta una risita a mi lado.

—¿Es eso cierto, Jonah Isaiah?

—Qué monada —le sonrío.

—Gracias —asiente ella, recibiendo el cumplido.

—No, mamá…, Daisy está intentando…, es que está…, pero es que es… —Suelta un gemido—. Estamos aquí por ellos… —Nos señala con la mano—. Ve a por ellos.

Rebecca se vuelve y nos mira a Christian y a mí después de lanzar una mirada fulminante a su hijo mayor.

—Pero hablaremos de esto. Henry es tu amigo más antiguo.[300]

—BJ es mi amigo más antiguo —la corrige Jonah, y ella le da un golpe en el brazo.

—¿Acaso no soy yo tu amigo más antiguo? —pregunta Christian.

Jonah pone los ojos en blanco.

—¿Técnicamente no sería mi hermano tu amigo más antiguo? —

intervengo yo y Jo me señala mientras me fulmina con la mirada a modo (esperemos) juguetón.

—Ya basta de remover la mierda, tú.

Le lanzo una sonrisa.

—Venga, Jonah. —Su madre le lanza una mirada comedida—, le dijo la sartén al cazo. —Me mira divertida y me sirve un poco de vino —. Bueno, vosotros dos. —Mira a Christian—. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

—Sí, Christian —Se mete Jonah—. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos? —pregunta, y lo dice de un modo que hace evidente que no tenía ni idea de que estábamos juntos de verdad, y por un segundo me siento estúpida y me empiezo a poner triste y…

Christian se aclara la garganta.

—Bueno, mamá, llevamos meses acostándonos…

—Encantador —dice secamente.

—Pero —continúa— llevamos saliendo oficialmente… ¿cuánto? — Se rasca la nuca, me mira encogiéndose de hombros para que confirme—. ¿Una semana o algo así?

Asiento con la cabeza.

—Dos.

—¿En serio? —Jonah se apoya en el respaldo de la silla.

Christian asiente.

—En serio.

Su hermano se cruza de brazos.

—¿Lleváis dos semanas saliendo y no me lo habías dicho?

—Sí, bueno… —Christian bebe un poco de vino—. Es que eres un poco capullo, tío, así que…

—Sí, pero no sabía que por ser un capullo no me ibas a contar una mierda. —Nos sonríe, asintiendo. Coge su copa de vino y hace chinchín con la de su hermano—. Bien por ti, tío, por no cagarla…

—En fin, Daisy —dice Rebecca en voz alta, encauzando el rumbo de la conversación—. ¿A qué te dedicas?

Cruzo las manos delante de mí, intentando parecer serena.

—Estudio Medicina.

—¡No! —Da una palmada—. Entonces, eres muy lista, ¿no?

—Es lista —le confirma Christian con orgullo[301] al tiempo que me rodea con el brazo.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinte.

—¿Y estás en…?

—Segundo curso. —Asiento con la cabeza.

—Muy lista. —Se apoya en el respaldo de la silla, impresionada.

Suelto una pequeña carcajada.

—Tras la muerte de nuestros padres, Julian empezó a dirigir el cotarro con mano dura… —Le dedico una sonrisa de disculpa—. No tuve mucha vida social.

—¿Así que estudiaste? —Sonríe, divertida.

—Ajá. —Asiento con la cabeza y Christian me besa en la sien.

Su madre se queda mirándonos unos segundos y luego sonríe.

—Muy bien.

CUARENTA Y NUEVE

Christian

Daisy y yo hemos tenido experiencias vitales bastante distintas. Parecidas en ciertas cosas. En los puntos importantes, bastante parecidas, supongo. Negocio familiar, la riqueza y el poder, algunas pérdidas entre nosotros; pero podría decirse que solo nos parecemos en los titulares. Alguien como Henry, ¿sabes? Su vida es absolutamente normal, ¿verdad? Una madre, un padre, un hermano, un puñado de hermanas, fue al colegio, nada trágico, nada traumático, muy trabajador, bueno en casi todo, una vida normal, sin más. Luego miras a Daisy y está en el otro extremo del espectro; acribillada a tragedias, traumas constantes, sin padres, bastante aislada, criada por su hermano. Pensaba que lo entendía, un poco pensaba que por eso nos estábamos juntando tanto, porque estamos cortados por el mismo patrón y comprendemos las mierdas raras que pasan a nuestro alrededor. Sin embargo, cuanto más estoy con ella, más me doy cuenta de que yo no soy ni una cosa ni la otra. Estoy en el medio.

Mis padres siguen juntos. Al menos técnicamente. Esa es la parte triste de todo esto, supongo.

Antes se querían. Nunca fue un matrimonio de conveniencia, ni de lejos. Me acuerdo de cuando éramos críos, que comentaban lo

inconveniente que resultaba amarse el uno al otro y llevo toda la vida intentando comprenderlo. Mamá no dice una mierda al respecto, papá no habla con nadie.

Mi tío, el bueno, no Callum, el que me cae bien, Harvey, vive en Australia con sus dos hijas. No quiso tener nada que ver con esta vida, que tampoco habría sido la suya, pero bueno. El mayor de todos ellos, Beau, murió de un disparo en un partido del Liverpool cuando era demasiado joven para morir, así que todo pasó a Harv. Todo esto tendría que haber sido suyo, el Imperio Barnes, pero no lo quiso. Se fue a Australia a jugar en la liga de fútbol y la verdad es que nunca volvió.

La corona cayó sobre mamá (para horror de Callum).

Los visitamos un montón, a Harv y a las chicas. Las chicas tienen más o menos la misma edad que Jo y yo. Su madre murió.

En fin, que Harv resolvió muchas de mis dudas, y aquí está lo que sé con certeza:

Mis padres se conocieron en un partido del Manchester United cuando mamá tenía diecisiete años. En ese entonces iba a ser maestra. Se enamoraron bastante rápido. Mi padre, Jud Hemmes, viene de una familia bastante estándar. Un muchacho de pueblo, creció en Little Cawthorpe, cerca de Louth, un poco más al sur. Su padre era granjero. Creo que a eso quiso dedicarse siempre hasta que conoció a mamá y todo el plan se fue al garete.

Mamá es… el sol. Todo el mundo la adora, entra en cualquier sitio y lo ilumina. Consigue todo lo que dice y todo lo que quiere al instante, y cuando mi padre la conoció en ese partido del Man U, al hombre se le acabó el juego. En ese entonces era la unión perfecta, una maestra y un granjero de pueblo.

Papá ya estaba enamorado de mamá cuando Harvey se fue de Inglaterra para jugar al fútbol australiano allí en Australia y para

entonces fue demasiado tarde. A mi padre ya no le importó que mi madre fuera la cabeza de un sindicato del crimen, era mi madre y él la amaba porque no puedes no hacerlo una vez la conoces.

Aunque sí causó ciertos roces.

La familia de papá les dio la espalda. Irlandeses de pueblo. El abuelo no quiso tener nada que ver con ellos, le parecía repugnante, despreciable, una bajeza para él y para su hijo. A papá le pareció un precio que merecía la pena pagar con tal de seguir con mi madre.

Jo y yo estamos muy unidos al abuelo, a pesar de todo. Ahora vive en Inglaterra. Dejando a un lado toda esa mierda, cuando llegamos nosotros, el abuelo fue un hombre demasiado decente como para no conocer a sus nietos. Creo que se cargó con la responsabilidad de inculcarnos cierto sentido de la corrección moral; es un tipo honesto y bueno de verdad. Incluso ahora cuando voy a visitarlo me quita el móvil y lo guarda bajo llave en un cajón durante todo el fin de semana. Vamos a pescar, montamos rompecabezas junto al fuego, pastoreamos las ovejas, esas mierdas. Me encantan esos fines de semana con él.

En fin, que mamá y papá eran de oro, estaban asquerosamente enamorados, daban hasta vergüenza de lo enamorados que estaban, hasta que Rem murió. Yo tenía once años cuando pasó.

Jo y Beej la encontraron ahogada en la piscina. Se había pasado toda la mañana jugando en el piso de arriba con mamá y papá, luego ellos se fueron de la habitación de Rem para prepararnos la comida a todos y al parecer todo pasó en cuestión de quince minutos.

Hay un montón de cosas que no entendemos. Era una piscina interior, porque estamos en Londres y ¿quién coño nada al aire libre? Hay dos puertas para acceder a la piscina, ambas cerradas con llave a través de un teclado numérico. Rem no sabía el código y no era

suficientemente alta como para llegar al teclado.

Pero bueno, supongo que los accidentes suceden, ¿no?

En fin, que Jo y Beej quisieron ir a bañarse y se la encontraron flotando bocabajo.

BJ se lanzó dentro y la sacó, Jo empezó a pedir ayuda a gritos. Yo aparecí corriendo, ojalá no lo hubiera hecho. Estaba azul, aunque peor que eso fue lo inerte que estaba, lo dolorosa y obviamente muerta que estaba. En ese entonces yo no había visto nunca un cadáver. No quería que el de mi hermanita pequeña fuera el primero, pero bueno, las cosas van como van.

Todo se fue a la mierda después de aquello. Papá culpó a mamá, mamá culpó a papá, muy pronto resultó evidente que él ya no quería tener más relación con el negocio familiar, pero ¿qué le quedaba de su antigua vida?

Mamá es un poco religiosa, de modo que no quiso divorciarse de él. Papá se volvió completamente apático, vive en su despacho, en la otra punta de la casa, lejos de la parte que transita mamá.

Los veo juntos en Navidades, de vez en cuando sale a cenar cuando es nuestro cumpleaños, ¿en Pascua, tal vez? Eso viene a ser todo.

En fin, que hoy salimos a No Tales, un local que está en Fulham. Es uno de los pocos locales de moda que no es mío o de mi hermano, pero el grupo entero nos plantamos allí de todos modos, la caballería Haites al completo, hermanos Bambrilla incluidos. Todos seguimos bastante en alerta roja por lo de la semana pasada.

La verdad es que todavía no he superado la escena que Rome se marcó entonces, tocándola por todo el corsé delante de mis narices. Todavía me cabreo cada vez que lo pienso, pero supongo que el hecho de que Daisy duerma en mi cama y no en la de él suaviza un poco el golpe.

Paso el primer rato de la noche estando con Daisy, me descubro preguntándome cuándo me cansaré. Si es que voy a cansarme, porque todo lo que dice ella me parece lo más gracioso y lo más inteligente del mundo, y pienso en besarla todo el rato, pienso en hacer otras cosas con ella todo el rato también. Odio cuando se va a la uni. Me aburro en cuanto se marcha, y sé que me he convertido en esa clase de hombre gilipollas que odiaría y que me reiría de él si me lo encontrara, pero bueno, supongo que estoy colado por ella.

Veo a un viejo amigo de Varley en la otra punta del local, intercambiamos una mirada. Hace meses que no veo a Thatcher Hendry. Es buen tipo. Ahora juega para los Lions. No vendrá a saludar, sin embargo, y por una buena razón, estoy sentado entre los hombres más archiconocidos de Gran Bretaña, así que le doy un beso en la mejilla a Daisy, le digo que enseguida vuelvo y me acerco a él.

—¡Hemmes, colega! —Me da un abrazo—. Llevaba tiempo sin verte, ¿cómo estás?

—Bien, tío. —Asiento—. ¿Qué tal va el equipo este año?

Se encoge de hombros.

—Tenemos un entrenador nuevo, lo cual siempre es un poco lioso. —Señala con la cabeza hacia Daisy—. ¿Esa es tu chica?

Me vuelvo para mirarla y se me pinta una sonrisa en la cara como a un puto idiota, la oculto antes de mirarlo a él de nuevo.

—Pues sí.

—¿Lleváis mucho tiempo juntos?

Sacudo la cabeza, como si intentara encontrar la manera de contestar.

—De un modo u otro…

Él se echa a reír y me pega en el brazo.

—No digas más.

—¿Tú estás saliendo con alguien?

—Pues la verdad, sí. Estoy empezando a quedar con V…

Y entonces se oye un ruido muy fuerte y aunque no es la primera vez que lo oigo, no comprendo inmediatamente qué es hasta que vuelve a ocurrir y la gente empieza a gritar. Y entonces todo empieza a moverse a cámara lenta.

La gente empieza a huir como puede (hay quienes se echan al suelo) yo miro fijamente a Daisy desde el otro lado de la habitación y ella me devuelve la mirada, con los ojos muy abiertos y congelados, y me hago la promesa de que no volveré a dejarla sola si consigo llegar hasta ella.

Se oye otro disparo y la gente corre hacia la salida. Gritos. Se encienden las luces. Es curioso lo asqueroso que resulta una discoteca con las luces encendidas, ¿no crees? Me abro paso entre la multitud para llegar hasta ella, pero ha desaparecido entre un montón de Chicos Perdidos. He oído hablar de esto, del protocolo de Julian, de que si pasa algo, si algo va mal, es Daisy o nada. Daisy a toda costa. Protegerla o morir en el intento, ella es lo que importa. Antes pensaba que era un poco exagerado, que era un hermano puto psicópata, pero aquí me tienes ahora, intentando llegar a ella lo más rápido que puedo, deseando ser yo quien proteja su cuerpo con el mío…

Me acerco y todavía hay un río de gente corriendo entre nosotros, pero ahora ya puedo verla, está en el suelo. Hay sangre… Voy a vomitar.

—¡Daisy! —La llamo, pero no me oye.

Está llorando. Nunca la había visto llorar.

—¡Daisy! —La llamo de nuevo. Está mirando a su alrededor como una desesperada, con urgencia, gritando, pero no oigo qué dice. Agita las manos en el aire. Está cubierta de sangre. Sobre todo, en

las manos. La veo gritándole a Declan, él le niega con la cabeza y ella sigue gritándole. Entonces él se quita la camiseta y se la tira y me doy cuenta de que hay una chica en el suelo (la que estaba sentada a su lado hace un minuto) y se está desangrando por todas partes. Está por todas partes. Y entonces Julian levanta a Daisy del suelo y ella se pelea con él, se revuelve en sus brazos, le araña, intenta volver con la chica moribunda y él la sacude de una forma que me dan ganas de matarlo en el acto y estoy a punto de hacerlo cuando Romeo empuja a Jules, aparta con fuerza a Daisy de su hermano, le agarra la barbilla con la mano y hace que se centre en él.

Me sobresalta un segundo verle tocarla con una autoridad que me resulta familiar, un poco como si tuviera derecho a estar allí. Más que yo, incluso. Me abro paso hasta ellos a tiempo para oír a Romeo decirle:

—… era para ti, Daisy. Esas balas te apuntaban a ti.

Kekoa hace una señal con la mano en el aire que todos menos yo parecen conocer y todos empiezan a moverse, excepto Daisy.

Su cara tiene una expresión que no había visto nunca. Los ojos muy abiertos y desenfocados, mirando a la nada. Inmóvil pero como temblorosa.

Se me nubla la vista.

—Tenemos que irnos ya. —Julian la empuja contra la corriente de gente hacia una salida trasera que en realidad nadie conoce. Romeo la coge de la mano, tira de ella y eso hace que vuelva a moverse. Y yo me quedo ahí parado, estúpido, como un idiota hasta que Declan me empuja y bajo las escaleras y salgo por la puerta y llego hasta la calle. Todo parece un CD que salta y quiero intentar llegar hasta Daisy, pero ella ya ni siquiera me busca.

Va de la mano con Romeo, y aunque él va mirando de un lado a

otro, buscando el peligro, en alerta máxima, ella solo tiene ojos para él. Grandes, redondos, horribles y como maravillados.

—Vamos. Tenemos que irnos. —Miguel me empuja hacia el coche que hay detrás del de ellos, pero yo me quedo quieto en la calle, mirando cómo Romeo abre la puerta de uno de los coches blindados de los Haites.

—Christian —insiste Miguel.

—Yo… —Los miro fijamente, se me ha quedado la boca seca. Niego un poco con la cabeza—. Esto… yo... —trago saliva— me voy a ir.

Miguel mira a Daisy por encima del hombro a tiempo de ver lo mismo que yo.

Romeo tiene la mano en la cara de Daisy, acunándola como si lo sintiera y estuviera triste, y me parece importante decir que Daisy no me busca en absoluto cuando Julian la empuja para que entre en el coche y luego cierra la puerta tras ellos.

Miguel me mira, haciendo una pequeña mueca. Niega con la cabeza, parece compadecerse de mí.

—Es un reflejo —me dice.

Me aprieto el labio superior con la lengua y asiento despacio.

—Claro. —Asiento—. Un reflejo.

Aun así, me doy la vuelta y me voy.

02.13

+44 7700 900 959

hola

has salido esta noche?

qué va… Estoy en casa

por qué lo dices?

vale, guay

qué???

nada

estos mensajes son más raros de lo normal…

jaja.

estás bien?

claro

Seguro?

Claro 😘

😘😘😘

CINCUENTA

Daisy

Pasó muy rápido. Yo no soy así… Ha habido otras veces en las que me ha pasado algo parecido, pero nunca he dejado de funcionar. ¿Quizá con mis padres?[302] Pero esta noche me he quedado paralizada. No al principio, no cuando no me había dado cuenta de que me apuntaban a mí, pero siempre es a mí, y nunca sabré por qué.

Odio esta vida. Es lo único que he conocido y lo odio. Hay ventajas y desventajas, y hay momentos de ternura, pero que mi hermano me ame, el mero hecho de existir en su órbita,[303] es una sentencia de muerte.

Esta noche… no recuerdo qué ha pasado, si soy sincera. Ha habido disparos y había una chica a mi lado. No había manera de ayudarla, pero lo he intentado.

Le han disparado dos veces, una casi entre el deltoides derecho y el infraespinoso y otra en el cuello. Apuntaban a la carótida, sin duda. Sangraba por todas partes e incluso en una mesa de operaciones, de haber tenido una, no habría podido salvarla. Después de eso, todo se ha vuelto un poco borroso. Las escaleras, Romeo tirando de mí para bajarlas, manteniéndome a salvo como siempre hace.[304] Mi hermano detrás de mí y empujándome para

que subiera al coche. Me he sentado en el medio, ellos se han quedado las ventanas.[305] El medio es más seguro. Y ahora estoy aquí, en el vestíbulo del Recinto, y todos los Chicos Perdidos entran por las puertas y me doy cuenta de que no he visto a Christian desde… No estoy segura. ¿Quizá cuando dispararon por primera vez? Nos habremos separado en el local.

Miro entre los chicos.

—¿Dónde está Christian? —No pregunto a nadie en particular.

Declan me mira de soslayo. No dice nada.

Miguel traga saliva y se le dibuja una expresión extraña en la cara.

—Se ha ido.

—¿Se ha ido? —repito en voz alta.

—¿Qué? —Julian se adelanta, frunce el ceño—.[306] ¿Cómo que se ha ido? ¿Por qué?

Miguel mira más allá de mi hermano, hacia mí, y me hace un pequeño gesto con las cejas y es entonces, y solo entonces, cuando me doy cuenta de que Romeo me rodea con ambos brazos y me sujeta con fuerza contra él. ¿Cuánto tiempo llevamos así? No tengo ni idea. Bajo la mirada hacia sus brazos y luego vuelvo a mirar a Rome, y él parpadea desconcertado antes de percatarse también, de ver lo raros que somos.[307] Me zafo con torpeza de su abrazo y él me deja. Todos los chicos observan cómo esta cosa extraña que hay entre nosotros se desenreda como siempre lo hace y siempre lo hará y todo el mundo sabe por qué y nadie dice una puta palabra.

—¿Se ha ido sin más? —Parpadeo al mirar a Miguel. La verdad es que me siento un poco mareada.

Miguel ladea la cabeza, exhala, se encoge de hombros un poco impotente. El resto de los chicos empiezan a despejar la habitación. Ni Julian ni Romeo se van.

—¿Qué querías que hiciera el chico? —Miguel pregunta con el

ceño fruncido, haciendo un gesto hacia mí y Rome.[308]

—¿Qué tal no marcharse? —plantea Rome y Miguel le lanza una mirada poco impresionada.

—Tengo que hablar con él. —Niego con la cabeza al tiempo que voy hacia la puerta—. Él no lo entiende…, pareció lo que no era, pero es…

—Ni hablar. —Mi hermano me agarra de la muñeca.

Me zafo de él de un tirón.

—Necesito verle…

—¿Has perdido la cabeza? —Mi hermano parpadea. Intento pasar a empujones hacia la puerta, pero Julian me coge y se me lleva en volandas en dirección contraria con los ojos enfurecidos. Después de dejarme en el suelo, me mira a la cara—. Alguien ha intentado matarte esta noche…

—Eso no lo sabes. —Niego con la cabeza.[309]

—Sí que lo sabemos. —Mi hermano asiente.

—No seas idiota, joder, Dais —interviene Rome—. Si no intentaban matarte, al menos intentaban enviarte un mensaje.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Y qué mensaje podría ser ese?

Mi hermano me lanza una larga mirada.[310]

—Que pueden llegar hasta ti.

Eso me da náuseas. ¿O quizá me siento así porque Christian se acaba de ir sin más?[311]

—Me da igual. —Niego con la cabeza.

—Ya lo veo, Dais. —Jules asiente—. Quince personas dispuestas a dar su vida por ti esta noche, una chica muerta sin quererlo, y tú estás dispuesta a tirar la toalla para poder hablar con tu puto novio.

—Quítate de en medio… —gruño y empujo a mi hermano, lo cual no sirve de nada en absoluto. Julian me mira con la mandíbula

apretada.

Lo empujo una vez y otra y otra,[312] y que mi hermano no se mueva ni medio milímetro hace que me eche a llorar y me hace sentir miedo de que las cosas vayan a ser así para siempre: yo perdiendo a la gente que quiero para poder seguir viva un poco más.

Claro que «viva» es relativo, ¿no?

Llaman a la puerta y los tres chicos, Julian, Rome y Miguel, sacan pistolas y apuntan hacia ella.

Mi hermano me coloca detrás de él y yo me asomo nerviosa.

La puerta se abre de golpe.

Julian amartilla el gatillo.

—Joder. —Christian parpadea un par de veces, paralizado en el sitio—. Menudo recibimiento.

Julian hace un ruido en lo hondo de la garganta y pone los ojos en blanco. Ha guardado la pistola.

—Por aquí no nos gustan mucho los desertores.

—Cállate —le gruño a Julian al tiempo que lo empujo para pasar a su lado.

Romeo suspira y se pasa las manos por el pelo. Tras sacudir la cabeza una sola vez, se va del vestíbulo.[313]

—¿Podemos hablar? —me pregunta Christian apartándome el pelo de la cara.

Asiento con la cabeza.

—¿Adónde podemos ir? —le pregunta a mi hermano.

Julian señala hacia su despacho con la cabeza y Christian me coge de la mano para llevarme hasta allí. Cierra la puerta detrás de nosotros y yo me abalanzo sobre él, le echo los brazos al cuello y lo beso tan fuerte que cae de espaldas contra la puerta.

Me sujeta la cara con las manos, me besa con esa triste urgencia que se da entre las personas cuando sientes que las estás

perdiendo.

Se aparta un poco.

—¿Me estás usando?

—No… —Frunzo el ceño.

—¿Estás ganando tiempo hasta que Rome y tú solucionéis lo vuestro?

—¿Qué? —Parpadeo—. ¡No! Yo…

Me mira y niega con la cabeza.

—No voy a bailar ese baile otra vez, Dais. Si quieres estar conmigo, quieres estar conmigo.

Asiento, el labio inferior me tiembla un poco.

—Quiero estar conmigo.

Niega con la cabeza y señala hacia atrás, hacia la puerta.

—Entonces ¿qué coño ha sido eso?

Me aprieto las manos contra los ojos, niego con la cabeza y me acerco al escritorio de mi hermano para sentarme encima.

Miro fijamente a Christian, que me fulmina un poco con la mirada, como si le hubiera hecho daño, y supongo que se lo he hecho. Intento imaginarme cómo me sentiría si lo viera cogido de la mano de Magnolia, sacándola por la puerta, dejándome sola en una situación de alto riesgo. Suspiro. Mantengo la cara entre las manos.

Nunca hablo de lo que pasó.

Julian me llevó a terapia durante un año entero después de lo ocurrido, pero no sirvió de mucho.

Intentó convencerme para que hablara con él de ello, pero no quise.

Es demasiado fuerte para decirlo en voz alta y no quiero decírselo porque es la confesión en voz alta de lo que interiormente ya sé, pero nunca he querido que Christian lo oyera: quererme solo conduce a cosas malas.

Christian se acerca a mí, me aparta las manos de la cara y me levanta la barbilla. Con el ceño fruncido, tan serio y guapo que me duele en el pecho.

Me espera.

—Cuando solo tenía dieciséis años, Romeo y yo estábamos en un hotel de Marylebone. Acabábamos de… —lo miro con elocuencia—, ya sabes.

Él asiente.

—Él se marchó un par de minutos, fue a por un cubo de hielo para el champán o algo así y yo fui a darme un baño…, era una bañera grande. —Respiro superficialmente y él espera—. Una de esas con patas en forma de garra, ¿sabes? Honda.[314]

Frunce más el ceño, pero asiente.

Me seco el ojo.

—Me metí en la bañera… Sonaba música. Las luces estaban apagadas, solo había una vela encendida, creo.

—Vale… —Asiente y se cruza de brazos.

—Tenía los ojos cerrados, así que no le oí entrar… y… —Respiro muy hondo, como si temiera no poder volver a respirar—.[315] Entonces ese hombre… no sé cómo entró, debería haberle oído… —Le dirijo una sonrisa rápida—. Bueno, empezó a estrangularme.

Christian se queda inmóvil.

—Me sumergió. Me ahogó un poco. Intenté luchar, pero no sirvió de mucho. —Me encojo de hombros—. Era mucho más corpulento que yo, y yo estaba desnuda y resbalaba… —Le sonrío débilmente—. Digamos que tenía las de perder.

El hombre era gigante, al menos eso parecía. Tenía una cara como de carlino, el cuello grueso. Un collar que no debía ser una gargantilla le quedaba como si lo fuera.

—Al final me aplastó la laringe, de hecho.[316] —Asiento con la

cabeza, tocándome el cuello distraídamente.

Percibo cómo la respiración de Christian cambia, que se le acelera.

—Y me estaba muriendo, lo sabía. Lo único que recuerdo haber pensado es: «Espero que me mate antes de que vuelva Romeo», porque para entonces ya nos habíamos dado cuenta. En realidad, casi siempre se trataba de mí, no de Rome. Se trataba de hacerle llegar un mensaje a mi hermano, y pensé que tal vez, si yo moría antes de que Romeo volviera, entonces lo dejarían en paz, y entonces la asfixia cesó y, no sé, creo que Rome le rompió un espejo en la cabeza, aturdió al tipo durante unos segundos…

»Romeo me sacó de la bañera y se dirigió a nuestra habitación para coger una pistola, pero le detuvieron antes de que pudiera cruzar la puerta. Lo vi volver lentamente a la habitación con los brazos en alto.

»Había aparecido otro hombre que apuntaba a Rome con una pistola. Tenía el pelo tirando a anaranjado, la barba espesa y muy bien cuidada. Ojos oscuros.

»Cuello Grueso se levantó tambaleándose del suelo y me agarró, tiró de mí hacia él, ahora yo también tenía una pistola en la cabeza. Yo no llevaba ropa.

»—No te muevas —ordenó Ojos Oscuros mientras amartillaba el gatillo apuntando a Romeo. Miró a su compañero y luego me señaló con la barbilla—. No formaba parte del plan, pero cuando la oportunidad llama a la puerta…

»Cuello Grueso me recorrió el cuerpo con las manos y Romeo se abalanzó sobre mí. Ojos Oscuros me apuntó con su arma.[317]

»Solo le tembló el labio. El resto de Rome se quedó inmóvil.[318]

»—No pasa nada. —Articulé en silencio—. Te quiero.

»—Lo siento muchísimo… —respondió Romeo articulando también mientras Ojos Oscuros se sentaba en el borde de la bañera,

apuntando despreocupadamente con la pistola a mi novio, que miraba cómo su amigo me manoseaba. Rome lloraba…, quizá solo tenía diecinueve años en ese momento. ¿Dieciocho? Diecinueve como muchísimo. Y estaba tan triste, tan destrozado viendo cómo esa persona intentaba hacerme eso tan terrible, pero yo sabía que no se arriesgaría a hacer nada que pudiera conllevar que le dispararan. No porque no estuviera dispuesto a morir por mí, lo haría en cualquier momento, sino porque estaba haciendo todo lo que estaba en su mano para no morir delante de mí.[319]

»Y entonces no sé cómo pensé: a la mierda, voy a morir de todos modos, así que al menos me voy a ir luchando. Así que cambié de táctica y, en lugar de luchar contra él, caí inerte en los brazos de Cuello Grueso y, milagrosamente, pasó como yo pensaba que pasaría: la mano con la que sujetaba la pistola contra mi cabeza resbaló y yo la agarré y disparé a su amigo, que estaba en el borde de la bañera.

»No hirió de muerte a Ojos Oscuros, se quedó alojada en el brazo y ya está, pero fue suficiente revuelo para que Romeo cargara contra él. Lo tiró dentro de la bañera y empezó a forcejear para arrebatarle el arma. Siempre fue un buen luchador, mi Rome.[320] En esta vida no te queda mucho más remedio que serlo, pero a él especialmente porque ya era la tercera vez que alguien intentaba matarme cuando estábamos los dos solos.

»Romeo se peleaba contra Ojos Oscuros y yo intenté aprovechar mi peso para desestabilizar a Cuello Grueso, pero fue difícil porque era mucho más corpulento que yo. En lugar de hacerlo caer, le retorcí el brazo y me colgué de él con todo mi peso. Le rompí los huesos. Gritó de dolor y me atizó con el brazo bueno, me dio una vez, pero luego me agaché. Cristales por todas partes. Esquirlas enormes.

»Piensas rápido cuando la gente intenta matarte. Tenemos unos instintos de supervivencia realmente asombrosos. Agarré uno de los fragmentos de cristal y se lo clavé en la pantorrilla. Estaba distraído y gritaba de dolor, y agarré otro y se lo clavé en el estómago, le atravesé la piel de una forma que me hizo sentir rara. Es difícil de explicar, pero casi sentí como si estuviera clavando un cuchillo en arena mojada de lo mucho que se hundió. Estaba doblado de dolor, así que me puse en pie de un salto y cogí el fragmento de cristal más grande que encontré y se lo clavé en el músculo digástrico.[321] Abrió los ojos como platos y una expresión de pánico se apoderó de su rostro. Conozco esa mirada. Yo misma la he lucido varias veces. Ese hombre la había visto en mis ojos hacía tan solo unos minutos. Es la que tienes justo antes de morir.

»Cuello Grueso retrocedió y se alejó de mí, un gorgoteo extraño y terrible brotó de él, y luego se oyó un fuerte estruendo cuando cayó. Lo observé durante unos segundos —tenía el pecho agitado como si acabara de esprintar— para asegurarme de que estaba verdaderamente muerto. Luego cogí su pistola y me volví hacia Ojos Oscuros y Rome, que seguían luchando en la bañera. El ruido era terrible. Los jadeos para lograr respirar, los gritos, los dos luchando por su vida.

»Rome estaba bajo el agua y Ojos Oscuros presionaba con todo el peso de su cuerpo la garganta de mi novio. Entonces le puse la pistola en la nuca.

»—Cuando la oportunidad llama a la puerta… —le susurré,[322] y entonces apreté el gatillo y todo cambió para siempre.

»¿Has visto alguna vez una cabeza abierta de un disparo?

»No fue por eso por lo que el mundo cambió.

—Cuando ocurre algo malo, nosotros simplemente… —Me encojo de hombros y miro a Christian—. Simplemente gravitamos el uno

hacia el otro. No creo que naciéramos así, sino que aprendimos a serlo.

—Joder —susurra Christian, con los ojos muy abiertos. Vidriosos, en realidad.

Le lanzo una sonrisa rápida que es mi mejor defensa para no llorar.

—Dais… —Niega con la cabeza—. Siento muchísimo que te sucediera.

Me encojo de hombros. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—No pasa nada.

—No, sí pasa.

—Siento lo de esta noche, no ha sido a propósito, es que…

—No hace falta que des explicaciones. —Tensa los labios al tiempo que sigue negando con la cabeza. Christian suspira, me aparta el pelo de la cara, se inclina y roza mis labios con los suyos. Coge aire y lo suelta. Traga saliva—. Siento haberme ido.

—No, yo… —Niego con la cabeza—. Sé que es mucho.

—Sí. —Asiente, no me suelta—. Pero no es demasiado.

CINCUENTA Y UNO

Christian

Toda esa mierda con Daisy, todo lo que me contó, se ha estado repitiendo en bucle en mi cabeza. Me entran ganas de vomitar cada vez que pienso en ello, cada vez que veo una bañera se me hace un nudo en la garganta. Dice que ahora no dejo de rondarla. No sé si está contenta por ello o no. Lleva toda la vida rodeada de gente que la ronda y a mí me parecía una estupidez y un poco raro, pero ahora lo entiendo. Ahora que la conozco como la conozco. Y, bueno, ya sabes, está todo ese tropo femenino de una chica que necesita ser salvada, ojos de cervatillo de pestañas eternas, damisela en apuros, toda inocente y virtuosa y no se trata de eso. Ella no es así, no necesita mi ayuda, no necesita que la salve, pero voy a intentarlo de todos modos. Ahora que sé lo que sé, ahora que he visto cómo sigue pensando en un desconocido que la estrangula sin más razón que haber nacido en la familia equivocada…

—Eh. —BJ me pega en el brazo—. ¿Dónde tienes la cabeza, tío? Estás completamente ido.

—Lo siento. —Parpadeo. Vamos de camino a Newquay para surfear un poco. Un gran oleaje viene del mar Céltico después de una tormenta. Solo venimos aquí por las grandes, las que hacen que el viaje en coche valga la pena. Solo los chicos. Es mejor así. No me

apetecería ver a Parks ahora, además. Me está cabreando. Yo ya estaba bastante cansado de ella después del rollo del collar, pero estamos aquí sentados y Beej nos está contando con todo lujo de detalles que de algún modo Parks está saliendo con los dos, él y Tom.

La reina de irse de rositas, ya no solo con uno, sino que ahora ha añadido a otro.

—Es un poco fuerte, tío —le dice Jo, y Henry se calla porque se siente atrapado, como si supiera que es jodido, pero ella le ha lavado el cerebro también a él, de modo que no puede decir nada malo de ella.

BJ se encoge de hombros.

—La jodí. Ahora no confía en mí.

Y personalmente no creo que eso sea una buena excusa para ella, así que no digo una mierda. No hay nada que pueda decir que no me meta en problemas. Si me pongo de su lado, tengo que hablar mal de ella y él no quiere que la gente hable mal de ella, solo quiere gente a la que poder hablar mal de ella. Si no me pongo de su lado, entonces estoy del lado de ella, y si estoy de su lado es solo por lo que pasó y entonces también soy un imbécil. No hay manera de ganar. Pero es que con ellos nunca la hay.

Y en realidad, cuanto más lo pienso, cuanto más pienso en Magnolia estos días (y en muchos sentidos, la verdad es que pienso mucho menos en ella), creo que es posible que sea una mierda de persona, sin más.

No sé cómo puedo amarla como lo he hecho durante tanto tiempo, no entiendo cómo solo podía pensar en ella dondequiera que mirara, ella lo fue todo para mí durante tanto tiempo y ahora simplemente… ya no lo es. Ahora comparte el espacio con otra persona, alguien mejor, alguien que me gusta y con quien quiero

estar, con quien estoy. Y no parece importar lo mucho que me guste Daisy, lo loco que esté por ella, lo bien que me sienta conmigo mismo cuando se queda dormida a mi lado en su cama, da igual porque es oír el nombre de Magnolia y te juro que vuelve a llevarme a los infiernos. Ella es como una trampa para osos en la que se me ha quedado atrapada la pierna. Y podría intentar abrirla, pero hay demasiada sangre y duele demasiado. No lo sé. Creo que ha pasado demasiado tiempo. Se me ha quedado séptica. Amar a Parks, para mí…, ahora se ha infectado.

¿Sale con los dos? Que se vaya a la mierda. Sinceramente.

Por fuera, Beej está aguantando lo que le echen, pero lo conozco, ella lo es todo para él. Y sí, es un gilipollas. Y sí, él la cagó primero, pero ella es peor. No me cabe duda.

—En fin, da igual. —Beej apura la copa—. ¿Cómo te va con Pequeña?

—Bueno, bien. —Asiento con la cabeza.

—Ya nunca está en casa —les dice Henry y yo pongo los ojos en blanco.

—Es que es más fácil estar en su casa con todo el…, ya sabéis… —Me quedo callado, ni siquiera me apetece explicarlo.

Jonah me mira con los ojos entrecerrados.

—Odias no dormir en tu cama.

Es verdad. Aunque de repente parece merecer la pena últimamente.

Me encojo de hombros.

—Su cama está bastante bien.

Mi hermano hace un ruido fuerte, como un cacareo, desde el asiento del conductor y yo lo ignoro.

—Mírate, hermano. —BJ se ríe mientras se da la vuelta—. En una relación y esas mierdas.

Resoplo una carcajada y me rasco la nuca.
—Sí, supongo.
Asiente una vez y me dedica media sonrisa.
—Te queda bien.

CINCUENTA Y DOS

Julian

En el bar clandestino con los chicos, estamos todos riéndonos con ganas porque Carmelo se gastó sin querer cuarenta y cinco mil libras la semana pasada en ropa que odia porque quería acostarse con la dependienta, que al final resultó que era lesbiana. Siempre le pasan mierdas brillantes así porque tiene esos ojos italianos que ven el mundo entero como una perspectiva romántica y cada chica guapa con la que se cruza puede ser la mujer de su vida. Lo juro por Dios, la cantidad de veces que ha encontrado «al amor de su vida» se acerca a la jodida Elizabeth Taylor.

Es la primera vez que salgo de casa en unos días. Esperaba que todo el drama se calmara. Kekoa está en alerta máxima después del tiroteo. No hay una pista real todavía, pero sí hay una pista obvia. No podemos relacionarlo directamente con ninguno de los suyos, y eso le preocupa. A Koa le gusta tener un rastro, le gusta conocer a nuestros enemigos. Tenemos un montón de ellos y todos ellos saben que mi hermana es mi talón de Aquiles.

Creemos que no se trató de un disparo casi mortal hacia Daisy, sino más bien un mensaje para mí de que si querían llegar hasta mí, podían hacerlo.

Dais parece estar llevándolo bien, además Christian se ha

convertido prácticamente en su sombra estos días, pero parece muy oportuno. Antes no me había dado cuenta, no creo que tuviera costumbre de llevar ninguna, pero ahora siempre lleva una Nighthawk VIP encima, lo cual es un detalle bonito, la verdad.

Que siga a mi hermana a todas partes parece estar suavizando el golpe, pero probablemente solo de forma superficial. Un poco como poner una tirita en una herida de bala, porque si la historia nos ha enseñado algo, es que el hecho de que ella tenga una relación no la excluye del peligro. Lo invita.

Jonah se echa hacia atrás, se seca los ojos de tanto reírse con la historia de Carmelo y le lanza una mirada.

—Oye, ¿cómo está Rome?

No muy bien, eso te lo puedo decir yo mismo. Ha vuelto a follar con Tavie Jukes, un par de chicas de Instagram, va publicando todas estas mierdas. Se pone así cuando está mal con Daisy y siempre me sirve como magnífico recordatorio de que las chicas dan más problemas de lo que valen.

Carms inspira y lanza una mirada a Jonah.

—Bueno, mira…, se lo está tomando bastante mal. —Me cruzo de brazos y finjo que no lo sé ya. Se me da bien leer a la gente, pero a la gente no suele gustarle que la lean.

—¿Sí?

Carmelo se encoge de hombros, parece triste por él. Están muy unidos, y no solo como hermanos, sino a la manera añadida como hay que estarlo cuando haces lo que hacemos nosotros.

—Creo que siempre pensó que al final lo solucionarían.

—Igual lo harán. —Jonah se encoge de hombros—. No me extrañaría que Christian la cagara.

Lo miro.

—Será mejor que no lo haga.

Jo se encoge de hombros con impotencia y Declan aparece detrás de él con el ceño fruncido.

Le hago un gesto con la barbilla.

—¿Qué pasa?

Se rasca la nuca, pensativo.

—No ha hecho el pago.

—¿Qué? —Bostezo, estirando los brazos por encima de la cabeza —. ¿Quién?

Declan me mira.

—Brown.

Me siento más erguido.

—¿Qué?

Se encoge de hombros.

—He pagado la fianza, nada más.

—Te estás quedando conmigo.

Niega con la cabeza y suelto una carcajada hueca.

—Joder… —Me río—. ¿Y ya tiene el cuadro?

Asiente.

—Se le entregó al día siguiente de volver. Dijo que el dinero estaba depositado…

—¿Y no lo comprobamos?

Se encoge de hombros de nuevo y ahora ya me estoy enfadando.

—¿No lo comprobaste? —Le señalo.

—En realidad no es mi trabajo. —Declan me mira y yo me levanto y me pongo delante de él, con las caras muy cerca.

—Trabajas para mí. Tu trabajo es lo que yo te diga, hostia. —Señalo la puerta—. Ve a por mi puto dinero.

CINCUENTA Y TRES

Daisy

Se pueden decir muchas cosas sobre mi hermano y se dicen muchas cosas sobre él. Sí, tiene una reputación.[323] Sí, puede ser peligroso.[324] Sí, ha hecho daño a gente,[325] pero también la ha salvado. A mí me salvó. Literal y metafóricamente. Tenía dieciocho añitos cuando se convirtió accidentalmente en una especie de padre para una hermana que ya estaba hasta las cejas de problemas y complejidades por culpa de una madre que no la quería, y lo ha llevado todo de una forma que nunca me ha hecho sentir que yo fuera un inconveniente o una carga, aunque sé (más que de sobra) que era y sigo siendo ambas cosas para él.[326]

Así que di lo que quieras de él. Céntrate en las cosas malas que ha hecho, en las cosas malas que seguirá haciendo, pero él no es como los demás y no acata las reglas de los demás. ¿Yo? Me sentaré feliz y orgullosa a su lado todos los días de mi vida, disculpándome por su brusquedad, poniendo excusas por sus recelos, riéndome de cosas de las que no debería, pero sobre todo estando agradecida con él.

Cuando entro a hurtadillas en su habitación esta mañana, me alegro de no encontrar a ninguna chica durmiendo en su cama,[327] solo a él. Treinta hoy, debe ser todo ese crecimiento personal.

Es horrible comprarle regalos a Julian. ¿Crees que hay algo en este planeta que, si mi hermano quisiera, no conseguiría él mismo? Es imposible. Lo tiene todo. Arte, a veces. Ahora mismo se siente indulgente, con el *Holofernes* colgado en su cuarto como su propia Dama del Lago. Para su veinticinco cumpleaños, Koa y yo movimos hilos para comprarle el violín que Wallace Hartley tocó la noche en que se hundió el Titanic; le gustó mucho. El año pasado, el día de Navidad le regalé un fragmento del meteorito Seymchan. En fin, que lo único que hacemos por su cumpleaños es pasar el día juntos. Vemos toda una franquicia de películas de una sentada y nos comemos nuestro peso corporal en Galaxy Minstrels.

La tradición también dicta que le haga el desayuno y se lo lleve a la cama.

Lo mismo cada año desde que yo tenía diez años y eso es porque cuando tenía diez años era el único desayuno que sabía preparar.

Refrito de carne curada. Es mejor ahora que entonces.

Antes hervía las patatas y después las freía, lo cual estaba mal: tienen que ser diminutas y tienen que estar asadas. Es la única manera de hacerlo.

Cebolla dulce y morada, sofritas primero con ajo y en caldo de carne. Ternera desmenuzada, no a dados, frita hasta que los bordes estén crujientes. Un poco de queso suizo rallado. Huevos escalfados a menos de 63 °C, tal y como deben estar.[328]

Me siento en el borde de su cama y espero a que se despierte, lo que ocurre con un gran bostezo.

—Feliz cumpleaños —sonrío.

Se incorpora, parpadea y me dedica una sonrisa cansada.

Ve a Christian en la puerta y lo saluda con la barbilla.[329]

—Feliz cumpleaños, tío —dice Christian desde el marco de la puerta.

Le tiendo a Jules la bandeja del desayuno con una sonrisa orgullosa.

—Lleva levantada desde las cinco de la mañana asando esas patatas —le cuenta Christian y Julian me mira, con las cejas levantadas.

—¿Sí?

Asiento con la nariz levantada.

—Probablemente la mejor versión que he hecho hasta ahora.

Se mete una cucharada en la boca.

—Estoy de acuerdo. —Aplaude—. ¿Qué plan tenemos hoy?

—Bueno. —Me pongo de pie—. Vamos a ir a comer con los chicos. Declan dijo que te gustaría ir a comprar coches esta mañana, ¿verdad? Por la tarde, pensaba que podríamos encontrar tiempo para ver un par de Batman, ¿no? Olvídate de *Batman Begins*…[330]

—Naturalmente —interviene mi hermano.

—Después, esta noche tenemos una cena con los Bambrilla. —Le lanzo a Christian una mirada de disculpa, pero no muy arrepentida, porque ahora estamos juntos, así que tiene que venir.

—Comportamiento impecable… —le advierte Julian señalándolo con el dedo.

Christian niega con la cabeza.

—Eh, que yo no suelo ser el problema. —Se encoge de hombros.

—Y, luego, mañana por la noche es tu fiesta en el local de Jonah. —Asiento con la cabeza—. Iba a ser grande. Ahora solo habrá unas doscientas personas.

—Una reunioncita de nada, entonces… —sonríe Christian.

—Ko se ha vuelto loco con la seguridad: documentos de identidad, invitación física que coincida con el documento de identidad, una sola entrada, una sola salida, registro de bolsos, cacheos, detectores de metales…

—Joder… —Julian parpadea fuerte, pero niega con la cabeza. Me mira con fijeza y un deje de tristeza le recorre la cara—. No, está bien, está bien. Venga pues. —Se mete otra cucharada en la boca—. Ve a vestirte, le he echado el ojo a un pequeño Aston Martin DB5 de 1965.

CINCUENTA Y CUATRO

Christian

No sé a quién le pareció buena idea la broma de sentar a Daisy entre Romeo y yo anoche en la cena de Julian, pero no fue particularmente divertido, aunque a Jonah sí se lo pareció.

Había un ambiente de mierda, ya te digo. Romeo Bambrilla se está poniendo cada vez más y más capullo a cada puto segundo que pasa y nos estamos acercando cada vez más a llegar a las manos, lo cual está poniendo a Daisy de los nervios, me doy cuenta. Habló de todas esas mierdas que hacían cuando eran niños, de las vacaciones que pasaron juntos, de un verano que estuvieron buscando tesoros en Punta del Hidalgo. Y él está charlando con ella sobre todo eso y yo me estoy dando cuenta de que estas cosas, estos recuerdos, la hacen feliz, y mis razones para sentirme como una mierda son dos. La primera es que ella era así de feliz con otra persona antes que conmigo (ahora nos ponemos celosos) y la otra es que me siento como una mierda porque el hecho de que ella fuera feliz con otra persona me hace sentir como una mierda. Sé que eso me convierte en una persona pequeña, y tal vez eso es justo lo que soy. Sabía que Rome hacía todo eso para joderme, porque solo le hablaba a ella la mitad del tiempo, y la otra mitad comentaba cosas como: «¿Recuerdas cuando nos colamos en ese museo a deshora y esa

monja nos pilló cuando estábamos…?». Y entonces Daisy le daba un codazo y él se echaba a reír. Luego ella me lanzaba una mirada de disculpa, pero no se lo decía a ella, me lo estaba diciendo a mí. Y para rizar el puto rizo, apareció con Tavie Jukes a la cena. No sé por qué. Era en casa de sus padres, así que tal vez ese era el porqué. Danny Jukes también asistió, que es muy gracioso, pero nunca me ha caído muy bien. Se cree más importante de lo que es. ¿A quién coño le importa lo que pasa en Birmingham? ¡Es Birmingham!

Todo el asunto me jodió. Daisy dedicó días para cocinar esa cena para su hermano y luego se pasó todo el rato ahí sentada supertensa, tratando de aplacar a Rome, tratando de incluirme a mí, tratando de ignorar a Tavie. Dividió su atención a partes iguales entre Rome y yo, pero no sé por qué, porque yo soy su novio, no él.

En fin. Esta noche es la fiesta de Julian. Llego con Daisy, me siento increíble al respecto, a decir verdad. Lleva un vestido blanco diminuto, de manga larga, pero muy corto. Las piernas le llegan hasta los codos y entramos cogidos de la mano. Algunas cámaras nos sacan fotos con flash al tiempo que yo la llevo dentro, la beso en la escalera mientras subimos.

Jack ha aparecido con un chico en el que lleva tiempo interesado y por el que Daisy está perdiendo la puta cabeza. No para de llamarlo Hot Dom. Intento decirle que pare porque delata un poco lo que Jack siente por él, pero ella me asegura que todo el mundo piensa que está bueno, así que no delata nada en absoluto.

No me lo tomo como algo personal. Ojos marrones, pelo castaño. Buenos pómulos, supongo. Aunque Jack es más guapo. Y cuando los veo a Daisy y a él interactuando con Hot Dom, tengo la sensación subyacente de que de alguna manera ha cambiado las tornas y ha hecho que Jack piense que tiene suerte de pasar tiempo con él, pero no es así. Jack es mejor.

—No me gusta —le susurro cuando no nos prestan atención.

—¿Dom? —pregunta, enarcando las cejas. Asiento con la cabeza —. ¿Por qué?

—Hace lo que quiere con Jack. Es una mierda.

—Bueno. —Daisy suspira encogiéndose de hombros—. Jack lleva mucho tiempo colado por él.

Me encojo de hombros yo también.

—Debería ser él quien llevara mucho tiempo colado por Jack.

Daisy me sonríe complacida y me besa. Le devuelvo un beso mucho más largo de lo necesario. Intento recordar si tengo la llave del despacho de mi hermano, pero no la tengo.

Jo llega al cabo de un rato con Henry, Taura, BJ y —no te lo pierdas, espera— Magnolia. No pensé que vendría. A decir verdad, últimamente no he pensado mucho en ella en absoluto porque cada vez que lo hago me enfado al instante. No sé qué hacer al respecto. Últimamente amarla se me antoja un objeto extraño al que me aferro. Como una antigüedad, que es fea y anticuada, polvorienta. No sé qué hacer con ella. Ahora casi siempre está en una estantería olvidada en un rincón oscuro, pero lleva tanto tiempo allí que no puedo tirarla sin más.

Una parte de mí se pregunta si noto que Daisy se pone rígida cuando veo a Parks, y me pregunto qué sabe. Aunque, ¿cómo iba a saberlo? No se me nota nada. Nadie sabe que tuvimos algo y no hay ninguna prueba que me delate.

Beso a Daisy en la mejilla igualmente. Intento mostrarle tanto a ella como a Magnolia que no veo a nadie más que a ella, y es entonces cuando aparece Julian.

—Ballentine —canturrea, con una copa en cada mano. Ya está bastante borracho, pero apura una copa y le pasa la otra a Magnolia guiñándole un ojo. Levanta a BJ del suelo y lo zarandea

afectuosamente.

—¡Feliz cumpleaños! —le dice Jo y lo agarra por los hombros. Jules le da una palmada en la cara, sonríe y entonces ocurre algo extraño.

Julian y Magnolia se miran a los ojos y él le dedica una sonrisa de una manera que me deja del revés.

—Magnolia. —La saluda con la cabeza.

Ella esboza una sonrisa.

—Jules.

Estoy mirando a Jo y él tampoco tiene ni puta idea de lo que está pasando, así que sé que no soy solo yo. Lo que sea que esté pasando delante de nosotros es nuevo para todos.

—¿Qué cojones? —susurra Daisy con el ceño fruncido.

Hago una mueca involuntaria con la cara mientras miro a Magnolia, preguntándome qué ha pasado que todos nos hemos perdido.

Beej suelta una carcajada superficial y esboza una expresión tensa.

—No sabía que vosotros dos os conocíais —dice al tiempo que mira a Magnolia y a Julian alternativamente.

Jules suelta una risita chulesca y se encoge de hombros, indiferente. Hace un gesto hacia Magnolia.

—Todo el mundo conoce a esta chica.

—Claro… —BJ mira fijamente a Parks, creo que su mente se mueve tan rápido como la mía, intentando atar cabos—. ¿Cómo?

Jules lanza a Parks una mirada demasiado desenfadada y juguetona para tranquilizar a cualquiera, enarca las cejas y espera a que Magnolia responda la pregunta.

¿Estoy mirando con demasiada atención? Supongo que sí, pero no puedo apartar la mirada. Parks es como un accidente. Me horroriza…

Magnolia se pasa la lengua por los labios y le lanza una gran sonrisa a Beej.

—¿Me creerías si te dijera que vamos al mismo club de lectura?

Él niega con la cabeza, impasible.

Ella frunce los labios y mete discretamente la mano en el bolsillo trasero de BJ, yo pongo los ojos en blanco y exhalo por la nariz. Estoy jodidamente harto de sus mierdas.

—A Julian le encanta… la novela histórica escrita por mujeres y, además, también le tiran bastante las biografías.

Jules se echa a reír, pero Beej no y yo me entristezco por mi amigo.

—Le ofrecí ayudarla con una cosa. —Julian mira a Parks a los ojos —. Nunca aceptó mi oferta. —Le da un codazo juguetón a BJ—. Todavía se lo está pensando.

Magnolia ladea la cabeza y le lanza una mirada severa.

—Compórtate —le dice, pero Julian le contesta con una sonrisa.

—Pero en serio, Parks…, si algún día quieres pasarlo bien, con un chico malo de verdad, no uno de esos chicos malos medio tontos que salen en *Vogue*…, llámame.

Y que se vaya a la mierda esta tía, porque le veo a la legua que está entusiasmada. No solo se está bañando en la atención, sino que está puto nadando en ella de aquí para allá y hasta de espaldas. Atempera su satisfacción y le dedica una sonrisa cortante.

—Tal vez mejor soluciono el triángulo amoroso que ahora mismo tengo entre manos y ya en cuanto lo haya resuelto, ¿te aviso?

Suelto un bufido y niego un poco con la cabeza. Te juro que no puedo creérmela.

Julian asiente.

—Venga, justo. —Le pega un palmetazo en el brazo a BJ y se va.

Los miro fijamente y no sé cómo me quedo. Un poco jodido, pero

no creo que sea por mí. Creo que es por mi mejor amigo, que está ahí parado enterándose de que la chica a la que ha amado toda su vida es, que sé yo, ¿un desastre devorahombres?

Respiro hondo y me preparo para lo muchísimo que va a empeorar esta noche ahora que ha empezado a girarse.

No puedo creerla.

¿Que Julian será el siguiente? Es que, que se vaya a la mierda. No quiero ser yo el siguiente, por cierto, pero es una gilipollas. Aunque ya no es mi problema. Al menos, no quiero que lo sea, aunque siga siéndolo un poquito.

Suelto un poco de aire por la boca, aparto la mirada de toda la mierda, Daisy se levanta y se dirige a la barra sin decir nada. Me parece un poco raro y me pregunto si debería ir tras ella, pero me distraigo enseguida cuando miro a BJ y veo que el cerebro le va a mil por hora, y todos sabemos cómo se pone cuando está así. Miro a Jo y me pregunto si estará pensando lo mismo que yo. Discretamente, me doy un golpecito en el ojo y en la nariz. Mi hermano asiente una vez.

Espero a que Parks se vaya con Jonah y Carmelo, y entonces me acerco a Beej, intentando no hacer demasiadas muecas de camino.

—¿Estás bien?

—Sí. —Frunce el ceño y sacude un poco la cabeza.

—Fue hace tiempo, ¿no?

—Sí, supongo… —Asiente, distraído. Se pasa las manos por el pelo y mira a Parks, que está charlando con Carms—. Justo después de romper.

—Claro. —Asiento. Antes que yo, entonces. Me escuece un poco.

¿Qué coño le pasa?

—¿Y ellos…?

—No. —Me lanza una mirada penetrante y yo asiento una vez,

pero entonces mira más allá de mí y frunce el ceño. Señala con la barbilla detrás de mí—. ¿Qué está pasando allí?

Sigo su mirada y se me cae el estómago hasta los pies.

Daisy está cerquísima de Romeo Bambrilla. Él tiene la mano alrededor de la puta cintura de ella.

Aparto a BJ de un empujón y cruzo la sala en tres zancadas. Siento que estoy gestando una tormenta. Le quito las manos de encima con fuerza y me interpongo entre ellos, mirándola fijamente.

—¿Qué coño estás haciendo? —Siento una opresión en el pecho.

Ella se limita a mirarme fijamente, parpadea un par de veces.

Me dedica una extraña sonrisa que me desconcierta.

—¿Tú y yo? Hemos terminado.

Suelto un bufido irónico.

—Ah, ¿sí? ¿Desde cuándo?

—Desde ahora mismo —me contesta sin inmutarse.

Asiento con el ceño fruncido.

—¿Te importaría decirme por qué?

—Desde luego. —Me dedica una sonrisa tranquila—. Sé lo que soy para ti, Christian.

—¿Y qué es? —pregunto con la mandíbula tensa.

Y entonces me dice, con una cara de póquer perfecta:

—Soy la chica a la que te tiras mientras piensas en la novia de tu mejor amigo.

Me quedo mirándola fijamente con la boca abierta.

Suelto una bocanada de aire. Me siento como si me hubiera dado un puñetazo en el estómago.

—Daisy, yo… —tartamudeo.

—Oh. —Ella niega ligeramente con la cabeza como si no estuviera tirando por la borda todo mi mundo—. ¿Pensabas que no lo sabía? —Suelta una carcajada que se le atasca en la garganta, suena casi

como un llanto y me da ganas de vomitar. Se le escapa una sola lágrima y la aparta de un manotazo. Niega con la cabeza para sí misma, traga saliva y luego me mira con unos ojos que me dan un poco de miedo. Se aclara la garganta—. Me confundes con alguien que tiene un poco de amor propio, porque sé lo que soy para ti. Y me quedé contigo igualmente, esperando a que un día me desearas más que a ella. Pero tú nunca me has deseado. Nunca te he gustado… Y quizá Rome y yo somos un maldito desastre… —Hace un gesto entre ella y él, le roza la camisa con la mano.

Miro el gesto con fijeza. La respiración se me ha vuelto superficial y tengo los ojos muy abiertos y dolidos. No sé cómo gestionar todo lo que me pasa por la cabeza.

—Pero ¿sabes qué? Si una cosa sé con certeza es que cuando me lleve a Rome a casa esta noche, él no va a estar pensando en la puta Magnolia Parks.

La miro fijamente, con la boca abierta. Tengo la vista nublada y el resto del cuerpo completamente congelado.

Me cago en Dios.

Se vuelve hacia Romeo.

—¿Me llevas a casa?

—Siempre. —Él asiente una vez, le coge suavemente la mano, y debería matarlo. Dejar bien claro que ahora nadie la toca salvo yo, pero no puedo matarlo, ni siquiera puedo moverme, joder. No veo bien, pero veo lo suficiente para observar cómo el puto Romeo Bambrilla se lleva a Daisy del local y la aleja de mí.

Me quedo mirando el punto del suelo que ocupaba ella hace solo un instante. No levanto la mirada, no miro a la izquierda ni a la derecha. Siento los ojos de mi hermano clavados en mí, siento a BJ mirándome fijamente y Parks, bueno, puede que ella parezca un poco asustada.

Miro fijamente a Daisy, la veo salir para irse a casa con alguien que no soy yo, y siento que estoy a punto de echarme a llorar ahí mismo. Yo no lloro. No soy una persona que llore. Magnolia nunca me ha hecho llorar en todos los años que la he amado, en todo ese tiempo y en todas esas noches en que la he visto irse a casa con BJ, con Tom, con el puto sabor del mes que estuviera usando como su chaleco antibalas personal. Nunca me he sentido así y es ahora, justo ahora, en este preciso segundo cuando me doy cuenta de que estoy enamorado de Daisy Haites. Y es inmediatamente después, en ese mismo segundo, cuando me doy cuenta de que la he perdido.

Me paso las manos por el pelo, sacudo la cabeza, intento respirar con calma un segundo, y luego me abro paso entre los chicos para llegar a la salida de emergencia.

Jonah carga contra mí porque es irracional cuando se trata de BJ, como si le debiera una mierda porque fue él quien sacó a Rem de la piscina. No me apetece pelearme con él, pero sé que va a venir de todas formas.

Pego un par de puñetazos a la pared y no necesito que esa médica a la que amo esté aquí para decirme que me he roto un nudillo.

—¡Joder! —grito y le pego otro puñetazo de todos modos.

—¿Qué coño? —Jonah me escupe y me giro para enfrentarme a él. En serio, estoy listo para pegarle.

Mi hermano niega con la cabeza, me pone un dedo en el pecho con el que se supone que me amenaza, pero no lo hace porque podría pegarle una paliza si quisiera.

Jonah se cree un puto tipo duro porque es el primero en la línea de sucesión cuando mamá falte, pero no puede pelear como yo. Se le olvida porque nunca considero que valga la pena pelearme con él, pero quizá esta noche sí. No importa cómo lo piense, pelearme con

mi hermano y su mejor amigo me parece una buena forma de distraerme del hecho de que Daisy está en el asiento de atrás de un coche y Romeo Bambrilla le está metiendo mano.

—¿De qué cojones estaba hablando? —me pregunta BJ. Tiene los ojos llenos de rabia. Miro a Parks solo un segundo antes de que BJ agache la cabeza, buscando mis ojos—. No mires a Parks. Mírame a mí.

Jo me da un empujón y yo le devuelvo el empujón, con fuerza.

—Esta noche no me toques los cojones. —Le lanzo una mirada de advertencia.

—Chicos… —Henry se acerca corriendo y se pone a mi lado. Se arremanga. Creo que eso molesta de más a Jo, porque me agarra por el cuello de la camisa y me estrella contra la pared.

—¡Jonah! —Parks le tira del brazo—. Suéltalo, ¿qué estás haciendo?

Y mi hermano se vuelve hacia ella, fulminándola con la mirada.

—¿Qué estás haciendo tú? —responde Jonah con un ladrido.

Y Beej nos mira fijamente a mí y a Parks y suelta un grito, suena casi como el aullido de un lobo en plena noche.

—¿Me estás vacilando o qué coño haces? —La mira fijamente con ojos enloquecidos—. ¿Acaso dos no te bastamos?

—Beej… —Se acerca a él, con los ojos llorosos. Odio cuando llora, hace que se me retuerza el corazón en el pecho, así que aparto la mirada porque, ¿qué otra cosa puedo hacer?

—¿Lo sabías? —BJ le ladra y juro por Dios que por un segundo a Parks le cambia la cara. Y entonces niega con la cabeza.

—Desde luego que no lo sabía.

Echo la cabeza para atrás para pegarme contra la pared y luego me quito a mi hermano de encima.

BJ niega con la cabeza y me da que no la cree, pero es ella, así

que le pasa el brazo por el cuello de todos modos. Le da un beso en la mejilla de una forma triste y patética. La aparta de mí.

—Te llevo a casa. —Señala con la cabeza hacia Main Street.

Ella asiente con obediencia antes de volver a mirar a mi hermano.

—No le hagáis daño, ¿vale?

Jo se limita a gruñirle y ella me mira. Nuestras miradas se cruzan y siento una extraña oleada de adrenalina que envuelve todo lo que he venido sintiendo por ella estos días: bueno, malo, emocionante, feo, complicado, vergonzoso, embarazoso, estúpido, sin sentido… Todo esto es lo que sentía por amarla. Seguimos mirándonos y entonces, probablemente por primera vez en la vida, soy el primero en apartar la mirada.

—¿Qué te pasa? —pregunta Jonah, me mira y niega con la cabeza.

Henry avanza un paso, niega con la cabeza.

—Esta noche no, Jo.

—Será esta noche si yo digo que será esta noche —le contesta mi hermano, adelantándose un poco y yo sé que esto no tiene tanto que ver conmigo como con ellos y Taura.

Pero Henry se mantiene estoico y mira impasible a mi hermano.

—Esta noche no.

Hen me da un empujoncito hacia Main Street.

—Vámonos.

Nos sentamos en silencio de camino a casa durante los primeros minutos, luego Hen me mira y hace una mueca.

—¿Estás bien?

Me froto la cara, respirando con dificultad.

—Estoy enamorado de ella, tío…

Henry me mira con tristeza.

—Lo sé, hermano, y lo siento, pero no va a pasar. Nunca te

escogerá a ti. Siempre elegirá a Beej…

—No…, joder. —Niego con la cabeza mirándole fijamente—. Magnolia, no. Quiero a… —Vuelvo a negar con la cabeza. Nunca lo había dicho en voz alta—. Estoy enamorado de Daisy.

—Oh. —Parpadea—. Mierda.

—Sí.

—Pero ella cree que estás enamorado de Magnolia.

—Sí. —Asiento una vez.

—Joder. —Me lanza una mirada afilada—. ¿Y lo estás?

—Yo… sí. —Niego con la cabeza—. ¿Quizá? Lo estaba.

—¿Y ahora?

—No lo sé… —Vuelvo a negar con la cabeza. Me paso las manos por el pelo—. No… —Suspiro, porque ya no sé lo que siento por Magnolia. Respiro hondo un par de veces, repasando la noche mentalmente, hay muchas cosas que no entiendo.

—Daisy lo sabía. ¿Cómo coño lo sabía?

—A saber. —Se encoge de hombros, confuso—. ¿Vas a ir a hablar con ella?

Le lanzo una mirada.

—No… —Niego con la cabeza—. Se ha ido con Rome…

—¿Y? —Frunce el ceño.

—¿Cómo que «y»? —Lo miro fijamente—. ¿Cómo ha podido hacerme esto? —pregunto, pero me siento estúpido incluso al decirlo en voz alta, así que intento no pensar en ello. Me siento como una puta bolsa de papel, vacía y arrugada. ¿Así es como la he hecho sentir? Me siento como si Daisy me hubiera metido una puta aspiradora en la boca y la hubiera encendido. ¿Romeo? De entre todos, ¿por qué Romeo?

El único puto tío en su vida con el que no puedo competir. El chico con el que creció, el que le salvó la vida, al que instintivamente

acude cuando está en peligro. Quizá ha pensado que estaba en peligro.

Quizá lo estaba.

—Christian… —Henry me mira—. Hermano, te has pasado toda la relación enamorado de otra persona.

En cierto modo es verdad, en cierto modo no lo es. No es que lo haya elegido yo, no es que haya querido que ocurriera, es que estoy atrapado ahí, eso es todo. Por eso lo miro y niego con la cabeza.

—¿Qué vas a hacer con Beej?

—No lo sé, Hen. —Miro por la ventana, cansado. En realidad, me importa una mierda. Me he cansado de que me importe. Porque ya he bailado esta puta danza antes, y no sé cómo puedo estar aquí otra vez, cómo por segunda vez en mi vida me he enamorado de una chica demasiado tarde para mi propio bien, y ella se ha ido a follarse a otro por eso.

CINCUENTA Y CINCO

Daisy

Christian se ha puesto raro en cuanto ha entrado ella. En ese preciso instante.

Y mira que yo había pensado por un momento que tal vez había superado toda su mierda con ella (que tal vez ahora solo tenía ojos para mí), pero no era cierto. Porque cuando Magnolia ha hecho una broma tonta sobre que ella y mi hermano[331] eran los siguientes o algo así…, y olvídate de la cara que ha puesto cuando la ha visto, olvídate de que estaba mirando hacia allí mientras se desarrollaba todo el puto berenjenal como un puto imbécil, ha sido el bufido que ha soltado Christian, el que no ha oído nadie más que yo, lo que me ha llevado al límite.

No sé por qué exactamente me ha destruido como lo ha hecho. Ese pequeño soplo de aire ha derrumbado el castillo de naipes que yo intentaba[332] construir con él.

No he exagerado: conozco su respiración, la he aprendido estos últimos meses, he meditado sobre ella mientras él dormía. Prácticamente tengo un doctorado en ella. Sé lo que ha significado cuando lo ha hecho, y significa que soy exactamente lo que siempre me dio miedo ser para él.

Pensé que quizá era más. No lo soy.

Así que él suelta un bufido y ¿yo? No he reaccionado. Me he quedado quieta. No creo que él supiera que le había oído, pero yo sí, y mi corazón ha estallado en llamas, y no en el buen sentido, sino en el del vampiro al sol.[333]

Así que me he levantado y he reducido las pérdidas, que eran muchas. «Piensa rápido —me he dicho—. Haz un plan, no mires atrás. Centra tu atención en sobrevivir y salvar las apariencias».

Durante toda mi vida he tenido gente que venía a por mi cabeza, pero nunca había tenido a alguien que viniera a por mi corazón,[334] pero aquí estamos. Es más o menos lo mismo en lo que respecta a sobrevivir, si te soy sincera. ¿Sabías que nuestros cerebros aún no se han adaptado para ser capaces de distinguir entre el dolor emocional y el físico? Nuestro córtex somatosensorial secundario y nuestra ínsula dorsal posterior se activan de la misma manera, independientemente de si tienes dolor físico o emocional. Nuestros cerebros no los distinguen. Solo saben que algo nos está haciendo daño. Por lo que a mi cerebro respecta, me acaban de apuñalar en el corazón. ¿Christian quiere hacerme daño? Bueno, pues que se vaya a la mierda. Yo le haré más daño y todos los caminos llevan a Rome.

Me he ido hasta la barra y he mirado al chico que no me había quitado ojo en toda la noche, incluso cuando no debía. Siento una nueva oleada de agradecimiento hacia esa mirada y su inoportunidad.

—¿Dónde está Tavie? —le he preguntado a Romeo mientras me colocaba a su lado.

Él me ha mirado al tiempo que enarcaba una ceja.

—Anoche no se sintió muy bienvenida.[335]

Le he lanzado una mirada.

—Me pregunto por qué.

Me ha dedicado media sonrisa.

—¿Habéis vuelto a las andadas? —Lo he mirado.

Él se ha encogido de hombros. El gesto ha sido para provocarme. [336]

—Tal vez.

Me he acercado un paso más a él.

—¿Tal vez no?

Me ha repasado el rostro con la mirada y ha fruncido el ceño.

—¿Qué haces?

—Tenías razón. —Le he dedicado una sonrisa tensa.[337]

Ha fruncido un poco el ceño.

—¿Sobre qué?

—No hemos durado ni un mes.

La duda ha surcado el rostro de Romeo.

—Pero ¿qué dices? Te he visto besándole hace veinte minutos.

He negado con la cabeza, he exhalado por la boca largo y hondo, como en yoga. He mantenido la compostura, me he contenido.

—Y ahora hemos terminado.

No me ha temblado la voz cuando lo he dicho.

Me ha tocado el brazo.

—¿Qué ha pasado?

He vuelto a negar con la cabeza y me he encogido de hombros.

—He cometido un error, eso es todo.

—Ah, ¿sí? —Frunció un poco el ceño—. ¿Y cuál es?

Me he quedado mirándole la boca, he subido la vista hasta sus ojos y he vuelto a su boca.

Se ha mordido el labio inferior, me ha mirado con desconfianza, pero aun así ha deslizado la mano para rodearme la cintura porque no puede evitarlo y lo sé.

—¿Qué pasa, Dais?

Y ya sabes lo que ha ocurrido después.

Christian lo ha visto.

Probablemente le ha dado vergüenza quedar mal delante de Magnolia o alguna mierda por el estilo. Entonces he contado su secreto al mundo, lo cual casi me ha hecho sentir mal porque… supongo que había empezado a pensar que él quería… a ella no. [338] No le pedí estar con él. Me obligó a dejar de ver a Romeo y fue él quien vino a buscarme esa noche.

En la barra con Romeo, me he sentido estúpida y me ardían las manos. He sentido un nudo en la garganta y le odio por hacerme sentir así, de modo que he mirado a Romeo con unos ojos a los que sé que nunca dirá que no.

—¿Me llevas a casa?

Ha asentido una vez.

—Siempre. —Luego me ha dado la mano con suavidad y me ha llevado hacia la puerta.

—¿Estás bien? —me pregunta Rome una vez que estamos en el coche.

—Claro —le digo a la ventanilla, aún cogiéndole la mano.

No pienso soltársela pronto.

—Lo siento, Dais —me dice y sé que lo dice en serio porque estamos programados así. Nos duele que el otro sienta dolor.

Empieza a buscar mis ojos para intentar que me sienta menos ahogada, pero no los encuentra. En lugar de mirarme, fija la vista al frente y yo cuento las farolas que hay hasta la puerta de mi casa.

Romeo tiene el ceño fruncido cuando llegamos a casa. Luce esa expresión en la cara que tienen los hombres cuando están cerca de una mujer frágil: como si estuvieran valorando qué hacer, cómo proceder con cautela. Como si tuvieran miedo de aprovecharse de ti. Pero ¿qué pasa si quiero que se aprovechen de mí? ¿Qué pasa si

quiero tirar la precaución por la ventana?

Nunca me he acostado con una persona mientras estoy enamorada de otra.

No conscientemente, al menos.[339] En cuanto supe que amaba a Christian, lo paré todo con Rome. Esta noche pienso volver a encenderlo.[340]

Es extraño, en realidad. Surrealista. Casi como una experiencia extracorporal. Me siento como si estuviera desconectada y me observara a mí misma con horror desconcertado.

En cuanto llegamos a mi habitación, sé que si no lo hago de una vez, encontraré una razón para no hacerlo.

Mi habitación está llena de razones para no hacerlo. Completa y horriblemente abarrotada de ellas.

La camiseta de Christian tirada sobre mi almohada, por poner un ejemplo.[341]

Su vaso de agua en la mesilla.

Un par de zapatos suyos en un rincón.

Un paquete de sus condones en mi cajón, que usaré con Rome solo para fastidiarle.

Cuando hemos salido de mi habitación hace unas horas, no había parte de mí que no pensara que Christian y yo volveríamos aquí juntos más tarde, así que la habitación está literalmente llena de razones por las que esto está mal,[342] pero mi habitación también está llena de razones que me demuestran que he estado siempre equivocada.

Nunca debí enamorarme de él.[343]

Todas las razones por las que no debería acostarme con Rome se convierten inmediatamente en razones por las que ahora debo hacerlo y, en el acto, hago todo lo posible por cambiar mi forma de pensar sobre el sexo para que pase de ser una aplicación del amor a

una tortura con agua de autocorrección.

Esto no lo hace menos raro, por si te lo estabas preguntando.

Cuando me acerco a Rome y deslizo las manos por debajo de su camisa, me agarra de las muñecas y me sonríe con recelo.

—Dais, ¿no crees que…?

—Rome —le interrumpo—. No quiero pensar.

—Acabas de romper con él. Creo que deberíamos parar un puto minuto…

—No quiero parar un puto minuto —contesto, las palabras me salen más agudas de lo que pretendía—. Quiero que dejes de pensar, que dejes de hablar y que te quites la puta ropa.

—Pero estás triste. —Frunce el ceño y algo en su cara se parece a cuando íbamos al colegio[344] y me empieza a doler el pecho de otra manera. Me duele a varios niveles.[345] Soy una cosechadora arando en un lecho de rosas.

Trago saliva. Vuelvo a centrarme en el objetivo final. El objetivo final aquí es la supervivencia.[346]

—Pues hazme sentir mejor, Rome —le digo, sin inmutarme.

Y entonces le cambia la expresión de la cara. Sus ojos recorren mi cara hasta llegar a mi boca y entonces me agarra la cara con las dos manos y me hace retroceder hacia la cama.

Tropiezo, me coge, me tira hacia atrás y me siento aliviada.

Aliviada porque no se anda con rodeos. Aliviada por la distracción. Aliviada por sentir sus manos sobre mi piel, porque es como si tuviera mil laceraciones en el cuerpo, por todas partes, de las que manan sangre y sus manos errantes son lo que impide que me desangre.

Me desnudo rápidamente y agradezco que Romeo sepa[347] besar de una manera tan extraordinaria. Pero a partir de este momento y hasta el final, no abro los ojos ni una sola vez.

Y él es bueno. Bueno en lo que hacemos, quiero decir. Siempre lo ha sido, especialmente conmigo, porque me conoce, sabe cómo encenderme, dónde tocarme, dónde besarme, cómo abrazarme para obtener los mejores resultados para todos los implicados.

Además, ya sabes que con los chicos una se percata de que cuando se les da bien es porque son un poco putones o, como muy mínimo, experimentados.

Me acosté con un virgen[348] una vez después de que Rome y yo rompiéramos la primera vez y fue realmente horrible. Por lo visto, después de romper con él se metió en tal período sexual que ahora es todo un profesional, así que de nada, mundo.[349] Sin embargo, Romeo nunca fue así. Es uno de los chicos que besaba bien, incluso entonces. El tipo de chico que sabe moverse por el dormitorio porque ha estado en muchos dormitorios.

Christian sabía moverse por un dormitorio. Lo mucho que le quiero se agarra al tobillo de mi corazón como un monstruo escondido bajo un puente, pero le doy una patada para zafarme de él.

No se acaba rápido. Romeo tiene aguante. Toca todos los puntos adecuados porque se los sabe de memoria, y si mi corazón no estuviera aplastado bajo un par de Aquazzuras de Magnolia Parks quizá podría haberlo disfrutado, pero no puedo. Cierro los ojos con fuerza y creo que Rome cree que los tengo cerrados porque lo estoy gozando y tal vez estoy totalmente entregada al momento, pero los tengo cerrados porque si los abro y veo a Romeo Bambrilla y no a Christian Hemmes juro por Dios que me partiré en dos.[350]

Mi mente está acribillando a mi corazón con un millón de pensamientos por minuto.

¿Christian está bien? ¿Le han hecho daño?[351] ¿Está con Magnolia? ¿Mi hermano le ha hecho daño? ¿En algún momento le gusté a Christian aunque fuera solo un poco o siempre fue solo por

el sexo? ¿Por qué montó tal espectáculo con lo de estar juntos, entonces? A Romeo se le da muy bien esto. ¿Esto está mal?[352] ¿Estoy haciendo algo malo ahora mismo?[353], [354] ¿Malo para quién?[355] Malo para mí, sí, sin duda. ¿Malo para Romeo? No lo sé. Anoche estuvo con Tavie (lo cual hace solo para hacerme daño), así que quizá esté jodidamente mal, pero quizá no pase nada porque quizá Romeo y yo somos así y ya está. Tal vez todos los hombres y yo somos así. No tener un padre puede hacértelo, ¿sabes? Se llama transferencia emocional. Me crio un capo adolescente y cachondo. El sexo casual es su pan de cada día, él no tiene relaciones sentimentales.[356] Christian tampoco las tenía cuando lo conocí. ¿Eso era yo para él? ¿El pan de cada día? ¿Por qué vino a mi casa y me dijo que estábamos juntos? ¿Por qué empezó a ponerse celoso? ¿Era todo mentira? ¿Estaba mintiendo como un bellaco?

Mi cabeza se queda aquí atrapada todo el rato.

No quiero hacerlo una segunda vez, pero en cuanto Rome sale me envuelve un dolor abrasador. Dolor visceral. Lo siento por todas partes. Por todo mi cuerpo, hasta el último centímetro.

¿Sabes cuando te quemas la mano y la pones debajo del grifo de agua fría, que pasan dos segundos que no sientes nada después de sacarla y luego el dolor vuelve a aparecer con fuerzas renovadas, que es como si alguien subiera el volumen de tu dolor? Dolor en estéreo.

Así es como siento todo mi cuerpo.

La ausencia de Christian me invade, y me doy cuenta de que me duele menos cuando Rome me toca, así que necesito que me toque más. Necesito que Romeo no deje nunca de tocarme. Tengo miedo de que deje de hacerlo porque no puedo sentir lo que siento cuando deja de hacerlo porque estoy insoportablemente enamorada de Christian Hemmes de una forma que ni siquiera sabía hasta ahora

que hemos terminado, y más te vale creerte que hemos terminado, hostia. Nunca le perdonaré, nunca volveré. Nunca lo miraré, nunca le volveré a hablar. No será nada para mí, aunque lo sea todo. Le haré pagar el resto de su vida por haberme engañado para que le amara sin ser correspondida.

Tercer asalto, me obligo a mantener los ojos abiertos.

Me obligo a mirar a Rome fijamente a los ojos. A él le gusta, y eso me hace sentir una mierda. Me aparta el pelo de la cara y me mira como si me amara[357] y yo imito su mirada[358] porque me da igual, a la mierda, quemaré este lugar hasta los cimientos si eso significa que puedo salir viva de aquí.

Miro fijamente a Rome a los ojos y le toco la mejilla. Me besa la palma de la mano, y no hace falta que me lo digas: soy un puto monstruo.

Llamémoslo electroshock para el corazón.

Llamémoslo terapia de inmersión.

Llamémoslo la cosa más difícil que he hecho nunca.

Pero no me permitiría cerrarlos.

Y ha estado bien. ¿Increíble incluso? Me he corrido dos veces. He pensado en Christian todo el rato, me he preguntado hasta dónde había llegado con Magnolia. ¿Habrían dormido juntos? ¿Cómo era él cuando la tocaba? ¿Movía las manos lentamente por el cuerpo de ella como lo hace por el mío? ¿Me tocaba a mí como la había tocado a ella? ¿Dónde fue su boca? ¿Dónde se quedaba? ¿Le gustan esos puntos de mi cuerpo porque son míos o porque son las mismas partes que tiene ella, pero que ya no puede tocar?[359] ¿Cerraba los ojos cuando estaba conmigo para poder verla a ella? La verdad es que nunca me fijé.[360] Creo que antes lo hacía, al principio, creo que cerraba mucho los ojos, pero hacia el final parecía que los fijaba en mí.

Quizá para él fui una terapia de inmersión.

¿Sabes mucho sobre supernovas?[361]

Hay de dos tipos. El primer tipo se produce cuando la estrella acumula materia de una estrella vecina hasta que produce una reacción nuclear. El tipo dos se produce cuando la estrella se queda sin combustible nuclear y colapsa por su propia gravedad.

Mi corazón es una supernova de tipo dos.

Le quise tanto, tan deprisa, demasiado pronto, y ahora se ha acabado y estoy colapsando bajo el peso de todo ello. Estoy implosionando.

Estoy pensando en mi corazón implosionando y lo vacía que me siento, aunque Rome sigue dentro de mí, y eso me jode el cerebro más de lo que podría contarte.

Los libros, las películas y los programas de televisión describen el sexo con una persona cuando estás enamorado de otra como algo que conlleva mucha angustia y culpa y una sublime falta de disfrute porque la persona que lo hace, en última instancia, está tan en contacto con sus sentimientos y es una maldita cagada tan increíblemente humana que se detiene cuando está a medias y se redime por ese momento de clarividencia en el que se da cuenta de que el sexo no es lo que quiere porque no lo está teniendo con quien realmente quiere estar. Pero ya sabía que Romeo Bambrilla no es el hombre del que estoy enamorada cuando he empezado todo esto. Y, aun así, estrecharé su cuerpo contra el mío todo lo que pueda, como un escudo humano. Y ¿sabes qué? Que sé que no va a funcionar, pero a la mierda, al menos lo estoy intentando.

No sé qué dice esto de mí como persona llegado este punto, pero disfruto de la corrida. En cierto modo, incluso más que cuando me acuesto con Christian.

Con Christian, correrse es una señal del fin. Es el acto final de la

única clase de intimidad que tendré jamás con él[362] y luego la intimidad será arrancada, envuelta en un pañuelo y tirada a la basura. En cambio, aquí, con Rome, correrse son sesenta segundos de dolor torrentoso que siento sobre todo como placer y ¿se me está rompiendo el corazón o está abrasado por el fuego? Está claro que abrasado por el fuego, pero ¿es de los buenos o de los malos? No lo sé. Pero hace falta sofocarlo y no puedo pensar en nada más durante ese minuto entero, ese minuto entero y perfecto en el que el mundo se precipita y se agita y no pienso en lo jodida y locamente enamorada que estoy de un hombre al que no le importo una mierda.

CINCUENTA Y SEIS

Julian

No acabo de entender lo que pasó en mi cumpleaños.

Los chicos hicieron un buen trabajo ocultándomelo; en cierto modo aprecio el esfuerzo, en cierto modo no. Ella es mi responsabilidad, y punto. Y sea lo que sea que haya pasado, es jodido y la ha jodido a ella, se ha quedado destrozada, pero es que además tampoco me habla de ello.

Ni siquiera me enteré hasta la mañana siguiente de que había pasado algo. Eso me ha hecho sentir como una mierda. Era Romeo, sin camiseta en mi cocina, bebiendo leche directamente del cartón.

—¿Qué coño haces tú aquí? —le pregunté con el ceño fruncido.

Me dedicó una media sonrisa arrogante.

—Dais y tú tenéis que poneros un poco al día… —Me dio una palmada en la espalda—. Feliz cumpleaños, hermano.

Los chicos y yo estamos de camino a una pequeña intervención con Eamon Brown.

Ha pasado cerca de un mes desde el trabajo y solo ha pagado la mitad. Soy un hombre que perdona, pero no tanto, y ya estoy harto de sus gilipolleces.

Estoy sentado en el Defender blindado con Miguel y le miro.

—Oye, sé sincero conmigo… —le señalo con la barbilla—. ¿Está

muy mal Cara?

Aprieta los labios, pensativo.

—Sí, bastante mal.

—¿Peor que cuando Rome y ella rompieron?

Se lo piensa un segundo y asiente una vez.

—Es probable.

Lo miro y niego con la cabeza.

—No la he visto merodeando con mala cara por ahí.

—Eso es porque no han salido del dormitorio. —Me lanza una mirada impasible.

Hago una mueca. Qué asco. Como si quisiera saberlo.

Me recuesto en el asiento y suspiro.

—¿Qué ha pasado?

Miguel chasquea la lengua un par de veces, intentando decidir qué decir, qué no decir… Es más leal a mi hermana que a mí. Resulta un poco irritante. Aunque no puedo reprochárselo, es de las mejores virtudes en un hombre.

—Ha descubierto que Hemmes está enamorado de Magnolia Parks.

—Joder. —Parpadeo, sorprendido. No lo sabía.

Miguel niega con la cabeza.

—No se lo está tomando bien.

Llegamos a la casa de Eamon Brown en dos coches. Kekoa, Miguel y yo en el Defender. Feliz y Cañón en el Escalade.

Salimos y nos dirigimos a la puerta principal de su propiedad en Cobham.

Es un tipo inteligente. Tiene una casa con la familia aquí, y un apartamento con Lyra en Westbourne Green.

Llamo dos veces.

Espero.

La puerta se abre y es una niña. Tendrá…, no sé…, ¿ocho años? ¿Nueve? Joder, te juro que odio que la gente tenga hijos. Humaniza demasiado.

Tampoco me gusta que la gente deje que sus hijos abran la puerta. Estamos en el puto 2021. Espabila un poco, Brown. Le debes setenta millones a un capo, abre tú mismo la puerta, nenaza.

Los nervios se adueñan de los ojos de la niña cuando me ve y eso no me gusta. Yo nunca le haría daño a un niño.

—¿Está tu padre? —le pregunto.

Traga saliva y una mujer aparece detrás de ella.

—¿Puedo ayudarle?

—Busco a Eamon Brown —le digo y sus ojos bailan de mí a los chicos. Se agacha y le dice a la niña que vaya arriba.

—¿De qué se trata? —pregunta, frunciendo el ceño. Parece francamente confundida. No sabe que su marido se metió en la cama con una gente muy peligrosa.

—¿Está o no está? —pregunta Feliz, malhumorado. Si en el mejor de los días no tiene un gramo de paciencia, no digamos ya un día en el que he interrumpido sus telenovelas diurnas para venir a amenazar de muerte a un hombre.

—¿Quién es, cariño? —pregunta Brown al doblar la esquina. Se queda inmóvil cuando nos ve.

Levanto la mano y le saludo con alegría.

—Cielo, ¿puedes ir a prepararme la comida, por favor?

Ella asiente y se va.

Miro el reloj. Santos de Cartier. Un regalo de los Hemmes por mis treinta. Muy bonito.

—Es un poco pronto para comer, ¿no? —Le lanzo una mirada elocuente.

Se aclara la garganta y sale con nosotros. Cierra la puerta tras de

sí.

—¿Tu mujer no sabe que me debes setenta millones de libras?

Traga saliva.

—¿Tampoco sabe lo de tu noviecita?

Se pone un poco más erguido, intenta hacerse el valiente.

—Me he enterado de que durante tu estancia en Viena adquiriste una segunda obra de arte.

Cañón suelta un bufido y yo enarco una ceja.

—Ah, ¿sí?

Asiente una vez.

—Valorada en aproximadamente setenta millones.

—¿Y eso a ti qué te importa? —pregunto, cruzando los brazos ante el pecho.

Me lanza una larga mirada.

—Creo que eso nos deja en paz.

Koa se echa a reír mientras Feliz le enseña a Brown una pistola que lleva escondida debajo del chaleco.

Yo sonrío un poco y sacudo la cabeza. Vaya par de cojones tiene este tipo, en serio, me deja impresionado.

Lo miro con los ojos achicados y frunzo los labios.

—Tienes una familia muy bonita aquí…

—Esa mujer tuya —interviene Cañón—. Es muy linda.

Soy bueno leyendo a la gente. Siempre lo he sido, tienes que serlo cuando te dedicas a esto y también cuando estás criando a tu hermana pequeña.

Se me dan bien los gestos faciales, el lenguaje corporal y esas mierdas.

El miedo es universal. Todo el mundo esboza la misma expresión cuando se asusta, y esta puta broma de hombre que tengo aquí ni siquiera parpadea cuando su mujer recibe una amenaza.

Algunos hombres mueven cielo y tierra por sus mujeres. Te tiran todo lo que tienen para mantener a su mujer a salvo, pero este tío no.

Ella le importa una mierda, lo que normalmente significa que ya no está enamorado, pero que hay un acuerdo prenupcial.

Ya lo investigaré.

Le dedico una sonrisita.

—Si tu hija no estuviera en casa ahora mismo, te mataría aquí mismo en el portal.

Vuelve a tragar saliva.

Me dirijo hacia mi coche y le grito sin siquiera mirarle:

—Volveremos a vernos.

CINCUENTA Y SIETE

Christian

Me fui a casa del abuelo después de la fiesta y pasé la semana en el norte, en Little Cawthorpe. No me preguntó por qué estaba allí, comprendió que había un porqué y le bastó. En cualquier caso, no es de la clase de hombre que presiona, al menos no al principio.

Hemos ido a pescar a Saltfleetby, en las dunas de Theddlethorpe. Ha estado bastante callado durante la primera hora. Y me ha ido bien. Yo tampoco soy muy hablador, la verdad. Me gusta estar en silencio, casi siempre. La gente dice que lo heredé de mi padre, pero no conozco una mierda a mi padre. Yo digo que lo heredé del abuelo.

—Bueno. —Lanza otra caña—. ¿En qué clase de lío te has metido?

Lo miro de soslayo y él no me devuelve la mirada, sigue observando tranquilamente el agua.

—¿Qué te hace pensar que estoy metido en un lío?

Ahora sí que me mira, y suelta una carcajada.

—Porque lo estás.

Resoplo.

—Me lo dice tu cara… —Se señala entre las cejas—. Están demasiado fruncidas. Tienes demasiadas cosas en la cabeza.

Asiento con la cabeza una vez y pienso en dejar de lado la

conversación, pero ¿qué puedo perder?

—¿Te acuerdas de BJ? ¿Ballentine?

Asiente con la cabeza.

—¿Y de su novia?

—¿La guapa?

Asiento con la cabeza, me rasco la nuca.

—Estoy enamorado de ella desde hace mucho tiempo.

Él asiente despacio.

—Puede que todavía lo esté… —Sacudo la cabeza—. Pero me enamoré de otra persona también. No lo pretendía, pero me sucedió sin más. Y ella también me quería, la otra chica, creo…, y luego se enteró de lo de Magnolia y, no sé…, se fue todo a la mierda. Me odia… —Niego con la cabeza—. Todo el mundo está cabreado conmigo.

Se queda mirando el océano, asiente un par de veces más.

—La chica a la que quieres ahora, ¿dónde está?

Frunzo los labios. Me encojo de hombros.

—¿La has llamado?

Suelto un poco de aire por la boca y miro al cielo.

—Se fue esa noche con su exnovio. No me ha vuelto a hablar.

—Ya, pero te he preguntado si la has llamado.

—No… —Lo miro con orgullo—. ¿No has oído lo que he dicho?

—Claro que sí. —Asiente con la cabeza, entorna los ojos para mirar al mar y vuelve a callarse—. Este ha sido tu problema desde que eras un crío.

—¿Qué? —Lo miro con el ceño fruncido.

—Eres orgulloso —me dice—. No te hace bien.

—No soy orgulloso. —Frunzo el ceño, molesto.

—Sí. —Asiente—. Sí que lo eres. Y está claro que también estás ciego si no sabes que eres así.

Recojo la caña y vuelvo a tirarla. No digo ni una palabra porque no sé qué decir.

—Habla con tu amigo —me aconseja—. Hace veinte años que lo conoces.

Niego con la cabeza.

—No creo que quiera verme.

—Quizá no, pero después de veinte años, hay mucho que perder.

Al cabo de unos días, conduzco de vuelta a Londres, sin saber muy bien qué más podía hacer aparte de hablar al menos con Beej, y probablemente también con Parks.

Sé que debería hablar con Daisy (en realidad, es la única persona con la que quiero hablar), pero que se vaya a la mierda porque la noche en que me di cuenta de que la quería fue la noche en que se fue a casa con Romeo Bambrilla.

Llamo a su puerta, en Park Lane, y me abre mi hermano.

—Bueno. —Me saluda con la barbilla y se aparta para dejarme entrar—. Mamá me dijo que estabas en Louth.

—Sí —asiento.

—¿Cómo está el abuelo?

Me encojo de hombros.

—Tiene un cerdo nuevo del que está muy orgulloso.

Mi hermano se ríe entre dientes y me mira con dureza.

—¿Te ha hecho entrar en razón?

Le miro, pero no sé muy bien a qué se refiere, porque no necesito entrar en razón, me hacen falta tres deseos.

—¿Está aquí? —Miro a mi alrededor.

—Abajo. —Me da una palmada en la espalda.

Me quedo un segundo delante de la puerta de su cuarto, cerrada, intentando pensar qué voy a decir y cómo empezar.

Las relaciones son difíciles, ¿verdad? No importa de qué tipo sea, si merece la pena mantenerla, a veces tienes que decir mierdas que no quieres decir, sacártelas de la boca y tirarlas por encima de la valla que está construyendo tu colega, porque eso es lo que hace la gente cuando le haces daño: construir vallas, levantar muros, cavar zanjas, trampas, etc. Si eres tú quien da el primer paso hacia la reconciliación, tienes que quedarte ahí y ver si asoma la cabeza por el otro lado de la valla, ver si te devuelve la pelota.

Llamo una vez y no espero a que me responda antes de abrir. Beej me mira fijamente y yo me apoyo en el marco de la puerta. Vuelve a mirar la tele.

—¿Dónde cojones te habías metido? —pregunta a la pantalla.

Me meto las manos en los bolsillos y entro un poco más.

—Necesitaba un poco de tiempo.

No dice nada, se limita a mirarme fijamente y yo niego con la cabeza. Llevamos años con esta mierda.

—Estoy enamorado de ella, Beej…

Se le tensa la mandíbula, luego suelta una risita y niega con la cabeza. Parece enfadado, pero no necesariamente conmigo.

—¿Qué? —Frunzo el ceño.

Él frunce los labios.

—Es que no eres el único que me lo ha dicho últimamente.

Niego con la cabeza mientras me acerco a él.

—Esto es de locos.

Él asiente, distraído.

—Ella está loca de la cabeza… —añado, pero es un error porque gruñe al instante y suspiro, me molesta que Parks pueda jodernos a todos y nadie pueda decir una mierda al respecto—. Lo está, tío… —continúo—. Necesita que todo el mundo la adore. Tú, yo, Tom, Jules… Es una mierda. Y ella…

—Para. —Niega con la cabeza—. ¿Qué haces? Esto no va de ella.

Creo que miente. Para él, siempre va de ella. Siempre ha sido así, probablemente siempre lo será.

—Va de que eres mi mejor amigo y la quieres… —añade.

—No era mi intención. —Lo miro, pero él suelta un bufido.

—Si saliste con ella, joder. A mis espaldas.

—Beej… —Echo la cabeza para atrás y me pego contra la pared distraídamente—. Fue un accidente. Estábamos quedando…, habíamos sido amigos toda la vida… desde antes que tú. —El comentario no le gusta, me lanza una advertencia con la mirada, así que me encojo de hombros—. Estaba con ella, igual que había estado con ella mil millones de veces antes. Y entonces un día nos besamos.

—Oh. —Me lanza una mirada exagerada—. ¡Un día os besasteis!

—Llovía, nos metimos en una cabina de teléfono…

—Joder… —Empieza a negar con la cabeza como un loco—. No te estoy pidiendo que me lo cuentes detalle a detalle…

—¿Entonces qué me estás pidiendo? —subo un poco el tono.

—¿Por qué ella? —me contesta.

—Porque es la puta Magnolia Parks.

Que es la respuesta. Es la única respuesta que recibirá y la única que necesita, a decir verdad, porque sé que la entiende. Ella es una de esas chicas, ¿sabes? De esas por las que harías cualquier cosa, por las que serías cualquiera, por las que arruinarías tu vida, por las que dejarías de lado a todos tus amigos y tus escrúpulos por cuarenta segundos a solas con ella en una cabina telefónica empañada porque estaba lloviendo y olía como el verano en que la perdiste por primera vez. Magnolia Parks es un millón de cosas distintas. Una zorra, un grano en el culo, un enigma, una jodida superluna de sangre… La gente hace locuras para poder ver esos

eclipses desde un lugar privilegiado. Yo hice una locura. Y desde entonces estoy pagando el precio.

BJ me fulmina con la mirada y yo me encojo de hombros, tan impotente ante todo esto ahora como entonces.

—Y ella estaba triste. Y yo quería hacer que se sintiera mejor. —Lo miro—. Pero ella estaba triste por ti. Porque para ella, siempre eres tú…

Me lanza una mirada cargada de tristeza.

—Eso ya no es verdad.

—Joder, tío, claro que lo es. —Pongo los ojos en blanco—. ¿Cómo puedes no darte cuenta? Todo lo que ella hace es por ti, o sobre ti, o intentando joderte porque tú la jodiste primero…

Se tumba en la cama y se queda mirando el techo. Suelta aire por la boca y me mira.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Me siento a su lado. Suspiro.

—Porque es tuya. E incluso cuando no lo es, lo es.

BJ vuelve a mirar el techo y yo me miro las manos.

—Y no la deseo. Es solo que… —Se me apaga la voz y suspiro—. No sé cómo superarlo.

Respira fuerte por la nariz.

—Ya, sé cómo te sientes.

Le observo atentamente durante un segundo.

—Beej, tengo que hablar con ella.

Aprieta la mandíbula distraídamente.

—¿Qué le vas a decir?

Que me jodan si lo sé, esa es mi respuesta. No tengo ni puta idea.

—No lo sé. —Levanto los hombros—. Pero tengo que hacerlo.

Él frunce el ceño y asiente una vez.

—Confío en ti.

CINCUENTA Y OCHO

Daisy

Romeo y yo somos complicados, obviamente. Lo que estamos haciendo ahora mismo no es complicado, en realidad es muy transparente.

Pero lo que él es para mí, que una vez fue inocente y lleno de entusiasmo, ahora se ha vuelto enrevesado y confuso.

Lo ha sido desde aquella noche con la bañera y esos hombres que intentaron matarme. No pudieron conmigo, pero sí con nosotros. Lo que éramos antes de eso, ellos lo cambiaron. Lo cambiaron todo.

Mi novio salió a duras penas de debajo del hombre muerto que lo aplastaba y me sacó del cuarto de baño, al tiempo que se metía las dos pistolas en los pantalones.

Yo temblaba tantísimo (ya no por el frío, sino más por el shock) que me puso una bata. No me soltó en ningún momento.

Nuestros hermanos y sus padres vinieron a buscarnos poco después. Intentaron llevarse a Romeo a casa, pero él no quiso irse, no quiso soltarme, no quiso dejarme.

Nos dieron un día.

Cuando nos despertamos a última hora de la tarde del día siguiente, después de una noche en la que apenas pegamos ojo (yo tenía la garganta magullada y amoratada, me despertaba cada

media hora pegando golpes, seguía luchando contra esos hombres mientras dormía sin conseguir dormir), nuestras familias nos sentaron y nos dijeron que teníamos que romper. Dijeron que esas cosas seguían pasando cuando estábamos juntos, así que no podíamos seguir juntos. Dijeron que Romeo continuaría la escolarización en Nueva York para terminar su último año. Yo no podía decir nada, no podía hablar; lloré con un llanto raro, atrofiado, que ni siquiera sonaba como si fuera yo, y sentí que estaba defraudando a Romeo, aunque no le soltaba la mano. Y él dijo que no, opuso resistencia, pegó a mi hermano. Jules se lo permitió. Carmelo se lo llevó a rastras.

Nos separaron físicamente. Julian tiene una cicatriz en la cara de cuando le arañé intentando volver con Romeo.

Esa noche, sobre las dos de la mañana, Romeo se coló en mi habitación. Creo que Kekoa lo ayudó a entrar porque nunca habría podido hacerlo solo. Me sacó de la cama, me besó como loco.

—Fúgate conmigo —me pidió.

Dejarlo todo atrás, nuestra vida, nuestras familias, Julian. No podía hablar. Negué con la cabeza.

—No necesitamos a nadie más —continuó, cogiéndome de las muñecas—. Nueva Zelanda o Bali o algún lugar lejano donde no puedan encontrarnos.

Negué con la cabeza.

—Pues adonde quieras… —Se encogió de hombros—. A mí me da igual…

—No puedo irme de Londres —dije a duras penas. Me dolió horrores decirlo, fue una tensión tan espectacular que hizo que me sintiera mareada después.

Sin embargo, supe que él sabía que no se trataba de Londres. Sino de Julian.

—Sí puedes —me dijo, mirándome de hito en hito—. Yo cuidaré de ti…

Negué con la cabeza.

—Dais, si no nos fugamos, mañana me meterán en el avión y estaremos separados durante meses.

Me tapé la cara y empecé a llorar ese llanto extraño. Me apartó las manos y las sujetó con las suyas.

—Ven conmigo. No lo necesitas.

Y deseé que eso fuera verdad, porque si lo fuera, me habría ido con él, adonde él hubiera querido, en plena noche. Me habría escabullido y lo habría dejado todo atrás, porque ese es realmente el sueño, pero no es verdad. Sí necesito a Julian. No es solo mi hermano, no es solo mi mejor amigo, es mi padre y mi protector y mi familia y mi hogar, y Rome significaba el mundo para mí, pero mi hermano significaba el universo.

Sacudí un poco la cabeza y Rome se apartó un paso de mí y respiró entrecortadamente.

—¿No?

—Lo siento… —En realidad eso no lo dije en voz alta.[363]

Romeo soltó una carcajada triste y seca.

Me apartó la mano de un manotazo.[364] Y luego se fue. Voló a Nueva York al día siguiente.

Ese fin de semana apareció en todas las revistas de Inglaterra y Estados Unidos por enrollarse con dos chicas del mismo programa de telerrealidad. Se folló a toda la ciudad de Nueva York, me rompió el corazón cuando volvió a casa en Navidad y no le dirigí ni una sola palabra, ni siquiera cuando nuestras familias pasaron el día juntas. En Nochevieja nos emborrachamos y dormimos juntos, y así empezó la jodida versión de nuestro estar juntos, que aún perdura. No sé distinguir dónde termina el amor con Romeo y dónde empieza el

trauma con Romeo. Está todo mezclado.

Mezclado aquí, nada menos, cuando cae sobre mi cuerpo desnudo, jadeando. Me pasa la mano por el pelo con los ojos colmados de una ternura que estoy segura de que hará que nuestra precaria situación se vuelva todavía más peligrosa llegado el momento.

Llevamos días haciéndolo. Sin parar. La verdad es que solo paramos para comer y a veces para ducharnos.

Es un desastre total y absoluto, lo sé. Soy un tren descarrilado. Amaba a Christian muchísimo más de lo que creía (y sabía que lo amaba), pero ahora aquí estoy, en el despertar de su ausencia, apenas una cáscara de persona que está dispuesta a llenarse por cualquier medio necesario.

Romeo es el medio, y créeme cuando te digo que él es necesario.

Él es la mano que perfora el hielo por el que me caí.

Él es la inyección de antídoto tras la mordedura de una serpiente.

Él es el piolet al que me aferro en la ladera del acantilado por el que acabo de caer.

Romeo rueda hacia mí, roza su boca con la mía.

—Tengo que llamar a mamá. —Me dedica una pequeña sonrisa—. Lleva días sin verme. Está empezando a preocuparse.

Asiento y aparto la mirada, me pregunto cuánto tardará, porque cuando mi mente vaga a su aire solo hay un lugar al que va, y es un lugar que ahora tengo prohibido.

Suena el timbre de la puerta.

Suspiro, molesta por tener que salir de mi habitación, pero a la vez encantada de distraerme.

Bajo las escaleras con una de las camisetas de Romeo y unas braguitas de encaje, y abro la puerta de par en par.

Tiller se echa hacia atrás.

—Dios.[365]

Grosero. Pongo mala cara.

Abre la boca para decir algo, pero hace una pausa y me mira con mucha atención.

—¿Estás bien?

Doy una bocanada de aire superficial. Ahora siempre respiro superficialmente.

—¿Qué quieres, Tiller?

—¿Es verdad? —me pregunta.

Me cruzo de brazos.

—¿El qué?

—¿Tú y Hemmes habéis terminado?

Dolor lacerante. Cara seria.

—Sí.

Parece un poco triste por mí, la verdad. Exhala, niega con la cabeza.

—Mira, Daisy, si algún día quieres hablar o, ya sabes, como…

—No quiere —dice Rome desde detrás de mí, me rodea la cintura con los brazos y me atrae hacia él, que no lleva camiseta y salta a la vista que acaba de echar un polvo.

Tiller me mira a los ojos (parece todavía más triste), luego mira detrás de mí, a Rome.

—No hablaba contigo.

Romeo se adelanta y me coloca detrás de él.

—Tendría que haber dejado que te dispararan…

Hago retroceder a Rome de un tirón.

—Bueno, no era decisión tuya, Romeo. —Lo fulmino con la mirada —. Espérame arriba.

Fulmina a Tiller con la mirada durante unos segundos y luego me besa de una forma que me hace sentir como una mierda, porque es

una exhibición ostentosa y quiere demostrar algo, pero no sé qué está exhibiendo y no sé qué es ese algo.

Tiller lo observa mientras se va y me mira, con una ceja enarcada.

—Por favor. —Se burla—. Te has olvidado de Christian bastante…

—No digas su nombre —espeto rápidamente. La voz me sale grave y gutural.

Tiller parpadea, sorprendido.

—O no —se corrige en voz baja, retrocediendo escaleras abajo—. Te lo he dicho en serio. Si quieres hablar…

Asiento una vez, pero no sonrío. La verdad es que ya no sé hacerlo.

CINCUENTA Y NUEVE

Christian

Voy camino a Holland Park y estoy jodido de cojones.

Esto es peor que hablar con Beej. En el peor de los casos, Beej podría haberme pegado un puñetazo y adiós. Pero Parks… ni siquiera…, joder, ella podría arrancarme el alma de cuajo. Ahora que lo pienso, lo ha hecho varias veces. Por eso estoy conduciendo hacia ella en este preciso instante, supongo. Para pedirle que me devuelva todos esos pedazos de mí.

Marsaili me deja entrar, con ojos entrecerrados y desconfiados. No le gustó que Parks y yo estuviéramos juntos, pero supongo que eso la convierte en una madre responsable o lo que sea que es. ¿Quién en su sano juicio elegiría que su hija estuviera con alguien como yo? Solo un idiota, la verdad, así que no puedo reprochárselo.

Subo corriendo las escaleras y acabo de abrir la puerta, porque no estaba cerrada. Está sentada tranquilamente en su cama. Cabizbaja, con la nariz metida en una revista, tan preciosa que da asco, y enseguida recuerdo por qué estoy metido en este lío.

Siente que alguien la observa, levanta la mirada y la pasea.

Magnolia abre mucho los ojos y viene corriendo hacia mí, me mete en su habitación y me quita la capucha de la sudadera de un tirón.

—¿Te hicieron daño? —pregunta con un hilo de voz.

Niego con la cabeza y ella suspira, aliviada.

—Tú sí, pero… —le digo.

—¿Qué? —Parpadea mucho.

—Mira, Parks, vete a la mierda. —Hablo con un tono más agresivo de lo que pretendo, pero supongo que estoy bastante enfadado, así que sigo hablando sin pensarlo más—. Pero, en serio, vete a la mierda. Lo digo en serio.

—Christian…

—Eres una desgraciada, Parks.

Aquello le sienta como una bofetada. Odia esa palabra, siempre la ha odiado. Me mira con esos putos ojos de Bambi, enormes y heridos.

—Estoy enamorado de ti —le digo y niego con la cabeza. Se me ha escapado, sin permiso ni premeditación, como si esa afirmación hubiera visto la oportunidad por primera vez en tres años y hubiera ido a por ella. Supongo que ahora me dejaré llevar porque ¿qué más puedo perder? Le rodeo la cintura con la mano.

—¿Qué? —Parpadea, asustada.

Y entonces la beso.

Y es un beso extraño. Bueno, importante, podría ser el beso más importante de toda mi vida en realidad porque es esclarecedor.

Llevo años pensando en besarla, desde la última vez que lo hicimos, convertí el volver a besarla en mi propio Everest, y aquí estoy, en su habitación, en medio de Holland Park, rodeándole la cintura con la mano, besándola como he querido hacerlo durante tantísimo tiempo y no es lo que quiero y sé por qué.

—De hecho… —La fulmino con la mirada—. Te odio.

Aquello parece destrozarla un poco.

—¿Por qué?

—Porque me lo permites —grito, agotado—. Es por alguna razón que acudes a mí y no a los otros chicos…

Niega rápidamente con la cabeza.

—Sí, porque nosotros…

—No. —La miro de hito en hito—. Tú sabes por qué.

Entonces empieza a temblarle el puto labio inferior. No soporta que nadie en el mundo esté a malas con ella, de verdad, ¿pero uno de nosotros? ¿Yo? No puede soportar el rechazo.

Se encoge débilmente de hombros.

—Los otros dos son demasiado leales a Beej. Tanto que me mentirían por él. Y sé que tú…

—Haría cualquier cosa por ti. —Asiento con la cabeza—. Sí, lo haría. Pero vete a la mierda por permitírmelo. ¿Qué te pasa? ¿Necesitas que el puto mundo entero esté enamorado de ti?

—Christian… —dice y se le llenan los ojos de lágrimas y luego es que no puedo evitarlo. Me lanzo sobre ella, le agarro las muñecas y le aparto el pelo de la cara.

La miro fijamente unos segundos, reflexiono en lo que estoy pensando, me aseguro de que lo que voy a decirle a continuación va en serio. No hay vuelta atrás, es esa clase de mierda irrevocable.

—Me he cansado de esto, ¿vale?

—Christian… —Suspira.

—Y necesito que me dejes en paz, Parks. —La miro con elocuencia —. Que me dejes superar lo que siento por ti.

Ella asiente, tiene un poco el mismo aspecto que en el colegio cuando la regañaba la señora Bain. También parece un poco asustada.

—¿Vas a dejar de ser mi amigo?

—Siempre seré tu amigo, pero hace mucho tiempo que no soy tu amigo.

Aparta sus ojos de los míos, avergonzada.

—De ahora en adelante —busco sus ojos—, si no se lo pedirías a Jonah, no me lo pidas a mí.

Asiente con la cabeza, creo que para sí misma.

—Lo siento muchísimo, no sé qué me pasa, yo…

Me aprieto el labio superior con la lengua.

—Te lo permití. —Me encojo de hombros débilmente—. Podríamos haber tenido esta conversación hace tres años, pero no la tuvimos porque yo no quise. —Le dirijo una media sonrisa—. Amarte a ti era una buena razón para no amar a otra persona.

Parpadea un par de veces y luego se le iluminan los ojos.

—¿La quieres a ella?

Asiento con la cabeza y me siento en su cama.

—Sí.

Se sienta a mi lado.

—Qué afortunada.

—Oye. —La señalo, reprimiendo una sonrisa—. Nada de esa mierda. Ahora estamos haciendo negocios tú y yo.

—¿Daisy está bien? —me pregunta.

Y yo aprieto los labios y niego con la cabeza.

—No lo sé… No nos hablamos.

Le cambia la cara y me pregunto si veo algo de culpabilidad en sus rasgos.

—Te quiero, Christian. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. —Asiento con la cabeza—. Por desgracia no como te quiero yo a ti.

Frunce los labios.

—En otros tiempos sí.

—Pero no como lo quieres a él. —La miro y le aprieto la rodilla juguetonamente.

Siento que esto es el final. Después de tanto tiempo, de tantos años de sentimientos de mierda reprimidos y torturados, es como si estuviera viendo arder la hoguera del amor que siento por ella y, a decir verdad, estoy menos triste de lo que pensaba. Más que nada, me siento aliviado.

Le doy un beso en la mejilla, me levanto y me dirijo a la puerta.

—No la jodas con él, Parks —le digo negando con la cabeza—. Me cabrearía muchísimo si lo hicieras.

SESENTA

Daisy

No puedo recordar una sola vez en mi vida en la que Romeo y yo hayamos tenido sexo y no hayamos terminado al mismo tiempo.[366] Y me encantaría decir que tengo algo que ver con eso, pero no, es él. Rome me conoce, siempre lo ha hecho. Y me miraba y me esperaba e, incluso ahora, lo hace, aquí en mi cama, allí en mi ducha, abajo en la sala de cine, en el banco de mi cocina, en cualquier sitio, en todas partes, todo el rato. Es constante y no paramos porque no puedo. Si lo hago, lo sentiré todo, volverá a mí como una oleada y no quiero sentirlo más. No puedo. No me lo permito. Así que vuelve a abrazarme contra él por tercera vez hoy, nuestros cuerpos tensos y rígidos hasta que el momento nos atraviesa y pasa. Y como todas las veces anteriores a esta, Romeo echa la cabeza hacia atrás y sonríe con los ojos cerrados, soltando una carcajada, y yo, sin pensarlo, entierro la cara en su cuello y lo beso. Una sola vez. Como he hecho siempre. Tiene un sabor salado, como lo ha tenido siempre.

Y, como siempre, es el disparo de salida para el cuarto asalto.[367]

Han pasado unos quince días desde el cumpleaños de mi hermano, y la verdad es que no hemos parado. No he contestado al teléfono, ni siquiera lo he mirado, aunque probablemente debería

haberlo hecho. Lo que ocurre a continuación probablemente se podría haber evitado si me hubiera limitado a mirar mi puto móvil, pero en lugar de hacerlo, tengo a Rome encima y lo estoy mirando fijamente[368] cuando la puerta de mi habitación se abre de golpe.

Romeo mira hacia atrás, por encima del hombro, airado y dispuesto a pelear, pero su actitud cambia por completo en cuanto se da cuenta de que es Jack.

—Vaya, vaya. —Se apoya contra el marco de la puerta.

—¡Jack! —gruño—. Lárgate, joder.

—No —contesta con descaro mientras se acerca a la ventana y abre las cortinas de un tirón—.[369] ¿Sabes siquiera qué día es, Dais?

—¿El día en que dejamos de ser amigos? —replico acalorada mientras le pego un tirón a la sábana para cubrirme.

Jack hace un sonido de «ja, ja» y me lanza una sonrisa falsa.

Se sienta en la cama y Rome se incorpora con una sonrisa de oreja a oreja.

—Jacky… —Se dan el mismo apretón de manos que se han dado desde la noche en que los presenté y se emborracharon y se lo inventaron, hará aproximadamente siete años.

Jack hace un gesto con la mano entre nosotros.

—Así que vosotros dos… ¿Está pasando?[370]

Rome adelanta la barbilla en dirección a Jack.

—¿Qué te parece, Giles?

—¿A mí? —Jack se señala a sí mismo—. Bueno, personalmente, me parece que estáis a un paquete de condones de una intervención…

Rome se ríe y yo vuelvo a poner los ojos en blanco.

—Jack… —Lo reprendo con la mirada—. Estábamos ocupados…

—Sí. —Ladea la cabeza—. ¡El misionero! Lo vuestro es cautivador.

Romeo se ríe más mientras se pasa la mano por el pelo.

—Bueno, esta mañana hemos montado un espectáculo de la hostia, tío. Deberías haberlo visto, ha sido acrobático.

—No lo dudo… —Jack mira a Romeo con altivez—. Mira esa espalda, Rome… ¿Qué peso estás levantando últimamente?

Romeo suelta una risita y me mira de reojo.

—No lo sé, ¿cuánto pesas?[371]

—Y, vamos a ver, Daisy… —Jack me mira con elocuencia—. *Mazel tov*.

—Giles. —Le lanzo una mirada de advertencia.

—¿Qué? —Frunce el ceño y se encoge de hombros—. Es de mala educación no llamar a las cosas por su nombre.

—¡Jack! —chillo.

Y él se ríe de su propio chiste.

—Tengo que decir, eso sí —comenta Jack mirándonos—, que el hecho de que volváis a estar juntos resulta difícil de gestionar para el resto de nosotros.

Pongo los ojos en blanco. Ni siquiera me molesto en decirle que no estamos juntos de verdad, que solo estamos haciendo esto.[372]

Rome se apoya en la cabecera de mi cama, con las rodillas en alto, y mira a nuestro viejo amigo con una ceja enarcada.

—¿Cómo dices?

—Bueno, vosotros dos sois muy temperamentales. Ahora sí, ahora no; arriba y abajo. Asesinato… —Nos mira fijamente.

Romeo hace una mueca.

—Intento de asesinato.

Jack esboza una sonrisa tensa y asiente.

—Mucho mejor.

Romeo se ríe, se inclina y me besa la mejilla.

—Me voy a la ducha. —Coge una almohada para cubrirse cuando

sale de mi cama.

Jack le da un cachete en el culo al pasar y Romeo niega con la cabeza, riéndose de su viejo amigo.

Toda esta escena me hace sentir como si volviera a tener quince años, cuando ese par eran los únicos amigos que tenía en el mundo y, para ser sinceros, eran lo único que tenía. Supongo que sigue siendo cierto ahora. Y durante un breve momento, la nostalgia se apodera de todo el ardiente dolor que intento sofocar con el cuerpo de Rome; se calma y, solo por un segundo, siento un fresco alivio. Entonces cierra la puerta del baño y el sonido rompe la cuerda con la que me he unido a Romeo. Ese hilo que nos une y que, a todos los efectos, es un goteo intravenoso para mí porque cuando tienes un orgasmo, ocurre algo maravilloso: se liberan dopamina y serotonina[373] en el sistema, que es básicamente morfina para un corazón como el mío.[374]

Así que Rome y yo estamos teniendo un montón de sexo. Obviamente.

Soy mi propia especialista en el manejo del dolor y Romeo Bambrilla es el dispensario de analgésicos. Afortunadamente, lo lleva con manga ancha. Producto de calidad y te sale muy a cuenta el pavo.[375]

Es una solución complicada, sin embargo, porque, llegado este punto, en el que lo hemos hecho más veces de las que quiero contar,[376] todavía no se ha eliminado a Christian. Cada vez que tenemos sexo, mi cerebro se fija en todas las cosas que Rome hace distinto que él.

Rome prefiere estar encima, Christian prefiere que yo me ponga encima. Prefería.[377]

Romeo siempre parece ponerme las manos en el culo, Christian me rodeaba la cintura con una y la nuca con la otra.

Rome empieza por arriba y va bajando, Christian era más itinerante.

Y no quiero pensar en él, pero es que solo puedo pensar en él.

Jack me lanza una larga mirada, se cruza de brazos, identifico el dolor en su semblante serio.

—¿Dónde coño has estado?[378]

—Pues…

—Te llamé, te mandé mensajes cien veces la semana pasada. ¿Dónde has estado?

—¡En ninguna parte! —Me encojo de hombros, casi con impotencia—. He estado… aquí.

Señala mi cama.

—¿Llevas una semana aquí?

—Dos, en realidad —le digo, levantando la nariz.

Parpadea mucho y niega con la cabeza.

—¿Y Christian? ¿Dónde está?

Me encojo de hombros y al instante se me llenan los ojos de lágrimas al oír su nombre. Parpadeo para ahuyentarlas, niego con la cabeza por lo estúpida que soy, y a Jack se le ablanda la expresión de la cara.

Vuelve a sentarse en la cama y se mueve un poco para acercarse a mí.

—¿Qué ha pasado?

—Que sigue enamorado de ella.[379]

Le cambia un poco la cara.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé —le digo con solemnidad.

Aprieta los labios y señala con la cabeza la puerta del baño.

—Entonces ¿qué es esto?

—Es…

Hago una pausa. Creo que sé lo que es, pero es demasiado duro y cruel por mi parte reconocer lo que creo que estoy haciendo con el cuerpo de mi mejor y más viejo amigo, pero me estoy muriendo, tío, y él siempre me salva cuando me estoy muriendo. Solo que ahora es de una manera distinta.

—No lo sé. Lo estamos averiguando.

Jack asiente un poco con la cabeza, pero tiene el ceño fruncido.

—Que no se te olvide lo que eres para él, Dais.[380]

—¿Qué soy para él? —pregunto desafiante.

Me mira.

—Todo.

SESENTA Y UNO

Julian

—Vale, chicos. —Me siento en mi silla, miro a todos mis hombres reunidos en la mesa del comedor—. Tenemos que hablar.

Suspiro, miro la cena que nos ha preparado mi hermana. Ragú de cordero cocinado a fuego lento durante diez horas. He tenido que esperar a que se marchara para poder tener esta charla.

Kekoa se levanta y se cruza de brazos.

—Brown no piensa pagar.

Cañón suelta un bufido, Feliz niega con la cabeza.

—Ahora, estos dos… —hago un gesto con la cabeza hacia los Malotes de Silicon— pueden vaciarle la cuenta y listo. Sacarle todo lo que nos debe, pero… —Niego con la cabeza y Miguel me imita.

—Va mal para el negocio —dice Declan y lanza una mirada al resto de los chicos—. La gente no puede pensar que se nos pueden hacer estas mierdas.

Kekoa asiente.

—Bien. —Doy una palmada—. Vamos a vengarnos.

Un murmullo recorre a los muchachos, en general están de acuerdo. Miguel no necesariamente, claro que él no estaría de acuerdo con ninguna artimaña que podemos poner a prueba. Es un tipo bastante católico. Y ¿sabes qué? Soy tan devoto como cualquier

otro, pero a veces uno tiene que hacer lo que tiene que hacer.

—¿Qué pasa con su mujer? —pregunta Feliz.

—Lo hemos investigado. —Koa niega con la cabeza—. Le estaríamos haciendo un favor a ese capullo.

Me rasco la nuca, pensativo.

—¿Tiene novia? —pregunta Cañón.

—Sí. —Declan asiente y le lanza una mirada—. Lyra Iordanou.

—Joder, macho. —Cañón suelta una risotada—. Así que tampoco podemos tirar por ahí. Tocarla cabrearía a demasiada gente.

—¿Críos? —lanza Feliz y yo lo reprendo con la mirada.

—No metemos a los niños en nuestras mierdas. —Niego con la cabeza.

Decks me lanza una larga mirada como si se lo estuviera pensando.

—No sé, Jules. Podría ser la manera de avanzar.

Vuelvo a negar con la cabeza.

—No metemos a los niños en nuestras mierdas —afirmo con voz fuerte, sobre todo por si Dais está escuchando. No puedo permitirme que me crucifique.

—No tenemos que matarlos. —TK se encoge de hombros—. Basta con que nos los llevemos un momento. Para sacarle un poco más de dinero.

Declan asiente.

—Darle una lección.

Los miro a los dos.

—¿Queréis que secuestre a una criatura de ocho años y a otra de cinco?

Declan se encoge de hombros de forma irreverente, con el único propósito de ponerme nervioso.

—No quiero que nadie piense que eres una puta broma, hermano.

Me paso la lengua por los dientes, niego un poco con la cabeza porque sé que me estaba provocando y que he picado.

La verdad es que no me ha hecho gracia la sensación de que este puto don nadie me desafiara. A mí nadie me desafía. Nadie se atreve a no pagarme lo que me debe, y este puto nuevo rico aparece de la nada, me pide que le robe un putísimo Klimt, ¿y luego tiene los putos cojones de pagarme solo la mitad?

Lo mataría sin dudarlo, pero prefiero darle una lección, dejar que el miedo con el que vivirá cada día del resto de su vida sirva como un cartel con patas de que a mí nadie me jode y se sale con la suya.

Lanzo una mirada penetrante a los chicos.

—Que nadie les haga daño, ¿entendido?

Kekoa asiente.

—Jamás.

—Vale. —Adelanto la barbilla y asiento con la cabeza—. Hagámoslo.

SESENTA Y DOS

Christian

Los chicos y yo hacemos un viaje fugaz a Holanda. No recuerdo de quién fue la idea, si mía o de BJ. Es posible que fuera mala, eso sí. Beej y Parks se pelearon que alucinas. La peor discusión que haya visto entre ellos, despedazándose en mitad de Harrington Street sin importarles que les estuviera viendo todo el mundo. Normalmente todos vamos con mucho cuidado de mantener esta mierda en familia, en casa, donde solo podemos verlo nosotros, pero aquello fue un alud que bajó demasiado rápido, y Beej fue demasiado lejos y se metió demasiado. Cuando Parks se enteró, quedó tan destrozada como te imaginas. Probablemente, incluso más.

Supongo que Ámsterdam se nos antojó tentadora por esa misma razón. Escapismo absoluto, lo cual, honestamente, ninguno de nosotros pensó con la cabeza antes de llegar allí. Para BJ, el escapismo significa drogas y sexo, y ya sabemos cómo acaba esta historia.

No hay un «dime basta» con él. No sabe decir basta.

Va tan mal como te imaginas y él acaba siendo un desastre más absoluto de lo que cualquiera de nosotros dejaría que llegara a orejas de Parks. Ni siquiera yo hace unos meses, cuando probablemente habría intentado contarle sin querer lo mal que se

había puesto BJ, creo que, incluso entonces, habría cubierto un poco sus andadas aquí porque la verdad es excesiva.

Nos turnamos todos para cuidar de él, que está demasiado jodido para darse cuenta.

Ahora le toca a Henry, así que Jo y yo vamos a comer algo.

Jo se sacude las manos, se reclina en su silla en Renzo's Delicatessen, y me mira.

—Bueno, ¿cómo llevas toda la mierda de Daisy?

—¿De qué estás hablando? —Frunzo el ceño.

Él me imita un poco el gesto.

—Bueno, ella y Rome…

Parpadeo un par de veces.

—¿Qué les pasa?

Jo se cruza de brazos y frunce el ceño, y entonces tengo una sensación de mierda. Una especie de nerviosismo discreto que empieza a arremolinarse en mi estómago.

Mi hermano se rasca la nuca.

—Tío, que están… Vamos, que han vuelto a tope.

Lo miro con fijeza. Sacudo la cabeza.

—No, no han vuelto.

No puede ser. Seguro que aquella noche fue algo puntual.

Él frunce el ceño y asiente.

—Que sí.

—La gente dice muchas tonterías, Jo. No es cierto.

Mi hermano me mira un poco confundido.

—Christian, que los vi.

—¿Los viste haciendo qué? —Me encojo de hombros.

—Haciendo punto. —Me mira con elocuencia—. Que están juntos, tío. Julian dice que no se separan nunca y que él…

Sigue hablando, pero no le escucho. Me siento un poco mareado.

Tengo náuseas y estoy mareado. No sé qué pensaba que estaba haciendo ella todo este tiempo…, echarme de menos, supongo. Soy un puto idiota, por supuesto que iba a volver con Romeo. No sé por qué no pensé que lo haría. Tal vez pensé que él no querría estar con ella después de mí, pero ¿por qué no iba a querer? ¿Quién no iba a querer?

—¿Estás bien? —Mi hermano ladea la cabeza—. Estás raro.

—¿Crees que se están acostando? —le pregunto.

Me lanza una mirada extraña. Asiente una vez.

—¿Mucho?

Se aprieta el labio inferior con la lengua, frunce el ceño y asiente una vez.

—Estoy bastante convencido de que no están haciendo otra cosa…

Y es como una avalancha en mi cerebro, todas las cosas que he hecho con Daisy, todas esas cosas a las que nunca puse fin en mi mente. No era algo consciente, no es que estuviera allí siendo un patético y esas mierdas pensando que estaríamos juntos para siempre, pero es que nunca pensé en serio que la cosa pararía, que nosotros pararíamos. Y hemos parado, lo sé, estas últimas semanas, pero pensé que habíamos parado porque ella había actuado mal conmigo, follándoselo esa noche, y que en un par de semanas, cuando yo me hubiera calmado y ella se hubiera dado cuenta de que la había cagado y que había exagerado y que también me quería, volveríamos a empezar y seguiríamos volviendo a empezar para siempre, supongo.

¿Pero está allí en su cuarto con él? ¿Ahora? ¿En su habitación, donde dejé mi chándal favorito de Bassike? ¿Dónde tengo la mitad de mi ropa interior? ¿Donde el cargador de mi móvil sigue enchufado en su pared? Juro por Dios que si ese puto gilipollas está usando mi cargador…

Mis calcetines están ahí. ¿Y si ese tío se ha puesto mis calcetines?

Compré condones y los dejé en el cajón de mi lado de la cama. ¿Y si los usa para follársela?

Hago un ruido raro y me llevo la mano a la boca.

—Creo que voy a vomitar.

Me mira con mala cara.

—¿Qué coño te pasa?

¿La toca como yo la toco? Me encanta su cintura, me encanta poder rodearla con una mano. La peca que tiene debajo del ojo que siempre parece un grito de guerra para besarla, la comisura de su mandíbula que recorro cada vez que tenemos sexo. ¿Él lo está haciendo? Claro que sí, la forma del rostro de ella lo exige, joder.

Miro a mi hermano. Creo que me he puesto pálido.

Él niega con la cabeza.

—¿Qué te pasa? ¿La… la quieres? —Suelta una risita.

Me quedo mirándolo, se me ha acelerado la respiración.

A ella se le acelera la respiración cuando está a punto de acabar, esos jadeos rápidos que son tan sexys y, yo qué sé, cada vez que los hacía yo me sentía tan jodidamente orgulloso de mí mismo. Llevaba como un broche de oro el dejarla sin aliento, pero entonces me pregunto…: ¿ahora está jadeando así por él?

Apuro lo que me queda de mi gin-tonic. De un trago. Miro el vaso de whisky de Jo. Lo cojo. De un trago.

Jo me mira fijamente, me mira como si no me reconociera. Jonah no ama a la gente. Y si lo hace, lo hace de muy mala gana.

—¿Todo esto va en serio, tío? —Parpadea—. ¿Eres un loco enamorado de ella?

—Y… Yo… —Niego con la cabeza—. No sé qué significa eso, Jonah.

—Esto. —Me señala con un gesto—. Ahora te estás enterando, tío.

Me meto las puntas de los dedos en los ojos cerrados y niego con

la cabeza.

—Estoy enamorado de ella hasta las trancas, Jo.

—¿Entonces qué coño estás haciendo en Ámsterdam? —Niega con la cabeza.

—¡Me acabas de decir que tiene un puto novio!

—Bueno, lo tiene, creo… —Se encoge de hombros.

Lo miro y vuelvo a negar con la cabeza. Me pellizco entre los ojos. Odio a las chicas. Son unos putos monstruos, todas ellas.

Te juro que pensaba que ella también me quería.

Pero aquí estamos. Así que puede irse a la mierda.

Miro a mi hermano.

—¿Dónde están los chicos?

A la mierda. Me pongo en modo Beej total.

SESENTA Y TRES

Daisy

Romeo y yo decidimos ir a cenar a Annabel's y Julian se apunta. Salir con ellos dos me hace sentir como si volviera a tener quince años, [381] pero ya no soy quien era entonces. En aquel entonces, de alguna manera,[382] era bastante optimista. Creía en el amor, pensaba que Rome y yo estaríamos enamorados para siempre, pensaba que «para siempre» era un destino, no solo una cosa que nos decimos para sentirnos mejor. Recuerdo tener quince años y sentir que nunca amaría nada tanto como amaba a Rome. Entonces apareció Christian, que saltó la valla, acabó con mis dudas e inhibiciones y me hizo un agujero en el centro de mi ser. Lo amé de una manera que no sabía que supiera amar a otra persona. Amarle me ha hecho estar segura de que jamás volveré a amar a nadie de la misma manera, porque ese agujero que me ha dejado me recuerda a un estudio de un caso que vi en una revista médica que documentaba lesiones de la guerra de Secesión.[383] Había un soldado del 149.º de Infantería de Pensilvania que fue herido por un fragmento enorme de proyectil que lo atravesó por completo, le perforó los tegumentos dorsales y le laceró horrendamente los músculos adyacentes, pero no le lesionó la columna vertebral, ni siquiera las costillas. A todos los efectos, estaba bien. Me parece que

al cabo de seis meses lo enviaron otra vez a la guerra. Con el agujero que le atravesaba y todo. La ilustración de esa revista soy yo. Soy el buen hombre que tiene un agujero que lo atraviesa entero.

Christian es el proyectil de artillería que hizo pedazos mi vida solo porque le amé como le amaba y por eso ahora creo que le odio. Siento su ausencia en mi vida de la misma manera que sientes que el sol se esconde detrás de una nube y deseas volver a tener quince años, llena de un optimismo estúpido y sin quebraderos de cabeza y capaz de amar como es debido, pero aquí estamos. Inconmensurablemente jodidos, follándome a mi más antiguo amigo del mundo y jodiéndolo a él todo a la vez. Pero no pienso parar. Creo que no podría ni aunque quisiera.

Rome me rodea con un brazo mientras él y mi hermano hablan del partido entre el Liverpool y el Manchester United del fin de semana. Yo estoy haciendo un tablero en Pinterest de los platos que quiero cocinar para Navidad cuando siento que alguien me mira. Levanto la vista. Busco a mi alrededor.[384]

Solo tardo un segundo en encontrar a ese alguien y aparto la mirada en cuanto lo encuentro.

Christian Hemmes no tiene ningún derecho en absoluto a mirarme como si hubiera despellejado a su puto perro por estar aquí con mi hermano y mi amor de la infancia. Ningún derecho. Cero.

Miro intensamente mi plato de mejillones a la marinera a medio comer. No porque no estén deliciosos, sino porque también he pedido el bogavante a la americana.

—¿Estás bien? —Mi hermano me hace un gesto con la barbilla.[385]

Yo apenas levanto la vista al asentir.

Rome me mira con el ceño fruncido en el mismísimo instante en el

que Christian se acerca a nuestra mesa, sé que es él sin necesidad de levantar la vista. Zapatillas nuevas. Bambas J. M. Weston de ante negro. Sus viejos vaqueros negros que están rotos y dejan a la vista una rodilla que amo. Mantengo la mirada baja, fija, durante unos segundos al tiempo que intento que el peso de lo mucho que le quiero no me aplaste hasta la muerte.

Levanto la vista.

—¿Qué quieres?

Parece un poco triste que lo salude con ese comentario, creo, y me emociona un instante. Ojalá no fuera así, ojalá yo no fuera así, ojalá no fuéramos así, ojalá no estuviera acostumbrada a tener que buscar entre su forma de parpadear para encontrar una pizca de evidencia de que, al menos en cierto modo, yo le gustaba y de que yo lo amaba a él.

Pero soy así y no sé de qué otra forma saber que lo que hubo entre nosotros era real, aparte de arrancarme el cuchillo que me clavó en la espalda y atacarlo con él.

Christian señala con la cabeza en dirección contraria a la mesa.

—¿Podemos hablar?

Romeo se echa hacia atrás en la silla y mira incrédulo a Christian al tiempo que se cruza de brazos.

—No. —Niego con la cabeza, sin mirarlo a los ojos.

Christian suspira.

—Dais, vamos…

Romeo se levanta.

—Te ha dicho que no.

Christian lo mira, molesto.

—¿Por qué cojones te pones de pie tú ahora? Siéntate, nadie está hablando contigo.

Rome echa la cabeza hacia atrás, sorprendido.

Me pongo de pie y me interpongo entre ellos. Miro a Christian y niego con la cabeza.

—Vete…

—Daisy. —Me lanza una mirada a medias desesperada y a medias cansada—. Por favor, solo quiero hablar…

Pero Rome me rodea y aparta a Christian de un empujón.

—Te ha dicho que te vayas.

Christian suelta una especie de risa hueca que me pone nerviosa, porque sé que Rome se cree mejor luchador que Christian porque nunca ha luchado contra él de verdad. Solo le ha visto en esa pelea amañada en el museo de Viena, pero yo sé cómo pelea Christian. Y sé por qué no lo hace casi nunca.

Christian se recupera y empuja a Rome hacia atrás, pegándole al instante un puñetazo en la mandíbula.

Rome no se lo esperaba, pero solo tarda un segundo en recuperarse y arremeter contra Christian, tirándolo de espaldas contra la mesa que tiene detrás. La comida, los platos y la cristalería se hacen añicos que caen por todas partes mientras Christian forcejea con Rome y empieza a pegarle puñetazos como un puto loco. Rome consigue pegarle algún que otro puñetazo, pero no muchos, y todo el mundo está mirando. Todo el mundo.

Miro a mi hermano con ojos enloquecidos. Si te soy sincera, se le ve un poco aburrido.[386] Sé que tengo los ojos muy abiertos, muerta de vergüenza.

—Joder, Julian, ¿puedes hacer algo? —grito.

Él suelta un gruñido, se levanta de la mesa, se acerca y levanta a Christian para apartarlo de Rome y luego lo señala con un dedo amenazador.

—Te ha dicho que te vayas, tío. Así que será mejor que te largues de una puta vez.

Christian me lanza una larga mirada, tiene el pecho agitado y los puños ensangrentados, igual que la nariz. Me mira como si le hubiera hecho daño, como si hubiera sido yo quien le engañó para que me amara, como si hubiera sido yo quien pasó su corazón por la picadora, pero ambos sabemos la verdad.

Se presiona la lengua contra el labio inferior, se seca la sangre y yo me quedo mirándolo un segundo más de la cuenta antes de acercarme a Rome y mirar cómo tiene la cara. Él me aparta las manos nerviosas cuando llego a su lado, avergonzado y enfadado. Le agarro la cara para que me mire, para poder hacerle daño a Christian una vez más obligándole a verme tocando a Rome de esta manera. Ni siquiera sé si le dolerá, pero estoy dispuesta a arriesgarme por un momento de alivio, a cambiar mi dolor por el suyo, aunque solo sea durante un segundo.

SESENTA Y CUATRO

Julian

Anoche tuve otro combate.

No acabó muy bien, al menos para el tipo de la jaula.

Me sentí un poco mal, pero es el riesgo de una pelea clandestina, ¿no?

Podría haberme matado con la misma facilidad con la que yo lo maté a él.

Me he puesto una camiseta de manga larga para que Daisy no vea los moratones. Si los ve, lo sabrá y se enfadará.

—Hola. —Entro en la cocina y me siento en la encimera.

—Hola. —Mi hermana levanta la vista, lleva la cara embadurnada de harina.

—¿Estás haciendo un pastel?

—Qué va, me estaba haciendo una de esas famosas limpiezas faciales de harina… —Me reprende con la mirada, la mierdecilla.

La cocina está hecha un desastre. Como si estuviera cocinando ocho cosas a la vez. Lleva semanas sin cocinar, no cocina desde que ella y Hemmes lo dejaron, lo cual es muy raro viniendo de ella, no ha habido un momento en su vida en el que no cocinara. Ni siquiera de niña. De hecho, incluso cuando nuestros padres murieron, siguió cocinando. No hablaba, pero cocinaba.

Lo que le gusta es el hecho de seguir la receta. Medir, verter, crear un plan y que funcione porque cocinar no es más que física. Son reacciones cuantificables, eso me dijo cuando tenía doce años. Los resultados no varían si sigues la receta.

Nunca la he visto cocinar más de una cosa a la vez, le resultaría contraintuitivo porque lo hace por el método, y ahora la tengo aquí yendo de una encimera a la otra, de bol en bol, hay cucharas por todas partes, fogones que se han quedado encendidos, la puerta del horno medio abierta… Ella nunca lo haría si estuviera bien, pero supongo que esa es la cuestión.

Que no lo está.

—¿Qué es esto? —Meto el dedo en el cuenco que está removiendo.

Me aparta la mano de un manotazo.

—Relleno de arándanos para una tarta que estoy haciendo.

Miro detrás de ella, hacia el horno.

—¿Estás haciendo *éclairs*?

—Y milhojas —dice sin levantar la vista—. Pásame la mantequilla.

Lo hago, me apoyo en la encimera y observo a la hermana que he criado. Intento hacerme una idea de la situación aunque sé que ella no quiere que lo haga, por eso se mueve tan deprisa, como un colibrí que no quiere aterrizar.

—Estoy preocupada por ti, Dais.

Se rasca la nariz con el antebrazo y, no sé cómo, acaba todavía más llena de harina.

—Pues no lo estés. —Me lanza una mirada que me dice todo lo que necesito saber—. Estoy bien.

—¿Tú y Rome estáis intentando batir algún récord?

Me fulmina con la mirada.

—Mira quién fue a hablar: cada noche tienes a una chica distinta

en la cama.

—Sí, como he hecho toda la vida. —Me encojo de hombros y la señalo—. ¿Pero tú? Esto no es propio de ti.

Me ignora.

—Miguel me ha dicho que has estado faltando a las clases, que la colada mide ya metros…

—Hazla tú —le suelta al bol que está removiendo.

Yo niego con la cabeza.

—No se trata de la colada, Dais, lo mandaré todo a la tintorería. Pero te encanta la colada y te encanta cocinar y te encantan las clases y te encanta boxear y te encanta leer y ya no haces nada de todo eso…

Aparta la mirada unos segundos y luego vuelve a mirarme, un poco desafiante.

—Bueno, igual ya no quiero sentirme yo misma.

La miro fijamente y niego con la cabeza, sintiendo un ápice de miedo.

—¿Qué cojones te ha hecho?

Ella se encoge de hombros, con la mirada perdida en los platos que se amontonan en el fregadero.

Ladeo la cabeza, intentando mirarla a los ojos.

—¿Quieres que lo mate? —le pregunto, solo para que se ría.

Me mira y no dice nada. Parpadea un par de veces.

—Voy a hacer un pastel de carne —proclama al cabo de un rato, asintiendo para sí misma.

—¿Y los postres? —pregunto, mirando el relleno de arándanos.

Coge el cuenco y lo tira al fregadero.

—Se me ha acabado el beicon a tiras —me dice—. ¿Puedes salir y traerme un poco?

SESENTA Y CINCO

Daisy

Salgo de la ducha y Rome me pasa una toalla. Tiene un ojo cerrado y me sonríe como me gustaría que no lo hiciera.[387] Me roza los labios con los suyos como no debería, pero le devuelvo el beso porque ahora soy así.

Paso a su lado y me miro en el espejo, maravillada de cómo por fuera puedo parecer la misma mientras por dentro me siento como una cáscara de mierda terrible. Las fachadas son así de impresionantes.

Cojo el cepillo de dientes, le pongo pasta. Marvis de menta y jazmín. Me miro fijamente, intentando buscar algo familiar, pero ya no queda nada familiar en mí, solo Rome. Agradezco que esté aquí aunque me siento fatal porque esté aquí. Me doy cuenta de que todas las cosas sobre las que me miento a mí misma no son ciertas.

Él me quiere.

Yo quiero a otra persona.

Que quiere a otra persona.

Es todo muy… griego. Y ya sabes cómo terminan esas historias: alguien muere. Siempre hay una tragedia. Yo soy la muerte. Yo seré la tragedia.

Rome se me acerca por detrás, rodea con los brazos mi cuerpo

envuelto con una toalla, me entierra la boca en el cuello.

—Oye, mamá quería que vinieras a cenar a casa esta noche…

—Ah —digo.

Abro la boca para decir algo más, pero no me sale nada. No puedo ir a una cena familiar con Romeo por un millón de razones, una de las cuales es que no puedo dejar que Delina me vea así. Si lo hace, lo sabrá. ¿Estoy sana? No. ¿Estoy funcionando? Apenas. ¿Estoy usando a su hijo? Completamente.

—Um… —Me giro y le dirijo una sonrisa tensa, niego con la cabeza con displicencia—. No sé, no me apetece mucho.

—¿No te apetece cenar? —Parpadea.[388]

—Bueno. —Me encojo de hombros—. Mira, tú ve, después vuelves y haremos…, bueno, lo que sea…

Parpadea un par de veces y luego traga saliva una vez.

—¿Lo que sea? —repite, frunciendo el ceño.

—Ya sabes lo que quiero decir… —Me encojo de hombros, intentando dejar atrás lo que sea que esté pasando tan rápido como puedo.

Él niega con la cabeza.

—Pues no, la verdad, Dais.

—No es para tanto. —Levanto un hombro y lo bajo—. Tú ve, les das recuerdos de mi parte, vuelves después y seguiremos donde lo dejamos. —Me inclino para besarle y él se aparta, y me mira de una manera que me hace sentir miedo. Como si no me hubiera mirado de verdad hasta ese momento. Como si yo fuera una extraña, como si él hubiera perdido de vista algo que también reconocía.[389]

—¿Qué estás haciendo? —Frunce el ceño.

Aprieto los labios.

—Nada…

—Y una mierda. —Pone muy mala cara y se aleja de mí. Me da la

espalda, se pasa las manos por el pelo. Niega con la cabeza, se da la vuelta, se tapa la boca con una mano y me fulmina con la mirada.

—Daisy, te quiero —me dice sin inmutarse. Mierda[390]—. Estoy enamorado de ti.

Y esto es lo que le contesto:

—Rome, no hagas esto…

Suelta un bufido.

—¿Hacer qué?

—¡Esto! —Lo señalo vagamente con la mano—. ¿Por qué haces esto?

—¿El qué? —me interrumpe[391]—. ¿Decirte que te quiero?

—¡Sí! —resoplo.

Mueve la boca, pero no emite ningún sonido. Me mira con fijeza, dolorosamente confundido.

—¿De qué cojones estás hablando? —Niega con la cabeza y me mira como si fuera una desconocida—. ¿Qué estamos haciendo? —Me mira fijamente, tiene los ojos vidriosos.

No digo nada, porque ¿qué cojones puedo decir?

Parece nervioso cuando pregunta más alto:

—¿Qué estás haciendo conmigo, Dais?

—No lo sé. —Me encojo de hombros sin remedio y me aprieto las cuencas de los ojos con las manos—. Estoy intentando no hundirme…[392]

Lo cual es cierto, pero no pretendía decirlo en voz alta[393] y cuando lo hago, ya está hecho. Le alcanza como una bala, de lleno. Un disparo mortal.[394]

Le cambia la cara por completo, el aire abandona su cuerpo y yo lo he aplastado en un segundo, a este chico al que he amado desde que tengo uso de razón, pero del que ya no estoy enamorada, que ha luchado por mí y me ha protegido, que ha matado por mí, por el

que yo he matado. Mataría a alguien por menos de todo el daño que le estoy haciendo ahora, pero todo eso ya da igual porque le necesitaba para sobrevivir.[395] Me estaba hundiendo, no podía mantener la cabeza por encima del agua, y entonces le vi junto a la barra y ahora aquí estoy, matándole de un modo distinto a como han intentado matarnos otras veces, pero morir es morir, supongo, y puedo verle morir un poco cuando digo que con él solo estoy intentando no ahogarme.

—Pues ahógate —me dice[396]—. Me importa una mierda.

Me mira fijamente, los ojos lúgubres, la mandíbula tensa, las fosas nasales hinchadas… y todas esas cosas son ciertas, pero la parte más cierta de su expresión es la que está rota.

Me aparta a un lado y sale del baño con un portazo. Al cabo de unos segundos, la puerta de mi habitación también se cierra con fuerza.

Y entonces mi respiración se va a la mierda porque el dolor sordo que he estado sofocando con el cuerpo de Romeo se intensifica en su ausencia.

Dolor instantáneo y lacerante.

Hago un ruido que parece el llanto de una desconocida mientras arrastro varios objetos del tocador del baño y los tiro al suelo.

El cristal se rompe por todo el suelo y me quedo mirando las esquirlas y los trozos durante unos segundos[397] antes de coger la aspiradora para limpiarlo. Si Romeo siguiera aquí, diría que es la acción más agresivamente propia de mí que ha visto en la vida, romper algo y luego limpiarlo de inmediato.

El dolor es una buena distracción del dolor, pienso mientras me siento en el suelo del baño y me voy extrayendo esquirlas de cristal de las plantas de los pies.

Lo hago despacio, intento hacerlo durar, permitirme distraerme

tanto rato como puedo de lo que estoy sintiendo, pero no puedo, porque ese fuego que tengo en mi interior y que todos llevamos dentro, ese que Christian dio por muerto, ese que Rome estuvo avivando hasta ahora, está a punto de apagarse.

Necesito hacer algo.

Bajo lentamente por las escaleras y llego a la cocina. Es un poco más tarde ya, alrededor de las ocho de la tarde.

Declan está ahí, él solo.

Y no pasa nada, está bien, incluso es preferible.

Me mira, me señala con la barbilla los pies vendados.

—¿Qué te ha pasado?

Me encojo de hombros con desdén.

—He pisado unos cristales.

Se levanta y camina hacia mí, frunce el ceño, me agarra un pie y me mira un poco incrédulo.

—¿Cuántos putos cristales, Dais?[398]

Le ignoro.

Me levanta por la cintura y me coloca el banco de la cocina que tengo detrás, vuelve a cogerme un pie y me quita una de las vendas. Me duele mucho, pero ni siquiera esbozo una mueca.

Me mira con el ceño fruncido.

—¿Te has dado puntos tú sola?

Asiento una vez.

—¿Qué coño ha pasado?

—Se me han caído un par de cosas de cristal arriba y las he pisado.

—¿Sin querer? —me dice[399] al tiempo que me escruta la cara.

No digo nada, alargo la mano para alcanzar la botella de vodka a medio beber y sirvo un poco en un vaso sucio que hay junto al fregadero. Lo apuro de un trago.

Declan me observa con el ceño fruncido. Suelta un poco de aire por la boca y vuelve a la mesa en la que estaba sentado.

—¿Dónde está Julian? —le pregunto, sirviéndome un poco más.

Se inclina hacia delante sobre la mesa y me mira largamente.

Sabe que sé dónde está. Josette Balaska está en la ciudad. Es una reincidente suya. Están en un hotel.

—En el Rosewood —me dice Declan de todas formas.

—¿Volverá pronto a casa? —pregunto como si nada. También sé la respuesta.[400]

Me mira por el rabillo del ojo.

—Dijo que llegaría a casa para desayunar.

—Ah. —Asiento una vez y dejo la mirada vagar por la cocina—. ¿Dónde están los demás?

Otra mirada larga.

—Miguel está en su habitación. Cañón y Feliz…, ni idea. Los Malotes están en la ciudad.

—Vale. —Frunzo los labios—. ¿Entonces tú qué haces?

—¿Ahora?

—Sí. —Me encojo de hombros.

Me mira raro.

—Nada.

Asiento con la cabeza una vez y él suelta una carcajada, se muerde el labio inferior y coge el periódico.

Frunzo el ceño y me enfurruño para mis adentros. No me gusta que Declan me ignore, así que me subo a la encimera de la cocina, justo enfrente de él, y me quedo mirándole, esperando a que levante la vista.

Tarda un buen rato en hacerlo. Al menos un minuto aproximadamente al principio.

Un minuto entero ignorándome. Sé que no parece mucho rato,

pero lo es cuando recuerdas que Declan Ellis se ha pasado los últimos cuatro años haciendo todo lo contrario a ignorarme.

Sin embargo, ahí está, leyendo el periódico con atención, incluso va haciendo expresiones faciales mientras lee, soltando alguna risa aquí y allá.

Esto me hace desearlo más de lo que lo deseaba cuando en un inicio se me ha ocurrido esta idea.

Es un deseo impuro, lo reconozco. Contaminado por un ardiente deseo de no sentir que mi corazón está a punto de estallar, un poco de orgullo y mucha lujuria, pero quiero sentirlo en mi cuerpo. Ahora.

De modo que me quedo ahí sentada, esperando, balanceando las piernas, mordiéndome las uñas, bebiéndome un chupito tras otro (a temperatura ambiente, ¡imagínate![401]), esperando a que Declan levante la vista, cosa que hace (¡por fin!), antes de volver a bajarla al instante.

Esto sucede varias veces.

—¿Qué estás haciendo? —acaba preguntándole al *Daily Telegraph*.

—¿Yo? —finjo aclarar—. Nada. —Pausa—. ¿Debería estar haciendo algo? —pregunto con ligereza.

Se pasa la lengua por los labios y mirando el periódico achicando los ojos.

—Daisy…

—Declan… —imito su tono.

Me mira y cruzamos las miradas.

Él también me desea. No es que pensara que hubiera muchas dudas al respecto, pero, para que quede claro, cuando me mira, incluso a unos metros de distancia, sé que me desea.

Puedo sentirlo en el ambiente y, también, puedo leerlo en su cuerpo. Tiene las pupilas dilatadas, está apretando el mármol con las manos con tanta fuerza que se le han puesto blancas, está

intentando respirar con normalidad.

Cambio un poco mi peso, sin dejar de mirarle a los ojos.

Se levanta y se me acerca. Se inclina para que nuestros ojos queden al mismo nivel.

—Para.

—¿Que pare el qué? —Parpadeo inocentemente. Sé que no quiere que pare.

Se ha levantado y se ha plantado delante de mí, entre mis piernas, dejando unos pocos centímetros entre nosotros.

—Esto.

—¿El qué? —Le pongo ojitos.

—Esto —repite con más claridad.

—¿Por qué?

Niega imperceptiblemente con la cabeza.

—¿Qué está pasando?

—Nada. —Me encojo de hombros como si nada—. Estoy bien…

Declan me recorre el rostro con la mirada.

—¿Dónde está Rome?

Suelto una bocanada de aire muy medida.

—Creo que ahora mismo no nos hablamos.[402]

Frunce los labios. Asiente una vez.

—De ahí el vodka.

Me encojo de hombros.

—Claro, si tú lo dices.

Bebo otro chupito.

Declan se aparta un paso a consciencia, se pasa las manos por el pelo.

—Buenas noches, entonces…

—¿Adónde vas? —balbuceo.

Me mira.

—A la cama.

Trago saliva.

—¿Aquí o en tu casa?

Se cruza de brazos, intentando aparentar impasibilidad.

—Aquí.

Me muerdo el labio inferior y lo miro.

—¿Quieres compañía?

Me reprende con la mirada.

—Daisy…

—¿Qué? —le pregunto con brío.

Niega con la cabeza.

—Parece que estés borracha.

—Y estoy borracha —asiento.

Suelta una carcajada, niega con la cabeza y se aparta un poco más.

Siento que me invade el pánico cuando lo hace, es como si se me escapara de entre los dedos… mi oportunidad nocturna de no sentir que tengo las entrañas en llamas, así que decido tomar un rumbo distinto.

—¿Te da miedo mi hermano? —le pregunto en un intento de provocarlo.

Declan suelta un bufido.

—No, no me da miedo tu hermano.

—¿Entonces por qué? —pregunto y él no dice nada—. Nada que no hayamos hecho ya —le digo y sé que parezco desesperada. Estoy desesperada. Es horrible. Debería darme vergüenza. Pero no me da y no me importa. Llámame zorra o puta o guarra o lo que te dé la puta gana, lo seré todo, me trae sin cuidado mientras no tenga que pensar en Christian.

Declan me mira.

—Lo sé.

Disparo la segunda provocación.

—¿Se te ha olvidado cómo?

—Bueno, sé que a ti no —contesta demasiado rápido,[403] como si estuviera enfadado conmigo.

—Joder… —Suelto una carcajada seca,[404] asintiendo—. Vete a la mierda.

Bajo del banco y le empujo al pasar a su lado. Él me agarra de la muñeca, me da la vuelta, y ahora que estoy de pie, me doy cuenta de que estoy en ese punto de la borrachera en que siento que las manos y los pies me arden y me cosquillean.

Declan pasea la mirada por mi rostro y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Estás muy borracha?

Parpadeo un par de veces.

—Muy borracha —asiento—. Pero muy dispuesta…

Gira la cabeza y me mira de nuevo, con el ceño fruncido. Y luego se queda ahí. Los dos nos miramos como niños en un baile escolar, demasiado asustados el uno del otro para dar el primer paso.

Me voy hacia la bodega.

—¿Quieres vino?

—No lo necesitas. —Niega un poco con la cabeza al tiempo que me sigue escaleras abajo—. Y yo tampoco —me dice muy solemne.

Trago saliva, nerviosa, pero son nervios buenos, la clase de nervios que siente un drogadicto cuando le arde la piel, desesperado por una dosis que sabe que va a llegar. Dentro de un minuto dejaré de sentirme tan mal.

Me quedo ahí de pie, esperando a que él haga algo, pero no lo hace. Enarca una ceja.

—Si crees que voy a empezar yo, has perdido la puta cabeza.

Y entonces lo único que hago es levantar los brazos. En cuanto lo hago, Decks se abalanza sobre mí, me quita la camiseta, me levanta del escalón y me estrella contra la pared que tenemos detrás. Es de piedra arenisca y me rasca el hombro desnudo. Duele, ¿pero qué no lo hace últimamente?

Nos arrancamos la ropa el uno al otro, a ambos nos da demasiado miedo que si nos detenemos, aunque sea solo un segundo, el momento se romperá y tendremos que parar. Yo no quiero parar. Quiero tenerlo encima de mí y dentro de mí, adoro sentir la piel sobre piel. Adoro tenerlo encima…, a él o a cualquiera, creo, porque le pone freno.

El dolor sordo se desvanece.

Y siento que puedo respirar de nuevo.

Él me atrae hacia sí, respirando con fuerza en mi oído, lleva muchísimo tiempo deseando esto. Estoy envuelta en cuatro años de deseo y me vienen a la cabeza a toda velocidad todas las razones por las que a Declan se le daba tan bien esto. Siempre ha sido bueno conmigo…, amable conmigo. Desinteresado cuando se trataba de mí, y aquí estoy, egoísta y desconsiderada y utilizándolo, y maldigo el nombre de Christian en voz baja por haberme convertido en esta versión lamentable y odiosa de mí misma.

Acostarme con Declan es más difícil de lo que quería que fuera, porque tan pronto como lo estoy haciendo, puedo sentirlo, sentirme, haciendo jirones el tejido de nuestra amistad. Cada vez que se echa hacia atrás solo para mirarme, siento que salta un punto y me pregunto si alguien tuviera que puntuar lo cruel que estoy siendo ahora mismo, del 1 al 10, ¿me pondría un 11?[405]

Al acabar, no para de cortárseme la respiración en el pecho mientras estoy tumbada en el suelo de la bodega de nuestra casa, mirando a esa persona que sé que siente algo por mí que yo no

siento,[406] y él me observa.

Tiene los ojos raros y no los comprendo.

Pensé que tal vez podría. Como si después de tener sexo fuera capaz de leerle como solía hacerlo.

El sexo es así de raro. Intimidad instantánea, pero solo durante un segundo.

Hay sesenta segundos de intimidad pura, sin adulterar, y sientes que nunca podrías estar más cerca de una persona que ahora, ni aunque lo intentaras, pero es un engaño.

Es una cercanía momentánea.

Se pasa.

Declan agarra su camiseta, se la pone con fuerza, aunque no tengo claro si estoy lista para terminar todavía.

Se pone los vaqueros y me mira, negando con la cabeza.

—Julian no puede enterarse jamás.

SESENTA Y SEIS

Christian

Henry entra en mi habitación y se tumba bocabajo en la cama. Suelta un gruñido de cansancio. Han sido unos días muy duros.

Lo miro desde mi escritorio.

—¿Has hablado con ella?

Levanta la cabeza y asiente.

—¿Dónde está? —Me pongo de pie y me cruzo de brazos.

Todo se ha ido a la mierda. Parks y BJ volvieron a estar juntos, y a decir verdad fue algo bueno. Ambos estaban verdaderamente felices, ella estaba muy feliz. Nos llevaron a The Rosebery para contárnoslo todo y, cuando Parks llegó allí, no sé cómo, pero de alguna manera, Magnolia averiguó que la persona con la que BJ la había engañado era la puta Paili Blythe.

Yo no lo sabía y Henry tampoco lo sabía. Resulta que nosotros tres (Magnolia, Hen y yo) éramos los únicos del grupo que no lo sabíamos.

Y Magnolia, joder. Probablemente hubiera preferido que la mataran de un tiro y con toda la razón.

Fue una putada. Lo triste que se puso me dio unas ganas tremendas de vomitar. Y Beej, me cago en todo. Llorando en los escalones del Mandarin en brazos de mi hermano…, fue un puto

panorama.

Henry se sienta y suelta un suspiro.

—Está en Nueva York.

—¿Con Tom? —pregunto.

—Creo que está allí ahora. Bridge fue la primera en ir. —Henry se rasca el cuello y me mira—. Dice que no va a volver.

Pongo los ojos en blanco.

—Y una mierda. Ya casi es Navidad.

—No. —Henry niega con la cabeza—. Toda la familia irá allí para celebrar las Navidades.

—¿Su familia lo sabe?

Henry me mira con elocuencia.

—Lo sabe todo el mundo, tío. Está en todas partes. En todos los periódicos, todas las revistas, todas las páginas web… Alguien lo grabó en vídeo y se ha hecho viral. —Henry vuelve a negar con la cabeza—. No va a volver. ¿Por qué coño iba a volver?

Parpadeo unas cuantas veces, intentando imaginar qué aspecto tendría siquiera. ¿Londres sin Magnolia? Además de que él la traicionara, la vergüenza de todo el asunto resultaría demasiado para ella. Y ella ya estaba muy avergonzada de que él le hubiera sido infiel en general (sé que para ella siempre fue un obstáculo, que él lo hubiera hecho), ¿pero que lo hiciera con su mejor amiga? ¿Y encima ahora lo sabe todo el mundo? Joder.

Señalo con la barbilla a su hermano.

—¿Qué tal está Beej?

—No lo sé. —Henry se encoge de hombros bruscamente.

—¿No habéis hablado?

—No. —Henry pone mala cara—. Que le jodan, es un puto idiota.

—¿Dónde está Pails? —Me apoyo en el escritorio.

Henry me lanza otra mirada.

—Me importa una mierda, la muy zorra.

—Hen. —Pongo los ojos en blanco—. Es nuestra amiga desde los siete años.

—Exacto. —Henry asiente—. ¿Quién hace una cosa así a una persona que lleva dieciséis años siendo su amiga? Está muerta para mí. —Está decidido, es leal como un puto labrador este chico. Niega con la cabeza—. Si no vuelvo a verla en mi vida, mejor.

Es curioso cómo cambian las cosas. Seguramente, Henry le habría pegado un puñetazo en la cara a cualquiera que hubiera llamado zorra a Paili hace tan solo una semana y ahora…

—Iré a Nueva York este fin de semana, a ver cómo está —me cuenta.

Asiento y me mira, pensativo.

—¿Somos estúpidos? —Henry niega con la cabeza—. Por no haberlo visto, digo.

—Es posible. —Me encojo de hombros—. Tengo la sensación de que las señales estaban ahí, ahora que lo sabemos, ¿sabes?

—¿Como cuáles?

—No lo sé, como… ¿Te acuerdas cuando íbamos al colegio y Jo y Beej montaron una fiesta en nuestra casa, pero todos acabamos arriba en mi cuarto jugando a la botella?

Henry niega con la cabeza.

—Que Magnolia tiró y le tocó Jo, ¿recuerdas? Antes de que estuvieran juntos. Y luego BJ se puso tan capullo con él que la semana siguiente Jo amañó el juego para que les tocara el armario y así compensárselo.

—Ay, sí. —Henry asiente, vagamente.

—A Paili le tocó Beej… ¿Te acuerdas de que no paraba de hablar de ello? Y luego le tocó meterse en el armario conmigo durante siete minutos y se pasó todo el rato que estuvimos ahí dentro quejándose

de que BJ se había tirado diez minutos en el armario con Magnolia porque el juego no funciona así…

—Ya. —Henry asiente con los labios fruncidos—. Siempre se queda mirándolo, supongo.

Me encojo un poco de hombros.

—La mayoría de chicas lo hacen.

Henry niega con la cabeza.

—No puedo creer que Jo lo supiera.

—Yo sí. —Vuelvo a encogerme de hombros—. Esos dos siempre se guardan sus mierdas.

—¿Y Perry?

—Sí, bueno. —Enarco las cejas—. Que consiguieran que no lo destapara sí que me parece un milagro. —Me miro las manos, me siento un poco como una mierda y vuelvo a mirar a Henry—. Creo que siempre pensé que fue Taura y que Beej mentía.

—Ya —asiente Hen—. Yo también hasta que…

No acaba la frase, pero el final es este: hasta que empezó a gustarle.

—Debe de sentirse vindicada.

Henry niega con la cabeza.

—En realidad ella no es así. —Se pasa las manos por el pelo—. Me contó que hará un año dedujo que fue Paili. Decidió que era mejor que Parks siguiera pensando que había sido ella porque le parecía demasiado triste que perdiera al novio y a la mejor amiga a la vez.

Me quedo mirándolo y me froto los ojos, cansados.

—Joder, tío.

—¿Qué? —Frunce el ceño y yo arrugo la nariz.

—Que te gusta. —Exhalo por la boca—. Y mucho.

—Calma, tío. —Pone mala cara—. Lo normal.

Lo miro y niego con la cabeza.

—Eso no existe.

—En fin. —Henry bosteza mientras se va hacia la puerta—. ¿Cómo está tu chica?

—No tengo chica. —Le dedico una sonrisa tensa—. Lo ha dejado muy claro.

Henry me mira con elocuencia.

—Ah, ¿sí?

SESENTA Y SIETE

Julian

Una noche bastante espectacular con Josette. Llevamos un tiempo viéndonos. Siempre que viene a la ciudad. Su madre es estadounidense, su padre es de aquí. Está en ambas costas. El tipo de chica con la que quizá saldría si tuviera pareja, pero no la tengo.

Siempre lo pasamos bien, eso sí.

Llego a casa por la mañana y no veo a Daisy en ninguna parte, aunque tampoco es una novedad.

Echo de menos los desayunos estúpidamente grandes que nos preparaba. Es mejor cocinera que la mitad de los grandes chefs de la ciudad.

Entro en la cocina y me sirvo un café. Al pasar junto a Declan, le alboroto el pelo y me dedica una sonrisa rápida.

—¿Qué tal anoche? —me pregunta.

Me río, negando con la cabeza.

—Es la hostia.

—¿Balaska? —pregunta Kekoa.

Yo asiento con la cabeza y él me hace un gesto de aprobación.

Decks bosteza y yo le señalo con la barbilla el brazo, lo tiene muy rozado.

—¿Qué ha pasado?

Se mira a sí mismo y frunce el ceño.

—Me lo raspé en la bodega.

Asiento.

—¿Qué bebiste?

—Ah, eh… —Parpadea y niega con la cabeza—. Al final nada.

Asiento con la cabeza, un poco confuso, pero no me importa lo suficiente como para preguntarle.

—¿Dónde está Dais? —Miro a mi alrededor.

Koa me lanza una mirada.

—Fijo que con Romeo…

Declan hace una mueca y niega con la cabeza.

—Qué va, no lo creo. —Lo miro, esperando que diga algo más. Declan se frota la nariz y añade—: Creo que anoche lo dejaron.

—¿Qué? —Frunzo el ceño.

—Sí, yo qué sé. —Se encoge de hombros—. Dijo que no se hablaban.

Intercambio una mirada con Ko y se levanta de la mesa.

—Iré a ver cómo está.

Niego con la cabeza y le guiño el ojo.

—No, yo me encargo de esta.

Llamo a la puerta de su cuarto. No contesta. La abro de todos modos y asomo la cabeza.

—Oye —le digo—. ¿Estás presentable?

No contesta y veo que está durmiendo en su cama. Me acerco un poco más y, en cuanto lo hago, percibo el olor rancio a alcohol de alguien que ha bebido un montón.

Me quedo mirando a mi hermana, confundido. Abro un poco una ventana y cojo el vaso que tiene en la mesilla de noche, lo huelo. Vodka.

Me siento en su cama. La zarandeo un poco.

—Oye…

Se despierta, me mira durante unos segundos y luego se incorpora de un salto. Mira a su alrededor rápidamente.

—Estás bien, Cara… —Le toco el brazo. Se sobresalta con facilidad cuando la despiertas. Se apoya en el cabecero de la cama, mira a su alrededor y yo frunzo el ceño sin tenerlas todas conmigo—. ¿Estás bien?

—Sí.

—¿Ha pasado algo con Rome?

Hace un puchero.

—No.

Vamos, que sí.

Pero no la presiono, porque eso no te lleva a ninguna parte con ella.

Se aprieta la frente con el pulpejo de la mano.

—¿Cuánto bebiste anoche?

Se frota los ojos y parpadea, luego se encoge de hombros.

—No lo sé. Un poco.

Aprieto la mandíbula y asiento un poco.

—¿Te acabaste la botella de vodka que había abajo tú sola?

Me mira con muy mala cara.

—¿Y qué si lo hice?

Joder, esto es peor que tener a una adolescente.

—Nada. —Fuerzo una sonrisa—. Solo quería asegurarme de que estabas bien.

—Estoy bien —me dice y se mueve para abrazarse las rodillas.

Asiento con la cabeza y me inclino hacia delante para comprobarlo, pero al hacerlo veo que tiene el hombro muy rozado.

La agarro y la muevo para poder verlo más de cerca.

—¿Qué ha pasado?

—Nada… —Se lo cubre con la mano.

—No. —Niego con la cabeza—. ¿Qué ha pasado?

—No es nada. Estaba en la bodega. Me raspé el hombro.

Entrecierro los ojos.

—¿Cómo?

Ella se encoge de hombros.

Yo me siento, empezando a atar cabos.

—¿Qué bebiste?

—¿Qué? —pregunta ella, parpadeando sorprendida.

—De la bodega —matizo, poniéndome de pie y cruzándome de brazos.

—Ah, eh… —Se aclara la garganta—. Pues al final nada, me quedé con el vodka. No quise mezclar. —Me dedica su sonrisa mentirosa.

Asiento lentamente y salgo de la habitación. Seguro que me lo ha visto en la cara porque sale de la cama de un salto.

—Julian… —Alarga una mano para agarrarme, pero tiene demasiada resaca y tropieza un poco. La cojo para que no se caiga y la miro con furia. Estoy tan enfadado que podría confundirse con calma, pero no es calma lo que siento.

¿Mi segundo al mando está emborrachando a mi hermanita y follándosela?

La miro fijamente, cada vez tiene los ojos más abiertos y redondos por el pánico.

—¡Declan! —rujo más fuerte que nunca y salgo disparado de la habitación de Dais.

—¡Julian…! —grita ella, corriendo detrás de mí, persiguiéndome escaleras abajo.

Decks está de pie en el vestíbulo, con rostro impasible. Sé que sabe que lo sé.

Lo miro fijamente.

—¿Te follaste a mi hermana pequeña cuando estaba borracha? —le pregunto y Koa aparece corriendo. Mira a Declan, frunciendo el ceño.

—Sí. —Declan asiente una vez y Daisy se queda helada.

—¿Mientras estaba borracha como una rata? —pregunto, acercándome a su cara.

—Julian… —Daisy me agarra del brazo y yo me zafo de un tirón, señalo la cara del hombre que se folló anoche.

—¿Sí o no? —le pregunto.

Declan parpadea un par de veces.

—Sí.

Miro a Daisy y es peor de lo que pensaba: está demasiado triste, demasiado deshecha, tan distinta a sí misma. Ella no es así, no hace estas cosas, no bebe demasiado, no se folla al primero que pasa para sentirse mejor, no se siente avergonzada. La observo mientras tiene la vista fija en una baldosa de mármol y las lágrimas le penden de las pestañas. Porque estamos demasiado conectados, porque la conozco mejor que a nadie, puedo sentir que se siente como una mierda. Y él la ayudó a sentirse de esta manera, así que antes de siquiera pensar en lo que estoy haciendo, lo agarro por el cuello de la camisa y lo arrojo al otro lado de la habitación.

Y entonces no sé muy bien lo que pasa. Creo que lo lanzo sobre una mesa que se parte, lo tiro contra un reloj de pie… Daisy chilla, llora, y mis puños vuelan hacia este viejo amigo mío y él ni siquiera intenta defenderse. Primero ha intentado escapar, pero luego se ha quedado quieto, lo cual me ha enfurecido aún más porque sé que eso significa que sabía que estaba mal. Daisy sigue llorando y saltándome encima, gritando mi nombre, suplicándome que pare, intentando apartarme de él, pero no puede.

Kekoa y Miguel, juntos, intentan apartarme de él, pero tampoco

pueden, y el cuerpo de Declan deja de estremecerse cuando lo golpeo y su cara deja de parecer una cara. Sigo golpeándole hasta que me doy cuenta de que me he roto el meñique pegándole en la cara y entonces tiro al suelo su cuerpo jodido y ensangrentado. Le escupo una sola vez y me giro para mirar a mi hermana.

Tiene miedo.

Me hace sentir como una mierda al instante, me arrepiento al segundo, alargo las manos hacia ella y ella se aparta instintivamente. Me dan ganas de morir.

Trago saliva. Daisy me aparta de un empujón.

—Tiene que ir al hospital —dice Daisy, acercándose a mi amigo, que sigue sin moverse.

—¿No me digas? —bufa Kekoa, que me fulmina con la mirada.

—No me toques… —le gruñe Declan con esa voz destrozada y sé que la he cagado. He ido demasiado lejos.

Pero es que ella estaba borracha y es mi hermana.

—Puedo ayudarte… —Daisy intenta apartar el pelo de la cara de Declan.

—¡No! —balbucea Declan, tratando de alejarse de ella, pero no puede moverse, así que ella persevera, le va pasando las manos por el cuerpo, tratando de contar las heridas que le he causado en su nombre. Daisy asiente una vez y mira a Kekoa, llevándose una mano temblorosa a la boca.

—Kekoa, ¿me escuchas? —le pregunta, y él asiente con la cabeza, pero ella no le mira a él, sino a Declan, con todo el cuerpo temblando—. Dile a Merrick que tiene la nariz rota, sospecho que una fractura de órbita, v-varias costillas rotas… —Le levanta la camiseta y deja al descubierto un corte en el estómago, donde sigue clavado un enorme trozo de cristal de la mesa rota, y trago saliva con esfuerzo.

Mierda.

Daisy me mira, con los ojos llorosos.

—Una laceración de aproximadamente ocho centímetros… —Tartamudea porque está temblando mucho—. La colocación podría estar perforándole un riñón.

Kekoa asiente.

Miguel la sujeta del brazo.

—Se va a poner bien —le dice a ella, no a mí. Todos están enfadados conmigo.

Daisy asiente imperceptiblemente.

Miguel la mira a los ojos.

—¿Vas a estar bien si voy al hospital? —Pasa de mirarla a ella a mirarme a mí, le pregunta sin preguntarle si le parece bien quedarse a solas conmigo.

Podría vomitar.

Ella asiente, con la boca temblorosa mientras hace todo lo posible por mantener la compostura.

—Vamos… —Kekoa señala la puerta con la cabeza, coge a Declan en brazos y lo lleva al coche.

Veo cómo tumban a mi amigo ensangrentado en la parte trasera de mi Escalade. Cuando me doy la vuelta, mi hermana ha desaparecido.

SESENTA Y OCHO

Julian

No hace falta ser un genio para darse cuenta de que fui demasiado lejos. Sé que lo hice, lo sentí mientras lo hacía, aunque no sabía cómo parar, porque no debería haber ocurrido. Por el estado de Daisy al día siguiente por la mañana, me di cuenta de que lo que fuera que había pasado la noche anterior, había sucedido completamente desprovisto de su sobriedad y, si te soy sincero, no me habría importado tanto si hubiera estado completamente sobria. ¿Pero borracha? Ni de puta coña.

No es lo nuestro.

Y él no estaba borracho, lo sé porque el ojo no le hacía lo que le hace cuando tiene resaca. De modo que sé que ella estaba como una cuba y él no, y me pondría como un loco si Declan se acostara con alguien que no estuviera tan sobrio como él, ¿pero con mi hermana?

No.

Sin embargo, ahora está en el hospital, bastante maltrecho. Todo lo que Daisy dijo de él, quitando lo del riñón perforado y añadiendo una mandíbula dislocada y demasiados puntos como para contarlos. Fue un desastre.

Declan está en un hospital privado en Ordnance Hill que en

realidad no es un hospital para gente como nosotros, pero lo es. Los chicos se saltaron a Merrick y lo llevaron directamente allí.

Han pasado dos días y sigue allí.

Han pasado dos días y no me he disculpado.

Un poco porque puto odio decir lo siento, un poco porque no lo siento del todo. Y un poco porque no me gusta admitir que perdí el control, y tendré que hacerlo.

En realidad nunca me disculpo. Bueno, no. No me disculpo con nadie menos con Daisy, pero ella no piensa ni siquiera hablarme hasta que me disculpe con Declan. Lo he intentado un montón de veces, pero ella se larga en cuanto lo intento.

El hospital es bueno, lo mejor que se puede conseguir con dinero ilegítimo, y se puede conseguir mucho. El mejor equipo médico (dispuesto a hacer la vista gorda ante las heridas de bala y el hecho de que estés cubierto de sangre ajena) que se puede comprar. Equipamientos de última generación y procedimientos avanzados, habitaciones que parecen las de un hotel… y yo pago la factura. Y que quede entre nosotros, pero supongo que debería hacerlo igualmente, porque fui yo quien lo metió ahí.

—Hola. —Le saludo con la cabeza, de pie en la puerta. Cañón y yo nos miramos a los ojos, le pido que salga de la habitación sin decirle que salga de la habitación—. ¿Nos das un minuto?

Cañón asiente y Declan aparta la vista, mira por la ventana.

Me acerco. Me siento en la silla junto a su cama.

—La he cagado. —Me mira—. Pero tú también… —Lo reprendo con la mirada. Vuelve a apartar la vista—. Es mi puta hermana y está hecha un puto desastre, todo el mundo sabe que ahora es un desastre, tú mismo me lo dijiste…

Ha vuelto a mirar por la ventana.

—Se supone que tienes que protegerla, ¿y te la follaste mientras

estaba borracha? —Lo miro fijamente, incrédulo. Siento el impulso de taparle la cara con una almohada. Me resisto—. Tú y yo, tío, hemos matado a gente por menos.

—Jules, me buscó ella —me dice y yo le miro.

—Ya, me importa una mierda, tío. ¿Lo habría hecho si estuviera sobria?

—¿Últimamente? —Pone una cara que no me gusta, se encoge de hombros un poco brusco—. Es muy probable.

Echo la cabeza hacia atrás.

—Atrévete a repetirlo si tienes cojones.

Aparta los ojos de los míos.

—Fui demasiado lejos —le digo—. Pero tú también.

Y me voy.

SESENTA Y NUEVE

Daisy

Han sido unos días muy solitarios.

No he hablado con Julian desde entonces, un poco para castigarle, un poco porque me daba miedo. Estaba tan enfadado, tan irrazonablemente enfadado, que me hizo preguntarme si así es él cuando no lo veo. ¿Fue un vistazo entre bambalinas?

¿En eso se ha convertido?

¿Alguien que ha perdido el control de sí mismo más allá de lo verosímil? Porque lo que vi no era un hombre en control, era alguien temeroso por haber perdido la cabeza. En realidad, era alguien que la había perdido.

A decir verdad, todos los demás tampoco me hablan. Los Malotes me tienen miedo[407] y se comportan como si mi hermano les fuera a dar una paliza si los miro de reojo. Kekoa está decepcionado conmigo,[408] me doy cuenta, aunque no diga nada. Miguel igual.

Romeo sigue sin hablarme.

Julian ha dicho que este año no iremos a casa de los Bambrilla por Navidad, lo que significa que será el primer año, aparte del año en que rompimos cuando yo tenía dieciséis años, que no iremos a casa de sus padres por Navidad. No puedo ni imaginarme lo enfadado que tiene que estar Rome por haber tomado esta decisión.

Da miedo.

Pero nada da más miedo que el hecho de que mi soledad está bajo una lupa ahora que no estoy adormeciendo con nada lo mucho que echo de menos a Christian. Lo estoy sintiendo todo. Y es constante.

Constante. Al nivel de no salir de la cama, no ducharme, olvidarme de comer, tener medio vaso de agua y no tocarlo en todo el día, quedarme a oscuras, sin música, sin tele, sin libros, en mis oídos solo retumba el autoritario zumbido de echarlo de menos las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, constante.

Julian acaba pidiéndome disculpas, aunque parece una disculpa desubicada; me ha dicho que ya ha hablado con Declan, y que sí, que fue demasiado lejos, pero que Declan también. Julian ha dicho que volvería a hacerlo al instante sin pensarlo ni una vez.

—Me gustaría ir a verlo —le he comentado a mi hermano.

Me ha lanzado una mirada abatida.

—Bueno, vale… Pero esta vez no te desnudes.[409]

Miguel me lleva en coche. Estamos muy callados de camino. Nunca me había sentido juzgada por él, no en serio, pero supongo que ahora sí.

—Estás enfadado conmigo —le digo mientras lo miro con fijeza.

Él mantiene la vista al frente un par de segundos y luego me mira.

—Es que últimamente no te entiendo…

Suspiro.

—¿Por qué lo hiciste? —Frunce el ceño.

—No lo sé… —Vuelvo a mirar por la ventana—. Christian… nunca fue para mí, lo sé. No me quería como yo a él, así que sé que no era para mí. Pero supongo que pensé que lo era. Sentí que lo era. Y lo que no sabía, no de verdad, no del todo, no hasta que terminamos,

era que lo amaba como lo amaba. A ver… —Niego con la cabeza—. Sabía que lo amaba, pero…, eh… —Vuelvo a negar con la cabeza—. No sabía que lo amaba de esa manera en que si pierdes a la otra persona, también te pierdes a ti.

—Oh. —Miguel asiente una vez.

—Nunca había amado de esta manera. —Frunzo los labios—. Ni lo volveré a hacer. —Exhalo por la nariz.

—Daisy… —Miguel me mira.

—Ni lo volveré a hacer —le repito con voz más fuerte.

Miguel suspira y sigue conduciendo.

Hay un momento horrible en el que me quedo en la puerta de la habitación de Declan y él me mira de una forma tan vacía como inexpresiva. Me pregunto si está a punto de echarme cuando levanta las cejas y esboza una mueca.

—Creo que tu hermano lo sabe.

Aprieto los labios, intento no sonreír porque me parece inapropiado teniendo en cuenta el contexto.

—¿Estás bien?

Me lanza una mirada afilada.

—He estado mejor…

Me acerco a él y le cojo la mano.

—Lo siento mucho.

Aparta la mano de la mía con cuidado.

—Nada de eso ya, creo…

Suspiro.

—Me siento fatal.

—No… —Niega con la cabeza—. Solo es, quizá, un veinte por ciento culpa tuya.

—Decks. —Frunzo un poco el ceño—. Sé que te busqué…

—Sí, y yo sabía que estabas borracha. —Se encoge de hombros—. Sabía que me estaba aprovechando de ti.

—Nos aprovechamos los dos. —Aparto los ojos de los suyos y trago saliva—. Quizá tú un poco menos viendo cómo están las cosas… —Hago una mueca.

Me sonríe a pesar del ojo morado.

—No sé por qué lo dices, estoy estupendamente.

—¿Quieres que me quede un rato? —Me siento en su cama, creo que no me disgusta nada la idea de tener algo de compañía.[410]

—No. —Declan niega con la cabeza—. Será mejor que te vayas. Ahora mismo solo te veo por un ojo, no te vería venir si intentaras seducirme.

Suelto una carcajada, espero que suene más divertida que triste, pero sospecho que no. Le aprieto la mano una vez más y me vuelvo para bajar al vestíbulo, donde me espera Miguel.

Me quedo ante la puerta del ascensor, esperando, y cuando se abre veo que hay alguien dentro. Vaqueros anchos, Converse blancas y negras, camiseta gris, las manos en la barandilla mientras se apoya en la puerta trasera.

—Tiller. —Lo miro con curiosidad y entro.

Las puertas se cierran. Me mira.

—¿Por qué está en el hospital el segundo al mando de tu hermano?

Chasqueo la lengua dos veces, intentando decidir si debo decir la verdad.

—Porque se acostó conmigo.[411], [412]

Tiller se lame el labio superior y asiente una vez.

—¿Has venido hasta aquí solo para preguntarme eso? —le pregunto con las cejas enarcadas.

—No. —Niega con la cabeza—. He venido a decirte que creo que

tu hermano está empezando a perder el control.

A mí también me empezaba a preocupar lo mismo, la verdad, pero no quiero que Tiller lo sepa, así que me cruzo de brazos y le lanzo una mirada desafiante.

—¿A qué viene esto?

—Sé que contrató a los hombres de Roisin… —Tiller niega con la cabeza—. Pero no puedo demostrarlo.

—No lo hizo —miento y Tiller lo sabe, pone los ojos en blanco.

—Tenéis esas reglas, ¿verdad? ¿Tú y Julian?

—¿Y tú cómo lo sabes?

Tiller se mete las manos en los bolsillos.

—Me lo contó él.

—¿Te lo contó mi hermano? —pregunto, incrédula.

Tiller da un paso hacia mí.

—Dime, entonces ¿para qué ha quedado tu hermano con Mata Tosell[413]?

Me quedo inmóvil. Niego con la cabeza.

—No lo ha hecho.

—Sí lo ha hecho —asiente.

Aprieto la mandíbula y lo miro con los ojos entrecerrados.

—Mientes.

El ascensor se abre y Miguel está ahí de pie, esperando. Echa la cabeza hacia atrás, sorprendido de ver a Tiller. Entra en el ascensor y me aparta de él.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. —Meneo la cabeza.

—Está bien —le dice Tiller a Miguel poniendo un poco los ojos en blanco—. De hecho, voy a llevar a Daisy en coche a casa yo mismo.

Miro a Tiller con los ojos muy abiertos.

—Ah, ¿sí? —pregunto.

—Sí, claro —bufa Miguel a la vez.

—Sí… —Asiente Tiller—. Bien. Puedes seguirnos —le dice a Miguel.

—¿Por qué? —Frunzo el ceño.

—Tenemos que discutir un par de cosas —le contesta a Miguel y no a mí, pero Miguel niega con la cabeza de todos modos. Tiller pone los ojos en blanco, se mete las manos en los bolsillos, le entrega el móvil, la cartera y desenfunda el arma para dárselo todo a Miguel, que se queda mirando el revoltijo que tiene en las manos, confundido—. ¿De verdad crees que voy a hacerle daño?

El rostro de Miguel refleja su conflicto interno y me mira.

—¿Quieres ir con él?

Sí.[414] Aunque no puedo decirlo, así que me limito a encogerme de hombros.

—A ver, solo son quince minutos en coche.

Asiente lentamente y luego mira a Tiller con fijeza.

—Acacia a Finchley, luego a Wellington Road. Giras a la izquierda en la rotonda de la A5205 y luego giras en Park Road. Coges la A41 para girar a la derecha en Gloucester Place y otra vez a la derecha en Bryanston Street…

Tiller va asintiendo.

—He ido otras veces al Recinto. —Le echa una mirada a Miguel.

Sin embargo, él le ignora y prosigue:

—A la derecha en Bryanston Street, a la izquierda en Marble Arch. Sigues por la A4202 para rodear el parque, giras y sigues por Duke of Wellington Place todo el camino…

—¿Alguna vez en tu vida habías hablado tanto? —vuelve a interrumpirle Tiller y yo reprimo una carcajada. A Miguel no le hace gracia.

—A la izquierda en Grosvenor Place —continúa—. A la izquierda en Brompton Road y luego a la izquierda en Hans…

Tiller frunce el ceño.

—¿Por qué no Brompton todo el camino?

—¿Quieres llevarla a casa o no? —pregunta Miguel, con las cejas enarcadas.

Tiller pone los ojos en blanco.

—A la izquierda en Hans…

—Walton Place en Walton Street, a la derecha en Yeoman's Row. Más adelante a la izquierda en Egerton Gardens Mews y luego a la izquierda en la calle de casas adosadas. ¿Entendido?

Tiller asiente.

—Si haces cualquier mierda o te desvías de las instrucciones que acabo de darte, te pegaré un tiro en cuanto te vea.

Tiller me lanza una mirada exasperada.[415]

—Es la ruta de paseo, Dais. —Miguel me mira y siento una ola de afecto hacia él porque se toma mi seguridad muy en serio—. ¿La recuerdas?

—Sí.

Asiento con la cabeza y Miguel me entrega la pistola de Tiller.

—Pégale un tiro si gira donde no debe.

Tiller echa un poco de aire por la boca y me lleva hasta el coche.

Me abre la puerta, la cierra detrás de mí y luego entra él también.

—Espero que te sepas el camino, porque no recuerdo ni la mitad de las instrucciones.

Resoplo una carcajada.

—¿A qué ha venido todo eso?

—Ah… —Niego con la cabeza sin darle importancia—. Vamos tomando rutas diferentes según qué días, así es más difícil que alguien me mate.

Tiller me mira fijamente, frunciendo el ceño como hace la gente que no tiene a nadie que intente matarla.

—¿De qué querías hablar? —le contesto frunciendo el ceño.

—¿Estás bien? —me pregunta, y me quedo mirándole, sorprendida.

—¿En serio querías preguntarme eso?

Se encoge de hombros, casi avergonzado.

—Más o menos.

—¿Entonces antes mentías? —le pregunto—. Sobre mi hermano y Mata…

Niega con la cabeza y mira fijamente a la carretera.

—No sé qué crees que ha hecho mi hermano, pero no ha sido él.

Tiller me lanza una mirada escéptica, pero niego con la cabeza. No puede ser. Él no lo haría.

—Acabamos de completar el séptimo día de la cuenta atrás de películas navideñas clásicas… —Es verdad. Sin ningún lugar a dudas ha sido nuestro peor maratón de películas navideñas hasta la fecha, porque he estado bastante borde con él por lo de Declan y él se ha sentido como una mierda por ello, pero la tradición es la tradición.

—Vale. —Asiente despacio—. ¿Cuáles son las diez mejores?

—¿En orden ascendente o descendente?

—Ascendente. —Frunce el ceño como si yo fuera idiota.[416]

Pongo los ojos en blanco, como si él tuviera que saberlo.

—Diez, *La jungla de cristal*…

Ladea la cabeza, pensativo.

—Nueve, *El Grinch*.

—Vale. —Gira a la derecha en Bryanston.

—Ocho, *Pesadilla antes de Navidad*.

—Buena ubicación. —Asiente.

—Siete, *Qué bello es vivir*.

—No me gusta, la siguiente.

—Seis, *Elf*.

Asiente.

—Cinco, *Solo en casa*.

—¿La uno o la dos?

—La uno.

Asiente.

—Interesante.

—Cuatro, *Milagro en la ciudad*. Tres, *¡Vaya Santa Claus!*, que acabamos de ver.

—Sí, esa es un clásico —admite—. ¿Cuáles son tus dos mejores?

—En segundo lugar está *Solo en casa 2*.

—¿Crees que la dos es mejor que la uno?

Asiento con la cabeza categóricamente.

—Y me enfrentaré a cualquiera que diga lo contrario.

Me mira mientras gira hacia Yeoman's Row.

—Yo digo lo contrario.

—Pon una hora y un lugar. —Le fulmino con la mirada en broma.

—¿Qué tal el viernes a las ocho?

Abro los ojos como platos.

—¿Era una broma de citas?

—Lo era. —Se sonríe de oreja a oreja, orgulloso, mientras gira para entrar en nuestro callejón sin salida.

A los guardias de la verja casi se les salen los ojos de la cabeza cuando me ven en el coche de Tiller.

Los saludo con alegría.

Tiller se detiene y me mira. Se pasa la lengua por el labio superior, apoya la barbilla en el pecho y mira hacia abajo durante un par de segundos.

Es bastante fuerte. Nunca me había fijado en ello, pero ahora que lo miro sin la distracción de sus ojos, veo que es más corpulento y alto de lo que me había dado cuenta.

—Más que nada, quería llevarte a casa —dice, mirándome de nuevo y me pregunto si estoy viendo un toque de rosa en sus mejillas.

Lo miro con escepticismo y suelto una carcajada.

—¿Por qué?

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. ¿Para ver con mis propios ojos si de verdad estabas bien?

Enarco las cejas, casi divertida.

—¿Y lo estoy?

Exhala y frunce el ceño.

—No lo sé.

Francamente, yo tampoco.

—Pero ¿por qué? —Meneo la cabeza, un poco confundida—. ¿Por qué te importa?

—¡Porque estoy siendo amable!

—¿Por qué? —Parpadeo, desconcertada.

—¡Porque estoy siendo un señor!

Niego con la cabeza, divertida.

—¡Pero si eres policía!

—¿Y no puedo ser ambas cosas? —me pregunta con una risa de confusión.

Lo miro y vuelvo a negar con la cabeza.

—Para mí, no.

Se pasa la lengua por el labio inferior y esboza una sonrisa.

—Ya lo verás…

Y entonces se echa a reír y no sé si lo que acaba de pasar iba en serio o era una broma. Menea un poco la cabeza.

—¿Qué? —Hago un mohín.

Y él suelta una carcajada.

—Es que intento entender cómo me he equivocado tanto que he

acabado a solas en un coche con la hermana del capo de la banda que estoy investigando.

—Te has desviado de tu camino para traerla aquí.

—Lo sé. —Me mira con elocuencia—.[417] Ese es el problema.

—¿El qué? —Me cruzo las manos sobre el pecho.

—Se supone que tengo que sacarte información y lo único que hago es intentar encontrar la manera de besarte.

Me echo hacia atrás, parpadeando, y él se ríe en mi cara.

—¿Te sorprende?

—Un poco.

—Coqueteamos todo el rato.

—Sí, pero…

—No significa nada. —Y entonces Tiller asiente, con la mirada gacha—. Lo pillo.

Ladeo la cabeza, buscando sus ojos.

—Bueno, es que no puede significar nada porque tú eres…, en fin…

—Claro. —Asiente una vez—. Y tú eres…

—Exacto. —Asiento con la cabeza, frunciendo el ceño—. Además, mi hermano le pegó una paliza de muerte a la última persona con la que me enrollé.

—Ah. —Me lanza una mirada juguetona—. Podría merecer la pena.

Niego con la cabeza, riendo.

—No.

Me dedica una sonrisa diminuta.

—Quizá por ti, sí.

Y no lo merezco, sé que no lo merezco: soy la peor versión de mí misma que he sido en mi vida. Me prometí a mí misma después de lo que pasó con Declan que pararía, que no me acostaría con nadie para evitar el gigantesco agujero con forma de Christian que hay en

el centro de mi vida, pero es que ahora se me presenta otra opción, otra oportunidad para que ese dolor lacerante pare. Es difícil decir que no.

Es especialmente difícil decirle que no a alguien como Tiller, con quien he soñado despierta que estaba (de una forma o de otra) desde que tenía dieciséis años. «Estar» podría significar cualquier cosa: estar con él en el sentido bíblico, en el sentido romántico, en una cita en un lugar normal, en una ciudad normal, estar con él sin más. Ahora bien, de todas las formas en que nos había imaginado a Tiller y a mí, nunca pensé que sería porque estaría tan enamorada de otro hombre que, en el espejismo de lo que creía que éramos, me perdería tanto a mí misma que tendría que buscarme en cualquier otro hombre que tuviera cerca.

Lo hice con mi amigo más antiguo del mundo entero, así que ¿por qué no con el policía sexy? Me lo planteo mientras le miro fijamente, intentando decidir si debería inclinarme para que me bese y sentirme mejor durante un segundo…

Se oye un golpecito en la ventana detrás de mi cabeza. Me vuelvo y veo a Miguel con las cejas enarcadas.

Vuelvo a mirar a Tiller y aprieto los labios. Él se esfuerza por reprimir una sonrisa.

—Creo que ya iba siendo hora —dice Miguel, mirándome sobre todo a mí.

Tiller asiente un poco con la cabeza y luego me mira a mí.

—¿Cuál es la número uno?

Le dedico una sonrisa diminuta.

—*Love Actually*.

Asiente un par de veces.

—Los británicos y esa película.

—¡Es la mejor!

—Feliz Navidad, Dais.

Me pone la cara que le pones a alguien a quien has estado a punto de besar, pero que no has besado y que desearías haberlo hecho.

Salgo de su coche y agacho la cabeza para verlo de nuevo.

—Feliz Navidad.

Sale de nuestro gigantesco camino de entrada y yo me giro para enfrentarme a Miguel, que tiene una mirada juzgona y los brazos cruzados.

—Tienes que centrarte de una puta vez, chiquilla.

SETENTA

Christian

Yo qué sé, es vergonzoso, pero hay algo en la Navidad que me afecta. Es culpa de mi madre. Todos los años nos hacía ver una docena de esas mierdas de películas navideñas románticas americanas. Aunque últimamente han resurgido un poco en Netflix, ¿no? ¿Esa con la chica de *Sexo en Nueva York* y Rob Lowe en África? Era bastante buena. En fin, esas películas me han vuelto idiota y siento que todo va a ir bien en Navidad. Es como si una parte de mí esperara convencida que Magnolia y BJ estén completamente bien, pero no va a ser así.

Lo acorralamos y lo convencimos de que volara a Nueva York en Nochebuena para intentar recuperarla. Ella ni siquiera quiso verlo. Él y Harley tuvieron una pequeña pelea. Ahora está de vuelta.

Pero Dais y yo… Una parte de mí se despierta con la sensación de que podría pasar. Podría pasar. Todos vamos a la misma iglesia en la mañana de Navidad. Santa Inés de la Esperanza Perpetua. Sé que es verdad porque lo hemos hecho toda la vida, por mi parte, y porque el padre Harry Devlin es el hermano de James Devlin, jefe de la banda de Belfast que vive bajo el control de Julian. El padre Harry hace la vista gorda con todos nuestros pecados.

La otra razón por la que lo sé es porque la Navidad pasada fue

probablemente la primera vez que la vi como una adulta en toda regla que estaba buenísima. Sentada en el banco de la iglesia con su hermano, rodeada de los chicos, llevaba un vestido rojo que yo ni siquiera veía bien, pero era rojo, y me quedé mirándola, un poco aturdido por lo buena que me pareció que estaba porque me parecía un crimen. Fue la hermana pequeña de Julian durante mucho tiempo, y no es que yo le lleve cincuenta años. En ese momento ella tendría unos diecinueve, yo veintidós. Pero una regla de oro inquebrantable para vivir en Londres es no joder con Daisy Haites, así que nunca se me pasó por la cabeza hasta que la vi aquellas Navidades y me di cuenta de que ya no era una niña. Era un problema.

Me pilló mirándola desde el otro lado del pasillo y me devolvió la mirada durante unos segundos antes de sacarme la lengua. Te juro que ahora mismo daría un puto riñón si hoy me mirara desde el otro lado del pasillo y me sacara la lengua.

La verdad es que me encanta Santa Inés, es como una pequeña versión del Oratorio de Londres. Mi hermano se sienta primero en el banco, luego mi madre y después mi padre, que (¿puedes creerlo?) hoy ha salido de casa. Estoy a punto de sentarme a su lado cuando algo me llama la atención. Un destello rojo se cuela en el banco unas filas más abajo y soy como una puta polilla hacia la luz. Ni siquiera me lo pienso, simplemente me meto por delante de quien está a punto de sentarse a su lado y me siento junto a ella sin decir una palabra.

Ella se pone rígida al instante.

—Hola —le susurro lo más cerca posible.

—Hola —me contesta muy rápido, mirando al frente.

—Feliz Navidad —vuelvo a susurrar, buscando sus ojos.

Ladea la cara, pero no me mira.

—Feliz Navidad.

Empieza la misa. Todos nos ponemos de pie y guardo la compostura cuando su perfume me llega a la nariz. Exhalo, me tranquilizo de nuevo, canto los villancicos (*Come Thou Fount of Every Blessing*, *Hark! The Herald Angels Sing*, *Adeste fideles*), todos los buenos, y no me ando con rodeos. Aprovecho todas las oportunidades que encuentro para acercarme a ella, todas. En el último estribillo de *Adeste fideles* estamos brazo con brazo y tengo el corazón desbocado porque estoy tocándola de nuevo, aunque sea de esta puta manera tan tonta, ¿un roce de brazo? ¿A quién coño le importa un roce de brazos? Al parecer a mí, porque creo que podría morir feliz ahora que la estoy tocando de nuevo. Esto es lo único que quiero. Estar cerca de ella y con ella, con el brazo pegado al suyo, con todo mi cuerpo pegado al suyo, y empiezo a sentir esa magia navideña porque ella no aparta el brazo, se queda mirando al frente.

Y entonces la canción se acaba. Ella se aparta un poco de mí.

Se inclina un poco hacia delante, agarrándose al banco que tiene delante. Respira hondo. Y yo también lo hago.

Se agarra al banco como yo me agarraba a ella. Se queda mirando al techo para no tener que mirarme a mí y tiene un control que me hace sentir esperanzado, así que muevo las manos, le rozo los dedos con los míos y, de nuevo, ella se queda quieta y los mantengo ahí. Y ella también. Me tomo el hecho de que no se mueva como una invitación tácita y coloco la mano sobre la suya, y te juro que no me lo puedo creer, joder, es un milagro de Navidad. Las plegarias han sido escuchadas, Inés tenía razón al conservar las esperanzas… y entonces Daisy aparta la mano.

—Para —me susurra brutalmente.

—Daisy… —empiezo, intentando que no oiga en mi voz que el

corazón se me está rompiendo en mil putos pedazos.

Empuja para pasar junto a su hermano, por delante de Miguel, llegar al pasillo y salir a toda velocidad de la iglesia.

La sigo un segundo después, estamos montando una escena, o supongo que yo la estoy montando. Y me importa una mierda. ¿Quizá esta sea la magia de la Navidad? Quizá esta es la parte de la película en la que todos murmuran palabrotas en voz baja, pero luego no pasa nada, lo arreglan y están juntos. Baja corriendo los escalones de la iglesia y yo troto tras ella lo más deprisa que puedo. Aunque es muy rápida, al final la alcanzo, la agarro por la muñeca y la hago girar para que me mire.

—¡Daisy, espera!

—¿Qué quieres? —me grita al tiempo que Declan, Miguel, Kekoa y el resto de los Chicos Perdidos se reúnen detrás de mí, mirando.

Niego con la cabeza, me he puesto nervioso. Solo quiero que todo el mundo se vaya a la mierda y me dejen un minuto a solas con ella.

—Necesito hablar contigo, Daisy. Por favor. —Intento cogerla de la mano, pero me pega un empujón y retrocede un paso hacia los chicos de su hermano.

Estoy mirando a la chica que amo con una formación de los hombres más peligrosos de Londres detrás de ella.

—Tú vuelve a tocarme —me reta y la verdad es que me asusta un poco porque no hay rastro de emoción en su cara.

—Daisy… —Niego con la cabeza, dando un paso hacia ella y entonces cruzo una mirada con Declan, que está detrás de ella. Está muy jodido. Vamos, que está hecho una verdadera mierda, parece que lo hayan pasado por una trituradora de basura. Tiene tan mal aspecto que, en medio de lo que venía dando por hecho que iba a ser mi milagro de Navidad, me detengo y lo miro fijamente—. ¿Y a ti qué coño te ha pasado?

Entonces ocurre algo extraño. A Daisy le cambia un poco la cara, parece triste cuando mira a Declan, que mantiene la mirada baja y no se inmuta, no se mueve, no dice una puta palabra. Entonces Daisy traga saliva con esfuerzo y siento como si me golpeara una ola. ¿Sabes cuando no estás atento y hay un gran oleaje y te golpea una ola tan grande que te hunde y la resaca es tan fuerte que te tira y te sacude, te golpea contra la arena, arrastrándote por ella? Así es como me siento cuando me doy cuenta de que se ha acostado con él.

Me acerco otro paso hacia ella, y no pretendo que la voz me suene como lo hace cuando lo digo, como si me hubiera jodido, que lo ha hecho, como si me hubiera echado por tierra las Navidades, que lo hará, como si la idea de que cualquiera que no sea yo (especialmente él) toque su cuerpo, me diera ganas de atravesar la pared de un puto puñetazo, pero al final sí que la voz me sale como una combinación de todo lo anterior.

—¿Qué estás haciendo?

Y ocurre lo puto peor. Su boca perfecta empieza a temblar y grita. Es un chillido de pánico extraño, como si le hubiera estallado un dique dentro o algo así.

—¡Intentar olvidarte! —grita y se aparta una lágrima contra la cara.

Bajo la voz, queriendo que esta conversación nos pertenezca solo a nosotros y no a toda la congregación entrometida de Santa Inés.

—Dais, ¿podemos hablar, por favor?

—¡No! —Me pega un empujón. Es un empujón muy fuerte. Es un empujón de empezar una pelea, de hecho, como si estuviera intentando provocarme en la entrada de una iglesia la mañana de Navidad.

Y entonces Julian avanza un paso, se queda de pie detrás de su

hermana. No puedo acabar de comprender su cara, pero creo que está triste por mí. Por nosotros, tal vez. Pero no hay un nosotros, Daisy lo está dejando jodidamente claro.

Jo sale corriendo de la iglesia y baja las escaleras hacia mí, me pone una mano en el pecho y me dice en voz baja y con calma:

—Christian, vete al coche.

Pero no puedo apartar los ojos de los de Daisy.

—Por favor, Daisy…

—Vete al puto coche, Christian —me repite Jonah con más severidad.

La miro fijamente y niego con la cabeza, sintiéndome mal por quererla como la quiero y por haberle hecho el daño que le he hecho, y que la suma final de todo lo anterior sea que está demasiado jodida por todo ello como para darme siquiera veinte segundos para decirle que me equivoqué y que estoy enamorado de ella, que lo estaba y lo estoy.

Aprieto los labios con fuerza, cojo aire con dificultad, agacho la cabeza y me voy.

SETENTA Y UNO

Daisy

Me grabo a fuego en el lóbulo temporal medial la sensación de la mano de Christian agarrada a la mía. Paso lo que queda del día de Navidad y los pocos días que siguieron hasta ahora bebiendo.

No estoy bebiendo a lo loco, sino que bebo de una manera agradable y constante. Bebo para estar siempre de buen humor.

La fiesta de Nochevieja de Julian aparece todos los años en la lista de las mejores fiestas de *Harper's Bazaar*.

La lista de invitados es hermética, cuidadosamente seleccionada por mi hermano.

Nunca hay un tema. Nunca hay un código de vestimenta. Nunca se puede llegar con acompañante. O estás invitado o no lo estás. [418]

Todo el mundo entrega su teléfono a los de seguridad en la puerta; si te pillan con una cámara dentro, te echan.

Vienen muchos famosos, pero solo los grandes, porque los cobardes le tienen miedo a mi hermano.

El año pasado Chance the Rapper fue el DJ de la fiesta.

Este año creo que será Kygo. Puede que le dé un beso a medianoche, porque es una buena forma de empezar el año nuevo. [419]

Salgo de mi cuarto y bajo las escaleras hacia las nueve y media, contenta de hacer una entrada tardía y también porque Jack y yo hemos tenido una micropelea sobre qué hacer en el hipotético caso de que Antoni Porowski apareciera esta noche,[420] quién lograría irse a casa con él. Como de costumbre, Jack ha dicho que él porque los dos son gais, lo cual es bastante justo, supongo, pero yo he contraatacado con un: «Sí, pero Antoni aún no me conoce…».

Jack ha puesto los ojos en blanco y se ha puesto tonto y entonces he tenido que cambiarle mi prioridad con Ben Affleck en *Pearl Harbor* para que volviera a dirigirme la palabra. Pero, vaya, que no le ha salido tan bien como piensa porque al cambiar he conseguido a David Duchovny en 1991, que lo he estado queriendo desde siempre.

En fin, que bajamos las escaleras y tardo un minuto y medio entero en ver a Christian Hemmes encaramado a nuestro sofá. No sé por qué está aquí. De hecho, no puedo creer que esté aquí.

Tiene una cerveza en la mano y se ríe. Henry, Jonah, BJ y Taura también están allí. BJ parece borracho de una manera que me pone nerviosa. Está hablando con una modelo que tiene mala reputación, y no sé muy bien qué pasó entre él y Magnolia, pero he oído que la engañó con su mejor amiga. Parece estar tan jodido que siento pena por él… y por Magnolia, si te soy sincera.[421] Tiene un aire como si ya la hubiera perdido, así que a la mierda…, la perderá del todo.

Christian me ve. Sé que me ve porque se le iluminan los ojos, pero dejo de mirarlos antes de que surja la oportunidad de intercambiar miradas de verdad. Mi fuerza de voluntad llega hasta donde llega.

Me siento palidecer y, al mismo tiempo, lo veo todo rojo.

Localizo a mi hermano en la otra punta de la estancia y bajo las escaleras a galope tendido.

—¡Qué-co-jo-nes! —Aparto de un empujón a la chica que hablaba con él.

Julian me mira desanimado antes de soltar una risita y mirar a la chica que acabo de empujar.

—Disculpa… —Niega con la cabeza—. Mi hermana no tiene modales. Yo mismo la crie…[422] —le dice. Es uno de sus trucos para llevarse a las mujeres a la cama. No le hacen falta los trucos, pero los usa de todos modos—. Yo solo…[423] —Recalca—. Yo era prácticamente un crío, también. La verdad es que fue muy duro.[424]

—¡Julian! —Doy un pisotón—. ¿Qué cojones hace Christian aquí?

Ladea la cabeza, planteándose la pregunta.

—Me pareció que era el momento.

Lo miro con fijeza, confusa.

—¿El momento de qué?

—De que habléis las cosas…

Le miro y pongo los ojos en blanco.

—No te toca a ti decidirlo, ¿no? —Se encoge de hombros y yo niego con la cabeza—. Eres un puto gilipollas.

—Es posible —admite—. Pero tú eres una puta cagada.

Frunzo el ceño al instante.

—¡Vete a la mierda! ¡No lo soy!

—Pues vete a hablar con él.

—¡No!

Julian me lanza una mirada triunfante.

—¿Por qué?

—Porque no quiero, así de simple.

—Eres una cagada. —Sonríe.

Miro a mi hermano muy seria.

—No querer hacer algo que me va a hacer daño no me convierte en una cagada.

—Eres mi hermana… —Me lanza una mirada—. No rehúyes las cosas difíciles, no te asustan las cosas que te hacen daño: las miras a los ojos y las fulminas con la mirada hasta que se arrodillan y hacen exactamente lo que tú quieres que hagan.

No estoy de humor para uno de sus discursos napoleónicos, así que suspiro y él suaviza la expresión de su rostro.

—Dais, ¿de verdad crees que te diría que hicieras algo si pensara que hay la más mínima posibilidad de que te haga daño? —Niega con la cabeza y se marcha.

Voy corriendo a la cocina en busca de Cristal. Descorcho la botella de champán, pero no encuentro ninguna copa.

Romeo entra y yo me quedo paralizada. No hemos hablado desde que se fue.

Se queda mirándome un minuto, algo le cruza la expresión de la cara.

—¿Estás bien?

—¿Cuál es el puto problema de Julian? —gruño.

Pone los ojos en blanco.

—Jules hace todo lo que cree que es mejor para ti. —Le lanzo una mirada escéptica y se encoge de hombros—. No siempre le sale bien, lo reconozco.

—Bueno, ¿has vuelto a hablarme?

Me lanza una mirada.

—Por ahora.

—¿Es porque quieres besarme a medianoche? —pregunto, esperanzada.

Suelta una carcajada gutural y me señala con el dedo.

—Vete a la mierda.

—¡Era broma! —Me encojo de hombros inocentemente y él me lanza una mirada.

—No lo era… —Romeo niega con la cabeza—. Ese es el problema. —Me quita el champán y le da un buen trago—. Utilizas el sexo para sentir que tienes el control.[425]

—¡No es verdad![426] —Frunzo el ceño, a la defensiva—. ¡Que te follen!

—Ya lo has hecho, Dais. —Mirada zalamera—. Y sí, lo haces. —Él asiente supertranquilo—. No siempre lo has hecho, es una novedad divertida. —Frunzo el ceño al tiempo que él se encoge de hombros —. Post-Christian. Antes no lo hacías, pero ahora sí.

—No es verdad.

—Es una cuestión de control. Creo que, probablemente, te hace sentir que lo controlas todo, y puede que por un momento lo hagas, pero no controlas lo que tú quieres que controle.

Odio esta conversación. Pero mucho. Miro a Rome desafiante.

—¿Y qué se supone que quiero controlar?

Me mira.

—Te enamoraste, Dais. Y te rompió el corazón. No tienes un cierre. —Agita la mano, abatido—. Vamos a ver, imagínate en serio lo puto muchísimo que me tiene que doler decir esto, pero tienes que hablar con él, Dais. —Sacude la cabeza—. La única manera de superar esta mierda es yendo de cabeza hacia ella.

Lo miro con ojos grandes y asustados.

Me besa en la frente.

—Todo irá bien, Cara.

Vuelvo a la fiesta. Christian nos ve a Romeo y a mí saliendo juntos de la cocina y frunce el ceño, pero lo ignoro y voy directa hacia él.

—¡Pequeña Haites! —exclama Jonah,[427] que se inclina para darme un beso, pero yo lo aparto de mal humor.

—Ahora no —murmuro.

Henry suelta una risotada.[428]

—¿Quieres hablar conmigo? —miro fijamente a Christian.

Él asiente al instante y se levanta.

—Buena suerte —le dice Jonah con una mueca.

Guío a Christian Hemmes escaleras arriba sin decir nada.

¿Cuántas veces lo he guiado sin decir nada por esas escaleras?

Manos ansiosas y respiraciones agitadas, incapaces de subir las escaleras lo bastante rápido, tropezándonos por los escalones, él poniéndome contra la barandilla tan fuerte que dolía. Pero ahora subimos en silencio.

Llegamos a mi cuarto y me siento en la cama.

Él cierra la puerta detrás de nosotros.[429]

Cruzo los tobillos y me pongo las manos en el regazo.

—Insistes en que quieres hablar conmigo —le digo con la voz tan neutra como puedo—. ¿Por qué?

Suelta una única carcajada al tiempo que se pega intencionadamente con la cabeza contra uno de los postes de mi cama. Me mira.

—¿Cómo estás?

Lo miro con el ceño fruncido, confundida.

—¿Por eso insistías en hablar? ¿Para preguntarme cómo estoy?

Niega con la cabeza.

—No, yo…

—¡Estoy bien! —le digo con voz fuerte.

—¿De verdad? —pregunta con un hilo de voz.

—¡No! —grito, exasperada—. ¿Qué quieres?

Se arrodilla delante de mí.

—Tenemos que hablar de tantas cosas…

Niego con la cabeza.

—¡No! —Lo aparto de un empujón, me levanto y me alejo—. ¡Yo no tengo que decirte nada!

—Pero yo tengo que decirte muchas cosas.

—¡No quiero oírlas!

—Nunca te haría daño…

—¡Claro que sí! —grito, un poco como una loca, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Ya lo has hecho! Lo haces.

—No a propósito —me dice con tristeza. Niega con la cabeza, confuso—. ¿Qué he hecho, Dais? No sé lo que hice. Sé que todavía estaba atrapado en toda esa mierda con Parks cuando empezamos, pero ¿qué hice para que me odies tanto?

Me seco las lágrimas que me están delatando.

—Hiciste que me enamorara sin ti.

Christian parece sorprendido, sacude un poco la cabeza.

—¿Eso crees? —Hace una pausa, parece tan desconcertado como triste—. Daisy, eres mi mejor amiga.

—¡Ya y tú igual! —Sacudo la cabeza con incredulidad—. Y aun así dejas que te quiera sola.

—Dais, te qu…

—¡No! —chillo,[430] y suena ajeno a mi propio cuerpo. No lo reconozco—. No. Por favor, no.

Y lo más extraño es que Christian no parece alarmado por el sonido. De hecho, se le ablanda la expresión, abre los ojos como platos, se queda boquiabierto.

—Pequeña… —Niega con la cabeza.

—No me llames así.

—Necesito explicarte…

—Por favor, para —resoplo.

Me ignora.

—La única vez que he estado enamorado de alguien fue de Magnolia, y todo lo que sentí, todo lo que entonces asociaba con estar enamorado era culpa y remordimiento. Y me daba vergüenza y

me sentía como una mierda todo el rato. Estaba jodidamente enfadado por amarla, y por eso cuando te conocí y todo iba bien, no comprendí que me estaba enamorando de ti.

Me aprieto las cuencas de los ojos con los dedos, con la esperanza de que eso me impida llorar.

—Quiero que dejes de hablar.

—¿Por qué? —Se levanta y se acerca a mí, me coloca una mano en la cintura.

—Porque ahora está todo jodido.[431] —Lo aparto de un empujón —. Me he acostado con Rome, me he acostado con Declan…

—No me importa. —Niega con la cabeza y se acerca a mí de nuevo.

—¡A mí sí! —Me seco la cara—. No me gusta cómo… —se me agita el pecho mientras lloro como me dije a mí misma que no lo haría— me hacía sentir amarte.

Me toca la cara.

—No creo que amarme fuera el problema. —Niega con la cabeza —. Estoy bastante convencido de que el problema era pensar que yo no te amaba como tú a mí.

—¡¿Puedes parar de decirlo?! —le grito.

—¿Por qué? —pregunta en voz baja.

Lloro.

—Porque no te creo.

—Te quiero —me dice, con ojos decididos.

¿Es posible que esté diciendo la verdad?

Doy una bocanada de aire con dificultad.

—¡Miguel! —chillo.

Sueno tan asustada que entra en la habitación a toda velocidad, con la pistola desenfundada, los ojos desorbitados, preparado para el peligro. Se detiene delante de Christian y de mí con cara de no

entender nada.

—Miguel, necesito que escoltes a Christian fuera del Recinto.

—¿Qué? —Christian se queda boquiabierto—. ¡No! Dais…

—Me está haciendo daño —le digo a Miguel, secándome la cara como una desesperada, intentando que no parezca que estoy llorando aunque lo sigo haciendo sin parar.

—Miguel… —empieza Christian, y Miguel lo mira con ojos grandes y tristes.

—Ahora, Miguel. —Lo fulmino con la mirada.

—Daisy… —me dice Miguel con dulzura.

Niego con la cabeza.

—Miguel, tu trabajo es protegerme. Te estoy diciendo que me está haciendo daño… —Me seco los ojos—. Necesito que se vaya de aquí.

Miguel me lanza una larga mirada, un poco como cuando miras a alguien que sabes que está demasiado borracho para conducir, pero insiste en que le des las llaves.[432] Y luego le hace un gesto con la cabeza a Christian.

—Lo siento, amigo.

—Miguel… —empieza Christian—. Sabes que yo nunca…

—Vamos. —Miguel lo agarra del brazo y lo arrastra hacia la puerta.

Christian se vuelve para mirarme como si lo hubiera hecho pedazos, y puede que sí, pero… yo estoy igual.

Christian aparta sus ojos de los míos y se marcha.

Yo me desplomo en el suelo de mi habitación y recibo el nuevo año entre lágrimas.

SETENTA Y DOS

Daisy

Pensé que tal vez llamaría.

No sé por qué lo pensé, pero lo hice.

«Esperaba» es la palabra correcta, en realidad.

Fallo mío, no debería haberlo esperado. Sé que las cosas no funcionan así. Si no paras de alejar a una persona, al final acabará por quedarse ahí.

Una parte de mí se alegra de que no haya llamado, porque los hombres que se respetan a sí mismos lo suficiente como para no dejarse tratar como a una mierda (que es como yo lo traté a él) son jodidamente atractivos. Sin embargo, una parte más emocional y menos racional de mi cerebro esperaba que él luchara contra mi orgullo hasta matarlo para llegar a mi corazón.

Pero él no lo hará.[433]

Se lo vi en la cara cuando Miguel se lo llevó a rastras.

Esa fue la gota que colmó el vaso.

Christian y yo hemos visto muchas gotas llenar nuestro vaso, pero esa fue la que lo colmó, creo.

¿Hasta qué punto sus ojos parecían hechos polvo? Odio que sus ojos parezcan hechos polvo. Porque los ojos de Christian en general parecen un poco hechos polvo, como si hubiera visto demasiadas

cosas. Siempre parece que algo le está haciendo daño. No es melancólico. Él no es un tipo melancólico. Es más bien que sus ojos esconden mucha humanidad y lo digo en el sentido de que ser humano conlleva toda una vida de decepciones y desamores y pérdidas y lamentos y errores y remordimientos y el peso de todas esas cosas puedes vérselo en los ojos. Como si casi siempre estuviera pensando en cómo funciona el mundo y si se está acabando y cómo encaja él en todo ello.

Por eso amo sus ojos.

Por eso le amo a él.

Dijo que me ama.[434]

Me ama.

¿Y sabes qué? Que en realidad le creo.[435] Creo que sí me ama.

Lo cual considero que empeora muchísimo las cosas…

Siento como si mi corazón hubiera pasado por la trituradora de basura mientras seguía conectado a mi cuerpo, y es como si mirara esta cosa destrozada que apenas late donde antes vivía el amor de mi vida, y no pienso en otra cosa más que en llamarle porque me quiere, pero no puedo llamarle porque todo está muy jodido. Yo estoy jodida. Le quiero de una forma que me ha deshecho, que me ha desbordado las entrañas, y todo lo que mana de mí es feo y horrible, ¿quizá porque dejé salir todo lo bueno que tenía por él?

Algo en el hecho de que Christian me ame me revuelve el estómago hasta tener ganas de vomitar por haberme acostado con Romeo y Declan, de alguna forma lo hace mucho peor.

Es como lo triste que es ir conduciendo y atropellar a un gato callejero. A pesar de todo, es triste. Pero si vas conduciendo y atropellas a un gato con collar, y sabes que es de alguien, y luego le pasas por encima dos veces, por si las dudas… Me siento como si hubiera hecho eso mismo en versión corazón.[436], [437]

Paso el día de Año Nuevo llorando en la cama de mi hermano.

Declan bromea diciendo que está bastante seguro de que este no es el tipo de llanto en la cama con el que Julian había imaginado que recibiría el año nuevo, lo cual, en cierta manera, es gracioso aunque más que nada es asqueroso, pero yo estaba llorando demasiado como para responder. Julian le tiró una almohada y le dijo que se fuera.

Julian tiene un ojo morado y el labio partido. No sé cuándo tuvo tiempo de meterse en una pelea, pero tiene los nudillos en carne viva y no es de cuando Declan, así que sé que ha vuelto a pelearse, lo cual significa que está estresado.

No dice mucho. De todos modos, no sabría qué decir, él nunca ha estado enamorado. Se limita a quedarse ahí sentado. Sigue pulsando: «Sí, sigo aquí» en el mando a distancia cada vez que Netflix se lo pregunta, así que *Friends* se va reproduciendo en bucle de fondo. Deja cuencos de M&M's en su mesilla de noche como si yo fuera un insólito gato callejero.

Casi todo el rato se queda tumbado a mi lado mirando el móvil, pero de vez en cuando me mira a mí, me dedica una sonrisa triste y me besa en la frente.

Y no parece gran cosa, lo sé, pero si mi corazón roto fuera una fiebre, mi hermano sería el paño frío que me pondrían en la frente.

SETENTA Y TRES

Julian

Supongo que no debería admitirlo, pero llevo sintiéndome mal toda la mañana. Sé que es necesario, sé que Eamon Brown es un gilipollas absoluto y que tenemos que hacer lo que tenemos que hacer, pero secuestrar a sus hijos…, joder.

Si Daisy se enterara algún día, estaría de mierda hasta las cejas.

Me planteé mandar hacerlo a los chicos para mantenerme al margen, pero eso va en contra de mi ética. No mando que otros hagan mi trabajo sucio, ni siquiera el más sucio. Sería un cobarde y un líder de mierda si lo hiciera. Me he tomado un Valium, eso sí, para no sentir tanto todo el puto rollo.

Nos los llevamos cuando estaban en el colegio, vaya par de cojones, lo sé, pero queríamos dejarlo claro. Queríamos demostrarle algo muy importante a Brown. No puede jugar con nosotros, conmigo, sin sufrir consecuencias muy reales. Una amenaza dentro de otra amenaza.

Una furgoneta blanca sin matrícula con Kekoa al volante, Feliz y Cañón de francotiradores, y Declan y yo para encargarnos del secuestro en sí.

En cuanto los hemos localizado, ha sido bastante rápido: nos hemos bajado de un salto, con los pasamontañas puestos, ambos

empuñábamos una pistola que hemos apuntado a los niños para hacerles obedecer, les hemos puesto una funda de almohada a cada uno en la cabeza… La niñera tenía algo más de valor de lo que esperábamos. Feliz le ha disparado. No sé si se ha muerto o no, pero supongo que sí. Feliz no dispara para fallar.

Yo he agarrado a la niña, Declan al niño. La niña se ha revuelto entre mis brazos; he odiado esa sensación. No puedo decir que no me haya recordado a mi hermana, eso también lo he odiado.

Los hemos metido en la furgoneta y hemos salido a toda leche.

No contábamos con una ventaja loca, apenas un minuto antes de que los federales se nos echaran encima. Sin embargo, teníamos a TK alerta, observando e interpretando las calles.

Giramos por una calle con un paso subterráneo y allí nos esperaba otra furgoneta blanca que conducía uno de los Lacayos, así como un Escalade negro; teníamos veinticinco segundos para pasar a los niños de la furgoneta al Escalade sin que nadie nos viera. Nuestra furgoneta se ha detenido justo al lado del Escalade, a escasos centímetros de distancia, hemos pasado a los niños por una ventanilla y hemos subido tras ellos. Kekoa ha saltado al asiento del conductor, desde donde un lacayo se ha subido de un salto a la furgoneta y la ha sacado de allí para despistar a la policía. Nos hemos alejado con los niños, viendo cómo los coches de policía pasaban a nuestro lado, con las sirenas y todo.

Nos los hemos llevado a un bungaló vacío que los Bambrilla tienen en Clayhall. Entramos en el garaje, indispensable para meter a los niños sin que nadie los viera.

El niño ha llorado todo el camino. La niña ha sido estoica, ha buscado la mano de su hermano, la ha encontrado, la ha agarrado con fuerza y le ha dicho que lo mantendría a salvo…

He vuelto a sentirme como una mierda por millonésima vez en la

última hora.

—Bueno, ¿qué os gusta comer? —les pregunto una vez que hemos entrado. La casa está vacía. Hay un colchón de mierda en un rincón para que duerman y una tele con un par de DVD para que no se quejen.

Parece una mierda, pero Koa no para de repetir que no tenemos que alojarlos en el Shangri La, así que no pasa nada.

—Nos gusta comer los platos de nuestra casa que cocinan nuestros padres —dice la niña y me da la risa.

Me quito el pasamontañas.

—Tu padre no tiene pinta de ser un gran cocinero.

La niña achica los ojos.

—Decidme cómo os llamáis —les ordeno, aunque ya lo sé.

—Edie. —Me fulmina con la mirada—. Y este es Philip. —Frunce el ceño—. ¿Por qué nos habéis secuestrado?

—Yo soy Julian —les digo y Declan pone cara de «¿Qué coño, tío?». Me encojo de hombros porque nunca había hecho esto. Yo no secuestro críos.

—¿Por qué nos has secuestrado? —insiste.

Suspiro porque cuando miro a esta niña lo único que veo es a mi hermana el día que murieron nuestros padres y me odio, pero ahora no puedo echarme atrás. Su padre no puede hacer lo que ha hecho y pensar que se va a ir de rositas. No se puede ir de rositas. Todo el modelo que dirijo se basa en que mierdas como esta no se vayan de rositas.

Me rasco la nuca.

—Vuestro padre me robó una cosa y no quiere devolvérmela. Lo estoy incentivando. —La miro de reojo—. ¿Sabes lo que significa «incentivar»?

—Sí, no soy tonta —me contesta, orgullosa.

—No… —Niego con la cabeza—. No creo que lo seas.

—A mí me gusta McDonald's —dice el crío, que por fin ha encontrado la voz.

Lo miro y asiento con la cabeza.

—Muy bien, pues. —Señalo a Declan con la cabeza—. Decidle qué queréis y él irá a buscarlo.

—Quiero irme a casa —dice Edie y yo la miro.

—Pronto. Pero ¿qué quieres para comer?

—Pronto, ¿cuándo? —insiste.

—Yo quiero una hamburguesa con extra de queso, extra de patatas fritas, una Coca-Cola…

—No te dejan —le recuerda Edie a su hermano y me mira con elocuencia.

Me encojo de hombros.

—Quizá hoy se lo dejaremos pasar, ¿no?

—Y *nuggets* —añade Philip—. Y patatas fritas, pero más. Y salsa barbacoa.

Asiento un par de veces.

—¿Y tú? —le pregunto a Edie, enarcando las cejas.

—*Nuggets*, por favor. Con una Fanta.

Después de cenar, Kekoa me aparta con cierta expresión en la cara.

—Jules, tienes que irte…

—¿Por qué? —Frunzo el ceño.

—Sientes apego hacia los niños que acabamos de secuestrar.

—No es verdad… —Frunzo el ceño. Puede que sí. Me mira y pongo los ojos en blanco—. Es que la niña…

—Te recuerda a Daisy, lo sé, pero los hemos secuestrado, y una parte importantísima de secuestrar a los niños es que tengan miedo y que crean que van a morir para que sus padres paguen el rescate,

¿entiendes?

Pongo los ojos en blanco.

—Necesitamos que tengan miedo, Jules.

Y vuelvo a sentirme como una mierda, me arrepiento un poco, me arrepiento un poco de haber dicho que sí, pero ahora estoy aquí, no puedo echarme atrás. No puedo dejar que se vayan y que su puto viejo se pasee con mis setenta millones de libras en el bolsillo.

Asiento una vez, miro al suelo y me dirijo hacia la puerta principal. Feliz y Cañón toman el control. No hay ni un atisbo de presencia tranquilizadora entre ellos. Parecen el tipo de hombres de los que te alejas en el vagón del tren.

Entran en la habitación de los niños y cierran la puerta tras de sí.

—¿Dónde está Julian? —Oigo que Edie pregunta y me detengo en seco.

Ko me empuja hacia la puerta. Edie me llama por mi nombre y esta vez parece asustada, pero me voy de todos modos.

SETENTA Y CUATRO

Daisy

Es justo después de que la universidad vuelva a empezar tras el año nuevo. Estoy sentada junto al fuego trabajando un poco cuando suena el timbre.

No hay nadie más en casa. He estado muy ocupada porque últimamente he dejado la uni bastante de lado.[438] No me gusta no ser la más lista,[439] así que tengo trabajo que hacer. Los chicos no han estado mucho por aquí, se está gestando un gran trabajo, supongo. No sé de qué. Me han mantenido al margen de este encargo. De todas formas, después de disparar a uno de los chicos de Roisin, no creo que me inviten a volver pronto.

Me dirijo a la puerta principal con paso tranquilo, la abro de par en par…

Unos ojos azul claro y brillantes, una mandíbula que no se anda con chiquitas y unas cejas muy serias. Sin embargo, la media sonrisa burlona que suele acompañarlas está ausente.

—Feliz año nuevo, pervertido. —Sonrío a Killian Tiller.

Él me contesta con una sonrisa casi imperceptible.

—Tenemos que hablar.

—Vale. —Me encojo de hombros—. Habla.

—A solas.

Le lanzo una mirada.

—Estoy sola.

Echa un vistazo detrás de mí, hacia el interior de la casa.

—No hay nadie en casa —aclaro.

—¿Y tu guardaespaldas?

Lo interrogo con la mirada.

—Está abajo, en el gimnasio.

—¿Podemos hablar en alguna parte? —pregunta, mirando alrededor.

—¿Quieres entrar? —Parpadeo.

Tiller me coge la muñeca con las manos y tira de mí para entrar en casa.

—Tengo que hablar contigo —me dice, extrañamente serio.

—¿Sobre qué? —Parpadeo y me acerco un paso.

Se toca la oreja y me mira como diciendo: «¿Quién puede oírnos?».

Me encojo de hombros. No va desencaminado al suponer que aquí las paredes tienen orejas. No sé dónde, pero puedes estar seguro de ello.

Se mueve un poco la chaqueta y me enseña una carpeta que tiene guardada. Me lanza una mirada que no me gusta. Es pesada e implícita, pero no sé por qué es pesada ni qué está insinuando.[440] Le cojo de la mano y le llevo hasta mi dormitorio. Observo cómo recorre con los ojos la habitación mientras lo meto en la ducha del cuarto de baño. Abro el grifo y pongo la lista Mood Booster de Spotify en los altavoces.

—¿Qué pasa? —le pregunto frunciendo el ceño.

Se saca la carpeta de la chaqueta y me la pasa. La abro y la vuelvo a cerrar rápidamente. Un cadáver apaleado. Levanto la vista hacia Tiller y lo fulmino con la mirada.

—Ha sido Julian —me dice.

—Y una mierda —escupo, pero ya sé que es verdad. Eso explicaría sus moratones. Es solo con las peleas clandestinas, pero a veces no sabe parar.

—Hay cinco más.

Reprendo a Tiller con la mirada.

—¿Qué? ¿Estás diciendo que mi hermano es un asesino en serie?

—No, estoy diciendo que tu hermano es el capo de una banda y que la gente es prescindible para él.

Suelto un bufido irónico, pero también es verdad.

Tiller me planta un papel delante de las narices y lo miro con el ceño fruncido.

—¿Qué es esto?

—Es la prueba de una transferencia bancaria.

—¿De quién a quién? —pregunto, aunque estoy leyendo la respuesta.

—Mata Tosell —dice, secándose el agua que le salpica la cara—. Está en tu lista, ¿verdad?

Le fulmino con la mirada.

—Sí.

—¿Sabes a qué se dedica?

—Claro que lo sé. —Le fulmino.

Ese tipo se dedica a uno de los tres nuncas.

Asiente una vez.

—Tu hermano acaba de transferirle tres millones.

—¿Por qué?

Tiller se encoge de hombros.

—Mientes. —Niego con la cabeza, pero me pongo pálida.

Suaviza la expresión de su rostro al tiempo que mi mundo se desmorona.

—No miento.

Y ¿sabes qué? Es verdad, ha habido algunos momentos en mi vida adulta en los que me he imaginado estando en la ducha con Tiller. Jack ha soñado lo mismo, hemos hablado de ello. Es que no se puede evitar, porque el hombre está buenísimo que te cagas, todo en él hace que lo desnudes con la mirada, así que no me resulta nada difícil imaginarlo sin camiseta en mi ducha humeante. Pero en mis ensoñaciones ni una sola vez estuvimos vestidos y ni una sola vez destrozó el universo de una forma que no fuera sexual.

—¿Qué quieres? —digo, a duras penas, apartando la mirada de él.

Me ha puesto una foto delante de las narices.

Dos críos. Un niño y una niña. El niño parece tener seis años, la niña unos ocho o nueve.

Le miro y me encojo de hombros.

—¿Sabes quiénes son estos niños?

Niego con la cabeza, pero el estómago se me revuelve de nervios. Sé que esto no puede ser bueno. Cualquier cosa que tenga que ver con niños nunca puede ser buena.

—¿Sabes quién es Eamon Brown?

Y sí, lo sé, pero se me antoja una trampa, así que niego vagamente con la cabeza.

—Me suena.

—Creemos que es el hombre para el que tu hermano robó el Klimt.

—Tú estabas allí. —Pongo los ojos en blanco, me recupero rápido —. No robamos nada, tú nos viste.

—Déjate de tonterías, Daisy. —Niega con la cabeza—. Lo sé. No puedo demostrarlo, pero lo sé. No soy idiota. ¿Ahora resulta que Brown acaba de transferirle a tu hermano setenta millones sin motivo?

Frunzo el ceño. Setenta millones de libras no era el precio acordado. Y eso es malo.

Tiller se lame el labio inferior y me mira entrecerrando los ojos. La forma en que me mira, el aire que flota entre nosotros, es como el aire que hay entre dos boxeadores en el *ring* antes de que uno esté a punto de asestar el golpe de gracia y ambos sepan que uno de los dos está a punto de caer.

—Sabes lo que ha hecho —me dice Tiller, y me pregunto si es para no tener que decirlo él.

—Vete a la mierda —gruño negando con la cabeza, pero incluso mientras niego, una parte de mí sabe que es verdad. Hace tiempo que siento que mi hermano está perdiendo el control. Siempre me doy cuenta cuando no le va muy bien, incluso sin las peleas en la jaula.

—Es verdad. —Asiente.

—No, no lo es. Nosotros no hacemos eso. —Me limpio la nariz. Tengo los ojos empañados.

—Sé que tú no lo haces —me dice Tiller.

—¡Ya y él tampoco! —Niego con la cabeza—. ¡Tenemos normas!

Me sonríe con dulzura.

—Conozco tus reglas, Dais. —Me mira a los ojos—. Las está rompiendo.

—¿Todas? —Parpadeo rápidamente y me pregunto si me voy a desmayar.

Veo pesar en los ojos de Tiller.

—Por lo que sé, dos sí.

Le miro con los ojos colmados de dolor.

—¿Estás mintiendo?

—No.

Alarga una mano hacia mí, pero lo aparto de un empujón.

—¿De esto se ha tratado todo? —grito—. Que te presentaras en mi casa durante meses, que flirtearas conmigo, que hablaras de besarme en el coche el otro día… ¿Todo eso iba de esto…, de tu… Es un truco?[441]

—No. —Niega con la cabeza—. Daisy, presentarme en la puerta de tu casa durante meses, flirtear contigo, intentar besarte… —Suspira —. Todo eso son razones por las que no debería estar haciendo esto. No debería estar aquí. Pero necesito tu ayuda.

—¿Con qué?

—Ha secuestrado a dos niños.

Niego con la cabeza.

—No sería capaz.

—Dais. —Me mira con elocuencia—. Ya lo ha hecho.

Me cubro la cara con las manos y suelto un pequeño gemido. Sale amortiguado como una respiración entrecortada, pero no quiero que Tiller me vea llorar, me hace sentir débil y no quiero que nadie sepa que mi hermano es el pegamento que me mantiene entera, porque si Julian es malo, ¿en qué me convierte eso a mí?

Esta vida es un desprendimiento hacia aguas turbias.

Creo que Julian lleva tanto tiempo resbalando que no se ha preocupado en levantarse.

Cuando pasas suficiente tiempo en el fango, la suciedad ya no te parece tan sucia. Creo que eso es lo que ha pasado, porque recuerdo cuando él tenía dieciocho años y acababa de tomar el relevo de papá: había dejado el instituto porque se dio cuenta de que no tenía sentido. ¿Julian quería ser lo que es? Es difícil de decir. Mi padre nunca quiso, pero creo que a Julian siempre le gustó el poder que veía ejercer a nuestro padre. El plan alternativo de Julian era ser boxeador o jugador de rugby profesional, pero no necesitó una alternativa durante mucho tiempo.

Recuerdo que tenía nueve años y estaba sentada en el regazo de Julian, en la mesa del comedor, y algunos de los chicos más mayores que habían trabajado con nuestro padre, como Kekoa y ese tipo, creo que le llamaban Nuk,[442] y un hombre muy majo llamado Mayweather,[443] estaban hablando con él sobre próximos trabajos y cosas que estaban agendadas. Julian me dijo que subiera porque tenían que hablar de cosas de mayores, pero yo no quise irme porque después de la muerte de nuestros padres casi no me separé de Julian hasta los once años.

Me lo volvió a pedir, pero entonces empecé a llorar, así que se encogió de hombros, miró a Kekoa y dijo: «Dejaremos de hacer todo lo que no podamos discutir delante de Daisy».

Entonces, cuanto más crecía yo, más cosas podían discutir, así que más cosas podían hacer.

Curiosamente, más íbamos también a la iglesia. Fue entonces cuando empezó la iglesia. Fue entonces cuando empezamos a bendecir la mesa a la hora de cenar.

No fue algo que aprendiéramos de nuestros padres, fue algo que Julian implementó.

Creo que Julian pensó que ir nos equilibraría, pero lo único que hizo fue joderme. Yo no tengo padre y lo más parecido que tengo a uno es mi hermano, que creo que, desde el punto de vista de la iglesia, no es necesariamente un gran ejemplo.

Y si se supone que los padres terrenales representan al celestial, entonces Él parece un tipo raro.

Cuando tenía trece años, una de las hermanas de la iglesia me dio un papelito con los diez mandamientos. Creo que ella sabía quién era yo, creo que la mayoría de la gente sabe quién soy. Julian nunca ha intentado ocultarlo, simplemente es bueno cubriendo sus malas huellas y logrando que nunca le pillen.

En fin, que me dio nuestros mandamientos, y no tengo claro si me los dio pensando que enderezaría a nuestra familia. Que los leería y diría: «¡Mierda, que se supone que no debemos matar a la gente!». Pero los leí. Todavía los tengo. Leerlos ahora es peor que antes porque estamos peor que entonces.

Si vamos del uno al diez, asumiendo que el número uno es el más importante, Jules nunca ha fallado ahí que yo sepa. Y yo tampoco.

Nunca he tenido otro dios.

Tampoco he hecho nunca una imagen. Tampoco Julian. La artesanía no es el fuerte de nuestra familia…

Llevamos dos, hasta aquí todo bien.

Ahora bien, a partir de aquí todo se va un poco cuesta abajo.

¿Hemos tomado el nombre del Señor en vano? Probablemente.[444]

¿Hemos trabajado en domingo? Sin duda.[445]

¿Hemos honrado a nuestros padres? En absoluto.[446]

¿Asesinado? Sí.[447]

¿Cometido adulterio? Sí.[448]

¿Robado? Con los ojos cerrados.[449]

¿Mentido? Sí.[450]

¿Codiciado? ¿Querido lo que no es nuestro? Prácticamente es la marca de la casa Haites.

Digo nosotros, en plural, porque los pecados de Julian son míos, supongo. Creo que la sangre que derrama mancha a toda nuestra familia. Sé que antes he dicho que no me gustaba pensar eso (todo ese rollo de que los pecados del padre recaen en los hijos), pero ahora, con tiempo y espacio y secuestros entre nosotros, creo que necesito pensar que así es como funciona, porque si sus pecados nos manchan a los dos, entonces tal vez yo pueda redimirlos por los dos.

Y aquí va lo que me preocupa: esas reglas son como un manual básico para la humanidad, y él se las está saltando. Lo que significa que yo le estoy fallando a él. Soy quien guarda a mi hermano, y lo he perdido.

SETENTA Y CINCO

Daisy

Me reúno con Tiller en la esquina de Mossop y First como me dijo y me meto en el asiento del copiloto antes de darme cuenta de que hay otro tipo en la parte de atrás. Inmediatamente saco mi pequeña NAA-22S[451] y apunto a bocajarro al desconocido.

Pelo castaño peinado corto, una barba impresionante, unos ojos bonitos, tatuajes a lo largo de ambos brazos.

—¡Oye, oye! —Sacude la cabeza, mirando con urgencia a Tiller, a quien ya estoy fulminando con la mirada. Le dije que no trajera a nadie.

—¿Es una trampa? —le pregunto en voz baja—. Le voy a pegar un tiro —advierto a Tiller mientras con la otra mano alcanzo la empuñadura.

—¡Es mi pareja! —dice Tiller rápidamente.

—En el cuerpo de Policía —dice el hombre—. No sexualmente.

Vuelvo los ojos hacia él y le lanzo una mirada despectiva.

—Tim Dyson. —Me ofrece la mano. No la cojo—. Puedes llamarme Dyson.

Miro a Dyson y luego vuelvo a mirar a Tiller.

—¿Por qué está aquí? No debería estar aquí, dijiste que solo estaríamos nosotros…

Tiller niega con la cabeza.

—Si crees que voy a llevarte a un escenario con rehenes sin refuerzos, estás majara.

Niego con la cabeza.

—Dijiste que no le pasaría nada a mi hermano.

—No le pasará nada. —Me mira mientras arranca y sale a toda velocidad hasta la calle.

En realidad casi no he dormido desde la última vez que vi a Tiller. Desde que me contó lo que había hecho Julian.

Me pidió que le ayudara a recuperar a los niños y le dije que lo haría. Quise que mi ayuda para recuperarlos anulara el hecho de que mi hermano los hubiera secuestrado, pero creo que no funciona así.

Ninguno de los chicos ha estado mucho por aquí; han estado ocupándose de este trabajo. Cuando le pregunté a mi hermano, me dijo que estaban controlando una nueva «adquisición» y que necesitaba mucha mano de obra.

Que ninguno de ellos estuviera cerca hizo que fuera más fácil fisgonear, pero tampoco es que mi hermano tenga una carpeta que ponga: «Lugar donde tengo a los niños secuestrados», así que ayer le pedí a Kekoa que recuperara la pulsera que se me cayó a propósito por el fregadero y, mientras no miraba, activé la función «Buscar a mis amigos» de su teléfono. Tiene más de cuarenta años, así que nunca sabrá cómo desactivarla.

En algún lugar de Clayhall. No sé dónde. No tenemos ninguna propiedad allí, no que yo sepa. Esa es la parte de esto que me asusta, supongo, todas las cosas que no sé. Creía que lo sabía todo, pero está claro que no.

Ya no puedo más. Ni siquiera sabía que Julian se hablaba con los MacMathan hasta que aparecieron aquella noche en Viena, por no hablar de Mata Tosell. La forma en que apaleó a Declan también.

¿Qué más me estoy perdiendo? ¿Qué más me están ocultando porque saben que no lo soportaré?

¿Cómo lo está soportando mi hermano?

Es un buen hombre, eso es lo que yo pensaba.

Pensaba que lo era.

Y los hombres buenos pueden hacer cosas terribles, lo sé. Pero normalmente es sin querer y solo una vez, no es premeditado y el comportamiento no se repite. Sé que debo parecer una loca, estar disgustada porque el mafioso de mi hermano no sea un buen hombre, pero me he pasado toda la vida intentando convencer al mundo de que lo es,[452] y no quiero equivocarme. Porque si estoy equivocada, si él es malo y me ha criado, y es la única familia que tengo, entonces si él es malo, yo también lo soy.

Fijo la vista al frente. Siento que estoy conduciendo hacia mi perdición.

Dyson alarga la mano desde el asiento trasero y pone la radio.

Highway to Hell de AC/DC empieza a sonar a todo volumen.

—Nuestra canción de antes del partido —me dice Dyson antes de reclinarse en su asiento.

Apago la música de un manotazo.

—Oye… —gime.

Miro por la ventanilla.

—El fin de mi vida tal y como la conozco no necesita banda sonora.

Queda ahí, lo que esto significa para mí. Ni el uno ni el otro lo había pensado, ahora me doy cuenta. Para ellos, esto es un trabajo. Salvar a los niños, hacer lo correcto. Para la mayoría de la gente, hacer lo correcto es el objetivo, la decisión correcta, la decisión sana, la decisión que deberías tomar, pero una parte de mí siente que no debería. Debería bajarme, saltar en el próximo semáforo y

volver corriendo a casa, porque hacer lo correcto para estos niños… que, por cierto, sé que es lo correcto en sentido literal, pero resulta que lo correcto literalmente también requiere que traicione a todos mis seres queridos.

Tiller suspira, agarra el volante con más fuerza y no me mira.

—¿Estás bien?

—No —respondo con una voz apenas audible, mirando por la ventanilla.

Lo cortés habría sido que me dijera: «No tenemos que hacerlo si no quieres», pero esto no es una cita y no estamos a punto de tener sexo. Estoy a punto de traicionar a mi hermano.[453]

«Él te traicionó primero», eso es lo que me digo a mí misma. Julian ha hecho las cosas que prometió que no haría, trabaja con hombres que trafican con personas, ha secuestrado niños, no es quien yo creía que era y tiene que parar ya porque no sé cómo salvarlo de ese tipo de cosas. No existe una lejía para ese tipo de pecados que no dejan una marca en el mundo como la sangre, porque ese tipo de cosas dejan marcas en tu alma. Y yo no puedo limpiarlo.

—Así que tú eres Daisy —comenta Dyson, intentando suavizar la tensión.

Le devuelvo la mirada, sin decir nada.

—Tills siempre ha dicho que eres muy parlanchina, pero…

Tiller le lanza una mirada.

—¿Qué? —Dyson frunce el ceño—. Tienes unos ojos bonitos.

Me mira y yo le doy la espalda, frunciendo el ceño.

—Tiller está soltero ahora, ¿lo sabías? —comenta Dyson como quien no quiere la cosa.

Tiller gira la cabeza como un resorte en dirección a Dyson y lo fulmina con la mirada.

—Sí, lo sabía. —Asiento con frialdad.

—Nada, es que pensé que te gustaría saberlo —susurra—. Está soltero, tú estás soltera…

—Tú estás muerto —gruñe Tiller en voz baja.

—Ay, Killian. —Se ríe con ligereza.

Me vuelvo hacia él, frunciendo el ceño.

—¿Cómo entraste en la academia de policía?

—Con perseverancia —susurra, sonriendo, y yo miro fijamente a Tiller.

—¿Tiene un botón para apagarlo? —le pregunto a Tiller.

—Ojalá —contesta él, sin apartar los ojos de la carretera.

Silencio.

Dyson suelta un largo silbido.

—Aquí se podría cortar la tensión sexual con un cuchillo.

—Creo que es tensión a secas —le digo, mirando al frente.

—No. —Niega con la cabeza, decidido—. Es sexual.

Tiller niega con la cabeza y luego suelta una especie de carcajada a regañadientes.

—¿Tienes ganas de acabar con los malos, entonces? —Dyson me pincha el brazo.

No me vuelvo para mirarlo, me limito a morderme el labio inferior.

—Yo soy de los malos.

Me mira incómodo.

Paramos a la vuelta de la esquina de la casa y nos quedamos sentados en el coche un momento.

Nadie dice nada, así que hago la pregunta más obvia:

—¿Tenéis idea de cuántos hay dentro?

Tiller niega con la cabeza.

—La lectura térmica sugiere tres adultos, dos niños.

—¿Sabes quiénes?

Vuelve a negar con la cabeza.

—Pero tu hermano no está. Lo tenemos vigilado en esos baños que le gustan en la ciudad.

—¿Lo prometes? —le pregunto, sintiéndome esperanzada.

Él asiente y yo le devuelvo el gesto, aliviada.

Miro a Dyson.

—Tú te quedas en el coche.

—¿Qué? —Frunce el ceño.

—Con el motor en marcha —le digo.

—No quiero quedarme en el coche —se queja con un puchero.

—Y yo no quiero derrocar la dinastía entera de mi familia,[454] pero aquí estamos.

Tiller me lanza una larga mirada y me pregunto si le sabe mal.

—Lo haremos a su manera —le dice a Dyson mientras sale del coche y le tira las llaves.

Camino por delante de Tiller, él tiene la cabeza gacha y lleva la capucha puesta. El corazón se me acelera cuando doblamos la esquina de la calle y siento que estoy doblando la esquina de una nueva parte de mi vida, una que pensaba que quería durante muchísimo tiempo, pero ahora que la rozo con las puntas de los dedos, ya no lo tengo tan claro. Ir en contra de todos los que conozco y amo porque están haciendo algo que no me gusta parece una locura a la luz del día, pero es algo malo. Es algo bastante malo. Alcanzo el picaporte de la puerta y oigo que Tiller encañona su arma.

—No aprietes el gatillo a menos que yo lo diga…

Asiente una vez.

Abro la puerta principal y un hombre musculoso e inmenso se pone en pie y me apunta con una pistola a la cara. Luego la baja un poco.

—¿Daisy? —No lo reconozco, pero él me reconoce a mí y se relaja un poco.

El alcance de Julian es tan grande que, por lo que él sabe, Tiller también podría trabajar para él.

Le sonrío con toda la calidez que puedo y le tiendo la mano, que él coge, pero yo tiro de él hacia mí en un abrir y cerrar de ojos, le rodeo el cuello con el brazo y me lanzo sobre su espalda, sujetándolo con una llave para dormirlo.

Lo dejo caer hasta el suelo en silencio.

Tiller me mira con las cejas enarcadas.[455]

—Eso no me lo esperaba.

Abro un pelín la puerta y miro dentro. El pasillo está vacío, pero oigo el sonido apagado de un televisor en el piso de arriba. Saco mi Colt Mustang de acero inoxidable cepillado y subo sigilosamente. TK está sentado ante la puerta.

—Mierda —susurro con un hilo de voz y le hago una señal a Tiller para que se detenga. Sigo subiendo las escaleras. Teeks levanta la vista de su teléfono y coge la pistola, pero cuando ve que soy yo se queda quieto.

—¿Dais?

—Hola. —Fuerzo una sonrisa.

—¿Qué coño haces aquí? —Frunce el ceño.

—Nada… es que… Julian me ha mandado aquí para…

TK ladea la cabeza, desconfiado, y yo sigo caminando hacia él.

—Daisy, ¿a qué has venido? —me pregunta cuando me planto ante él y le rodeo el cuello con los brazos—. Dais… —empieza a decir, pero rozo su boca con la mía mientras quito la tapa de la jeringuilla que llevo en la mano y le inyecto una dosis no letal de propofol.

Se echa hacia atrás, me mira confuso y luego se desploma.

Me arrodillo a su lado, le busco el pulso y compruebo que las vías respiratorias funcionan con normalidad antes de colocarlo con cuidado contra la pared. Hago una señal a Tiller para que venga y abro la puerta.

Dos niños, con las manos atadas a la espalda, están frente a un televisor en el que se emite una película de los Picapiedra de los noventa, y entonces lo veo.[456] Romeo Bambrilla está en el rincón, [457] con las piernas encima de una mesa y haciendo girar perezosamente la pistola que lleva en la mano.

Me ve y se levanta de un salto.

—¿Daisy? —Rome frunce el ceño al instante—. ¿Cómo has…?

Y entonces ve a Tiller. Se queda confundido durante un minuto, luego levanta su pistola y la encañona.

—¿Qué coño estás haciendo? —me pregunta, con los ojos muy abiertos por la traición.

—¿Qué coño estás haciendo tú? —le pregunto a mi vez, desesperada, corriendo hacia él—. ¡Son niños, Rome!

—¡Y él es policía!

—Nosotros no hacemos estas cosas, no somos así.

Los niños nos miran un poco como si estuvieran viendo un partido de tenis.

—Así es exactamente como soy, Dais… —Me mira y niega con la cabeza—. Pero ya no tengo ni puta idea de quién eres tú.

—No soy una secuestradora. —Le miro negando con la cabeza.

—Ah, ¿solo eres una traidora, entonces? —Señala a Tiller con la barbilla—. Joder, es que lo sabía. ¿Ahora también te lo estás tirando a él?

Tiller amartilla la pistola.

—No, Romeo —le digo sosteniéndole la mirada, intentando calmarle un poco.

—Está aquí porque su hermano ha secuestrado a unos niños —interviene Tiller.

—No te atrevas a hablarme, perro de mierda. —Rome lo mira con fijeza—. No puedo creer que estés aquí con él, Dais. De todos… ¿Con él? —Vuelve a negar con la cabeza.

—Deja que se vayan, Rome —suspiro.

—No. —Niega con la cabeza.

—¿Se puede saber por qué estás aquí? —pregunto, un poco desesperada—. No trabajas para mi hermano, no tienes por qué estar aquí, déjalos ir… —Me acerco a los niños.

—Él me pidió que viniera.

—¿Para qué? —grito enloquecida—. No lo entiendo, ¿por qué haces esto?

Me señala enajenado.

—¿Y tú?

—Rome, por favor, deja que se vayan —le insisto. Romeo vuelve a negar con la cabeza y entonces me dirijo a los niños—. Pase lo que pase, id con este hombre. —Señalo a Tiller—. Es policía, podéis confiar en él —le digo a la niña. Es mayor, parece asustada, pero atenta.

Miro a Tiller.

—Pase lo que pase —le digo a él con un discreto movimiento de cabeza.

Parece confundido un momento, pero ya lo suponía. No llegamos a discutir los detalles de mi plan. En realidad no tenía uno hasta ahora, por eso no lo discutimos. Lo estoy desarrollando sobre la marcha, pero la presencia de mi exnovio lo ha complicado todo terriblemente.

Miro a Romeo, le dedico una sonrisa triste mientras le apunto con mi arma y amartillo.

Romeo aprieta los labios y niega con la cabeza.

—¿A esto hemos llegado? —pregunta, casi sin poder creerlo. Me encojo de hombros. Tiene los ojos llorosos y apunta con la pistola detrás de mí[458] hacia Tiller—. ¿Vas a dispararme, Dais? —resopla.

—Jamás —le digo con seriedad y él frunce el ceño, confundido, y entonces giro la pistola hacia mí y me disparo a mí misma. El plan era en el estómago, espero haberlo conseguido, es difícil de decir en cuanto está hecho. He intentado inclinar la trayectoria de la bala hacia la izquierda y hacia arriba, pero no tanto como para perforar un pulmón o golpear una costilla.

Suena más fuerte de lo que pensaba, el eco de la explosión en esa estancia grande y casi vacía, y entonces me desplomo hacia delante.

Creo que no duele tanto como lo imaginaba, un disparo. Al menos no resulta muy diferente a como me he estado sintiendo últimamente, tal vez solo un pelín más literal. Peor al principio, y luego la adrenalina se dispara al tiempo que Rome se precipita hacia delante y me atrapa antes de que caiga al suelo.

—¿Qué coño has hecho? —Me mira fijamente, parpadea para ahuyentar las lágrimas y me aprieta la boca contra la frente.

—¡Corred! —les digo a los niños, que ya se han puesto de pie, con los ojos muy abiertos por el terror.

Tiller me mira aturdido y con cara de estar a punto de vomitar.

—Daisy…

—¡Ahora! —intento gritar, pero hacerlo requiere demasiada energía.

Tiller coge a los niños y sale corriendo y a Rome no le importa una buena mierda, no aparta la vista de mí. Va negando con la cabeza.

—¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho? —susurra.

—Presiona la herida —le digo.

—Lo intento —contesta, secándose los ojos con la mano y

manchándose la cara con mi sangre.

Oigo que hace una llamada; la parte en la que no había pensado es la parte en la que nosotros no llamamos a las ambulancias. Me pregunto si moriré así.

Por una herida de bala que me he hecho yo misma y con mi amor de la infancia presionándola para que no me desangre. Igual que antes, pero sin ser ya una metáfora.

—Lo siento —le digo con el ceño fruncido.

Él me mira y niega con la cabeza.

—No lo sientas, Daisy. ¿Me oyes? No…

Y entonces me desmayo.

SETENTA Y SEIS

Julian

Lo primero que sentí al recibir la llamada fue miedo. Un miedo polifacético.

Que le pasara algo a Daisy ha sido, al menos durante mi vida adulta, mi principal preocupación. Me traen sin cuidado los hechos en torno a su lesión, no importan: está herida igualmente. Daisy herida me asusta. Lo que también me asusta es que lo sabe. Sabe lo que hice, sabía lo que habíamos hecho y sintió tal repugnancia como para hacer algo al respecto.

Y no solo algo: se disparó en el estómago para ayudarles a escapar.

La llamada frenética de Rome fue probablemente la peor de mi vida hasta la fecha.

—¡Tiene una herida de bala! —gritó por teléfono—. ¡Tiene una herida de bala y no puedo detener la hemorragia!

—¿Quién? —pregunté, aunque ya lo sabía. Me lo dijo su tono. Nadie más podía ponerlo en ese estado.

—¡Daisy! —exclamó. Creo que Rome lloraba.

Me puse en pie y salí por la puerta antes siquiera de que hubiera dicho su nombre.

—¿Dónde estáis? —le pregunté.

—Estamos en la casa…

—¿Qué? —Me detuve en seco.

—En Clayhall —aclaró.

—¿Cómo lo ha des…?

—No lo sé —atajó Rome rápidamente—. Ha aparecido con el policía…

—Joder… —Corrí hacia mi coche, todos los chicos corrieron detrás de mí sin decir una palabra. Me volví hacia Kekoa—. Llama a TK.

Kekoa negó con la cabeza.

—No contesta.

—Julian… —dijo Rome. Su respiración no sonaba bien—. No puedo parar la hemorragia…

—Presiona, Rome —contesté, tratando de arrancar el coche, pero no atinaba con las llaves.

Un golpecito en mi ventanilla y vi a Kekoa haciéndome un gesto para que me pusiera en el asiento del copiloto.

Me cambié sin oponer resistencia e intenté que no se me notara lo asustado que estaba.

—¿Cómo tiene el pulso?

—Débil…

—Romeo —dijo Kekoa en voz alta—. Te he mandado a dos hombres, llegarán en unos minutos, deja a los niños.

—Se han llevado a los niños —contestó Rome.

—¿Qué?

—Ese poli se ha llevado a los niños —me dijo y apreté la mandíbula.

—¿Ha dejado a Daisy allí? —Podría matarlo.

La pregunta quedó ahí pendida un segundo.

—Se lo ha ordenado ella.

—Hay un piso franco enfrente del McDonald’s de Barkingside; la

van a llevar allí hasta que podamos estabilizarla —informó Koa a Rome.

—Vale.

—Se pondrá bien —dijo Kekoa al teléfono, mirándome mientras lo hacía.

Tardó un minuto una vez que Daisy estuvo en el piso franco.

Había perdido mucha sangre, pero Barnsey tiene buenos médicos repartidos por todo Londres, y uno de ellos se reunió con nosotros allí. Detuvo la hemorragia, le estabilizó el pulso a Dais y luego la trasladamos a Ordnance Hill tan rápido como pudimos para operarla.

Salió adelante. Se alcanzó el estómago. Lo había hecho a propósito, lo sé. Las heridas de bala en el estómago casi siempre se curan sorprendentemente bien. Le costó mucho, estuvo a punto de morir un momento. Christian intentó ir a visitarla, pero los chicos no se lo permitieron. No sé si eso es lo que ella habría querido, en realidad, pero tengo la inquietante sensación de que quizá Daisy y yo, por primera vez en nuestras vidas, no vamos a una.

Me encontré con él en el vestíbulo. Estaba llorando, de una manera un poco histérica, como creo que te pondrías si hubieran disparado a la chica que amas.

—Ella querría que estuviera allí —me dijo, tratando de apartarme para llegar hasta ella.

—Christian… —Lo agarré por los hombros—. La última vez que te vio, hizo que te sacaran a la fuerza de nuestra casa.

—Eso es porque me tiene miedo, no porque…

—Christian. —Lo miré—. No vas a subir a verla. Quedad cuando salga, tío. Cuando pueda decidir por sí misma.

Me sentí como una mierda, dejándole en el vestíbulo, doblado por la cintura, llorando a mares…, pero no me hacían falta las complicaciones de todo aquello. Solo necesitaba que Dais se

despertara. Los siguientes pasos ya vendrían después.

Ha estado inconsciente algo más de dos días hasta que hoy ha abierto los ojos.

Cuando lo ha hecho, los ha posado en Romeo, a su izquierda. No me ha visto de inmediato.

Se sienta más erguida, con los ojos muy abiertos y llenos de esa esperanza triste que siempre tienen el uno por el otro.

Rome le coge la mano.

Dais parpadea un par de veces, confundida, mientras vuelve en sí, intenta incorporarse rápidamente, con cara de pánico. Se mira a sí misma, donde recibió el disparo, vuelve a mirar a Rome, que la está fulminando con la mirada, y ella frunce el ceño.

—Vete a la mierda, Daisy. —Le suelta la mano y se pone de pie—. Ahora sí que hemos terminado —dice, caminando hacia la puerta—. No vuelvas a dirigirme la palabra.

Ella lo sigue con los ojos mientras cruza la habitación hasta que me ve y se queda inmóvil.

Me levanto y camino hacia ella con los brazos cruzados.

—¿Qué coño has hecho? —le pregunto, negando con la cabeza.

Se le llenan los ojos de lágrimas al instante.

—¿Qué coño has hecho tú?

Esto es lo que me temía, que fuera a hacer como si fuera culpa mía. Ya estoy furioso, ya me encuentro en un estado de incredulidad porque lo haya intentado siquiera. Parece un poco asustada. Bien, pienso, quiero que se asuste. Es una puta idiota.

Me presiono una mano contra la boca porque así parece que controlo mis emociones, pero en realidad lo hago porque me tiemblan las manos.

—Te disparaste en el estómago —sueno más triste de lo que querría—. ¡Para ayudar a unos niños que ni siquiera conoces!

—¡Eran niños! —intenta gritar.

—¡Eran un trabajo! —grito más fuerte.

Esos ojos llorosos suyos dejan caer las lágrimas y se la ve todavía más asustada. Hago una mueca con la boca, estoy haciendo todo lo posible por no llorar.

—Me lo prometiste —dice a duras penas, con la boca crispada, intentando no llorar—. Niños nunca…

Adelanto la barbilla, niego con la cabeza y me paso la lengua por el labio inferior, muy cansado y enfadado.

—Acabas de hacerme perder setenta millones.

—¡Sí, y tú acabas de perderme a mí! —contesta ella, con la voz entrecortada.

—Y una mierda —le escupo.

—Lo digo en serio, Julian. —Niega con la cabeza, le tiembla el labio inferior—. Me largo. No quiero tener nada que ver con esta mierda. —Me mira con ojos desorbitados—. ¡Eran niños!

—Sí, eran niños, Daisy, ¡lo entiendo! No era lo ideal, es cierto, pero su padre me debe setenta millones que, gracias a ti, ¡ahora nunca veré, joder!

—¡Julian! —grita ella—. ¿Pero tú te estás oyendo? Eran niños. ¡Niños! Yo tenía la edad de esa niña cuando murió papá.

Sabía que esa parte le llamaría la atención. Lo sabía porque a mí también me la llamó, pero ¿qué puedo hacer? Ya está hecho. He perdido el dinero, he perdido a los niños, es probable que mi reputación esté en el hoyo ahora también, gracias a la puta rebelión de mi hermanita con la policía. Ni siquiera puedo empezar a imaginarme la de mierda que voy a recibir por esto. La gente lo verá como un signo de debilidad, disensión en las filas, una oportunidad para atacar y ocupar nuestro lugar.

—Esto son negocios, Daisy. —La miro con severidad—. Dirijo un

negocio…

—¡Y no quiero tener nada que ver con él! —chilla—. Me… me pone enferma todo esto…

Se le quiebra la voz y hay algo en ello que hace que se me humedezcan los ojos.

—Me voy. —Sacude la cabeza—. No me hables, no me llames, no me sigas. No quiero tener nada que ver contigo.

Se me contrae la expresión de la cara, no puedo creer que me esté diciendo estas mierdas, y me recorre, como una onda, esa rabia envenenada que siento a veces. Nunca la había sentido con ella, pero noto que tengo el orgullo herido y que alguien me está dando un puñetazo que duele. Normalmente mato a esas personas, pero no puedo matarla a ella.

Le dirijo una mirada mordaz.

—Esas son palabras mayores para una pobre huerfanita.

Aprieta la mandíbula y parpadea para ahuyentar una lágrima.

—No te necesito.

Tiene el pecho agitado.

—No tienes a nadie más —le recuerdo, y me odio por ello.

Achica los ojos.

—Prefiero no tener a nadie que tener a la persona que eres ahora —escupe.

—Muy bien. —Me encojo de hombros como si me diera igual—. Tú lo has querido, Dais.

Ella asiente rápidamente, se seca más lágrimas.

—No puedo creerte —dice en un susurro apenas audible.

Vuelvo a encogerme de hombros porque no sé qué más hacer. Si me paro a pensar en lo que creo que está pasando, creo que yo también me echaré a llorar.

—Eres despreciable —me escupe.

—Y tú eres una traidora —le respondo. Tenía esa bala cargada y preparada porque es verdad. Después de todo lo que he hecho por ella, la vida que le he dado, la forma en que la he protegido y la he mantenido a salvo y la he querido y…

—Lo digo en serio, Julian, no quiero saber nada más de ti —resopla al tiempo que niega con la cabeza—. No quiero tu protección, no quiero tu defensa ni tu tiempo ni tus pensamientos…

—Oh… —Le dedico la sonrisa más malvada que le he lanzado nunca—. No te preocupes por eso, Cara. No los tendrás. —Me encojo de hombros como si me diera igual—. Por lo que a mí respecta, moriste con ellos en esa playa. —La fulmino con la mirada —. Tendría que haberte dejado, desagradecida de mierda.

Me odio por eso.

—Lárgate —me dice con voz temblorosa.

Cojo las llaves de la mesa que tengo al lado con manos temblorosas, espero que no lo vea.

—Con mucho gusto.

Salgo, me cubro la cara con las manos y exhalo con toda la calma que puedo. Me meto en el ascensor y espero a que se cierre la puerta. Suelto un gruñido triste. Ella no se merece más de mí, aunque sí lo merece. Le pego un puñetazo a la cara del espejo (necesito puntos, pero no me los darán) y luego me alejo de la única familia que tengo y de la única persona, aparte de yo mismo, a la que he querido en toda mi vida.

«¡Ahí va eso!», me digo mientras respiro hondo. Pero no puedo ahuyentar la sensación de que tal vez acabo de deshacerme de lo único bueno que había en mí.

SETENTA Y SIETE

Christian

En cuanto me enteré de lo que había pasado, intenté ir con ella, pero no pude, era una absoluta locura. Me enteré más o menos de lo que había pasado a través de mi hermano, pero no sabía mucho, solo que estaba herida.

Fui al hospital, pero Julian me echó. Estuve a punto de pelearme con él, pero vi algo salvaje en sus ojos que me hizo pensar que no debía hacerlo, como un perro acorralado en un rincón, enseñando los dientes. Así que me fui, porque soy un mierda y soy débil y supongo que tendría que haberme peleado con él, supongo que tendría que haberme abierto paso a la fuerza para verla, para que ella lo supiera, pero no lo hice porque no sé qué coño soy para ella. Sé lo que ella es para mí.

Resumiendo: todo.

Alargándome: también todo.

Esperé una semana, una semana jodidamente larga porque no podía hablar con ella. Su número no funcionaba, y cuando le pedí a Julian el número nuevo, no me contestó. Jo me contó que Daisy y él se habían peleado fuertísimo, y entonces empezaron a circular un montón de rumores y yo no sabía qué creer: ¿ella está con el policía? ¿Con Tiller? Oí que se había ido del Recinto, oí que se había

ido a vivir con Tiller… Necesité que ese rumor no fuera verdad. Oí que se había ido a vivir sola; eso era verdad, lo supe por Taura. También fue ella quien me dio la dirección.

Se ha mudado a un edificio en Warwick Avenue en Maida Vale. En realidad no tengo ningún plan cuando me presento allí, solo quiero verla un momento, comprobar con mis propios ojos que está bien y creo que me lo merezco después de toda la mierda que hemos pasado… Quizá le diré que la quiero y que no voy a parar y que lo siento, ¿quién sabe?

Llamo a su puerta.

Sigue una pausa larga. Oigo un ruido detrás de la puerta. Otra pausa larga.

Abre con el ceño fruncido y yo imito el gesto.

—¿Qué cojones está pasando? —le ladro.

Se cruza de brazos, orgullosa.

—Me he independizado.

Niego con la cabeza.

—¿Por qué no me dijiste que te mudabas?

Me mira desafiante.

—No nos hablamos.

—Ya, ¿y quién coño tiene la culpa? —Paso a su lado, invitándome a entrar.

Me fulmina con la mirada.

—Tú.

—¿Yo? —La miro y echo un vistazo al apartamento. Un poco minimalista. Mucha madera. Casi completamente vacío—. Pequeña, te habría ayudado a mudarte.

—No necesito tu ayuda —me suelta y suspiro.

Me apoyo en la puerta y la miro fijamente.

—¿Qué ha pasado con tu hermano?

Aprieta los labios y niega con la cabeza.

—No quiero hablar de ello.

—Bueno, pues yo sí. —Me acerco a ella y le levanto la barbilla para que me mire. Esto la sobresalta por alguna razón, pero no de tal manera para que rechace el contacto. Se queda inmóvil y yo la miro fijamente—. Dime, ¿qué coño ha pasado?

Se lame el labio inferior y siento celos de ese gesto. Aparta la mirada.

—Mis reglas… —Me mira—. ¿Las recuerdas?

Asiento con la cabeza.

—Sí.

Desvía la mirada.

—Las rompió.

Joder, tío. Mierda.

No sé qué esperaba, con qué clase de mierda tenía que salir él para alejarla de esta manera, pero sí que esas eran líneas que nunca pensé que cruzaría.

—Joder. —Parpadeo—. ¿En serio?

Ella asiente.

—¿Cuál? —pregunto.

Me mira con las cejas fruncidas y una expresión que solo tiene cuando está preocupada por su hermano.

—¿Acaso importa?

—Dais… —Alargo la mano hacia ella, la rodeo por la cintura sin su permiso, pero es que nunca había necesitado su permiso—. Lo siento mucho.

Le paso la mano por el pelo y ella me deja, mirándome fijamente, con los ojos muy abiertos y llenos de un montón de mierdas que me he perdido y no debería.

No dice nada durante unos segundos, frunce la boca, los ojos muy

tristes.

—Te quiero —me dice muy solemne.

Parpadeo un par de veces, la miro confundido y eufórico a la vez.

—Yo también te quiero.

Se pone de puntillas, me rodea el cuello con los brazos y atrae mi boca hacia la suya. La empujo hacia atrás y la beso con tanta vehemencia que choca con la pared y suelta un gritito ahogado de dolor.

—Mierda… —pongo mala cara—. ¡Lo siento! ¡Pero me quieres! —Le sonrío.

—Obviamente —resopla.

La miro.

—No nos lo habíamos dicho nunca así, parece algo importante…

—Es que lo es. —Ella asiente, pero su cara vuelve a reflejar tristeza. Niega con la cabeza y me mira con el ceño fruncido—. Christian, he roto con esta mierda…

—¿Qué mierda?

—Me he hartado… —Se encoge de hombros—. No quiero tener nada más que ver con esa vida.

La miro fijamente, confundido y sin soltarla.

—Pero yo formo parte de esa vida.

Se aprieta la lengua contra el labio superior y se le acelera la respiración.

—¿Podríamos irnos? ¿Tú y yo? Irnos a algún sitio y ser normales…

—Dais… —La miro fijamente, parpadeando mucho. Respiro. No sé qué decir. No importa la parte en la que algo de lo que me está diciendo es exactamente lo que quiero… ¿No puedo? No puedo. No tengo otro plan, este es el plan. Jo y yo dirigiendo el cotarro juntos. Es el único plan que hemos tenido y, dejando incluso eso a un lado…, está mamá. No podría hacerlo…, a ella no.

—Julian está fuera de control —me dice Daisy con los ojos llorosos.

Me encojo de hombros con impotencia, porque ya me había llegado.

—Sí, pero se repondrá…

—No, Christian. —Niega con la cabeza—. No lo hará, no puede. No después de esto… Al menos no conmigo.

La miro dubitativo, pero parece a punto de echarse a llorar.

—Me avergüenzo de él. Nunca me había avergonzado de él… y lo odio, me pongo enferma pensando en lo que ha hecho y en quién es cuando no estoy con él, y no quiero llegar a saber nunca lo que es sentir eso por ti…

Vuelvo a pasarle la mano por el pelo y la dejo en su nuca.

—Yo no soy como él… —le digo.

Sus ojos se suavizan un poco.

—Sí, lo eres, por eso me gustas tanto.

La miro de hito en hito.

—Tú no crees en el complejo de Electra. —Sus palabras, no las mías.

Pero ella se encoge de hombros.

—Es solo programación presexual. —Porque es la más lista allí donde esté—. Desarrollamos de forma inconsciente un esquema de lo que es el amor cuando somos pequeños que está completamente basado en la manera en que nos tratan nuestros cuidadores principales… —Frunce los labios, divertida—. Y, cuando crecemos, nos sentimos atraídos por personas que nos hacen sentir lo mismo.

Niego con la cabeza.

—Yo no romperé tus reglas, Dais…

—Él dijo lo mismo.

—Pero yo lo digo en serio…

Asiente.

—Igual que él.

—Pues vente a vivir conmigo, olvídate de Jules. No tienes que irte del todo, puedes…

—Estoy cansada de que la gente intente matarme.

Frunzo el ceño.

—¿Crees que voy a permitir que te pase algo?

Y me lanza una mirada.

—Pero ¿cuántas veces las cosas tienen que estar a punto de pasarme para que pille la puta indirecta de que tengo que largarme?

Siento que me hundo.

—Daisy, podemos encontrar la manera…

—Ya la he encontrado, Christian —me dice, testaruda—. Y es rompiendo con todo.

—Pequeña, yo no puedo romper con todo. Esto es toda mi vida.

—Ya… No. —Asiente muy rápido. La esperanza que escondían sus ojos está hecha añicos—. Está bien. Lo entiendo… —Rompe el contacto visual.

—¿Qué significa…? —Ladeo la cabeza buscando sus ojos, intentando entenderlo—. ¿Estás diciendo que no podemos estar juntos?

—No lo sé. —Vuelve a mirarme—. ¿Supongo?

La miro fijamente durante unos segundos.

—Pero estoy enamorado de ti.

—Lo sé. —Se seca los ojos—. Yo también estoy enamorada de ti.

—Pequeña, por favor, no hagas esto… —Niego con la cabeza y, distraídamente, me froto la boca con la mano.

Me da un beso en la mejilla.

—Cuando te vayas, por favor, no vuelvas. —Enrosca un dedo y se seca una lágrima—. No puedo hacerlo dos veces.

—Daisy…

—Lo digo en serio, Christian. Ahora lo único que necesito es ser normal. No quiero asustarme cuando una furgoneta blanca pase a mi lado. No quiero tener que tomar rutas distintas todos los días para volver a casa. No quiero tener guardaespaldas. Quiero poder pedir lo mismo en los restaurantes cada vez que vaya. No quiero dormir con una puta 45 debajo de la almohada…

—Daisy…

—Quiero liberarme de esto, Christian, así que tengo que romper con todo. Por favor, déjame romper con todo.

Doy una bocanada de aire con dificultad, actúo como si el hecho de comprender por qué dice lo que dice lo hiciera menos doloroso, pero no es así. Tírame delante de un puto tren, ya que estamos; pero asiento un par de veces. Intento aplicar el viejo dicho de si quieres a alguien, déjalo ir. Incluso aunque acabes de conseguirlo, como es mi caso, incluso aunque odies cómo se siente el mundo sin esa persona, como es mi caso, ahora lo sé. Hay un vacío dentro de mí, que está donde ella solía tumbarse sobre mi pecho por las noches, siento que se va igual que sientes el polvo y la suciedad golpeándote la cara en un día ventoso. No quiero dejarla marchar, ni siquiera quería amarla, pero aquí estamos y la quiero, y ahora no retrocedería. No podría. Y aunque pudiera, no podría, porque la querré hasta que me muera. La tenga o no, me quiera ella a mí o no, voy a por todas, aunque ella no quiera nada.

—De acuerdo. —Asiento imperceptiblemente—. Puedes romper con todo, Pequeña.

—Gracias —susurra, con la barbilla temblorosa.

Le beso la comisura de los labios, salgo por la puerta de su casa y pasamos diez meses sin hablar.

Nueva York, marzo

Estoy mirando por la ventana, hacia el parque. Hago todo lo que puedo por ignorar los edificios que lo rodean.

Si achico los ojos, podrían ser los jardines de Kensington, pero no lo son.

He hecho todo lo que he podido para sentir más como un hogar mi piso en la Quinta Avenida, pero ¿qué puedes hacer cuando tu hogar es muchísimo más que la casa donde te criaste?

—Hola —me dice desde detrás.

Lo veo de pie en la puerta y me lo bebo con la mirada.

—Hola. —Le sonrío, me acerco a él y me rodea la cintura con los brazos.

Me levanta la barbilla y me roza los labios con los suyos.

Se quita el sombrero de piloto y me lo pone en la cabeza, lo baja hasta taparme los ojos y me besa más.

Me ha besado mucho más en los meses que han pasado desde que hui de Londres.

Volé directa aquí desde The Rosebery. Me planté en el aeropuerto, siempre llevo el pasaporte encima porque hacemos muchos viajes improvisados. Compré un billete de ida en primera clase al aeropuerto JFK.

En realidad, para cuando llegué no quedaba ningún vuelo hasta la

mañana siguiente, pero no me importó.

Pasé por la puerta de embarque, tiré el teléfono, vomité en el baño, me compré otro teléfono al cabo de una hora porque estaba aburrida, me compré una muda de ropa y me quedé encerrada en la sala de espera hasta que salió mi vuelo.

Normalmente uso estrictamente el Windsor Lounge, pero desde luego nada de esto estaba planeado, así que tuve que quedarme dormida en una de las pequeñas cápsulas de sueño que tiene ahora British Airways, y fue uno de esos sueños raros que tienes cuando estás sufriendo por algo, ¿sabes cuáles te digo? Un sueño que parece arenas movedizas, como si tu cerebro decidiera «no queremos estar despiertos para esto», y te agarrara la conciencia por el tobillo y te arrastrara hacia una oscuridad silenciosa.

No me moví ni una sola vez, fue esa clase de sueño pesado… Tenía marcas en la cara de la almohada.

Me despertó una azafata.

—Su vuelo está embarcando, señorita —me avisó, y por la forma en que frunció las cejas, supe que sabía quién era yo y que había visto las noticias.

Ni siquiera sabía que había aparecido en las noticias, pero, Dios mío, ya te digo si aparecí en las noticias. Nos grabaron muchísimos móviles cuando sucedió. Lo grabaron todo en vídeo. No importa que esté entre los dos peores momentos de la historia de mi existencia, no importa que mi vida tal y como la conocía se estuviera derrumbando, no importa que estuviera visiblemente mortificada, traumatizada y traicionada, nada de eso importó: lo emitieron durante semanas. La gente se lo tragaba, vivían para el drama, y hubo mucho drama. Gente de Varley con la que no habíamos hablado en años salía de la nada para decir que lo habían sabido desde el principio, otras chicas que aseguraban que él me había

engañado con ellas también en el instituto, en fiestas, en baños cuando yo estaba distraída. No sé si todo eso es cierto. Y no sé si el hecho de que eso fuera verdad haría que todo mejorara o empeorara. Y los titulares…

«La deshonra de Ballentine con la mejor amiga de Parks».

«Ballentine, el rompecorazones, se la pega con su mejor amiga».

«Magnolia Parks: traicionada por el novio y la mejor amiga».

Los *paparazzi* me siguieron por aquí durante un tiempo, tal vez un mes o una cosa así. Fue duro. Tom lo hizo más fácil.

Llegué sin nada. Fui directamente a Sotheby's. Les dije que quería una casa o un piso, que me daba igual, quería lo que se pareciera lo más posible a Londres, y luego me fui a hospedarme en el Ritz Carlton de Central Park hasta que me encontraron mi hogar aquí; en el 995 de la Quinta Avenida, el ático. Dos plantas, terrazas ajardinadas en ambos niveles que dan al parque.

Londres es verde. Necesito el verde.

Llamé a Bridget en cuanto llegué a la habitación del hotel y se echó a llorar cuando contestó.

—¿Dónde estás? —preguntó en cuanto se hubo recuperado.

—En Manhattan.

—Bien. —Respiró hondo—. Quédate allí.

—¿Tan mal está la cosa? —Le pregunté.

No dijo nada.

—Dile a Henry que estoy aquí, ¿quieres? —le pedí mientras paseaba la mirada por mi suite vacía.

—Vale. —Expulsó un poco de aire por la boca—. ¿Y a Tom? ¿Qué le digo?

—Nada. —Fruncí el ceño—. Rompimos.

—Lleva treinta y seis horas llamándome sin parar.

—Ah. Bueno, supongo que entonces también puedes decirle que

estoy aquí.

Tom voló para estar a mi lado al día siguiente. Tengo la sensación de que la forma en que Tom se acercó a mí desde el ascensor será un recuerdo que me acompañará para siempre.

Con una maleta de mano y un abrigo colgados del brazo, los dejó caer para rodearme con los brazos y yo hundí la cara en su pecho. Entonces lloré y lloré, me desplomé en el suelo y él se desplomó conmigo.

Lloré hasta que volví a quedarme dormida. Cuando me desperté, Tom estaba tumbado a mi lado, mirándome.

—¿Estás bien? —me preguntó.

¿Cómo responder a eso? ¿Cómo podía contestarle?

No, no estoy bien. Nunca volveré a estarlo.

Eso al menos habría sido la verdad, pero en lugar de decirla me limité a asentir, y a él le bastó con eso. Cualquier pregunta más y se abriría la caja de Pandora.

Un asentimiento era conciso, un permiso tácito para avanzar como él prefiriera y una forma poco original para ambos de esquivar la verdad.

Luego no volvimos a hablar de ello. Simplemente…, fingimos que no había pasado. Que yo no lo había dejado por el hombre que me engañó con mi mejor amiga, y fingimos que las cámaras que me siguieron esas primeras semanas me seguían por las mismas razones por las que lo hacían en Londres, fingimos que la razón por la que no podía volver a casa con Tom era porque estaba muy ocupada con el trabajo en las oficinas de Condé Nast aquí, y que todo mi trabajo me estaba llevando a otros lugares, y que no tenía sentido volver a Londres, porque, vamos a ver, ¿qué tiene Londres de nuevo y de vacacional para la gente de Londres?

Así que nada de Londres. Nunca Londres.

Nos organizamos con ello.

Dividió su tiempo. La mitad aquí conmigo, la mitad allí. Tampoco era muy diferente a su vida anterior con los vuelos que hace, supongo.

Hice una amiga que vive en el edificio, técnicamente al otro lado del ático. Una heredera latinoamericana cuyo padre es dueño de una empresa de telecomunicaciones.

Corrió hacia mí en el vestíbulo cuando yo llevaba la parka adornada con cristales de la pasarela de Burberry.

—Dios mío. —Me agarró y la miré horrorizada mientras me apartaba.

—Por favor, no me toques… —me estremecí—. No tengo dinero.

—La chaqueta… —Me miró fijamente y yo la miré con el ceño fruncido—. Me encanta. ¿Puedo probármela?

Negué con la cabeza.

—No.

—Pero está agotada en todas partes.

Asentí con la cabeza.

—Lo sé.

—¿Y cómo la has conseguido?

Me encogí de hombros.

—Conozco a Christopher Bailey.

Me apreté contra el pecho mi bolso bombonera Point Crochet-Knit verde menta de Bottega Veneta y ella me repasó de arriba abajo, y sus ojos se posaron en mis zapatos.

—Sandalias Crystal Twist 105 de Aquazurra —me dijo, y la miré con desconfianza.

—Sí.

—¿Un zapato abierto en Nueva York? Dios mío. —Me reprendió con la mirada—. Debes de ser nueva. Soy Lucía Nieves-Navarro.

Me tendió la mano y yo se la estreché con cautela.

—Magnolia Parks.

Está estudiando moda en Parson's y es gritona y enigmática y ridícula y preciosa (absolutamente nefasta con los límites), pero cuando Tom no está y Bridget o Henry no vienen de visita, es Lu quien me hace sentir menos sola.

—¿Buen vuelo? —le pregunto a Tom mientras lo sigo hacia el baño.

Asiente y se da la vuelta mientras se apoya en el tocador.

Le desabrocho los botones de la chaqueta de piloto y se la quito de los hombros.

—¿Cuántos días voy a tenerte? —le pregunto, mirándole de reojo.

Me besa la nariz.

—Me temo que cinco días enteros. —Señala hacia la cama con la cabeza—. ¿Quieres pedir vino? Nos acostaremos pronto.

Es un eufemismo, pero lo reprendo con la mirada de todos modos.

—Es media tarde.

—Podemos tener sexo a la luz del día, Magnolia…

—¡Qué grosero! —bufo y él se ríe, cogiendo el mando a distancia que cierra todos los estores de mi apartamento.

—¿Qué te parece? —Me mira.

Le sonrío a pesar de que no puede verme.

—Mejor.

Después, estamos tumbados en la cama y él va cambiando de canal en la tele porque le parece que tardo demasiado en elegir qué ver en Netflix, y todo es tan mecánico, porque yo también lo soy últimamente. Tengo que serlo.

¿Alguna vez has sofocado algo de ti mismo para sobrevivir? Te has atenuado el brillo, te has recortado los bordes, un clavo cuadrado, un agujero redondo, y lo has forzado para que entre como sea.

—Ah. —Señala la tele con la cabeza—. Por fin una buena.

Miro la tele y me pongo tensa.

Regreso al futuro.

—Mmm, no —digo al cabo de unos diez segundos, ultradespreocupada mientras cojo el mando a distancia, pero Tom me lo sujeta por encima de la cabeza.

—Me encanta esta película…

—No. —Niego con la cabeza con desdén—. Es estúpida.

Frunce un poco el ceño.

—Es una de mis favoritas.

Yo también frunzo el ceño.

—Pues yo la odio, así que… —Hago un gesto hacia la tele—. Cámbiala.

—¿Qué? —Sigue con el ceño fruncido.

—No quiero ver esta estúpida película —le digo con voz fuerte y él se aparta un poco de mí, mirándome fijamente.

Me estudia con la mirada durante siete segundos, frunciendo el ceño, reconstruyendo, procesando.

Parpadea dos veces.

—¿Esto es por BJ?

Echo la cabeza hacia atrás y mi corazón se tira por el balcón ante la mención de su nombre.

—No, yo… —Estoy aturdida—. ¿Por qué lo has hecho? —Sacudo la cabeza.

Me mira exasperado.

—Porque todo lo que tiene que ver contigo tiene que ver con BJ.

Eso me asusta, lo que dice, porque siempre me ha preocupado que sea verdad, y si Tom me está diciendo eso, probablemente lo sea.

Niego con la cabeza.

—No es verdad —le digo débilmente.

—Sí, sí lo es, Magnolia, me doy cuenta… —Echa la cabeza hacia atrás y se queda mirando el techo—. En todas partes. Cada vez que pasamos por delante de un quiosco y le das la vuelta a las revistas de *National Geographic* para esconder las portadas. Hace meses que no entras en una tienda de Gucci. Te niegas a meterte en una bañera…

—Siempre he odiado darme baños —le corrijo, pero me ignora.

Me mira y niega con la cabeza.

—Si ni siquiera puedes mirar un puto negroni. Si hay uno en una mesa, te das la vuelta.

—Tom… —Hago ademán de tocarlo, pero se aparta y se levanta de la cama.

—¿Qué pasa con esta película? —Señala el televisor—. Sé sincera.

—Pues que… creo que es uno de los trabajos más flojos de Christopher Lloyd.

A Tom se le ponen los ojos tristes.

—Y no tiene nada que ver con el tatuaje del DeLorean que BJ tiene en el puto brazo, ¿verdad?

Dejo de mirarlo a los ojos y aprieto la lengua contra el paladar.

—No puedo hacerlo, Parks. —Tom vuelve a sacudir la cabeza y coge una camisa, que se pasa de cualquier manera por la cabeza—. No puedo seguir enamorándome de gente que no me corresponde como es debido.

—¡Yo sí! —Salto de la cama tras él.

Me hace un gesto con la barbilla.

—Dilo entonces.

—Te quiero —le digo con facilidad, las palabras salen despedidas de mi lengua. Es verdad, le quiero.

Asiente una, dos veces, hace una mueca con la boca.

—Ahora di que no le quieres.

Me quedo con la boca abierta y parpadeo un par de veces, trago saliva, cruzo los brazos sobre el pecho y lo miro fijamente, con los ojos llorosos y desafiantes. ¿Negarle? ¿Negar a todo mi corazón, que vive al otro lado del Atlántico en forma de un chico al que no quiero volver a ver, aunque sea lo único que quiero ver cada día de mi vida? ¿Cómo voy a hacerlo? Si puedes decírmelo, lo haré. Si hay una forma de dejar de quererle como le quiero, lo haré, haré lo que sea, y Tom se encuentra maravillosamente bajo el paraguas de ese «lo que sea», pero a la vez es mucho más que eso. Incluso podría decirse que lo es todo y, aun así, aquí está, frente a mí, exigiéndome que lo ame como se merece, cosa que no puedo hacer porque estoy atada a un niño y a un árbol de Dartmouth y lo odio tanto, y todos los días me preocupa pensar que nunca amaré a nadie más de lo mucho que lo odio a él.

Tom exhala y me mira negando con la cabeza, sus ojos parecen decir que lo he destripado. Puede que lo haya hecho.

Se pasa las manos por el pelo.

—Estoy tremendamente enamorado de ti, Magnolia, y a ti no te importa una puta mierda.

—Tom, claro que me importa… —De nuevo, hago ademán de tocarlo, pero se aparta de mí, coge su maleta y mete sus cosas en ella como un autómata—. ¿Qué estás…? —Le miro fijamente y él sigue cogiendo cosas al azar y metiéndolas en la maleta.

—No puedo hacerlo. —Niega con la cabeza.

—Tom. —Me seco las lágrimas y le agarro la muñeca.

Se gira para mirarme y se agacha para que nuestros ojos queden a la misma altura. Se pasa la lengua por el labio inferior, la barbilla le tiembla un poco.

—Dime que no le quieres y punto, Magnolia —me pide con un

susurro ahogado—. Dímelo y me quedaré. —Se frota los ojos con el dorso de la mano.

Tiene unos ojos tan azules. Más azules cuando está triste. Ahora mismo son zafiros.

¿Qué le estoy haciendo?

—Tom, por favor… —Suelto un pequeño llanto y él aparta la mano de un tirón.

—No me llames. No me mandes mensajes —me dice—. No voy a ir, aunque lo hagas.

—Tom… —Le miro fijamente.

Estoy llorando, ahí de pie, vestida con mi camisón de seda satinada en dorado con ribetes de encaje de *chantilly* de Carine Gilson.

—¿Adónde vas?

Me mira absolutamente desgarrado.

—Lejos de ti, joder.

Tom da una bocanada de aire con dificultad, coge la cartera y el móvil de la mesilla y se marcha.

Me quedo mirando la puerta por la que ha salido como si fuera un monstruo, y espero a que vuelva a cruzarla como si fuera un error que no volverá a cometer.

Y entonces oigo el portazo.

Cuando tenía seis años, corría por el patio del colegio con Henry y había una barra absurda ahí en medio. Quizá era para bicicletas, pero todos la usábamos para dar volteretas. En fin, un día, Henry y yo estábamos jugando y yo no miraba por dónde iba y me di de bruces contra la barra. La parte final, no la parte de la barra que va en horizontal, la que sobresale, la barra metálica fina, me di de bruces con ella.

Me caí.

Pensé que me moría.

Vomité de lo fuerte que había chocado.

Henry no quiso dejarme, así que otro compañero corrió a buscar a un maestro y ese fue el día en que aprendí lo que significaba que te faltara el aire.

Y aquí estoy ahora, hecha un ovillo en el suelo de mi ático, sola en Nueva York, otra vez, deseando con todo mi ser poder chocarme eternamente hasta el final de ese poste.

Tomarme un respiro del resto de esta mierda que estoy sintiendo.

Lloro hasta el punto de no poder recuperar el aliento, que estoy respirando, de hecho, hiperventilando, pero no consigo que el aire me llegue a los pulmones, y estoy mareada y sudorosa, y sé que estoy teniendo un ataque de pánico, ya he tenido antes, pero nunca sola, nunca sin B… No digas su nombre, ni siquiera lo pienses.

Así es como he sobrevivido hasta ahora.

Nunca había tenido un ataque de pánico sin alguien que me ayudara y no puedo ayudarme a mí misma. No sé cómo.

Con manos temblorosas, alcanzo el teléfono, le doy a favoritos, llamo a mi hermana.

Ella contesta al instante, pero yo no digo nada. Solo logro llorar e intentar respirar.

—¿Qué ha pasado? —grita—. ¿Dónde está Tom?

Lloro más.

—¿Tom se ha ido?

No puedo hablar.

—Magnolia, ¿dónde está Tom?

Parece que me esté ahogando, incapaz de respirar bien.

—Ahora mismo voy —dice mi hermana.

—Dios mío —exclama alguien en mi ático.

Miro hacia ese alguien. Lucía.

Se arrodilla y me quita el teléfono de las manos.

—No, no sé dónde está. Ahora estoy aquí con ella. Luego te llamo. —Cuelga y me mira con el ceño fruncido. Me coge las manos y me las acaricia con los pulgares—. Respira, tesoro. —Me sonríe—. Tú puedes.

Nos quedamos así no sé cuánto tiempo. Hasta que paro.

Puede que hayan pasado horas porque ya está oscuro.

—¿Dónde está Tom? —acaba preguntándome al rato, vocalizando mucho.

—Se ha ido —le respondo.

Se mosquea.

—¿Qué coño dices que se ha ido?

—Se ha ido.

—¿Quieres decir a trabajar? —Se encoge de hombros, no entiende nada—. ¿Cuándo va a volver?

Niego con la cabeza.

—¿Se ha ido-ido? —Frunce el ceño y niega con la cabeza—. No…

Asiento.

—¡No! —grita—. Pero si está loco por ti… Él no lo haría… Él…

—¡Lu! —grito. Respiro hondo—. Se ha ido. Se ha marchado.

—¿Te ha dejado? —Se muerde las mejillas, fingiendo impasibilidad.

Asiento y ella niega con la cabeza.

—De eso nada. Arriba. —Se pone de pie y me levanta con ella—. Levántate. Vamos a salir.

La miro como si estuviera loca.

—No.

—Te acaba de dejar el tipo más rico de Inglaterra —me dice, y yo niego con la cabeza.

—Ha sido culpa mía.

Ella niega con la cabeza.

—Ya hablaremos mañana de eso. —Me mira con elocuencia—. Esta noche beberemos.

St Allen's es un local al que vamos mucho. Es difícil entrar, tienen una política estricta de no usar el móvil, así que hay mucha clientela famosa.

Me parece una mala idea que yo salga de fiesta.

Estoy jodida de mil maneras.

Para empezar, ya voy un poco borracha. Y para seguir, estoy petrificada.

Y no solo petrificada, sino sola.

Mi receta de cóctel más letal…, ahí está, ahora ya lo sabes.

Le veo en cuanto entramos en el local y agarro a Lu por el brazo, le doy un palmetazo.

—¡Mierda! ¡No! Tenemos que irnos.

Me mira con el ceño fruncido.

—¿Por qué?

—Porque el mejor amigo de Tom…

Pero es demasiado tarde, me ve y se me acerca.

—¡Magnolia Parks! —Rush Evans me dedica una sonrisa ligeramente lúgubre.

Lucía me pega un codazo en las costillas: no conoce a Rush en persona, pero le encanta esa estúpida película de franquicia en la que sale. ¿Cómo se llamaba? ¿Tú te acuerdas? ¿Esa de adolescentes de la que todo el mundo habla? En fin, que a Lucía le encanta.

—¿Y esta quién es? —Le toca el brazo a Lu al tiempo que le sonríe.

—Esta es… Mmm. —Niego con la cabeza, tengo la sensación de estar flotando—. Lucía. Mi vecina. Lu, este es Rush.

Él le tiende la mano y ella se la estrecha con las dos.

—Me encantaste en esa película —le dice, sonriéndole con dulzura.

—Gracias. —Se ríe él—. Fue muy divertido hacerla. Me lo pasé muy bien. —Le dedica una sonrisa de estrella de cine antes de volver a mirarme—. ¿Y dónde está mi mejor amigo? —Me pincha en las costillas al tiempo que me lanza una sonrisa juguetona.

Enarco las cejas con valentía y fuerzo una sonrisa.

—Hemos roto.

—¿Qué? —Se le cambia la cara por completo, me agarra de la muñeca y tira de mí.

Vuelvo a mirar a Lucía y veo que está radiante, con una sonrisa de oreja a oreja, haciéndome la señal de la victoria con ambos pulgares y le hago un gesto desesperado con la cabeza, haciéndole señas para que se acerque, pero ella sigue sonriendo y enseñándome los pulgares.

—¿Qué estás diciendo? —repite mientras me sienta en un reservado del fondo—. ¿Cuándo?

—Esta tarde… Ahora… —Niego con la cabeza—. No lo sé, hace un rato.

Me mira fijamente y parpadea varias veces.

—Joder.

—Sí.

—¿Estás segura?

Lo miro con el ceño fruncido.

—Sí.

Exhala una vez.

—Lo siento.

—Ya.

Le hace un gesto al camarero, que nos trae una ronda de chupitos más rápido que la velocidad de la luz.

Rush me acerca uno.

—Bebe.

Le lanzo una mirada.

No sé si, a estas alturas de la noche, debería resultarme obvio dónde acabará esto. No sé adónde más podría haber pensado que podría ir… Tengo al Leonardo DiCaprio de 1996 sentado frente a mí en un reservado del fondo de un local oscuro de Manhattan, yo bebiendo porque estoy triste, él bebiendo porque es un cabrón…

Y cada vez bebemos más, y cuanto más bebemos, más cerca estamos el uno del otro.

Ahora estamos en mitad del reservado, justo en el centro, con las piernas muy juntas.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunta, echando la cabeza para atrás, contra el reservado.

Lo miro fijamente, con la barbilla apoyada en la mano, y niego con la cabeza.

—Está todo jodido…

Me lanza una mirada dudosa.

—¿Quién te va a dejar a ti?

La pregunta me sienta de una manera extraña, como si me arrancara el aire del pecho, y me aprieto el labio inferior con el dedo.

—Todo el mundo. —Le lanzo una sonrisa cruda y fugaz—. De una manera u otra.

Se me quiebra la voz al pronunciar la última palabra y se me escapa una lágrima. Rush se inclina hacia mí y me la seca con el pulgar.

—Oye… —Niega con la cabeza—. No creo que eso sea cierto…

Respiro hondo y recupero la compostura.

—Los chicos como tú no pensáis.

Se pasa la lengua por el labio inferior, un poco divertido.

—¿Es eso cierto?

Asiento.

Él ladea la cabeza, pensativo.

—Me cuadra. —Entrecierra los ojos—. Cuéntame qué ha pasado entre tú y Tom.

Niego con la cabeza.

—No puedo… —Se me llenan los ojos de lágrimas otra vez.

—¿Le has dejado tú o te ha dejado él?

—Me ha dejado él —contesto al instante.

Rush frunce el ceño.

—Estaba loco por ti…

Cojo otro chupito y lo apuro, y él me mira.

—¿Volveréis a estar juntos?

Niego con la cabeza.

—¿Por qué?

Trago saliva.

—Porque no.

Me pasa otro chupito y yo le paso uno a él. Suelta una carcajada antes de tomárselo.

Luego empieza a mirarme los labios con fijeza.

Traga saliva con esfuerzo.

—¿Qué? —Le devuelvo la mirada con una sensación de nerviosismo en el estómago, pero no es necesariamente mala, solo nueva y extraña.

Se encoge de hombros, negando con la cabeza.

—Nada.

—Dímelo. —Le doy un golpe en el brazo.

Él se muerde el pulgar.

—Solo pensaba en las cosas que no debería estar haciendo con la exnovia de mi mejor amigo.

Y en mi cerebro es como si hubiera jugado a las tragaperras y salieran ding-ding-ding, tres cerezas seguidas, una escapatoria, un camino a casa, una salida segura de este puto pozo al que Tom me acaba de arrojar.

Me giro hacia él.

—¿Qué tipo de cosas?

Y no me mires así. Ya te lo he dicho: borracha, asustada y sola. Soy la peor versión de mí misma. La peor de todas.

Rush Evans se resiste a sonreír, baja la mirada, se mira las manos con los ojos entrecerrados y luego vuelve a mirarme.

—¿Quieres que te las enseñe?

Asiento rápidamente y él me coge de la mano, sacándome del reservado.

Pasamos junto a Lu, que tiene los ojos brillantes y la boca abierta, y yo no la miro a los ojos porque nunca he hecho esto (sea lo que sea...), yo nunca he… Ya sabes.

Rush me arrastra hasta el guardarropa, hay un tipo de mi edad detrás del mostrador de la habitación diminuta.

Se fija en mi mano, agarrada a la de Rush, Rush se da cuenta y entrelaza nuestros dedos, señalando al tipo con la barbilla.

—Te doy mil dólares, aquí y ahora, si me dejas este cuarto.

El tipo suelta una risita y asiente una vez, sale de detrás del mostrador. Rush saca su cartera y cuenta diez billetes de cien dólares, se los entrega al chico de los abrigos, que enarca las cejas y mira a Rush juguetón, luego cierra la puerta tras de sí.

Y luego pasa. Rush me agarra la cara y me besa muy fuerte contra la puerta, me recorre el vestido de arriba abajo con las manos, acariciando mi ropa interior de La Perla.

Empiezo a desabrocharle los botones y él me atrae hacia sí y tropieza de espaldas con unos abrigos y yo me caigo con él,

riéndome un poco, pero no lo suficiente como para apartar mi boca de la suya porque tengo miedo de que si lo hago se rompa el hechizo.

Me agarra y me sube al escritorio, le desabrocho el cinturón y entonces…

Y entonces… Ya sabes.

Esta vez nada de metáforas, nada de eufemismos floridos, nada de alegorías sobre los planetas y los putos barcos en las costas. A la mierda los barcos, voy a la deriva. Corto amarres, dejo que me ahogue, si esto es ahogarse, me parece bien, es una buena manera de irse. Rush Evans me toca todo el cuerpo, arrastra la boca por lugares que pensé que solo se arrastraría la boca de una persona, pero ya van tres.

Tres no está tan mal, ¿verdad? Tal vez ese lobo mío tenía un as en la manga. Quizá sentir el cuerpo de Rush sobre el mío aplacará la llama ardiente de lo mucho que le echo de menos, igual que ha hecho Tom todos estos meses.

Y no cuento sus tatuajes, no pienso en él y en mí apretados contra ese estúpido árbol, ni siquiera pienso en su cara… Pienso en cuántas chicas se ha follado en un guardarropa a lo largo de los años y miro a Rush Evans fijamente a los ojos todo el tiempo que puedo hasta que es demasiado y se me cae la cabeza hacia atrás y él me va besando el cuello. Nos corremos al mismo tiempo, lo cual me parece impresionante, pero ¿qué sé yo? No lo había hecho nunca, ¿recuerdas?

Y después, cuando hemos terminado, me roza los labios con los suyos, se pasa las manos por el pelo y me dedica una media sonrisa, y yo me siento como una mierda, vacía y mucho más triste que antes.

De modo que vuelvo a hacerlo.

Agradecimientos

Primero y ante todo, volveré a darle las gracias a Ben. Aunque sé que no has acabado de leerte este libro y no tengo del todo claro que hayas acabado siquiera Magnolia, hemos vivido unos cuantos meses tremendos, así que te perdono. Eres (no en quien se basa BJ, pero) mi mejor amigo, mi persona favorita, y gracias a que creyeras en mí como crees en mí, ahora yo también creo en mí.

Luke, Jay y Maddi y todas las personas de Avenir: adoro trabajar con vosotros, payasos. Siento pasarme las reuniones flotando, pero os quiero muchísimo a todos... Aunque tú, @Jayboy, pongas mala cara cada vez que os pregunto qué habéis traído para comer. Menudo privilegio es trabajar contigo, pedazo de genio creativo y (mejor) amigo de juventud.

Luke, eres el mejor hermano del mundo, has trabajado muy duro e incansablemente para mí y mis libros, y te querré siempre.

Maddi, sé que sabes que creo que el hecho de que amaras mis libros como lo haces les ha cambiado la forma.

Gracias a todos por la comprensión, gracias por creer en esto conmigo, gracias por forzar los límites y por hacer cosas con mis libros que no habíamos visto nunca. Nunca dejaré de agradecer que estemos juntos en esto.

Hellie y Stef, gracias de nuevo por vuestro tremendo y durísimo

trabajo, diciembre de 2022 fue tan frenético que creo que nos dejó con estrés postraumático, ¡pero lo logramos! Y, Hellie, gracias por cargar conmigo, sé que soy una chalada pedante, gracias por permitirme obsesionarme con todo y por tu paciencia infinita.

Celia y Cassidy, Orion y Dutton, muchas gracias por todo lo que habéis hecho y por todo lo que seguís haciendo. Esto será divertidísimo.

Euan y Kankana, por trabajar conmigo hacia el final, ¡lamento el caos y os agradezco la paciencia!

Amanda (o como te llama Ben: «la chica a la que le flipa tanto tu libro»), gracias por querer tanto (tanto tanto) a mis personajes. Le diste a este libro el empujón de confianza cuando de veras lo necesitaba. Y para mis otras lectoras beta, Hannah-hermana, Bronte, Kenzie, Shannon, Mystique, Laura, Darion, Janice y Juliette, gracias por prestarme vuestros ojos y por permitirme acribillaros a preguntas. Tori, como siempre, por tu britanicidad.

Karalee, cuando estaba tan preocupada por este libro, me mandaste un mensaje que leí cada vez que dudaba de él. Te quiero, eres una mejor amiga fantástica. #Sassafrass2022.

Y Emily, porque crees en mí tan ciegamente como Ben, si no más… ¿Tengo la confianza en mí misma desorbitada porque llevas diez años comparándome con autores incomparables? Sí. ¿Eso ayuda? ¿O es peligroso? Quién sabe, pero te lo agradezco de todos modos.

Camryn, por todo lo que has hecho por nuestra familia. Te queremos. Y Lindsey y Kim, por llenar las grietas de la temporada más ajetreada de nuestras vidas para que no nos cayéramos al vacío, estamos muy agradecidos.

Charlie Rionne, porque me cambiaste la vida y te quiero. Gracias por todo. Tendría que haberte dado las gracias en el primer libro,

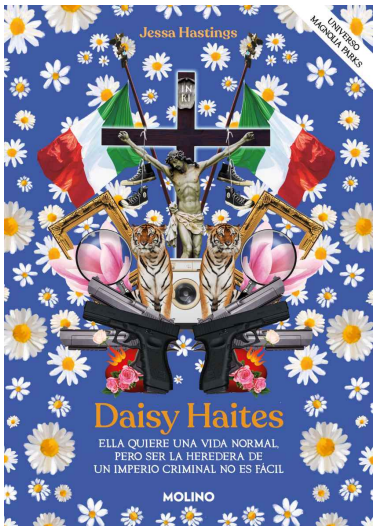
pero no sé dónde tenía la cabeza, así que te lo agradezco aquí por entonces y por ahora.

A los patrocinadores no oficiales de mi cordura estos últimos meses: el pódcast de Hamish & Andy (¡viva!), infusión fría Nitro de Starbucks, Wags & Wiggles (y la verdadera MVP de mi vida, Ranaye), el Lox Bagel de Wexler's Deli y, desde luego, Perfect Bars. Gracias por todo lo que habéis hecho por mí. También querría dar las gracias al estado de California por dar tantísimas oportunidades (S/O X-Files), feliz de estar aquí, feliz de estar viva.

Y por último a todas las personas que leyeron Magnolia y les encantó de la manera que les encantó, gracias. Ojalá este os guste tanto como el primero.

Nada de pistolas en la mesa a la hora de cenar.

Esa es mi única regla.



Daisy Haites siempre ha querido una vida normal, pero eso no es posible para la heredera del imperio criminal más infame de Londres. Fue criada bajo la atenta mirada de su hermano Julian, un capo de la mafia desde el asesinato de sus padres.

La vida de Daisy es complicada, y las cosas empeoran cuando se enamora del guapo y distante Christian. Él está enamorado de Magnolia Parks, la novia de su mejor amigo, y usa a Daisy para jugar al despiste, hasta que ella empieza a colarse de verdad en sus sentimientos.

A medida que los hilos que los unen se enmarañan, descubrirán que todo en esta vida tiene un precio.

Y aquello que realmente vale la pena se paga con sangre.

Jessa Hastings nació en Australia y vive en California con su marido y sus dos hijos. Le entusiasma desayunar, los puzles y *Friends. Magnolia Parks* es su primera novela.



Título original: *Daisy Haites*

Primera edición: julio de 2024

Publicado por primera vez en Gran Bretaña por Orion Fiction, un sello de The Orion Publishing Group Ltd, del grupo Hachette UK Company, en 2023.
© 2021, Jessa Hastings
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2024, Martina Garcia Serra, por la traducción

Diseño de portada: adaptación a partir del diseño original de Avenir Creative House / Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Alamy, Emily Pappas, Getty Images, Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-272-4586-0

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: editorialmolino
X: @EdMolino
Instagram: @editorialmolino
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] Siete Chicos Perdidos en total, que te enumero aquí abajo para que los tengas siempre a mano:
- Declan Ellis
- Aleki Kekoa
- Miguel del Olmo
- Jason «Feliz» Bardsley
- John «Cañón» Macrae
- Booker Cline
- TK Thompsett

[2] Que comprende mucho más que siete hombres. Cientos de hombres trabajan para Julian, pero no recuerdo sus nombres y, en general, nos referimos a todos ellos llamándolos los Subordinados y los Lacayos.

[3] Antes odiaba que me llamara así. Lo ha hecho toda mi vida. Ahora me encanta.

[4] 1,95 m. Corpulento. Samoano nacido en Hawái. Mi padre lo encontró contando cartas en Las Vegas.

[5] Alto, esbelto, pelo castaño, ojos marrones, irracional, no tiene muy buen humor. Bueno en la cama.

[6] Pelo rubio desordenado, grandes ojos verdes, sonrisa descarada perpetua.

[7] Semiautomática, 9 mm.

[8] Se podría discutir que es el segundo al mando de mi hermano. Al menos sobre el papel. En la práctica su segundo al mando es Kekoa.

[9] Una vez, cuando mi hermano estaba en Río, alguien le disparó y Miguel (que para entonces no era nadie, no lo conocíamos) se lanzó delante de mi hermano. Él recibió el disparo, de hecho. Julian pagó para que lo trataran, lo llevó de vuelta a Londres con

él.

[10] Un chico de la vieja guardia (trabajaba para mi padre). Alto, corpulento, atractivo, un poco como Gastón de *La Bella y la bestia*, pero sin ser un imbécil.

[11] Piensa en Statham, en 2005, menos atractivo.

[12] No lo parecía.

[13] Pero muy joven. Joven en plan que mentí sobre mi edad.

[14] Veinticuatro.

[15] Diecisiete.

[16] Sí lo sé.

[17] Christian dirige clubes nocturnos. No sé qué esperaba.

[18] Amigos con derecho a roce.

[19] Tenía razón, húmero fisurado.

[20] No lo sé, ¿porque soy una puta masoca?

[21] Ja, ja.

[22] La máquina tiene dos lavadoras independientes dentro de cada una, así puedo poner cuatro lavadoras a la vez. Lava con vapor. Se puede controlar con la aplicación.

[23] Hortensias blancas y violetas, un manzano ridículamente hermoso, una magnolia (vomito), romero, azafrán y unas cuantas rosas inglesas blancas.

[24] Molesto.

[25] Desde luego.

[26] Desde luego.

[27] Vaya idiota.

[28] Estéticamente, no en lo musical.

[29] ¿Esto es fardar? No lo sé.

[30] Un todoterreno Mercedes, clase G, negro.

[31] Resultó ser a Whitby, allá en Yorkshire.

[32] No sé por qué. Fue increíblemente bidimensional por mi parte

pensarlo, lo sé. Creo que cuando intentas no tener ciertos sentimientos hacia la gente, a veces resulta más fácil pintártelos simples, pero que Christian cantara cada verso de *Beyond* me puso nerviosa porque no tenía claro en quién pensaba al cantar y, a pesar de lo muchísimo que deseaba que fuera en mí, estaba 99,99 % segura de que no lo era.

[33] O, tal vez, solo un poco, abrazándome y ya está.

[34] Un poco quizá sí.

[35] Bobby Long, *Being a Mockingbird*.

[36] Siempre hay más entre nosotros.

[37] Tavie Jukes. La hermana pequeña de Danny; y los Jukes son los peces gordos de Birmingham.

[38] Otra vez.

[39] No se lo digas a Jack.

[40] A mí me crio mi hermano, a él no. Romeo tenía padres de verdad.

[41] O al menos casi del todo cierta. Siempre me… algo de verle.

[42] Eso es cierto, pero estaba muy enfadada.

[43] Nada bueno.

[44] No cojo vuelos comerciales.

[45] Es técnicamente cierto.

[46] Que sé que no debería, porque no somos uno. Que alguien sea despectivo con Christian no significa que sea despectivo conmigo, pero ¡ahí está el putísimo monstruo de los sentimientos otra vez!

[47] A ver, supongo que no.

[48] Y Christian. Tengo un Christian.

[49] Enoteca Turi. Pide los Tonnarelli al Chitarra y la lubina. Luego ya me darás las gracias.

[50] ¿Es guay no tener que preguntarte siempre si alguien va a matarte? Lo pregunto para una amiga.

[51] No pasa nada, llevo unas bragas monísimas.

[52] Dios.

[53] Ay. Dios. Mío.

[54] Lo digo en serio. Adoro cuando se pone así.

[55] Que tampoco lo hemos estado nunca.

[56] Tal vez.

[57] Que ahora mismo es más bien una clase de Inmunotoxicología.

[58] Benetti, Oasis de cuarenta millones de libras.

[59] Muchas, pero no todas.

[60] Durante un período breve y apasionante de mi adolescencia, fui al instituto de verdad con mi novio de verdad.

[61] Que, por si eres idiota, va más o menos del 1871 al 1914 y fue un período muy caracterizado por el optimismo de antes de la guerra además de la prosperidad económica y los avances científicos y tecnológicos que tenían lugar en gran parte del primer mundo.

[62] Más o menos…

[63] Las chicas que se ponen purpurina en la cara se merecen que se les meta en los ojos.

[64] No es algo sexual raro. Aunque es una metáfora sexual apropiada.

[65] Su nombre es Bridget, y lo sé porque, a pesar de los persistentes rumores, no soy una capulla.

[66] Magnolia, no Bridget.

[67] Con la elegancia de alguien que se ha formado en el Royal Ballet.

[68] Y un horror mudo.

[69] Estoy siendo hiperbólica, no literal. Si estuviera siendo literal, probablemente me estaría muriendo.

[70] Magnolia Parks no se ha dejado caer un solo día de su vida, eso

ya te lo digo.

[71] Todavía no he dado esa asignatura.

[72] No se lo diré a Christian.

[73] (¿O sí?).

[74] Más de lo que ella cree, a decir verdad. Él me contó que una vez estuvieron a punto de pinchar, pero lo pilló mirándole el Instagram todo el rato, lo cual ahora es raro, dado el contexto de Christian, también te lo digo.

[75] No le doy mucha importancia porque tampoco puedo. No significa nada, es solo el efecto secundario de que ambos tengamos familiares muertos. Resulta raro que otra persona los mencione.

[76] Si no la odiara, esa respuesta me habría hecho perder el control. «Muertos», «Genial». Tiene su gracia, a decir verdad. Pero que se vaya a la mierda, es lo peor.

[77] A duras penas.

[78] Calma.

[79] Ojalá supiera el qué. Quiero saber exactamente qué, dónde la tocó, cómo la tocó, cuántas veces la tocó, y si ella le tocó a él. ¿Y dónde? ¿Y cuándo? ¿Y cuánto tiempo antes que yo?

[80] Sé unas cuantas cosas sobre cadáveres en cuartos.

[81] Y me quedo corta.

[82] Y me quedo corta.

[83] Con muy poco, como luego resultó.

[84] ¿Sabías que se habla de ellas en las revistas? No solo en las que esperarías, como en *Tatler*, sino que *GQ* las metió en el top 5 de fiestas a las que pueden invitarte en Londres.

[85] Es decir: a acostarnos.

[86] Jodidamente obvio.

[87] Vale, al que quiero.

[88] La quiere.

[89] Sí, va con segundas.

[90] El muchacho no sabe beber.

[91] «Nosotros no discutimos».

[92] Dieciséis días, pero ¿quién lleva la cuenta?

[93] O al menos de uno de los dos…

[94] Hay un montón de cosas que no sabes.

[95] De hecho, se queda muchos días. No para de presentarse cada mañana, incluso si yo no estoy. Se limita a llevarme en coche a la universidad con Miguel.

[96] Como supongo que uno tiene con el hombre que desvirgó a su hermana.

[97] Me ha salvado demasiadas veces como para que le caiga mal.

[98] ¡Viva!

[99] Sip.

[100] Sip.

[101] Sip.

[102] Es asquerosamente atractivo.

[103] Pelo castaño y ondulado, ojos marrones, algo pecosa, está un poco como un palito. Yo soy mucho más atractiva.

[104] ¡Joder, joder, joder!

[105] Un poquitín de nada era sincero.

[106] Al menos según su punto de vista y sus estándares.

[107] ¿En serio?

[108] Que no se lo han tomado. Al menos en los últimos cuatro meses.

[109] Un drama con ese famoso monísimo con el que «no» está quedando.

[110] Kekoa, Feliz y Cañón. Los que trabajaron para mi padre.

[111] Él lo sabe siempre.

[112] Julian esboza una mueca de fondo.

[113] Si no lo has visto nunca, vete a Google ahora mismo. Son unas tremendas colinas superverdes que caen hasta el lago y están decoradas con edificios y casas aquí y allá. Es perfecto.

[114] Porque confío en mí solo hasta cierto punto.

[115] Aunque, ¿puedes culparnos?

[116] Lo dicho, límites.

[117] Un montón.

[118] Tavie Jukes es la chica con la que tuvo sexo en mi cama.

[119] Reacción de lucha o huida, vamos.

[120] Le gusta tenerme allí, por cierto. Me sonríe satisfecho, me rodea con un brazo. Ya hemos bailado esta danza antes, probablemente volveremos a hacerlo ahora que Romeo ha vuelto.

[121] El cual, bastante a su pesar, acata esta triste realidad con una sonrisa tensa.

[122] A quien yo no le gusto, pero esto no viene al caso.

[123] No hay duda de que la tiene rota, en mi opinión casi profesional.

[124] Contra un vaso que hay encima de la barra, si queremos ser específicos.

[125] «Se pone así cuando Romeo está cerca». «Ya sabes cómo se pone cuando ve a Tavie». «Necesita dormir un poco». Mierdas tremendamente irrespetuosas como esas, que solo se atreven a decir las personas más cercanas a mí del mundo entero.

[126] Si no te lo he dicho una vez, Daisy, te lo he dicho mil veces: ¡no le compres ropa blanca!

[127] Sabe lo de esa única vez. Creo que esa única vez lo persigue.

[128] Uno llega a lo que llega en cuarenta y cinco minutos.

[129] Es muy desagradable cuando se le ponen los ojos así, porque son demasiado hermosos como para ignorarlos.

[130] Muy presuntuoso, pero supongo que lo somos el uno con el otro.

[131] Y definitivamente un poco sonrojado.

[132] «Sois los amigos más jodidos y estúpidos que he visto en mi vida», me dirá después Miguel cuando baje a por algo de comer. Y yo le contestaré: «Hombre, técnicamente, joder sí nos hemos jodido». Y él me mirará impasible.

[133] Solemnemente. Y es algo solemne porque creo que sería más fácil dejarnos atrás el uno al otro si no nos amáramos de esta manera tan compleja.

[134] Casi tanto como odio recordarlo.

[135] El uno al otro.

[136] Acabo de hacer una doble negación muy rara.

[137] Y me estoy quedando corta.

[138] Aunque sí importe.

[139] Aunque sí importe mucho.

[140] Haciéndome a Booker.

[141] Con una vez ya habría bastado, pero ¿tres?

[142] Todavía no estoy preparada para hablar de ello.

[143] Te juro que desearía que no fuera así.

[144] Aunque, claro, Christian nunca me ha salvado de nada.

[145] Que tampoco dista tanto de mi hermano.

[146] Y no creas que no me lo pregunto. Me pregunto casi todos los días cómo habría sido, si habríamos conseguido escapar, y cómo habríamos encontrado la manera de ser normales. La verdad es que no creo que Romeo quiera la normalidad como yo la quiero. Hay demasiadas cosas de nuestras vidas que él adora. Le encanta el poder, le encanta el dinero, le encanta el drama, y tal vez antes no le gustaba. Tal vez lo hace ahora porque en ese entonces no hui con él y es que este estilo de vida puede ser adictivo. He visto

cómo destruía a mucha gente. O tal vez es solo él. Tal vez siempre ha sido solo él, pero cuando éramos pequeños aún no lo sabíamos. Fuera cual fuera la verdad entonces, ahora la verdad es que Romeo no quiere una vida normal.

[147] Miguel dice que hay una mujer en su ciudad natal que se ocupa de chicas como yo y que puede separar lo que sea o a quien sea de sus vidas y me ha ofrecido ya tres veces llevarme con ella. No sé si es una médica bruja o una curandera o una psicóloga o solo una puta gilipollas, pero me da miedo, así que siempre digo que no.

[148] Al cabo de unos días.

[149] Evidentemente. No sé por qué lo he dicho. Menuda estupidez.

[150] Y me pregunto si está raro porque ya me ha preguntado lo mismo de cuatro maneras distintas.

[151] En realidad, no, es mi juego favorito del mundo entero. Romeo y yo ganamos a todo el mundo siempre.

[152] Porque ¿por qué iba a estar allí?

[153] ¿Sabe lo de Rome?

[154] ¿Y cómo lo ha sabido?

[155] ¿Y le importa de verdad o solo está siendo cabezota y territorial?

[156] Porque me siento mal. Como si lo hubiera traicionado, pero no lo he hecho.

[157] No me deja.

[158] Claramente, me había dado a entender que fueron muchas más…

[159] Y, últimamente, parece que lo hacemos cada vez más.

[160] Venkatanaidu Karri, Carola Lidén, Nanna Fyhrquist, Johan Högberg y Hanna L. Karlsson (2021). «Impacto del monocultivo frente al cocultivo de queratinocitos y monocitos en las respuestas

de citocinas inducidas por importantes sensibilizadores cutáneos», *Revista de Inmunotoxicología*, 18:1, 74–84, DOI: 10.1080/1547691X.2021.1905754.

[161] Mi vida normal, en la que vivo en un pueblito de Suecia o de Nueva Escocia después de graduarme. Y en la que tengo dos perros y un marido y amigos y pagamos las facturas y yo misma conduzco hasta el supermercado y no tengo guardaespaldas y no me despierto tras tener pesadillas soñando en las cosas que me sucedieron cuando era joven.

[162] Te darás cuenta de que no hay impresionismo ni expresionismo en ningún lugar que yo pueda ver, exceptuando su despacho, porque mi jurisdicción llega hasta donde llega.

[163] Y es verdad que lo adoro.

[164] Pienso en él cada vez que voy en coche, cada vez que el pelo me tapa la cara. Cada vez que pruebo un café, intento determinar si a él le gustaría o no esa taza en particular. Escucho una canción de Ziggy Alberts y me pregunto si a él le encantaría. Nunca no está en mi mente.

[165] ¿Por qué está en Grecia con Magnolia y sus estúpidos y guapísimos amigos?

[166] Está demasiado aguada.

[167] *Retrato de una joven*. 1480-1485. Pintura al temple sobre madera. 82 cm × 54 cm.

[168] «¿Qué hace aquí el chico? Pensaba que habías terminado».

[169] Aunque, seamos justos, es muy francesa.

[170] 1669-1671. Óleo sobre lienzo. 24,5 cm × 21 cm.

[171] Tal vez Soleil no acaba de ser nada, pero la gran mayoría lo son.

[172] Tiene una mano debajo de su falda, la otra en el pelo… Julian es incorregible con un puñado de cosas, las mujeres y el arte para

nombrar un par, pero… ¿la combinación de ambas? Dios mío.

[173] He dicho lo que he dicho.

[174] Muchas gilipolleces.

[175] Me conoce demasiado bien.

[176] O quizá porque soy lo peor, no lo sé.

[177] *El rapto de las sabinas*, de Jacques-Louis David. 1799. Óleo sobre lienzo. 522 cm × 385 cm.

[178] Atractivo.

[179] Pero se le sonrojan las mejillas.

[180] Del tipo de ojos en los que te podrías ahogar, a decir verdad.

[181] Fue decisión de ella, por cierto. Eso han descubierto mis fuentes.

[182] Qué raro.

[183] ¡Y no me hagas hablar de los jardines!

[184] Que es un modo vulgar de referirse a la policía.

[185] Mierda.

[186] Porque no. Mil veces no. No, jamás, lo odio. Odio pensarlo, me hace pensar cosas raras, pero él no puede saberlo porque le dará más significado del que tiene.

[187] Pero quizá lo es.

[188] Y quizá oírlo en voz alta me asusta.

[189] Pero eso no es una revelación. Lo he sabido desde el principio.

[190] Como lo fue.

[191] No sé qué parte me asusta más. Que Romeo se equivoque o que Romeo tenga razón.

[192] Y hasta este punto de nuestras vidas, eso ha sido cierto.

[193] Miedo del camino que llevamos. Miedo de perderlo para siempre. Miedo de no tener nunca a Christian.

[194] Soy así de lanzada y divertida.

[195] «Nada».

[196] ¿Y quizá todavía hacemos? No lo sé.

[197] Espero.

[198] Creo que su madre es de Singapur.

[199] Vaya con la chica.

[200] Aunque, me meo.

[201] Lo cual también puede clasificarse en la categoría: «No confía en otras mujeres».

[202] ¡¡¡Adorable!!!

[203] ¿Acabo de hacer una amiga?

[204] Dios, qué atractivo es.

[205] El término médico de esto es: convierte a las mujeres en arcilla.

[206] No me gustan las drogas. Julian a veces toma.

[207] «No tanto como antes» es un matiz que no digo en voz alta porque me da vergüenza.

[208] Y sé que puede verlo en mí.

[209] Me muero.

[210] Ya te digo que tenía que ser ella. La ninfómana de Nickelodeon, así la llama la prensa a veces.

[211] Que se me nota, eso ya lo sé.

[212] Lo cual es injusto, si quieres que te diga la verdad.

[213] Y sin duda con semejante comportamiento está perdiendo puntos en la relación mental que tiene Miguel sobre Christian.

[214] Y pego un pisotón.

[215] «Estar juntos» se ha convertido en mi concepto favorito de todo el universo, aunque sea uno de los más abstractos.

[216] Mucho.

[217] Barra de labios luminoso Rouge à Lèvres Voile de color Amy Blush.

[218] El jurado no ha hecho un recuento oficial, pero sospecho que

en realidad se acerca más a los cientos. Mandaré a los Malotes de Silicon que hagan los números.

[219] No te preocupes, tengo unas expectativas moderadas.

[220] No, en serio. Lo son.

[221] Vale, igual no son tan moderadas.

[222] Me aparta el pelo que no tengo en la cara y me lo coloca detrás de la oreja.

[223] Ay, por Dios.

[224] Más o menos.

[225] Más que nada con una comisura de la boca y una pequeñísima parte de la lengua presionando el labio superior.

[226] Y con Romeo, pero no tiremos de ese hilo ahora.

[227] Maldito diseño, en serio…

[228] Más o menos.

[229] No te emociones mucho, porque yo me emocioné y me equivocaba.

[230] Eso es lo que dice siempre Julian. Y Benjamin Franklin, supongo.

[231] Me mira con elocuencia.

[232] No tienen el mejor café, si soy sincera… ¿Por qué hay tantos?

[233] El cielo para mí.

[234] Escúchala inmediatamente.

[235] El 30 de octubre.

[236] Borde.

[237] «Quizá incluso un pentágono amoroso si cuentas a Decks». Carmelo se rasca la barbilla.

[238] No hace falta.

[239] Quizá porque sí hay un triángulo, y quizá una punta lo está apuñalando.

[240] Mandé a nuestra modista que alterara el vestido largo de tul

bordado de Marchesa para convertirlo en una falda enorme y preciosa que conjuntara a la perfección con el corsé.

[241] Si bien parte del acceso quedó restringido por el corsé ya mencionado.

[242] Técnicamente, Österreichische Galerie Belvedere.

[243] Obra del arquitecto barroco Johann Lukas von Hildebrandt.

[244] También conocidas como *Le lussuriose; L'infanticide*. 1894. 120 cm × 225 cm. Óleo sobre lienzo.

[245] Y sí, está verdaderamente atractivo con ese traje azul marino.

[246] Y creo que veo un susurro de celos.

[247] También conocido como *Retrato de padre Paul* de Claude Monet. 64,5 cm × 52,1 cm. Óleo sobre lienzo.

[248] Se me da bien fingir.

[249] Quien, por cierto, no ha disfrutado del vuelo tanto como yo. Ja, ja. Lo siento, Miguel.

[250] Y le pido a Dios que ni el uno ni el otro se dé cuenta.

[251] A decir verdad, está siendo bastante caballeroso.

[252] Heckler & Koch SL8.223. Calibre Remington. Diez balas de capacidad.

[253] Obviamente una Glock 19 porque ¿qué otra iba a usar? Calibre 9 × 19 mm. Diecisiete balas de capacidad.

[254] Y el corazón se me sube a la garganta.

[255] Así que sí le importa.

[256] Que intenta volver a ponerme detrás de él, pero yo me lo quito de encima de un simple tirón.

[257] *Principios de la primavera en el bosque de Viena* (o, también, *Los recolectores de violetas en el bosque de Viena*) de Ferdinand Georg Waldmüller. 1861. 52 cm × 66 cm. Óleo sobre madera.

[258] Lo sé por la cara que está poniendo Julian.

[259] Así que, si queremos llevar la cuenta, ya he matado a tres

personas.

[260] La serpiente celta.

[261] Heckler & Koch. VP9L OR. Calibre 9 × 19 mm. Veinte balas de capacidad.

[262] En la zurda: Beretta P×4 Storm Carry. Calibre 9 × 19 mm. Diecisiete balas de capacidad. En la diestra: Beretta 92X Performance. Calibre 9 mm. Quince balas.

[263] Heckler & Koch. HK45 Compact Tactical. Calibre .45 ACP. Diez balas de capacidad.

[264] Navaja plegable Cold Steel Recon 1. Hoja de 14 cm.

[265] Beretta Manurhin MR73 Sport. Calibre .38SPL/.357MAG. Seis balas de capacidad.

[266] Ambas Sig Sauer P229 Legion Compact Pistols. Luger 9 mm. Diez balas de capacidad.

[267] Que técnicamente es la pistola de Tiller, y yo te juro que odio las Glocks. Ya me conoces, yo preferiría algo más ligero y mucho más equilibrado en la mano, como la pistola Springfield Armory EMP4 (9 mm).

[268] A juzgar por los ojos azules extrañamente claros de ambos…

[269] Y, sí, Julian está a punto de llevarse una bronca.

[270] Supongo que nunca lo he pensado en serio, de una manera coherente y consciente.

[271] ¡Viva!

[272] ¡Tres! ¡Tengo tres! ¿Quién se piensan que soy, Obama?

[273] De vez en cuando me da por pensar que soy su límite para no llegar demasiado lejos.

[274] Lo siento, Christian.

[275] Parece casi tímido.

[276] Ay, Dios.

[277] No va en coña, en serio. Es probable que me hubiera pasado

una semana intentando escoger la ropa perfecta para ponerme para conocer a su madre. De haber estado lo suficientemente desesperada quizá hasta habría contactado con la dichosa Magnolia Parks para que me aconsejara…

[278] Minivestido vaquero con escote de corazón de Staud.

[279] Botas de goma negras de tacón Betty con el logo de Chloé.

[280] Lo cual es verdad, lleva vaqueros. Pero es que no se puede ni comparar porque Christian Hemmes podría ponerse una bolsa de basura en lugar de una camiseta y seguiría pareciendo un putísimo ángel.

[281] Estoy muerta de miedo.

[282] Ya me he puesto a sudar por los nervios.

[283] Por un millón de razones distintas, más o menos. Para empezar, porque era una cría.

[284] Todo el mundo, por eso es quien es y por eso somos quienes somos. A mi padre se le daba bien lo que hacía, pero a Julian se le da mejor sin siquiera intentar ser mejor. Hay algo que te inclina hacia él por naturaleza, ese carisma que solo se ve muy de vez en cuando, esa clase de líder que solo se encuentra una vez en la vida. Seguramente ganaría las elecciones si se presentara a primer ministro.

[285] Pero bueno, no he visto nunca a mi abuela materna. No sé absolutamente nada de la familia de mi madre.

[286] Exceptuando a Delina Bambrilla, mi mujer estrella brillante y resplandeciente.

[287] Sí.

[288] Un desvío como pocos he visto.

[289] Nunca nadie le dijo que no a Hadrian Haites.

[290] Y también porque fue con su hijo más pequeño con quien yo exploré cada ámbito de terreno que la vida me puso por delante,

pero eso ahora tampoco viene mucho a cuento.

[291] Fundamentalmente, mi padre nació siendo un hombre muy bueno, muy leal y amable. Ahora bien, ¿murió siendo así? Honestamente, ya no me acuerdo. No sabría decirte. Julian lo tiene en un pedestal, pero a mí se me cae un poco si me permito escuchar entre el ruido de las monedas dentro de la lavadora.

[292] No juegues al escondite en los armarios de un capo de la mafia. Sobre todo, el día antes de que pase el camión de la basura.

[293] Es que, ¿qué puedes decir?

[294] Barnes, que no Hemmes. Los chicos llevan el apellido de su padre, eso lo sé. Y la familia de Rebecca son los del legado del crimen.

[295] Seguramente porque no voy vestida como para conocer a una madre.

[296] Mierda.

[297] Mierda × 2.

[298] ¡Socorro!

[299] Viendo esta reacción, cada vez me cae mejor esta mujer.

[300] Niega con la cabeza, decepcionada con él.

[301] ¡¡¡!!!

[302] Sí, ahora que lo pienso, pero tenía ocho años, así que…

[303] Cada día, pero especialmente desde que nuestros padres fueros objetivos abatidos.

[304] Como siempre ha hecho.

[305] Me encantan los asientos junto a la ventana. Casi nunca se me permite sentarme en ellos.

[306] Perdiendo los estribos al instante.

[307] Y lo mecánicos que debemos de ser el uno con el otro para ni siquiera habernos dado cuenta.

[308] Rome tampoco le cae demasiado bien.

[309] Aunque sospecho que tiene razón.

[310] Parece preocupado. Triste. Odio verlo así.

[311] No puedo creer que se haya ido sin más. Romeo nunca se habría ido sin más…; claro que quizá este es el origen de todos los problemas.

[312] Y parece sentirlo y estar triste y preocupado y siempre ha sido así, él haciendo todo lo posible para mantenerme con vida y no pretendo ser desagradecida, lo juro, pero de algún modo todo esto me parece injusto. Sé que otras personas han pagado el precio, pero toda mi vida ha sido un precio que pagar.

[313] Evita mi mirada.

[314] Honda. Esta parte es importante.

[315] Es lo que tiene el estrés postraumático.

[316] Pasé un par de semanas sin poder hablar.

[317] Y por eso Julian se niega a enamorarse.

[318] Nunca lo había visto tan asustado, y una vez presenciamos un tiroteo en un restaurante un Viernes Santo, un año, y veintitrés personas murieron a nuestro alrededor.

[319] Él nunca lo haría.

[320] Creo que no debería llamarlo así, pero creo que lo será siempre a pesar de todo.

[321] El punto blando en la base de la mandíbula, justo debajo de la barbilla.

[322] Aunque apenas, porque tenía la laringe como la tenía. Pero ojalá me escuchara, porque para mí fue un momento muy bonito de cerrar el círculo.

[323] No, no todo es malo.

[324] Pero igual que un león y una orca y un tigre, y nadie dice que sean malos por naturaleza.

[325] Esto ya no es tan fácil de defender.

[326] Lo sé porque soy astuta, no porque él me lo haya dicho.

[327] Gracias al cielo.

[328] ¡Y no quiero oír otro puto comentario al respecto!

[329] No tengo claro que recordarle que estamos liados sea el mejor despertar para su treinta cumpleaños.

[330] Horrible.

[331] Que, por cierto, ¿qué cojones?

[332] Siempre lo intento.

[333] Y no te hablo de los vampiros de Crepúsculo cuando se ponen al sol. Te hablo de los que arden y quedan hechos pedazos que se lleva el viento.

[334] Tavie, quizá.

[335] Que, por cierto, vaya cojones la tía esa, presentándose a la fiesta de los treinta de mi hermano con Romeo, ¿eh? Diez de diez.

[336] No sabe que no hace falta. Que ya estoy convencida.

[337] Le pido a Dios que no vea el dolor bajo la coraza y, si lo ve, que su instinto infernal de salvarme entre en juego y me bese de todas formas.

[338] Que me quería a mí, vamos.

[339] Sin duda lo he hecho, mirando en retrospectiva, pero no a propósito. Hasta ahora.

[340] Doble sentido medio intencionado.

[341] La aparto de un manotazo y la meto debajo de la cama de un puntapié.

[342] Jodidamente fatal.

[343] Yo enamorada… nunca funciona.

[344] Tan dolorosa e inimaginablemente preciosa.

[345] Me duele por Christian, me duele por él, me duele por mí.

[346] Como ha sido siempre para mí.

[347] Y haya sabido siempre…
[348] Angus Breckinridge.
[349] Y lo siento, Angus.
[350] Estoy partida en dos.
[351] ¿Ha plantado cara?
[352] Sí.
[353] No.
[354] Quizá.
[355] Para todo el mundo.
[356] Y tampoco tenía tiempo para tenerlas mientras me criaba.
[357] Que lo hace.
[358] Aunque yo no.
[359] Esa idea es repulsiva. Pero quizá él es un hombre repulsivo. Espero que lo sea. Quizá así resultará más fácil.
[360] Ojalá lo hubiera hecho.
[361] ¿No? Entonces ¿soy la única?
[362] Y que no volveré a tener.
[363] Aunque lo intenté.
[364] Aquello me dolió tanto como todo lo sucedido la noche anterior.
[365] Y sospecho (por la cara que pone) que no lo dice en el buen sentido.
[366] ¿Demasiada información? Lo siento.
[367] No juzgues.
[368] Porque es la única manera de no ver a Christian.
[369] Romeo y yo parpadeamos muy fuerte como si se nos hubiera olvidado lo que es la luz del sol.
[370] No parece muy complacido.
[371] Unos cincuenta y tres kilos, muchas gracias.
[372] Tampoco sé qué sabe Rome.
[373] (Además, me siento obligada como estudiante de Medicina a

decirte que también se libera algo llamado oxicodona, pero no quiero pensar en eso porque estoy bastante segura de que fue la neurohormona que me metió en este lío para empezar).

[374] Roto, para que quede claro.

[375] Doble sentido absolutamente intencionado.

[376] De las que puedo contar, de hecho, ni aunque lo intentara.

[377] Volveré a decirlo para que no se me olvide: prefería.

[378] No soporto defraudar a Jack.

[379] Logro decirlo sin tener arcadas.

[380] Y sea lo que sea, tengo claro que no me gusta la indirecta.

[381] Lo cual supongo que genera cierta nostalgia…

[382] No sé cómo.

[383] Para divertirme un poco. Lectura ligera, ya sabes de qué va.

[384] Desarrollas ese sentido arácnido tras un par de intentos de asesinato…

[385] Intento recordarme que técnicamente es algo amable, no irritante, que Julian sea tan observador.

[386] Como si ver a los dos amores de mi vida peleándose aquí en medio del restaurante fuera lo más normal del mundo.

[387] Me recuerda lo mala que estoy siendo.

[388] No lo entiende.

[389] Y supongo que lo ha hecho.

[390] Mierda. Mierda. Mierda.

[391] Y me pregunto si está a punto de llorar, porque por los ojos lo parece.

[392] Ay, Dios.

[393] Ay, Dios.

[394] ¿Qué he hecho?

[395] Lo necesito, ¿quizá?

[396] Su rostro se vuelve marmóreo.

[397] Me veo más reflejada en ellos que en un espejo.
[398] Está preocupado. Claro que todos están preocupados.
[399] (Desea).
[400] La respuesta es no.
[401] Qué asco.
[402] Para decirlo con suavidad.
[403] Me doy cuenta de que llevaba tiempo guardándosela.
[404] Me ha dolido un poco, creo. Pero encajaré todos los golpes que vengan.
[405] Sí.
[406] La última moda, supongo.
[407] ¿O es a mi vagina?
[408] Lo peor.
[409] Qué capullo.
[410] O una distracción.
[411] Observo atentamente su reacción.
[412] No sé por qué.
[413] Traficante de personas, ¿recuerdas?
[414] ¡¡¡Sí!!!
[415] Ese gesto me hace sentir como si tuviera un amigo por primera vez en una semana.
[416] Y vuelve a parecer que sea mi amigo.
[417] Parece agobiado.
[418] Pero todo aquel que es alguien, lo está.
[419] Y porque está bueno de cojones.
[420] Que no lo hará, he consultado la lista de invitados tres veces.
[421] Así que imagínate lo verdaderamente jodido que tiene que estar.
[422] Estupendo, ya empezamos…
[423] Es incorregible.

[424] Pffffff.
[425] Joder.
[426] Sí lo es.
[427] Lo echo de menos.
[428] A él también lo echo de menos.
[429] Calma, amiga.
[430] Creo que hasta me tapo las orejas.
[431] Lo creo hasta lo más hondo de mi ser.
[432] Vamos, ¿a medias como si yo fuera escoria y él pensara que soy una idiota?
[433] Ni debería.
[434] Me cago en la puta hostia.
[435] Creo que pude vérselo.
[436] No sé si en esa metáfora soy la conductora o el gato.
[437] Ambos, quizá.
[438] Después de tanto beber y follar…
[439] Que lo sigo siendo.
[440] Aunque sé que nada bueno.
[441] Necesito que sea un truco.
[442] Murió.
[443] También murió.
[444] En realidad no tengo claro qué significa.
[445] Esta me parece una tontería, si te soy sincera.
[446] Ups.
[447] Los dos.
[448] Él sí, yo no.
[449] …
[450] Espectacularmente.
[451] Minirrevólver de North American Arms. Es el más pequeño del mercado. Menos de 4 ×.

[452] Que lo es.
[453] Tengo ganas de vomitar.
[454] ¿Qué estoy haciendo?
[455] Impresionado.
[456] Ay, Dios.
[457] Se me cae el alma a los pies.
[458] Porque ni siquiera puede fingir que me apunta a mí con una pistola.

Índice

Daisy Haites

Uno. Daisy

Dos. Julián

Tres. Daisy

Cuatro. Christian

Cinco. Julian

Seis. Daisy

Siete. Julian

Ocho. Daisy

Nueve. Christian

Diez. Daisy

Once. Julian

Doce. Christian

Trece. Daisy

Catorce. Julian

Quince. Daisy

Dieciséis. Christian

Diecisiete. Julian

Dieciocho. Christian

Diecinueve. Daisy

Veinte. Christian

Veintiuno. Julian

Veintidós. Christian

Veintitrés. Daisy

Veinticuatro. Julian

Veinticinco. Christian

Veintiséis. Daisy

Veintisiete. Daisy

Veintiocho. Julian

Veintinueve. Daisy

Treinta. Christian

Treinta y uno. Daisy

Treinta y dos. Christian

Treinta y tres. Daisy

Treinta y cuatro. Christian

Treinta y cinco. Julian

Treinta y seis. Christian

Treinta y siete. Daisy

Treinta y ocho. Christian

Treinta y nueve. Julian

Cuarenta. Daisy

Cuarenta y uno. Christian

Cuarenta y dos. Julian

Cuarenta y tres. Christian

Cuarenta y cuatro. Julian

Cuarenta y cinco. Daisy

Cuarenta y seis. Julian

Cuarenta y siete. Daisy

Cuarenta y ocho. Daisy

Cuarenta y nueve. Christian

Cincuenta. Daisy

Cincuenta y uno. Christian

Cincuenta y dos. Julian

Cincuenta y tres. Daisy

Cincuenta y cuatro. Christian

Cincuenta y cinco. Daisy

Cincuenta y seis. Julian

Cincuenta y siete.. Christian

Cincuenta y ocho. Daisy

Cincuenta y nueve. Christian

Sesenta. Daisy

Sesenta y uno. Julian

Sesenta y dos. Christian

Sesenta y tres. Daisy

Sesenta y cuatro. Julian

Sesenta y cinco. Daisy

Sesenta y seis. Christian

Sesenta y siete. Julian

Sesenta y ocho. Julian

Sesenta y nueve. Daisy

Setenta. Christian

Setenta y uno. Daisy

Setenta y dos. Daisy

Setenta y tres. Julian
Setenta y cuatro. Daisy
Setenta y cinco. Daisy
Setenta y seis. Julian
Setenta y siete. Christian
Nueva York, marzo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Jessa Hastings
Créditos
Notas